



HISTORIAS DE SALTILLO

A través de sus personajes, sus anécdotas y sus lugares

FRANCISCO J. DE LA PEÑA DE LEÓN

HISTORIAS DE SALTILLO

A través de sus personajes, sus anécdotas y sus lugares

FRANCISCO J. DE LA PEÑA DE LEÓN

BARKER  JULES®

BARKER & JULES®

HISTORIAS DE SALTILLO.

A TRAVÉS DE SUS PERSONAJES, SUS ANÉCDOTAS Y SUS LUGARES

Edición: BARKER & JULES™

Diseño de Portada: Carolina Espinosa | BARKER & JULES™

Diseño de Interiores: Claudia M. RománA | BARKER & JULES™

Primera edición - 2022

D. R. © 2022, FRANCISCO J. DE LA PEÑA DE LEÓN

I.S.B.N. Paperback | 979-8-88691-875-5

I.S.B.N. Hardcover | 979-8-88691-876-2

I.S.B.N. eBook | 979-8-88691-874-8

Derechos de Autor - Número de control Library of Congress: 1-11964423731

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros, sin autorización expresa y por escrito del autor. La información, la opinión, el análisis y el contenido de esta publicación es responsabilidad de los autores que la signan y no necesariamente representan el punto de vista de BARKER & JULES™, sus socios, asociados y equipo en general.

BARKER & JULES™ y sus derivados son propiedad de BARKER & JULES LLC.

BARKER & JULES, LLC

500 Broadway 606, Santa Monica, CA 90401

barkerandjules.com

ÍNDICE

Prólogo.....	13
1. Las varias fundaciones (políticas) de Saltillo	17
<i>Juan José Casas García</i>	
2. San Esteban de la nueva Tlaxcala	20
<i>Juan José Casas García</i>	
3. Alberto del Canto, fundador de Saltillo	25
<i>Tamara Medrano Flores</i>	
4. Francisco de Urdiñola.....	28
<i>Juan José Casas García</i>	
5. Saltillo y el santo Cristo de la capilla	31
<i>Vito Alessio Robles</i>	
6. La leyenda de Zapaliname.....	40
<i>Yo Soy Zapalinamé</i>	
7. Los matachines.....	43
<i>Francisco Tobías Hernández</i>	
8. Juan Landín.....	45
<i>Juan José Casas García</i>	
9. El bachiller Pedro Fuentes y la primera historia de Saltillo.....	50
<i>Juan José Casas García</i>	
10. La Catedral de Saltillo	55
<i>Juan José Casas García</i>	
11. Capilla del santo Cristo de la Catedral de Saltillo	60
<i>Juan José Casas García</i>	

12. El sarape, un emblema muy saltillense	63
<i>Tamara Nazareth Medrano Flores</i>	
13. Benito Juárez gobernó a México desde Saltillo.....	66
14. Los guardianes de la noche: los serenos en el Saltillo del ayer.....	83
<i>Tamara Medrano Flores</i>	
15. Roque González Garza.....	87
<i>Francisco Tobías Hernández</i>	
16. La Hibernia.....	89
<i>Juan José Casas García</i>	
17. Saltillo, la primera ciudad independiente de México	94
<i>José Torres Anguiano</i>	
18. Villalongín en 1828.....	103
<i>Francisco Tobías Hernández</i>	
19. La guerra contra Estados Unidos y la batalla de la Angostura.....	105
<i>Juan José Casas García</i>	
20. Manuel Acuña.....	112
<i>Alberto Boardman</i>	
21. La muerte del poeta.....	128
<i>Juan de Dios Peza</i>	
22. El santo Cristo de la capilla, y sus 400 mil milagros	133
<i>José Torres</i>	
23. Concede el santo Cristo un milagro por día.....	138
<i>Yesenia Ramírez</i>	
24. La leyenda de Rosita Álvarez.....	140
25. Rosita estaba de suerte	147
<i>Jesús de León Montalvo</i>	

26. A quién le dan pan que llore: El Merendero de Saltillo, tradición centenaria	156
<i>José Torres Anguiano</i>	
27. Pancho Villa en Saltillo.....	164
<i>Francisco Tobías Hernández</i>	
28. El general Francisco Coss	166
<i>Francisco Tobías Hernández</i>	
29. La gripe española de 1918.....	168
<i>Francisco Tobías Hernández</i>	
30. Félix U. Gómez	171
<i>Francisco Tobías Hernández</i>	
31. Fábrica “El Sarape de Saltillo”	173
<i>José Torres Anguiano</i>	
32. El atentado a López Mateos.....	185
<i>Francisco J. De La Peña Dávila</i>	
33. Otilio González	187
<i>Juan José Casas García</i>	
34. El mártir de Huitzilac	192
<i>Jesús de León Montalvo</i>	
35. Agustín Jaime.....	196
<i>Francisco Tobías Hernández</i>	
36. Agustín Jaime Y su corrido impreciso: entre la ficción y realidad	198
<i>Omar Soto</i>	
37. Ateneo Fuente.....	201
<i>Omar Soto/Ángel Aguilar/José Torres Anguiano</i>	
38. El teatro García Carrillo	210
<i>Tamara Medrano Flores</i>	

39. Las haciendas en la historia de Saltillo.....	213
<i>Juan José Casas García</i>	
40. La hacienda de Buenavista o la Universidad Autónoma Agraria Antonio Narro.....	218
<i>Juan José Casas García</i>	
41. El último viaje del Coahuila y Zacatecas	223
<i>José Torres Anguiano</i>	
42. Armillita, grande entre los grandes.....	233
<i>Humberto López-Torres</i>	
43. Las brujas en el Saltillo colonial	238
<i>Juan José Casas García</i>	
44. Brujería en Saltillo	242
<i>Tamara Medrano Flores</i>	
45. Los esclavos negros en la historia de Saltillo	245
<i>Juan José Casas García</i>	
46. Julio Torri	251
<i>Juan José Casas García</i>	
47. Hotel rancho El Morillo, un paraíso en Saltillo.....	259
<i>José Torres Anguiano</i>	
48. Unas botas que duran 100 años, las de Zapatería Victoria.....	266
<i>José Torres Anguiano</i>	
49. Pedro Infante en Saltillo	272
<i>Francisco Tobías Hernández</i>	
50. Sabroso, delicioso... más de un siglo de café y chocolate Oso.....	275
<i>José Torres Anguiano</i>	
51. Ferretería Sieber	279

52. Empacadora Alanís, un siglo de sabor y tradición .. 284
Ángel Aguilar
53. Panadería El Radio, más de un siglo deleitando
el paladar de los saltillenses 289
Omar Soto/José Torres Anguiano
54. Saltillo se viste de luto: “trenazo” el accidente en el
Puente Moreno 1972 294
Tamara Medrano Flores
55. Aún persisten dudas sobre las causas del trenazo. 298
Jorge Sosa del Bosque
56. El trenazo que marcó a Saltillo 302
Patricia Ramos
57. El suicida en la Catedral 313
Francisco Tobías Hernández
58. Adrián Rodríguez García: la magia de luchar por lo
imposible 315
Jaime Martínez Veloz
59. La sociedad Manuel Acuña 320
Juan José Casas García
60. El Café Viena: tradición de Saltillo 325
José Torres Anguiano
61. Juan Antonio de la Fuente 330
Francisco Tobías Hernández
62. Isidro López Zertuche, impulsor del crecimiento
industrial de Saltillo 332
63. La antigua Ferretería Sieber, el negocio número 1 de
Saltillo 340
José Torres Anguiano

64. Para santos, Casa Iglesias	345
<i>José Torres Anguiano</i>	
65. Vito Alessio Robles.....	350
<i>Juan José Casas García</i>	
66. Don Braulio Cárdenas Cantú: el hombre que conquistó el paladar de Saltillo	354
<i>José Torres Anguiano</i>	
67. Los toros en Saltillo.....	364
<i>Juan José Casas García</i>	
68. La campana castigada.....	368
<i>Francisco Tobías Hernández</i>	
69. Los franceses en la historia de Saltillo	370
<i>Juan José Casas García</i>	
70. Panadería “Los Álamos”	374
<i>Francisco Tobías Hernández</i>	
71. Los dulces Salazar, más de un siglo endulzando a Saltillo	377
<i>José Torres Anguiano</i>	
72. La feria de Saltillo	381
<i>Juan José Casas García</i>	
73. Lemuel Burciaga, recordado tras su heroica muerte	384
<i>José Torres Anguiano</i>	
74. Don Roberto Orozco Melo, fundador de El Heraldo de Saltillo.....	394
75. Don Francisco de Jesús De La Peña Dávila, periodista ejemplar	398

76. El último fusilamiento militar en México, ocurrió en Saltillo	415
<i>Francisco Tobías Hernández</i>	
77. El Hotel Hidalgo, para gente ‘de a pie’	417
<i>José Torres Anguiano</i>	
78. La tienda de don Simón: el Oxxo y el Seven le hacen los mandados	423
<i>José Torres Anguiano</i>	
79. Elena Huerta, la gran pintora saltillense	429
<i>Juan José Casas García</i>	
80. Una vocación de servicio: Jesús María Echeverría y Aguirre	436
<i>Tamara Nazareth Medrano Flores</i>	
81. Un gran obispo, don Francisco Villalobos Padilla ...	440
<i>Diócesis de Saltillo</i>	
82. Callejones de Saltillo	450
<i>Tamara Medrano Flores</i>	
83. El toro vs el león	453
<i>Francisco Tobías Hernández</i>	
84. La Alameda Zaragoza	455
<i>Francisco Tobías Hernández</i>	
85. Don Artemio de Valle Arizpe	457
<i>Francisco Tobías Hernández</i>	
86. Museo de las Aves: el sueño de un niño que se convirtió en realidad	460
<i>Omar Soto</i>	
87. Ignacio Cepeda, el gobernador que se suicidó en Saltillo	467
<i>Roberto Orozco Melo</i>	

88. Fermín Espinoza Armillita: el torero más grande de la historia.....	478
<i>Alberto Boardman</i>	
89. Museo de los presidentes coahuilenses: un recinto para honrar su legado	493
<i>Omar Soto</i>	
90. El atentado a López Mateos en Saltillo	497
<i>Francisco de la Peña Dávila</i>	
91. Ícono Saltillense: El museo del Desierto	499
<i>Ángel Aguilar</i>	
92. Un santo caminó por las calles de Saltillo.....	506
<i>José Torres Anguiano</i>	
93. XEKS: La voz del tiempo en Saltillo.....	514
<i>José Torres Anguiano</i>	
94. El Camino Real de Tierra Adentro	519
<i>José Antonio Álvarez Castillo</i>	
95. El día que lloró el gobernador de Coahuila.....	524
<i>Alfredo Dávila Domínguez</i>	
96. Las siete vidas de Enrique Martínez	531
<i>Francisco J. De La Peña De León</i>	
97. El ‘Profesor Jirafales’, un personaje que nació en Saltillo	534
<i>José Badillo Mendoza</i>	
98. El obispo que protegía a los delincuentes.....	537
<i>Francisco J. De La Peña De León</i>	
99. El bolero que fue gobernador.....	565
<i>Francisco J. De La Peña De León</i>	
100. El Heraldo de Saltillo	587
<i>Francisco J. De La Peña De León</i>	

PRÓLOGO

El 7 de abril de este año, *El Heraldito de Saltillo* cumple sesenta años de vida. Con ese motivo, quienes elaboramos este periódico, quisimos editar un libro conmemorativo, uno que hablara de la historia de este medio de comunicación a lo largo de sus seis décadas de vida, pero, sobre todo, uno que narrara las historias más importantes acontecidas en los más de 435 años de la ciudad que nos vio nacer y a la cual, día con día hemos dedicado nuestras páginas.

Resumir más de cuatro siglos de historia en un solo libro es una tarea harto complicada. Por eso, decidimos seleccionar para esta obra algunos de los episodios más relevantes, contando la vida de algunos de sus personajes más importantes como Manuel Acuña, Fermín Espinoza “Armillita”, Julio Torri y Elena Huerta; de sus lugares más emblemáticos: la Catedral, el Ateneo Fuente, la Alameda Zaragoza, el Museo del Desierto y el Museo de las Aves; de sus comercios y negocios: la ferretera Sieber, el café Oso, empacadora Alanís y tantos más. Sin olvidar por supuesto al Santo Cristo de la Capilla, a Rosita Alvérez y al mundialmente famoso Sarape de Saltillo. O episodios pintorescos como la ocasión en que Pancho Villa se comió a un león en Saltillo o aquella vez en que Pedro Infante se escapó de un hotel de la ciudad porque sus admiradoras no lo dejaban dormir. En Saltillo se suicidó un gobernador, se descarriló un tren, ocurrió el último fusilamiento en la

historia del país, un santo caminó por sus calles y un presidente de la República estuvo a punto de ser asesinado.

Este libro de un compendio de artículos, muchos de ellos publicados en las páginas de *El Herald* de Saltillo y otros tomados de otras fuentes históricas, fueron escritos por historiadores, cronistas y periodistas, entre ellos: Juan José Casas García y Tamara Medrano Flores, historiadores de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma de Coahuila; Francisco Tobías Hernández, cronista, historiador y colaborador de *El Herald*; los historiadores Jesús de León Montalvo, José Antonio Álvarez Castillo y José Badillo Mendoza; el periodista Alfredo Dávila Domínguez; José Torres Anguiano, periodista y jefe de información de *El Herald*; Yesenia Ramírez y Jorge Sosa del Bosque, periodistas que fueron reporteros de *El Herald*; Omar Soto y Ángel Aguilar, reporteros de *El Herald*; y Francisco J. De La Peña De León, director editorial de *El Herald*.

Hay muchos libros que narran episodios de la vida de Saltillo, pero lamentablemente, la mayoría fueron publicados en tirajes muy pequeños o fueron editados por instancias oficiales como el gobierno del estado de Coahuila, el gobierno municipal de Saltillo y la Universidad Autónoma de Coahuila o en una sola edición, lo cual los hace muy difíciles de encontrar para el común de la gente.

Por eso decidimos editar y publicar este libro con la editorial Barker and Jules, una empresa que se asegura de que todos los libros publicados estén disponibles a nivel mundial en plataformas como Amazon, E-books de Apple y Barnes and Nobles. De esta forma, la presente obra podrá ser adquirida en todo el mundo en formatos impresos

y digitales y podrá ser consultada por todo aquel que, en el presente o en el futuro, desee saber algo sobre esta bellísima ciudad ubicada al norte de México en el estado de Coahuila que lleva por nombre Saltillo.

1. LAS VARIAS FUNDACIONES (POLÍTICAS) DE SALTILLO

Juan José Casas García



Contrario a lo que dice la tradición, Saltillo, la capital del estado de Coahuila de Zaragoza, no fue fundada el 25 de julio de 1577.

El acta de fundación de nuestra ciudad no existe actualmente, mejor dicho, no se ha encontrado. No se encuentra en el Archivo Municipal de Saltillo, ni en el Archivo General del Estado de Coahuila y tampoco se haya en los archivos de la nación o de España. Tres posibilidades llegan a mí entender: el documento se perdió, fue destruido por accidente o por deliberación o fue robado por algún particular.

Uno de los primeros en afirmar críticamente la fundación de Saltillo fue don Vito Alessio Robles, quien aseguraba que Saltillo fue fundada en 1575. Don Vito se basó en las afirmaciones del párroco Pedro Fuentes, quien escribió tal vez la primera historia de Saltillo a finales del siglo XVIII, pero Alessio Robles no fue más allá del texto de Fuentes y se quedó con dicha idea (fiel a la tradición positivista) de que entonces Saltillo fue fundada en 1575. Esta fecha fue aceptada por el presidente municipal Luis Hora-

cio Salinas, que en su administración en 1975 festejaría los 400 años de Saltillo.

Más tarde, otro historiador encontraría un documento en el Archivo de Parral en Chihuahua. Dicho documento manuscrito relataba pleitos sobre las jurisdicciones de la región en cuanto a la recolección de mano de obra esclava. El “Documento de Parral” como se lo conoció posteriormente, estipulaba que la fundación de Saltillo era en 1577. No se indagó más y la fecha oficial se estableció el 25 de julio (día de Santiago, santo patrón de nuestra ciudad) de 1577. El gobernador Óscar Flores Tapia realizaría una fastuosa fiesta celebrando, por segunda ocasión, los 400 años de la fundación de Saltillo en 1977. Se organizaron fiestas y se crearon nuevos espacios históricos, entre ellos el Recinto de Juárez, que sería la sede para el Colegio de Coahuila de investigaciones históricas.

El asunto no acaba aquí. He mencionado que el acta de fundación de Saltillo no aparece por ningún lado, pero el historiador se debe dar a la tara de, ya lo comentó Marc Bloch, ser el ogro de la leyenda, es decir, seguir buscando hasta dar con su presa, debe buscar la huella si quiere ser un Sherlock Holmes del pasado. Recientemente, otro historiador, Carlos Manuel Valdés, nos ha legado una información preciosa (si se me permite el adjetivo): Saltillo no fue fundada ni en 1577 ni en 1575. Valdés encontró en el Archivo General de Indias en Sevilla una información escrita por Juan López de Velasco, nada más y nada menos que el geógrafo del rey Felipe II. Se trata de un informe que Velasco realizó y que entregó al rey a principios de en 1573 y que publicó en 1586, donde aparece un listado de las villas, pueblos y reales de minas habitados tanto por

españoles como por indígenas. Saltillo aparece en dicha lista. Dicho en otras palabras, la villa del Saltillo, que pertenecía a la Audiencia de Guadalajara, existía por lo menos desde 1572, un año antes de que se realizó el escrito y cinco años antes de la fecha oficial implantada por la política. Desgraciadamente, el geógrafo real no da otra información respecto a la fundación de la villa.

En todo caso, la fundación de Saltillo está ya fijada y no nos queda más que, como historiadores, seguir investigando hasta develar el pasado, y como ciudadanos disfrutar las fiestas y fechas históricas.

2. SAN ESTEBAN DE LA NUEVA TLAXCALA

Juan José Casas García



Los mexicanos somos hijos de tres culturas: la indígena, la negra y la española. En todas las ciudades y pueblos de nuestro país se mezclaron biológica y culturalmente estas culturas –en ocasiones de forma violenta– que dieron origen a lo que es México. La ciudad de Saltillo no es la excepción, al contrario, las tres culturas convivieron y coexistieron. La fuente de la plaza de la Nueva Tlaxcala sería un buen ejemplo, aunque no tiene ninguna figura de alguna persona negra, como debería. Precisamente, en esa zona de la ciudad, de lo que hoy es la calle de Allende hacia el poniente, existió un pueblo habitado por indios tlaxcaltecas: San Esteban de la Nueva Tlaxcala, el cual colindaba con la Villa de Santiago del Saltillo, habitada principalmente por españoles asentados hacia el oriente de esa misma calle, por la cual corría una acequia de agua que dividía a ambos asentamientos.

Los tlaxcaltecas eran un pueblo nahua del centro de México, siempre al margen de los mexicas. Estos últimos habían creado una red de estados tributarios, es decir, controlaban todo el territorio de Mesoamérica. Se habían

rodeado tanto de aliados como de enemigos y los tlaxcaltecas fueron su acérrimo rival. Se unieron a Cortés para derrocar a los mexicas, motivo por el cual la historiografía del siglo XIX y XX los llamará, junto con la Malinche, traidores, cosa que no fueron, ya que México no existía en esa época, se trataba de un grupo que quería librarse del yugo mexica y para lograrlo se unieron a otro grupo más fuerte. Cuestión de lógica.

Fueron muy inteligentes al unirse a los españoles debido a que, en la época colonial, gozarían de ciertos privilegios por haber ayudado a la conquista del territorio. Fueron también los primeros en abrazar el cristianismo, que era la fuerza religiosa de la época y un signo de distinción entre los conquistadores. Al mismo tiempo han sido llamados los más viejos aliados de España.

Supieron utilizar bien la ayuda de los españoles y usar su fuerza a su propia conveniencia. A finales del siglo XVI tomarían demasiada importancia en la historia del norte de México. Francisco de Urdiñola, uno de los fundadores de Saltillo, tuvo la idea de enviar indios tlaxcaltecas a la región, ya que esta era muy precaria. La villa de Santiago del Saltillo, por ejemplo, estaba a punto de desaparecer, apenas unas pocas familias vivían en ella, no era próspera y la zona era azotada por ataques de diversos indios nómadas. Es así como varias negociaciones entre Urdiñola, el virrey Luis de Velasco y los tlaxcaltecas se realizaron. Era evidente que el poder colonial veía en los tlaxcaltecas la fuerza para estabilizar la región. En 1591 los tlaxcaltecas aceptaron enviar cuatrocientas familias para poblar Saltillo, San Luis y Colotlán (Jalisco). El objetivo de la Corona fue que los nahuas viajaran a estas regiones para pacificar a los

indios nómadas rebeldes y para ayudar a crecer a la población, deberían enseñar la doctrina cristiana y más importante aún, establecer la sedentarización. Debían constituir un ejemplo para los demás indios.

Salieron de la Gran Tlaxcala de los cuatro *altepetl* o señoríos. Debe recordarse que Tlaxcala era gobernado por cuatro señores pertenecientes a estas cuatro cabeceras. Más de 900 personas viajaron hacia el norte de la Nueva España, según un censo realizado en San Juan del Río, cerca de la ciudad de Querétaro. A la villa del Saltillo llegarían, en 1591, la mayor parte del *altepetl* de Tizatlán y fundarían de esta manera el pueblo de San Esteban de la Nueva Tlaxcala. Existía de igual forma un vínculo que unía la hagiografía de Tizatlán con los nombres de los barrios del pueblo de San Esteban, como lo fueron san Buenaventura, santa Ana o la Concepción, entre otros.

Al llegar a Saltillo, la tierra sería entregada a setenta y un casados y dieciséis solteros, alrededor de ochenta y seis solares y treinta y seis caballerías de tierra, además de una buena parte de agua y el apoyo del virrey en cuanto a cabezas de ganado mayor y menor, herramientas de agricultura y maíz durante cuatro años. Los tlaxcaltecas llegaron a Saltillo como agricultores y ganaderos, pero también participaron en la minería, el comercio y con el tiempo llegaron a ser artesanos y militares.

No obstante, se tiene que puntualizar que los tlaxcaltecas no dejarían la Gran Tlaxcala y viajarían tantos kilómetros gratuitamente, eran también políticos y supieron jugar bien sus cartas en pro de sus intereses a lo largo de dos siglos. En primer lugar, el virrey quería que los jesuitas viajaran con los tlaxcaltecas hacia el norte para que fue-

ran su apoyo en la cristianización del noreste, cosa que el mismo virrey le extendió al rey Felipe II. Sin embargo, los tlaxcaltecas tomaron la decisión de ser apoyados por los franciscanos, pues ya habían trabajado con ellos durante mucho tiempo y sentían que eran ellos quienes podrían reflejar mejor sus intereses. ¿Se imagina eso? ¡No es cualquier cosa! Los tlaxcaltecas echaron abajo una decisión del virrey de la Nueva España, algo que marca claramente su importancia. En segundo lugar, los tlaxcaltecas negociaron una serie de privilegios que les serían extendidos por el hecho de poblar el norte de la Nueva España, que consistían, entre otras cosas, en ser llamados con el título de “don” al anteponersele a su nombre, de portar armas, de montar a caballo, de vivir separados a los españoles, serían libres de pagar tributo, se les impediría a los españoles a usurpar sus tierras y sus mercados estarían libres de impuestos durante treinta años. Y tercero, algo que debe asombrarnos, es que los tlaxcaltecas no verían estos privilegios como uso exclusivo del pueblo de San Esteban, sino que serían lo suficientemente inteligentes para extender estas prerrogativas a lo ancho del septentrión de la Nueva España y a lo largo del tiempo, en otras palabras, cada pueblo que fuese fundado por los tlaxcaltecas tendría estos privilegios y no serían pocos. Fundaron, entre otras ciudades, Monterrey, Monclova, Parras, Bustamante, en fin, todo el noreste de lo que hoy es México, Texas, incluido.

Trajeron consigo no solo una estabilidad a la ciudad, sino también su cultura, su lengua y su diferenciación entre las clases sociales. Incluso, muchos de los documentos que se encuentran actualmente en el Archivo Municipal de Saltillo están escritos en lengua náhuatl, se trata nor-

malmente de testamentos, pero también existen algunos otros, en español, de los diferentes pleitos legales que se vivieron con los vecinos españoles de la villa de Saltillo. Los tlaxcaltecas tenían su propio cabildo, es decir, su propio gobierno separado del de Saltillo. Al ser protegidos por el virrey, no estuvieron controlados por el alcalde de Saltillo, lo que les dio autonomía y poder legal para defenderse de los españoles que querían cometer alguna vejación contra ellos.

En suma, durante más de doscientos años, antes de que el pueblo de San Esteban fuese unificado a la ciudad de Saltillo en el siglo XIX, los tlaxcaltecas supieron desarrollar su cultura nahua del centro de la Nueva España en el noreste, es decir, realizaron lo que los mexicas no lograron en su imperio: la conquista del norte de Mesoamérica. Los tlaxcaltecas son indios conquistadores que supieron escribir su historia, una historia de los vencedores indígenas. En pocas palabras, los tlaxcaltecas salvaron a la ciudad de Saltillo de su desaparición y se convirtieron en la fuerza colonizadora más importante del noreste de la Nueva España, más importante aún que los propios españoles.

3. ALBERTO DEL CANTO, FUNDADOR DE SALTILLO

Tamara Medrano Flores



Al hablar de don Alonso Quijano, el Quijote, nos viene a la mente un personaje literario, soñador, un poco loco, pero con un espíritu valeroso. Un hombre armado, que cabalgando en su caballo bautizado como “Rocinante”, realiza viajes llenos de hazañas, poniendo en peligro su propia vida. Este tipo de caballeros existieron, pero además de andar a caballo, viajaban en barcos buscando nuevos horizontes. El inicio de muchas ciudades, incluyendo Saltillo, empieza con este tipo de personas, hombres que arribaron y poblaron tierras extranjeras

Para hablar de la historia de Saltillo es imprescindible conocer la figura de Alberto Canto, nombre que podemos ver en escuelas, calles y libros que pertenecen a nuestro acervo histórico. Por desgracia, no podemos dar un perfil de este personaje, debido a que no se conserva ningún retrato suyo. Existe una estatua en el barrio antiguo de Monterrey que nos muestra un personaje con una gran presencia, lo cual no es del todo erróneo, ya que existen testimonios que lo llaman valiente, temerario, bravucón e incluso malvado. Podemos decir que fue un aventurero

por salir de Portugal para conquistar nuevas tierras, tierras con grandes expectativas, pues el oro era el principal motor de estas conquistas.

Fueron los mares de Portugal en 1547 los que vieron nacer a una persona tan enigmática como Alberto del Canto, específicamente las islas de los Azores. Hijo de Sebastián Martín Do Canto y de María Díaz Viera, que con tan solo quince años se embarcó en la búsqueda de un nuevo destino. Hombre que con gran coraje y perseverancia caminó por las llanuras y sierras que formaban parte del norte de nuestro territorio. Sin agua, sin alimento y con un pequeño toque de suerte, llega a lo que actualmente es nuestra ciudad, la cual contaba con suelos fértiles y gran vegetación apta para establecer una sociedad; razón por la cual fundó, aproximadamente en el año de 1577 (otros dicen que fue antes) la Villa de Santiago del Saltillo. Se nombró así por el apóstol Santiago y por un pequeño salto de agua –el ojo de agua, como lo conocemos aún hoy– que se convirtió en el principal sustento de haciendas y huertos.

Alberto del Canto fue bautizado en la parroquia de Santa Lucía, en su pueblo natal, por ello puso por nombre a lo que luego sería Monterrey, Ojos de Santa Lucía. Esto tiene dos sentidos: Santa Lucía fue una mártir del primer siglo que se quedó sin ojos al ser torturada por su fe cristiana; el valle de Monterrey estaba lleno de ojos de agua. Él llegó procedente de Mazapil con el encargo de fundar una villa diocesana (Saltillo) y dos sufragáneas (Monterrey y Monclova) como ordenaba la ley. Fundó Saltillo con dieciséis colegas que lo acompañaban: había portugueses, vascongados y extremeños a los cuales les repartió tierra y agua. Esas familias crearon Saltillo y tuvieron que traba-

jar para adaptar ese inmenso valle e introducir la agricultura y la ganadería. El clima y agua que se encontraba eran adecuados para el cultivo de trigo, grano que se consideraba valioso y que se convirtió en la principal fuente de riqueza de la villa. El inicio de nuestra ciudad es el esfuerzo de hombres y mujeres que empezaron de cero, que trataron de sobrevivir y se propusieron una permanencia definitiva, creando sociedades, comercio y una nueva cultura. Posteriormente, Del Canto fundó Monterrey y Monclova, primero, y Parras después, esta llevó el nombre de Valle de Pirineos y dependía de la Alcaldía de Saltillo.

Alberto del Canto fue acusado de la captura y venta de indios bárbaros, los cuales terminaban trabajando en minas o en servicio doméstico, acto que estaba prohibido en toda Nueva España. En 1579 se ordena al gobernador de la Nueva Vizcaya que castigue al capitán Alberto del Canto por haber prendido, esclavizado y vendido indios que estaban ya pacificados, a lo cual se hace caso omiso.

Alberto del Canto forma parte del imaginario de la sociedad saltillense, un personaje que, contra todo pronóstico, llega a nuevas tierras y funda nuestra ciudad. A la edad de sesenta y cuatro años, en 1611, falleció en su Hacienda de Buenavista, lugar cercano a Saltillo. Murió teniendo grandes logros y formando el inicio de una sociedad de la cual formamos parte.

4. FRANCISCO DE URDIÑOLA

Juan José Casas García



El que sería capitán y uno de los fundadores de Saltillo, Francisco de Urdiñola, llegó a Nueva España alrededor del año 1572, a cincuenta años de la caída de Tenochtitlán y veinticinco del descubrimiento de las minas de Zacatecas. Nació en Guipúzcoa en las provincias vascongadas en España. Su familia era muy pobre, pero eran hidalgos como todos los vascos, ya que habían participado abiertamente en la guerra de reconquista contra los moros. Desde el descubrimiento de nuevas minas, todas ellas integradas a Zacatecas, la expansión española hacia el norte fue inminente. Urdiñola había acumulado una fortuna en una de estas minas cuando se lanzó a la carrera militar, iniciando como soldado al mando de una pequeña cuadrilla y trabajando como pacificador, es decir, lanzando la guerra contra los indios que asolaban la región. La Corona no daba ningún pago a estos hombres, pero por su aventura les obsequiaba algunas tierras y lo que fue llamado la encomienda, que era básicamente el otorgamiento de mano de obra de prisioneros de guerra, es decir, los indios.

La encomienda era la mano de obra asalariada que trabajaría en minas o en haciendas, pero ya se ha comprobado que en realidad era una especie más de esclavitud, in-

cluso algunos de los indígenas de nuestra región serían enviados como esclavos hasta Cuba... A pie, imagínese.

Hay que decirlo sin traumatizarnos, los fundadores de Saltillo fueron esclavistas y Urdiñola fue uno de ellos. En 1580 y 1581 Francisco de Urdiñola llegó a la muy precaria villa de Santiago del Saltillo (nombre muy concurrido en América, pues Santiago, patrón de España, fue el santo que ayudó a los españoles a pelear contra los “bárbaros” moros. No es de extrañar que hayan elegido ese nombre para pelear contra los “bárbaros” indios del norte) precisamente para combatir contra los guachichiles de Saltillo y Mazapil. Fue nombrado capitán de Mazapil en 1583 sustituyendo a López de Lois. Obtuvo finalmente la paz con los guachichiles en 1584 y contrae matrimonio con Leonor de Lois, hija del antiguo capitán de Mazapil, heredando la fortuna de este. Finalmente, tiene una idea maravillosa, junto con el virrey Luis de Velasco, fundar un pueblo de indios tlaxcaltecas al lado de Saltillo en 1591. Ellos serían los que le darían vida a la ciudad, es por los tlaxcaltecas que realmente se sostuvo Saltillo gracias al pueblo de San Esteban de la Nueva Tlaxcala.

Fue expandiendo sus riquezas e influencias en todo el norte de la Nueva España e incluso pudo haber sido elegido para ser el conquistador de Nuevo México, pero su esposa murió en circunstancias muy peculiares, lo que lo llevó a tener un juicio con la Inquisición y la Audiencia de Guadalajara. Es juzgado por el oidor Nuño Núñez de Villavicencio, yerno de Juan Batista de Lomas y Colmenares, quien había buscado desde hacía mucho tiempo el permiso de inspeccionar y conquistar Nuevo México, pero el virrey Luis de Velasco le concedió el honor a Urdiñola. De

ahí que la Audiencia de Guadalajara lo hubiese condenado en 1594 por la muerte de su esposa, de un joven vasco llamado Landaverde y de cuatro personas más, argumentando que había asesinado a su mujer por infidelidad, matando también al joven y a cuatro sirvientes que se habían enterado del asunto, dando paso a una leyenda, aunque de leyendas hablaremos en otra ocasión.

Tres años y medio más tarde de iniciado el juicio, el capitán fue culpado por los seis asesinatos, pero un año más tarde quedó absuelto del crimen, tal vez porque ya habían otorgado el permiso de conquista de Nuevo México a Juan de Oñate, porque tanto los jueces y oidores de la Audiencia cambiaron, porque la Corona se dio cuenta de que necesitaba hombres como Urdiñola o, simplemente, por cuestiones de corrupción que ¡ajo!, no es descabellado pensarlo en Nuestra Nueva España.

Urdiñola perdió la oportunidad de ser el conquistador de Nuevo México, pero no se rindió en el acumulamiento de riquezas y de tierras. Fue posteriormente nombrado gobernador de Nueva Vizcaya (donde pertenecía Saltillo, tiempo después sería integrada a Coahuila) en 1603. Como gobernador expandió sus posesiones bajo prestanombres (¡mire qué curioso! Eso que los gobernadores utilicen prestanombres para enriquecerse no es nada nuevo) y tomando indios como encomienda para trabajar en sus haciendas. Finalmente, Urdiñola fallece en 1618, dejando una herencia del latifundio más grande del norte de la Nueva España, que perduraría toda la época colonial. Un patrimonio obtenido con guerra, fuego y sangre.

5. SALTILLO Y EL SANTO CRISTO DE LA CAPILLA

Vito Alessio Robles



Desde el arribo del primer destacamento español a la Villa de Santiago del Saltillo, por la distancia a que se encontraba esta de los demás centros poblados de la colonia, la pequeña comunidad tuvo un cura, que lo fue el bachiller don Baldo Cortés, quien hizo su entrada en unión de los soldados hispanos en calidad de capellán.

Este cura duró en el ejercicio de su cargo cerca del medio siglo, hasta el año 1624. Fue un gran propietario de tierras, pues sus posesiones se extendían desde el Valle de las Labores, ahora Ramos Arizpe, hasta los manantiales de Anaelo, cuyo nombre chichimeca se ha trocado en el castizo de Anhelo; los límites orientales llegaban a los linderos del Nuevo Reino de León y los occidentales pasaban por la línea de división de aguas de la serranía del Chiflón. Seguramente, el primer templo de Saltillo solo fue una sencilla y tosca construcción de muros y techumbres elementales con espadañas en lugar de torres.

En los primeros años de la vida civil de Saltillo, las imágenes del templo deben haber sido pequeñas, pues no era fácil transportar desde el centro del virreinato volumino-

sas esculturas ni cuadros de gran tamaño. Quizá el objeto visible de la adoración de los fieles se reducía a una gran cruz de madera

A la llegada de los tlaxcaltecas, en 1591, deben haberse colocado las primeras imágenes labradas de estos, pues es de sobra sabido que todos eran hábiles escultores en madera. Venían de Tizatlán, tierra de inteligentes talladores y coloristas. Ahí se fabrican todavía por los indígenas los bastones que se expenden en Apizaco. Un veraz historiador de Nuevo León opinaba que todas las esculturas que se veneraban en dicho Estado y especialmente en Monterrey, fueron hechas por los tlaxcaltecas. Hasta en las casas particulares de Saltillo abundaban las esculturas hechas por los hijos de Tlaxcala y la más socorrida y común era la ecuestre del apóstol Santiago.

Entre los primeros pobladores de Saltillo figuró el vasco don Santos Rojo, casado con la criolla doña Isabel de las Ruelas. Este edificó a su costa un crucero de la primitiva iglesia, hacia el flanco norte y colocó en dicho crucero un altar de las Ánimas. Por ello, se llamó desde un principio Capilla de Las Ánimas —la que hoy se conoce como Capilla del Santo Cristo a un lado de Catedral.

En 1607 emprendió Santos Rojo un largo viaje con una gran recua de mulas cargadas de mercaderías, hasta Veracruz y concurrió a la feria que se efectuaba en Jalapa a la llegada de las flotas de España. Esta pintoresca población era la escogida para dichas ferias con la finalidad de evitar los peligros de la fiebre amarilla, endémica en el puerto de Veracruz. Era el punto de reunión de todos los mercaderes de la colonia para adquirir efectos de Castilla y para vender sus productos. Ahí compro Santo Rojo una bella es-

cultura de Cristo crucificado que, a lomo de mula y atravesando las cordilleras del altiplano, fue conducida a Saltillo.

Era una grande y bella escultura, muy superior a la de procedencia tlaxcalteca. Un Cristo moreno, de negra cabellera, de hermosas facciones y de cuerpo y miembros perfectamente proporcionados.

Don Lucas de las Casas, cura de Saltillo de 1716 a 1730, escribió, refiriéndose a esta escultura: “Es esta sagrada imagen de particular hermosura y peregrino color, media entre lo claro y lo obscuro, de dos varas de largo, hermosamente proporcionada de miembros, y tan amable que solo con verle el rostro atentamente, atrae los corazones más pervertidos”.

Santos Rojo regresó a Saltillo en marzo de 1608 con su bullanguera recua cargada con vinos, paños y aceites de España, con hierros de Vizcaya, con cochinilla de Oaxaca para teñir las famosas lanas saltillenses, con objetos mil que eran esperados ávidamente por aquellos vecinos que llevaban una vida sencilla y austera, pero el entusiasmo y la alegría subieron de punto cuando, ufano, Santos Rojo les mostró la magnífica escultura de Cristo crucificado.

Como todas las imágenes a las que se rinde fervoroso culto y en las que se tiene muy arraigada fe, la escultura que se venera en Saltillo está rodeada de una leyenda muy similar a la del Cristo que se adora en Chihuahua, llamada Mapimí, y que, se asegura, que, estando destinada al último de los lugares mencionados, la mula que lo cargaba se extravió y no fue a parar sino hasta la mencionada villa de San Felipe de Chihuahua. Así, de la escultura grandemente venerada por los saltillenses, se asegura que fue envia-

da a la catedral de Guadalajara y que la mula procedente de Jalapa se desvió, marchándose rectamente a Saltillo.

El 6 de agosto de 1608 —cuenta la tradición— apareció ante el asombro de los habitantes de Saltillo una mula cargada con una gran caja; los vecinos lograron detener la acémila frente a la plaza de armas y al abrir la caja se enteraron con grande y grata sorpresa de que contenía una escultura de Cristo crucificado, habiendo desaparecido misteriosamente la mula. La misma tradición reza que desde entonces se celebra anualmente la fecha del 6 de agosto.

Los hechos comprobados hacen saber que Santos Rojo y su mujer mandaron colocar la santa escultura en la capilla de las Ánimas, construida a sus expensas, y por esa causa los fieles llamaron a la sagrada imagen el Señor de la Capilla.

A instancias del mismo Rojo, en diciembre de 1608 el obispo de Guadalajara concedió merced y privilegio de asiento y lugar de entierro para él, su esposa y descendientes. Se afirma que muchos de estos últimos viven aún, que algunos de ellos son propietarios de la estancia de la Roja, encaramada en la Sierra Madre Oriental, al noreste del antiguo San Isidro de las Palomas, hoy Arteaga, y que los antiguos títulos de propiedad de Santos Rojo abarcaban todas las tierras situadas al levante de Saltillo, desde la capilla del Santo Cristo hasta los límites con Nuevo León.

El culto fue grande desde un principio y ha aumentado con el decurso de los siglos. La veneración de esta imagen se extendió a Coahuila, a Nuevo León, a Tamaulipas y a la lejana y misteriosa Texas.

Sus milagros reproducidos en sencillos y elocuentes retablos de pintura primitiva e ingenua y propagados por

todos los creyentes en los amplios ámbitos de las provincias internas, eran pregoneros de su bondad y de su fama. Curaciones de paralíticos y de lisiados, curas milagrosas, bienes desparramados a manos llenas, felicidad impartida sin tasa ni remilgos.

Se contaban numerosos prodigios sobre esta imagen. El 13 de marzo de 1708 —reza un ingenuo relato— al trasladar el sacristán la escultura de la parroquia de Santiago a su capilla observó que sudaba copiosamente. Advertido el entonces cura don José Guajardo y todos los eclesiásticos, le enjugaron el sudor con lienzos y algodones, mandaron repicar para noticiar el milagro a los fieles y dieron fe del prodigio.

Y el maravilloso sudor se repitió el 5 de marzo de 1722, siendo cura don Lucas de las Casas, advirtiéndose que la materia de que está hecha la escultura se había tornado como si fuera carne viva, y que la transpiración despedía un vivo olor. El milagro se reprodujo en 1732, según antiguas crónicas. Las campanas se echaron a vuelo y la gente acudió presurosa a admirar el prodigio.

Cuentan las crónicas que un religioso de San Francisco se encontraba eternamente paralítico en el convento de San Esteban, invocó en esos momentos al Señor de la Capilla, se levantó sano y corrió como los demás al templo en donde sudaba la imagen.

Los milagros eran numerosos y grandes, avivados por la fe de las gentes. Entre las tradiciones se conserva el recuerdo del efectuado el 25 de marzo de 1767, fecha en la que el niño José Joaquín Arizpe, trepado en una alta cornisa de la nueva capilla, perdió el equilibrio y cayó a tierra. En su vertiginoso descenso, aseguró haber invocado al Se-

ñor de la Capilla y resultó ileso. Petra del Barro, en el año 1768, después de muchos años de paralítica, se hizo conducir a la capilla del Señor, lo invocó con ardiente fe, pidiéndole salud y salió por su pie de la iglesia.

La santa escultura permaneció en el crucero de las Ánimas por cerca de siglo y medio, hasta el año de 1762, en que fue solemnemente trasladada a la capilla especial cubierta con bóvedas, mandada construir expresamente para el culto de esta imagen por doña Josefa Báez Treviño.

Para la construcción de esta capilla, los dueños de la rica mina de La Iguana, en el vecino Nuevo Reino de León, dieron toda la plata que se sacaba los sábados, donación extraordinaria que produjo más de cien mil pesos. La capilla sirvió por algunos años de templo parroquial mientras se terminaba la construcción de la nueva iglesia, adosada a la capilla por su costado meridional.

Fray Juan Agustín de Morfi, que en la calidad de capellán acompañó al caballero don Teodoro de Croix, nombrado comandante general de las provincias internas pasó por Saltillo a finales de 1777. En su diario de viaje menciona la iglesia parroquial, entonces en construcción, con las siguientes palabras: “La iglesia fue una empresa del cura, cuyas ideas excedieron la generosidad y devoción de los vecinos. Lleva sesenta y ocho varas de largo, catorce de ancho y el altar correspondiente. Va toda de piedra de sillaría: está en las bóvedas y con muy poca esperanza de concluirse. Las funciones parroquiales se ejercen en una capilla contigua con toda la capacidad y proporciones para ser con el tiempo una nave lateral de la nueva iglesia. En el altar mayor se venera una devotísima imagen de Jesús Crucificado. La construyó con una bella torre que la ador-

na doña María (sic) Báez Treviño, que gastó en la obra una gran parte del caudal que le dejó su marido”.

La portada y la torre son bellísimas y de armónicas proporciones. La primera de un churrigueresco sobrio, austero, sin extravagancias ni recargos. La segunda, esbelta y bella, se asienta sobre un alto cuerpo de base cuadrada, y ella misma tiene dos cuerpos: el inferior, de planta cuadrada, y el superior, de planta octagonal, cubierto por una cúpula peraltada, la que a su vez tiene por remate una alta y aérea linternilla. El conjunto es delicado y artístico. Lástima grande que no conozca el nombre del inteligente alarife que proyectó y construyó esta bella torre.

A propios y extraños llama sobremanera la atención el delicioso y sonoro timbre de las campanas de esta torre. El alcance de su tañido es grande y su sonoridad es dulce y cadenciosa. Cuando una de las campanas, al amanecer, da el toque de alba, parece difundir un alegre canto a la aurora que se anuncia sonrosada en los picos de la vecina Sierra Madre; cuando otras suena para recordar a los fieles que deben orar y recordar a Dios, el toque, solemne y pausado, reviste tonos hondos que llegan a las almas; el toque de Angelus, cuando el crepúsculo incendia con tonos rojos y violetas los pelados y pardos crestones del cerro de Tlaxcala y el extenso valle comienza a cubrirse con las sombras de la noche, suena grave y *uncioso*; el toque de las Ánimas, lento y profundo, invita a la meditación sobre la fragilidad de las cosas humanas; el de queda, llama al reposo, y cuando todas las campanas tocan a rebato y las esquilas voltejean rápidamente para celebrar algún fausto suceso, sus sonidos y sus vibraciones, unos graves y otros agudos, pero todos de gran sonoridad, semejan los

compases energéticos y los coros ardientes y entusiastas de un himno triunfal.

Hay una vieja tradición saltillense que ha llegado hasta nosotros sobre las causas de la sonoridad extraordinariamente bella de esas campanas: los broncees contienen oro y plata en grandes proporciones.

Cuando un hábil fundidor había preparado acuciosamente los moldes de las campanas en el atrio de la iglesia; cuando se habían mezclado el cobre, el estaño y el plomo para formar la sonora aleación y ella, en estado líquido estaba lista para verterse en los moldes, todos los vecinos de Saltillo y de San Esteban de Nueva Tlaxcala, congregados alrededor de los hornos, desfilaban arrojando a la ígnea mezcla, con reconocimiento y devoción, sus más valiosas tumbagas de oro, sus sortijas de plata, pero faltaban ahí doña Josefa Báez Treviño, la gran devota del Santo Cristo de la Capilla. Entre la expectación general se la vio aparecer solemne y silenciosa, cubierta con negras tocas y seguida de cuatro sirvientes. Al llegar al lugar de la reunión, estos pusieron en manos de doña Josefa barras de oro y plata que, sucesiva y lentamente, fueron depositadas en el enorme crisol ardiente que poco después vaciaba en los moldes, entre un fulgor de chispas, su rico contenido de áureo bronce.

El culto al Santo Cristo de la capilla fue muy grande durante la época colonial. Concurrían a su fiesta del 6 de agosto, viajeros de los más lejanos puntos de las provincias internas. Los campesinos del valle de Saltillo concurrían todos con sus mujeres y sus hijos. Esa adoración por la sagrada imagen persiste aún. Los dos templos contiguos —la catedral y la capilla— resplandecen como ascuas de

oro y aparecen pletóricos de fieles, lo mismo que el atrio, la plaza frontera y las calles inmediatas. Los festejos han conservado muchos detalles típicos de gran carácter y colorido, entre ellos las danzas aztecas, llevadas por los tlaxcaltecas a Saltillo y que ahora se efectúan en romerías llenas de animación en las inmediaciones del manantial que surte de agua a la ciudad. Desde ahí se contempla el bellissimo panorama del extenso y hermoso valle.

La escultura del Santo Cristo de la Capilla está íntimamente ligada al historial de Saltillo desde los primeros tiempos de su vida civil. Ha acompañado, por luengos siglos, a sus habitantes en los fastos gloriosos, en los acontecimientos tristes, en los cruentos peligros, en todas las vicisitudes. Por ello, los nacidos en el valle de Saltillo evocamos siempre aquella hermosa imagen con amor, respeto y unción.

(Tomado del libro Saltillo en la historia y en la leyenda de Vito Alessio Robles).

6. LA LEYENDA DE ZAPALINAME

*Yo Soy Zapalinamé**



A la montaña que se encuentra al oriente del valle de Saltillo, la voz del pueblo le ha dado nombres como Montaña del Cuatro, Montaña del Muerto o Montaña del Dormido; sin embargo, los antiguos originalmente la identificaron como Montaña de Zapalinamé en honor a Zapalinamé, el caudillo de la tribu regional de los Huachichiles quien, a fines del siglo XVI, dió batalla a los fundadores de la Villa de Santiago.

La colonización española en la comarca nunca fue fácil, incluso la villa fue abandonada en varias ocasiones debido a la resistencia que opusieron los Huachichiles quienes, comandados por los audaces guerreros Maquisaco, Maquemachichihuac, Cilaván y Zapalinamé, no permitían a los nuevos pobladores adueñarse de sus tierras.

Los alzamientos de los Huachichiles en la región fueron periódicos. Destacan las rebeliones de 1580 y 1586. En este último año, Zapalinamé y Cilaván asolaron el valle y de plano desarticularon la escasa defensa que había en

* Tomada de la página *Yo Soy Zapalinamé*.

la villa. Después dieron otra batalla en las cercanías, en las que la victoria no pudo proclamarse para ninguno de los dos bandos y el poblado seguía en peligro de ataque. En esos enfrentamientos, se dice que los Huachichiles destruyeron un convento franciscano de reciente creación. Hay que anotar que la actitud de los indígenas estaba bien justificada, pues los españoles eran muy inclinados a tomarlos como esclavos.

Pues bien, después de todos aquellos sucesos, don Francisco de Urdiñola y don Diego de Aguirre decidieron salir de la Villa de Saltillo para combatir a los audaces guerreros, siendo tan dura la refriega que, aunque el triunfo correspondía a los conquistadores, Urdiñola decidió hacer un llamado diplomático y conciliador para los arreglos de paz, sabedor de que les había ganado una batalla, más no la guerra.

Los guerreros aceptaron; no obstante, Zapalinamé sabía por experiencia que concertar la paz con los blancos era una circunstancia muy volátil; así como se acordaba una cosa un día, se esfumaba a los siguientes. Después del tratado, el líder de los Huachichiles trató de vivir en la villa, a petición de Urdiñola, pero no se adaptaba a la cultura y tradición imperante, y además empezó a ver cómo los españoles tendían a maltratar a su gente.

Otro aspecto que no fue del agrado de Zapalinamé, era que los habitantes del poblado se apoderaron del agua cuyos manantiales regaban el valle. Todo esto, además de alterar el ambiente, iba en detrimento de los suyos, pues conocedor del medio, sabía que en adelante las piezas de caza se retirarían de la zona, haciendo aún más difícil la vida para los Huachichiles.

Viendo todo aquello reflexionó que le era imposible acabar con el poblado de los intrusos. Así, un buen día Zapalinamé organizó a los suyos y por la noche, con sigilo, abandonaron la villa, remontándose de nuevo a las serranías más próximas. Prefirieron vivir libres el resto de sus días en las montañas del oriente del Valle, hoy ciudad de Saltillo.

Años después murió el caudillo en la cima de la montaña. Los suyos tendieron su cuerpo con la cara al sol, tal como fue su actitud ante las adversidades. Entonces sucedió algo fantástico: la madre naturaleza, al ver la gallardía y el orgullo que mostró ante la vida aquel indio al defender su tierra y su gente, agigantó su figura, integrando las formas de aquel valiente hombre a la montaña, cubriendo su contorno de rocas, de tal manera que aún se aprecia en el perfil de la sierra, la cabeza de Zapalinamé con penacho, su amplio pecho, sus pies descalzos, su brazo derecho y todo su cuerpo tendido.

Así, Zapalinamé contempla por última vez y para siempre el espléndido cielo azul que cubre el Valle de Saltillo, deseando que alguien en el futuro cuide de esta tierra prodigiosa en la que su gente vivió durante siglos.

(Tomado de la página de Facebook de la organización Yo Soy Zapalinamé).

7. LOS MATACHINES

Francisco Tobías Hernández



Pocos años después de la fundación de Saltillo, llegaron a esta tierra ochenta familias tlaxcaltecas, trayendo con ellos sus tradiciones y costumbres. Entre esas tradiciones estaba la danza de los matachines, también llamados matlachines.

Los grupos de matachines constan de veinte danzantes, de ellos, uno es el monarca, dos capitanes y otro llamado el viejo de la danza, quien indiscutiblemente se lleva el asombro de los niños.

Las danzas de los matachines tienen un carácter de ritual; sus instrumentos son el tambor, que tiene un origen prehispánico, y el violín. Entre los sones más sencillos que se utilizan en las danzas podemos encontrar “El Indio” y “La Golondrina”, mientras que los más complicados son el “Gorras Prietas”, “El Endiabrado” y “El Tamborazo”.

Quizá lo más característico de nuestros matachines es la sonaja que cargan en la mano derecha, que hacen sonar constantemente y, por supuesto, su calzado, que son huaraches cuyo golpeteo es inconfundible al combinarse con el rozar de los carrizos.

Aquí en Saltillo los podemos ver bailar en el atrio de la Catedral cada 6 de agosto, tradición que data de 1640,

pero también el 12 de diciembre en el Santuario de la Virgen de Guadalupe, el 3 de mayo en Landín, y el segundo domingo de septiembre en la Iglesia del Ojo de Agua.

Los Matachines son parte de Saltillo, parte de nuestras tradiciones, cada que se escuchan los tamborazos y huarachazos, sabemos bien que son ellos.

8. JUAN LANDÍN

Juan José Casas García



Don Juan Landín Gómez de Zavala fue un comerciante gallego que se avecindó junto con su hermano en la villa del Saltillo en 1739. Juan y Domingo Landín llegaron a la Nueva España en un primer momento a Guadalajara, en el reino de la Nueva Galicia y posteriormente a Zacatecas antes de establecerse definitivamente en la villa de Santiago del Saltillo. Los hermanos Landín se abrieron paso en la villa dedicándose al comercio y contaban con una tienda en lo que es actualmente la calle de Allende. Incluso, se pudiera decir que Juan Landín era un rico comerciante de la villa, antes de caer en desgracia en los últimos años de su vida.

Para 1762, Landín obtendría el puesto de comisario del Estanco de Pólvora de la villa de Parras, por lo que comenzaba a crearse una vida y un nombre en la región. A los catorce años de vivir en Saltillo se casaría con doña María Josefa de la Zendeja y Llanas. Dos años más tarde, en 1764, y con la ayuda de la familia de su esposa, Juan Landín adquiriría el cargo de regidor ejecutor del cabildo en Saltillo, puesto que había sido conservado por la familia de su mujer desde 1735 y que Landín seguiría ocupando durante más de treinta años. De modo que, para 1780, su

influencia e importancia en la región ya tenían un nombre consagrado, llegando a ser incluso alcalde ordinario de la villa de Saltillo y elector de cabildo. Su reputación fue tan importante que incluso ofreció 16 mil pesos para obtener el cargo de gobernador de la provincia (en la época colonial los puestos políticos se compraban), aunque no lo consiguió.

En 1766, Landín quedaría viudo con dos hijos, muriendo su primogénito apenas poco tiempo después que su esposa; no obstante, el comerciante gallego volvería a casarse a sus cincuenta y tres años con doña Catalina Sánchez Quintanilla, con quien tendría seis hijos, aunque, desgraciadamente, solo le sobrevivirían tres.

De sus posesiones destacan dos inmuebles que han marcado la vida del Saltillo tanto en la época colonial como en la actualidad: la capilla construida en su hacienda de la Concepción y el cuadro de Ánimas que se encuentra en la iglesia de san Francisco en el Centro Histórico de Saltillo. Juan Landín compraría el predio de san Francisco ubicado al sur de la ciudad alrededor de 1770 construido al lado de la hacienda de los Berros, actualmente conocida como El Morillo, espacio donde edificaría su hacienda de la Inmaculada Concepción y su mítica capilla barroca color almagre, es decir, de óxido rojo.

Con el paso del tiempo, la capilla sería lo único que sobreviviría. Construida de adobe y con un frente de cantera con arte barroco, la capilla sería uno de los símbolos de la villa, descrita así por el franciscano Juan Agustín de Morfi en su paso por Saltillo. Con los cambios de propietario y por el discurrir histórico, la capilla caería en desuso y se vería deteriorada por los años para caer casi en ruinas

para el año de 1910. Incluso, por su deteriorado aspecto y su imagen de antigüedad, el imaginario popular la catalogaba como la primera capilla de la ciudad, aunque dicha afirmación no esté en lo cierto. Para rescatarla, se trataron de hacer varias intervenciones, pero sin el debido cuidado, ya que estaban mal preparadas, perdiendo así la fachada original. De esta manera, podría decirse que, en doscientos años, la capilla se conservó mejor sola que con las intervenciones que pretendían rescatarla. No es sino hasta fechas más tempranas que se ha rescatado el edificio de la capilla, luciendo el aspecto que tendría en la época colonial. La capilla de Landín, como actualmente se le conoce, sería convertida en museo durante los años 2009 y 2018, albergando una colección de veinte pinturas de arte sacro de los siglos XVII y XVIII. Para el año 2018 sería convertida en biblioteca pública. Cabe destacar igualmente que, en los terrenos de sus alrededores, prosperó una colonia que ahora lleva su nombre, la colonia Landín.

Otro gran aporte que Juan Landín haría a la sociedad saltillense colonial sería un cuadro de ánimas que otorgó a la cofradía de las Ánimas del Purgatorio del pueblo de San Esteban de la Nueva Tlaxcala, de donde era miembro. La cofradía era una asociación de fieles que tenían por objeto el culto religioso hacia una imagen en particular, creando de este modo lazos de hermandad entre los miembros llamados cofrades. Dos de sus objetivos principales eran la creación de préstamos económicos a los miembros, así como el hecho de originar una espiritualidad que ayudase al cofrade a salir más rápidamente del purgatorio y de este modo entrar al paraíso después de la muerte. La cofradía de las Ánimas tenía muy presente este detalle, y es de este

modo que Landín regaló un cuadro representando la escena de las almas luchando en las llamas del purgatorio para ser salvadas por el arcángel Miguel y san Francisco de Asís con Cristo y sus padres María y José coronando la imagen. En su parte inferior se encontraban las almas en pena, que cabe resaltar, se encontraban sin distinción de sexo, edad o posición social, dotando así el imaginario de que todos pasarían por tales castigos de purgación antes de alcanzar el paraíso, y que se debía comportar en la vida conforme a los preceptos de la Iglesia. De esta manera, la sociedad colonial se encontraba en una constante reflexión ante la muerte. Actualmente, algunos historiadores del arte afirman que una de esas almas pintadas sería el mismo Juan Landín que pediría ser retratado en el cuadro que él mismo mandó realizar.

Sin embargo, no todo fue prestigio y riquezas para el comerciante gallego, ya que sus últimos años entraría en bancarrota, llevando a la ruina a toda su familia. Juan Landín no solamente trabajaba para sus propios intereses, sino también para los de sus coterráneos, pues gracias a su ayuda, tres gallegos más llegarían a la villa del Saltillo: don Rafael Martínez de Abal, don José Pereyra de Castro y el sobrino de este último, Francisco José Pereyra. Con ellos crearía una sociedad que finalmente lo llevaría a la ruina. Entregó su capital a Martínez de Abal en préstamo, pero nunca le pagaría, lo que llevó a Landín a fomentar una demanda en su contra que no tendría frutos. Landín no se dio por vencido, por lo que trabajaría de nueva cuenta para acrecentar sus negocios en el comercio a la par que instalaba la demanda, empero Landín ya se encontraba viejo, enfermo y cansado, pues el fraude en su contra sería

a finales del siglo XVIII. Además de ello, sus hijos se encontraban fuera de la villa, ya que uno de ellos estaba casado en San Luis Potosí y el otro realizaba estudios en el seminario.

De este modo, Landín tuvo que recurrir a un préstamo en 1790 con otro de sus paisanos, Pedro González de Noriega. Al no poder pagar lo que le debía a Noriega y que su demanda contra Martínez de Abal no avanzaba, Landín perdería poco a poco sus propiedades, rematando así su hacienda de la Concepción en 1794. Para estos años finales del siglo XVIII, Juan Landín había perdido prácticamente su patrimonio, muriendo en la ruina y sin pagar su deuda el 9 de abril de 1796. Ya que su familia estaba también empobrecida, los funerales que Landín había deseado en su testamento no serían llevados a cabo por el gasto de dinero que ello supondría. Su cuerpo sería velado en el nuevo templo de Santiago que se estaba construyendo en la época, hoy catedral de la ciudad.

Su error fue poner su riqueza en manos de gente que lo traicionaría. Sin embargo, la historia lo ha colocado como uno de los personajes más emblemáticos del Saltillo colonial. La capilla, la colonia y el cuadro cargan aún con su inmortalidad.

9. EL BACHILLER PEDRO FUENTES Y LA PRIMERA HISTORIA DE SALTILLO

Juan José Casas García



No se ha escrito mucho sobre la historia de Saltillo, al menos no como se debería. Existen algunos libros, artículos de divulgación y artículos especializados, además de una que otra cápsula radiofónica. Se han escrito algunos temas, pero no se han explotado. La verdad es que la historia de nuestra ciudad aún está en ciernes y no es de sorprenderse, fueron pocos los historiadores que desde sus trincheras escribieron, poco o mucho, sobre Saltillo, pues no existía un organismo serio que impulsara la escritura del pasado. Es con la creación de la Escuela de Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma de Coahuila, que lo escrito sobre nuestro pasado tomó una verdadera importancia (aunque ya se había tenido una primera voluntad de hacerlo por el Archivo Municipal de Saltillo cuando fue dirigido por el historiador Carlos Manuel Valdés) y no pretendo demeritar lo bellamente escrito por otros historiadores e historiadoras, pero es poco lo que se ha investigado sobre nuestra ciudad a comparación

con otras del país. Incluso la primera historia de la ciudad fue escrita doscientos años después de su fundación.

Dicha historia fue escrita en 1792 por el bachiller Pedro Fuentes. Posee un nombre largo, como casi todo lo escrito en su época: *Historia de la villa del Saltillo, situación, grados de altura, tierras, aguas, plantíos. Naciones bárbaras que la poblaban. Conquista, conquistadores, pobladores o fundadores de ella, sus progresos, aumentos y extensión. Poblasón o fundación del pueblo de Sn. Esteban á ella contiguo, con otras varias cosas historiadadas, incidentes y concernientes á ella dignas de saberse.* En pocas palabras, el título mismo abarca los temas que Fuentes trataría en su historia.

El bachiller Pedro Fuentes nació en la villa de Saltillo en 1742 bajo el nombre de Pedro Francisco de la Fuente y Fernández. Fue cura de la villa de San Fernando y presidio de San Antonio de Béjar, hoy ciudad de San Antonio, Texas de 1771 a 1790, incluso el padre Juan Agustín de Morfi lo menciona en su *Diario y derrotero* (este último publicado por el Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey con el cuidado de edición a cargo de Eugenio del Hoyo y Malcolm D. McLean. Un verdadero testimonio del pasado de Saltillo y la región). Fue también párroco del pueblo de San Esteban de la Nueva Tlaxcala desde 1750 hasta 1795 y de la villa del Saltillo desde 1795 hasta su muerte en 1812, es decir, a finales del siglo XVIII, momento en que escribe la primera historia de la ciudad.

La **Historia de Saltillo** de Fuentes es dividida en una introducción y dos partes: una historia social y otra religiosa. Así, por ejemplo, la primera parte está dividida en trece capítulos que contienen los marcos de la geografía,

la hidrografía, lo agro, lo social, la conquista de la villa, la fundación del pueblo de San Esteban por parte de los tlaxcaltecas, y el desarrollo y crecimiento de la villa a lo largo del tiempo. La segunda parte se concentra en lo religioso, solo tratando la historia de la imagen del Santo Cristo y la construcción de la capilla en cinco grandes capítulos, aludiendo, por supuesto, los diversos milagros realizados por la imagen y el crecimiento de su culto.

En su introducción, después de realizar una breve síntesis del libro del Génesis, a manera de fundamentar desde el libro sagrado los orígenes de la humanidad y, por ende, lo que pretendía escribir acerca de la villa, Fuentes retoma la Antigüedad argumentando que se conocen claramente las historias, las hazañas, los héroes y las glorias de Roma, Jerusalén, Antioquía, Alejandría, Constantinopla, Grecia, además de las monarquías de los españoles, franceses, portugueses, napolitanos y turcos, contemporáneos a Fuentes. De esta manera se conoce igualmente las fundaciones de la Nueva España y las ciudades de México, Puebla, Valladolid (hoy Morelia), Guadalajara, Zacatecas y San Luis, gracias a la pluma de los conquistadores o de los primeros pobladores. Así pues, escribe Fuentes: “Emplearon su valor para conquistar, estos sus talentos; para conservar tan justas memorias ennobleciendo y enriqueciendo a un mismo tiempo a la posteridad con dejarlas gravadas en sus escritos”. En otras palabras, Fuentes, sabiéndose el primer historiador de Saltillo, se daría a la tarea de colocar la historia de su villa en la historia global, es decir, de compararla con la misma Roma o Grecia, para trasladar a la posteridad a Saltillo, al igual como hicie-

ron con Jerusalén o Alejandría. Resumidamente, conecta a Saltillo con el resto del mundo.

Más adelante comenta que es de admirar que ni los conquistadores ni los primeros pobladores de Saltillo “procuraron solicitarle esta tan justa gloria”. Ninguno escribió la historia de Saltillo en doscientos años, lo cual es realmente impresionante sabiendo que, por ejemplo, México tuvo sus crónicas desde los primeros momentos en conquistadores como Hernán Cortés o Bernal Díaz del Castillo (quien se atrevió a escribir la “verdadera” historia de México) o en religiosos como Toribio de Benavente mejor conocido como Motolinía. Los vecinos de Saltillo no lo hicieron, relata Fuentes, por sencillez o descuido, ya que Saltillo era, en palabras del párroco “una de la más conocidas y celebradas poblaciones de este nuevo mundo”. Lo interesante es que no dice Nueva España, sino mundo, de nuevo quería recalcar la defensa de lo local a partir de lo global.

Pedro Fuentes realizó un verdadero trabajo de historiador, pues menciona que sus escritos se basan en fuentes de diferentes archivos que ha consultado, sobre todo de las parroquias de la ciudad, utilizando vocabulario como manuscritos, instrumentos, evidencias y rastreo de documentos. De este modo conoce las historias de los primeros conquistadores y pobladores de la ciudad. Fue él quien dijo que la ciudad había sido fundada “por los años de” 1575 (ya hemos dicho en este espacio que la fecha exacta de la ciudad de Saltillo es aún desconocida, aunque se apunta que ya existía por lo menos desde 1572 y no en 1577 como lo señala la historia oficial). Cabe destacar que no asegura esta fecha, incluso en el capítulo dedicado al

pueblo de San Esteban, del que sí existe la fecha exacta, confesaría entre líneas que el acta de fundación de Saltillo no existe, es decir, Fuentes rastreó la evidencia y la cotejó con otros documentos para así llegar a la fecha aproximada de la fundación de Saltillo. Concluye: “y solo queda el dolor de que no sea corta la citada época”. Es decir, no dice que su escrito es verdadero, lo que es sorprendente para su época, solo escribe lo que encuentra en los archivos, sabiendo que en el tiempo puede ser desmentido por los historiadores a venir. Realmente se dio la tarea de historiar.

La introducción de Fuentes para su “Historia” termina de manera nostálgica, aunque consciente debido a la urgencia de escribir más historias sobre la villa: “Hagamos posible el imposible, que por tal se tiene de sacar del profundo del olvido las memorias de la fundación de esta Villa del Saltillo para que postergándose los tiempos no se haga del todo imposible”.

10. LA CATEDRAL DE SALTILLO

Juan José Casas García



¿Se ha dado cuenta de que, en cada ciudad, en su plaza principal que es el centro de esta, el corazón, se encuentra una iglesia? Pues no es casualidad, la manera de construcción de las ciudades formaba parte del programa de urbanismo del rey Felipe II que para 1573 mandó las “Ordenanzas para la fundación de villas y ciudades” que eran los preceptos teóricos del Renacimiento en cuanto al urbanismo. Se trataba de la traza de una ciudad con una plaza central rodeada de las casas reales, cabildo, aduana e iglesia. ¿Le suena a nuestra Plaza de Armas?

La última construcción que se le hizo a la catedral de Saltillo fue su torre en 1897, que posee elementos de estilo neoclásico, diferente al cuerpo de la iglesia que es más bien barroco. Es decir, la parroquia de Santiago que ahora es la catedral de Saltillo estuvo en construcción por lo menos desde el siglo XVI. No es de extrañarse, todas las grandes catedrales del mundo empiezan por ser pequeñas parroquias hasta ser los grandes monumentos de piedra que ahora observamos, cientos de años pasan hasta que pueden ser observadas en su totalidad, Saltillo no es la excepción.

La pequeña parroquia que se construyó en el corazón de la ciudad fue dedicada al apóstol Jacobo, santo patrón de España. Jacobo es la traducción en castellano de Santiago, que por largo tiempo perdió su nombre original. El nombre en hebreo era Ya'akov que en latín pasó a ser Iacobus y con el desgaste del tiempo a Iaco, para finalmente terminar en Iago. La variante portuguesa no es muy alejada, del latín se transformó en Yago, Iago y al final mutó en Tiago (nombre incluso muy común hoy en día). Pero no hay que olvidar que Jacobo era un santo, pues fue uno de los apóstoles de Jesús, por lo tanto, el castellano Iago pasaría a ser Sant Iago y el portugués a Sant Tiago. La fuerza de las armas y de la guerra le daría el toque final convirtiéndolo en un solo nombre. Recuerde que Santiago predicó por el mundo antiguo, llegando hasta Compostela en España, de ahí que el santo sea patrono del país y figura principal contra los moros en la guerra de Reconquista. Los soldados gritaban vivas a Sant Iago hasta que se fundó a hierro en un solo nombre. La próxima vez que visite la catedral de Saltillo eche un vistazo hacia lo más alto del cuerpo de la iglesia en su remate y podrá observar una pequeña inscripción: T.S.J.A.M. Templo de San Jacobo Apóstol el Mayor.

Santiago era pues, el santo que ayudó a los españoles a luchar contra los “infeles” moros que se encontraban en el sur de España, pero ¿por qué elegirlo para ser patrón de una ciudad al norte de América? Pues la respuesta es la misma, debía fungir como patrón contra la lucha de nuevos “infeles” que en el norte de la Nueva España eran los indígenas nómadas. Este santo fue elegido para ser el patrón de no pocas ciudades en América, normalmente en

fronteras que se encontraban en constante lucha, ¿le recuerda algo Santiago de Chile o Santiago de Cuba? Aunque la imagen que se veneraba en Saltillo no fue la del guerrero, la del santo a caballo y espada que peleó contra los moros y se ganó ese mismo título: Santiago Matamoros, sino más bien era una imagen del Santiago peregrino, del que expande la palabra de Dios. Tal vez se trató de un uso de la imagen para controlar el pasado y borrar la memoria de lo que realmente pasaba, pues la región norteña, siempre en guerra, se antojaba más para el Santiago caballero, un Santiago Mataindios.

Hemos dicho que las iglesias tardan siglos en ser construidas y la parroquia de Saltillo vivió una renovación. Al mismo tiempo que se iba construyendo la capilla del Santo Cristo, la parroquia de Santiago comenzó un nuevo periodo de construcción que se llevó poco más de medio siglo, del año 1745 al 1800. De nuevo vea el remate de la catedral y verá estos años grabados en la roca. La capilla del Santo Cristo tuvo entonces que fungir por algún tiempo como parroquia para poder administrar los sacramentos y algunas de las imágenes se hospedaron junto al Santo Cristo de Saltillo que, por cierto, no llegó en burro, sino que fue comprado en Veracruz y fue fabricado por manos indígenas probablemente en el centro de México, al igual que algunas otras obras de la catedral como un pequeño san José tallado en madera estofada, igualmente indígena fabricado en Guatemala. Las imágenes son importantes, pues nos cuentan el culto que tenían los saltillenses en la época colonial. Una foto de 1860 muestra que en el altar mayor había imágenes de Santiago y de dos santos jesuitas Ignacio de Loyola y Francisco Xavier. Hay que recordar

que los jesuitas construyeron misiones en Parras y tenían culto en Saltillo. También existían figuras de san Pedro y san Pablo. Todo ello coronado por la virgen de Guadalupe a manera de patrona de la Nueva España.

Estas alusiones, según la construcción barroca del siglo XVIII, nos hacen pensar cómo pudiera estar adornada la parroquia de Santiago en sus inicios, tanto en el interior como en el exterior, pues normalmente el altar mayor era una copia de la portada de la iglesia como si fuese un libro. También en la portada principal podemos observar una columna a la izquierda a la altura de la ventana sobre la hermosa puerta tallada en madera con una custodia y a la derecha otra columna con una virgen que se ha identificado como la virgen de Zapopan (no suena descabellada la idea, pues en Monclova existía un culto a la virgen de Jalisco desde la época colonial); sin embargo, parece ser más bien una representación de las dos cofradías principales de la parroquia: la del Santísimo Sacramento y la de la Virgen del Rosario, que ayudaron a la construcción del templo. Asimismo, hay otras figuras muy interesantes en nuestra catedral que prueban la simbiosis del arte europeo e indígena. En la cúpula usted puede observar ocho Atlantes indios además de serpientes o dragones que hacen referencia, tal vez, a reminiscencias prehispánicas, aunque no lo sabemos del todo. Hay también un par de aves, aunque se encuentran en la capilla del Santo Cristo, que pudieran parecer águilas; sin embargo, son pelícanos, antiguo símbolo del sacrificio de Jesús.

En fin, hay muchos otras imágenes, cultos y secretos que esconde la catedral de Saltillo, aunque uno de los más importantes sería que su costo fue de 93 mil pesos (para la

época es mucho) fíjese de nuevo en el remate de la iglesia y que su edificación fue realizada por toda la sociedad de Saltillo y del Pueblo de San Esteban, es decir, en su construcción participaron españoles, criollos, indígenas y hasta negros. Significa reunión de fieles.

11. CAPILLA DEL SANTO CRISTO DE LA CATEDRAL DE SALTILLO

Juan José Casas García



La capilla dedicada al Santo Cristo que observa justo al lado de la catedral de Saltillo no fue del todo la bella edificación arquitectónica que usted admira ahora. Construida en 1762 por iniciativa de una mujer, la pequeña capilla ubicada al norte de la entonces parroquia de Santiago fue erigida por Josefa Báez Treviño, quien fue bisnieta del mismo Santos Rojo y de Juan Navarro —dos de los fundadores de Saltillo—, y por algunos otros descendientes de Santos Rojo.

La construcción de la capilla tenía un objetivo fundamental: fungir como morada de la imagen del Santo Cristo que había sido traída por el comerciante Santos Rojo alrededor de los años 1607 y 1608. De tal manera que los descendientes del comerciante y fundador de Saltillo se dieron a la tarea de construir una organización de fieles llamada cofradía para recolectar capital. En pocas palabras, esta corporación era una aglomeración de fieles que funcionaba algo así como una caja de ahorro, así como las ve usted por toda la ciudad, pero en la época colonial. Esta organización pasó a ser la Cofradía del Señor Crucifica-

do o Santo Cristo y fue reconocida oficialmente por el poder eclesiástico (por el obispo pues, pero el de Guadalajara porque no había en Saltillo) en 1743.

La cofradía entonces funcionaba digamos como un club al cual se podía acceder pagando una inscripción y una cuota mensual. Claramente, ser miembro de ella suponía tener cierto tipo de privilegios, tanto económicos como espirituales, tal como el acceder a préstamos de capital o al morir, tener la certeza de que los demás miembros de la hermandad rezarían por el difunto y que además se organizarían misas a favor del alma del cofrade, es decir, el miembro recién fallecido, para que esta saliera mucho más rápido del purgatorio y se encontrara disfrutando del paraíso.

Además de ello, las cofradías, que estaban presentes en toda la Nueva España, podían vender indulgencias, que se trataba de un documento expedido por el papa y que estipulaba la salvación del alma de una persona. ¡Imagínese qué negociazo ¡Salir del purgatorio e ir directo al cielo por unos pesos! La compra y venta de la salvación. De la misma manera, se organizaban fiestas para celebrar al patrono de la cofradía donde se podía recolectar algo de capital, y en Saltillo, usted ya sabe a qué me refiero, la fiesta del 6 de agosto fue la respuesta, que, por cierto, en algunas ocasiones se prohibía el consumo del chocolate y la utilización de fuegos artificiales. Pues bien, tanto los pagos de inscripción de la cofradía como las cuotas mensuales, la venta de indulgencias, las fiestas patronales y los intereses de los préstamos (apoco creía usted que solo se prestaba por buena gente) que eran del cinco por ciento —no más porque, ¡jojo!, cobrar de más era pecado—, con-

tribuyeron a la obtención de capital para la financiación y futura construcción de lo que sería la capilla.

Doña Josefa Báez Treviño fue la primera mayordomo de la cofradía, es decir, la primera líder, la mera mera, desde su fundación en 1743 hasta su muerte en 1763. Veinte años estuvo al frente de la corporación que se encargaría de darle vida al sueño de proteger la devoción de la imagen del Santo Cristo de Saltillo que ya se había expandido por todo el noreste de la Nueva España, llegando incluso hasta Texas. Pedro Cuellar, hijo adoptivo de doña Josefa y heredero de la misma, fue el segundo mayordomo de la cofradía, prolongando la administración hasta 1771. Tiempo después la cofradía se disolvió.

Fueron así los herederos de Santos Rojo quienes se dieron a la tarea de construir la capilla que ahora usted admira al lado de la catedral de Saltillo. Siglos pasaron hasta que la capilla se construyó tal como usted la conoce, pero al menos sus orígenes se cimientan en la cooperación de una hermandad que quería encontrar un hogar a esa imagen tan adorada por los saltillenses.

12. EL SARAPE, UN EMBLEMA MUY SALTILLENSE

Tamara Nazareth Medrano Flores



“**N**o hay nada más cariñoso que un sarape de Saltillo” es una frase que aún resuena entre la sociedad. El sarape se ha convertido en un pedazo de patria que ha viajado con nosotros de generación en generación, guardando entre su historia el olor de la pólvora, el calor de los suspiros y aquellas noches terribles de frío. La palabra proviene del náhuatl “zarape”, que significa prenda para cubrir. Por lo regular, se lleva bien puesto sobre el hombro y mostrado con orgullo. Aproximadamente, a partir de 1591, el sarape se empieza a tejer en suelos saltillenses, comenzando en nuestra ciudad un importante legado cultural e histórico.

Los antiguos habitantes del norte de México eran bárbaros, sanguinarios y nómadas, pues se movían de un lugar a otro sin establecerse. Estas tribus se diferenciaban de aquellas grandes y esplendorosas civilizaciones que se desarrollaron al sur de México como los mayas o los aztecas. Francisco de Urdiñola dio posesión de terrenos a los tlaxcaltecas el 13 de septiembre de 1591, por lo que en la Villa de Santiago del Saltillo se funda también la Nue-

va Tlaxcala. Cuando llegaron los tlaxcaltecas empezaron a fomentar su cultura entre la población, mostrando una gran experiencia en el cultivo y las artesanías. Fray Agustín de Morfi menciona en su obra *Crónica de Nuevo México y viaje de indios* que, al llegar a Saltillo, se dio cuenta de que, gracias a los tlaxcaltecas, no existía ni una sola tierra improductiva.

Con la mezcla cultural que existió entre España y México durante la conquista, se intercambiaron también productos como el cacao, el maíz, el trigo e incluso el ganado. La cultura de los españoles se fue fusionando con la mexicana y esto no solo se vio en sus creencias o formas de pensar, sino también en la vestimenta, por lo que la tilma, prenda popular de los tlaxcaltecas, se fue confeccionando con lana, material traído por los españoles, comenzando en la ciudad de Saltillo los primeros sarapes. Una de las principales cualidades del sarape es que tiene que ser ca-lientito para aquellas noches frías, resistente a las lluvias y, sobre todo, que no sea muy pesado.

Algunas peculiaridades del sarape son el empuntado (hacer los flequillos que sobresalen en las orillas) que se copió de las mantillas españolas, los colores de bandera de México, la cenefa en amarillo y una flor que puede variar; a veces puede ser una rosa, un clavel o una flor del desierto. El clavel y la rosa son flores tradicionales de España que representan vida, pero la flor del desierto, además de señalar la vida, nos recuerda los terrenos del norte de México y la perseverancia de sus habitantes. El diamante significa riqueza, es por eso por lo que los tlaxcaltecas impregnaron en el sarape el simbolismo y la belleza del diamante colocándolo en el centro. El degrado del sarape, que se ve

a simple vista, nace de ocho tonalidades que provienen de cinco colores básicos: verde, naranja, azul, amarillo y rojo. La finalidad de la gran variedad de colores es reflejar el amanecer en un sembradío, el atardecer de los desiertos y los hermosos e inigualables cielos de Saltillo. El sarape es tejido con gran dedicación, pues cuando se entrelaza la urdimbre y la trama forman en el centro un colorido diamante que hará que quien porte el sarape luzca algo arrogante, pues se acostumbraba que lo llevaran las personas más acaudaladas e importantes de la ciudad.

El arte de Saltillo se refleja en el Sarape, pues con sus rayas multicolores han cobijado a millones de valientes que nos representaron en las luchas que formaron nuestro presente. En la imagen del sarape la hermosura de nuestra patria se ve reflejada, por lo que apreciarlo maravilla a nuestros ojos y corazón. El inmenso colorido que tiene el bello estado de Coahuila se ve pigmentado en el sarape, resaltando también la hermosura de los elementos naturales que tiene nuestra entidad. Podemos decir con gran orgullo que fueron las calles de Saltillo donde se puso el primer taller especializado en la creación del sarape, tal fue el impacto de esta creación que no pudo pasar desapercibida, por lo que se empezó a exportar por todo el mundo. En la actualidad, sus tamaños y costos varían, pues los podemos encontrar entre los quinientos a los doscientos mil pesos. Ahora que se acercan los climas fríos no olvidemos esta frase que dice “No hay que dejar el sarape en casa, aunque el sol esté como brasa”.

13. BENITO JUÁREZ GOBERNÓ A MÉXICO DESDE SALTILLO

Por motivo de la segunda intervención francesa en la que la ciudad de México fue tomada por el ejército francés en junio de 1863, el gobierno republicano de Benito Juárez deambuló por varias ciudades del país, siendo una de ellas Saltillo.

Juárez arribó aquí en diciembre de 1863 ante la llegada del ejército francés a San Luis Potosí, donde el republicano había instalado su gobierno desde el 9 de junio. Amén de buscar refugio en tierras saltillenses intentaba reunirse con el gobernador de Nuevo León y Coahuila, Santiago Vidaurri, para obtener los recursos de las aduanas para la defensa de la nación.

A diferencia de Monterrey, donde no fue bien recibido, en Saltillo, el presidente Juárez fue objeto de una gran recepción y homenaje en la hacienda Buena Vista organizado por las autoridades locales y ciudadanos, y fue invitado a alojarse en la casona del alcalde Pereira.

Juárez mantuvo su gobierno en Saltillo por tres meses en los cuales disfrutó su estancia en la ciudad debido a la gran calidez con la que fue recibido. La ciudad fue testigo del nacimiento de su último hijo, Antonio Juárez Maza.

Debido a la respuesta negativa del Gobernador Vidaurri sobre los recursos aduanales, el 26 de febrero de 1864, el presidente Benito Juárez, mediante decreto, devolvió la

independencia al estado de Coahuila de Zaragoza, unido a Nuevo León, y nombró gobernador al comandante Andrés S. Viesca.

Cronología de la Presencia de Juárez en Saltillo

1. En diciembre de 1863 agradeció “la bella índole de los habitantes de Saltillo” por la hospitalidad brindada a su esposa Margarita y a sus hijos tras haber arribado y establecerse en la Ciudad desde el 25 de noviembre anterior.
2. El 12 de diciembre escribe a su yerno, Pedro Santacilia, a quien expresa sobre sus hijas que ya se encontraban en Saltillo: “Me alegro de que las muchachas bailen, lo que les hará más provecho que rezar y darse golpes de pecho”.
3. Llegó a Saltillo, en donde estableció su gobierno el 9 de enero de 1864 y fue recibido con júbilo y consideración. Se hospedó en la casa del alcalde Pereyra, misma que posteriormente, sería la residencia del obispo De la Garza Zambrano y luego el obispado; actualmente es “Recinto de Juárez”.
4. Desde Saltillo, rechazó las peticiones de Jesús González Ortega y Manuel Doblado para que renunciara a la Presidencia de la República; “En las presentes circunstancias en que el poder nada tiene de halagüeño, ni mi honor, ni mi deber me permiten abandonar el poder que la Nación me ha confiado [...]”.
5. El 26 de febrero de 1864, en Saltillo, promulgó decreto separando al Estado de Coahuila de Nuevo León, con lo cual Coahuila recobró su soberanía.

6. El 7 de marzo de 1864 preside en Saltillo la ceremonia en la que el General Andrés S. Viesca rindió protesta como gobernador y comandante militar del Estado de Coahuila. Designación que él mismo le había hecho.
7. Durante su estancia en Saltillo, “al pardear el día, acompañado de Guillermo Prieto, Zarco y otros de sus compañeros, caminaba por las calles saltillenses, sencillamente, sin que su alta investidura le descompusiera el paso. Gustaba de llegarse hasta el merendero de Chonita, que estaba frente al actual Santuario de Guadalupe, para comer pan de pulque con atole”. “A veces, por las noches, tibias noches saltillenses, el Patricio disfrutaba de las serenatas que a diario se efectuaban en los Portales recién construidos al lado norte de la Plaza Independencia”.
8. El 5 de mayo de 1864 festejó en Saltillo el 2º aniversario del triunfo de la Batalla de Puebla; designó a una calle al ponente de la plaza con el nombre de “Zaragoza”, que actualmente ostenta, e inauguró los “Portales de la independencia”.
9. El 13 de junio de 1864 nació en Saltillo su hijo, Antonio Juárez Maza.
10. Tuvo a su lado grandes Coahuilenses como colaboradores cercanos en distintos momentos de su gobierno: Ignacio Zaragoza, Juan Antonio De la Fuente y Miguel Blanco Múzquiz.
11. El 15 de febrero de 1869 fue declarado por el Congreso de Coahuila “Ciudadano Coahuilense” y “Benemérito del Estado”.

Decreto que separa al estado de Coahuila de Nuevo León, promulgado por Juárez en Saltillo

Benito Juárez, presidente constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, á sus habitantes sabed. Que atendiendo á la voluntad general de los habitantes de Coahuila, y usando de las amplias facultades de que me hallo investido, he tenido a bien decretar lo siguiente.

Art. 1º *El Estado de Coahuila reasume su carácter de Estado libre y soberano entre los Estados Unidos Mexicanos, separándose desde luego del de Nuevo León á que si había incorporado.*

Art. 2º *El Estado de Coahuila comprenderá su antiguo territorio, con arreglo al artículo 47 de la Constitución de la República.*

Art. 3º *Esta ley se comunicará a las Legislaturas de los Estados para su ratificación á que se refiere la fracción 3ª del Art. 1º de la Constitución. Por lo tantomando se imprima, publique, circule y se le dé el debido cumplimiento.*

Dado en Saltillo, á veinte y seis de febrero de mil ochocientos sesenta y cuatro.

Benito Juárez a Sebastián Lerdo de Tejada, ministro de relaciones exteriores y gobernación. Y lo comunico á usted para su inteligencia y fin consiguientes.

*Independencia, Libertad y Reforma.
Saltillo, 26 de febrero de 1864. Lerdo de Tejada.*

Juárez y Coahuila

El historiador Federico Berrueto Ramón escribió un libro titulado *Juárez y Coahuila*, del cual presentamos el siguiente extracto:

“Para apreciar con objetividad el significado de la presencia del presidente Juárez en Coahuila, particularmente en Saltillo, escala en el dramático itinerario que siguió en defensa de la República, es indispensable precisar la situación del país en ese entonces.

El ilustre viajero llegó a esta ciudad el 9 de enero de 1864, cuando hacía poco más de dos años que México se aprestaba a defender su soberanía, ante una intervención solicitada por la facción conservadora.

México, convulsionado por anterior invasión, así como por discordias domésticas al través de cuarenta años, llegaba al periodo crítico que hizo pensar a no pocos en la fórmula de pacificar el país y preservarlo de nuevos desgarramientos, fórmula que, por otra parte, protegiera los intereses de los conservadores y que consistiría en obtener apoyo europeo, acudiendo a los países con intereses creados en México y con mayores apetitos para explotar las pretendidas riquezas, casi de fábula, cuyas noticias circulaban en Europa asociadas a las explotaciones auríferas de la zona norteamericana de California, riquezas que, se pensaba se extenderían hasta el noroeste mexicano, particularmente a Sonora y Baja

California; estos supuestos, enardecieron la codicia de Napoleón para decidir la vesánica aventura.

Con Francia se asociarían Inglaterra y España; para México, el horizonte se diseñaba tan amenazador, habida cuenta de nuestra situación política, que resultaba casi una locura pensar en la victoria sobre aquella complicidad de colosos.

Por ello, con la desintegración de la Triple Alianza, que dejó a Francia la responsabilidad del atentado histórico en beneficio de un sector económicamente fuerte, pero popularmente débil, Juárez y su gabinete habían ganado el primer episodio del drama, victoria que, en buena parte, correspondía a la diplomacia mexicana, representada por el licenciado don Manuel Doblado.

Se trataba, en nuestro caso, de una nación que al comandante francés le parecía fácil dominar militarmente, claro que, contando de antemano con el apoyo de un ejército conservador, que Juárez había podido vencer; pero no destruir.

Ante estas perspectivas, el presidente acudió a los gobiernos de los estados y a la nación misma para organizar la defensa, pero en verdad era tanta la pobreza, tan hondamente triste la experiencia de persistentes rebeliones, tan exacerbada la pasión política, que apenas pudo organizarse un ejército de menos de cinco mil hombres, que eran los que Ignacio Zaragoza comandaba cuando rechazó a los invasores en la pelea para devolverlos a la zona costera, donde el vómito, la fiebre amarilla, el paludismo y el clima, peleaban también por México, como lo apun-

taba el héroe del 5 de mayo, al aconsejar desde mucho antes, que al enemigo no se le dejara avanzar de la costa, seguro como estaba de que la naturaleza era nuestra mejor aliada para rechazarlo.

El enemigo avanzaría sobre la capital, ciudad que el 31 de mayo, dejaría el presidente con su familia y sus ministros, para trasladarse a San Luis Potosí, en donde ya lo encontramos el 10 de junio siguiente.

En el orden militar, en cuanto a la defensa nacional, el horizonte no era más propicio en aquel aciago 1863.

Había jefes indecisos que ni remotamente creían en la posibilidad de la victoria. Los había fatigados que, por lo general, buscaban la forma de expatriarse.

Y lo que era peor, había generales transaccionistas. Los jefes franceses dejaban entrever la posibilidad de un arreglo, pero de ningún modo con Benito Juárez. La actitud de los transaccionistas era de lo más peligroso para un pueblo harto de perturbaciones. Entre aquellos se contaban principalísimos jefes del ejército, como González Ortega, Doblado y López Uruga, que para concertar convenios comenzarían por pedirle a Juárez su renuncia.

Como una justificación de lo peligroso de la política transaccionista, recuérdese que González Ortega trató de sustituir a Juárez sosteniendo que se le había cumplido el mandato constitucional, y al no conseguirlo se fue a los Estados Unidos; lo mismo haría el general Doblado que allá habría de morir y ni el bravo general Miguel Negrete pudo esca-

par a estas evasiones, que se hubieran convertido en desbandada, sin la presencia de Benito Juárez en el mando supremo del país.

A principios de noviembre, desde San Luis Potosí, la familia de Juárez se trasladaría a Saltillo, de cuya gente, pese a las preocupaciones de su educación doméstica, Juárez consideraba de la mejor calidad.

El presidente, a causa de la decisión del enemigo para ocupar los estados del centro y el norte, y en vista de que Mejía se aproximaba a San Luis, dejó esta ciudad el 22 de diciembre de 1863; el viaje fue lento, sin precipitaciones; lo escoltaban fuerzas de Doblado y el 25 estaría en Moctezuma, el 26 llegaría a Laguna Seca, el 27 a Venado y el 28 a Matehuala, donde pasaría el año nuevo y permanecería hasta el día 5 de enero, en que salió con rumbo a Saltillo.

Desde el 3 de enero, ya en camino el presidente, Doblado le sugeriría por escrito que renunciara y con tan abrumadora cantidad de problemas, el día 9 de enero arribara Juárez a Saltillo, entonces con muy modesta población, que aclamó entusiasmada al preocupado viajero, que llegaba a esta casa protegido por su escolta de un centenar de hombres, misma que a partir de Monterrey comandaría el general Pedro Meoqui.

El día 14 recibió aquí una comisión integrada por Juan Ortiz Careaga y el general Nicolás Medina, delegados de Doblado; Martín H. Chávez, representante de don José María Chávez, gobernador de Aguascalientes; don Trinidad García de la Cadena

y el diputado Manuel Cabezut, con la representación de González Ortega, comisión que de nuevo insistiría en lo de la renuncia, con lo que, así pensaban, se podrían favorecer los arreglos para terminar la guerra.

Nada tan ominoso como el clima de esa entrevista efectuada en esta residencia; así se advierte en las cartas que, por esos días de enero de 1864, dirige el presidente Juárez al embajador Romero y a don Manuel Doblado, en las que les relata pormenorizadamente los términos de aquella conmovedora instancia. Así, les decía, replicó a los comisionados:

‘En las presentes circunstancias en que el poder nada tiene de halagüeño, ni mi honor ni mi deber me permitían abandonar el poder que la Nación me había confiado. Solo cuando esta por los conductos legítimos, me retire su confianza, entonces me separaré, pues no he de ser yo el que dispute el puesto contra la voluntad de mi patria [...] Que si como me habían expresado, se creía que yo, tal vez por la difícil situación estaba cansado o debilitado y por eso quería separarme, esto no era cierto y que podían asegurar a sus comitentes de mi parte, que lejos de cansarme y debilitarme por los sucesos, estaba ahora tan alentado y decidido como hace seis años en que comenzó esta lucha; que entonces al encargarme del mando, preví todas sus consecuencias y por esto no me arredrarían los reveses y las desgracias, que son consecuencias naturales de una guerra como la que sostiene nuestra patria; que mi conciencia y mi honor me aconsejaban como un de-

ber mío imprescindible conservar el poder, que el voto de la Nación me había confiado y que si en estos momentos de común peligro lo abandonara cobardemente, echaría un borrón sobre mi conducta y cubriría mi nombre con las maldiciones de mis conciudadanos y arrojaría un baldón sobre mi memoria que quiero dejar ilesa a mis hijos’.

Ante esa actitud los peticionarios se sometieron y la inmensa mayoría de los jefes, se pronunciaron en apoyo del presidente.

A nuestro juicio este suceso ocurrido en Saltillo decidió el destino de la República, porque de ese modo se sostenía la unidad en la capitanía civil de aquella contienda, unidad que impediría desertiones, pugnas domésticas, desalientos y transacciones, que habrían conducido al desastre total.

A partir de aquellos primeros días de su estancia en Saltillo, Juárez reorganizó una vez más su gabinete, llamaría a los principales jefes, Doblado y González Ortega, para determinar las operaciones militares, sin descuidar el más prudente manejo de los pocos recursos con que contaba y buscar la forma de acrecentarlos y no para depositarlos en bancos extranjeros y proteger el futuro personal, sino para la compra de armas y municiones con qué combatir al invasor.

Saltillo era entonces una pequeña ciudad provinciana, acaso de diez mil o quince mil habitantes, pero ya se le acentuaba el viejo perfil mexicano; las gentes sencillas y laboriosas, discretas y sociables sin excesos; prevalecían la agricultura, las artesanías, el

comercio; la vida era sencilla pero no mojigata. Por las tardes, cuando los saltillenses frecuentaban los merenderos de Chona, allá frente a donde hoy se encuentra el Santuario, era habitual que don Benito acompañado de dos o más de sus ministros, llegara a tomar su refrigerio y comentar de sobremesa, ya graves asuntos del momento o bien a platicar sobre las regocijadas leyendas del vivir saltillero.

Y en las noches, a temprana hora, por la cercana Plaza de Armas, bien abrigados, don Benito y doña Margarita, su esposa, transitarían por los corredores arbolados del pequeño parque.

Pero esto era lo inocentemente placentero de la existencia de esta joya provinciana que era y sigue siendo Saltillo, mas lo importante era de la mayor seriedad: las columnas francesas avanzaban por el rumbo de Matehuala; se sospechaba que también pudieran desprenderse fuerzas enemigas a partir de Tampico, puerto ocupado por los franceses que, desalentados por la neutralidad americana, ayudaban a los esclavistas en sus transacciones algodoneras a cambio de armas y municiones importadas de Europa. Por otra parte, hacia el norte, se presentaba un enigma de lo más inquietante, el gobernador don Santiago Vidaurri tan apasionadamente fronterizo, pero tan engreído de poder, que olvidaba que también estas entidades norteñas eran parte de México; el cacique nuevoleonés, no toleraba injerencia alguna del gobierno nacional por más que le ofrecía, sin dárselas, fuerzas y ayuda.

Más de una vez expuso cuánto le halagaba el honor dispensado al estado de Coahuila y Nuevo León con la presencia de los Supremos Poderes de la República; así invitaría a Juárez, a establecer en Monterrey la jefatura del Gobierno Nacional, pero le sugería que no llevara tropas.

Juárez, que no admitía sugerencias en el ejercicio del poder y en el cumplimiento de sus deberes, al decidir su siguiente escala en Monterrey, después de haber preferido las invitaciones que le hacían los mandatarios de Durango, Sonora y Chihuahua, mandó por delante la División de Doblado, integrada por 1500 hombres, en tanto que él y sus ministros saldrían de Saltillo el 9 de febrero de 1864.

Vidaurri se sintió ofendido, armó el escándalo con aquello de la violación de la soberanía y se acuarteló en el recinto armado conocido con el nombre de La Ciudadela, mientras el presidente hacía su entrada y se alojaba en Palacio; mandó llamar a Vidaurri para cambiar impresiones, mas como este manifestara hacerlo solo al retirarse las tropas de Doblado, Juárez así lo ordenó, y al mismo tiempo se preparó para volver a Saltillo, pero cuando todavía no salía, llegó Vidaurri al frente de una manifestación de sus partidarios, conversó con don Benito por algunos minutos, se retiró y el presidente ordenó la salida para Saltillo, acompañado de sus ministros; era el 14 de febrero.

Así volvió a Saltillo el día 15 o 16 de febrero de 1864, víctima de una 'fiebre biliosa', uso el término

que se consigna, provocada por la irritabilidad del desmandado cacique de Nuevo León.

Por la noche del día siguiente de su llegada, cuando se encontraba con varios de sus ministros en la casa aledaña a Catedral, una entusiasmada multitud se presentó para significarle su apoyo. Y allá por los portales se efectuaría una entusiasta asamblea popular, en la que el ilustre republicano don Francisco Zarco, al disertar sobre el tema del momento, pediría al presidente Juárez que en reconocimiento a la soberanía de Coahuila, sojuzgada desde años atrás por un atraco de Vidaurri, atraco que se legalizó el año de 1857 al aprobarse la Constitución, y como homenaje al patriotismo de Saltillo, refugio de los Poderes de la Nación en un momento ominoso, se devolviera a Coahuila el ejercicio de su soberanía, como así ocurrió días después, al decretar el Presidente, el 26 de febrero de aquel año, y en uso de las facultades que el Congreso le había otorgado, el documento que restituía a nuestro Estado la soberanía que le había sido conculcada.

Pero Juárez no se resignaría sumisamente al capricho vidaurrista; reforzaría sus tropas, llamaría a otras más, aparte de aquellas que se le ofrecían al conocerse el penoso incidente, y entre ellas señaló las de Durango, cuyo gobernador el general José María Patoni disponía de todos sus efectivos para salir en resguardo y defensa del presidente.

Todo esto había provocado la soberbia de Vidaurri, frente al enemigo que se acercaba. Un día antes de la expedición del decreto citado, Juárez designa

ministro de Guerra al general don Miguel Negrete y el Gabinete quedó formado así en esta ciudad:

En Relaciones y Gobernación, Justicia e Instrucción Pública: don Sebastián Lerdo de Tejada. En Hacienda: don José ´ María Iglesias.

Serían Negrete y Doblado, quienes a fines de marzo o el primero de abril, atacarían Monterrey, de cuya plaza se apoderaron al día siguiente, como lo revela el extinto y distinguido historiador nuevoleonés don Santiago Roel, al apuntar que “el 2 de abril llegó a Monterrey el Gral. Negrete como ministro de guerra y al día siguiente llegó Juárez”.

Vidaurri después de ser desalojado de Monterrey, camina con rumbo a Piedras Negras con mil hombres y veinte piezas de artillería, pero la fuerza se le disuelve en la región de Villaldama y continúa su viaje para internarse a los Estados Unidos.

Don Benito, durante el lapso que corresponde al periodo crítico de la República, permanecería en Monterrey hasta el 15 de agosto de 1864, fecha en la que, al saber que se acercan los invasores al norte del país, pues se peleaba ya en Matehuala y se estudiaba la posibilidad de una defensa en La Angostura —al sur de Saltillo—, decidió dejar Monterrey y marchó con rumbo a Saltillo, pero al hacerlo, también sería atacado por la fuerza de un infidente vidaurrista, bravísimo en extremo, el coronel Julián Quiroga, que tirotea a las fuerzas republicanas al salir de Monterrey y en Santa Catarina; allí pernoctará Juárez el mismo 15 de agosto y en donde pudo refugiarse, seguramente porque principiaban a llegar

fuerzas de la División de Guanajuato que se habían adelantado para Saltillo.

Al día siguiente salen para Saltillo, pero a la altura de Santa María toman el camino de Mesillas, habiéndoseles reunido ya las fuerzas de Doblado; continuó hasta Anhele y allí tomó el camino con rumbo a Parras, pues ya se había desistido de seguir el de Chihuahua por Monclova.

El enemigo se encontraba aquí y destacó una columna en persecución del presidente quien, pasando por La Sauceda, El Jaral y La Tinaja, llega a la Hacienda de San Lorenzo, el 24 de agosto, donde se le informa desde la cercana población de Parras, que se aproximan fuerzas francesas al mando del general Aymard, por lo que Juárez siguió a Álamo de Parras (hoy Viesca), donde celebraría el 28 de agosto una junta de jefes militares para decidir el rumbo a seguir.

Cuando llegó a Matamoros se le recibió en forma entusiasta y hospitalaria; allí permanecería algunos días y el 4 de septiembre, fecha de su salida, hizo una escala en la ranchería de El Gatuña.

Desde su tránsito por esta región, Juárez concedió a los labriegos de Matamoros una superficie cultivable de varios sitios de tierra, regados en parte por el río Aguanaval, mismos que integraron lo que se llamó 'El Cuadro de Matamoros', superficie que setenta y cuatro años más tarde, cuando se hizo el reparto agrario lagunero, respetó íntegramente, como un homenaje a don Benito Juárez, el enton-

ces presidente de la República, general don Lázaro Cárdenas.

Volviendo a nuestro relato, conjeturemos que el 4 de septiembre la comitiva presidencial cruzó el río Nazas, para internarse al estado de Durango, y en Mapimí el 8 de septiembre, el presidente Juárez decretaría la erección en villa del pueblo de Matamoros, en tanto que días antes había sugerido a los campesinos del poblado El Gatuño, le cambiasen el nombre, sugiriendo o aceptando el de Congregación Hidalgo, que es el que conserva.

Al dejar nuestro Estado el presidente Juárez, la situación del país, con ser comprometida, revela el patriotismo de nuestro pueblo que ni remotamente se sometía a la causa imperialista.

Hemos descrito en esta relación el paso de Juárez por Coahuila. Seguramente se registrarán omisiones que soy el primero en lamentar, mismas que aceptaríamos reparar, pues tratamos de realzar el monumento más hermoso que podemos levantar al mexicano más insigne de su tiempo: Benito Juárez.

En Saltillo, vivió sus más angustiados momentos la República y su mandatario; aquí mismo don Benito Juárez asumió para siempre la rectoría cívica de México, defendiéndolo de una agresión, pues era preciso preservar el destino de la República y la integridad del territorio.

Desde entonces, quien quiera servirla, ha de inspirar su carácter y su doctrina en el carácter y la doctrina de Benito Juárez, maestro permanente de

patriotismo, de honradez, de respeto a la ley y de perseverancia asidua en la tarea de cada amanecer.

Al alejarse físicamente de nuestro suelo, lo dejaría para siempre liberado; pero además aquí decidiría el destino de la nación y sería aquí en Coahuila donde desafiaría a la soberbia insolente y también aquí, en Coahuila, al resolver el problema de la tierra de Matamoros, sentaría la primera cátedra de justicia social dentro del régimen republicano, pero lo que para nosotros colmó de gratitud fue el rescate definitivo de nuestra soberanía.

Aquí reverenciaremos con emoción cívica, hoy y siempre, el ejemplo de Juárez en su mexicanidad, su rectitud, su modestia y su voluntad al servicio de la patria, por encima de toda suerte de circunstancias”.

(Textos tomados de Wikipedia, del libro Juárez y Coahuila escrito por Federico Berrueto Ramón, y con la colaboración del presidente del Museo de los presidentes Coahuilenses, Raúl López Gutiérrez).

14. LOS GUARDIANES DE LA NOCHE: LOS SERENOS EN EL SALTILLO DEL AYER

Tamara Medrano Flores



Recorriendo las calles de Saltillo, es imposible no observar anuncios de zapateros y sastres promoviendo sus servicios, todos alguna vez hemos recurrido a estos oficios que tienen años de existencia, pero hay otros que se desempeñaron en nuestra ciudad y desaparecieron a lo largo del tiempo. La llegada de las máquinas y el avance de la ciencia y la tecnología los fueron remplazando poco a poco. En las calles del antiguo barrio de Saltillo, se escuchaba gritar al pregonero los sucesos más importantes que ocurrían en la ciudad, también se veía al aguador vender y llevar agua a todos los habitantes.

Los serenos se convirtieron en uno de los oficios más emblemáticos de Saltillo durante el siglo XIX, pues eran los encargados de mantener alumbrada a la población. El 8 de mayo de 1862 se publica el reglamento especial para el ramo de serenos en cual se aclara todas las funciones que debían cumplir. El cuerpo de serenos constaba con diez hombres y un cabo, el cual era encargado de dirigir y ver que se hiciera el trabajo adecuadamente.

Los serenos tenían como obligación recorrer la ciudad desde las diez de la noche hasta las cuatro de la mañana, manteniendo todos los días sin importar la estación del año los faroles encendidos. Con lluvia, neblina o nieve el sereno debía recorrer cada uno de los callejones, encendiendo las verdeadas para aquellos amantes o alegres sin remedio. Mantener el orden también era una función importante, pues generalmente los bailes y alguna que otra reunión pública era visitada por este personaje. Para poder ser nombrado sereno era indispensable reunir algunas cualidades como ser fuerte, tener una estatura de al menos cinco pies de altura, no ser menor de veinte años ni mayor de cuarenta, tener voz fuerte, saber leer y escribir para poder dar sus reportes diarios, no haber sido procesado por algún crimen y no tener alguna ocupación que los privara de su descanso, ya que la vigilancia nocturna era su obligación.

Al ser un personaje nocturno se encontraba con ladrones, a lo cuales les tenía que hacer frente manteniendo a la población a salvo. El sereno debía cumplir con sus deberes, pues si se le encontraba en desorden se le llevaría a la cárcel, teniendo un castigo ejemplar, ya que bajo su mandato todo debía estar en calma y tranquilidad. Todos los días a las ocho de la mañana se exponía ante el alcalde del ayuntamiento las novedades ocurridas por la noche, donde se señalaban a los infractores. Los serenos tenían la tarea de reunirse desde la mañana para derretir el sebo y cargar las candilejas. Cuando daban las diez de la noche con chuzo y farol en mano y un silbato colgado de su cadena, el sereno empezaba su largo recorrido por las calles.

En los primeros tres días de cada mes se tenían que quitar todos los faroles y cada sereno debía lavarlos perfectamente para después colocarlos en su lugar, mantener la ciudad iluminada y a salvo de algún rapaz era su principal labor. Dentro de sus reglas se tenía prohibido platicar con alguna persona, pues esto podía crear distracciones y alterar el orden de la ciudad. El sereno debía reprender a las personas que se encontraran deambulando por las calles a deshoras y no faltó aquel que se viera agredido por algún revoltoso. Los serenos no podían alegar ignorancia de sus obligaciones, pues en su cuarto se pegaba el reglamento. Además de que el cabo tenía como obligación leerlo y recordarles continuamente sus deberes. El sueldo del cabo constaba en dieciséis pesos mensuales, mientras que el de cada sereno era de dos y medio reales diarios.

El sereno es un personaje que forma parte de la cultura mexicana, en algunas versiones de las mañanitas se le hace mención, “Si el sereno de la esquina me quisiera hacer el favor de apagar su linternita mientras que pasa mi amor... Ahora sí señor sereno le agradezco su favor encienda su linternita que ya ha pasado mi amor”. Con actitud atrevida y valerosa los serenos o también llamados faroleros, se encargaron de brindar seguridad a la población día tras día exponiendo su vida. La noche y farolas encendidas se convirtieron en el escenario de tragedias y algunos amores, tal como lo menciona Agustín Lara en su canción Farolito “Farolito que alumbras apenas mi calle desierta, cuántas noches me viste llorando llamar a su puerta”. Los serenos fueron guías, protectores, guardianes e incluso compañeros de duelo. La llegada de la luz eléctrica a Saltillo poco a poco dejó en el olvido tan noble oficio, pero en

la memoria colectiva de sus habitantes aún se recuerda aquel grito que decía “las doce y sereno”.

15. ROQUE GONZÁLEZ GARZA

Francisco Tobías Hernández



Roque González Garza fue presidente de la República en 1915. Don Roque nació en esta bella ciudad de Saltillo el 23 de marzo de 1885, realizó sus estudios en el Ateneo Fuente, terminando la carrera comercial en la Ciudad de México.

Roque, a la edad de veintitrés años, comenzó su oposición al régimen porfirista. En su juventud se hizo amigo de Francisco I. Madero, incluso acompañó al Apóstol de la Democracia durante su campaña presidencial en 1910.

En un mitin de la campaña presidencial de Don Francisco I. Madero, realizado en la ciudad de Monterrey, acusó al gobierno porfirista de no respetar el sufragio popular, además de señalarlo como opresor de los mexicanos. Ante tal manifestación, la policía de aquella ciudad recibió órdenes de aprehenderlo, pero don Roque logró escapar.

En el inicio de nuestra Revolución, fue partícipe de la toma de Juárez y después fue integrante del Estado Mayor del presidente Madero. Estuvo con don Francisco hasta el 9 de febrero de 1913, ya que al iniciar el cuartelazo escapa, incorporándose a las fuerzas del General Francisco Villa, a quien acompañó durante toda la campaña contra el usurpador Victoriano Huerta.

Cabe señalar que Roque González fue el representante personal de Villa en la Convención de Aguascalientes y fue el impulsor de la reunión del 4 de diciembre de 1915, en Xochimilco, entre Villa y Zapata.

La Soberana Convención Revolucionaria, conocida como la Convención de Aguascalientes, había nombrado presidente al general coahuilense Eulalio Gutiérrez Ortiz, y al dejar el cargo la misma convención designa a otro coahuilense, al saltillense Roque González Garza como presidente de la República, siendo el segundo presidente más joven que ha tenido nuestro país.

Al ser derrotadas las fuerzas de Villa, se exilia en los Estados Unidos para regresar a México en 1920, colaborando en los gobiernos de Manuel Ávila Camacho y Adolfo Ruiz Cortines.

Escribió junto a Ramos Romero y Pérez Rul el libro *La Batalla de Torreón, apuntes para la Historia*.

Don Roque murió en la Ciudad de México el 11 de noviembre de 1965, cincuenta años después de haber concluido su mandato como presidente de la República.

Un personaje más de esta tierra hermosa llamada Saltillo, tierra de mujeres y hombres ilustres y valerosos que hasta un presidente ha dado a la nación y don Roque es un saltillense de esos que valen la pena presumir.

16. LA HIBERNIA

Juan José Casas García



La comunidad de La Hibernia lleva su nombre debido a la fábrica textil que se instaló en Saltillo durante el siglo XIX, sin embargo, su historia puede ser trazada incluso hasta la fundación misma de la villa de Santiago del Saltillo. Originalmente, La Hibernia era la hacienda de Santa Ana, cuna de una de las familias más importantes no solo del norte, sino de toda la Nueva España: los Sánchez-Navarro, quienes llegaron a ostentar el latifundio más grande de América.

Las parcialidades de tierra se le entregaron a uno de los fundadores de Saltillo, Juan Navarro, quien construiría el primer molino de trigo de la villa del Saltillo y por extensión de todo el noreste de la Nueva España, inicialmente con cuatro caballerías, no obstante, para el año de 1607, su propiedad ya había crecido hasta quince caballerías, incluyendo estancias de ganado mayor y menor, al igual que un molino.

De las posesiones de Juan Navarro en este espacio, destaca la capilla de Santa Ana, tal vez más antigua que la catedral de la ciudad. En ella, se levantaría una torre de cinco lados en el siglo XVIII, convirtiéndola en única en su tipo. Los cinco lados probablemente aludían a la advo-

cación de los Cinco Señores, es decir, Jesús, José y María, añadiendo a la Sagrada Familia, los padres de María, San Joaquín y, por supuesto, Santa Ana.

Como dato adicional, la catedral de Santiago cuenta con una bella pintura del siglo XVIII dedicada a los Cinco Señores, realizada por el pintor José de Alcívar (otra pintura importante de Alcívar en Saltillo es la Virgen de Guadalupe que se encuentra en la capilla inmediata a la entrada de la catedral).

Santa Ana era una capilla sencilla de una sola nave construida a partir de adobe y piedra de agua; sin embargo, el inmueble contaba con un salón anexo, cosa muy poco común. Ello estaría relacionado con lo que se llamó en la época colonial como la encomienda, que era un sistema económico que forzaba a los indios a trabajar para los conquistadores o fundadores de una ciudad y que además era hereditario (para el noreste de la Nueva España, muchas de las veces este sistema mutó en otras prácticas como la congrega o la esclavitud). El pequeño salón, pues, era un espacio donde se enseñaba la doctrina cristiana a los indios, según revela un documento fechado en 1617.

Ahora bien, tanto Martín como Diego Sánchez, casados con dos de las hijas del fundador Juan Navarro, poseían propiedades en esta zona y contaban con encomiendas de indios. El mismo Juan Zapalinamé, indio huachichil que encabezaría un levantamiento general cerca de Saltillo y que se refugiaría posteriormente en la sierra que ahora lleva su nombre, debido a la persecución de los españoles, sería entregado en encomienda a los Navarro por medio del conquistador y fundador del pueblo de San Esteban de la Nueva Tlaxcala, Francisco de Urdiñola.

En el transcurrir del siglo XVIII, la advocación del templo cambiaría, dedicada a la Purísima Concepción, misma que se conserva hoy día. Al interior del templo, se encuentra un retablo barroco de la época virreinal, adornado de hoja de oro con agregados en hoja de plata, realmente único para nuestra ciudad, ya que solamente existen dos más de este tipo ubicados en la catedral. Por ello, tanto los habitantes de la Hibernia como los saltillenses, deberíamos sentirnos orgullosos de esta pieza de arte, verdadero patrimonio de la ciudad. Además de ello, el templo cuenta igualmente con una colección importante de óleos del periodo colonial, así como una escultura policromada en honor a la Purísima Concepción.

En la Hibernia también puede verse un acueducto, hoy en ruinas, que alimentaba la fábrica textil y un molino. No obstante, se debe precisar algo, el primer molino construido en la villa, erigido por el fundador Juan Navarro, no se trata del que se sitúa en la Hibernia. Esto se debe a un error histórico y es que fue ubicado por Vito Alessio Robles en 1938, sin embargo, sería J. Dávila Aguirre quien finalmente comprobaría su ubicación en la comunidad de La Libertad, identificando sus restos en 1974.

Hablando de los gigantes observados por don Quijote, es decir, los molinos, la hacienda de Santa Ana sería conocida como hacienda de los Molinos durante el siglo XIX, mientras era propiedad del padre Vicente Pío de Cárdenas quien heredaría la propiedad a su sobrino Vicente Valdés. Sería este último quien finalmente vendería la hacienda a José Antonio del Bosque y Vargas en 1831, para ser posteriormente rentada en 1842 a los británicos Santiago Heweston y Nicolás Pendergast. Un año más tarde se les

uniría del mismo modo Pedro Hale para formar, aprovechando las tierras y el agua, la fábrica de textiles La Hibernia. Su nombre proviene del latín que significa Irlanda, la tierra natal de Heweston.

La unión de los comerciantes conocería los estragos de la guerra de México contra los Estados Unidos, por lo que, adelantándose a los hechos, Nicolás Pendergast redactaría, como buen capitalista, dos cartas dirigidas a los gobiernos de ambas naciones, argumentado que su fábrica era propiedad de ciudadanos británicos, por lo que sus terrenos se encontraban ajenos a la guerra. También debe verse esto como una jugada táctica, pues Heweston era irlandés, y recordemos que el batallón de San Patricio, perteneciente al ejército norteamericano durante el conflicto, desertó para luchar en las filas mexicanas, incluso participando en la Batalla de la Angostura.

A la muerte de José Antonio del Bosque y Vargas en 1849, los negocios familiares pasarían al esposo de su hija, Pedro Pereira de Umarán. Son de igual forma interesantes los diseños de La Hibernia durante el presente siglo XXI, pues en los trabajos de restauración realizados por la oficina del Centro Histórico de Saltillo en el año 2001, se encontró por accidente un entierro antiguo. Se trata muy probablemente de la tumba de Pedro Pereira, quien fuera uno de los presidentes municipales de la ciudad. Del mismo modo, también se encontró el entierro de Antonio del Bosque, quien igualmente estuviera a cargo de la administración de Saltillo.

Finalmente, añadimos que existían otras dos haciendas con el mismo nombre de Santa Ana durante el periodo colonial pertenecientes a Juan Navarro, además de la

comunidad que ahora se conoce como La Hibernia. Se trata de la hacienda de Santa Ana de Los Rodríguez y de Santa Ana de los Valdés, que actualmente forman nuevas comunidades, pero que inicialmente estaban integradas con La Hibernia, formando un tríptico hacendario en el periodo virreinal.

En suma, este camino recorrido conocido antiguamente como el de los Molinos, está conformado por diversos elementos arquitectónicos, muchos de los cuales puedes ser admirados hoy día. A decir verdad, el camino conectaba desde la fundación de Saltillo y conecta actualmente a La Aurora con La Libertad y La Hibernia, dejando ver un bello recorrido que bien pudiese ser aprovechado en la formación de un nuevo sector para el turismo local.

En fin, utilizando las palabras del arquitecto Arturo Villarreal, “[...] hemos recorrido la historia antigua de esta amarilla y mágica ciudad, hemos dado un paseo por sus orígenes. ¡Gracias a Dios, aún no la hemos destruido!”.

17. SALTILLO, LA PRIMERA CIUDAD INDEPENDIENTE DE MÉXICO

José Torres Anguiano



Fue en la Villa de Santiago de Saltillo y el pueblo de San Esteban de la Nueva Tlaxcala cuando el 2 de julio de 1821 se extendió la primera acta en la que se hace una “Jura de la Independencia”, casi tres meses antes de que se hiciera en la Ciudad de México.

La lucha por la Independencia de México comenzó el 16 de septiembre de 1810 con el suceso conocido como “Grito de Dolores”, cuando el cura Miguel Hidalgo y Costilla se levantó en armas en Dolores, Guanajuato.

En la entonces Villa de Santiago de Saltillo mientras tanto, todo era fiesta y comercio, pues se celebraba ya desde entonces la Feria, a donde acudían comerciantes y compradores de todas partes del país, y fue justamente uno de esos viajeros quien difundió la noticia de que en el centro del país había comenzado un levantamiento armado contra la Corona Española.

“Durante la Feria de Saltillo, una feria tan importante casi como la de Jalapa, llegan arrieros que venían de Guanajuato y de Jalisco y avisan que hay un levantamiento armado en el bajío de la Nueva España, es así como se enteran los saltillenses”, relata el reconocido historiador saltillense Carlos Recio Dávila.

No fue sino hasta inicios del año siguiente, en 1811 cuando en el poblado de Agua Nueva, a unos treinta y tres kilómetros al sur de Saltillo (ubicado sobre la actual carretera a Zacatecas), cuando un contingente de insurgentes, comandados por Mariano Jiménez, derrotan a las fuerzas realistas al mando del entonces gobernador de Coahuila, Antonio Cordero.

El 5 de marzo de 1811 arribó a la villa de Saltillo el padre de la patria, Miguel Hidalgo y Costilla. Aquí en esta ciudad, al día siguiente, Hidalgo renuncia a su cargo y se decide nombrar a Ignacio Allende como generalísimo de las Fuerzas Insurgentes, para lo que se realizó una misa con la presencia de los principales jefes de la insurgencia.

Por alrededor de diez días los caudillos de la independencia viven en Saltillo, aunque en diferentes casas: Hidalgo, en la esquina de la calle que hoy en día lleva su nombre y la de Aldama; Allende, en la Casa de Gobierno (ahora Palacio de Gobierno); Aldama en el ahora Centro Cultural Vito Alessio Robles y otros tantos en el Mesón del Huizache, (ubicado en lo que ahora es el edificio de la Sociedad Manuel Acuña).

En la madrugada del 16 de marzo deciden partir rumbo al norte, no sin antes nombrar a Ignacio López Rayón como jefe supremo del Ejército Insurgente.

“Es grande la distancia que nos separa de nuestros deudos y amigos, pero no será por mucho tiempo. Volveremos sí, volveremos a combatir por nuestros derechos, por nuestra independencia y libertad. El que tenga voluntad en seguirme, tendrá que conformarse con penalidades y fatigas; después seréis recompensados con usura, con una moneda que vale más que el oro, pues antes está la buena acción de combatir por la patria, defendiéndola de tanta humillación y tiranía”, dijo Miguel Hidalgo en Saltillo antes de partir, de acuerdo con una investigación realizada por el Museo de los presidentes.

En su camino, se detienen kilómetros más adelante en la Hacienda de Santa María, en Ramos Arizpe, en donde se cree que el cura Miguel Hidalgo habría celebrado su última misa.

Es el 21 de marzo de 1811 cuando, en Acatita de Baján, municipio de Castaños, Coahuila, son emboscados y aprehendidos Miguel Hidalgo, Ignacio Allende y otros jefes insurgentes.

Los siguientes años, aunque continuó la lucha de la independencia pese a la muerte de Miguel Hidalgo y otros caudillos, en Saltillo y en Coahuila se vivió una relativa calma, aunque aún bajo gobiernos españoles, pues el movimiento se intensificó al sur de México.

Fue hasta diez años después, el 24 de febrero de 1821, cuando se dieron las primeras luces de esperanza de haber logrado la independencia. El 24 de febrero Agustín de Iturbide publicó el Plan de Iguala, en el que se proclamaba la Independencia Nacional, y comienza a establecer co-

municación con distintos personajes en el país, incluido Coahuila, para que este plan fuera secundado.

En junio de 1821 se da la orden de trasladar la Caja Real de Saltillo, es decir, los impuestos de los saltillenses, a Monterrey, ante lo cual el administrador, Francisco de Iturbide, y un grupo de habitantes se oponen, comenzando a fraguar un plan para evitarlo.

El comandante de las fuerzas virreinales, Joaquín de Arredondo, solicitó apoyo a Durango y al regimiento fijo de Veracruz, ante la sospecha de una sublevación de los saltillenses, pues el ambiente ya dejaba entrever lo que se avecinaba.

“Los saltillenses se enteran de que vienen las fuerzas virreinales de Monterrey hacia Saltillo para llevarse la caja real... entonces se reúnen y fraguan un plan, a través del cual se dividen las tareas entre ellos para convencer a los soldados y a la población de que se resistieran a entregar la caja real con los recursos que los saltillenses aportaban al virreinato”, relata Raúl López Gutiérrez, director del Museo de los presidentes Coahuilenses.

La noche del 30 de junio un grupo de reconocidos saltillenses de la época se reunieron para tomar la decisión de unirse al Plan de Iguala y proclamar la independencia de México, desde Saltillo. Es entonces que este grupo comienza a convencer uno por uno a los soldados para respaldar la decisión, obteniendo su juramento la mañana del 1 de julio.

“Unos convencieron a los soldados que venían para Saltillo de Monterrey a tomar la caja y otros a quienes estaban apostados en Saltillo, cerca de donde se encuentra el Museo de las Aves, todo esto durante la mañana del día

primero de julio”, agrega el director del Museo de los presidentes Coahuilenses.

Por la noche, un nutrido grupo de saltillenses acudió a una reunión en la Plaza Real (ahora conocida como Plaza de Armas), ahí se encontraban también el alcalde José Domingo de Castañeda y cabildo de la entonces villa.

Curiosamente, de acuerdo con el libro *Hidalgo y los insurgentes en la Provincia de Coahuila* del historiador Lucas Martínez Sánchez, los integrantes del grupo que precipitó en julio de 1821 la consumación de la Independencia fueron en sí, los mismos actores, salvo algunos casos, quienes empujaron directa o indirectamente, en comisión o por omisión, la emboscada de 1811, en la que fue aprehendido Miguel Hidalgo.

“En la Villa del Saltillo, en primero de julio en mil ochocientos veinte y uno a las 12 de la noche, habiéndose pasado aviso al presidente del ilustre Ayuntamiento para que de orden a los tenientes don Nicolás del Moral y don José Juan Sánchez Navarro, mandara reunir en las casas consistoriales respecto de que tenían que tratar asuntos de la mayor gravedad”, reza el acta histórica resguardada en el Archivo Municipal.

A la medianoche, cuando el reloj marcaba el primer minuto del 2 de julio, la Villa de Santiago de Saltillo y San Esteban de la Nueva Tlaxcala se convirtieron en las primeras poblaciones del país en proclamar la Independencia Nacional, levantando un acta que al calce dice:

“Reunido que fue, se presentó el segundo oficial a nombre del primero y de los oficiales don Juan Sánchez y don Simón de Castro que mandaban la compañía de granaderos de caballería y de los ciudadanos don Juan Marcelino González, don Manuel de Cárdenas y don José María Ceballos que estaban con fuerza en la Plaza Pública:

Haciendo ver que unas circunstancias imprevistas habían hecho violentar sus medidas a fin de proclamar la Independencia de esta América Septentrional, siguiendo en ello el ejemplo y la adhesión general manifestada en muchos lugares de primera orden que lo han hecho en la tierra afuera. Según y como lo previene el señor jefe primero coronel don Agustín de Iturbide.

Con solo el agregado de haber hecho los oficiales jurar a la tropa salvar la vida del Señor Brigadier comandante general don Joaquín de Arredondo y, por lo tanto, al Señor Presidente del Ilustre Ayuntamiento y respetable público que lo escuchaba preguntaba que si bajo del expresado Plan del dicho Señor Iturbide y con la libertad propia que en él se concede a todo individuo, hallaban por justa la Independencia y de su libre y espontánea voluntad la juraban y conociendo este cuerpo lo fundado de esta petición en vista de lo que tenía observado en el pueblo para evitar las desgracias que son consiguientes en semejantes lances accedió a ella *jurando la independencia todos sus individuos y muchos vecinos de los principales haciéndolo en repetición multitud de la plebe por sí misma en la plaza pública que es donde*

se agolpó desde las 11 de la noche hasta el amanecer cuya permanencia y su extremada alegría hizo a esta corporación exigir de los jefes de esta operación el que con órdenes fuertes y repetidas encargara a la tropa y gente armada la conservación del buen orden y que se castigara ejemplarmente al que tratase de pervertirlo”, señala el acta.

De acuerdo con el documento redactado por el secretario José Benedicto Ramos, la firma se extendió hasta las tres y media de la mañana del 2 de julio, y aun así muchos no firmaron “porque se retiraron por la hora incómoda”.

El siguiente día, 3 de julio, se realiza en la ahora Catedral de Santiago la ceremonia “*te deum*”, para celebrar la Independencia del país.

“Ahí está el acta, ahí se habla claramente de la jura de la independencia de la ciudad (de Saltillo), al día siguiente se hace una junta de gobierno, destituyeron al comandante que estaba aquí y se decidieron por convocar a otros municipios cercanos a Saltillo a hacer lo propio, así como a Monterrey, que al día siguiente proclama también la independencia nacional; luego Monclova, Cuatro Ciénegas y Guerrero, es decir, de aquí se comienza a detonar la jura de la independencia nacional, hace doscientos años”, relata Raúl López.

“Yo pienso que eran más bien las ideas liberales provenientes de los Estados Unidos de que no hubiera intervención de potencias extranjeras. Yo pienso que de alguna manera puede responder a una in-

fluencia más del norte que una emergencia propia del país”, señala Carlos Recio.

Fue hasta casi tres meses después, el 27 de septiembre de 1821, cuando Agustín de Iturbide proclama la Independencia Nacional en la Ciudad de México.

Después de esto, los nombres de los poblados cambian, la Villa de Santiago de Saltillo es nombrada Leona Vicario y San Esteban de la Nueva Tlaxcala se conoce como Manuel Villalongín.

“Eran personajes alejados de los propios saltillenses, pero fue una decisión vertical de las autoridades de que se les pusieran esos nombres... sin embargo, para 1834 se integran las dos poblaciones como una sola y se eleva a rango de ciudad, como la ciudad de Saltillo, porque a los saltillenses nunca les gustaron esos nombres”, dice Recio Dávila.

Saltillo continuó siendo un importante centro de comercio, sobre todo durante sus ferias, y los tlaxcaltecas avecindados en la ciudad fueron los que resultaron afectados con la Independencia del país, pues fueron perdiendo los privilegios que tenían con la corona española.

En el año 2021, el gobernador de Coahuila, Miguel Ángel Riquelme Solís, entregó al presidente de la Junta de Gobierno del Congreso del Estado, Eduardo Olmos Castro una iniciativa para incluir en el calendario cívico del estado, el 2 de julio como fecha a conmemorar oficialmente la “Jura de la Independencia en Saltillo”, al cumplirse el Bicentenario de su proclamación desde Coahuila.

“Esta conmemoración será parte de nuestro calendario cívico y enaltecerá el orgullo que los coahuilenses tenemos por vivir y aportar a la grandeza de esta tierra de héroes valerosos y de gran honor” señaló el gobernador Miguel Riquelme.

18. VILLALONGÍN EN 1828

Francisco Tobías Hernández



En esta ocasión te platico de cómo era esta hermosa ciudad de Saltillo, cuando aún no era ciudad, sino que eran dos poblados, del lado oriente la Ciudad de Leona Vicario y del poniente la Villa de Villalongín.

El nombre de Villalongín se debía al héroe de la independencia Manuel Villalongín, quien nació en lo que era Valladolid —hoy Morelia—, y quien fue el líder que comandó a las fuerzas insurgentes por todo Michoacán.

Después del triunfo que nos dio la independencia, las autoridades buscaron fomentar el patriotismo de la nación naciente, colocando nombres de héroes de la lucha armada a ciertos poblados, nombrando a la Villa de Santiago del Saltillo, como ciudad Leona Vicario, por supuesto, en honor a la dulce madre de la patria, aunque existieron por lo menos dos propuestas más para llamarla Ciudad Indalecio o Ciudad de Santiago Vicaria Quintana, mientras que al pueblo de San Esteban de la Nueva Tlaxcala se le propuso llamarle San Esteban de Villalongín, terminando por nombrarla solamente Villalongín, todo esto durante el año de 1827.

En 1828 se levantó un censo en lo que era el Pueblo de San Esteban de la Nueva Tlaxcala —llamado en ese mo-

mento Villalongín—, donde vivían 2 mil 935 habitantes de los cuales 114 eran viudas y 46 viudos. Además, se contaba con tres escuelas, una de ellas en la plaza pública que contaba con 150 alumnos las otras dos tenían 85 escolapios, es estas solo les enseñaban a leer, escribir y contar. Por cierto, en esa misma plaza había diez personas presas de los cuales dos eran mujeres.

En el año de 1828 Villalongín no contaba con boticario, tampoco con médico o cirujano alguno, no habitaban mineros, pues en realidad ni había minas, ni impresores, ni militares con fuero, no se contaba con abogados, tampoco escribanos y, por si fuera poco, o más bien nada, tampoco había sacristán alguno.

Se tenía un templo, que llegó a ser conocido como la iglesia de los indios y que hoy lleva por nombre San Esteban, además de un cementerio, dos fábricas comunales, dos paseos públicos, dos ríos, dos ojos de agua, una hacienda y dos ranchos. Para el año de 1837 ambos poblados se fusionan para llamarse Saltillo.

Hoy tenemos una ciudad grande en progreso, con grandes edificaciones, que ha dado a México y al mundo grandes mujeres y hombres, ya sea en el ámbito educativo, artístico, deportivo, empresarial, político y más, pero no podemos olvidarnos ni dejar fuera de nuestra historia que una parte de esta hermosa ciudad de Saltillo tiene sus orígenes en noventa y un familias de nativos tlaxcaltecas y que en año de 1828 se llamó Villalongín en la cual habitaban solamente 2 mil 935 personas.

19. LA GUERRA CONTRA ESTADOS UNIDOS Y LA BATALLA DE LA ANGOSTURA

Juan José Casas García



“La guerra [escribe el historiador saltillense Carlos Recio] significa dislocar el orden y la armonía que existe en los pueblos [...] La guerra es el silencio de las voces ante los gritos de las armas”. Desde que la humanidad se organizó en sociedad, la lucha por los espacios y los recursos no ha dejado de estar presente en la historia. Uno de los más grandes historiadores, el británico y judío Eric Hobsbawm, escribiría su obra magistral *Historia del siglo XX*, donde puntualizaba que el siglo se había destacado por las constantes guerras. En nuestro país, resulta ser el siglo XIX el que lleva consigo eventos bélicos de mayor envergadura (exceptuando, por supuesto, la Revolución de 1910), uno de ellos fue el conflicto internacional que llevó al naciente México a luchar contra la potencia en formación de los Estados Unidos. Como testigo ocular del desenlace del conflicto, Carlos María de Bustamante, político mexicano del siglo XIX, escribiría el 15 de septiembre de 1847: “Hoy, hace treinta y siete años, que en la noche de aquel día se dio la alegre voz de independencía en

Dolores. Hoy se da un grito herido en toda la República”. México tenía apenas veintiséis años de ser independiente.

Para entender el conflicto es necesario ubicar el contexto histórico de las dos naciones al iniciar su vida independiente. Tras la Guerra de los siete años (1756-1763), el Imperio Colonial Británico venció a la Corona española y francesa en América, expulsando a esta última del norte del continente y dejando a Inglaterra hasta el tope de deudas que impulsarían la posterior Independencia de las trece colonias. Los Estados Unidos se independizarían en el contexto de la Ilustración con el apoyo de las naciones y para 1789 ya ratificaban su constitución federal, mientras que en Europa se llevaba a cabo la Revolución Francesa y posteriormente las guerras napoleónicas. Dicho de otro modo, los nacientes Estados Unidos crecían sin interrupciones extranjeras, tanto económica como social y políticamente. Por tanto, para 1821, fecha de independencia de México, los Estados Unidos ya tenían el doble de su territorio y población, además de que experimentaban un expansionismo hacia el oeste. El débil México se encontraba en su camino.

Por otro lado, México nacía con un ambiente precario en su fuerza de trabajo, agricultura, comercio y minería, después de una guerra que había durado once años. Además de ello, el país se encontraba en bancarrota y tuvo que enfrentarse en dos ocasiones más a los españoles en su tentativa de reconquista: en 1825 y en 1829, aunado con la pérdida de Texas con otra guerra en 1836. El país estaba dividido social y políticamente, tanto en el interior como en el exterior, pues la anexión de Texas a Estados Unidos

había hundido aún más al país y establecía tensiones entre las dos naciones. La guerra era inminente.

Por su doctrina expansionista y la necesidad de crecimiento y control que ya se veía desde el siglo XVIII, el presidente estadounidense James Polk, veía como objetivos los territorios de California y de Nuevo México. Para lograr dominarlos, envió una expedición militar a cargo del general Zachary Taylor hacia el Río Bravo, al tiempo que enviaba ministros a la Ciudad de México para negociar la compra de las dos provincias. Los mexicanos no recibieron a los ministros, pues se consideraba una ofensa, ya que ellos pensaban que eran enviados para negociar una indemnización por Texas, de tal forma que Polk ya contaba con una justificación para iniciar la guerra; no obstante, las tropas militares de los dos países abrieron hostilidades en Tamaulipas, pretexto idóneo para que Polk se dirigiera a su congreso, argumentando que los mexicanos “han invadido nuestro territorio y han derramado sangre americana en suelo americano”, ello fue la chispa que detonó la guerra por parte de los Estados Unidos.

La invasión estadounidense hacia México fue realizada en diversos frentes: por un lado, el general Kearney debía tomar California y Nuevo México y por otro, el general Wool tenía que tomar las plazas de Nuevo León y de Coahuila, mientras que Taylor daba su marcha hacia la capital del país, además, la marina tomaba los principales puertos mexicanos. El único ejército mexicano preparado para dar, hasta cierto punto, frente a los estadounidenses, quedó al mando del general Antonio López de Santa Anna. Para septiembre de 1846, los estadounidenses ya habían tomado las principales ciudades del norte del país,

incluyendo Monterrey, Parras y Saltillo. Santa Anna planeaba guerrear con el ejército de Taylor que aún se encontraba en la zona norte. Ahora bien, el cuerpo de ingenieros de Taylor observó que el mejor lugar de lucha no era la ciudad de Saltillo, ya que esta se encontraba en un valle, sino algunos pocos kilómetros al sur, en un pasaje angosto que sería ideal para las tropas norteamericanas. De este modo, el ejército invasor se había acantonado en La Angostura.

El ejército de Santa Anna, superior en número, aunque no en armamento, marchó a lo que él mismo llegaría a comparar con las Termopilas griegas, donde trescientos soldados espartanos y algunos otros helenos se enfrentarían a los persas. Su ejército de alrededor de veinte mil hombres (en la batalla se enfrentaron solo doce mil) marcharon desde San Luis Potosí hacia Saltillo, es decir, cuatrocientos kilómetros en el duro invierno de 1847. Solamente la caminata haría que se perdieran dos mil efectivos, dicho de otro modo, los mexicanos tuvieron que luchar en un primer momento contra las condiciones climáticas, la mala alimentación y la sed, antes de batirse en combate con el ejército invasor. De este modo, al llegar al sitio de La Angostura, los mexicanos ya se encontraban cansados moral y físicamente. Por otro lado, los norteamericanos se encontraban descansados, bien alimentados y con la posibilidad de reabastecerse, ya que tenían controlados los puertos mexicanos, las ciudades norteamericanas y las provincias de California y Nuevo México. Se trataba claramente, de una batalla que no estaba en igualdad de condiciones.

Los estadounidenses, por lo demás, ocupaban la posición privilegiada del campo de batalla y contaban con me-

por armamento. También, y esto es un elemento de primer orden, los estadounidenses tenían construido un sentimiento de cohesión social y de identidad patriótica, no así los mexicanos que aún no desarrollaban el concepto de patria. Los mexicanos no estaban unidos del todo. México no cabía aún en los marcos mentales de la sociedad; sin embargo, lo que llega a sorprender es que la batalla de La Angostura constituye el único enfrentamiento de la guerra en donde el ejército mexicano hizo retroceder al norteamericano. Los dos ejércitos finalmente se enfrentaron el 22 y 23 de febrero de 1847 en lo que sería conocido como la batalla de La Angostura en la historiografía mexicana.

Los mexicanos tomaron tres emplazamientos, tres cañones y algunas banderas del ejército invasor, aunque no se trató de una victoria total, puesto que Santa Anna decidió retirarse del campo de batalla. Es en este punto en que la historiografía oficial convirtió al general mexicano en un traidor, muchas de las veces exagerando la batalla, aunque en realidad se trate, precisamente, de los intentos del siglo XIX de crear una consciencia nacional en la construcción de figuras dicotómicas. Me parece que la mejor conclusión del estado de cosas de la batalla es otorgada por el historiador Carlos Recio, quien ha trabajado arduamente el suceso. Para Recio, Santa Anna decidió retirarse no por traición como se ha querido ver, sino porque sus tropas ya estaban cansadas, sedientas y hambrientas, además de que, en realidad, habían perdido más del doble de soldados que los estadounidenses, con casi seiscientas bajas y más de mil heridos. Si se continuaba combatiendo el 24 de febrero, pudiese haber tenido una victoria, aunque parcial, ya que, en La Angostura, los norteamericanos

solo pelearon con reservas inexpertas y otra gran parte del ejército de Taylor estaba posesionado en la hacienda de Buenavista (hoy Universidad Antonio Narro). Por lo que, según parece, la decisión de Santa Anna fue la correcta, puesto que se arriesgaba a que el poderío estadounidense los aplastara más rápido sin posibilidad de defender el país a futuro.

Ahora bien, los dos generales se adjudicaron la victoria de la batalla. Santa Anna para aumentar la moral entre sus tropas y Taylor para generar propaganda, pues se adjudicaba haber derrotado un ejército de veinte mil hombres con tan solo cuatro mil, slogan que le daría la presidencia de los Estados Unidos después de la administración de James Polk. Aunque por abandonar el campo de batalla, pudiésemos decir que el ejército mexicano perdió la contienda.

En suma, la batalla de La Angostura resulta ser emblemática por diversas razones: fue la única batalla donde el ejército mexicano tomó la ofensiva; fue donde se enfrentaron la mayor cantidad de efectivos; fue donde batallaron por primera vez los San Patricio (grupo de extranjeros, en su mayoría irlandeses, que desertaron del ejército estadounidense para apoyar al mexicano) como compañía formalmente organizada (ya habían luchado en Monterrey, aunque no como compañía reconocida); y una de las batallas que aportó una gran cantidad de litografías.

En fin, debemos tomar los hechos y analizarlos históricamente en su conjunto y dejar de culpabilizar personajes o anécdotas. Los hubieras no se conjugan en la historia y los hechos ya son parte de Clío en tanto que ciencia social. Actualmente, diversos estudiosos retoman los acon-

tecimientos de La Angostura para analizarlos bajo la lupa histórica, como el historiador Carlos Recio o el Patronato de La Angostura que llevó a cabo la creación de un museo para conmemorar el acontecimiento. Lo que se debe perpetuar es la memoria de los personajes que presenciaron el hecho y tratar de proteger el sitio que se encuentra invadido, ya no por ejércitos, sino por el crecimiento de la mancha urbana, la extracción de piedra, la instalación de cables de alta tensión, la edificación de antenas de telecomunicación, la construcción de tuberías de gas subterráneas y la ampliación de las carreteras. La Angostura es parte de nuestra historia y como tal debemos protegerla.

20. MANUEL ACUÑA

Alberto Boardman



El romanticismo literario mexicano tuvo a muchos poetas, pero hubo uno muy especial, un destacado exponente que gracias al ferviente romance, a la pasión hecha letras, que le atribuyo a cada una de sus obras, pero también a los vaivenes de su vida amorosa, tanto de los amores correspondidos, pero más frecuentemente a aquellas desventuras, esas que terminarían por confirmarlo en la categoría de romanticismo de poeta triste, el mismo que de manera histórica lo llevaría a un prematuro y tempestivo final. Nos referimos al saltillense Manuel Acuña Narro y en este encuentro con la historia habremos de dar una vuelta de página a su obra, pero sobre todo a su vida y anécdotas, de una manera muy especial; y es que fíjese usted que vamos a viajar a la voz de alguien que lo conoció muy de cerca, porque estaremos tomando la narración muy de cerca de un prólogo de obras del propio Acuña que realizara uno de sus amigos y colegas más cercanos; ni más ni menos que otro de los grandes de aquella época Juan de Dios Peza, con quien hay que decir, Acuña mantuvo un fuerte vínculo amistoso, incluso al grado de llamarlo hermano, motivo por el cual Peza fue uno de los oradores oficiales el día del sepelio de Acuña.

Y comienza a narrar Juan de Dios Peza, en ese prologo que con la ocasión de la recopilación de obras de Acuña se realizó a veinticuatro años de su desaparición diciendo:

“Todo se va, todo se muere, a medida que se va avanzando en el camino del mundo se van dejando pedazos del corazón sobre la fosa de cada uno de los seres queridos que nos abandonan para siempre. Hoy es un triste aniversario para las letras nacionales.

Hace veinticuatro años, parece que fue ayer, que el poeta más inspirado de la generación de entonces puso fin a sus días cegado por que internas y pavorosas sombras.

Vivíamos el yo tan ligados, fuimos tan íntimos amigos que puedo asegurar sin jactancia que pocos le estudiaron como yo, tan de cerca. Por lo cual juzgo un deber narrarlo sobre su vida y sobre su muerte en esta tristísima fecha.

No solo porque a través de los años se ha adulado su historia, sino también porque muchos se interesan cuando leen sus versos en saber con toda la verdad posible, como era, como vivió y como murió el infortunado poeta.

Así es que refundiendo antiguos apuntamientos, enlazando recuerdos que todavía están frescos en mi memoria y juzgando con mayor experiencia lo que en aquella época no pude apreciar, les cuento: Manuel Acuña Narro nació en Saltillo capital del estado de Coahuila el año de 1849, vino de catorce años o poco menos a esta Ciudad de México, entrando como alumno interno en el Colegio de San Ilde-

fonso; recuerdo que él hizo tiernísima referencia a la salida de la tierra de su padre diciendo: “Sus brazos me estrecharon y después, a los pálidos reflejos del sol que en el crepúsculo se hundía, solo vi una ciudad que se perdía con mi cuna y mis padres a lo lejos.

Acuña cursó con talento los años de latinidad, matemáticas y filosofía y pasó a esa histórica escuela de medicina, de donde han salido tantas lumbreras de las letras y de las ciencias. Lo recuerdo como si lo viera en la víspera de su fin trágico, delgado de contextura, la frente amplia y tersa, sobre la cual se alzaba rebelde el oscuro cabello echado hacia atrás y que parecía no tener otro peine que la mano indolente que solía mesarlo; cejas arqueadas espesas y negras, ojos grandes y salientes, como si se escaparan de las órbitas, nariz pequeña y afilada, boca chica de labio inferior grueso y caído coronada por un bigote recortado en los extremos; barba aguzada, con hoyuelos. Siempre vestido con una levita oscura de largos faldones, rápido en su andar y algo dificultoso en la palabra. Triste en el fondo, pero jovial y punzante en sus frases; sensible como un niño y leal como un caballero antiguo. Le atormentaban los dolores ajenos y nadie era más activo que él para visitar y atender al amigo enfermo y al pobre.

Vivía en el corredor en el segundo patio de la Escuela de Medicina, en el cuarto número trece, el mismo cuarto que ocupó Juan Díaz Covarrubias y del cual salió para ser infamemente fusilado en Tacubaya el 11 de abril de 1859.

Acuña tenía siempre un cortejo de amigos que lo amábamos sin dobles, sin rencillas, sin envidias de su genio, sin censurar sus extravagancias, evitándole todos los disgustos y siendo los primeros en aplaudir sus obras”.

Y aquí hacemos una pausa en la narración de Juan de Dios Peza porque, seguramente, en esta parte del relato, Peza habría de referirse a los escritores jóvenes de aquella época en donde, además de él y Acuña, estaban, por supuesto, Manuel M. Flores, Agustín F. Cuenca, Gerardo M. Silva, Javier Santamaría, Miguel Portilla, Vicente Morales, por mencionar algunos, y sería precisamente con el apoyo de estos intelectuales que Acuña andaría por ahí de 1868 en la Sociedad Literaria Nezahualcóyotl, en el seno de la cual, por supuesto, daría a conocer sus primeros versos.

Los trabajos ahí presentados se publicaron en la revista *El Anáhuac* por ahí de 1869 y en un folletín del periódico *La Iberia* intitulado *Ensayos literarios de la Sociedad Nezahualcóyotl*.

Este folleto puede considerarse como una de las obras de Acuña, ya que contiene, además de trabajos de otros escritores, once poemas y un artículo en prosa suyos.

Pero continuando con el magistral relato de Juan de Dios Peza:

“Nosotros habíamos presenciado de cerca los trabajos de aquel adolescente sublime, con las lágrimas en los ojos le vimos salir a escena seguido de aplausos atronadores, conducido por el eminente José Valero y por Salvador Acairón, la noche del estreno de

su drama *El Pasado* que en otra ocasión, temblando de gozo, le admiramos cuando hizo en unos funerales estremecerse a los viejos y sabios maestros diciendo: ‘La muerte no es la nada, sino para la chispa transitoria cuya luz ignorada pasa sin alcanzar una mirada de la pupila augusta de la historia’ o cuando con su brindis titulado *Un Rasgo de buen Humor* hizo que lo miraran sonriendo aquellos sabios severos que se llamaron Río de la Loza, Vertiz y Barrera. Nosotros recogíamos con cuidado fraternal cada periódico en el que aparecían sus versos, guardábamos los párrafos en los que lo elogiaban y nos sentíamos felices con mirar recibir cartas de su hogar lejano y después de leerlas besar la firma de su madre diciendo: ‘Hace muchos años que no la veo, pobrecita, ya solo me conoce en el retrato’. Esa ausencia lo mataba. Leer entonces y hoy su poesía con las lágrimas más tiernas del fondo de su pecho, y veréis que es una verdad la que os digo.

El viernes 5 de diciembre de 1873 anduvimos juntos desde la mañana y nos fuimos por la tarde a la Alameda. Por la tarde el viento arrancaba las hojas amarillentas de los fresnos y de los chopos, que, al caer a los pies del poeta, atraían su mirada de mayor tristeza.

—Mira —me dijo, mostrándome una de esas hojas, la que aún guardo seca por haber señalado con ella un capítulo del libro de Víctor Hugo que leíamos aquella tarde—, mira, una ráfaga helada la arrebató del tronco desde hace tiempo.

Ahí me recitó la poesía *El Génesis de mi vida* que alguien extrajo de sus papeles el día de su muerte, era una poesía lindísima de la cual vagamente recuerdo uno que otro verso. Ya sentados en una banca de piedra me dijo:

—Escribe —y me dictó el *Soneto a un arroyo*, poniéndome después de su puño y letra, una cariñosa dedicatoria.

Este soneto es el último que escribió. Muchos creen que el *Nocturno* es su obra postrera, pero sus amigos nos sabíamos ya de memoria esos versos desde tres meses antes desde el día al que me refiero”.

Dejamos por un momento el relato de Juan de Dios Peza, para disfrutar, a continuación, una de las más conocidas y geniales poesías de Acuña: *Rasgo de buen humor*:

¿Y qué? ¿Será posible que nosotros
tanto amemos la gloria y sus fulgores,
la ciencia y sus placeres,
que olvidemos por eso los amores,
y más que los amores, las mujeres?

¿Seremos tan ridículos y necios
que, por no darle celos a la ciencia,
no hablemos de los ojos de Dolores,
de la dulce sonrisa de Clemencia,
y de aquella que, tierna y seductora,
aún no hace un cuarto de hora todavía,
con su boca de aurora,
no te vayas tan pronto, nos decía.

¿Seremos tan ingratos y tan crueles,
y tan duros y esquivos con las bellas,
que no alcemos la copa
brindando a la salud de todas ellas?

Yo, a lo menos por mí, protesto y juro
que si al irme trepando en la escalera
que a la gloria encamina,
la gloria me dijera:

—*Sube, que aquí te espera
la que tanto te halaga y te fascina;*
Y a la vez una chica me gritara:
—*Baje usted, que lo aguardo aquí en la esquina,*
Lo juro, lo protesto y lo repito:
Si sucediera semejante historia,
a riesgo de pasar por un bendito,
primero iba a la esquina que a la gloria.
Porque será muy tonto
cambiar una corona por un beso;
mas como yo de sabio no presumo,
me atengo a lo que soy, de carne y hueso,
y prefiero los besos y no el humo,
que, al fin, al fin, la gloria no es más que eso.

Por lo demás, señores,
¿Quién será aquel que al ir para la escuela
con su libro de texto bajo el brazo,
no se olvidó de Lucio o de Robredo
por seguir, paso a paso,
a alguna que nos hizo con el dedo

una seña de amor, así... al acaso?
¿O bien, que aprovechando la sordera
de la obesa mamá que la acompaña,
nos dice: —¡No me sigas!
porque mamá me pega y me regaña?

¿Y quién no ha consentido
en separarse del objeto amado
con tal de no mirarlo contundido?

¿Quién será aquel, en fin, que no ha sentido
latir su corazón enamorado,
y a quién, más que el café, no ha desvelado
el café de no ser correspondido?

Al aire, pues, señores,
lancemos nuestros hurras por las bellas,
por sus gracias, sus chistes, sus amores,
sus perros y sus gatos y sus flores,
y cuanto tiene relación con ellas.

Al aire nuestros hurras
de las criaturas por el ser divino,
por la mitad del hombre,
por el género humano femenino.

Y seguimos la narración, contando ahora una parte muy interesante de la historia de Manuel Acuña, prácticamente el preámbulo de su fallecimiento de los propios recuerdos de su amigo, casi hermano Juan de Dios Peza:

“Abandonamos la Alameda a la hora del crepúsculo, lo deje en la puerta de una casa de la calle de Santa Isabel y me dijo al despedirnos:

—Mañana a la una en punto te espero sin falta.

—¿En punto? —le pregunté.

—Si tardas un minuto más...

—¿Qué sucederá?

—Que me iré sin verte.

—¿Te iras a dónde?

—Estoy de viaje, sí, de viaje, lo sabrás después.

Estas últimas palabras cayeron sobre mi alma como gotas de fuego, quise preguntarle más, pero él se metió en aquella casa y yo me fui triste y malhumorado como si hubiera recibido una noticia infausta, yo solo sabía que aquel gigantesco espíritu estaba enfermo y tenía una crisis.

Acuña llegó algo tarde a la escuela aquella noche, rompió y quemó muchos papeles que tenía guardados, escribió varias cartas listadas de negro, una para su ausente madre, otra para Antonio Collar, otra para Gerardo Silva, dos más para unas amigas íntimas. Dicen que al día siguiente se levantó tarde, arregló su habitación, se fue después a dar un baño, volvió a su cuarto a las doce y, sin duda, en esos momentos, con mano segura y firme, escribió las siguientes líneas:

“Lo de menos será entrar en detalles
sobre la causa de mi muerte.

Pero no creo que le importe a ninguno.
Basta con saber que yo mismo soy el culpable”.

Diciembre 6 de 1876, Manuel Acuña.

Salió después a los corredores, estuvo conversando de asuntos indiferentes y cerca de las doce y media, volvió a meterse en su cuarto.

Fácil es presumir lo que sucedió entonces. Yo llegué a visitarlo a la una y minutos porque un amigo me detuvo en la puerta de la escuela. Encontré sobre la mesa de noche una bujía encendida y Acuña tendido en su cama con la expresión natural del que duerme, toqué su frente guiado por un extraño presentimiento y la encontré tibia, alce en uno de sus ojos un parpado y la expresión de la pupila me aterró. Volví entonces con sobresalto hacia la mesa de noche y me encontré en ella, junto a la vela, un vaso en el que se apoyaba el papel que antes he copiado, me incliné para leerlo y un acre olor a almendras amargas me descorrió el velo de aquel misterio. Aturdido, loco, llamé entonces a los estudiantes y hoy médicos Vargas, Villamil y Oribe que vivían en el cuarto de junto. Oribe se precipitó sobre el cadáver queriendo volverlo a la vida, dándole respiración de boca a boca, al tiempo que Vargas movía el tórax para producir la respiración artificial. Todo fue en vano, Oribe cayó presa de un vértigo intoxicado por el olor del cianuro, pues Acuña había ingerido cerca de dos dracmas de esa substancia.

La fatal noticia circuló instantáneamente en la escuela. El prefecto del establecimiento, Doctor Manuel Domínguez, los médicos y alumnos que a esa hora estaban ahí, acudieron al lugar del siniestro y rivalizaron en empeño y actividad, para tratar de devolverle la vida, la vida que una hora antes le había abandonado. Llegó a pocos momentos mi amigo Francisco Sosa y a las cuatro de la tarde el señor Gaxiola, juez en turno que dictó las

medidas oportunas, concedió que fuera en la Escuela de Medicina y no en el Hospital de San Pablo, donde se hiciera la autopsia del cadáver.

Y bien, aquí estas ya

Sobre la plancha donde el bravo horizonte de la ciencia

La extensión de sus límites ensancha

Aquí donde la rígida experiencia viene a dictar las leyes superiores a que está sometida la existencia

Aquí donde derrama sus fulgores

Ese astro a cuya luz desaparece la distinción de esclavos y señores.

Los miembros todos de la bohemia literaria visitaron al poeta muerto que al anochecer fue colocado en la capilla de la escuela. Alejandro Casarilla, acompañado del inolvidable Alamilla, sacó en yeso blanco la mascarilla del rostro para hacer un busto y trazó a lápiz un magnífico retrato. El cadáver estuvo constantemente velado por los alumnos de la escuela, quienes lo inyectaron con todas las reglas de la ciencia.

El miércoles 10 fue el entierro, tuvo una pompa y una majestad inusitadas, a las 9 de la mañana, un inmenso gentío llenaba la plazuela de Santo Domingo, en tanto que en el interior de la Escuela de Medicina se agrupaban los representantes de las sociedades científicas, literarias y de obreros, los hombres más notables, los profesores más distinguidos, todos estaban ahí dispuestos a acompañar al infortunado soñador de veinticuatro años.

El gran Ignacio Ramírez había dicho al saber de la muerte de Acuña: “Es una estrella que se apaga”. Altamirano, que lo distinguía y mimaba como un hijo, habíase

sentido enfermo de pesar con la triste noticia; y el sabio Río de la Loza, a pesar de sus arraigadas convicciones religiosas, ordenó como director de la escuela que no omitieran gastos para enterrar a Acuña, como lo exigía su talento.

Para no mutilar aquel cadáver querido, se extrajo del estómago el veneno y después lo inyectaron cuidadosamente los más inteligentes alumnos. Durante el tiempo que estuvo tendido y expuesto al público en la ex capilla de la escuela, se recibieron multitud de coronas y de ramilletes, remitidos por corporaciones y admiradores particulares. Sea por el efecto del embalsamiento, sea porque los tejidos se estrecharon por la rigidez, el hecho es que de los ojos cerrados del poeta estuvieron brotando lágrimas constantemente, lloraba como lo había dicho en una estrofa, como deben llorar los inmóviles parpados de un muerto.

A las diez, los amigos íntimos de Acuña cargamos en hombros su cadáver y salimos de la escuela en medio de un silencio y de una consternación profunda. En pos del carro fúnebre iban más de cien carruajes particulares. El cortejo recorrió las calles, continuando en línea recta hasta el cementerio del Campo Florido, ahí bajo un cobertizo de madera, se le tributaron los últimos honores, hablaron en nombre de la Sociedad Filoideática y del Liceo Hidalgo, múltiples alumnos. En seguida ocupó la tribuna Justo Sierra. Acuña quería con profunda ternura a Justo, le miraba como a hermano sabio y erudito, y la aparición de este en pequeños instantes causó inmensa sensación en todos los presentes. Dice François al hablar en una crónica de Justo Sierra lo siguiente: 'Solo

los que hayan oído alguna vez, esa palabra poderosa, hija de un cerebro de luz y de un corazón de fuego, podrán concebir hasta donde se remontó esa imaginación audaz, llorando por el cadáver de su hermano'. En efecto, solo Sierra condensó la vida del poeta en admirables versos, captándose la respetuosa veneración del auditorio, desde que comenzó diciendo: 'Palmas, triunfos, laureles, dice aurora de un porvenir feliz, todo en una hora de soledad y hastío, cambiaste por el triste derecho de morir, hermano mío'.

Hablaron muchos más, y el último, el que estas líneas escribe, habló en nombre de los amigos íntimos de Manuel, tenía yo veintiún años y hablé llorando.

A las doce del día, el primer puñado de tierra cayó sobre el ataúd, la piqueta del sepulturero sonó huecamente en aquel sitio y todos nos separamos conmovidos.

Hoy en día todos los versos de Acuña han recorrido todos los dominios de la lengua castellana, y en todas partes los admiran y los repiten.

Acuña fue víctima del hastío, de la nostalgia moral, de esa enfermedad sin nombre que marchita las flores y el alma, cuando apenas están en el capullo.

Las composiciones que dejó escritas revelan todo lo que pudo llegar a ser, el destino apagó la llama de su vida, pero no logrará extinguir su imperecedera memoria".

Hasta aquí el recuerdo en voz de Juan de Dios Peza que, definitivamente, no podía haber narrado de mejor manera en tan solo unas cuantas páginas, tanto y de manera tan especial, esa parte de la vida y muerte de Manuel Acuña ¿Qué era lo que pasaba por su mente o por

su atribulado corazón de aquel joven de veinticuatro años ese 6 de diciembre de 1873? Es un secreto que se llevó a la tumba, a pesar de que se cuentan muchas historias; por supuesto, entre ellas, el desvarío de amor que le sucediera con Rosario de la Peña, a quien dedicó su famoso *Nocturno*.

Posteriormente, los restos de Acuña fueron trasladados a la Rotonda de los Hombres Ilustres del cementerio de Dolores, donde se erigió un monumento, y sería hasta octubre de 1917 que el estado de Coahuila reclamaría las cenizas de Acuña, mismas que, tras haber sido honradas en una ceremonia en la Biblioteca Nacional, fueron trasladadas a Saltillo, su ciudad natal, donde el escultor Jesús Contreras realizó en mármol de Carrara, un notable grupo escultórico a la memoria del poeta, trabajos, hay que decirlo, por los que mereció, la Banda de la Legión de Honor.

La obra dedicada al poeta se encuentra actualmente en la plaza Acuña de Saltillo y no habría otra manera de concluir esta historia si no es precisamente replicando, cuando menos un fragmento de su querido *Nocturno*, que quizá pueda instarle a leer, a reencontrarse con la sublime poesía de Manuel Acuña que más que una historia de tragedia, amor y desventura es el arte más sublime con el que se alcanza la gloria:

Pues bien, yo necesito
decirte que te adoro,
decirte que te quiero
con todo el corazón;
que es mucho lo que sufro,
que es mucho lo que lloro, que ya no puedo tanto,

y al grito que te imploro
te imploro y te hablo en nombre
de mi última ilusión.

De noche cuando pongo
mis sienes en la almohada,
y hacia otro mundo quiero
mi espíritu volver,
camino mucho, mucho
y al fin de la jornada
las formas de mi madre
se pierden en la nada,
y tú de nuevo vuelves
en mi alma a aparecer.

Comprendo que tus besos
jamás han de ser míos;
comprendo que en tus ojos
no me he de ver jamás;
y te amo, y en mis locos
y ardientes desvaríos
bendigo tus desdenes,
adoro tus desvíos,
y en vez de amarte menos
te quiero mucho más.

A veces pienso en darte
mi eterna despedida,
borrarte en mis recuerdos
y huir de esta pasión;
mas si es en vano todo
y mi alma no te olvida,
¡qué quieres tú que yo haga
pedazo de mi vida;

qué quieres tú que yo haga
con este corazón!
Y luego que ya estaba
concluido el santuario,
la lámpara encendida
tu velo en el altar,
el sol de la mañana
detrás del campanario,
chispeando las antorchas,
humeando el incensario,
y abierta allá a lo lejos
la puerta del hogar...

21. LA MUERTE DEL POETA

Juan de Dios Peza



El 5 de diciembre de 1873, Manuel Acuña y Juan de Dios Peza salieron a dar una larga caminata por la ciudad de México, tal y como era la costumbre de los jóvenes poetas románticos de la época. Caminaban rápidamente, con sus vestimentas oscuras, y muy probablemente hablaban de cosas de la vida.

Los amigos pasearon por la Alameda, se despidieron en la calle de Santa Isabel frente a la casa de Rosario de la Peña, la hermosa y culta mujer a quien Acuña dedicó su amoroso “Nocturno a Rosario”, recientemente dado a conocer.

—Mañana a la una en punto te espero sin falta —dijo de improviso Acuña.

—¿En punto? —preguntó Peza.

—Si tardas un minuto más...

—¿Qué sucederá?

—Que me iré sin verte.

—¿Te irás adónde?

—Estoy de viaje... sí... de viaje... lo sabrás después.

Acuña regresó en la noche a su cuarto, en la Escuela de Medicina. Alguien lo vio salir a bañarse cerca del mediodía. Juan de Dios Peza llegó unos minutos después de la

una y lo encontró tendido, “con un acre olor a almendras amargas”. Había ingerido una dosis mortal de cianuro de potasio. Tenía veinticuatro años.

En ese momento murió un poeta y nació una leyenda. Trascendió que Acuña se había suicidado al no ser correspondido por Rosario. “Acuña se ha matado por ti”, le dijo Manuel Altamirano a la dama, que ahora pasaba a ser corresponsable de la tragedia.

Médico y poeta, Acuña nació en la ciudad de Saltillo, Coahuila, el 27 de agosto de 1849. Vivió en una época en que la sociedad mexicana era dominada por una intelectualidad filosófico-positivista, además de una tendencia romántica en la poesía. Hijo de Francisco Acuña y Refugio Narro. Recibió de sus padres las primeras letras. Estudió posteriormente en el Colegio Josefino de la ciudad de Saltillo y alrededor de 1865 se trasladó a la México, donde ingresó en calidad de alumno interno al Colegio de San Ildefonso, donde estudia Matemáticas, Latín, Francés y Filosofía. Posteriormente, en enero de 1868 inicia sus estudios en la Escuela de Medicina. Fue un estudiante distinguido, aunque inconstante. Cuando muere, en 1873 solo había concluido el cuarto año de su carrera. En los primeros meses de sus estudios médicos vivía en un humilde cuarto del ex-convento de Santa Brígida, de donde se trasladó al cuarto número trece de corredor bajo del segundo patio de la Escuela de Medicina, el mismo que años antes habitara otro infortunado poeta mexicano, Juan Díaz Covarrubias.

¿Qué era lo que pasaba por su mente o por su atribulado corazón aquel 6 de diciembre de 1873? Es un secreto que se llevó a la tumba luego de ingerir cianuro de pota-

sio para cortar su existencia. El cadáver del poeta, de cuyos cerrados ojos, se dice, estuvieron brotando lágrimas según él mismo lo había anticipado: “cómo deben llorar en la última hora los inmóviles párpados de un muerto”.

Fue velado por sus amigos en la Escuela de Medicina y sepultado el día 10 de diciembre en el Cementerio del Campo Florido con la asistencia de representaciones de las sociedades literarias y científicas, además de “un inmenso gentío” Las elegías y oraciones fúnebres con que se honró su memoria fueron nutridísimas destacándose las de Justo Sierra, que expresó con singular fortuna, en la primera estrofa de su poema, el sentimiento de dolorosa pérdida que experimentaba la concurrencia:

Palmas, triunfos, laureles, dulce aurora
de un porvenir feliz, todo en una hora
de soledad y hastío
cambiaste por el triste
derecho de morir, hermano mío.

Hablaron también Juan de Dios Peza, su gran amigo, Gustavo Baz y Eduardo F. Zárate, entre otros.

Posteriormente, sus restos fueron trasladados a la Ronda de los Hombres Ilustres del Cementerio de Dolores, donde se le erigió un monumento. En octubre de 1917, el estado de Coahuila reclamó las cenizas de Acuña que, tras de haber sido honradas con una ceremonia en la Biblioteca Nacional, fueron trasladadas a Saltillo, su ciudad natal, donde el escultor Jesús E. Contreras había realizado un notable grupo escultórico a la memoria del poeta.

Los versos de Acuña han recorrido todos los dominios de la lengua castellana y en todas partes los admiran y los repiten, pues entre ellos hay muchos que bastan para revelar su genio. Acuña fue víctima del hastío, de la nostalgia moral, de esa enfermedad sin nombre que marchita las flores del alma cuando apenas están en capullo. En sus últimos días vivía de una manera extraña: sus vigili- as eran constantes; leía y escribía hasta el amanecer; gustaba de tomar un café espeso, al que llamaba Manuel Flores “el néctar negro de los sueños blancos” y aparentaba una jovialidad que servía de antifaz a su secreta tristeza. Su trágica muerte es el resultado de un extravío cerebral: nadie aparece como causa de ella y son consejas triviales las que corren en boca del vulgo. En el Saltillo han honrado su memoria construyendo un precioso teatro que lleva su nombre y que tiene el patio en forma de lira. En México, debido al constante empeño de algunos de sus amigos especialmente de Luis A. Escandón y de Agapito Silva, se le construyó un monumento que en esta fecha está concluido ya en el cementerio de Dolores, a donde han sido con orden de la Autoridad trasladados sus restos. Dicen que, al exhumar los restos en la mañana del veintinueve de noviembre, encontraron intacta la ropa, cubriendo los huesos; tenía todo el cabello que cayó del cráneo al primer impulso del aire, y el Dr. Abel F. González le encontró en la bolsa del chaleco una peseta del año de 1830. Acuña “si tan prematuramente no se roba a su propia gloria” como me dice hablando de él el inspirado Núñez de Arce, sería hoy una de las más altas personalidades literarias de México. Las composiciones que dejó escritas revelan todo lo que pudo

llegar a ser: el destino apagó la llama de su vida, pero no
logrará extinguir su imperecedera memoria.

Juan de Dios Peza México, 1897.

22. EL SANTO CRISTO DE LA CAPILLA, Y SUS 400 MIL MILAGROS

José Torres


En los más de años desde su llegada a Saltillo, el Señor de las Ánimas ha derramado bendiciones para los habitantes de *esta y de las ciudades vecinas*.

La imagen del Santo Cristo fue traída a Saltillo en mazo de 1608 por el comerciante Santos Rojo de la feria de Jalapa, Veracruz —según la versión más aceptada, pues otra, que se ha vuelto leyenda, dice que la imagen llegó sola a “lomo de mula”—.

A lo largo de esos más de años de existencia de la venerada imagen, que cada 6 de agosto recibe a miles de católicos, ha realizado más de cuatrocientos mil milagros, según consta en el último conteo de piezas de metal denominadas “milagritos”, con forma de partes del cuerpo, que las personas dejan como petición frente al Cristo de pasta de caña.

Con algunos cientos de miles de estos “exvotos”, nombre real de las piezas de metal, se han construido dos murales que se encuentran en las paredes de la Capilla, así como un semicírculo que se encuentra sobre la imagen del

Santo Cristo, pero, son tantas las piezas, que muchas más permanecen guardadas. Además, no solamente lo son de este tipo, sino que los feligreses agradecidos han llevado corazones forjados en metal de diferentes tamaños y coronas que son celosamente guardados en Catedral luego del ofrecimiento.

Según consta en la reseña histórica publicada en el novenario de 1986, de la autoría del doctor Jorge Fuentes Aguirre, cuando la imagen llegó a Saltillo fue colocada en el altar de la Capilla de Ánimas, en la Parroquia de Santiago (hoy Catedral), gracias a eso a la imagen se le dio el sobrenombre de Señor de las Ánimas.

“Fue en 1690 cuando doña Josefa Báez de Treviño construyó para la imagen la Nueva Capilla de Bóvedas, actual templo del Santo Cristo”, relata Jorge Fuentes en el libro *Saltillo Insólito*.

Para la construcción de esta capilla dos anécdotas quedaron en la historia, la primera de ellas relata que la misma señora Báez donó parte de la hacienda que le heredó su esposo al morir para la construcción. Y la segunda, que una gran parte de los recursos fueron sufragados gracias a los mineros de Iguana, Nuevo León, quienes donaron toda la plata que extraían los sábados para tal fin.

Justo en el mismo año en el que comenzó la construcción de la Capilla del Santo Cristo, la imagen ya había dado muestra de su capacidad milagrosa, pues se desató una epidemia de viruela en Saltillo, que dejó varios muertos en la ciudad. Los fervorosos y desesperados habitantes acudieron al Cristo para suplicar un milagro que terminara con esta enfermedad, y fue en 1690 cuando por fin se logró erradicar.

Otros de los milagros del Santo Cristo de la Capilla son relatados por el primer cronista de Saltillo, el presbítero Pedro Fuentes.

En 1708, un 13 de marzo, el sacristán trasladaba la imagen del Cristo del altar mayor de la Parroquia de Santiago a la Capilla de Ánimas, cuando observó que la imagen estaba “sudando”. De inmediato, el asustado sacristán avisó al sacerdote José Guajardo, quien al ver aquella situación no dudó en catalogarlo como un milagro, mandando repicar las campanas del templo.

Sin embargo, no fue esta la única vez, en 1722, durante la Cuaresma, la imagen volvió a sudar, los sacerdotes que limpiaban al Cristo reportaron que, además del líquido que salía, se sentía como si estuviera hecho de carne blanda, como si estuviera vivo. También pasó en 1732, y en aquella ocasión, según Pedro Fuentes, al escuchar el repique de campanas que indicaba que un milagro había sucedido, un religioso franciscano que estaba tullido se levantó sano y corrió a la Capilla de Ánimas a dar gracias.

“El Santo Cristo estaba cerca de la gente, lo ponían en varias celebraciones, y la gente se percató de que tenía un brillo muy especial, y ese brillo se fue haciendo líquido, y la gente le atribuyó que estaba sudando”, relata el actual sacristán de Catedral, Edgar Alberto Pinales.

Además —dice— que de 1722 a 1723 concedió “abundantes” milagros.

“La misma gente iba agradeciendo lo que se le iba concediendo e iba trayendo pequeñas imágenes de metal”, señala.

“Tenemos innumerables exvotos, tenemos guardados en cajas muchos, pero ahí en Catedral están los murales

y en el arco sobre la imagen, el más reciente es de 1987”, agrega el sacristán.

Édgar Pinales, el sacristán, dice que en 2001 hicieron entre él y los monaguillos, un sondeo entre la gente que acudía a dejar los exvotos a la charola frente al Santo Cristo, preguntándoles si los dejaban antes o después de concedido el milagro, y todos coincidieron en que lo hacían cuando ya se les había logrado, y era una muestra de agradecimiento por ello.

Otro de los milagros en los que hubo muchos testigos, fue en 1958, cuando a Saltillo lo azotó una sequía que se extendió por varios meses. Preocupados, los saltillenses fueron con el sacerdote de apellido García Siller, encargado de la Capilla del Santo Cristo, a pedir que la imagen fuera sacada y recorriera las calles de Saltillo, pues quizá así volvería la lluvia.

Tras recibir el permiso del sacerdote, los saltillenses desfilaron con la imagen del Santo Cristo saliendo de Catedral hacia el Ateneo y de regreso, y para sorpresa de todos, cuando la imagen entró a la Capilla, se soltó una fuerte tormenta en la ciudad, y continuó lloviendo por varios días más.

Algo similar pasó en 2014, un 27 de julio, el día en el que se trasladaría la imagen del Cristo de su Capilla a Catedral, en Saltillo había lluvia muy fuerte, y se había decidido que la imagen no saldría, pero cuando llegó el momento de trasladarlo, milagrosamente dejó de llover, y cuando entró a Catedral la lluvia regresó.

Según el sacristán de Catedral, entre las cosas que los feligreses más le piden al Santo Cristo está la salud, la paz y la solución de conflictos familiares.

Testimonios personales de milagros hay muchos, como el de la señora Norma Alicia Ramírez Aldaco, quien luego de diez años de matrimonio no había podido tener hijos y un 6 de agosto pidió al Santo Cristo de corazón que le mandara un hijo.

“Yo sentí una conexión en la oración con Jesús muy fuerte, yo no paré de llorar en esa hora, en la misa de los danzantes, es muy fuerte, tengan mucha fe, porque hay poder en esa hora. Se lo pedí, y dije ‘si él quiere, me lo va a conceder’, yo ya estaba resignada a no tener hijos”, relató Norma Alicia.

Meses después, en diciembre, Norma Alicia comenzó a sentirse mal, su doctor de cabecera le decía que podían ser intestinos inflamados, pero luego de varios días sin mejora, se hizo un eco y descubrió que el Santo Cristo le había hecho el milagro, se embarazó y tuvo a su hija.

“Es Dios, nuestro Señor, pero necesitamos hablar con él, hablarle con nuestro corazón y pedirle desde lo más profundo. Pongamos toda nuestra confianza, nuestra fe y nuestras necesidades en Dios”, dice la madre de familia.

“El culto al Santo Cristo es para los habitantes de Saltillo la encarnación de sus esperanzas y el consuelo de sus aflicciones”, relata el doctor Jorge Fuentes en el novenario de 1986.

Y, además de los milagros que concede el Santo Cristo, desde 1861 el papa Pío IX, concedió indulgencia plenaria a todo aquel que rinda veneración al Señor de la Capilla durante su festividad.

23. CONCEDE EL SANTO CRISTO UN MILAGRO POR DÍA

Yesenia Ramírez



Son pequeñas figuritas hechas a base de oro, las que diariamente recibe la imagen del Santo Cristo en su Capilla, como ofrenda en agradecimiento por los milagros concedidos a cientos de feligreses que acuden con toda devoción a pedirle que los cure de sus males o los ayude a salir de sus problemas.

Quien fuera Sacristán de la Catedral de Santiago y de la Capilla del Santo Cristo, Edgar Alberto Pinales, explicaba que esta ofrenda denominada “milagritos” o “exvotos”, es una tradición que viene desde muchos años atrás, al grado de llegar a juntar miles de piezas que hoy forman importantes leyendas en las paredes de la Capilla.

“En 1966 al Cura García Siller se le ocurrió juntar todas las piececitas o los milagritos concedidos y mandó hacer una figura con las siglas del Alfa y Omega, que significa: yo no tengo ni principio ni final”.

“Posteriormente, el Padre Humberto González Galindo, en 1987 juntó otros tantos y con la ayuda de otras personas bondadosas logro plasmar, en otra pared, la frase de

verdadera importancia para los católicos: JHS, que significa: Jesús Salvador de los Hombres”.

Detalló que, asimismo, en la parte de arriba de la Capilla, se colocó un adorno con corazones que también fueron llevados por fieles agradecidos con el Santo Cristo.

Edgar Alberto Pinales manifestaba que se llegaban a juntar por mes entre treinta y cuarenta milagritos, mismos que son almacenados en cofres, hasta juntar una cantidad importante que permita la creación de otra figura significativa en honor al Santo Cristo que es tan querido por la comunidad saltillense.

A esta historia de fe y devoción, agregó el porqué de las pequeñas piezas y dijo que la leyenda cuenta que el primer viernes de marzo del año 1722, el Santo Cristo empezó a sudar, entonces se le habló al señor cura que en aquel entonces era don Lucas de las Casas de la Mota y Flores y fue testigo fiel de que a la imagen le brotaba sudor por los poros.

“Pero más que sudar, lo que les impresionó fue que la piel se hizo como si fuera un cuerpo humano, blando, y despedía un aroma muy fragante, y durante todo ese año, hasta el primer viernes de marzo de 1723, concedió infinidad de milagros, los cuales fueron representados en pequeñas figuras que eran entregados como ofrenda y que, actualmente, se les llaman ‘milagritos’ o ‘exvotos’”.

24. LA LEYENDA DE ROSITA ALVÍREZ

Rosita Álvarez es un corrido popular mexicano de estilo norteño, que trata de la muerte del personaje del mismo nombre. Hay fuentes que indican que esta canción es del dominio público, ya que se desconoce al autor, mientras que otras atribuyen su composición a Felipe Valdés Leal.

El crimen contado en el corrido de Rosita Álvarez, al parecer no ocurrió, al menos no de esa forma exacta, según las investigaciones del cronista o historiador saltillense Álvaro Canales.

En 1883, se publicó en un diario de Coahuila, la crónica de un crimen muy parecido al de *Rosita Álvarez*, dicho crimen fue descrito en un corrido intitulado: *Las mañanas de Belén Galindo*, el cual tiene pasajes muy parecidos al de *Rosita Álvarez*, empezando con el hecho que el asesino, en ambos corridos y en la realidad que inspiró el de *Belén Galindo*, se llamaba Hipólito.

Existen varias versiones del corrido de Rosita Álvarez, entre las que se pueden mencionar las de: Eulalio González “Piporro”, Antonio Aguilar, Lydia Mendoza, Francisco “El Charro” Avitia, las Hermanas Padilla, Los Alegres de Terán, el Trío Calaveras y Jenni Rivera.

La letra está narrada en tercera persona, y como se ha indicado, cuenta el asesinato de Rosita Álvarez, empezando

do por declarar que la tragedia ocurrió en el año 1900. El primer personaje del corrido es la madre de Rosita, quien pretende impedir a Rosa que salga esa noche; sin embargo, desoyendo a su madre, Rosita asiste al baile, así mismo Hipólito, quien aborda a Rosa pidiéndole una pieza. Como Rosa se niega, tal vez de modo altanero o despectivo, Hipólito reacciona sacando su pistola y asesinando a Rosita Álvarez en el acto. Finalmente, cuenta el corrido que Rosa va al cielo e Hipólito a la cárcel.

En las distintas interpretaciones pueden percibirse desde ligeras variaciones de alguna palabra, hasta estrofas completas añadidas o ausentes, pero comparándolas, se pueden entresacar algunas estrofas que son constantes en prácticamente todas ellas y que constituyen la estructura base del argumento o crónica implícita en el corrido:

Primera:

Año de mil novecientos,
muy presente tengo yo,
en un barrio de Saltillo,
Rosita Álvarez murió. (Se repite)

Segunda:

Su mamá se lo decía:
—Hija, esta noche no sales.
—Mamá, no tengo la culpa que a mí me gusten los
bailes. (Se repite)

Tercera:

Hipólito llegó al baile
y a Rosa se dirigió,

como era la más bonita,
Rosita lo desairó. (Se repite)

Cuarta:

—Rosita, no me desaires,
la gente lo va a notar.
—Pues que digan lo que quieran,
contigo no he de bailar. (Se repite)

Quinta:

Echó mano a la cintura
y una pistola sacó
y a la pobre de Rosita,
nomás tres tiros le dio. (Se repite)

Sexta:

Rosita ya está en el cielo,
dándole cuenta al Creador.
Hipólito está en la cárcel,
dando su declaración. (Se repite)

La versión grabada por las Hermanas Padilla consta de siete estrofas, es una de las que más se acerca a este conjunto de estrofas básicas del corrido de Rosita Álvarez, pero en la tercera línea de la primera estrofa dice: “En el barrio de Saltillo” en lugar de “en un barrio de Saltillo”; en la cuarta estrofa, al final, se cambia la palabra “desaires” por la palabra “desprecies”. Siendo el cambio más notable el que entre la quinta y sexta estrofa se introduce otra, que dice:

Su mamá se lo decía:
—Ya viste, hija querida,
por andar de pizpireta,
te había de llegar el día. (Se repite)

Las versiones tanto de Francisco “El Charro” Avitia como de Lydia Mendoza también constan de siete estrofas, pero introducen una estrofa diferente a la versión anteriormente comentada:

Rosita le dijo a Irene:
—No te olvides de mi nombre,
cuando vayas a los bailes,
no desprecies a los hombres. (Se repite)

Esta misma estrofa es agregada en el mismo lugar en la versión grabada por Antonio Aguilar, más otra dos consecutivas que se citan:

La noche que la mataron,
Rosita estaba de suerte:
de tres tiros que le dieron,
nomás uno era de muerte. (Se repite)

La casa era colorada
y estaba recién pintada,
con la sangre de Rosita,
le dieron otra pasada. (Se repite)

La versión de Antonio Aguilar consta, pues, de nueve estrofas, más algunas expresiones o comentarios al mar-

gen introducidos por este cantante que remarcan o enfatizan el tinte o sesgo de humor negro en su interpretación. Esta versión es la misma, en cuanto a letra, que grabó años más tarde Jenni Rivera, diferenciándose en arreglos musicales y en las expresiones intercaladas a la letra.

La versión de Eulalio González “Piporro” es una de las más populares y conocidas. En su versión solo se cantan las seis estrofas básicas que hemos escrito aquí para el análisis del corrido, pero agrega de modo muy extenso expresiones, comentarios, diálogos y hasta personajes extras a la canción, como lo son el padre de Rosita y Marco, amigo de Hipólito. Todo lo anterior haciendo de esta versión, la versión de humor negro más esclarecida.

El corrido de Rosita Álvarez cuenta una tragedia; sin embargo, se puede apreciar, a través de sus diversas interpretaciones, distintos puntos de vista o abordajes al tema, uno de ellos es el humor negro que le imprimen algunas de las versiones, entre las que podemos destacar la de Eulalio González y la de Antonio Aguilar. Otras más, como la del “Charro Avitia” o la de las Hermanas Padilla, pueden percibirse en su aspecto de moraleja, con respecto de aquellos tiempos. Estos mismos aspectos se pueden ver desde otra perspectiva. El columnista Alfredo Reyes nos expone en su artículo intitulado “El síndrome de Rosita Álvarez”, lo siguiente: ...un crimen alevoso y cobarde descrito en el corrido como algo merecido, natural y hasta burlesco, pues resulta que “la noche que la mataron, Rosita estaba de suerte, pues de tres tiros que le dieron, no más uno era de muerte”. Cierto o no, es una infamia.

Sin pretensión alguna, decimos que lo anterior es un síndrome deplorable de abuso brutal contra la mujer, un

ejemplo negativo que se ha propalado mediante una épica ruin y donde se pretende dar un consejo de sometimiento y sumisión para las féminas, pues, al borde de la muerte, la víctima da un consejo; “Rosita le dijo a Irene, no te olvides de mi nombre, cuando vayas a los bailes no desprecies a los hombres”.

Mal andamos cuando se pretende adoptar dicho corrido como el “himno de Saltillo”, a pesar de la influencia negativa que pueda provocar esta apología de la violencia contra las mujeres.

Desde esta perspectiva *Rosita Álvarez* es un corrido que trata, de una forma irresponsable, el grave asunto del feminicidio; sin embargo, es innegable que este corrido es uno de los más reconocidos dentro de este género musical en México y constituye también un elemento que forma parte de la cultura mexicana ante la muerte, cuyas expresiones caen frecuentemente en lo cínico y humorístico.

El corrido de *Rosita Álvarez* ha dado pie a otras expresiones culturales como lo son:

La película *Yo maté a Rosita Álvarez*, de 1947, dirigida por Raúl de Anda y protagonizada por Luis Aguilar como Hipólito y María Luisa Zea como Rosita.

La película *Yo fui novio de Rosita Álvarez*, de 1955, dirigida por Zacarías Gómez Urquiza y protagonizada nuevamente por Luis Aguilar como Hipólito y Chula Prieto como Rosita.

La película *Aquella Rosita Álvarez*, de 1965, dirigida por René Cardona, y en los papeles de Rosita e Hipólito, Rosa de Castilla y Jorge Russek, respectivamente.

La película *Rosita Álvarez, destino sangriento*, de 1982, dirigida por Gilberto Martínez Solares, con Beatriz Adriana y Pedro Infante Jr. en los papeles principales.

La historieta *Rosita Álvarez y el charro misterioso*, en 1952, de ediciones José G. Cruz.

(Texto tomado de Wikipedia, publicado bajo la Licencia Creative Commons Atribución Compartir Igual 3.0 el cual puede ser leído en el enlace https://es.wikipedia.org/wiki/Rosita_Alv%C3%ADrez)

Nota: En el 2020, el empresario saltillense Roberto Palacios creó la marca de sotol Rosita Álvarez, producido en una botella color rosa y en cuya etiqueta aparece la leyenda “Basta, ni una más”, haciendo alusión a la frase que utilizan como bandera las mujeres que desde hace años vienen luchando en contra de los cada vez más frecuentes feminicidios en México, y además, reconociendo así que, el de Rosita Álvarez, haya sido real o no, se encuadra dentro de esta categoría de delitos como uno de los primeros que registra la historia de nuestro país en el cual se identifica no solo a la víctima, sino también al responsable.

25. ROSITA ESTABA DE SUERTE

Jesús de León Montalvo



Dejemos entrar un poco de aire fresco aludiendo a los personajes populares. Rosita Alvérez fue una hermosa y coqueta muchacha asesinada durante un baile por un novio celoso. Según algunos historiadores, Rosita no era saltillense, sino potosina; otros dicen que no murió a balazos, sino acuchillada; otros más aseguran que los hechos ni siquiera ocurrieron. Acaso, sin darse cuenta, coqueteaban con el realismo mágico a la hora de intentar establecer la verdad histórica de la señorita Alvérez. Su falta de perspicacia incluso deja pasar ciertos rasgos de humor negro que logró captar y aprovechar con bastante ingenio Piporro, como aquello de que Rosita estaba de suerte y de tres tiros que le dieron solo uno era de muerte. Esto sirve al Piporro para improvisar que el mecánico de la esquina llegó y le puso treinta libras, en una época en que todavía no había automóviles en Saltillo y mucho menos mecánicos.

Quienes reúnen en la actualidad el cancionero del corrido norestense, siguen preocupados por estar derivando nuestros corridos del romance castellano. Esto ha desatado, con sobrada razón, la furia del compositor tapatío Pancho Madrigal.

Según eruditos en cuestiones de música tradicional popular tradicional, el corrido mexicano es un descendiente directo del romance español (¡Otra vez la patria potestad!), pero yo, para mi tengo que, dado el carácter comunicativo de nosotros los mexicanos, aunado a nuestra capacidad narrativa, nuestra inagotable inventiva, nuestra gran disposición a venerar a nuestros héroes populares y divulgar a voz en cuello lo que se sabe y lo que no... Con o sin romance español, lo más seguro es que el corrido tarde o temprano hubiese surgido en nuestro país por generación espontánea. La más confiable forma de historiar en México ha sido el corrido.

Observación inteligente y muy cierta. El romance y el corrido comparten la forma poética: versos octosílabos asonantados (aunque a veces se interpolan otras formas como las decimas); ambos son poemas narrativos. Si acaso pudiéramos agregar que son letras para cantarse. Eso es todo. Lo demás es diferente; el tipo de narración, el tipo de sentimiento. El corrido es predominantemente épico. ¿Acaso no fue el periódico de los revolucionarios? En el corrido puede entrar el humor satírico. Véase el caso del *Corrido del mión* de Luis Julián, donde un tipo sale a orinar en la noche y lo agarran sanchito.

El romance puede ser lírico, de tema amoroso, filosófico o religioso; el corrido, en cambio, habla de acciones bélicas, de bandoleros o de la nota roja. Afortunadamente, investigadores como el citado Armando Hugo Ortiz empiezan a mostrar interés por tópicos como el contrabando, la memoria del corrido, el corrido como producto comercial, el fenómeno de nuestros músicos de cantina que andan “taloneando el sustento” sin la más leve aspiración de

alcanzar el éxito internacional. Además del tema mayoritario y polémico del narcocorrido que nos lleva a la narco globalización.

Bienvenidas todas las composiciones de corte humorístico relativas al género. Yo escucho por las mañanas los corridos de Pancho Madrigal y salgo a la calle tan campanante a explicar a mis alumnos del taller de narrativa sutilezas técnicas; el narrador en primera persona; el plano del discurso y el plano de la historia; la escenificación de las acciones; diferencias entre los elementos dramáticos y puramente narrativos... Para aplicar sesudas herramientas de análisis, propongo leer a Kafka, a Faulkner o ya de perdido a Carlos Fuentes y, en medio de tanto rollo doctoral, pienso que pasaría si aplicara todos estos conceptos al análisis de un corrido.

¿Quién era realmente Rosita Álvarez? Si tomamos en cuenta lo escrito por Oscar Flores Tapia en su libro *Herodes, Semblanza de Saltillo*, nos llevaremos varias sorpresas. Resulta que la tal Rosita era hasta vecina mía: vivió por la calle de Múzquiz, antes de llegar a Centenario (yo vivo en Centenario antes de llegar a Múzquiz). El papá de Rosita, don Atenógenes Álvarez, era comerciante y la mamá de la muchacha, doña Juana María, en un descuido sale mi pariente, porque se apellidaba De León. Don Atenógenes viajaba constantemente a Concepción del Oro por negocios y “muchas veces los acompañaba Rosita quien, por ser muy bonita, atraía la atención de los compradores”. Cuando Rosita andaba por los dieciocho o diecinueve años. Don Atenógenes murió, pero la joven “lejos de apesarse o guardar luto encerrándose” retomó el negocio de su padre y siguió viajando a Concha. En uno de

esos viajes conoció a Leopoldo, quien se convertiría en su novio y acabaría quitándole la vida.

“El Polito” (de ahí la confusión que se dio más tarde en el corrido al llamarle Hipólito) tomo la costumbre de visitar a Rosita los domingos en Saltillo con tal constancia que entre los conocidos de la joven llegó a hablarse de una posible boda.

Hagamos una pausa en este resumen del relato de don Oscar por una importante consideración. ¿Qué le sucede a una joven cuando por necesidad tiene que viajar constantemente y dedicarse al comercio? De ser tímida y reservada, como cualquier muchacha de la época, al interactuar con diferentes tipos de personas y moverse por diferentes lugares, no solamente desarrollo un carácter más extrovertido y aumentó su confianza, se volvió una mujer codiciada.

Al parecer conoció a Leopoldo cuando apenas empezaba a reemplazar a su padre en esos viajes de comercio. Acaso lo hizo para sentirse protegida como mujer joven y desamparada que era en ese momento y aceptó la protección que le brindaba “El Polito”, quien después de todo era originario de Concha. Pero al volverse una mujer más codiciada e ir fortaleciendo su carácter con el trato diario a sus clientes y proveedores, no resultó extraño que comenzara a ver muy poca cosa a Leopoldo y más aún si, en vista de su propia prosperidad, empezaba a ser cortejada por los hombres pudientes de la sociedad de Saltillo. Es fácil imaginar que la adolescente tímida que no se separaba de la sombra de don Atenógenes, se volviera una hembra de recio carácter, completamente dueña de sus encantos y con todos los recursos de la seducción al alcance de

su mano. Solo de ese modo se explica que haya recurrido en el desafío de irse a un baile en domingo a sabiendas de que era el día en que su novio la visitaba.

El corrido, por un lado, y el texto de don Oscar por el otro no nos dicen mucho sobre quién era “El Polito”, pero si vemos un poco de contexto de la época (fines del siglo XIX) no es difícil sacar algunas deducciones. Antes del auge de los ferrocarriles, eran comunes las largas caravanas que atravesaban las largas rutas de comercio del país llevando y trayendo mercancías. El bandolerismo abundaba y las caravanas tenían que ser custodiadas por jinetes bien armados, ya sea que los proporcionara la compañía y diligencias que ofrecía sus servicios a los comerciantes o se tratara de parientes, amigos o socios de estos mismos comerciantes. Es fácil deducir que Leopoldo le ofrecía a Rosita al principio sus servicios como escolta y, en el cotidiano trajín de un pueblo a otro, naciera entre ellos el afecto. Seguramente Polito era un buen jinete, excelente tirador, tal vez un poco mayor que Rosita, fuerte, varonil y seguramente con todas esas prendas, logró conquistar a la jovencita de apenas diecinueve años.

Queda la sospecha de que Leopoldo, retenido en Concha por su trabajo, no captó a tiempo los rápidos cambios que se operaban en la tímida jovencita que ahora quería vestirse mejor, peinarse con más elegancia, pintarse y perfumarse y, además, había aprendido a bailar los valsos y las tonadas populares de moda. Polito, que solo la veía los fines de semana, no tenía tiempo para eso, siempre montado a caballo, cuidando mercancía de pueblo en pueblo, a veces desvelado por enfrentar indios o bandoleros, vestido con sencillez, quizá no tenía tiempo para aprender

los más elementales pasos de baile. Esto seguramente impacientaba a Rosita, quien prefirió buscarse otras parejas con las cuales asistir a los bailes a los que era constantemente invitada.

Así se explica el reto temerario a ojos de doña Juana María de que Rosita se fuera al baile el domingo, a sabiendas de la presencia de Leopoldo. Rompiendo su acostumbrado silencio de viuda resignada, juntó todo su aplomo para cerrarle a su hija el camino a la puerta:

—Esta noche no sales.

Rosita miró a su madre con una mezcla de sorpresa y compasión. La hizo a un lado suavemente y le dijo con un sarcasmo que sinceramente hirió a doña Juana María:

—Mamá, no tengo la culpa de que me gusten los bailes.

Y dejando en el aire un perfumado olor a osas cruzó la puerta y salió a la calle. Leopoldo posiblemente estaba afuera, esperando a verla salir. No le faltaron amigos o compañeros de su oficio que le informaran de las frecuentes salidas de Rosita y de su animada vida social. Uno de ellos lo acompañaba esa noche, aunque este lo hacía no tanto por complicidad o solidaridad con Polito, sino por negocios. La caravana de productos de Rosita se había incrementado y ella había tenido la necesidad de contratar a más escoltas. Leopoldo le pidió ayuda a un amigo suyo, hombre casado, quien aceptó ese peligroso trabajo en vista de que su familia seguía creciendo. Le urgía el dinero y Rosita, distraída por el brillo social, no siempre pagaba a tiempo. Con el pretexto de sacarla a bailar, Leopoldo no solamente iba a arreglar sus asuntos sentimentales, sino también los financieros. “La sacas a bailar —le dijo su amigo— y no la dejes hasta que nos pague”.

Guardando su distancia, la siguieron hasta donde iba a ser el baile. El lugar era una antigua huerta que tenía una parte protegida por una enramada. La planilla del baile estaba cubierta por una enorme lona. Alrededor se distribuían las mesas iluminadas a tramos por lámparas de petróleo. Las mujeres iban vestidas de largo y los hombres de traje con polainas. Había una orquesta que tocaba valses y corrido populares. Leopoldo y su amigo tuvieron algunas dificultades para entrar, pues no tenían invitación. Polito fue reconocido por algunos amigos de Rosita, quienes identificaron en él al novio de la muchacha y así los dejaron entrar, pese a que no iban vestidos para la ocasión. También por eso mismo no les pidieron que dejaran sus armas, eran gente de confianza. Tomaron asiento en una mesa cercana a la planilla del baile. No tardaron en reconocer a Rosita. Bailaban un vals con el señor Arizpe, un hombre maduro cargado de anillos y fistles, quien la pretendía y la había hecho generosos regalos. Al terminar la pieza, Rosita volvió a su asiento, Polito se acercó y le dijo:

—Rosita, ¿me concedes la siguiente?

Ella lo miro en silencio y sin levantarse del lugar. Su rostro estaba muy serio. Clavó la mirada en los ojos del muchacho con una carga de desprecio que ninguna mula arriera se atrevería a cargar. Lo barrio de arriba abajo.

—¿Y tú que haces aquí? —preguntó.

Como una ola que se levanta o un amenazante zumbar de abejas, Leopoldo escuchó a sus espaldas el murmullo de la gente que los veía. El hombre se encorvó un poco para decir en voz baja:

—Rosita, no me desaires. La gente lo va a notar.

Rosita recorrió el lugar con la mirada y confirmó que en efecto los demás murmuraban. Se levantó de golpe, encarando a Leopoldo.

—Contigo no he de bailar.

Se dio media vuelta al momento en que empezaba a tocar la orquesta a la señal de uno de los anfitriones para distraer a los invitados de la incómoda escena. Rosita, indignada, iba caminando hacia la salida cuando de pronto el señor Blázquez, uno de los hombres más ricos de Saltillo, se levantó de su asiento para tratar de tranquilizarla. Le obsequió su pañuelo. Rosita hizo el ademán de limpiarse un par de lágrimas y acepto bailar. Leopoldo regresó con su amigo, quien lo esperaba impaciente.

—No permitas que te haga eso. La última vez que una vieja me desairó, si vieras la chinga que le puse. Nos debe dinero, que no se haga ahora la elegante.

—¿Qué hago? —preguntó Leopoldo.

—Vuelve a sacarla a bailar y si no quiere hacerte caso, le haces lo que hice yo a mi vieja: le arrié de cachazos.

La pieza terminó y Rosita regresó a su silla. Leopoldo se le acercó.

—Rosita...

Ella se volvió a levantar y, haciendo como si no lo hubiera escuchado, entabló una plática muy cerrada con un joven elegante que era miembro del Casino de Saltillo y que estaba ofreciendo llevarla de paseo. Polito le gritó, pero ella siguió ignorándolo. Volvió la orquesta y Leopoldo se quedó hecho un estúpido en medio de las parejas de baile. Su amigo también irritado se levantó de su asiento e hizo con las manos el ademán de quien agarra una cabeza a cachazos. Polito indeciso sacó la pistola, la miró, miró

a Rosita quien bailaba muy alegre con el catrincito. Ella se dejaba decir cosas al oído y soltaba la carcajada. Leopoldo no lo pensó dos veces. Caminó hacia donde bailaba Rosita y de un empujón separó al catrín. Con pistola en mano la encaró. Los crueles ojos de Rosita lo miraron, pues aun así era muy hermosa. Leopoldo no se atrevió a arruinar la perfecta imagen desfigurándola con la cachea de la pistola.

Retrocedió unos pasos. Hizo el ademán de devolver el arma a su funda, cuando escucho que Rosita le dijo:

—Estúpido. Ni siquiera sabes bailar.

Y el pecho de Rosita recibió tres impactos de bala.

Durante el funeral, doña Juana María conversaba con el cura:

—Mire lo que son las cosas, padre. Acabo de hablar con el médico y según ese sabio varón, mi hija estaba de suerte.

—¿Cómo, doña Juanita? Rosita está en el cielo dándole cuenta al Creador, mientras Polito está en la cárcel rindiendo su declaración.

—Sí, padre, pero ya sabe cómo es el doctor. Me dijo que Rosita estuvo de suerte porque de tres tiros que le dieron, nomas uno era de muerte.

—Sí, ¿verdad? —aseguró el señor cura—. Y pensar que Polito presumió siempre de tener buena puntería.

26. A QUIÉN LE DAN PAN QUE LLORE: EL MERENDERO DE SALTILLO, TRADICIÓN CENTENARIA

José Torres Anguiano



Recomendado por el presidente Benito Juárez, el Profesor Jirafales y el gobernador Óscar Flores Tapia.

*E*l Merendero de Saltillo es uno de esos pocos negocios de la ciudad que pueden presumir más de ciento cincuenta años de existencia. Aunque para el Archivo de Saltillo existe desde 1864, en realidad habría sido fundado allá por 1857.

Hablar del Merendero es hablar de un ícono en la historia de Saltillo, es referente de calidad en la elaboración de pan de pulque.

Es la familia Valdés García quienes actualmente coordinan el funcionamiento de este lugar tradicional de la ciudad. Son cinco los integrantes que día a día fabrican cientos de piezas de pan de pulque, desde la semita chorrada, la empanada de nuez y piloncillo o el mollete.

Pero en la historia del *Merendero de Saltillo* no solo se ha vendido pan de pulque, sino que, hasta hace ocho años, funcionaba también como restaurante, donde la gente acudía con frecuencia a merendar por las tardes.

Fue a mediados del siglo XIX cuando a doña Asunción Quiterio Valerio le dio por empezar a vender bebidas de pulque almendrado y pan de pulque. La historia comenzó en la antigua Huerta de los Pilares, en la calle de Murguía, allá donde está el antiguo ISSSTE y el Santuario de Guadalupe.

Los hornos en los que preparaba el pan doña Chonita, como le conocían por Saltillo, eran hechos de adobe, como una cúpula, que se calentaban con leña, y estaban a la intemperie. De ahí salía diariamente el rico pan de pulque, y si bien no fue inventado por *El Merendero*, con toda seguridad es esta la panadería de este tipo más antigua de la ciudad.

Doña Chonita fundó de esta manera un negocio que quizá nunca imaginó que sobreviviría hasta nuestros días: *El Merendero de Saltillo*.

Luego de algunas décadas ubicado ya como establecimiento en la Huerta Los Pilares, se mudó hace más de cien años a donde actualmente están establecidos, en un pequeño callejón en la Calzada Madero, frente al Panteón de Santiago.

Es quizá el negocio escondido que es más fácil encontrar, pues si se conduce sobre la Calzada Madero, de oriente a poniente, en las barreras del costado izquierdo están colocados unos pequeños cartelones que con flechas señalan en dónde está ubicado.

Al llegar a lo que pareciera ser una antigua vecindad, está una gran leyenda con letras rojas sobre fondo amarillo, con el texto “Pan de pulque aquí” y a un lado el logotipo del *Merendero de Saltillo*.

Y ahí están las bolsas del tradicional pan de pulque saltillense. Detrás del mostrador está algún integrante de la familia Valdés García, atendiendo siempre con una sonrisa.

Desde hace más de un siglo, *el Merendero de Saltillo* se convirtió en un ícono y en un lugar de esparcimiento de los saltillenses de entonces. Cada tarde era común que se llenaran los salones, en el que se vendía comida de la más típica como tamales, enchiladas y algunos tipos de caldo.

Eleazar Valdés García, heredero de la tradición saltillense y parte de la sexta generación que está al frente del negocio, dice que a pesar de haber dejado de vender comida hace algunos años, han decidido conservar lo más original posible el lugar y esto se nota en el piso, el techo, las paredes de adobe, las mesas y sillas de madera antigua.

“Nos hemos ido heredando de generación en generación, de padres a hijos; ya son seis generaciones en las que se ha preservado”, señala el joven panadero.

Un lugar lleno de anécdotas

Muchas historias pueden contarse y se han vivido en *El Merendero de Saltillo*, pues también la tradición de ir al negocio se ha pasado de generación a generación entre los clientes.

Pero no todos los clientes le contaban a su familia sobre dónde compraban el pan de pulque, como aquel señor

que asiduamente iba a Monterrey a visitar a su familia y cada que viajaba les llevaba una buena dotación de pan que compraba en *El Merendero*.

Por alguna razón nunca quiso decirles a sus hijos el lugar en donde compraba aquel pan, y hace algunos años el hombre falleció; sus servicios funerarios fueron en Saltillo.

Como vivía cerca del *Merendero*, su familia llegó por casualidad a comprar pan para el velorio y, cuando lo probaron, se dieron cuenta de que aquel pan era el mismo que su papá les llevaba. ¡Conocían a la perfección el sabor del pan de pulque del *Merendero*!

En la antiquísima serie del Chavo del Ocho, protagonizada por Roberto Gómez Bolaño “Chespirito”, aparecía un personaje que logró una gran fama, y que es de todos conocido, que era oriundo de Saltillo, el profesor Jirafales, representado por Rubén Aguirre Fuentes.

Lo que no se sabía entonces era si aquella tacita de café que doña Florinda le ofrecía en cada visita que su enamorado Jirafales le hacía, se la tomaba “a secas”, pero al elaborar este artículo descubrimos lo contrario, en esta vista a *El Merendero*.

Resulta que el profesor Jirafales era cliente de *El Merendero de Saltillo* y cada que estaba en la ciudad aprovechaba para ir por su dotación de pan de pulque, el que seguramente compartía con doña Florinda. Y es que muchos de los clientes de *El Merendero* se han convertido en exportadores de su pan, pues se lo llevan para regalarlo a amigos y familiares.

Eleazar Valdés asegura que sus piezas de pan han llegado a Noruega, Francia y Brasil; a todos los estados de la República y a todos los municipios de Coahuila.

“En México tenemos un montón de cosas que nos identifican como mexicanos y mucha gente decide llevarse el pan de pulque de *El Merendero* como representativo”, dice.

Otra de las anécdotas que se han vivido en este negocio, es que hace muchos años llegó al lugar un pequeño niño a pedir trabajo. Vivía en una pequeña privada sobre la Calzada Madero, allá por la década de los 20 del siglo pasado, y como todo buen primerizo, fue aceptado para hacerse cargo del trabajo más humilde, el primero que debe tener quien quiera trabajar en *El Merendero*, el de limpiar las charolas y quitar el cochambre.

Resulta que este niño se convertiría años después en el gobernador de Coahuila, pues se trataba nada más y nada menos que de Óscar Flores Tapia, que gobernó el estado de 1975 a 1981.

“Platicaba que, cuando era niño, venía de un seno familiar humilde en el que todos tenían que trabajar para la manutención de la casa, y él venía al *Merendero* a trabajar”, relata Eleazar.

Pero en alguna ocasión, el exgobernador contó que cuando trabajaba en *El Merendero* aprovechaba cada oportunidad que tenía y se embolsaba una empanada de piloncillo, unas se las comía, y otras se los llevaba a su familia.

“Vino muchas veces con sus comitivas, como una forma de demostrar su cuna, su barrio... y de pagar las empanadas que se había comido cincuenta años antes”, ríe Eleazar.

Pero sin duda alguna la historia más conocida sobre *El Merendero* la protagoniza el expresidente de la República

Benito Juárez, el Benemérito de las Américas, que sucedió casi a la par de la apertura del negocio.

En 1864 el entonces presidente de la República, Benito Juárez, llegó a Saltillo, y estuvo en la ciudad por cerca de un mes, viviendo en la calle que ahora lleva su nombre, a un costado de Catedral, en el lugar que ahora se conoce como Recinto de Juárez.

El Benemérito de las Américas caminaba diariamente, durante su estancia, desde su recinto hasta el antiguo *Merendero de Saltillo*, ubicado en la Huerta Los Pilares, para merendar junto con su gente más cercana y su familia.

Por las calles de Saltillo fue común durante casi un mes ver pasar al presidente de la República y a su esposa Margarita Maza, que iban a degustar un rico platillo, y seguramente un buen pan de pulque como postre, al negocio de doña Chonita Quiterio.

Siempre ha sido un negocio familiar

Varias personas han sido responsables de que *El Merendero* se mantenga hasta ahora, como doña Chonita Quiterio, doña Sarita, don Leonardo García y su esposa María Pascuala, y ahora doña María del Carmen García.

La etapa del *Merendero de Saltillo* como restaurante fue muy importante en la historia de la ciudad, pues se llegó a convertir, allá por los 60, en el restaurante más famoso de Saltillo.

Era tan famoso *El Merendero* que muchas parejas se pidieron matrimonio en este lugar e inclusive organizaron su boda en alguno de los salones.

“Mucha gente venía a comer, a bailar, se enamoró e incluso se pidieron matrimonio en *El Merendero*. Estas personas regresan ya viudos y es tanta la nostalgia que derraman lágrimas, pero aseguran que es bonito regresar al lugar donde pasó algo tan importante en sus vidas”, relata Eleazar.

Hace algunos años, la competencia restaurantera en la ciudad, aunado a que la mayoría de los clientes habían fallecido o se habían mudado, hicieron que la familia tomara la decisión de quitar el servicio de comidas, y permanecer solamente como panadería de pulque.

“El pan de pulque siempre ha sido un negocio bien bendecido”, asegura Eleazar. El proceso para producir el delicioso pan de pulque empieza desde las comunidades rurales de donde se extrae el aguamiel de los magueyes.

El tlaquichero (persona que extrae el aguamiel del maguey), cruza varios cerros caminando y tras tomar carretera llega hasta *El Merendero* a vender su producto.

Luego aquí la familia Valdés García crea el pulque, la bebida de los dioses aztecas, tras fermentar el aguamiel.

Todos los días, alrededor de las cuatro de la tarde, los panaderos de *El Merendero* comienzan a mezclar sus ingredientes: harina, azúcar, pulque, piloncillo. Este paso se prolonga por unas seis horas, hasta las diez de la noche. Luego, durante toda la noche, se deja fermentar la mezcla, porque se permite que el pulque fermente por sí solo, sin utilizar levaduras.

Alrededor de las siete de la mañana del otro día, se encienden los hornos para comenzar con la cocción del pan, que dura alrededor de treinta y cinco minutos, y se mete

en varias tandas. Para las once de la mañana el pan ya está listo y empacado.

Desde las deliciosas empanadas rellenas de piloncillo con nuez, la chorreada, la semita de huevo y el mollete, están listos para ser degustados. Lo que hace especial al pan de *El Merendero* es que se fabrica y se vende diariamente, nunca se queda una pieza de un día anterior, y eso en gran medida se debe a los clientes. Además, el pan del *Merendero* solo se vende en *El Merendero*, evitando con esto que, al repartirlo en algunos otros negocios, esté exhibido por muchos días.

Y es que “a quién le dan pan que llore” y como “las penas con pan son buenas”, no está de más seguir la recomendación del expresidente Benito Juárez, del profesor Jirafales y de don Óscar Flores Tapia, e ir hasta *El Merendero de Saltillo*, allá frente al panteón Santiago, a comprar empanadas rellenas de piloncillo con nuez o una chorreada, y acompañarla de un buen café negro. ¡Provecho!

27. PANCHO VILLA EN SALTILLO

Francisco Tobías Hernández



El 21 de mayo de 1914, Saltillo estuvo de fiesta, pues el general Francisco Villa llegó a la ciudad a las siete y media de la tarde, seguido de sus Dorados, venía de tomar Paredón. Ese día, el general Villa dio un discurso improvisado en el Hotel Coahuila, que estaba ubicado en lo que hoy es la calle de Allende, entre Juárez y Victoria. Esa noche hablaron Villa, Roque González y Raúl Madero.

El día 22, Pancho Villa repartió dinero, como era costumbre después de ganar una batalla o tomar una ciudad. Hubo fotos con los generales para dejar testimonio del triunfo.

Villa se enteró de que había soldados federales en Saltillo, contactó a don Venustiano Carranza, quien dio la orden de fusilar a los prisioneros y dar ese mismo trato a cualquier federal que fuese capturado.

Dicen que, por esos días, antes de que Villa llegara a Saltillo, en la ciudad se presentaba un circo, al cual se le escapó su león; comentan que los federales lo capturaron y lo encerraron en la cárcel, donde estuvo por tres días. Luego dicen que el león desapareció, y no faltaron lenguas exageradas que afirmaban que el pobre león había sido cenado por los villistas.

Aquí en Saltillo se reunieron dos ejércitos, el de Villa y el de Pablo González, la división del Norte y la del Noreste. Aquí, los dos generales discutieron, la querrela comenzó por un reclamo de Pancho sobre Pablo, ya que este no le había ayudado en las tomas de Torreón, San Pedro y Paredón. Cuentan que a punto estuvieron de sacar sus pistolas, si no fuera por la intervención de Antonio Villarreal, quien calmó los ánimos.

Esa noche, más calmados, los generales cenaron juntos y se pusieron de acuerdo para decidir hacia dónde partiría cada uno de los ejércitos. Nunca hubo amistad nuevamente entre ellos.

El general Francisco Coss dijo: “A Villa y a mí nos gustaba bailar mucho y no lo hacíamos tan mal, pues en Saltillo nos abrían salas y todas las muchachas andaban atrás de los Panchos.” Se organizó un baile para festejar el triunfo, ahí donde está la Benemérita Escuela Normal del Estado, testigos dicen que la pista de baile se vaciaba para ver bailar a los dos generales, cuentan que parecía competencia de a ver quién bailaba más y mejor entre los dos Franciscos.

Aquí en Saltillo no solo estuvo Villa, no solo bailó en la Normal, también las malas lenguas dicen que mi general Francisco Villa, aquí en Saltillo se cenó a un león.

28. EL GENERAL FRANCISCO COSS



Francisco Tobías Hernández

En esta ocasión te platico sobre un personaje montado a caballo lazando un cañón y que engalana el inicio —o el final según se vea—, de un bulevar que lleva su nombre aquí en Saltillo. El General Francisco Coss, nacido en Ramos Arizpe el 15 de agosto de 1880, fue un hombre de cuna humilde, por ello desde muy joven trabajó en el campo y en las minas.

Inició su actuación en la política cuando se adhirió al Partido Liberal Mexicano de los hermanos Flores Magón, participando en el primer movimiento armado anterior a la Revolución: el levantamiento en Las Vacas, hoy Ciudad Acuña, allá por el año de 1906 contra el dictador Porfirio Díaz. Para 1910 formaba parte de las fuerzas maderistas, con las cuales luchó hasta el asesinato del Apóstol de la Democracia mexicana.

Cuando de manera cobarde asesinan a don Francisco I. Madero, Coss se une al movimiento constituciona- lista encabezado por el entonces Gobernador de Coahuila, Venustiano Carranza, a quien el usurpador Victoriano Huerta había mandado arrestar por haber desconocido su

gobierno ilegítimo. En ese momento, un grupo de hombres valientes a cargo de Francisco Coss le cuidaron las espaldas, y ahí, en la Plaza de Armas de Saltillo, se libró una batalla contra los federales huertistas.

El día de la batalla, los federales tenían asolados a los carrancistas, ya que contaban con un cañón —otros dicen que era una ametralladora— que les daba ventaja. Bajo el sol abrasador que brillaba en lo alto, se ve cómo un jinete, poniendo en riesgo su vida, sale de entre las fuerzas constitucionalistas con un lazo en la mano para acercarse lo más posible a las filas enemigas, logrando de manera magistral sujetar la pieza artillera que tantos problemas ocasionaba a los defensores de la legalidad. Ese día, la gloria coronó a Francisco Coss. Ese día, la historia le abrió las puertas para formar parte de ella.

Francisco Coss no solo fue un hombre valiente: fue un forjador de carácter, un hombre que después de haber sido gobernador en dos ocasiones del estado de Puebla, siendo general y héroe nacional, vendió chorizo y barbacoa para subsistir. Más allá de eso, fue un hombre honesto y de generosidad magnánima. Un hombre que nunca olvidó quién le echó la mano y jamás se guardó la suya para extenderse a quien lo necesitaba.

El bulevar Francisco Coss lleva su nombre no solo porque sí ni por casualidad. Su mérito y aportación están en las páginas de la historia de Saltillo, de Coahuila y de México. Un hombre que vale la pena considerar como ejemplo de honestidad, trabajo, lealtad y generosidad, pero, sobre todo, un patriota que vale la pena presumir.

29. LA GRIPE ESPAÑOLA DE 1918

Francisco Tobías Hernández



En esta ocasión te platico de una enfermedad que azotó a Saltillo hace más de un siglo y que se llevó la vida de mil noventa y dos saltillenses. Me refiero a la influenza española.

Varios hechos dolorosos sucedieron como el caso que le tocó presenciar al oficial de la policía, Florencio Cardona, el 12 de octubre de 1918, quien tuvo que notificar a su superiores sobre un difunto por causa de la influenza, que se encontraba frente al mercado Colón, por la calle de Xicoténcatl. De manera inmediata, el personal de salubridad encabezado por el Dr. Casillas se trasladó al lugar de los hechos, donde dieron fe de que, en el zaguán de una vivienda, se encontraba el cadáver de un hombre desconocido, el cual tenía alrededor de treinta años, que portaba un sombrero negro con toquilla blanca. El pelo del difunto era de color negro, al igual que sus ojos, de bigote escaso, su piel de color morena y de boca chica. Entre sus bolsillos le fue encontrada la cantidad de un peso y tres centavos. A este cadáver no identificado, se le fotografió y de manera inmediata se mandó enterrar, sin investigación

alguna, ya que era evidente que la muerte había sido causada por la influenza.

Tres días después, el 15 de octubre a las cinco de la tarde, se apersonó en la comisaría la señora Isabel Alarcón, quien notificó que se había convertido en la viuda de Ortégón, ya que hace varios días esa enfermedad tan rara, llegada de tan lejos, había cegado la vida de su querido esposo, quien tenía por oficio la carpintería, pero no era todo, se armó un batiburrillo por la herramienta del carpintero entre la viuda o supuesta viuda y un cliente, puesto que este último no reconocía a la señora Isabel como esposa del fallecido.

Solo un día después, cuando al reloj le faltaban quince minutos para marcar las siete de la tarde, ante el oficial de policía que estaba de guardia llegó el niño Juan Leija, quien contaba con tal solo doce años, y quien vivía en la calle de Castelar número trece, manifestando con lágrimas en sus ojos que su querida madre quien, por nombre, en vida llevaba Virginia García, había sido “atacada” por la influenza cuatro días antes y por la mañana había perdido la vida. El jovenzuelo solo contaba con una hermana, quien se encontraba en el rancho “Los Cerritos”, en aquel entonces muy lejos de Saltillo.

Ya para el 26 de ese mes la ciudad era un caos. La economía se había paralizado, no había rincón de Saltillo donde no hubiera algún enfermo, como lo fue en la estación del ferrocarril ubicada en el cruce de lo que hoy es el Bulevar Coss y la calle de Acuña, donde se encontraba la señora Soledad Narváez, quien fue trasladada por la autoridad al hospital, pero, desafortunadamente, al llegar al nosocomio la señora falleció.

Para el día 27 de octubre, cuando aún no llegábamos al famoso “pico” de esa pandemia, los casos desgarradores seguían abrumando a los Saltillenses, como lo fue el vivido por el gendarme número ochenta, quien llegó a la comisaría con la niña Natividad Juárez —de siete años— entre sus brazos. Ella, vestida con andrajos, pues era una niña de la calle, quien aseguró ser procedente de San Luis Potosí, afirmando que su madre había perdido la batalla contra la influenza española unos días antes. El gendarme, quien se llamaba Joaquín Padilla, saltillense de enorme corazón, solicitó autorización a sus superiores para que la niña se quedara con su esposa. Los superiores accedieron, no sin antes señalar ciertas condiciones, como el que le dieran buen trato, educación y que en caso de que se presentara alguien para ejercer la patria potestad sobre la niña, aceptaran entregarla.

Y, por si fuera poco, el día 28 de octubre de 1918 se reportaron noventa muertes por la influenza española.

Estas son historias desgarradoras que vivieron muchos saltillenses hace más de cien años, ante una pandemia que abrumó y causó grandes estragos.

30. FÉLIX U. GÓMEZ

Francisco Tobías Hernández



En esta ocasión te platico sobre un oriundo de la Congregación Gómez Farías de nuestra hermosa ciudad de Saltillo, el cual, siendo niño, por razones imprecisas, se trasladó a Concepción del Oro. Ahí estudió y después se hizo minero hasta el año de 1910, cuando se sumó a las fuerzas maderistas para derrocar al dictador Porfirio Díaz, me refiero al general Félix Uresti Gómez, el héroe del Carrizal.

Nació el 1 de julio de 1887, y para 1913 participó junto a don Venustiano Carranza en la campaña contra el usurpador Victoriano Huerta, en la que obtuvo el grado de General, por sus servicios a la revolución.

Asistió a la Soberana Convención Revolucionaria de Aguascalientes, donde se eligió al general Eulalio Gutiérrez Ortiz como presidente de la Nación. A pesar de las divisiones entre los revolucionarios, Félix siempre fue leal a Carranza y a los ideales del Plan de Guadalupe, firmados en la hacienda de Guadalupe, en Ramos Arizpe.

En 1916 fue comisionado por el mismo Carranza para defender el suelo nacional cuando las fuerzas norteamericanas, que venían encabezadas por del general John Per-

shing ingresaron al territorio de la república, en busca del Centauro del Norte, el general Francisco Villa.

La tarea principal del general Saltillense era evitar el paso de los norteamericanos y mantenerlos a raya, ya que se les había fijado un límite geográfico en el cual podían ingresar para la búsqueda de Francisco Villa por su incursión a Columbus, Nuevo México.

Al percatarse de que las fuerzas norteamericanas avanzaron más de lo permitido, en la comunidad de El Carrizal, en el estado de Chihuahua, Félix U. Gómez les solicitó a los capitanes norteamericanos Boyd y Morey que no avanzaran más sobre el territorio nacional, a lo cual el mando norteamericano se negó y Boyd sentenció “que para morir eran los hombres”, a lo que contestó el general Saltillense con valor y sin temor alguno, “los soldados mexicanos sabemos morir y si quieren pasar, inténtelo”.

La Batalla del Carrizal había comenzado, tres horas duró la refriega en la que el extranjero fue vencido, pero durante el encontronazo Félix U. Gómez fue herido, perdiendo la vida por la patria. Las bajas estadounidenses fueron de cincuenta soldados muertos, veintisiete prisioneros, además de que se capturaron veintidós caballos y numerosas municiones. México perdió veintisiete patriotas y dejó treinta y nueve heridos.

El general Félix U. Gómez combatió a quien, con sus plantas, osó pisar tierra Nacional y pasó a la historia como el “Héroe del Carrizal”, un héroe nacional, un Saltillense más que tenemos y que vale pena presumir.

31. FÁBRICA “EL SARAPE DE SALTILLO”

José Torres Anguiano



Contra viento y marea, la familia Mendoza Oyarzabal mantiene viva esta tradición que tanto significa para Saltillo.

Luego de que terminara la Primera Guerra Mundial, en noviembre de 1918, el señor José Sánchez Muslera y su familia, todos inmigrantes españoles, se preparaban para regresar a España y anunciaron que cerrarían la fábrica de Sarapes de la que eran dueños, ubicada en la calle Victoria, casi esquina con Mina.

Pero, antes de dejar Saltillo, le propuso al señor Pedro Oyarzábal y a su esposa Dolores González de Oyarzábal, quienes vivían enfrente, venderles la fábrica de Sarapes para no cerrarla y dejar sin trabajo a más de cuarenta personas.

Don Pedro Oyarzábal, español oriundo de la región vasca, era en ese entonces el representante autorizado de la Casa Wagner en la zona noreste de México, una empresa que vendía instrumentos musicales. Por lo tanto, le era difícil aceptar la propuesta del señor Sánchez Muslera.

Sin embargo, platicándolo con su esposa, la señora Dolores González, nacida en Ciudad Victoria, Tamaulipas, aceptaron el negocio que les proponía José Sánchez. Pedro seguiría con las ventas de la Casa Wagner y Lolita se quedaría al frente de la administración del negocio de sarapes, rescatando la fuente de empleo de cuarenta familias de Saltillo.

Pedro y Lolita decidieron bautizar su nuevo negocio como “Sarape Factory El Charro”, permaneciendo en la calle Victoria. Instalaron los telares de madera de encino, que hasta la fecha se utilizan, y comenzaron a trabajar en todo el proceso: compraban la lana en greña, la hacían hilo, luego venía el encanillado y la pintada.

Antes de irse a España, el señor Muslera se encargó de que don Pedro y doña Dolores aprendieran el arte de teñir la lana, pues en aquel tiempo solo una persona de cada taller sabía hacerlo, y era lo que daba un toque característico a cada sarape.

Pasando el tiempo, llegó al taller *El Charro* un niño de once años a pedir trabajo, venía desde General Cepeda, pero don Pedro se negó a contratarlo por su corta edad; sin embargo, fue tanta su insistencia conforme pasaba el tiempo, que cuando cumplió los trece aceptaron que se integrara al equipo, para que a la postre se convirtiera en uno de los mejores maestros tejedores de Saltillo.

Su nombre era Espiridión Zendejo Reyes, aunque fue bautizado por don Pedro como “Josesito” y tiempo después hizo los trámites necesarios para que legalmente su nombre fuera José Espiridión.

Aprendió a entintar, y lo hacía volteado hacia la pared para que nadie lo viera, porque era un secreto y fue el único obrero de El Charro que aprendió ese arte.

Trabajó en la fábrica por setenta años, hasta que cumplió ochenta y tres de edad. Era todo un artista, pues podía hacer absolutamente toda clase de dibujos, por más elaborado que estuvieran.

Don Pedro y doña Lolita procrearon cuatro hijos: Ana María, Francisco, Angélica y Pedro, quienes tuvieron que aprender también todo lo relacionado con el sarape.

La más entusiasta fue Ana María, quien, a la edad de nueve años, se inscribió a la escuela de pintura del Ateneo Fuente a cargo del maestro zacatecano por nacimiento, pero saltillense por adopción, Rubén Herrera, en donde, en conjunto, desarrollaron una contribución al símbolo saltillense: las sombras o sombreado, una característica del sarape de Saltillo que consiste en entrelazar ocho tonos de un mismo color, brindando la sensación de difuminado y reflejando la brillantez de los amaneceres y atardeceres de Saltillo.

En 1930, tras haber participado en la Feria Iberoamericana de Sevilla con la presentación de cinco sarapes, la fábrica *El Charro* obtuvo el Gran Premio, consistente en un diploma y una medalla de oro, con un sarape en el que se entretejen los escudos de España y México con un saludo de manos.

En 1937 falleció don Pedro Oyarzabal, dejando a su esposa e hijos con la encomienda de seguir adelante con la fábrica de sarapes. Fue doña Dolores y su hija Ana María Oyarzabal quienes siguieron al frente del negocio hasta 1946.

Ana María Oyarzabal se casó con Guillermo Mendoza Heredia, de Guanajuato, y procrearon siete hijos: Ana María, José Guillermo Pío, María Luisa, Joaquín María, Jesús María, Pablo Esteban y Juan Ignacio.

En 1946, doña Lolita decidió mudarse a la Ciudad de México para acompañar a su hijo Pedro mientras estudiaba Ingeniería en Electrónica en aquel lugar, rentando la fábrica a su yerno Guillermo.

Para 1960, Guillermo y Ana María compraron a su suegra la fábrica y tienda de sarapes, cambiando entonces su denominación por “El Sarape de Saltillo”.

Durante cuarenta y seis años (de 1946 a 1993) Guillermo y Ana María guiaron la fábrica, enfrentando todas las crisis económicas que vivió el país, pero manteniendo la tradición sarapera, con la que daban trabajo a alrededor de cincuenta y seis personas.

Ana María Mendoza Oyarzábal, hija de Guillermo y Ana María Oyarzabal, contó en una entrevista en el año 2018, que la tienda para ella es una pasión, y se siente comprometida a preservar la tradición y el símbolo que representa el sarape.

“Yo, desde que tengo uso de razón, he estado en la tienda, a mí me gustaba más estar en la tienda que jugando en el patio, a mí me gustaba hacer la tarea en la tienda, todo hacía en la tienda”, relata.

De entre los empleados de entonces recuerda a Mariquita Valdez, a Toña Medrano, Rosendo García y Cipriano, quienes festejaban el cumpleaños de su padre Guillermo cada 25 de junio desayunando con la familia.

La mejor época de venta de sarapes fue entre los años 60 y 70, incluso don Guillermo y su hija María Luisa abrie-

ron dos sucursales que llamaron “Los Telares”, ubicadas también en la calle Victoria.

Para los años 80 y 90 las nuevas crisis económicas por poco acaban con los sarapes de Saltillo, pues hicieron que cerraran casi todas las fábricas de sarapes, excepto la de don Guillermo, que hasta la fecha se mantiene en pie.

Para 1983, la fábrica se cambió al lugar en donde permanece hasta la actualidad, la calle Hidalgo, casi esquina con Ramos Arizpe.

Cuando don Guillermo falleció en 1993, su esposa Anita, su hija Ana María Mendoza, e incluso su nieta Ana María González Mendoza se quedaron al frente del negocio, hasta el 2006. También contaron con el apoyo de Gerardo Mendoza Garza.

Doña Anita Oyarzábal falleció en 2006, dejando a cargo de su hija Ana María la fábrica de Sarapes, en donde se mantuvo hasta el 2013.

Sin embargo, en el 2010 se enfrentó una dura crisis, las ventas se desplomaron debido a los problemas de inseguridad que enfrentaba el país y Coahuila, por lo que la fábrica estuvo a punto de cerrar. Para evitar lo anterior, se tuvo que hacer un recorte de personal. No había otra forma de continuar manteniendo la tradición.

En 2013 tomó las riendas de la fábrica Pablo Esteban Mendoza Oyarzábal, hijo de doña Anita y don Guillermo.

En 2018, la *Fábrica El Sarape de Saltillo* contaba con dos maestros tejedores de sarapes de lana, Héctor Tama-yo Sánchez y David López, quien es egresado de la Escuela del Sarape.

Pablo Esteban Mendoza Oyarzábal, uno de los herederos de la tradición, hijo de don Guillermo y doña Ana

María, recordaba en el año 2018 que en esta fábrica han sido muchísimas las personas que han encargado un sarape, y recuerda por ejemplo el caso de los artistas extranjeros Elizabeth Taylor, Richard Burton, John Wayne, John Crawford, los mexicanos como Cantinflas, Pepe Aguilar, María de Lourdes y Amalia Hernández y su ballet.

Doña Lolita Gonzalez de Oyarzabal entregó en el Vaticano un sarape tejido a su santidad el Papa Pío XII. A los demás Papas también se les ha entregado, incluso el tejedor José Espiridión le entregó al Papa Juan Pablo II en Monterrey, un sarape tejido por él.

También distintos presidentes de México, desde el año 1940, con Manuel Ávila Camacho hasta Felipe Calderón recibieron su símbolo saltillense; lo mismo los gobernadores de Coahuila, incluso, según una anécdota, el gobernador Nazario Ortiz Garza, fue personalmente a la tienda para pedirles que ya no aceptaran hacer sarapes con su cara, pues cada persona que lo visitaba le llevaba uno y ya no sabía qué hacer con tantos.

Hubo, incluso, presidentes y embajadores de varios países que ordenaron un sarape en la fábrica de El Sarape.

“El sarape de Saltillo es un ícono y símbolo de Coahuila y de México, que la familia Mendonza Oyarzábal ha sabido preservar”, dijo Pablo Esteban Mendoza Oyarzabal.

“El sarape de Saltillo en el siglo XX”

El Sarape de Saltillo durante el siglo XX conservó su técnica y diseño tradicional. Formó su propio estilo al consolidar los colores según a las tendencias que iban marcando la moda del vestido y de los textiles.

1. Diamante central

La figura que se presenta en el centro del Sarape de Saltillo es un Diamante, el cual se compone de una filigrana policroma, donde el artista desarrolla su creatividad y refleja todo tipo de figuras geométricas. Dada la gran variedad de líneas que se pueden desarrollar en la urdimbre del Sarape, no se encontrará un diamante igual. Esto hace que cada Sarape creado por el artesano sea único y original.

Diamante es sinónimo de brillante. De la palabra diamante, se desprenden analogías como belleza, fulgor, deslumbrante, y quien posee un diamante, denota clase y poder.

Matizado de los colores: Consiste en plasmar de cuatro a ocho tonos diferentes de un mismo color en la madeja, con el objeto de obtener policromía en espacios reducidos de tejido, ya sea en el diamante o en las flores que se tejen en la cenefa.

2. Cenefa

Generalmente, es una banda tejida en amarillo para dar brillo al Sarape. Delimita de cuatro a ocho partes el Sarape, siendo esta separación lo que permite al artista crear nuevos planos y a uno de ellos se conoce como sombra o sombreado.

La cenefa se adorna con tres de las flores más bellas que se conocen en esta región; la rosa, el clavel y la flor del desierto. Estas tres flores son el símbolo del amor, la pasión y la perseverancia.

3. Sombras o sombreado

Muchas personas e historiadores confunden las sombras del Sarape de Saltillo con los colores del arcoíris. En realidad, son las tonalidades de los amaneceres y atardeceres del desierto de Saltillo.

“Cuando apreciaba las tardes de lluvia y las noches con el cielo límpido y despejado. O cuando emergía o desaparecía el sol en el horizonte, observaba que surgía una brillantez única en el cielo y en la tierra; las tonalidades se manifestaban pasando del negro al morado, al rojo, al dorado, al amarillo, del celeste al azul rey y de nuevo al negro, simplemente pasaban del verde oscuro al verde claro, al amarillo, al naranja, al rojo y de nuevo al negro”.

Esto se lo comentó Ana María Oyarzábal a su Maestro, el Pintor Rubén Herrera, y entre ambos encontraron que ocho tonos entrelazados de un mismo color darían el difuminado, y así lo llevó a cabo en el taller familiar. Estas sombras se plasman en el Sarape de lana de Saltillo.

Y así se tejió el Sarape Clásico de Saltillo del Siglo XX.

4. Pabellón o bandera

Es un pequeño tejido al inicio y al final de los Sarapes, así como al inicio y al final de cada cenefa, que contiene los colores de la Bandera Mexicana (verde, blanco y rojo); simbolizando la identidad mexicana del Sarape. Así, los turistas al llevarlo al extranjero se llevan un pedacito de México.

5. Lana

El Sarape de Saltillo debe de ser de lana, para que sea un original.

Los sucesos que han marcado el primer siglo de “El Sarape de Saltillo”

- En noviembre de 1918 la familia del Sr. José Sánchez Muslera le vende su fábrica de sarapes al Sr. Pedro Oyarzábal, y a su esposa, la Sra. Dolores González de Oyarzábal, quienes la bautizaron como Sarape Factory “El Charro”.
- En 1921 Ana María Oyarzábal González (Anita), a la edad de nueve años, entra a estudiar a la escuela de pintura, cuya dirección estaba a cargo el excelente pintor Zacatecano y Saltillense por adopción, el Maestro Rubén Herrera. Entre ambos realizaron una contribución al Sarape de Saltillo al plasmar en él lo que se conoce como las Sombras o Sombreado. Esta característica del Sarape de Saltillo consiste en entrelazar ocho tonos de un mismo color que brinda la sensación que se va difuminando y logra reflejar la brillantez de los amaneceres y atardeceres del desierto de Saltillo.
- En 1929, la escuela de pintura de Saltillo recibe la invitación de la Feria Iberoamericana de Sevilla para participar con pinturas de destacados artistas saltillenses. La Feria de Sevilla también presentó convocatoria para otras ramas artesanales y la Sra. Dolores decide participar con la presentación de cinco Sarapes. Para beneplácito de la ciudad de Saltillo y de la familia Oyarzábal González, uno de estos Sarapes recibe el Gran Premio de la Feria Iberoamericana de Sevilla y, posteriormente, les enviaron el Diploma y la Medalla de Oro en 1930. En la fábrica se expone el

Diploma del Gran Premio y la fotografía del Sarape ganador. En el Sarape se tejieron los escudos de España y México entrelazados con un saludo de manos. La Medalla de Oro nunca fue entregada, pues se perdió en el correo.

- Don Pedro Oyarzábal fallece en el mes de mayo de 1937. Doña Lolita queda viuda a la edad de cuarenta y un años. A partir de entonces, doña Dolores González y su hija, Ana María Oyarzábal, dirigieron y administraron la fábrica y la tienda de sarapes “El Charro” de 1918 a 1946 (veintinueve años). Durante estas fechas les tocó vivir el fin de la Primera Guerra Mundial y la Segunda Guerra Mundial.
- En 1943, Ana María Oyarzábal González se casa con el Sr. Guillermo Mendoza Heredia (originario de Jerécuaro, Gto.) y procrean siete hijos: Ana María, José Guillermo Pío, María Luisa, Joaquín María, Jesús María, Pablo Esteban y Juan Ignacio. Todos, en alguna etapa de su vida de adolescentes y jóvenes, conocieron el manejo y la creación de los sarapes.
- En 1946, la Sra. Lolita decide irse a vivir a la Ciudad de México y acompañar a su hijo Pedro a terminar sus estudios profesionales de Ingeniería en Electrónica, y deja a cargo del negocio a su yerno el Sr. Guillermo Mendoza Heredia.
- En 1960 doña Lolita les vende a don Guillermo y a su hija Ana María, la fábrica y tienda de Sarapes. A partir de aquí cambia la razón social de “El Charro” por el de “El Sarape de Saltillo”.
- De 1946 a 1993 (cuarenta y seis años) don Guillermo Mendoza y doña Anita, enfrentan las sucesivas crisis

económicas del país y mantienen la tradición de cuidar el nombre de “El Sarape de Saltillo” en el Mundo. Aun así, durante su administración llegaron a dar trabajo a cincuenta y seis familias. En esa época, se tejen Sarapes para muchas personalidades, entre ellos, a partir del Papa Pío XI hasta el Papa Francisco.

- Doña Lolita le entregó personalmente, en el Vaticano, el sarape que se le tejió a su Santidad Pío XII. Asimismo, en 1979, el tejedor José Espiridión Zendejo —quien obtuvo la presea saltillo por sus tejidos artísticos, elaborados en sarape de lana—, le entrega también, personalmente, en el Puente del Papa de la ciudad de Monterrey, el sarape que tejió, a su Santidad San Juan Pablo II.
- Se tejieron Sarapes de lana de Saltillo para distintos presidentes de México; desde el año 1940, a partir del Lic. Manuel Ávila Camacho hasta el Lic. Felipe Calderón, así como a los Gobernadores de Coahuila hasta el Lic. Enrique Martínez y Martínez; a Mandatarios y Embajadores de varios continentes; a muchos artistas de Hollywood, quienes personalmente estuvieron en la Fábrica. También a toreros, artistas, actores y celebridades americanas, mexicanas y europeas.
- A fines de los años 60 y durante los años 70 hubo un auge en la producción de Sarapes en Saltillo.
- Don Guillermo Mendoza y su hija María Luisa Mendoza Oyarzábal, abrieron otras dos tiendas durante la década de los 70, “Los Telares”, que estuvieron también ubicadas en la calle de Victoria.
- Sin embargo, de nuevo, las crisis económicas que se presentaron en el país en los años 80 y 90 llevaron a

que poco a poco se fueran cerrando las demás fábricas de sarapes de lana. Actualmente, “El Sarape de Saltillo” es el único Taller-Fábrica que se mantiene abierto del siglo XVIII a la fecha (y mantiene los conocimientos de los talleres antiguos que fabricaban el proceso completo de los sarapes de lana).

- Una nueva generación de la familia Mendoza Oyarzábal se hace cargo del negocio al fallecer don Guillermo, en el año de 1993. Junto con doña Anita, Ana María Mendoza Oyarzábal administró la Fábrica hasta el año 2006. En el año 2006 fallece doña Anita.
- En el 2010, las ventas se desplomaron un 80% debido a los problemas de seguridad que enfrentó el país y el Estado de Coahuila, y estuvo a punto de cerrar la fábrica. Se tuvo que despedir tejedores para mantener la fábrica abierta.
- Ana María Mendoza Oyarzábal estuvo al frente desde el año 1994 al 2013 (20 años). Ella mantuvo durante estos años el legado de la familia, y cuidó que perdurara el sarape de lana.
- Al haberse caído drásticamente el turismo internacional en Saltillo y en el noreste de México, la fábrica taller estuvo de nuevo por cerrar sus puertas en el 2013.
- De marzo de 2013 a la fecha, Pablo Esteban Mendoza Oyarzábal, se encuentra al frente del negocio familiar con el reto de mantener el legado de la familia, acrecentar la producción de los sarapes de lana, capacitar nuevos maestros tejedores y mantener vivo el símbolo de Saltillo.

32. EL ATENTADO A LÓPEZ MATEOS

Francisco J. De La Peña Dávila



En sus memorias publicadas en la serie de libros biográficos *Nuestra gente*, el periodista Francisco J. De La Peña Dávila contaba uno de los sucesos importantes que le tocó vivir y, por supuesto, reportear; fue un atentado que sufrió en Saltillo el presidente Adolfo López Mateos. Resulta que en 1958 se había iniciado en México un movimiento ferrocarrilero. Para 1959, Demetrio Vallejo, que encabezaba el movimiento, tenía paralizado el sistema ferroviario con todos los problemas que eso acarrea. Se decía que Vallejo era comunista y tenía intenciones de desquiciar al país. El caso es que había un enfrentamiento serio con el gobierno federal.

“El Lic. López Mateos, que era el presidente de la República, vino a Coahuila para presidir la ceremonia del 26 de marzo —aniversario de la promulgación del Plan de Guadalupe—; ese día salió del Hotel Arizpe, donde se había hospedado, para dirigirse a la ceremonia del Plan de Guadalupe a bordo del autobús presidencial. Lo acompañaba el general Raúl Madero, gobernador del estado, y otros miembros de su comitiva. Seguía al autobús presidencial

otro vehículo que transportaba a los periodistas locales y nacionales.

Al cruzar las vías férreas que estaban en el cruce de presidente Cárdenas y Emilio Carranza, salió intempestivamente una locomotora a gran velocidad que estuvo a punto de embestir al autobús presidencial. Se dijo que había la intención de atentar contra la vida del presidente. No se logró consumar el atentado: el autobús alcanzó a pasar unos segundos antes que la máquina. El chofer del segundo autobús, en el que íbamos los reporteros, se percató de que se acercaba la máquina y frenó a tiempo.

Afortunadamente, no sucedió ninguna desgracia y continuamos sin novedad el viaje hasta la ex Hacienda de Guadalupe. Allí nos enteramos de que en forma inmediata se giraron indicaciones de desactivar el movimiento de Demetrio Vallejo, quien se encontraba ese día en Ciudad Frontera. Se libraron órdenes de aprehensión en su contra; lo detuvieron ese día y duró varios años en la cárcel como preso político. El proceso se desarrolló en sus inicios en un juzgado de Monclova, y luego se radicó en la ciudad de México. Ese fue un acontecimiento que estuvo a punto de convertirse en tragedia”, recordó Francisco De La Peña.

33. OTILIO GONZÁLEZ

Juan José Casas García



Pocos poetas saltillenses son reconocidos nacional o internacionalmente, mayormente apocados por la sombra, un tanto macabra, que revistió la figura de Manuel Acuña, pero Saltillo cuenta con otro gran poeta, ensombrecido por las figuras de su tiempo y magnificado, como Acuña, por su trágica muerte: Otilio González Morales.

El poeta Otilio González nació en Saltillo el día 13 de diciembre de 1894. Todavía sobrevive, a duras penas, la casa donde nació, con bastantes desperfectos. Una placa colocada en 1998 reza: “Aquí nació en 1895 Otilio Gonzales, poeta representante del Modernismo en las letras coahuilenses. Fue el personaje central en la novela *La Sombra del Caudillo*, de Martín Luis Guzmán. Centro Histórico de Saltillo. Archivo Municipal de Saltillo. 1998”.

Lo cierto es que no se sabe mucho de la vida de González, más que estudió su educación primaria en el Colegio Acuña de Saltillo y que realizaría su bachillerato en el mítico Ateneo Fuente, además de sus estudios de abogacía en la Escuela Nacional de Jurisprudencia de la Universidad de México, y, por supuesto, de su paso por la política de la postrevolución mexicana, marcada, como se sabe, por traiciones y fusilamientos.

De su época, Otilio González escribiría un bello, pero fuerte poema, a manera de análisis del México sangriento, su México. *Toros en celo*, retrata una aparente escena de los animales en corral, que atesoran tomar a la vaca:

“En el fuego pesado de la hora / hay dos toros celosos, / ambos bravos y briosos, / que buscan en amores una vaca; / uno es cárdeno, joven, de codicia, / con robusta cabeza retadora; / entre todos los otros se destaca / por su crespo Morillo que el sol dora, / por la dura altivez con que acaricia / con su cola de seda silbadora / sus costados nerviosos y triunfales / y por ser sus dos cuernos dos puñales; / es el otro zaino, / de rizado testuz alto y sedoso; / caricato, ligero, poderoso, / apretado de carnes, largo, fino, / con dos astas de hierro en media luna, / de pezuñas pequeñas y con una / mancha blanca en la frente”.

¿No se trata esto, tal vez, de una clara analogía a la salvaje política mexicana que veía a dos toros ensangrentados (Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles) que guerreaaban por apoderarse de la vaca (México)? Sea como fuere y sean las diversas interpretaciones, el hecho es que estos dos personajes de la Revolución “que con hilos de espuma y cristales / en los rojos hocicos [...]” planearon el asesinato de Otilio González.

Otilio González, abogado y poeta, era un orador puro, habilidad que le llevaría la simpatía en la política nacional. Después de un exilio en Texas y Cuba, regresaría a México para participar en la campaña del general Francisco Serrano en contra de la reelección de Álvaro Obregón a la presidencia del país.

Por sus dotes en la retórica, sus contemporáneos le apodaron “Lengua de plata”. La pluma, el habla, son armas

esenciales en la política, al igual que los cañones. Vistos como enemigos y suficientemente peligrosos, Serrano y su grupo serían blanco de ataque del presidente Obregón y de Calles. El 3 de octubre de 1927, el candidato anti-releccionista Francisco Serrano y su grupo político se dirigían a Cuernavaca para celebrar el cumpleaños del mismo Serrano; serían apresados por las fuerzas federales y pasados al paredón de fusilamiento. A las órdenes del general Claudio Fox, el candidato y su grupo serían asesinados. Otilio González estaría entre ellos. Años más tarde, el historiador Vito Alessio Robles entrevistaría al general Fox y le preguntaría el temple de su coterráneo a la hora de la muerte: “Otilio González, soñador” contestó el general. Con su lengua de plata y sus dotes de poeta, llegaría a escribir “¡Oh muerte, no te huyo!” Como vaticinando su propio fin. Otilio tenía apenas treinta y dos años.

Este episodio ha pasado a ser descrito en la historia nacional como la matanza de Huitzilac. El acontecimiento se convertiría en un símbolo del Estado mexicano y pasaría a maquillarse por la historia oficial surgida del Partido Nacional Revolucionario. Bajo la historiografía, el fusilamiento de Huitzilac sería fabricado como un intento de rebelión por parte de Francisco Serrano, aunque este se hubiese vestido de civil. George Orwell lo mencionaba en su obra *1984*, quien controla el pasado, controla su presente. No obstante, varios escritores han retratado este episodio de la historia mexicana: la sátira de Jorge Ibarguen-goitia lo dibuja en sus *Relámpagos de agosto* y la maestría de Martín Luis Guzmán en su obra *La sombra del caudillo*, llevada al cine por el director Julio Bracho en 1960 y prohibido su estreno comercial durante treinta años.

Ahora bien, hace apenas un año, las letras vuelven a retomar la figura del poeta que, en escritores anteriores, había sido opacada por los grandes nombres de Obregón, Calles o Serrano. La novela *Lengua de plata*, publicada el año anterior de 2020 por la editorial Resistencia y escrita por el profesor de la Escuela de Artes Plásticas de la Universidad Autónoma de Coahuila, Alejandro Pérez Cervantes, narra la segunda parte de la Revolución mexicana, aquella “cuando la revolución se bajó de los caballos para subirse sobre los Cadillac” y la vida del poeta Otilio González. Es precisamente Alejandro Pérez Cervantes quien afirma que, después de una ardua investigación, el personaje central de la novela de Martín Luis Guzmán —a pesar de sus muchas similitudes— no es Otilio González, ya que ello se basó en un error realizado por una lectura superficial del escritor Federico Leonardo González Nájera y quien considera la personalidad de Axkaná como inspirada en Otilio.

Otilio González sería fusilado por el régimen a quien pretendía resistir y de este modo, no vería más las calles y las casas de su ciudad natal, descrita en su poema *Bardas de adobe* como: “Grisas tapias que guardáis las huertas; / bardas de adobe que escalé de niño; / paredes sin aliño / como viejas aldeanas, / de yedra modestísima cubiertas, / ¿dónde está la niñez? ¿Dónde los días? / en que iba con otros compañeros / a robar las manzanas [...]”. Lo cierto es que los temas de González descritos en sus poemas ilustran de lo erótico a lo bucólico, del amor a la ironía, analizando su entorno social e histórico.

El poeta de Saltillo apenas publicó dos modestos libros que, para los lectores, son de difícil acceso: *Incensario* de

1919 y *De mi rosal* editado en 1923. Su hermano Héctor González Morales, publicaría dos poemarios más tarde de forma póstuma, *Triángulo* editado en 1938 y *Luciérnagas. Estampas bíblicas* de 1947. Héctor González además publicaría en 1960 una reedición de sus poemas bajo el título de *Poemas escogidos*.

Actualmente, la casa donde nació el poeta Otilio González, deteriorada por el tiempo y prácticamente en ruinas, sufre de las bromas pesadas de la musa Clío. Se encuentra ubicada en calles dedicadas a los hombres que planearon su muerte: Manuel Pérez Treviño (que, si bien no fue un actor directo de ello, sí era fiel seguidor de Plutarco Elías Calles), muy cerca de la calle Álvaro Obregón. En ocasiones, la historia se burla del recuerdo y la memoria.

34. EL MÁRTIR DE HUITZILAC

Jesús de León Montalvo



Otilio González (1885-1927) vio prematuramente interrumpida su carrera literaria, no por culpa del mal de amores como Manuel Acuña, sino por esa otra tentación que ha seducido a los literarios; el demonio de la política. Se convirtió en el orador oficial de la campaña presidencial del general Francisco Serrano y, precisamente, andando como parte de su comitiva, fue una de las víctimas de la masacre de Huitzilac, Puebla, una de esas tragedias a través de las cuales Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles pretendieron alternarse en la silla presidencial. El hecho de haberse convertido en mártir de la Revolución triunfante ha oscurecido considerablemente el conocimiento y la valoración de su obra. ¿Qué escribió y publicó Otilio González? Aprovechamos esta circunstancia para asomarnos a su obra.

A Otilio González le ocurrió lo mismo que a Manuel Acuña. Ambos manejaron desde muy jóvenes de manera impecable los tópicos y la retórica de la poesía de su época, pero ninguno logró ir más allá. No hay una aportación personal que indique en un momento dado un avance o un nuevo giro a la estética dominante. Acaso no hubiese trascendido de no sufrir una muerte prematura y trágica.

Quizá no deba sorprendernos que tanto Acuña como Otilio sean más conocidos por sus muertes que sus obras. El caso del mártir de Huitzilac, releerlo actualmente deja una impresión más positiva que la relectura de los versos del frustrado amante de Rosario de la Peña. En Otilio González puede rescatarse esa parte de su poesía que alude de manera más directa a su solar nativo. Poemas como *Bardas de adobe*, *Las lavanderas*, *Hermanita*, *se justa* y *Tras las tardas carretas* dan una imagen de Saltillo de fines del siglo XIX y principios del XX que agregan a su valor literario el valor de testimonio histórico, ciertamente indirecto, pero no carente de interés.

De un extenso poema dedicado a su madre extraemos esta breve estampa del poeta Otilio González, quien rescata algunas costumbres y gustos típicamente saltillenses, así como una imagen de las relaciones madre-hijo acaso menos anacrónica de lo que pudiera aparentar. Madre solo hay una, pero imágenes del cariño maternal puede haber muchas como la que presenta este poeta mártir revolucionario.

*Y ahí mismo en la humilde cocina
tenderás tu mantel deshilado,
sacarás tu vajilla de China
y el juego de vasos con filo dorado;
y al estar junto a ti, mamacita,
aunque a veces soy grave y señor,
ya verás que la ausencia y la cuita
devuelven tu niño que busca tu amor.*

Pareciera que su obra, publicada en su mayoría póstumamente, no tuvo la misma resonancia que la de su contemporáneo —también prematuramente fallecido— Ramón López Velarde. Al revisar las antiguas ediciones de los versos de Otilio no podemos negar que contó con editores de buen gusto y una sensibilidad a la altura de las obras que imprimían. Solo por citar un caso, están las ediciones que hizo Miguel N. Lira de sus libros *Triángulo* (1938), *De mi rosal* (1948), *Luciérnagas (estampas bíblicas)* (1947). Este último volumen nos habla de que Otilio no fue un poeta que supiera narrar. Constituyen el libro prosas anodinas con un horroroso prólogo de Bernardo Ortiz de Montellano. Otilio se dedica a dar lecciones morales.

El diseño, el tipo de letras y el tipo de papel nos hablan de una época muy anterior a las computadoras en que la edición de libros de poesía podía realizarse casi como un trabajo artesanal, con el mismo cuidado, dedicación y atención a los detalles de buen gusto. No como ahora, que los libros parecen hacerse tan rápido, tienen una apariencia tan llamativa y, sin embargo, los textos como tales se reproducen con tanto descuido. Ay, Otilio, te salvaste de la modernidad.

Del poemario *Triangulo*, reproduzco un soneto: divertimento pícaro urdido en versos de tres sílabas.

La Enagua

Gozosa,
Riente,
La fuente

Rebosa.

*La moza,
Crujiente,
Tangente
La roza.*

*Y el agua,
Quebrantada,
Refleja*

*La enagua
Que alada
Se aleja.*

Otilio Gonzales participó junto con Federico Berrueta Ramón y Jesús Flores Aguirre en la antología *Once poetas de la Nueva Extremadura* (1927). La posteridad parece depender más de una muerte trágica y no de una obra sólida (y si no digo que esto es irónico, es para no escribir tres esdrújulas o cuatro).

35. AGUSTÍN JAIME

Francisco Tobías Hernández



En esta ocasión te platico sobre un personaje saltillense cuyo corrido es indiscutiblemente un distintivo de esta bella ciudad de Saltillo, me refiero a Agustín Jaime, de quien dice el corrido que bajaba a caballo por calle de Bravo a ver a su novia.

Agustín Jaime se desempeñaba como cobrador de impuestos y derechos de la administración municipal. Quien lo mató fue Pedro Arredondo. ¿El motivo? Algunos dicen que fue por un amor, otros que, por agravios o insultos, lo que sí se sabe es que el asesinato se perpetuó en la puerta de la cantina el Huizache que estaba ubicada en la esquina de Matamoros y Múzquiz en el Centro Histórico de Saltillo.

Los familiares de Agustín Jaime aseguran que fue velado en casa de sus padres y no en casa de Joaquina como dice el corrido, el cual fue cambiando al pasar de boca en boca entre los saltillenses y se aprovechó para mejorar su rima.

Pedro Arredondo era policía. Cuentan que el 25 de diciembre de 1933, Agustín fue a visitar a su hermano Juan y, al despedirse, partió camino a la cantina, donde el asesino ya lo esperaba para ejecutar sus intenciones.

Agustín fue herido de muerte por la espalda cuando su asesino le disparó a mansalva. La noticia llegó como de rayo a su hermano, quien estaba en una siesta saltillera. Corriendo, llegó donde yacía el cuerpo aún con vida de Agustín, quien alcanzó a decir el nombre de su ejecutor.

María García era su novia. Agustín Jaime tenía su caballo que era tan entendido que hasta a señas le hablaba, dice el corrido.

Agustín Jaime, un personaje de la cultura popular saltillense, inmortalizado en un corrido escrito por Eligio Alvarado, testigo de los hechos e interpretado por muchos, pero inmortalizado por uno: “El Piporro”.

En muchas ciudades hay lloronas, callejones y hasta apariciones del diablo, pero en Saltillo tenemos anécdotas que se hacen leyenda. Agustín Jaime, una traición y un villano lo perpetuaron en nuestra historia y él bajara a caballo por calle de Bravo por toda la eternidad.

36. AGUSTÍN JAIME Y SU CORRIDO IMPRECISO: ENTRE LA FICCIÓN Y REALIDAD

Omar Soto



“Agustín bajaba, bajaba a caballo, y lo traicionaron por calles de Bravo, Agustín bajaba, bajaba a caballo y lo traicionaron por calles de Bravo. Agustín bajaba por donde él sabía, y perdió la vida por María Garcia. Agustín bajaba por donde él sabía y perdió la vida por María Garcia”.

Entre las versiones que más figuran del corrido dedicado al famoso saltillense, Agustín Jaime, destacan las interpretadas por Eulalio González “El Piporro” y “Los Montañeses del Álamo”, ambas —según el investigador Rodolfo Ramos del Bosque, en su ponencia “Agustín Jaime. Historia y mito de un corrido” —distan de lo que realmente pasó con este personaje, hijo de Agustín Jaime Sánchez y Dolores Aguilar.

“Hay varias versiones del corrido de Agustín Jaime, una de las más populares es la que interpreta Eulalio González ‘El Piporro’. Esta versión quizá fue la que provocó o propició un error. En esta versión ‘El Piporro’ dice que va a contar la historia de un hombre con dos nombres y un

gran corazón. Él consideraba que el Jaime era un nombre y no, Jaime es apellido. El nombre de este joven saltillense era Agustín y se apellidaba Jaime Aguilar”, aclaró Rodolfo Ramos del Bosque.

Murió... ¿porque supo amar?

“Año treinta y tres del mes de noviembre. Cantaré un corrido si bien les conviene”, se escucha en la canción de “Los Montañeses”, fecha que más que estipular el deceso de Agustín —en palabras del investigador—, lo más probable es que se refiera al tiempo en el que el corrido se entonó por primera vez, ya que él murió “en el año de 1931, un día 25 de diciembre”, lo que se constata en un acta de defunción del Registro Civil del Estado de Coahuila en Saltillo.

“Murió Agustín Jaime porque supo amar”, es otra de las frases más discutidas que cantan los citados. Lo cierto es que la historia más cercana a su línea familiar sugiere que su deceso se debió a que algunos de sus compañeros querían defraudar a la Tesorería del Gobierno Municipal en la que fungía como escolta del cobrador de la Tesorería, a lo que Agustín se opuso y, como sabía del plan, días después habría sido ultimado por un pistolero, por lo que sus restos descansan en el Panteón San Esteban.

“Parece ser que el corrido lo comenzaron a escribir Eligio Alvarado y Bernardino y Estanislao Molina como una manera para brindar consuelo a los familiares de Agustín. La realidad es que Agustín Jaime estaba cumpliendo dos años de haber sido asesinado”, indicó.

Extensa distancia

Se dice que Agustín bajaba a caballo a ver a su “chata” que estaba en Río Bravo, moción que completa el cuadro de imprecisiones que, en opinión de Ramos del Bosque, corresponden a una cuestión más melódica que de fidelidad histórica.

“Hay dos poblaciones con el nombre de Río Bravo, una en Tamaulipas, entre Reynosa y Matamoros; y la otra en el norte de Coahuila, en la región de Cinco Manantiales, es una población que pertenece al municipio de Allende, Coahuila. Ambas poblaciones bastante retiradas de la ciudad de Saltillo como para que Agustín fuera a caballo a ver a su novia, esto realmente se ve difícil que sea cierto”, comentó.

“Se le fueron agregando rimas hasta completar el corrido como se conoce en la actualidad [...], de manera que no todo lo que se narra en el corrido es realmente cierto; incluso existen varias inconsistencias con fechas y lugares. Es muy probable que el corrido haya sufrido modificaciones con el paso del tiempo o que, simplemente, por cuestiones de rima se hayan generado estas inconsistencias”, señala el experto.

37. ATENEO FUENTE

Omar Soto/Ángel Aguilar/José Torres Anguiano



Después del decreto para su creación, emitido el 11 de julio de 1867 por el gobernador y comandante coahuilense Andrés S. Viesca, se abrieron las puertas de una institución pilar de la capital coahuilense y del estado mismo, marcando así el inicio de una historia educativa y cultural que, después de más de ciento cincuenta y cinco años, sigue siendo distintivo y piedra angular de la Universidad Autónoma de Coahuila. Nació el Ateneo Fuente.

El tiempo no ha pasado en vano sobre el Ateneo Fuente de Saltillo, pues desde su fundación en 1867 hasta la actualidad, se ha consolidado como la primera opción de los jóvenes en Coahuila para estudiar su bachillerato, y por sus aulas han pasado cerca de cincuenta mil alumnos.

Cuando el Ateneo inició sus actividades académicas, México atravesaba por una etapa de reconstrucción moral, económica y política para superar los estragos que habían dejado en el país las intervenciones norteamericana, francesa, y también la llamada Guerra de Reforma.

En ese contexto se hicieron grandes esfuerzos por parte del gobierno mexicano para poner al alcance de la población instituciones educativas que ofrecieran los conocimientos útiles que se necesitaban para alcanzar mejores

condiciones de bienestar y representaran también una alternativa diferente a la educación religiosa, que era la que prevalecía antes de que el Estado asumiera la responsabilidad de impartir la enseñanza pública, laica y gratuita.

“La fundación del Ateneo es un gesto de gran optimismo, del optimismo que invadía al país con el triunfo de la República, porque todavía no se despejaba el humo de las armas que fusilaron a Mejía y Maximiliano, cuando el general Viesca lanza un decreto para crear una institución. Ese es un acto muy significativo históricamente”, compartió en entrevista el historiador Javier Villarreal Lozano en el año 2017, cuando se cumplió el 150 aniversario de la institución.

Para Villarreal, el erguimiento del espacio dedicado en un tiempo a fungir como secundaria y preparatoria, fue una acertada respuesta a la búsqueda de levantar los cimientos de un país desde la educación.

“Que nazca el Ateneo en ese momento histórico habla mucho no solamente de la visión de Viesca y De la Fuente, sino también del grado de confianza y optimismo que regresó a muchísimos mexicanos la caída del Imperio”, apuntaba Villarreal Lozano.

Al respecto, el rector de la Universidad Autónoma de Coahuila, Salvador Hernández Vélez, dijo en una entrevista también en el 2017, que la Escuela de Bachilleres Ateneo Fuente vino a cumplir con una labor fundamental en Coahuila y en todo el noreste de México, al ser una de las instituciones pioneras en aplicar ese modelo educativo, y contribuir a la formación en sus aulas de quienes llegarían a ser posteriormente destacados profesionistas y servidores públicos.

Indicó que el Ateneo Fuente no solamente se consolidó como una de las principales instituciones de nivel bachillerato en el país, sino que también fue el origen de otros planteles que conformarían lo que hoy en día es la Máxima Casa de Estudios.

Salvador Hernández comenta que hasta 1857, que es cuando aparecen las leyes de Reforma y la nueva Ley de Instrucción Pública promovida por los liberales encauzados por don Benito Juárez, fue posible quitarle finalmente a la Iglesia la posibilidad de educar al pueblo y lograr que el Estado asumiera esa responsabilidad, pese a todas las dificultades que esto implicaba en inicio.

“En ese marco se fundan tres instituciones que son muy importantes: el Colegio Civil de Durango, que se funda en el año de 1857 o 58; después el Ateneo Fuente, en el año de 1867, que es la primera institución de educación pública que ofrecía nivel técnico de artes y oficios, sentando las bases para que fuera una preparatoria tal como lo es en la actualidad; y la otra gran institución que se funda poco después en 1869, que es la Escuela Nacional Preparatoria”, señaló.

“A partir de ahí, arranca realmente el proceso de lo que ahora conocemos en el marco del Artículo Tercero Constitucional, toda la educación laica, gratuita y pública de este país. Costó mucho trabajo poderlas impulsar, por eso es muy importante reconocer esto, porque fue en Saltillo, en nuestro Ateneo Fuente, que es el abuelo de la Universidad Autónoma de Coahuila, donde se estableció una de las primeras escuelas que abrieron la puerta a la educación pública”, agrega Salvador.

Hablar del Ateneo es también hablar de apertura. Desde su fundación, sus aulas han estado abiertas al estudiante, más allá de sus creencias y posturas, siendo así un ejemplo de libre expresión y pensamiento.

“Viesca pensó en la necesidad de tener una escuela laica de nivel medio superior. El Ateneo es una apuesta muy importante a la educación laica. Antes, Saltillo estaba en manos de sacerdotes, pero pienso que Viesca proyectó el tener una escuela de nivel medio laica”, recordaba Javier Villarreal.

Historiadores y escritores como Julio Torri, Artemio del Valle Arizpe y Vito Alessio Robles, son algunos de los personajes que incentivaron la cultura a nivel nacional. Todos ellos estudiantes del Ateneo.

“La historia de la cultura de Coahuila puede uno dividirla fácilmente entre antes y después del Ateneo. Antes del Ateneo surge Manuel Acuña, pero es un personaje nada más, y después del Ateneo —buenos, malos, regulares y magníficos— hay una serie de literatos e historiadores que le dan a la historia de la cultura un giro impresionante”, afirmó Villarreal.

Los inicios del glorioso Ateneo Fuente

Salvador Hernández Vélez recordó que la educación pública enfrentó muchas situaciones difíciles en sus primeros años, ya que, para empezar, no se tenía la infraestructura para desarrollar las clases, tampoco había profesores debidamente formados para enfrentar las necesidades que implicaba una nueva educación pública.

“Podría decirse que éramos hijos de la Iglesia, porque los únicos profesores que había en aquellos años o eran religiosas o eran sacerdotes, pero no había profesores, entonces cuando se constituye el Ateneo Fuente o cuando se constituye el Colegio Civil de Durango o la Escuela Nacional Preparatoria, pues ahí se tuvo que recurrir a la gente que tenía una formación profesional, pero no como profesor, sino en algunas de las carreras existentes en aquel entonces.

En ese sentido, toda vez que se estaban construyendo nuevamente la República y las instituciones de la República, el Ateneo Fuente no estuvo exento de esas dificultades. Del año de 1857 a 1910, cuando empieza la Revolución Mexicana tuvo diferentes cambios, no solamente en el nombre de la escuela, sino en la orientación de la propia escuela”, señaló.

Esto llevó incluso a que el Gobierno de Coahuila emitiera decretos mediante los cuales se solicitaba a los municipios de la entidad enviar a cierto número de alumnos para que cursaran estudios en el Ateneo Fuente, pero que, además, aportaran también recursos económicos para contribuir con el sostenimiento del plantel, ya que no se contaba con el suficiente presupuesto para ofrecer educación gratuita.

“Fue todo un gran esfuerzo, porque hubo que reorientar la enseñanza. Primero fue una escuela de artes y oficios, posteriormente se convirtió en Escuela de Bachilleres, porque ya empezaban a nacer otras instituciones que ofrecían educación superior, como

Jurisprudencia, como es también la Escuela de Medicina, Ciencias Químicas. Por eso podemos decir que el Ateneo Fuente es pionero de un nuevo período en donde a la sociedad coahuilense se le ofrece una alternativa de formación, y esta alternativa podemos decir que es lo que ahora se ha consolidado en lo que llamamos la Máxima Casa de Estudios, que es la Universidad Autónoma de Coahuila”.

Hernández Vélez afirmó que el Ateneo Fuente contribuyó a dar a Saltillo el título que se hizo popular hace años de la “Atenas de México” al ser la única institución pública que existía no solamente de Saltillo, sino en el noreste del país.

“Aquí venían a estudiar gentes de Tamaulipas, de Nuevo León, de San Luis Potosí, del propio Coahuila y de todos los municipios del estado, en ese sentido fue una gran oportunidad de formación académica justamente para todas estas personas, que algunos se formaron después en alguna profesión, pero otros también se desempeñaron en el ejercicio de la administración pública.

Aquí se formaron grandes personajes como don Venustiano Carranza, presidente de la República, Roque González Garza, también presidente de la República. Grandes personajes como Julio Torri, personajes de la cultura, jurisconsultos, ingenieros, químicos, etcétera, empezaron sus estudios de bachillerato en el Ateneo Fuente, pasaron por las aulas de la institución, y en ese sentido, el Ateneo Fuente

abrió toda una corriente de cultura no solamente en Saltillo, sino también para todo Coahuila y para el noreste del país”.

Asimismo, comentó que los maestros que en los primeros impartían clases en el Ateneo Fuente eran profesionales en diversas áreas que además de atender sus propias actividades laborales, se daban tiempo para enseñar a los estudiantes.

“Gente como los abogados que había en aquellos años, además de que atendían su notaría o las cuestiones relacionadas con procesos judiciales, también daban clases en el Ateneo, al igual que arquitectos o ingenieros que también atendían sus labores. Lo que se buscaba era gente que no tuviera que ver con la iglesia. El mismo don Victoriano Cepeda, además de que era gobernador del estado y realizaba sus actividades propias del cargo, también iba a dar clases al Ateneo Fuente, es decir, mucha gente contribuyó para tener el Ateneo que ahora es el orgullo de Saltillo y de Coahuila”, destacó Hernández Vélez.

Majestuosidad arquitectónica

¿Qué pasaría si los muros de la institución hablaran, si sus pasillos y jardines se volvieran ecos de las voces de los estudiantes que transitaron por ellos? Para Javier Villareal, cada línea arquitectónica del recinto tiene una his-

toria que contar e incluso advierte una teoría en torno a su diseño.

“Yo sostengo una herejía que quizá muchos reprueben. A mí me parece que don Ceferino Domínguez (arquitecto a cargo de la construcción del edificio del Ateneo Fuente), estaba pensando o inspirándose en la arquitectura fachista. Esa monumentalidad del Ateneo es muy fachista, eso Hitler y Musolini lo manejaban muy bien. Son obras para hacer sentir al individuo muy pequeño frente a la institución”, opinó el historiador, quien falleció poco después de conceder esta entrevista.

Villarreal consideraba que el edificio en donde estudiara Venustiano Carranza representa fidedignamente los valores de una institución humanista dirigida a impulsar el progreso de sus estudiantes.

“La construcción y monumentalidad del Ateneo es mucho de la gramática arquitectónica fascista, son dimensiones suprahumanas. No hay escuela como el Ateneo, ahí hubo una intención clara de plasmar la grandiosidad de la institución. No se puede hablar de la Universidad sin el Ateneo, alrededor de él nacieron una serie de escuelas que después van a unirse en el seno de la Universidad en 1957”.

Ubicado al poniente de la capital coahuilense, el Ateneo Fuente —cuyo nombre conjunta el de su fundador

con el de la ciudad griega— sigue siendo una de las escuelas de bachilleres con más alta demanda.

“El Ateneo no ha perdido su carácter simbólico de la gran institución. No se puede hablar de Coahuila sin el Ateneo. Gracias a ese peso histórico y a esa tradición que tiene el Ateneo, sigue siendo la institución señera de la Universidad y de la educación en Saltillo”.

Con orgullo, Marco Antonio Contreras Becerra, director del Ateneo en el año 2017, recordó que por sus aulas pasaron los mejores alumnos de Coahuila, los más destacados.

Cada año egresan del Ateneo alrededor de seiscientos cincuenta alumnos, listos para estudiar una carrera universitaria.

“El Ateneo Fuente se sigue distinguiendo por una educación de carácter liberal, se vive en libertad plena, como en sus inicios, eso fortalece a los jóvenes en la madurez y toma de decisiones para sus proyectos de vida, ellos salen muy despiertos de nuestra institución y con su objetivo muy bien trazado de lo que quieren para su vida”, señaló Contreras.

38. EL TEATRO GARCÍA CARRILLO

Tamara Medrano Flores



Federico García Lorca escribió: “El teatro es la poesía que se levanta del libro y se hace humana. Y al hacerse humana, habla y grita, llora y se desespera”. Las ciudades guardan en sus edificios y estructuras secretos y misterios nunca revelados. Uno de ellos es aquella catástrofe que ocurrió en la ciudad de Saltillo el 3 de septiembre de 1918, cuando la cartelera del teatro García Carrillo anunciaba la obra *El loco Dios*. Marcaban las 7:30 de la tarde cuando el fuego cobró vida. Se cuenta que la obra anunciada estaba maldita, pues se repetía aquella tragedia que acabó en 1902 con el Teatro Acuña

Con un estilo neoclásico, hecho de cantera y ladrillo se edificó en el corazón de nuestra ciudad el teatro García Carrillo. Grandes obras literarias cobraron vida en este lugar, cantantes de ópera de México y el mundo pisaron su escenario encantando con su voz a saltillenses de todas las edades. El 6 de marzo de 1906, el gobernador del estado, Miguel Cárdenas, firma contrato con el empresario Antonio Dávila Ramos para crear un nuevo teatro. Su in-

tención era erigir un espacio imponente. El señor Dávila se comprometió a terminar la construcción en tres años.

Al iniciar con la creación del teatro se contemplaron todos los detalles, tenía que ser lo suficientemente amplio para dar cabida a por lo menos mil doscientas personas, también debía contar con servicios de alumbrado eléctrico, agua y drenaje. El costo de esta obra fue de aproximadamente cien mil pesos, el gobierno apoyó esta creación cuidándola detenidamente. El terreno conocido como plaza Hidalgo fue el lugar donde se edificaría el Teatro García Carrillo, justo al norte del terreno donde había estado el teatro Acuña. El miércoles 27 de julio de 1910, el teatro estaba listo para mostrarse a la sociedad saltilense, su inauguración fue a las 6 de la tarde y con el discurso: “Queda inaugurado el nuevo y soberbio templo de las artes”, se daba la bienvenida a todo amante de las letras, la música y actuación.

Con la llegada del Teatro García Carrillo, llegó a Saltillo la modernidad. Testimonios afirmaban que aquel inmueble era como los mismísimos teatros franceses. Si por fuera era hermoso, por dentro era definitivamente majestuoso. El escenario destacaba por su iluminación, pasamanos afelpados y qué decir de los detalles dorados que destacaban en las paredes. Los muchos visitantes que tuvo el teatro no paraban de adular su increíble belleza, en la prensa no se dejaba de hablar del magnífico trabajo que se había hecho. Había llegado el arte y la tecnología a Saltillo. Su creación era tan cuidadosa que era imposible que ocurriera un incendio. La vida teatral del García Carrillo fue breve, ocho años de apogeo fueron pocos para tan inigualable creación.

El teatro puede enamorar, pero también enloquecer a las personas y en nuestra ciudad ocurrió esto. Los habitantes más conservadores vieron con desagrado algunas obras presentadas en este lugar. Antes del incendio se tenía programada en la cartelera una obra titulada *El loco Dios* y posteriormente la obra *Salomé*, tragedia escrita por Oscar Wilde en 1891 que mostraba la historia bíblica de la hijastra de Herodes, la cual pidió la cabeza de Juan el Bautista como recompensa por haber bailado ante él. La gente más tradicional estaba en contra de estas obras, pues decían que eran inmorales para la ciudad.

Lo más extraño es que la obra *El loco Dios* era también unas de las obras que se presentaría en el teatro Acuña antes de ser arrasado por el fuego. Corren muchos mitos acerca del incendio ocurrido en el teatro García Carrillo. Hay quienes dicen que fue brujería, otros afirman que fue por un corto circuito y existen también los que culpan a la sociedad conservadora de aquel tiempo. Son grandes los misterios que surgen alrededor de este imponente edificio que todavía permanece en nuestra ciudad. García Carrillo es un teatro que ha estado viendo pasar los años, ya no son carruajes los que se reflejan por sus ventanas, ahora son carros. Nuestra sociedad ha estado cambiando constantemente, pero esto no impide detenernos y apreciar un edificio que sobrevivió a los años y aquel siniestro de 1918. Actualmente, es un centro cultural, el cual mantiene su esencia, pues en su interior, el arte se mantiene vivo.

39. LAS HACIENDAS EN LA HISTORIA DE SALTILLO

Juan José Casas García



Saltillo fue fundada como un enclave que sirviese de conexión con las minas de Zacatecas, como puesto de avanzada hacia el norte y como centro de abastecimiento de mano de obra esclava y de alimento. Por lo que, desde su nacimiento, el puesto se caracterizaría por una intensa actividad esclavista y por la fundación de haciendas para satisfacer el objetivo minero. Ahora bien, las tierras que fueron repartidas entre los conquistadores se dividieron entre la parte norte y sur, donde se comenzaron a construir las incipientes haciendas. Debido a la geografía de Saltillo, la parte del norte fue comúnmente llamada “la de abajo”, mientras que la del sur, por sus lomas, “la de arriba”. Las tierras del norte fueron entregadas, entre otros conquistadores, a Santos Rojo —quien traería la imagen del Santo Cristo a la villa— y a Juan Navarro —constructor del primer molino de Saltillo— y las tierras del sur serían otorgadas a Alberto del Canto.

Los fundadores de Saltillo y sus descendientes abrieron el camino para una posterior expansión hacia el norte: Alberto del Canto, Santos Rojo, Ginés Hernández, Cris-

tóbal Pérez, Ubaldo Cortés, Juan Alonso, Francisco de Urdiñola y Diego de Montemayor expandieron su influencia hacia otras regiones, construyendo caminos y haciendas. Se crearon así las haciendas de San Juan Bautista y de Bonanza en el sur de la villa por Alberto del Canto, aunque sus tierras pasarían posteriormente a Francisco de Urdiñola alrededor de 1600, creando así el primer latifundio de la región juntando estas haciendas con las de Santa Elena, San Francisco de Patos y Parras, por nombrar algunas. Santos Rojo y Juan Navarro fundarían haciendas como San Diego, Santa Ana, Labores, mientras que Ginés Hernández construiría la primera capellanía de Saltillo en su hacienda, que se llamaría posteriormente san Nicolás de la Capellanía.

Ahora bien, al expandirse los fundadores y sus descendientes se crearían nuevas haciendas en los caminos a Mazapil y Bonanza, como las haciendas de Agua Nueva o San Juan de la Vaquería, llamada así por su producción de ganado. Las haciendas pues, siguieron fungiendo en su actividad comercial que giraba principalmente en la plantación de trigo y ganado mular, aunque también las hubo dedicadas al ganado caprino y lanar. En el siglo XVII llegaron nuevos personajes a la villa que contribuyeron igualmente al crecimiento con la construcción hacendaria, así encontramos a los hermanos Aguirre y a Fernando del Bosque quien fundaría San José de los Bosques al norte de la villa. Del Bosque sería incluso alférez del capitán Antonio Barcárcel en la fundación de lo que sería la provincia de Nueva Extremadura o Coahuila. La familia Aguirre, por su parte, acumuló un poder político y económico muy importante en la villa, aunque por poco tiempo, fundando

así la hacienda de Santa María del Rosario. Sus propiedades pasarían a los Goríbar y finalmente a Antonio Gómez de la Rada y Antonio Alcocer, quien recibiría a los insurgentes de la Independencia en 1811.

Las haciendas se caracterizaron entonces por ser frontera en el crecimiento de la ciudad y encontrarse en los caminos como punto fundamental de los viajeros. Mesillas y Anheló fungieron durante algún tiempo como frontera de Saltillo camino a Monclova, capital de la provincia de Coahuila, o la Encarnación al sur de la ciudad. Esta expansión permitió que otras familias saltillenses captaran nuevos espacios en el norte. Los casos más importantes que construyeron incluso latifundios enteros fueron los Urdiñola y los Sánchez Navarro, que conjuntamente abarcaron un territorio que ocupaba buena parte de la provincia de Coahuila, y algunas porciones de Nueva Vizcaya y del Nuevo Reino de León. Sin embargo, también existieron otras familias saltillenses relevantes durante el siglo XVIII como los Garza Falcón quienes fundaron haciendas alrededor del río Sabinas dedicadas a la caña de azúcar como Nuestra Señora de los Dolores o Palau; y los Vásquez Borrego quienes fundaron las Encinas y el Álamo, dedicadas al algodón. Originalmente, estas tierras les pertenecían a los franciscanos de la zona, pero al no prosperar sus misiones serían tomadas por terceros.

Por otro lado, una de las haciendas más prósperas de la villa era precisamente Santa María del Rosario, que para el siglo XIX pertenecería a una de las familias más influyentes de Saltillo, los Ramos Arizpe. Sus integrantes fundarían la parroquia de san Juan Nepomuceno y Miguel Ra-

mos Arizpe sería uno de los héroes de la independencia y del federalismo mexicano.

En este sentido, el siglo XIX conoció un crecimiento demográfico, por lo que el proyecto nacional fue el de construir municipios agrupando cierto número de haciendas. Así se constituirían los municipios de Ramos Arizpe en 1850 con jurisdicción en diversas haciendas como Santa María, Bosques y Anheló, por ejemplo. Progreso, Hidalgo, Abasolo, General Cepeda y Piedras Negras serían igualmente convertidos en municipio bajo este principio.

No obstante, el viaje de las haciendas no fue siempre un camino de bonanza económica, al contrario, conocería fuertes crisis sobre todo en el siglo XVII. La crisis comenzó con la actividad minera en Zacatecas, por lo que afectó directamente la economía y la demografía de Saltillo. Es decir, el mito de una hacienda próspera, grande, de tipo neofeudal, monopólica y monolítica, fue creada para el centro de México. Algunos investigadores colocaron al norte de Nueva España y México en este mito fabricado, aunque con error. El historiador José Cuello puntualiza que, en general, el norte no gozó de este tipo de haciendas clásicas, sino que más bien se trató de una economía local basada en ranchos o granjas, además que las propiedades se vieron fracturadas debido a los testamentos, es decir, se dividieron las tierras entre los familiares, lo que provocaría igualmente un declive económico. En este contexto, no sorprende entonces que las haciendas y sus tierras cambiaran constantemente de propietarios. Solo los grandes latifundios de Urdiñola pudiesen basarse en el mito de la hacienda clásica, aunque con muchos problemas según las consideraciones de Cuello, debido a la falta de agua de

la región y los constantes ataques de nómadas que se encontraban en el Bolsón de Mapimí.

Con esto, podemos decir que el estudio de la hacienda en Saltillo y en el norte en general, aún se encuentra en ciernes, esperando a ser estudiado sistemáticamente. Los esfuerzos ya se han fundado, entre otros, en los diversos trabajos de José Cuello, pero también en los de la historiadora Juana Gabriela Román, miembro del Colegio Coahuilense de Investigaciones Históricas y del arquitecto Arturo Villarreal, subdirector de Patrimonio cultural de la Secretaría de Cultura del estado, ambos profesores de la Escuela de Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma de Coahuila. Estas investigaciones se han cristalizado en diversos artículos publicados en la Revista Coahuilense de Historia o en ediciones enteras en forma de libros. Por lo que estos espacios pueden constituir un excelente lugar para investigar la historia de las haciendas que incluyen bellas imágenes y fuentes históricas precisas.

En suma, tanto los papeles como la arquitectura de las haciendas, es decir, el patrimonio de nuestra ciudad y de nuestro estado, espera aún con ansias los esfuerzos de nuevos investigadores y de nuevas generaciones interesados en conocer el sistema hacendario que ha dado fruto a muchas villas del estado de Coahuila y de Saltillo misma. Como lo comenta la historiadora Juana Gabriela Román “esta lejanía respecto al centro de Nueva España dio a los habitantes de estas vastas soledades el carácter, fuerte y perseverante, que hasta hoy conservan las nuevas generaciones”.

40. LA HACIENDA DE BUENAVISTA O LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA AGRARIA ANTONIO NARRO

Juan José Casas García



La historia de la Universidad Autónoma Agraria Antonio Narro no es reciente, sino que data de la época colonial con lo que fue inicialmente la hacienda de Buenavista desde 1578 hasta 1912, es decir, hablamos de más de cuatrocientos años de historia, si contamos su función actual. La hacienda de Buenavista fue erigida originalmente por el mismo fundador de Saltillo, Alberto del Canto, al sur de la villa. Desde su fundación destacó por estar al lado del Camino Real y en la entrada al valle del Saltillo, un lugar con manantiales, ciénagas y humedales, tierras con aguas y muy fértiles. De hecho, buena parte de los cronistas que pasaron por Saltillo en los diversos momentos de la historia retrataron a la villa como un sitio que poseía grandes cantidades de cuerpos de agua, incluso hasta el siglo XIX, por lo que Buenavista era la entrada a esas, otrora, tierras paradisíacas que por la explotación del ser humano se han convertido actualmente en páramos.

Como se ha dicho, el conquistador Alberto del Canto construyó la hacienda de Buenavista en 1578, pero pasaría a manos de Francisco de Urdiñola en 1599, ampliando el latifundio de este otro conquistador. Su labor era esencialmente agrícola, dedicándose al cultivo de trigo y con mano de obra esclava. Al morir Urdiñola, Buenavista pasaría de mano en mano entre sus descendientes herederos del latifundio, así, la hacienda sería tomada por Gaspar de Alvear y Salazar, su cuñado y años más tarde al primer marqués de Aguayo, Agustín de Echeverz y Subiza. Durante este periodo, y en general durante toda su existencia, la hacienda de Buenavista recibió personajes notables de la época como el franciscano fray Antonio Margil de Jesús en 1714, quien fuera uno de los fundadores del colegio de Propaganda Fide de Querétaro o fray Gaspar José de Solís, que realizaría un viaje evangelizador hacia Texas en 1767.

Ya para 1777, según el censo general realizado en Saltillo, la hacienda de Buenavista perteneciente al marquesado de Aguayo contaba con veinticuatro familias conformadas por todos los estratos de la sociedad colonial, es decir, hispano-criollos, indios y mulatos, además de sus castas. Es precisamente a finales del siglo XVIII e inicios del XIX (continuando hasta el siglo XX y más arduamente en nuestro siglo XXI) que los cambios climáticos, causados por la depredación del ser humano en la región, mermaron el valle dando comienzos a sequías como la ocurrida en 1810. En estas condiciones, Buenavista y sus alrededores recibirían a las tropas insurgentes de Mariano Jiménez, Ignacio Allende y Miguel Hidalgo, protegidos

por el cuarto marqués de Aguayo, Pedro Ignacio Valdivieso y Azlor.

La inestabilidad política de la región y del reino en general llevó al marqués a declararse en banca rota en 1818, posteriormente, su heredero, el quinto marqués de Aguayo, José María Echeverz, vendería el latifundio en 1825 incluyendo la hacienda de Buenavista a una firma inglesa, la *Baring Brothers and Company*. Para esta fecha la hacienda había crecido exponencialmente a 13 mil 383 hectáreas. Debido a su gran extensión territorial, tanto el Congreso del Estado de Coahuila y Texas al igual que el Congreso Nacional entraron en abierta pugna por la nacionalización del territorio vendido, pues se trataba de la captura de una inmensa cantidad de suelo que pasaría directamente a manos de los ingleses. Finalmente, se decidió vender el latifundio del marquesado a Carlos Sánchez Navarro a finales de 1840 que, junto a sus propiedades, conformaría el latifundio más grande en la historia de América.

Ahora bien, la hacienda de Buenavista sería tomada por el ejército invasor de los Estados Unidos durante la guerra contra México en 1848, instalando en ella un hospital y hasta una logia masónica perteneciente a la Gran Logia de Mississippi, llamada logia de Saint John. Incluso se cuenta la anécdota de que un mexicano estaba a punto de matar a un soldado estadounidense que estaba tendido en el suelo y antes de hacerlo el norteamericano hizo el saludo masónico, lo que detuvo al mexicano para ayudarlo y evitar su muerte. Sea como fuere, la anécdota recuenta el hecho de que las filas militares de los dos países estaban conformadas por masones. Existe actualmente en el campus de la UAAAN un cañón militar que probable-

mente date de la época en que los estadounidenses tomaron la hacienda.

Ocho años más tarde del altercado de la guerra contra los Estados Unidos, Carlos Sánchez Navarro vendería la hacienda de Buenavista a Higinio de León en 1853. Para su muerte acaecida en 1862 de León repartiría sus bienes entre sus hijos que, al pasar del tiempo, hipotecarían la hacienda y sus alrededores en 1887 a Miguel Cepeda García, que a su vez la hipotecaría al empresario emigrado de Prusia, Henrique Maas, en 1891, aunque se trataba de una porción, pues la propiedad había sido fracturada por el testamento de Higinio de León. Henrique Maas, que destacó en la industria del comercio y de la minería, contraería nupcias con Trinidad Narro, hermana de Antonio, de este modo, una parte de Buenavista pasaría a ser administrada por las manos de José Antonio Narro Rodríguez.

En conclusión, toda la propiedad de la hacienda de Buenavista pasó a Narro por conducto de venta que Maas hizo en 1896, por lo que de nueva cuenta el terreno fracturado por el testamento de Higinio de León sería reunificado por Narro. José Narro transformaría la hacienda y sus alrededores entre 1909 y 1910, cultivando mil doscientas hectáreas de tierra, la mitad por su propia mano y la otra mitad por sus trabajadores. Además de ello, introdujo ganado bovino, caprino y caballar e introdujo en la tierra y los animales, las más nuevas técnicas agropecuarias que aprendió en sus estudios en Europa, Estados Unidos y la ciudad de México, patrocinados por su cuñado Henrique Maas. Buenavista había cambiado totalmente por Antonio Narro.

Narro redactó su testamento el 10 de julio de 1912, muriendo dos meses después en septiembre del mismo año. Su última voluntad, tal vez al observar el caos de su tiempo y la situación precaria del campesinado mexicano, fue crear una escuela que formara agricultores preparados, destinada a los hijos de aquellos que estaban atados a la tierra y sufrían los daños del porfiriato.

Al donar su propiedad, la hacienda de Buenavista se transformó en la universidad que ahora lleva su nombre. Siempre ligada al cultivo de la tierra y al cuidado de los animales, la semilla del conocimiento fue plantada en la UAAAN y se cosecha en los frutos de los estudiantes que año con año contribuyen al legado de Antonio Narro.

41. EL ÚLTIMO VIAJE DEL COAHUILA Y ZACATECAS

El tren que unió dos estados

José Torres Anguiano


Es 22 de junio de 1977, en la estación del tren de pasajeros “Coahuila y Zacatecas” en Concepción del Oro, ubicada en la ahora calle 16 de septiembre, se prepara para partir el último viaje del que fuera el medio de transporte más importante del siglo pasado para dos poblados.

Son las diez de la mañana de aquel triste 22 de junio —al menos para el pequeño poblado minero del vecino estado de Zacatecas—. Alrededor de cincuenta trabajadores ferrocarrileros comenzaron a subir al tren el mobiliario de las oficinas del Coahuila y Zacatecas. Ferrocarriles Nacionales había decidido que el pequeño tren no entraría ya a Concepción del Oro, y emprendería una ruta nueva, ahora por vía ancha, de Estación Margaritas a Saltillo, dejando prácticamente en el olvido a varias comunidades rurales.

Testigos de aquel último viaje aseguran que ese momento fue muy sentimental, hubo quienes lloraron al escuchar por última vez la señal del tren que estaba a punto de partir.

Periódicos de la época, como el desaparecido Sol del Norte, relataron aquel triste episodio: “Así terminó el largo historial de este memorable ferrocarril, que sirvió durante casi ochenta años a dos poblaciones para su progreso industrial”, señala la nota publicada el 23 de junio.

A la una de la tarde se escuchó la llegada del tren proveniente de Saltillo, desde donde habían partido jubilados y empleados del cariñosamente nombrado “Coahuilita”.

Un par de horas más tarde, el característico grito “¡Vaaamonos!, seguido del sonido del silbato, invadió de tristeza la calle principal de Concepción del Oro, comenzaba el último viaje de aquel pequeño tren.

La mayoría del pueblo se encontraba frente a la estación para darle el último adiós. El Coahuilita avanzó y fue dejando atrás a Concepción del Oro. Al mismo tiempo, trabajadores de Ferrocarriles Nacionales iban desmontando la vía que no sería utilizada nunca más.

Al llegar a Estación Margaritas, un poblado ubicado a unos quince minutos de Concepción del Oro se entonaron las Golondrinas y se “aventaron” fuegos pirotécnicos.

“El último día que el tren llegó a Concepción del Oro, se despidió con mucha tristeza por los habitantes, porque dejaba de funcionar un vehículo que, durante casi cien años, sin faltar ni un solo día, trajo muchas alegrías y comunicación entre Saltillo y Concepción del Oro”, señaló don Jorge González Solís, comerciante e historiador concepcionense.

El historiador ferrocarrilero Marco Antonio Galindo relata que aquel triste 22 de junio el tren partió de Saltillo

con las locomotoras 802 y 803 acopladas, rumbo a Concha del Oro, con los trabajadores del tren acompañados de música, recordando cada momento vivido.

“Un tren pequeñito, como aguinaldo de juguetería, que va por una vía angosta, claro, como aguinaldo de juguetería. Un tren que fue en un tiempo de mineros y que se hizo después tren de campesinos. Tren de pueblo, con su misma pobreza y desamparo igual”, relata otra de las notas de la época.

El “Coahuilita”

El tren fue una idea de don Guillermo Purcell, prominente empresario saltillense con negocios mineros en Concha del Oro, buscaba una forma de transportar mineral que a la larga terminó por unir a dos poblados.

Purcell hizo las gestiones necesarias ante el entonces presidente de México, Porfirio Díaz, para que en 1893 comenzaran los trabajos de construcción y se concluyeran para su inauguración el 15 de septiembre de 1898.

En aquel momento tan importante estuvieron presentes los gobernadores de Coahuila y Zacatecas, Miguel Cárdenas y Jesús Aréchiga, respectivamente. También los primeros jefes de estación: por Saltillo Francisco Montijano, y por Concepción del Oro Salvador L. Trujillo.

El Coahuila y Zacatecas era un tren de vía corta, que viajaba a una velocidad promedio de cuarenta kilómetros por hora, realizaba dos recorridos diarios, el primero, a las siete de la mañana de Saltillo a Concepción del Oro, a donde llegaba a las doce del mediodía, para partir nue-

vamente a la una de la tarde con destino a la capital de Coahuila, a donde llegaba a las seis de la tarde.

En Saltillo, el Coahuilita entraba por la calle de Felipe Berriozábal hasta el parque La Maquinita, para después regresar de reversa pasando por el “Puente Negro”, para así entrar a su estación.

“Ese tren nos sirvió de mucho, no solo para transportar mercancías y pasajeros, sino como un referente en comunicación entre Saltillo y Concepción del Oro, y varias estaciones que hacía en su recorrido”, menciona don Jorge González.

Y es que el tren además hacía paradas en prácticamente cada ranchería entre ambos poblados: San Juan, El Cruce, Encantada, Aguanueva, Carneros, Buñuelos, Fraile, La India, La Pedrera, Punta de Santa Elena, Melville, Las Cotuchas, Jazminal, San Carlos, San Miguel, Ávalos y Margaritas. Pero, además, se interconectaba con Bonanza, Canutillo, Jesús María, San Pedro y Terminal de Providencia.

Hacer el viaje de cinco horas en el ferrocarril entre Saltillo y Concha del Oro era toda una odisea, según relatan algunas personas que fueron asiduos viajeros.

El tren contaba con dos categorías, primera y segunda, la diferencia, además del precio, era que en primera los asientos eran acojinados. En cada estación que se detenía había ofrecimiento de comida, desde lonches, refrescos, cajeta de Celaya, gorditas y limas, hasta mole, quesos, enchiladas y periódico, aunque fuera de fechas anteriores.

“Era más que una experiencia inolvidable, un viaje delicioso, largo, pero al mismo tiempo causaba mucho entusiasmo el ir platicando con los demás pasa-

jeros, y sobre todo disfrutando de los antojitos que en las estaciones nos ofrecían las gentes que se subían al tren a vender sus productos”, relata don Jorge González, de Concepción del Oro.

Varias anécdotas se cuentan sobre los viajes que realizaba el Coahuilita. Dicen que era el único tren que se detenía cuando un burro se atravesaba, algo que ahora resultaría imposible, considerando las altas velocidades a las que viajan, pero como el Coahuila y Zacatecas viajaba muy lento, era fácil detenerse para ahuyentar al despistado animal.

Mario Torres García, quien viajó de niño en el tren, relata como una de sus aventuras que era muy fácil el subirse y bajarse de un vagón a otro.

Eran también muy peculiar la manera en la que el tren entraba a Concha del Oro y era reacomodado, pues por lo estrecho de las calles tenía que entrar de frente, para luego posicionarse en una tornamesa gigante que volteaba la locomotora para dejarla nuevamente en posición de salida.

Según reportes de Marco Antonio Galindo, en el Coahuila y Zacatecas llegaron a viajar hasta cincuenta mil personas por año. En cada uno de los tres carros cabían cuarenta y ocho pasajeros.

Las primeras máquinas del Coahuilita eran de vapor y de origen estadounidenses, luego llegaron las de electro diésel. Se tenían once máquinas nuevas y una usada. Una de ellas, la número cuatro, costó ¡veinticinco mil pesos!

El Coahuila y Zacatecas tuvo cinco lamentables accidentes a lo largo de los ochenta años que prestó servicio, en 1903, cuando se chorreó un tren de carga entre Concha

del Oro y Margaritas; en 1908, en el ramal de San Pedro; en 1917, cuando la máquina número tres se descarriló por exceso de velocidad; en 1942, cuando hubo dos muertos en la volcadura de la máquina ocho; y en 1954, cuando en la número diez murieron dos trabajadores cerca de Puente Moreno.

El Coahuila y Zacatecas llegó por el auge minero de Concepción del Oro, que estaba convertida en un importante poblado en la época revolucionaria y posrevolucionaria. Era necesario un transporte para llevar el mineral fuera del poblado zacatecano y, además, para transportar a comerciantes y compradores.

“Yo creo que no hay cosa más importante tanto para Saltillo como para Concepción del Oro como el ferrocarril, permitió una vía de comunicación muy importante, muy interesante. Abrió el comercio en las dos partes, abrió mucho camino a gente de Concha del Oro que venía a saltillo a estudiar, a trabajar o simplemente a hacer sus compras”, señala el investigador Marco Antonio Galindo.

También fue transporte de cultura, pues a Saltillo llegaron grandes artistas provenientes de Zacatecas, como Rubén Herrera, además de las obras del poeta Antonio Valdez Carvajal.

“Concepción del Oro sirvió mucho a Saltillo en el punto de vista económico, grandes cantidades de dinero se manejaban en Concha y se distribuían en Saltillo. Llegaba la gente de Concha del Oro a ha-

cer las compras de productos Cinsa, Verástegui y de ropa que se fabricaba aquí (en Saltillo), porque había diecisiete fábricas, todo eso fue motivo de avance para ambas ciudades”, reconoce el saltillense Marco Antonio.

Pero el auge minero de la vecina población zacatecana se vino en picada. En 1957 la Mazapil Cooper Company (MACOCOZAC) vende el ferrocarril porque ya no era costeable. La economía se había debilitado a causa de las fluctuaciones en precios del mineral.

En 1959 estuvo a punto de quebrar el Coahuilita, según relataba *El Sol del Norte*, pero la Secretaría de Comunicaciones y Transportes se hizo cargo de él, impidiendo que se paralizara desde entonces el tránsito entre ambas poblaciones.

La SCT comenzó a hacer incluso rutas turísticas para revivir los años de bonanza del pequeño ferrocarril, aprovechando los cursos de verano que se impartían a extranjeros en Saltillo, además de obsequiar viajes a los niños.

En 1970, el Gobierno Federal lo otorgó como patrimonio a Ferrocarriles Nacionales de México, quienes decidieron en 1977 hacer el cambio de vía y dejar fuera a Concepción del Oro y a todas las comunidades rurales de ambos estados.

Curiosamente, ni en Zacatecas, ni en Coahuila se rescató alguna de las máquinas del importante tren, pero sí lo hicieron en Puebla, en donde se encuentra la máquina diez de vapor y la ochocientos dos de diésel expuestas como “Coahuila y Zacatecas” en el Museo Nacional de los Ferrocarriles Mexicanos. Lo mismo en San Luis Potosí, en

donde se exhibe la máquina ochocientos y en Mérida, Yucatán, se encuentra uno de los carros ejecutivos.

En Saltillo, lo único que se rescató fueron dos vagones, uno que se encuentra en el Museo del Desierto y otro más en el Archivo Municipal. Otro más, un carro ejecutivo, fue robado de los patios del Coahuila y Zacatecas, aunque luego fue ubicado en un rancho cercano a Saltillo, supuestamente, propiedad de un empresario y político muy conocido en donde se convirtió en un bar.

Otra de las máquinas que sirvió al Coahuila y Zacatecas, aunque por corto tiempo, es la doscientos setenta y nueve, una emblemática locomotora de vapor que aún se encuentra en funcionamiento en Cuautla, Morelos y que fue inmortalizada en el billete de cien pesos emitido en el 2010.

En alguna ocasión, las vías del Coahuila y Zacatecas fueron recorridas por la famosa máquina quinientos uno, aquella en la que perdiera la vida el conocido Héroe de Nacozari, Jesús García.

Aún, en la memoria de muchos que viajaron en el Coahuilita están miles de recuerdos de aquellos días de antaño que vivieron ambas poblaciones, algunos incluso añoran que algún día regrese este medio de transporte que fue sepultado aquel 22 de junio de 1977, luego de haberse emitido el oficio 23031-GGZ-796 en el que se leía al calce “La Secretaría de Comunicaciones y Transportes autorizó la supresión de los servicios del ex Ferrocarril Coahuila y Zacatecas, por incosteables”.

“Hubo lágrimas, la tristeza invadió a muchos, empleados y usuarios, no se acostumbrarán fácilmente a ya no

oír el silbato del tren que los transportaba”, escribió Delia Echeverría en *El Sol del Norte*.

Don Jorge González Solís, Marco Antonio Galindo y Aurelio Cabrera —este último quien trabajó como telegrafista y bombero en el tren— son quizá los últimos guardianes de la historia de tan importante medio de transporte.

Fragmentos el poema “El último adiós”

Escrito por J. Encarnación Mendoza R., conductor del Ferrocarril Coahuila y Zacatecas:

“Ya se acabó el Coahuilita
Que corría a Concepción
El tren de la vía chiquita,
Que se llevó mi corazón.
Pita pita y caminando;
Ya no te veré jamás,
Me moriré recordando
Que ya nunca volverás.

Te da Concepción del Oro
Un adiós y los ramales
Y el fabuloso tesoro
De sus ricos minerales.

Te dicen los de la Punta
Adiós; también de Jazminal.
Y Ávalos donde se junta
El entronque de Terminal.

Parece una melodía;
Tu silbato, tu gran voz,
Que se pierde en la lejanía
Contestando aquel adiós.

Donde se escribió esa historia
Que jamás se borrará
Y también de la memoria
Ya jamás se olvidará”

42. ARMILLITA, GRANDE ENTRE LOS GRANDES

Humberto López-Torres



Becerrista, a sus trece años, cortó orejas y rabo en el toreo de La Condesa, en la ciudad de México, por ello fue llamado “El Niño Sabio del Toreo”. Dos años después hace su presentación en el mismo coso como novillero alternando con Julián Pastor y Edmundo Maldonado “El Tato”.

Nacía al mundo taurino Fermín Espinosa Saucedo “Armillita Chico” al que nadie le discutió jamás el título de “Maestro de Maestros”. Su afición por la fiesta le venía de familia, pues entre 1880 y 1885 su tío abuelo Pedro dejaba ir el capote en las corridas de feria de Saltillo. Su padre Fermín, conocido como “El Campanero”, fue banderillero y peón de brega.

El 3 de mayo de 1911 Fermín nacía al mundo en aquel Saltillo de entonces, pueblo tranquilo y risueño, rodeado de huertas de membrillo y cruzado por acequias; ciudad pequeña en la que nadie imaginaba que adquiriría las dimensiones y la importancia económica de hoy.

Los auténticos conocedores lo ubican como uno de los cinco o seis mayores toreros de la historia. Y lo fue, sin pu-

blicidad ni ayudas extrañas, simplemente haciendo de la tauromaquia un arte mayor: extendía el capote, alegraba el tercio de banderillas, esgrimía la magia de su muleta. Era la elegancia personificada.; fue la naturalidad misma en traje de luces.

El escritor español, José Carlos Arévalo, refiere a Fermín Espinosa como el mejor torero del mundo. Por algo sería.

Saturnino Frutos “El Ojitos”, matador de principios del siglo XX comenzó a llamarlo Armillita, por su parecido físico con el peón español, Esteban Arguelles, a quien apodaban de la misma manera. En España se le conocía como “El Joselito mexicano”.

Hijo de Fermín Espinosa Orozco y de María Saucedo Flores, Fermín Espinosa había nacido el 3 de mayo, Día de la Santa Cruz, de 1911 en Saltillo, Coahuila.

Y habiendo cumplido, apenas cinco meses antes, los dieciséis años un 23 de octubre de 1927, Antonio Posada le cedió los trastos en los tercios de El Toreo, con Maromero, de San Diego de los padres. Su padrino fue el propio Posada y el testigo Pepe Ortíz. Así se convirtió en el torero más joven en la historia del toreo en México. Sus inicios, compitiendo con figuras de renombre y ampliamente publicitadas, no fueron nada fáciles. Soporta con estoicismo y clase, ninguneos y vejámenes mientras toreros mucho menos aptos y talentosos se repartían contratos y notas de prensa, aquí y en España.

Debutaría en España el 25 de marzo de 1928, en la monumental de Barcelona con el toro Bailador; su hermano Juan es el encargado de cederle los trastos con Vicente Barrera como testigo. El 10 de mayo, mes y medio después

confirma en Madrid con el toro Gaditano; Manuel Jiménez (Chicuelo) fue su padrino en tanto que El Gitanillo de Triana, Francisco Vega de los Reyes, el testigo.

Después de asombrar a México desde becerrista por su intuitiva y precoz maestría, la España de los toros, con mayor fuerza y convicción se rindió a su arte. Pero al deslumbramiento inicial le siguió un impasse, pues, junto a artistas como Chicuelo, Cagancho y Cuyo Puya; o bullidores hiperactivos como Vicente Barrera o Manolo Bienvenida, el joven mexicano, demasiado conciso y sobrio parecía soso, desangelado. En el final de la década de los veinte toreó menos corridas cada vez. Las temporadas 29-30 y 30-31 las tuvo que pasar en España, pues la empresa de El Toreo prescindió de él.

Bajo un cielo encapotado, un cartel de segundones y poca gente en los tendidos, la corrida de aquel 5 de junio de 1932 en el viejo circo de la Carretera de Aragón transcurría gris. Hasta que saltó a la arena el cierraplaza Centello, negro y de finas hechuras; codicioso y noble desde el principio. Y Fermín, dispuesto a todo se volcó con ese toro al que le cuajó una de las faenas más señeras, una lidia redonda de principio a fin; armonía en estado puro. El público exigió y obtuvo una oreja de Centello; y paseó al mexicano en hombros por los callejones de la villa del Oso y el Madroño hasta bien entrada la noche.

Ese mismo año, ya en la fama, Fermín Espinosa surgía triunfador absoluto en las corridas generales de Bilbao. En la segunda mitad de 1932 hizo veintisiete paseillos en la península, pero al año siguiente serían cincuenta y uno; sesenta y cuatro en 1934 y para el 35 quedó como líder en corridas toreando en sesenta y cinco ocasiones.

Con la puñalada a traición dado a la naciente República a través del fracasado cuartelazo de Franco, que dio lugar a la guerra civil (un millón de muertos, un millón de exiliados), las relaciones taurinas entre España y México quedaron rotas, situación que prevaleció hasta 1944, años en que el toreo mexicano se consolida con valores y carácter propio hasta vivir su propia edad de oro. Época en la que surgirían, al lado de Armillita, personalidades del calibre de Lorenzo Garza, Luis Castro “El Soldado”, Alberto Balderas, Jesús Solórzano, Silverio Pérez, Carlos Arruza, Luis Procuna y varios más.

Fermín Espinosa Armillita regresa a la península en cuarenta y cinco y cuarenta y seis; cobra en Sevilla uno de los poquísimos rabos otorgados en La Maestranza; triunfa en Bilbao, y en Barcelona le son otorgados el rabo y las cuatro patas del noble Clavelito, de Justo Puente.

Ningún torero mexicano logró en nuestra capital lo que Fermín: entre 1927 y 1954 llegó a sumar ciento cincuenta y siete paseillos (ciento treinta y seis en El Toreo de la Condesa, quince en la México y seis en Cuatro Caminos. Ganó cuatro veces la Oreja de Oro en 1928, treinta y dos, treinta y siete y cuarenta y dos; rivalizó con Domingo Ortega lo mismo en España y México que en Portugal y Perú; venció a Manolete cuantas tardes alternaron en plazas de la Ciudad de México.

Se le reconocieron siempre a Armillita, una insólita comprensión del carácter de las reses y un dominio cabal de los tres tercios y las suertes más variadas.

El 15 de diciembre, en el inicio de la Temporada Grande de 1946, su faena con Nacarillo, de Piedras Negras fue (y aquí me voy a permitir el lugar común) apoteótica. En

su crónica de *El Universal*, Carlos Septién García lo enunció así: “Torero inmortal este Fermín de Saltillo, con el que México se incrusta triunfalmente en la historia del toreo universal.”

El Maestro de Maestros fue el creador del lance con el capote conocido como Saltillera; cortó el 20 de diciembre de 1936 en el Toreo de la Condesa, seis orejas, dos rabos y una pata a los toros Cantarito, Garboso y Pardito, de San Mateo. Y a pesar de todos sus triunfos y de su toreo, elegante como ninguno, hay quienes no le perdonan el no haber aportado su ofrenda de sangre. Salvo dos puntazos y algunas volteretas, la única cornada sufrida por Fermín Espinosa, se la dio el toro Despertador, el 20 de noviembre de 1944 en la plaza de San Luis Potosí.

Armillita se retira formalmente de los ruedos el 3 de abril de 1949 y muere el 5 de septiembre de 1978 a causa de una peritonitis aguda.

En la plazuela de San Francisco fue levantada una estatua en su honor; la plaza de toros de Jalostotitlán, en Jalisco fue bautizada con su nombre. Agustín Lara le dedicó el pasodoble Fermín, interpretada, entre otros cantantes, por Plácido Domingo.

43. LAS BRUJAS EN EL SALTILLO COLONIAL

Juan José Casas García



La Inquisición no fue realmente la institución punitiva que se describió como una Leyenda Negra en la España de los siglos coloniales. Algunos investigadores como Bartolomé Benassar han considerado que la Inquisición funcionó más bien como una institución de control que fijaba objetivos específicos de vigilancia y no tanto de castigo, por ejemplo, se priorizaba más en recaudar los bienes económicos de los judíos que castigarlo.

La villa del Saltillo conoció juicios de la Inquisición contra brujas en 1667. Uno de estos acontecimientos ocurrió por causa de una infidelidad amorosa ocurrida 1665. Gerónima de Sotomayor acusó ante el párroco de la villa a su marido, Manuel de Voz Mediano, por estar en amistad ilícita con una mujer veinte años menor que ella, Francisca de la Cerda y San Miguel. Gerónima, en un intento por recuperar a su marido, recurrió a ciertas prácticas que fueron consideradas alejadas de la ortodoxia cristiana. Ahora bien, Gerónima relató ante el párroco que dichas prácticas habían sido aconsejadas por otras mujeres. María de Voz Mediano, hija de Gerónima y de Manuel, rectificó la

historia de su madre, señalando que las prácticas sospechosas eran el triturar huesos de difunto sobre la ropa del enamorado sin necesidad de rezar a ningún santo, entre otras cosas más. Se mencionó igualmente que, si apareciera una víbora o un perro negro, no tuviese miedo. Recordemos que las apariciones relacionadas con el color negro estaban ampliamente ligadas al demonio en la tradición cristiana medieval que vinculaba el color a la maldad en contraposición del blanco que designaba la luz, la verdad o la pureza.

El párroco Juan de Villareal, quien era al mismo tiempo inspector del Santo Oficio en Saltillo, mandó el caso a la ciudad de México. La Santa Inquisición respondió dos años más tarde, dando inicio a los juicios en 1668. De este modo, cuatro mujeres serían descritas por prácticas de brujería: Francisca de la Cerda y San Miguel, Catalina San Miguel, Magdalena San Miguel (todas ellas emparentadas) y Mariana de la Fuente. Los interrogatorios fueron realizados a los vecinos en calidad de testigos de la reputación de las cuatro mujeres con un listado de preguntas predispuestas, es decir, con un modelo específico de interrogaciones, sin fomentar nuevas, lo que generaría respuestas predichas.

Lo que resulta interesante es que son precisamente los testigos quienes formaron el concepto de moral en la villa de Saltillo. Para los vecinos de la villa, las tres primeras mujeres no habían realizado nada fuera de lo normal, no así la última, Mariana de la Fuente, a quien consideraban una verdadera bruja minando su buena fama. Aquellos que hablaron tejieron redes de complicidad vinculadas con quienes ya conocían, de tal forma que la mala fama

recayó solo en Mariana. Los testigos que hablaron sobre Mariana de la Fuente fabricaron una directriz que relataba la presencia del demonio en la persona de la acusada. Las prácticas de Mariana fueron descritas con la constante del miedo, es decir, acciones que escapaban del entendimiento de los vecinos, así, por ejemplo, se le acusa de tomar formas no humanas y de sacar los ojos a los niños.

De esta manera, la acusación de infidelidad marital de Gerónima de Sotomayor desencadenó una serie de acontecimientos que pusieron en la mira de la Inquisición a cuatro mujeres que fueron vinculadas al imaginario de la brujería, además que se señaló incluso una especie de aquelarre, es decir, una reunión de muchas brujas, aunque sin testigos oculares del evento, solo rescatando una canción en el proceso de interrogación. Ahora bien, estas prácticas fueron, según la óptica de la sociedad colonial de Saltillo, más perversas que un asesinato mismo. Gerónima de Sotomayor y su hija María de Voz Mediano (las que acusaron de brujería a las cuatro mujeres en un primer momento), asesinaron a su esposo y padre Manuel de Voz Mediano por causa de su infidelidad y malos tratos; sin embargo, los vecinos consideraron que las prácticas de la brujería eran aún más malignas, por lo que no se investigó a madre e hija, pero sí a las mencionadas brujas.

De este modo, se juzgó a cuatro mujeres por sus actos y se concentró agudamente en una. La bruja no necesitó saber que era bruja, fue así descrita por aquellos que juzgaban con preconcepciones sobre las prácticas. Finalmente, cabe destacar que el caso no llegó a mayores, puesto que Mariana de la Fuente falleció en 1670, parando el juicio en su contra. Además de ello, cabe recalcar que quien

mediaba entre la sociedad y la Inquisición, el párroco Juan de Villareal, argumentaba en los informes al Santo Oficio que Mariana no era más que una mujer pobre y partera, de buenas costumbres. Fue, pues, la sociedad que arremetió contra ella en sus discursos. Se creó por consiguiente un imaginario colectivo, ya que los testigos guiaron el caso contra Mariana, pues perdonan el asesinato cometido por Gerónima y María, y las prácticas similares recreadas por las mujeres san Miguel.

Los casos de la brujería en Saltillo apenas son trabajados sistemáticamente en nuestra ciudad. Existe un pequeño artículo guía sobre el tema escrito por Arturo Villareal titulado “De herejes y hechiceras: la curiosa historia de los san migueles. Saltillo, siglo XVI y XVII; Monclova, siglo XVIII” presente en el número ciento tres de la *Revista Coahuilense de Historia*. Del mismo modo, Gustavo Iruegas se dedicó a recopilar los casos de brujería en Coahuila durante la época colonial, su libro se titula *La complicidad de Coahuila*, editado por la Secretaría de Cultura del estado. Aunque me parece pertinente señalar que el trabajo más completo escrito hasta ahora corresponde al del historiador Alan Orlando Caballero, *Brujería y hechicería en la villa de Santiago del Saltillo: cuatro casos del Santo Oficio de la Inquisición de 1665 a 1670*, editado igualmente por la Secretaría de Cultura. Estos tres textos se encuentran de manera gratuita en línea.

44. BRUJERÍA EN SALTILLO

Tamara Medrano Flores



Es inevitable vernos atraídos por historias fantásticas que involucran magia, conjuros y hechizos. Vivimos en una sociedad en la que en nuestras creencias e ideologías tienen connotaciones negativas y positivas. Al escuchar hablar sobre la hechicería o la brujería solemos asociarla con maldiciones, encantamientos o brebajes. Hay quienes también relacionan este término a fines curativos o protección. Los grandes escenarios para que se propicien los maleficios y la existencia de estos seres sobrehumanos conocidos brujas son casi siempre la noche, los lugares apartados e incluso los panteones. En 1486 se publicó en Alemania el *Malleus Maleficarum*, conocido como el martillo de las brujas. Este libro exponía las bases de una persecución que llevó a una gran cantidad de personas y sobre todo de mujeres inocentes a ser torturadas. Del siglo XV al XVIII países de Europa y América tuvieron en su historia casos de brujería en donde muchos de los crímenes de las acusadas era crear ungüentos y remedios medicinales, salir de su casa por las noches o ayudar en los partos.

De los casos más sonados en América se encuentran los juicios de Salem ocurridos en el actual estado de Massachusetts, Estados Unidos entre 1692 y 1693. En estos

juicios se llevaron a la corte varias mujeres de las cuales una gran parte fueron ejecutadas. Entre las acusadas, sobresale el caso de Tituba. Tituba fue acusada de brujería, pero a diferencia de otros casos ella aceptó hacerla y utilizar animales para sus rituales; estas afirmaciones las realizó tras ser golpeada cruelmente. Con sus confesiones estremeció a toda la sociedad, pues declaró que la maldad había entrado al pueblo. A pesar de ser esclava y haber confesado tales crímenes, Tituba no es ejecutada, fue enviada a la cárcel y más tarde puesta en libertad.

En Saltillo tenemos grandes historias en las que se destacan las brujas como personajes principales. Una leyenda conocida es el ataque que Mónico sufrió por las brujas entre los años de 1919 y 1921. Se dice que Mónico tenía un gran temor de que las brujas se lo llevaran, por lo que familiares y autoridades preocupados por su situación decidieron cuidarlo mientras dormía. El cansancio llegó a sus guardianes, por lo que se quedaron dormidos. Al día siguiente a las seis de la mañana, Mónico ya no estaba en cama, su cuerpo fue encontrado sin vida en la alberca de Altamira.

Sin dejar de darle importancia a nuestras leyendas, indagando un poco en el Archivo Municipal de Saltillo encontré que existieron mujeres que fueron juzgadas de varios crímenes que hacen referencia a la brujería, entre las acusaciones sobresale el vudú, amarres amorosos y una que otra maldición. El 6 de julio de 1748 José Joaquín Rivera se quejó en contra de Miguel González y tres amigos por entrar de forma ilegal a su casa, haberlo amenazado de muerte, para finalmente llevarse a su esposa Manuela de origen mulato, argumentando que había hechizado a

su pareja. Manuela declaró que fue maltratada y azotada brutalmente por Miguel González, pues le dijo:

—Aquí has de morir o me has de dar sanar a mi mujer que la tienes hechizada o al menos has de confesar qué mujer te enseñó la hechicería para que la cure.

A lo que Manuela respondió:

—Señor Miguel, por la virgen que yo no sé nada de eso, ni en mi vida lo he sabido, ni sé qué mujer es la pregunta.

Al escuchar la respuesta, don Miguel la golpeó tan fuerte que, por miedo, Manuela aceptó que tenía hechizada a su esposa, diciéndole que la curaría con un muñeco que tenía en su casa. Ella aclara que decidió afirmar dicha acusación para que se le dejara vivir. Miguel González decía que Manuela había hechizado a su esposa, pues él había visto cómo Manuela dio a su pareja una pelotilla de hueso de maguey con alfileres y desde ese momento su esposa cayó en cama con una enfermedad que fue considerada desconocida para su época. A Manuela no se le encontró prueba de que hubiera realizado algún hechizo, pero los azotes, el maltrato y las acusaciones la dejaron en mal estado. Varias mujeres fueron acusadas de brujería sin fundamentos y hubo otras que aceptaron haber efectuado algún maleficio. La mayoría de los acusados en estos casos fueron mujeres, pues existen pocos documentos donde se hayan efectuado juicios a hombres por el caso de brujería.

(Fuente: Acervo Histórico del Archivo Municipal de Saltillo. AMS, PM, C17, E68, F41).

45. LOS ESCLAVOS NEGROS EN LA HISTORIA DE SALTILLO

Juan José Casas García



El vocablo “negro” tiene su origen en la palabra latina *niger* que designaba simplemente el color. En la Roma antigua, por ejemplo, los hombres negros podían ser símbolo de riqueza o de belleza. Otras culturas veían el color negro como un signo completamente positivo, como los egipcios que lo vinculaban a la fertilidad (debido al limo que aporta el río Nilo) o los vikingos que veían en el cuervo, negro, una de las muchas apariciones del dios Odín. Es con la Edad Media y con el cristianismo que el significado de la palabra “negro” se tornó negativo. Se comenzó a especificar a los humanos con dicho apelativo basándose en su color de piel y en otros elementos descriptivos tanto cultural como geográficamente. Así, la imagen de varios territorios —como África— se fueron transformando como espacios sombríos habitados por seres monstruosos. Por tanto, la connotación peyorativa comenzó con la oposición de los colores blanco/negro, por un lado, luz, pureza, y por el otro oscuridad y peligro. La cristiandad reforzó esta categoría asociando la figura de Satán con la oscuridad y el color negro.

En este contexto de negatividad, la palabra negro (como color) se confundió con “negro” (designando al ser humano) por medio de la trata de esclavos en el siglo XVII. Es a partir de la esclavitud de hombres y de mujeres negros, realizada por portugueses, que la palabra ya no se referiría a un color, sino a un estatus social. El sistema de esclavitud colocó el color y la persona como un sinónimo y con una connotación negativa, es decir, negro sería igual a esclavo. Incluso la ciencia del siglo XIX clasificaría la inferioridad del negro, en una escala social, basándose en el color de la piel como un elemento que determinaba las aptitudes intelectuales y morales. En suma, lo simbólico de los colores y su oposición realizaron viajes en los imaginarios a través de las temporalidades y de las latitudes. Así, la esclavitud de negros constituyó una parte esencial en la historia de América, de México y de Saltillo.

Los negros, que a la postre devinieron mulatos por medio del mestizaje, llegaron como esclavos a Saltillo provenientes de Zacatecas o de Mazapil, principalmente. En estas villas eran empleados en las minas, muy importantes para el virreinato de la Nueva España. En Saltillo, por otro lado, fueron utilizados en las actividades agrícolas de las haciendas o como esclavos domésticos. El primer documento registrado sobre esclavos negros en Saltillo data de 1659, pero eso no significa que la presencia esclava comenzó en dicha fecha. Para comerciar esclavos se debía pagar un impuesto a la Caja Real, por lo que los negros fueron normalmente silenciados de las actas oficiales para precisamente escapar a dichos pagos. Es decir, los negros no solamente fueron vejados en la realidad, sino también en los discursos del poder colonial, por lo que muy proba-

blemente los esclavos negros hayan llegado incluso antes de esa fecha.

La pirámide social fue insertada en el imaginario y en las mentalidades. Así, por ejemplo, el hermano de Miguel Ramos Arizpe, el cura de la parroquia de san Juan Nepomuceno, Rafael Trinidad Ramos y Arizpe, se opuso en 1798 al matrimonio de una española con un mulato “cuya desigualdad es bien notoria”, argumentaba el párroco. No se trató del único religioso que poseía este tipo de mentalidad, pues incluso los franciscanos y jesuitas de la ciudad poseían esclavos a quienes utilizaban en labores domésticas o a quienes vendían como mercancías. Los sacerdotes de Parras y Monclova hicieron lo mismo.

Ahora bien, existían diversas maneras de obtener esclavos, la más común era la compraventa, que certificaba al esclavo como una propiedad privada, pero también fueron heredados en testamentos o cambio de posesión por medio de cartas, es decir, el negro era claramente una mercancía, con precios no siempre fijos. En Saltillo, por ejemplo, quienes más compraban y vendían esclavos, quienes más consumían su fuerza de trabajo, eran los militares. Del mismo modo, al ser tipificados como mercancía, los esclavos eran separados de sus familias, como el caso de Nicolasa quien fuese separada de su madre Juana en 1726 por conducto de venta. De igual forma, el vientre de mujer esclava era construido como mercancía, es decir, el producto de dicho vientre sería declarado esclavo. De esta manera, los negros y mulatos nacían siendo esclavos a raíz de la construcción de la sociedad colonial. El caso de la esclava María en 1805 constituye un ejemplo muy ilustrativo. Rosalía de la Zendeja vendió a su esclava María a

Gertudris Polanco sin saber que la esclava estaba embarazada, por tanto, una vez nacida la criatura, se alegó que el embarazo había sido gestado en casa de Rosalía, por lo que Gertrudis debía pagarle más dinero. Finalmente, se pagó 186 pesos por el vientre y veinticinco por la prole. En ese sentido, ya se pactaban precios y se vendían esclavos incluso antes de nacer, al igual que se fijaba que una esclava hembra era más cara que un esclavo macho, por lo menos en Saltillo.

Por otro lado, el color no fue el único elemento para generar esclavos, había incluso en Saltillo esclavos blancos producto del mestizaje, dicho de otra manera, se trató del mismo sistema de esclavitud por vientre, aunque el color de piel de los gestantes hubiese cambiado con el tiempo. De este modo, se hablaba de mulatos blancos, es decir, el color no correspondía a la realidad, sin embargo, ya se había dibujado el imaginario sobre la figura del esclavo. Mulato fue, por tanto, una categoría social y no un color. De hecho, en Saltillo se registraron veintitrés colores diferentes de negritud, desde el negro, prieto, cocho, membrillo, hasta el trigueño y blanco.

Ahora bien, todo proceso de dominación lleva consigo elementos de resistencia. Es decir, los negros no constituyeron un grupo social que no luchó por sus intereses. Al contrario, se relataron casos de esclavos negros con armas en 1687 e incluso un mulato esclavo mató al hijo de su ama en 1729, además de los diversos casos de fuga que se registraron durante el periodo colonial. De la misma manera, un mecanismo de defensa contra la esclavitud fue la compra de esclavos por parte aquellos que se habían liberado. Dicho de otro modo, los mulatos libres acumulaban

capital económico para después comprar y liberar a sus seres queridos, como el caso de Manuel López de la Cruz quien en 1759 solicitó la compra de su esposa María Faustina o el de María Bruna Fausta que pretendía liberar a sus dos hijos. Del mismo modo, veinticinco esclavos de la hacienda de Mesillas juntaron capital para “que se le haga la redención de dicha esclavitud” a su compañero Joseph Ygnacio de Aguirre en 1774.

En fin, poco a poco, la palabra Negro (con mayúscula) se construiría como un concepto de combate para luchar contra las injusticias sociales. Los esclavos haitianos, por ejemplo, llevarían a cabo su independencia en 1804 bajo esta bandera. En el siglo XX, el intelectual Aimé Césaire incluso tomaría las connotaciones negativas de la palabra negro para transformarlas en dignidad. Para él, la negritud también formaba parte de la humanidad y de su historia.

El Archivo Municipal de Saltillo contiene un rico acervo de alrededor de doscientos cuarenta y nueve documentos sobre esclavos negros, mulatos y sus descendientes que recorren por lo menos entre doscientos cinco y doscientos quince años de esclavitud en nuestra ciudad, según las estimaciones de los historiadores Carlos Manuel Valdés e Ildefonso Dávila, quienes realizaron un bello estudio pionero —sobre esta sociedad marginada del Saltillo colonial— publicado por el archivo de la ciudad en 1989.

Como se ha dicho, los negros también formaron parte de la historia de toda la América —México y Saltillo incluidos— aunque con connotaciones netamente negativas. La historia se construye con las filias y las fobias, y queramos o no, los esclavos y los esclavistas forman parte de nuestra historia como saltillenses. Los negros fueron pin-

tados de una manera negativa, nuestra ceguera nos impide ver que, tanto ayer como hoy, ellos, al igual que otros grupos marginados, también formaron y forman parte de una paleta mucho más amplia de colores y que construyeron y construyen lo que es hoy nuestra sociedad. Visto de esta manera, me parece que a nuestra mítica fuente de la plaza Nueva Tlaxcala le hace falta un indio nómada y un esclavo negro. Como lo apuntaba el escritor Eduardo Galeano, hasta los blancos blanquísimos vienen del África. Así, debemos conocer y reconocer que formamos parte de un arcoíris humano.

46. JULIO TORRI

Juan José Casas García



“Julio Torri era un lujo mexicano que muy pocos gozaron y que siguen sin gozar”. Así describió el escritor Augusto Monterroso a Julio Torri en su *Viaje al centro de la fábula* de 1989 y tal vez tenga un dejo de razón. La verdad es que Julio Torri no es uno de los escritores más leídos y prolíficos de nuestro país, lo que no quiere decir que no sea brillante.

Julio Torri nació en Saltillo el 27 de junio de 1889. De su adolescencia no se sabe mucho, salvo que estudió en el Ateneo Fuente. Sin embargo, su juventud es más conocida. Viajó a los diecinueve años a la Ciudad de México para estudiar jurisprudencia y es en esa ciudad, en 1909, que formó parte de uno de los grupos de intelectuales más importantes de su generación: el Ateneo de la Juventud. Este grupo fue integrado nada más y nada menos que por Alfonso Reyes, José Vasconcelos, Antonio Caso, Martín Luis Guzmán y Diego Rivera, entre otros. Su objetivo era trabajar y reflexionar en torno a la cultura y las artes, criticando la corriente del positivismo de la época y anticipándose de alguna manera a la caída de Porfirio Díaz y su grupo de *científicos*. Fue escritor, abogado, profesor, traductor, director del Departamento Editorial y fundador

del Departamento de Bibliotecas de la Secretaría de Educación Pública. Además de ello fue miembro de la Academia Mexicana de la Lengua.

Torri fue uno de los mejores escritores de su tiempo, lo cierto es que no escribió mucho y no fue tan conocido, pero es ahí donde radica su riqueza. Uno de los intelectuales más importantes de nuestro país, Alfonso Reyes, regiomontano, principal crítico y gran amigo del saltillense argumentó que Torri, para la década de 1910, “nos ha dejado algunas de las más bellas páginas de prosa que se escribieron entonces; y luego, terso y fino, tallado en diamante con las rozaduras del trato, no admite más reparo que su decidido apego al silencio [...]”. Es decir, escribió poco, aunque varios de sus amigos lo presionaban para seguir escribiendo y publicando. Torri pensaba, por otro lado, que la escritura no debía ser dañada con tanta palabrería, así pues, la literatura debía ser breve y concisa. Fue él quien afirmó que “después de los veinticinco años solo debe publicarse libros perfectos”.

Es de esta manera que Julio Torri fue breve, tanto en su escritura como en su obra. Sin embargo, lo hizo de manera deliberada, ese era su ideal literario, puesto que consideró que el recato era una de las más grandes virtudes del escritor. En su texto *El descubridor* materializa su ideal: “A manera del minero es el escritor: explota cada intuición como una cantera. A menudo dejará la dura faena pronto, pues la veta no es profunda. Otras veces dará con rico yacimiento del mejor metal, del oro más esmerado”. Dicho en otras palabras, Torri realizó una analogía entre el escritor y el minero señalando que se debe solamente descubrir el oro, separando los demás metales, no tan va-

liosos, de ahí que la escritura debe ser corta y perfecta, no larga y sin sentido. Más adelante Torri agrega que el escritor debe ser “ante todo un descubridor de filones y no un mísero barretero al servicio de codiciosos accionistas”. En otro texto, *Holocausto* sostiene que “los poetas pródigos corren el peligro de acostumbrarse a su facilidad en perjuicio de su perfección”. La perfección es, pues, la brevedad y la concisión, no la abundancia. Ese es el silencio aludido por Reyes, una especie de *Horror Abundantia*.

Una de las razones por las que Torri no fue tan conocido en su tiempo es que su estilo estuvo en fuerte contradicción con el modelo literario de México, la novela de la Revolución mexicana, la tendencia dominante de la época. Fue crítico de la novela e incluso de la Revolución, como se observa en uno de sus escritos más impactantes *De fusilamientos* donde escribe que “El fusilamiento es una institución que adolece de algunos inconvenientes en la actualidad”. De forma irónica, clave de su escritura, Torri critica el fusilamiento que para 1915, año en que escribió el relato, se encontraba en cada espacio de México. Con una gracia irónica, por ejemplo, alude que algunos de los que serían fusilados prefieren tener los ojos vendados, pues los ejecutores están mal vestidos, al igual que el aguardiente que se da como último deseo es de una muy mala calidad. En otro de sus textos, *La feria*, una india le dice a otra “yo sabía leer, pero con la revolución se me ha olvidado”. Se puede notar que Torri trabaja con maestría la ironía como núcleo de su crítica. En ella recae la habilidad explosiva del autor (otro de los grandes ironistas de la literatura mexicana es Jorge Ibargüengoitia, lea por ejem-

plo *Los relámpagos de agosto* igualmente situado en el contexto de la Revolución).

De esta manera, su imagen y su excelente escritura fueron silenciadas en la literatura mexicana debido al ascenso de la novela de la Revolución mexicana que desde 1915 había tomado lugar en la escena literaria de México por la grandiosa obra de Mariano Azuela *Los de abajo*. Esta corriente fue impulsada inmediatamente después en los años 20 por los intelectuales y por el poder mismo en busca de legitimar su presencia, acallando, por lo tanto, a las demás tendencias literarias. Y no es poca cosa, podría decirse que, entre otros factores, el nacionalismo mexicano impidió al regiomontano Alfonso Reyes ganar el premio Nobel de literatura.

Sea como fuere, los trazos de Torri se encuentran en otros escritores latinoamericanos como Monterroso, Cortázar o el mismo Borges. Lo mágico de su obra se entrelaza con lo real para tejer una red de soporte para su escritura. Así por ejemplo en *El héroe* escrito en 1940, Torri osa decir que el caballero que mató al dragón, lo hizo de manera ventajosa, pues el monstruo no le había hecho ningún daño. Algo parecido diría Borges en *La casa de Asterión* (léalo) de 1947. Torri construye, pues, la figura de un antihéroe que no merecería ninguno de los privilegios que, según la literatura infantil, merecería el dicho “héroe”. No los quiere, no los merece “¡Cuánto envidia la sepultura de los héroes sin nombre!”, concluye el protagonista. En su poema *A Cirse*, Torri describe con gran honestidad a un marinero que quiere perderse en el mítico canto de las sirenas: “¡Cirse, noble diosa de los hermosos cabellos! Mi destino es cruel. Como iba resuelto a perderme, las sire-

nas no cantaron para mí”. De nuevo la ironía, lo mítico, lo real. En otro de sus escritos *Los unicornios*, Torri incluso se atreve a asegurar la otrora existencia del animal fantástico y mitológico. Son ellos los que magistralmente optaron por morir y no entrar en el arca de Noé, pues los otros animales eran limpios e inmundos con un mal olor intolerable. Lo mismo hicieron las sirenas, los grifos y una gran variedad de dragones testimonio de la cerámica China. Ellos existen porque existen en el imaginario, en lo mágico y, sin embargo, “con gallardía prefirieron extinguirse. Sin aspavientos perecieron noblemente”.

Julio Torri murió el 11 de mayo de 1970, no sin dejar tras de sí una herencia literaria verdaderamente maravillosa. Escribió dos libros que genialmente recopiló bajo el título *Tres libros*, jugando con el lector aludiendo que el tercero es precisamente el que los recopila. Poco a poco su obra es estudiada y tomada en cuenta no solo en México sino en todo el mundo. Así, por ejemplo, el profesor de la Universidad de Calgary, Serge I. Zaitzeff, acaso su mayor lector, recopiló otros escritos dispersos y se dio a la tarea de publicar tres libros póstumos, entre poemas, cuentos y cartas. Su obra completa es finalmente publicada por el Fondo de Cultura Económica.

Gracias a su aportación a la cultura y a la literatura mexicana, la librería del Centro Cultural Universitario de la UNAM lleva su nombre, así como el Premio Nacional de Cuento Breve organizado conjuntamente por el Fondo de Cultura Económica y la Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de Coahuila, y el Festival Internacional de las Artes en el mismo estado.

En fin, seamos, pues, el gambusino de Torri y descubramos su brillante literatura, sumémonos a la fila de sus lectores y gocemos, como lo apuntó Monterroso, a este saltillense que era y es todo un lujo mexicano, ya que, en estos tiempos dominados por la palabrería, conviene leer su obra que asombra por tanta riqueza en tan pocas páginas.

Cinco cuentos cortos de Julio Torri

A Circe

¡Circe, diosa venerable! He seguido puntualmente tus avisos. Mas no me hice amarrar al mástil cuando divisamos la isla de las sirenas, porque iba resuelto a perderme. En medio del mar silencioso estaba la pradera fatal. Parecía un cargamento de violetas errante por las aguas.

¡Circe, noble diosa de los hermosos cabellos! Mi destino es cruel. Como iba resuelto a perderme, las sirenas no cantaron para mí.

Literatura

El novelista, en mangas de camisa, metió en la máquina de escribir una hoja de papel, la numeró, y se dispuso a relatar un abordaje de piratas. No conocía el mar y sin embargo iba a pintar los mares del sur, turbulentos y misteriosos; no había tratado en su vida más que a empleados sin prestigio romántico y a vecinos pacíficos y oscuros, pero tenía que decir ahora cómo son los piratas; oía gorjear a los jilgueros de su mujer, y poblaba en esos instantes de albatros y grandes aves marinas los cielos sombríos y empavorecidos.

La lucha que sostenía con editores rapaces y con un público indiferente se le antojó el abordaje; la miseria que amenazaba su hogar, el mar bravío. Y al describir las olas en que se mecían cadáveres y mástiles rotos, el mísero escritor pensó en su vida sin triunfo, gobernada por fuerzas sordas y fatales, y a pesar de todo fascinante, mágica, sobrenatural.

La humildad premiada

En una universidad poco renombrada había un profesor pequeño de cuerpo, rubicundo, tartamudo, que como carecía por completo de ideas propias era muy estimado en sociedad y tenía ante sí un brillante provenir en la crítica literaria.

Lo que leía en los libros lo ofrecía trasnochado a sus discípulos a la mañana siguiente. Tan inaudita facultad de repetir con exactitud constituía la desesperación de los más consumados constructores de máquinas parlantes.

Y así transcurrieron largos años hasta que un día, en fuerza de repetir ideas ajenas, nuestro profesor tuvo una propia, una pequeña idea propia luciente y bella como un pecesito rojo tras el irisado cristal de una pecera.

El descubridor

A semejanza del minero es el escritor: explota cada intuición como una cantera. A menudo dejará la dura faena pronto, pues la veta no es profunda. Otras veces dará con rico yacimiento del mejor metal, del oro más esmerado. ¡Qué penoso espectáculo cuando seguimos ocupándonos en un manto que acabó ha mucho! En cambio, ¡qué fuerza la del pensador que no llega ávidamente hasta colegir

la última conclusión posible de su verdad, esterilizándola; sino que se complace en mostrarnos que es ante todo un descubridor de filones y no mísero barretero al servicio de codiciosos accionistas!

De funerales

Hoy asistí al entierro de un amigo mío. Me divertí poco, pues el panegirista estuvo muy torpe. Hasta parecía emocionado. Es inquietante el rumbo que lleva la oratoria fúnebre. En nuestros días se adereza un panegírico con lugares comunes sobre la muerte y ¡cosa increíble y absurda! con alabanzas para el difunto. El orador es casi siempre el mejor amigo del muerto, es decir, un sujeto compungido y tembloroso que nos mueve a risa con sus expresiones sinceras y sus afectos incomprensibles. Lo menos importante en un funeral es el pobre hombre que va en el ataúd. Y mientras las gentes no acepten estas ideas, continuaremos yendo a los entierros con tan pocas probabilidades de divertirnos como a un teatro.

47. HOTEL RANCHO EL MORILLO, UN PARAÍSO EN SALTILLO

José Torres Anguiano



Es como escaparse de Saltillo, estando dentro de Saltillo. Salir del bullicio de la ciudad y concentrarse en el ruido que producen las hojas de los árboles al moverse con el aire, y el canto de algunos pájaros que pasan por el lugar.

El Morillo es un hotel fundado en 1934 por doña Francisca Narro Gómez, todo por la insistencia de una mujer estadounidense que se quedó maravillada al conocer el lugar, y rogó a doña Francisca para que le permitiera quedarse por una temporada, pese a que solo había tres habitaciones y eran ocupadas por la familia.

“Lo vio muy bonito la americana, y aunado con la generosidad del clima de Saltillo, mi abuela negada, la casa tiene tres recámaras y solo cabía la familia, finalmente se convenció y le dio una recámara. A partir de esa anécdota nace la idea de poner el Campo Turístico el Morillo, en el 1934”, asegura Norma Rodríguez, nieta de doña Francisca Narro.

Doña Francisca fue madre de cuatro hijos, y además tenía que apoyar la economía familiar; fue así como tuvo la idea de habilitar la casa de campo que le había heredado su padre, primero como casa de huéspedes, y con el paso del tiempo como un pequeño hotel.

Las habitaciones del lugar son de adobe, y tienen décadas de existencia, pero sorprende que nunca se han goteado, y siguen de pie.

El ambiente rústico de cada cuarto hace recordar a las casas de rancho. Con muebles de madera tosca que le dan un acabado especial a cada habitación.

Los primeros huéspedes de El Morillo eran turistas procedentes del Valle de Texas y de Monterrey, quienes escapaban durante el verano del sofocante clima cálido de sus ciudades, para relajarse en el fresco clima de la capital coahuilense.

No solo duraban algunos días hospedados, su estancia se prolongaba por semanas en los cuartos que ofrecía el entonces Campo Turístico.

Disfrutaban de un contacto con el campo al llegar a El Morillo, porque, aunque actualmente la mancha urbana ha sobrepasado los terrenos que ocupa el hotel, en los años 30, el lugar se ubicaba entre el kilómetro dos y tres después del límite de la ciudad, “era un rancho”, señala Norma Rodríguez, quien asegura también que de esos huéspedes “salieron muchas amistades, porque se instalaban todo el mes”.

Los regios y americanos paseaban a caballo, se bañaban en la pila y nadaban en agua helada. Disfrutaban también de comer platillos típicos mexicanos, cocinados con productos que en el mismo lugar se producían.

Como dice Norma Rodríguez: “El Morillo es cien por ciento mexicano”.

Además de las habitaciones, el hotel tiene un restaurante, en el que se sirven desayunos a la carta, mientras que la comida y cena se decide un solo platillo para todos los huéspedes; también está un pequeño bar, de un ambiente familiar, lugar en el que se puede degustar un rico curado de pera y membrillo, hechos con frutos de El Morillo; hay también una sala de juntas, pues uno de los servicios del lugar es organizar eventos como reuniones de trabajo o retiros espirituales; el hotel cuenta con una alberca y una cancha deportiva; también está conectado con una gran huerta con cientos de árboles, sitio en el que caminar por la angosta vereda es sumamente tranquilizante, es un contacto real con la naturaleza.

“Siguen viniendo los americanos, y les ofrecemos que caminen en la huerta, hay también un espacio de lectura que es el portal, son habitaciones muy sencillas, pero tratamos de mantener el estilo mexicano”, señala Norma.

“Es un lugar de descanso, tenemos un bar familiar, un comedor, en la mañana hay desayunos a la carta, y comida y cena es un solo platillo que seleccionan entre todos los inquilinos”, agrega al hablar de los servicios que ofrece el hotel de ochenta años.

El misterioso curado de pera

Los curados de pera y de membrillo son productos artesanales que se producen en El Morillo, a los que solamente los huéspedes del lugar tienen acceso, pues estos no se comercializan.

El de pera es el que más llama la atención de los visitantes, pues es todo un espectáculo el ver una pera dentro de una botella de licor, y la pregunta que todos hacen en el hotel es ¿Cómo le hicieron para meter la pera ahí?

Norma Rodríguez cuenta que la idea fue de su padre quien, en uno de los múltiples viajes que hacía observó en algún lugar que hacían curados de diferentes frutas, y aprendió el procedimiento, por lo que, al regresar a Saltillo, colgó botellas en las ramas de los árboles frutales del rancho, y de esta forma la fruta crece dentro de la botella. Después se le pone tequila y se deja un año reposando, así se cura el licor con el sabor de la pera. Este procedimiento se realiza desde hace más de cuarenta años.

“Es un producto para romper el hielo, mi padre decía que al regalarlo las personas siempre preguntaban cómo lo había hecho, y de esta manera entablaban una conversación”, asegura Norma.

“Mi papá, era un tipo muy creativo y curioso, siempre inventaba cosas, era un plus del hotel, hacer productos artesanales que atrajera la atención de la gente”, agrega.

“Paso el portón, entro al paraíso”

Norma Rodríguez dice que se encontraron muchas cartas y documentos que muestran gran parte de la historia del hotel, y de todas ellas se conformó el archivo “Narro-Rodríguez”, de estos documentos rescata tres muy curiosos.

En julio de 1933, Sarita Narro, hermana de doña Francisca, le envía una carta diciéndole:

“A doña Consuelito le dije que a ti te daba mucha pena cobrarle, pero que yo te dije que si no le cobrabas entonces no iría. Que te resolviste a que fueran veinticinco pesos por semana, pues hice la cuenta de que tú pensabas rentar por tres pesos diarios por persona, con comida y demás. Aquí son cuatro personas, con el chofer y la muchacha... por eso yo creo que apenas con veinticinco pesos a la semana está bien, no les vayas a decir que tú me habías dicho que a veinte porque a ellos les pareció muy bien a veinticinco [...] Ojalá se estuvieran unas cuatro semanas, pero lo dudo”.

Otra de las cartas es una del turista estadounidense Louis Kidder Sparrow, quien narra su estancia de cuatro meses en el rancho, señalando que:

“Después de un camino escabroso, bajamos enfrente de una casa que se esconde un poco entre árboles centenarios, una cerca abierta y alta rodea la propiedad. Paso el portón, entro al paraíso, el ama (haciendo referencia a doña Francisca) toda gentileza, ella me sonríe. Da una bienvenida cordial. Es una señora muy bella, y de maneras refinadas, muy simpática, llena de bondad, los sirvientes son todos gentiles, felices, eficaces. Mi buena y fiel Carolina, que me trae el desayuno y pone rosas y otras flores”.

También doña Francisca se daba tiempo para escribir, y enviaba una carta a Herminio Rodríguez Fuentes, fechada en septiembre de 1954, platicándole:

“Tuvimos muchos turistas para el día del trabajo y entre ellos un señor tan alto y grueso que parecía de los que exhiben en los circos, y figúrate que al sentarse en la cama la hizo pedazos, ya se fue ayer de buena suerte, porque estaba yo con el pendiente de que rompiera más cosas”.

Para los religiosos y los amantes del buen comer

No se puede visitar El Morillo sin pasar por su capilla, una pequeña construcción que fue edificada en los años 20, y fue consagrada por el tercer obispo de la Diócesis de Saltillo, Jesús María Echavarría y Aguirre, el cual actualmente se encuentra en proceso de canonización.

El recinto está dedicado al Sagrado Corazón de Jesús, cuya imagen impera en el altar de color blanco. La pequeña capilla de ladrillo antiguo en color café, con puerta verde y rodeada por árboles, es el lugar preferido de muchas personas que reflexionan en oración.

Para los amantes del buen comer, El Morillo es también una excelente opción. La cocina del lugar es de muy buen sazón, los platillos que se ofrecen en el almuerzo son típicos de la gastronomía mexicana, acompañados de un buen café negro o un jugo natural de naranja.

El Morillo es el lugar perfecto para perderse entre la naturaleza sin salir de Saltillo. “Saltillo te ofrece muchas cosas que ver, hay que retomar esa idea. Que no sea solo el turismo empresarial el que tenga que venir aquí”, pide Norma Rodríguez.

¿Dónde está el morillo?

El Morillo está ubicado al sur de Saltillo, en la colonia Landín, en la calle Obregón, casi esquina con Luis Echeverría Álvarez.

48. UNAS BOTAS QUE DURAN 100 AÑOS, LAS DE ZAPATERÍA VICTORIA

José Torres Anguiano


Hechas por manos saltillenses; el taconazo, Piporro lo bailaba con calzado de Saltillo

Con tanta dedicación fabrican un par de botas, que cuidan hasta el más mínimo detalle. Miles de clientes han visitado este taller saltillense a lo largo de sus casi cien años de existencia.

Es la zapatería Victoria, ubicada en la esquina de Allende y Miguel Alessio Robles, en el Centro de Saltillo. Pero no es una zapatería cualquiera, porque aquí no solo se vende el calzado, sino que se fabrica por manos saltillenses.

Fue el 7 de junio de 1926 cuando don Gilberto Martínez Fuentes, exatleta olímpico, fundó su empresa en Saltillo, luego de haber aprendido el oficio de zapatero “de banco”.

El oficio que aprendió artesanalmente dio la idea a don Gilberto de poner su propio negocio, uno que ha trascendido tres generaciones, ya que después de él quedó a car-

go su hijo, don Raúl Martínez Cárdenas y su nieto Raúl Martínez de Valle.

Es característico el olor apenas entrando al negocio, ese aroma a cuero, a “zapato nuevo”. El local transporta a las antiguas zapaterías, aquellas donde pareciera que el tiempo no pasara. Al frente están los estantes, exhibiendo todo tipo de botas y botines, y al fondo, pasando una pequeña puerta se esconde el taller artífice de todo. Allá donde solamente cuatro personas fabrican cada bota cuidando todos los detalles, para que cada cliente quede satisfecho.

No siempre han estado en el mismo lugar. Ya estuvieron en Allende y Múzquiz, y en Zaragoza y Múzquiz. Luego en donde están ahora.

Don Gilberto nunca obligó a sus hijos a aprender la misma profesión, pero algo guió a su hijo Raúl a enamorarse de lo que hacía su padre, por eso se quedó aquí, cuidando el negocio.

Don Raúl Martínez dice que Zapatería Victoria vivió tiempos muy prósperos, y llegaron a tener más de veinte trabajadores, pero el “boom” de los sindicatos y los emplazamientos a huelga los llevaron a decidir quedarse solamente con cuatro.

Luego empezaron a llegar otras zapaterías a Saltillo, y con eso disminuyeron las ventas, pero no la de sus clientes habituales. Eso es lo que caracteriza a Zapatería Victoria.

Dice don Raúl que prácticamente conocen los pies de muchos saltillenses. Ha creado un archivo de pies y botas, con papeletas en las que anota la medida de sus clientes, el tipo de bota que pidió, así como sus problemas: que si

tiene el empeine alto, que si tiene el pie “desparramado”, que si un pie es más largo que el otro.

Asegura que han llegado nietos de sus primeros clientes a pedir botas iguales a las de sus abuelos, y que ¡se las han hecho idénticas!

Raúl Martínez Cárdenas es de esos artesanos de los que ya hay pocos, que aprendieron bien el oficio y hasta tiempo le dio de enseñárselo a sus hijos.

“Aquí vamos, hasta donde el cuerpo aguante. Ya las artesanías y artesanos vamos desapareciendo en el mundo”, señala el empresario zapatero.

Dice que ya no hay, como antes, personas que quieran aprender un oficio. Y, además, aprovecha para arremeter contra los “zapatos de ahora”. “Los zapatos son desechables, ya no se reparan...así es la vida, todo va cambiando”, indica.

El proceso para fabricar un par de botas o botines lleva de tres a cuatro meses, por cada detalle que se cuida.

Los cuatro trabajadores que están en la Victoria —los hermanos Jesús y Javier Limón Gutiérrez; Eleazar Muñiz y el propio Raúl Martínez de Valle— trabajan cada uno en un área diferente, adentro de un taller lleno de una especie de pies de madera, que sirven para moldear las botas.

Don Raúl asegura que los clientes de siempre ya saben que hay que esperar todo este tiempo, pero lo hacen porque un par de botas Victoria son duraderas. Incluso hay quienes solamente calzan estas botas y no otras.

Eso sí, las botas son de pura piel de res, lo exótico no cabe en esta fábrica.

En la época de bonanza, o “los buenos tiempos”, como dice don Raúl, llegaron a producir hasta cien pares de bo-

tas por semana, lo que ahora hacen al mes. Pero todas las fabrican solamente por encargo.

El taconazo, Piporro lo bailaba con botas saltillenses

“Suénele con fe al bailazo / agarre bailadora, agárrela del brazo; / rodéllele la cintura, saque polvareda / con el taconazo”, dice así aquella polka famosa del popular Eulalio González “El Piporro”, el cantante regiomontano que constantemente visitaba Coahuila, y hasta una casa tenía en Arteaga.

Piporro no solamente entonaba canciones de letra graciosa, sino que era un hábil bailarín. Siempre utilizando bota picuda, con la que “zapateaba” cada que podía en los escenarios.

Eso sí, las botas con las que Piporro daba unos buenos “taconazos” eran hechas en Saltillo, hechas en Zapatería Victoria.

Cuenta don Raúl que Eulalio González llegó en muchas ocasiones a la zapatería cuando visitaba Saltillo; casi siempre iba en camión hacia un rancho en la Sierra de la Paila, que pertenecía al general Bonifacio Salinas Leal.

Piporro gustaba de descansar en los sillones de Zapatería Victoria, a donde llegaba con su gente a ordenar sus botas, a su gusto. Luego mandaba a sus trabajadores a recogerlas.

Botas para los mineros de Zacatecas

Muchas anécdotas puede contar don Raúl de la Zapatería Victoria, como cuando en la buena época de esta fábrica

eran buscados por las empresas mineras instaladas en el semidesierto de Zacatecas, como la Mazapil Cooper Company y Peñoles.

“Primero iba a tomar los pedidos, me iba en el tren (el Coahuila y Zacatecas “Coahuilita), y llegaba a Concha del Oro, subíamos por una mina que se llamaba Azules, por una cuesta (el antiguo camino de Concha del Oro a Mazapil), subía en mulas o a pie. Íbamos a dar a Aranzazú (un antiguo pueblo minero que hoy está abandonado), y luego a Salaverna, ahí me bajan por el calabozo a la mina, y por abajo pasaba a Providencia (otro pueblo fantasma de Zacatecas)”, relata.

Todo lo anterior lo hacía solamente para recoger el pedido, luego repetía el proceso para entregar los ochenta o cien pares de botas de seguridad que tenía que transportar de Saltillo hasta Concepción del Oro, Zacatecas.

Tratando de que no los alcance el destino

Zapatería Victoria ha crecido de la mano con Saltillo, por eso, don Raúl dice que antes conocía toda la ciudad, pues la recorría a pie para hacer algunas entregas. Sus botas han llegado inclusive a África, donde algún día un ingeniero prominente egresado de la Narro trabajaba, y mandó pedir unas botas de esta zapatería.

Don Raúl y su hijo Raúl aseguran que seguirán en este negocio, apoyados por sus cuatro trabajadores, como los hermanos Limón.

También, el actual dueño, tiene la esperanza que sus demás hijos, cuando ya se jubilen, le dediquen un tiempo a este negocio que han impulsado.

“Yo voy tratando de que no me alcance el destino”, sentencia don Raúl.

(Artículo publicado en *El Heraldo de Saltillo* en el año 2016).

49. PEDRO INFANTE EN SALTILLO

Francisco Tobías Hernández



En esta ocasión te platico de una visita que tuvimos en esta hermosa ciudad de Saltillo, pero no vaya a creer que fue una visita cualquiera, ya que se trató de la visita del máximo ídolo de México, Pedro Infante.

Fue en el año de 1955, mes de abril, cuando el oriundo de Sinaloa arribó a Saltillo para participar en un evento de la Cruz Roja que se realizó en lo que era el estadio Saltillo. Al llegar a la altura del Tecnológico de Saltillo, en ese entonces llamado Tecnológico de Coahuila, el oficial de tránsito Vicente Rangel le facilitó la motocicleta Harley-Davidson que utilizó el ídolo en aquella ocasión. El recorrido que efectuó fue por la calle de Allende, al llegar a la de Victoria giró a la derecha hasta la de Obregón, subiendo unas cuantas cuadras para voltear en Colón y bajar por la de Salazar.

En aquellos años vivía aquí en Saltillo una señora llamada Prisca, una mujer grande, de color cocho, con dientes de oro y ojos color verde, a quien el ídolo de México subió en la motocicleta para darle una vuelta por la Alameda antes de hacer su entrada al estadio Saltillo.

Los Saltillenses que se encontraban al interior del estadio, vieron que llegaba una ambulancia de la Cruz Roja, deduciendo que en su interior viajaba Pedro Infante. Pero para su sorpresa, el ídolo de México llegó montado en la motocicleta, la cual frenó, descendió de ella y empezó a cantar “Qué te ha dado esa mujer”.

Los Saltillenses se arremolinaban por verlo y para saludarlo; las muchachas, para abrazarlo. Al concluir el evento, que era organizado por la Cruz Roja, el ídolo de México recorrió caminando la calle de Victoria, eso sí, tardándose horas y horas, pues no podía avanzar, ya que nadie quería perder la oportunidad de saludarlo.

Tenía planeado hospedarse y dormir en el Hotel Arizona, al cual llegó a su habitación intentando conciliar el sueño, pero debido al ruido de las porras, las serenatas y demás, decidió salir por la puerta de atrás, cruzar el patio de los transportes Saltillo – Monterrey para dormir, eso sí, plácidamente, en el Hotel Hidalgo.

Don Esteban Alonso Flores, mejor conocido como “La Bolita”, fue el bolero que le aseó el calzado a Pedro Infante, quien al día siguiente partió rumbo a la carretera que va hacia Torreón, recorriendo la Calzada Madero, y al pasar el Panteón de Santiago se detuvo en una casa-estancillo de aquellas cuya ventana levantaban y sostenían con un palo. De espaldas a la ventana se encontraba la dueña, quien calentaba algo en la estufa, cantando “Amorcito corazón”, y al terminar la estrofa escuchó un silbido, momento en el cual volteó y al ver que era el mismísimo Pedro Infante quien silbaba, se desmayó.

Esta es la historia de la visita del ídolo más grande de México, Pedro Infante a nuestra hermosa ciudad de Saltillo.

50. SABROSO, DELICIOSO... MÁS DE UN SIGLO DE CAFÉ Y CHOCOLATE OSO

José Torres Anguiano



Es característico que, en las primeras horas del día, cuando las calles del centro de Saltillo se comienzan a llenar de vehículos y personas, por la calle de Allende los peatones terminen de despertar con el intenso aroma a café tostado.

Ese es el buen café de Saltillo, el café que desde hace décadas es tostado, molido y empaquetado en ese místico edificio ubicado a un costado del Hotel Premier.

Cómo dice aquel tradicional comercial radiofónico “Si usted probó un buen café, seguramente es Café Oso; son su sabor siempre igual, sabroso, delicioso”.

Y es que, en el año 2015, el Café Oso cumplió cien años de deleitar a los mexicanos desde Saltillo, generación tras generación.

Poco antes de la época de la Revolución Mexicana los hermanos Zertuche: Emilio, Ernesto, Jesús, Artemio, Ninfa, Irene y Leonela, apoyados por Manuel, su padre, abrieron una tienda de Abarrotes en Villa de Patos, hoy General Cepeda, donde tenían un pequeño molino de café.

Debido a que la guerra revolucionaria pegaba fuertemente en General Cepeda, los Zertuche decidieron establecerse en Saltillo en el año 1913, y como aún tenían el gusto por tostar y moler café, pronto se dieron cuenta de que en toda la ciudad no había un solo tostador y solamente se consumían cafés provenientes de la Ciudad de México.

Por lo anterior, los Zertuche trasladaron desde General Cepeda su tienda de abarrotes y molino de café hasta la calle de Ocampo, en Saltillo. Posteriormente, se mudaron a Aldama y Xicotencatl; después a Lerdo y Allende, y luego a la calle Victoria, fue ya en este último lugar cuando decidieron dejar —en 1915— el negocio de los abarrotes, y quedarse solo con el café. Fue así, como en aquel año nació la tradición saltillense, el Café Oso.

En 1922 los hermanos ampliaron el negocio a la producción de chocolate de mesa, con base en una receta familiar, por lo que hubo que importar maquinaria desde Alemania.

Así nació otro de los productos tradicionales de México, que Saltillo ha exportado por años, el Chocolate Oso, aquel que cuando niños nos enviaban a la tienda de la esquina —en época de frío, sobre todo— para comprar una marqueta de chocolate, para que pudiera ser elaborada esa deliciosa bebida con leche.

El Chocolate Oso fue el producto que a la larga se convirtió en el estandarte de la empresa familiar Molinos y Tostadores S.A. de C.V., pues pronto fue comercializado a nivel nacional logrando un éxito tremendo.

Incluso actualmente puede ser encontrado en Chihuahua, Durango, Nuevo León, Tamaulipas, Veracruz,

Zacatecas, San Luis Potosí y Aguascalientes, y no solo en las pequeñas tienditas, sino en tiendas de conveniencia y autoservicios.

Las marquetas del delicioso chocolate son elaboradas con cacao mexicano en el edificio ubicado en la calle Allende, que fue construido entre 1947 y 1948, pero fue hasta el 1953 que se empezó a utilizar, pues fue imposible desmontar el equipo que los Zertuche tenían en la calle Victoria, ante la alta demanda de productos, y se tuvo que comprar maquinaria nueva para utilizar el nuevo recinto.

Ese edificio fue el primer “rascacielos” que la creciente ciudad de Saltillo tuviera en aquella década, según lo refiere el exgobernador Oscar Flores Tapia en uno de sus libros.

Fue una construcción diseñada exclusivamente para la producción del café y chocolate, pues cada piso fue hecho para la elaboración de uno de ellos.

Alrededor de veinticinco trabajadores son los que producen ambos manjares de la tradición mexicana, comandados por don Francisco Recio Zertuche y sus hijos.

En el primer piso están las oficinas y el área de embarque y desembarque. El segundo piso es el utilizado para la elaboración del chocolate. Una pasta de agua, chocolate y azúcar es vaciada en pequeños recipientes de plástico que avanzan sobre una banda, para darles la forma de la clásica marqueta; luego avanza a un punto de refrigeración, en donde se le imprime la característica imagen del oso en cada cuadrado. Enseguida pasa al proceso de empaquetado, con esa tradicional envoltura color café con letras amarillas, y finalmente es puesto en cajas para su envío a los negocios.

El tercer piso es donde se elabora el café, se tuesta y luego se muele en máquinas especiales, enseguida es empaquetado en diferentes presentaciones, pero la más tradicional es la bolsa negra con letras doradas y el logotipo grande al centro.

Esa bolsa que comenzó a ser muy tradicional en la época navideña o en funerales, pues era —y sigue siendo en algunas ocasiones— muy común que se ofreciera “café de olla”, o “de asiento”, que es de sabor más intenso que el café de frasco.

Alfonso Recio, Cepeda encargado de producción y heredero de la tradición saltillense, señaló que este producto es de temporada, por lo que en época de más frío es cuando más producción tienen, además que comienzan desde temprana hora a elaborar ambos productos, por lo que es común que la calle Allende se impregne con el característico olor a café.

Durante más de cien años, tanto el café como el chocolate Oso se han convertido en una tradición saltillense, e inclusive mexicana. Así que, con toda seguridad, quien ha leído este artículo se ha deleitado en más de una ocasión con el intenso sabor de uno de estos tradicionales productos, y si no lo sabe, pero ha probado un buen café, “júrelo, es café Oso, con su sabor siempre igual, sabroso, delicioso”.

51. FERRETERÍA SIEBER

La ferretería Sieber es el establecimiento comercial más antiguo de Saltillo. Para 1900 ya era conocida como la Antigua Ferretería de Clemente Sieber y Cía, pues, para ese entonces, la ferretería tenía ya cuarenta y tres años ofreciendo sus productos en Saltillo. Los archivos nos llevan al primero de abril de 1872, cuando el señor don Daniel D. Brainard y don Santiago N. Langstroth, el primero de origen americano y el segundo de origen alemán, ambos llegados al país durante la época del auge del algodón en la década de 1850, decidieron disolver una compañía de comercio que había sido formada en 1857 para efectos de ferretería, la sociedad era llamada D.D. Brainard y Cía., la cual operaba en Saltillo y Monterrey. En esos archivos don Santiago N. Langstroth se queda como único dueño de la compañía.

Tras la muerte de don Santiago N. Langstroth en septiembre de 1876, su viuda, doña Francisca Leichhardt de Langstroth, vende el comercio de ferretería ubicado en Saltillo a don Matías Porth el día 3 de julio de 1877.

El señor Matías Porth continua operaciones invitando como socio a don Clemente Sieber bajo la denominación de Porth & Sieber con operaciones comerciales también en la ciudad de Parras de la Fuente y en ciudad Porfirio Díaz, hoy Piedras Negras, Coahuila.

Con la muerte de Matías Porth, don Clemente invita como socio a su cuñado don Pablo Suess y se constituye el 29 de junio de 1885 como C. Sieber y Cía.

A la muerte de don Clemente quedan como propietarios de la casa comercial don Pablo Suess e hijos: Elena Francisca, Eduardo Mauricio, Pablo Alfredo, Ricardo Ernesto, Alfredo Enrique Clemente, Carlos Augusto y Alberto Guillermo, todos de apellido Suess Moore.

Tras la muerte de don Pablo Suess el 6 de julio de 1932, lo sucede como administrador su hijo don Eduardo M. Suess Moore. Don Eduardo se distinguió por ser una persona altruista y visionaria, promovió la instalación en la ciudad de Saltillo de la empresa International Harvester, hoy John Deere, una de las primeras empresas transnacionales que llegaron a Saltillo, impulsó la instalación de la red de gas entubado en la ciudad donó los primeros doscientos parquímetros a la ciudad y fue dos veces presidente de la Cámara de Comercio.

Durante su vida apoyó a varias organizaciones no gubernamentales y fundó la escuela Centro Social Trinidad donde se apoyaba a jóvenes mujeres con estudios de comercio y contabilidad.

Don Eduardo M. Suess no tuvo descendencia, por lo que repartió algunas de sus acciones a los empleados de la Ferretería y ofreció en venta a los mismos empleados la otra parte de sus acciones.

La accionista mayoritaria de la ferretería era doña Elenita, hermana de don Eduardo. Doña Elenita fue esposa del dueño del famoso King Ranch en el estado de Texas, la propiedad más grande de los Estados Unidos. Doña Elenita, hija pródiga de Saltillo, a la cual se le atribuyen gran-

des obras benéficas para el estado de Texas. Mantener activo el negocio no había sido fácil, con tanta historia no se puede pensar en un camino llano y sin tormentos, había habido grandes dificultades. En los inicios del siglo XX la ferretería Sieber estaba en pleno auge, antes de la Revolución mexicana se construyó un imponente edificio diseñado por el Arquitecto Federico Wulff, (el mismo que trazó y diseño la ciudad de Torreón). Sin embargo, poco duró el gusto, puesto que en 1914 un voraz incendio terminó con el inmueble y toda la mercancía. Lo más lamentable es que hubo pérdida de vidas y el fuego se extendió a otros edificios vecinos, entre ellos el Banco Purcell.

La tenacidad es el valor más importante que ha distinguido a las generaciones y directivos de la ferretería, al día siguiente del incendio, se iniciaron las labores de remoción de escombros y construcción del nuevo edificio para el local comercial. Después de las adversidades sufridas, se sumó una fuerte batalla con la compañía de seguros, aunque se estipulaba el pago del seguro en oro nacional, el pago fue realizado en bilimbiques, moneda utilizada durante la revolución, sin respaldo financiero y con valor insignificante.

El largo y sinuoso camino continuó, hoy es fácil pensar que pasaron dos guerras mundiales, pero al ser de ascendencia extranjera, los directivos de la ferretería afrontaban diferente trato por parte de gobiernos y autoridades, más aún, afectaba mucho al negocio, ya que las fronteras se cerraban a la mayoría de los artículos de importación, se imponían aranceles especiales, lo que repercutía finalmente en los precios a los clientes.

Vivir la Revolución mexicana tampoco fue sencillo: inseguridad, escaramuzas, enfrentamientos, diferentes tipos de monedas, incertidumbre de autoridades, transición de poderes.

Un nuevo incendio ocurrió en 1935, aunque no con las consecuencias de 1914, de todas maneras, marcó de nuevo la historia de la ferretería Sieber. Con el tiempo fue llegando la competencia y fueron tomando forma negocios más especializados en diferentes líneas de productos, pero aún hasta la fecha se continúan ofreciendo una gran variedad de artículos.

La ferretería Sieber ha perdurado en el tiempo gracias a que la mayoría de sus administraciones han sido de carácter familiar y gracias a que todas las transiciones administrativas del negocio se han llevado al cabo con estricto apego a normas y valores familiares, responsabilidad, disciplina y respeto.

Una distintiva disciplina fiscal y administrativa son otros factores importantes para la perduración de la empresa, por esa causa se puede presumir de conservar el mismo nombre durante tantos años, pagar los impuestos religiosamente, mantener los pasivos controlados y una relación laboral estable y respetuosa lo han garantizado.

La variedad de productos era muy grande, considerando que la mayoría de los productos eran importados de Europa y Estados Unidos, en ese entonces no existían casas especializadas en determinados tipo de productos, por lo que los negocios de este tipo debían compensar gran parte de estos abastecimientos.

Los productos que se vendían comprendían una gran variedad: muebles para el hogar, camas y catres, máquinas

de escribir, tuberías, válvulas, carretas, trilladoras, mance-
ras, arados, picadoras de rastrojo, alambres, marcos, cuer-
das y cordeles, herramientas, pinturas para mosaicos, tor-
nillería, cristales, estufas de leña, lámparas y quinqués,
figuras de porcelana, juguetes, muñecas, baños y cubetas
galvanizados, molinos de grano, telas, mallas, semillas, fer-
tilizantes, calderas, motores, tapices, dinamita, cemento,
láminas, etcétera.

Durante todo este tiempo se ha mantenido en la mis-
ma ubicación, en la calle Zaragoza No. 255, antes calle del
Comercio, en el centro de Saltillo, solo su fachada y edi-
ficio han sido cambiados a lo largo de su historia mas no
su sede, aunque en los últimos años los propietarios han
abierto varias sucursales en diferentes puntos de Saltillo.

Desde que inició como comercio dedicado principal-
mente al ramo ferretero. El trabajo y la disciplina han tem-
plado el carácter y las políticas de la empresa para seguir
dando servicio por más de ciento treinta y un años; la fe-
rretería Sieber ostenta con orgullo el registro número uno
de la Cámara de Comercio de Saltillo.

(Texto tomado de la página web de la ferretería Sieber
<https://www.ferreteriasieber.com.mx/historia.html>)

52. EMPACADORA ALANÍS, UN SIGLO DE SABOR Y TRADICIÓN

Ángel Aguilar


En 1918, el incidente que hizo descarrilar un tren cerca del vecino municipio de Ramos Arizpe y llevó a pasar un mal rato a los pasajeros que viajaban en él, fue un hecho que permitió a los encargados de un pequeño negocio que existía en aquella localidad, el cual era manejado por la familia Alanís, hacerse de la materia prima para comenzar a elaborar los productos que hoy disfrutan en su mesa familias de Coahuila y de todo México.

En ese tren, además de personas, viajaba un hato de cerdos, de los que nadie podía hacerse cargo debido a los complicados trabajos que en ese tiempo representaba el retiro de los vagones accidentados para dejar nuevamente libres las vías, por lo que sus encargados decidieron venderlos a esta familia, que sin saber prácticamente nada sobre animales aceptó adquirirlos, para iniciar tiempo después con la elaboración de chorizo, carnitas y chicharrones.

Fue tal el éxito de sus productos que, dos años después, en 1920, quedó formalmente establecida la empacadora Alanís, que estuvo inicialmente a cargo de los herma-

nos Francisco, Benjamín, Fidelio y Manuel, quien al poco tiempo se separó para irse a radicar a otra ciudad quedando al frente del negocio solamente los tres primeros, que al paso del tiempo incorporaron también a sus hijos de nombres Ricardo, Óscar y Francisco a trabajar dentro de la empresa.

De ellos, sería Francisco Alanís García quien quedaría como dueño absoluto de la empresa al serle vendidas por Ricardo y Óscar la parte que correspondía a cada uno, siendo ahora sus nietos Jorge, Javier, y Francisco Raúl Alanís Verástegui quienes tienen a su cargo la responsabilidad de continuar con la tradición familiar.

En la actualidad, la empacadora Alanís es una compañía reconocida a nivel regional y nacional por la calidad de sus productos, entre los que destaca el chorizo de diferentes tipos, tanto cien por ciento de cerdo como de soya o mixto, así como el tocino, la carne seca y el Chicharrón de Aldilla, único de esta compañía desde hace cuatro generaciones, y que constituye un alimento digno de los paladares más exigentes.

“El 29 de noviembre de 1920 quedó establecida formalmente la empacadora, pero en realidad comenzó a funcionar dos años antes, en 1918”, señaló en una entrevista para *El Heraldo de Saltillo* Jorge, quien tiene a su cargo la parte comercial del negocio.

“Fue en el 2009 cuando nos tocó entrar a nosotros, los Alanís Verástegui, a tomar el control de la empresa, ahorita llevamos cada uno un área, mi hermano Francisco es el encargado de toda la parte de la administración, Javier está en una nueva rama de come-

dores industriales, y yo estoy encargado del área comercial de la empresa, vamos creciendo, vamos bien, y sabemos que si nos esforzamos lo suficiente llevaremos nuestros productos a cada vez más lugares”, agregó el directivo.

Recordó que la empacadora fue de las primeras que enlató salsas y otros productos, además de que fue también de las primeras empresas que elaboró jamón aquí en México.

“Es un gran orgullo ser responsables de la fabricación de varios de los alimentos que consume la comunidad, por ahora únicamente estamos dentro del mercado nacional, pero es muy satisfactorio que los tres estemos a cargo de una de las empresas más reconocidas aquí en la región, cuyos productos alimenticios ayudan a nutrir a las familias de Coahuila y de México”, agregó Jorge Alanís.

Por su parte, Francisco Alanís señala que los últimos años han sido de constantes transformaciones tanto en los procesos de producción, como en los requerimientos que se exigen para cumplir con los estándares de calidad tanto nacionales como internacionales.

“Tenemos una gran obligación con todos nuestros ancestros que nos dejaron algo muy sólido y de mucha trascendencia. Sentimos que necesitamos una gran responsabilidad para poder seguir con esta tradición, ahorita que llevamos cerca de cinco años que

tomamos la empresas, tenemos que reconocer que han sido años difíciles, ya que hemos tenido muchos cambios”, señaló.

Dijo que entre estos cambios está la apertura de la planta que actualmente ocupa la empacadora en el Parque Industrial Ramos Arizpe, que fue inaugurada en 2010, y la conversión de la empacadora en un establecimiento Tipo Inspección Federal (TIF), que la hace objeto de una inspección sanitaria permanente para ver que las instalaciones y los procesos cumplan con las regulaciones necesarias.

Señala también que, debido a que los productos están prácticamente en todas las cadenas de autoservicio, la capacidad empieza a verse limitada, por lo que se está viendo la posibilidad de empezar a crecer en más turnos diarios la producción.

“Hicimos una nueva planta, nos volvimos TIF, nos hemos puesto muchísimo a trabajar en la calidad de nuestros productos, en la inocuidad de estos, estamos tratando de penetrar también en nuevos mercados con una nueva estructura y prácticamente han sido años de mucho trabajo, de mucha responsabilidad, además de que le estamos dando un giro muy trascendental a la empresa, ya que de ser una empresa muy tradicional, ahorita buscamos hacer competencia con las grandes empresas y empezar a penetrar en todos los mercados”, agregó el encargado de la administración.

Por su parte, Jorge Alanís señala que lograron concretar proyectos para hacer llegar los productos elaborados por la empacadora, en la que prestan sus servicios poco más de cincuenta y cinco trabajadores, a prácticamente toda la República.

“Es un gran orgullo y una gran responsabilidad la que sentimos, y también sentimos esa necesidad de unidad familiar para poder salir adelante, ya que la unidad hace la fuerza, estamos agradecidos con nuestros clientes y nuestros empleados, que también han hecho su parte para que la empresa sea lo que es actualmente”, dijo el entrevistado.

(Este artículo fue publicado en *El Heraldo de Saltillo* en el año 2015).

53. PANADERÍA EL RADIO, MÁS DE UN SIGLO DELEITANDO EL PALADAR DE LOS SALTILLENSES



Omar Soto/José Torres Anguiano

Pocos negocios en Saltillo han prevalecido durante tantos años

La tradicional Panadería El Radio de Saltillo, ubicada en Múzquiz #227, entre Bravo y Rayón, cumplió en el 2020 sus primeros cien años de existencia, convirtiéndose al mismo tiempo en uno de los pocos negocios de la capital coahuilense que se han vuelto centenarios.

El Radio fue fundada en 1920 por don Juan Guzmán, quien estuvo al frente de la misma hasta 1957. Posteriormente, el negocio ha sido dirigido por don Luis Guzmán y sus hijos, y es el establecimiento que produce pan tradicional más antiguo de Saltillo.

“Estamos muy contentos, somos la tercer generación en la panadería, muy contentos por cien años, no es fácil que un negocio se mantenga tanto tiempo y gra-

cias a Dios aún tenemos muchos clientes, seguimos creciendo y ojalá duremos otros cien años más”, dijo en entrevista con *El Herald de Saltillo* Édgar Guzmán Cabello cuando se cumplió el centenario de esta tradicional panadería.

Aunque no cuentan con un día y mes oficial de su fundación, los primeros documentos encontrados de la panadería datan de 1920, por eso se establece que en 2020 cumplieron su primer centenario, sin embargo, don Juan Guzmán operó antes del año de fundación de El Radio otra panadería, conocida como La Perla, ubicada en la calle Aldama.

El negocio de don Juan Guzmán era uno de los pocos lugares que tenían un aparato receptor de radio en el Saltillo de entonces y lo colocaba en la ventana de su local a todo volumen, por lo que se volvió el ícono y nombre de la panadería.

La panadería El Radio cuenta con dos locales, ambos en la Zona Centro; el principal ubicado en la calle Múzquiz y la sucursal en la calle Ramos Arizpe #387.

Ofrece toda clase de pan tradicional, como conchas de diferentes sabores; donas de chocolate y azucaradas; polvorones, campechanas, chamucos, duraznos, orejas y francés, por mencionar algunos.

Sus creaciones más representativas con las empanadas de hojaldre rellenas de jamón y queso, así como el pan de caja.

En total son cuarenta tipos de pan diferente que día a día, desde las seis y media de la mañana, se elaboran en la panadería El Radio.

La panadería fue operada de 1920 a 1957 por el fundador Juan Guzmán, quien falleció en su último año al frente de la misma. La batuta en aquel año la tomó su esposa Manuelita Morales y sus hijos mayores Roberto y Pepe. Fue en el 1966, en medio de una crisis panadera en la ciudad, que tomó las riendas del negocio don Luis Guzmán.

El proceso de elaboración del pan sigue siendo el mismo que hace cien años, y eso es lo que ha hecho que el pan de El Radio conserve el mismo sabor y por ello siga siendo el preferido de los clientes.

Más de 100 años haciendo magnífico pan

“Ve por el pan ahí donde se escucha el radio”, decían los saltillenses que vivían cerca de la calle Múzquiz, entre Bravo y Rayón, al referirse a la panadería que hace más de cien años echó a andar don Juan Guzmán, y uno de los pocos lugares que entonces contaban con uno de esos modernos aparatos para sintonizar estaciones. El negocio terminó adoptando aquella referencia, por lo que se conoce hasta la fecha como “panadería El Radio”.

Fue fundada en 1920 por don Juan Guzmán, aunque la tradición panadera venía desde mucho tiempo antes, pues su padre don José Guzmán, había operado una panadería llamada “La Perla”, ubicada en la calle Aldama esquina con Padre Flores.

Conchas, donas, apasteladas, pastel de polvo, coronas, alambres, gaznates, orejas, chamucos, reposterías, polvorones, bísquets, duraznos, quequis, bombones, molletes, empanadas de piña, hojarascas, cuernitos, bigotes, barras de canela, empanada de hojaldre, pan francés y pan de

caja, son algunos de los cerca de cuarenta tipos de pan diferente que día a día, desde las seis y media de la mañana, se elaboran en la panadería El Radio.

La panadería fue operada de 1920 a 1957 por el fundador Juan Guzmán, quien falleció en su último año al frente de la misma. La batuta en aquel año la tomó su esposa Manuelita Morales y sus hijos mayores Roberto y Pepe. Fue en el 1966, en medio de una crisis panadera en la ciudad, que tomó las riendas del negocio don Luis Guzmán.

Cuando don Luis Guzmán aceptó hacerse cargo del negocio heredado de su padre, en Saltillo las panaderías vivían momentos difíciles, pues los panaderos, organizados en sindicato, habían prácticamente desmantelado algunas muy famosas de la época —como la Cebra y el Fénix— obligándolas a cerrar.

Pero El Radio se mantuvo con la llegada de don Luis. Actualmente, es la panadería (de pan tradicional, no de pulque) más antigua de Saltillo aún en funcionamiento.

El negocio de don Luis también innovó a su llegada, pues se convirtieron en la primera panadería de la ciudad en ofrecer el autoservicio con charolas y pinzas, pues antes el vendedor tomaba el pan directamente.

También fueron los primeros en implementar la repartición en bicicleta, pues a pie ya era pesado en la creciente ciudad capital; y tiempo después los primeros en enviar el producto en vehículo.

El “mero mole” de la panadería era enviar a los panaderos con su canasta grande en la cabeza, caminando cual artista circense por las calles de Saltillo, y luego, repitiendo el acto, pero pedaleando una bicicleta.

El Radio conserva el mismo sabor y por ello sigue siendo el preferido de los clientes.

Después de las seis de la tarde en la calle Múzquiz comienza el desfile de señoras y señores, todos salen de la panadería con su bolsa de papel estraza en la que llevan el pan para la merienda de la tarde-noche. El favorito de todos es sin duda alguna la concha.

“Pueden sacar otros panes, pero te aburren, la concha no, pero esta se tiene que acompañar con su café, chopeadita”, dijo don Luis en aquella entrevista que concedió a *El Heraldo de Saltillo*. Aunque para los clientes de El Radio también están entre sus favoritos las donas de chocolate, el famoso pan de caja y las empanadas de jamón con queso.

Don Luis da por último dos consejos: el primero, que para lograr que algo dure tanto como El Radio, el único secreto está en trabajar, “es lo más sencillo del mundo, trabajar dieciséis horas diarias”. El segundo, que para una larga vida personal hay que consumir pan, y para eso pone de ejemplo a sus familiares, quienes vivieron más de cien años desayunando y merendando pan, “si te dan un año de puro bistec te mueres, pero no me digas que el trigo del pan te va a hacer daño”. “Tengo al menos sesenta y cinco años que no he dejado de comer ni un solo día pan”.

54. SALTILLO SE VISTE DE LUTO: “TRENAZO” EL ACCIDENTE EN EL PUENTE MORENO 1972

Tamara Medrano Flores



En la ciudad de Saltillo, el 6 de octubre de 1972 se escuchaba en la radio local y se leía en todos los periódicos la historia de un accidente ocurrido la víspera que marcó la vida de miles de personas. Las malas noticias invadieron los medios de comunicación y la angustia se apoderó de la sociedad saltillense. Aproximadamente a las 23:07 del día 5 de octubre, un tren procedente de Real de Catorce, San Luis Potosí, con alrededor de veinte vagones y un peso estimado de treinta y cinco toneladas cada uno, se descarriló cinco kilómetros antes de llegar a Saltillo. Las causas probables fueron la alta velocidad en la que se desplazaba el tren, las malas condiciones de las máquinas, el exceso de pasajeros, fallas en los frenos y en algunas versiones de las autoridades se acusaba a los ferrocarrileros de ir bajo los efectos del alcohol y con prostitutas mientras realizaban su labor.

El conductor del tren, Jesús Rocha Serna, el maquinista Melchor Sánchez Chavarría, los fregoneros Ignacio Carrizales García y Jesús Morelos Capetillo, los garroteros Juan Juárez Alvarado y Pedro Rodríguez Barbosa fueron detenidos por las autoridades y se les dio dieciocho años de cárcel. Vicente Martínez Torres, que cumplía la función de garrotero, no fue capturado debido a que emprendió la huida. Posteriormente, no fue hecho prisionero, pues durante el accidente había lanzado bengalas, evitando que otro tren se impactara con el que se había accidentado.

Entre plegarias, llantos y gritos de ayuda se encontraban cientos de personas que venían de pagar alguna manda, de dar gracias, o de festejar a San Francisco de Asís. Las vías se tiñeron de rojo y lo que parecía un viaje tranquilo terminó totalmente en desgracia. Al lugar arribaron ambulancias, bomberos, enfermeros y voluntarios, los cuales tenían la intención de salvar el mayor número de vidas, pero las ubicaciones de los vagones hacían mucho más difícil esta tarea. Cortadores de metal de las empresas Grupo Industrial Saltillo, Ferrocarriles Nacionales de México, Zincamex e International Harvester fueron en auxilio de las personas que quedaron bajo o entre los fierros del tren. En los medios de comunicación se pedían cobijas y sabanas, con la finalidad de envolver a los heridos. Las ambulancias no se daban abasto, por lo que taxistas empezaron a transportar gente y llevarlos a los hospitales cercanos. Dentro de este tren venían personas de Monterrey, General Cepeda y otras ciudades aledañas.

Cuenta Luz Briones que una señora llamada Trinidad venía con su nieto de pagar una manda, pero en el momento del accidente un fierro le traspaso el cuello y falle-

ció y a su nieto nunca lo encontraron. Muchos cuerpos fueron reclamados por familiares y otros quedaron totalmente irreconocibles. María López comentó que su madre y su hermana vivieron el accidente, pero el vagón en el que iban quedó recargado en un poste, lo cual hizo que ellas solo tuvieran unos golpes. Cuenta que su hermana tenía problemas visuales, por lo tanto, lo único que ella podía hacer era imaginar lo que estaba ocurriendo y recrear la escena a través de los lamentos que se escuchaban en ese momento. A la gente que estaba bien, la estaban trasladando a otro tren, aunque hubo personas que decidieron caminar y perderse entre los matorrales. La población estaba desesperada, hubo madres que perdieron a sus hijos y niños que perdieron a sus padres, familias enteras que fallecieron en este terrible accidente. El señor Diego Reyes comenta que cuando escuchó sobre el accidente, fue al hospital civil y veía gente muy herida y rezaba porque su mamá no estuviera pasando por algo así, poco después se enteró de que su mamá había tomado un tren posterior.

Algunas versiones de los peregrinos que sobrevivieron mencionan que, antes de salir de la estación de Real de Catorce había un anciano que advertía a los pasajeros de no subirse a ese tren, ya que sufriría un accidente y les recomendaba que esperaran. Muchas personas afirman que se trataba de San Francisco de Asís que deseaba prevenirlos de la tragedia.

Algunas víctimas aseguran haber sido ayudadas de entre los fierros y láminas por San Francisco de Asís o el niño Jesús. En distintos hospitales y en el lugar del accidente se cuenta de hombres y mujeres que prestaban ayuda a los heridos, manteniendo con vida a las víctimas del llamado

“tren de la muerte”. Héroe sin nombre ayudaron a gran parte de la población a salir de una desgracia que marcó la historia de Saltillo. Hecho que todavía es recordado por las pocas cruces que aún se pueden encontrar en Puente Moreno.

55. AÚN PERSISTEN DUDAS SOBRE LAS CAUSAS DEL TREN AZO

Jorge Sosa del Bosque



A más de cuarenta años del “trenazo” de Puente Moreno, aún se desconoce la cifra precisa de personas que perdieron la vida ese 5 de octubre de 1972. El número oficial que proporcionó la Procuraduría General de la República fue de 234, pero hay quienes afirman que fueron más de mil.

También persisten las dudas sobre la causa de la tragedia del llamado “tren de la muerte”. Hay quien afirma que el descarrilamiento fue producto de un sabotaje, como lo afirma en su libro *Memorias de un hombre de izquierda* Víctor Manuel Villaseñor, quien en aquel entonces era director de Ferrocarriles Nacionales de México.

Otros sostienen la acusación en contra de la tripulación del tren, de que durante el viaje a Saltillo venían tomando vino y acompañados de mujeres. Este hecho causó un escándalo nacional y un pleito entre Villaseñor y el entonces líder de los Ferrocarrileros Luis Gómez Zepeda.

Gómez Zepeda negó la acusación de Villaseñor de que el accidente de Puente Moreno fue producto de un sabo-

taje, y siempre defendió a la tripulación y negó que conducían el tren en estado de ebriedad.

Pero de este accidente hay información sobre la que no quedó ninguna duda. El descarrilamiento se produjo a las 23:07 horas del 5 de octubre de 1972 a cinco kilómetros al sur de la ciudad, cuando el tren con veintidós carros, arrastrado por las máquinas 8405 y 8404, se dirigía hacia Saltillo proveniente de Real de Catorce, dónde un día antes, el 4 de octubre, se celebraron las fiestas en honor a San Francisco de Asís.

La tripulación la formaban Jesús Rocha Serna, como conductor, Melchor Sánchez Chavarría como maquinista, Ignacio Carrizales García como fogonero y los garroteros Juan Juárez Alvarado, Vicente Martínez Torres y Pedro Rodríguez Barbosa, quienes fueron sometidos a un proceso penal, acusados de los delitos de imprudencia grave con resultado de ataque a las vías generales de comunicación, homicidio, lesiones y daños a propiedad ajena, por lo que les aplicaron condenas de ocho a dieciocho años de cárcel.

Durante todo el proceso, la tripulación siempre se declaró inocente, reiteraron que los vagones eran muy viejos y que falló el sistema de frenos del tren, al cortarse o zafarse la manguera del aire que hacía accionar el sistema de frenado y que incluso, en repetidas ocasiones aplicaron el freno de emergencia, conocido como “pedal del hombre muerto”, el cual tampoco respondió. Además, negaron que en el tren hayan venido bebiendo vino y acompañados de mujeres.

En torno a esto último, el entonces Juez Auxiliar del poblado Huertas de Moreno, Maximiliano Juan Gonzá-

lez, levantó un acta en la que afirma que fue de los primeros en llegar al lugar del accidente, que los miembros de la tripulación no estaban ebrios y que no había mujeres que los acompañaran.

Cabe señalar que el único que no estuvo en la cárcel fue el garrotero Vicente Martínez Torres, quien se dio a la fuga luego de que corrió por las vías un kilómetro al sur, para encender bengalas y poner petardos, con lo que logró detener al Tren Número Uno que también traía cientos de peregrinos. Su acción evitó una desgracia mayor, pero, aun así, fue acusado.

En este asunto se vio involucrado el entonces director del Hospital Ferrocarrilero, Doctor Luís Morales Benavides, quien siempre sostuvo que los miembros de la tripulación no estaban borrachos. Por ese motivo, Villaseñor lo quitó de la dirección del nosocomio, aunque luego regresó al cargo con el apoyo del entonces senador Oscar Flores Tapia.

Víctor Manuel Villaseñor fundamentó su acusación de sabotaje en el trenazo de Puente Moreno, en el hecho de que, entre 1971 y 1972, se produjeron varios accidentes ferroviarios en el país que afirmó, fueron provocados deliberadamente, ya que todos ocurrieron cuando Luís Gómez Zepeda dirigía al sindicato, pero que curiosamente cesaron cuando este último asumió la Dirección de Ferrocarriles Nacional de México.

Otra duda sobre el accidente fue sembrada por el maquinista Sánchez Chavarría en sus declaraciones ante el juez, en las que asentó que un conductor de trenes de apellido “Quiroz”, conocido con el mote de “El Cabezón”, después de tres días de farra en Real de Catorce, abor-

dó su tren y fue quien cortó el angular del aire de los frenos, pero una persona de nombre Sergio Antonio Espinosa Ovalle desmintió la versión del maquinista al declarar que Quiroz viajó junto con él en el tren hasta el momento en que se produjo el descarrilamiento.

Si sobre las causas del accidente aún hay dudas, son mayores en cuanto al número de personas que murieron. La última cifra oficial que dio a conocer la PGR fue de doscientos treinta y cuatro muertos y de mil doscientos heridos, pero estas fueron las últimas cifras que el periodista Humberto Gaona Silva consignó en su notas para *Excélsior*.

Sin embargo, el que escribe fue testigo de que agentes de la Secretaría de Gobernación le dijeron a Gaona Silva que ya le parara con lo de los muertos o se atuviera a las consecuencias.

El periodista sabía el número aproximado de personas muertas por informes que le proporcionaban sus contactos en el departamento de medicina forense del Hospital Saltillo, hoy hospital Universitario.

Lamentablemente, Gaona Silva ya murió y se llevó a la tumba las cifras y otras verdades sobre el trenazo.

56. EL TREN AZO QUE MARCÓ A SALTILLO

Patricia Ramos



En diversos medios de comunicación de México y el mundo, el Trenazo de Puente Moreno, ocurrido cuando el llamado Tren Peregrino regresaba de Real de Catorce, la noche del 5 de octubre de 1972. Los periódicos consignaron el accidente y el número de muertos, que aumentaba todos los días conforme se movían las láminas de los carros del convoy.

El accidente reunió en el área a socorristas, voluntarios, policías, religiosos, soldados y ferrocarrileros en la zona de desastre. Fueron testigos de la tragedia y todo quedó reflejado en fotografías que se conservan en la Hemeroteca Nacional.

El 5 de octubre de 1972 dejó su marca en la historia de Saltillo.

El ferrocarril, su principal vía de comunicación, fue protagonista de un percance que a treinta años de distancia aún provoca que surjan extrañas anécdotas de vida y de muerte sobre los más de dos mil pasajeros que habrían abordado el Tren Peregrino descarrilado en Puente Moreno, procedente de Real de Catorce, en San Luis Potosí.

Por tradición, las fiestas en honor a San Francisco de Asís congregaron el 4 de octubre en ese poblado miles de católicos que pretendían honrar al santo por un favor hecho en una gracia que pedirle.

Pero un día después, los peregrinos distribuidos en veintidós viejos carros abordaron el convoy de regreso a Saltillo y diez kilómetros antes de llegar a su destino, este cambió drásticamente a las 23:55 horas, cuando descarrió el tren en las curvas que anteceden al Puente Moreno.

La tripulación compuesta por el maquinista Melchor Sánchez Echeverría, el conductor Jesús Rocha Serna, el ayudante de maquinista Ignacio Carrizales García y los garroteros Juan Juárez Alvarado, Pedro Rodríguez Barbosa y Vicente Martínez Torres, salió prácticamente ilesa del percance.

Las máquinas recostadas sobre la tierra y los coches que terminaron su carrera unos sobre otros, fueron los retratos grabados en fotografías a blanco y negro que sirven hoy para dar testimonio del desastre.

Relatan ferrocarrileros hoy jubilados, y que en ese tiempo auxiliaron en el desahogo de la vía del percance, que también participaron al igual que otros miembros de cuerpos de auxilio y resguardo, en la extracción de cuerpos mutilados, o de heridos por quemaduras o pérdida de extremidades.

Desde entonces, año tras año Saltillo vuelve a recordar el 5 de octubre porque aún corren en voz de cientos de testigos las historias del traslado de cuerpos, de la asistencia espiritual para los moribundos, del desesperado intento por encontrar vida entre los fierros y hacerles llegar

a los sobrevivientes asistencia médica y hasta del acopio de material para el auxilio en los hospitales de la localidad.

Pero... ¿qué origen el percance? ¿Quiénes han sido señalados como responsables de la tragedia? ¿A cuántos marcó el accidente del Tren Peregrino? ¿Respondió alguien por los hechos?

Presume sabotaje

El accidente ferroviario en Puente Moreno era de grandes magnitudes, admite Víctor Manuel Villaseñor, en ese tiempo director de Ferrocarriles Nacionales de México, en su libro “Memorias de un hombre de izquierda”.

Relata que la madrugada del 6 de octubre, fue notificado por teléfono del percance, por lo que a bordo de una avioneta alquilada llegó a la capital de Coahuila.

“Con siniestro aspecto empezaba el día en el sitio de la catástrofe, iluminando el pavoroso espectáculo de máquinas y coches de pasajeros volcados”, dice en el escrito.

En esas Memorias Villaseñor advierte que eran veintidós coches de pasajeros y dos máquinas, (la 8408 y 8405), las que conformaban el Tren Peregrino.

En el expediente del percance que guardan los ferrocarrileros sindicalizados de la sección veintitrés se establece que cada coche tenía capacidad de llevar a ochenta y ocho pasajeros en asiento designado. Si el dato es correcto, entonces el convoy habría llevado a bordo a mil novecientos treinta y seis personas (solo en los asientos) y no mil seiscientos como lo dicen las memorias de Villaseñor.

En el mismo expediente del Sindicato de Trabajadores Ferrocarrileros de la República Mexicana se establece que

cada unidad tenía un sobrecupo no especificado, pero que impedía el tránsito por los pasillos de los vagones, por lo que el número de viajeros en el Tren Peregrino no puede ser inferior a las dos mil personas.

El director de Ferrocarriles advierte en su libro que pidió datos sobre el estado de los miembros de la tripulación y obtuvo peritaje del médico Luis Morales Benavides, en su calidad de director del Hospital de Ferrocarriles en Saltillo, que afirmaba tener resultado negativo de los exámenes de ingesta de alcohol en la sangre que se practicó a los ferrocarrileros.

Más adelante, Villaseñor dijo haber recibido un nuevo reporte de análisis practicados en el Instituto Tecnológico loca, donde se habría encontrado alcohol en la sangre de los tripulantes.

“Eso es una mentira con toda la lengua”, responde en una entrevista actual Morales Benavides, “yo recibí a la tripulación porque fui el primer médico que llegó al hospital, yo les hice exámenes, los revisamos, no tenían más que algunos golpes, pero ni aliento alcohólico traían y eso era lo único que yo podía avalar”.

Tras la cese del galeno por negarse a firmar el certificado de alcohol en la sangre en los miembros de la tripulación, (a quienes se atribuyó sin comprobar que habían subido a las máquinas a varias mujeres), Morales Benavides fue respaldado por los propios ferrocarrileros y el entonces Senador Óscar Flores Tapia, quien en su libro “López Portillo y yo”, relata que Víctor Manuel Villaseñor acudió a esa tribuna y abordó el percance del Tren Peregrino, donde sostuvo la teoría del estado de embriaguez en que habría conducido la tripulación.

“En el caso del accidente ferroviario, donde la prepotencia del señor director ha señalado e inventado culpables, quiero manifestar que ha mentido, ha mentido al afirmar que el doctor Morales Benavides se negó, por conveniencia, a certificar el estado de embriaguez de los tripulantes del tren de Catorce. En efecto, existe un culpable, pero este culpable es el propio director de Ferrocarriles”, narra en ese libro el desaparecido político Saltillense.

Posterior a esta comparecencia, Villaseñor habría sido obligado por el propio Luis Echeverría a reinstalar a Morales Benavides en su cargo y, el 28 de abril de 1973, dejó la Dirección de Ferrocarriles Nacionales de México que asumió Luis Gómez Zepeda.

Ya en sus memorias Villaseñor advierte que se fraguó una ofensiva en su contra, al afirmar varios amigos de Luis Gómez Zepeda que las máquinas del Tren Peregrino carecían de freno dinámico y que su uso había sido prohibido para traslado de pasajeros.

“Resulta evidente el propósito de aducir y propalar la versión de que la causa de la tragedia era imputable a incuria del gerente general, al permitir la utilización de equipo inadecuado”, señala en un apartado.

“El crimen de Saltillo fue la culminación de la serie de ‘percances’ iniciados con el choque en la estación Villaseñor el 3 de diciembre de 1970, y de entre los cuales se destacaron la destrucción de ocho locomotoras en el acto de indiscutible sabotaje ocurrido en la Terminal Valle de México el 29 de ese mismo mes, la tragedia en Jiménez, y otros ‘accidentes’ de gran magnitud que con inusitada fre-

cuencia acaecieron en el lapso de mi gestión”, argumenta páginas, más adelante el autor.

Una historia oficial

Corría el segundo año del sexenio de Luis Echeverría como presidente de México, El Trenazo de Puente Moreno estaba en los cabezales de periódicos de circulación nacional y había traspasado las fronteras, pues hasta el rotativo francés *Le Monde* consignó la catástrofe ferroviaria de Saltillo.

Luis Morales Benavides, médico general que por muchos años ejerció su profesión en Saltillo, recuerda que, para él, como para muchos habitantes de la ciudad, había más datos del percance que “no cuadraban”.

“No se permitió decir que había más muertos, así que solo dijeron que doscientos muertos... Bueno, pues doscientos muertos se dijeron en los periódicos, pero nomás aquí, (en el Hospital de Ferrocarriles), la Cruz Roja nos mandó cien colchones para recibir a cien heridos, porque nosotros teníamos treinta camas en el hospitalito. Y todos los hospitales estaban llenos, el Hospital General, el de los maestros, el Seguro, los de Monterrey... todos, todos” recuerda.

Trabajadores del STERM informaron que, según los documentos que aún guardan en sus oficinas, oficialmente las cifra de víctimas se cerró en doscientos trece, pero que ellos tienen registrado un dato extraoficial de mil ciento doce personas fallecidas en el Trenazo de Puente Moreno.

Pero en cuanto a quien tuvo responsabilidad del percance y tras el cese del director del Hospital de Ferrocarriles de Saltillo, este recuerda que la teoría del alcohol en la sangre de los tripulantes se fortaleció con un certificado médico firmado por Pascual Hernández Padilla, cirujano en jefe de Ferrocarriles.

“De aquí los policías pasaron sobre de mí y se llevaron a la tripulación al día siguiente para golpearlos en el penal que estaba en Castelar (hoy sede de la Secretaría de Finanzas), y de ahí lograron que dijeran que venían tomando y que habían matado hasta a Napoleón, pero eso ya no se informó nunca. Cualquier certificado que hiciera el doctor Pascual (Hernández Padilla) de borracheras de la tripulación, pues no se podía, estaba “fuera de la olla”, no hubo testigos de que ese señor hubiera pisado Saltillo”, relata.

Antigüedad, fallas y sobrecupo

Las causas “oficiales” del percance se repitieron una y otra vez en los medios de comunicación. Los tripulantes del Tren Peregrino habían ingerido alcohol durante el viaje y habían descuidado su trabajo por convivir con mujeres a bordo de las máquinas, versión que ninguna autoridad logró afianzar, pero si dejar al paso del tiempo como una duda que invariablemente surgía al hablar del Tren Peregrino accidentado.

De las causas del percance hablan los propios ferrocarrileros, jubilados y en activo, solo cuando las grabadoras

se apagan, cuando las cámaras no están disponibles para captarlos y cuando se aseguran de que sus nombres no han de ser expuestos a la opinión pública.

Uno recuerda que en el tren de auxilio que llegó en las primeras horas del 6 de octubre para apoyar el arrastre de los coches accidentados, los tripulantes alcanzaron a revisar la máquina delantera del convoy (resguardada por efectivos militares y encontraron que no había un freno dinámico en ella para retener el tren.

Otro de los ferrocarrileros que observó la máquina afirma que en el lugar encontraron cerrada la válvula angular de la línea de aire del tren, misma que dota de un sistema de control de los frenos y que se encuentra en un pedestal aledaño a la zona de la línea de aire.

En una entrevista que concedió en octubre de 1977 el maquinista Melchor Sánchez Echeverría insistió en su versión del percance, que precisamente se relaciona del sistema de frenos.

“En concreto nada se ha esclarecido en cuanto al origen de la falla, todos los peritajes que se realizaron nos excluyeron de responsabilidad”, aseveró en esa ocasión el ferrocarrilero, “hasta el momento no se puede establecer si hubo sabotaje o no”.

“Sigo pensando que alguien cerró una válvula angular de la máquina de atrás que venía reforzando a la primera máquina, provocando que el sistema de frenos normales y de emergencia no respondieran”, subrayó en esa ocasión.

Pero además de las fallas en los sistemas de frenos que se observaron en el área resguardada del percance, la posibilidad de que los tres garroteros pudieran aplicar los sistemas de freno en cada coche habría quedado prácti-

camente anuladas al estar los pasillos de los vagones abarrotados por peregrinos.

Para los ferrocarrileros entrevistados en forma extraoficial, hay tres factores que se combinaron para dar paso a la tragedia, luego de la última parada sin novedad del tren, en la estación La Encantada:

1. Fallas en los sistemas de frenos.
2. La antigüedad de los vagones, que tenían en promedio más de treinta años en servicio y habían sido condenados (declarados, no aptos para el traslado de pasajeros).
3. El sobrecupo en los vagones se habría traducido en la rigidez y nulo juego de eje en los dos pares de ruedas, lo que impidió que estas siguieran su curso por la pendiente de dos grados de velocidad estimada en 120 kilómetros por hora.

Ningún documento oficial respalda dicho de los ferrocarrileros, solo su recuerdo por haber estado en la máquina 8405 aquel 6 de octubre de 1972.

Los testimoniales sobre el Trenazo de Puente Moreno continúan. Hay ferrocarrileros que admiten que la segunda máquina viajaba en estado de ebriedad un compañero de ellos no formaba parte de la tripulación, al que solo identifican como “El cabezón”, pero que falleció en el percance, y de ello no existen registro oficiales que den certeza de la versión.

A treinta años de distancia, es imposible recabar aún para la opinión pública los testimoniales de todos los involucrados en el Trenazo de Puente Moreno.

Las historias en torno al Tren Peregrino siguen apareciendo, pero también han fallecido ya cuatro de los seis

miembros de la tripulación que tenía encomendado el tren: Melchor Sánchez, Ignacio Carrizales, Pedro Rodríguez Barbosa y Vicente Martínez Torres.

Con ellos cuatro partes de la historia se han ido, no así el recuerdo de la tragedia de más de dos mil peregrinos que aún acompaña a Saltillo.

Sobreviven... pero callan

Afirman los dos sobrevivientes de la tripulación tener datos del percance, pero prefieren ya no tocar el tema. Para Jesús Rocha Serna y Juan Juárez Alvarado, conductor y no de los tres garroteros de la tripulación del Tren Peregrino que aún viven, el tema del Trenazo es un caso cerrado.

Ambos tienen domicilio en Saltillo, uno Rocha Serna, en pleno Centro; Juárez Alvarado en una colonia al sur de la Ciudad, pero no solo el hecho de haber compartido ese fatídico viaje del 5 de octubre de 1972 los une; tampoco el haber estado en el penal de Piedras Negras para cumplir sus respectivas condenas por el Trenazo, que después fueron disminuidas por falta de elementos que sostuvieran las culpas que les atribuyeron.

A los dos ferrocarrileros les ha unido la decisión de no hablar más el Trenazo.

En la casa de Jesús Rocha Serna la instrucción es clara y contundente para los miembros de su familia que habitan el inmueble: No aceptar que ningún reportero hable con el conductor del Tren Peregrino porque él mismo así lo ha ordenado.

En un breve encuentro con el conductor, se limitó a afirmar que la verdad sobre el percance solo él la conoce,

pero que no piensa hablar de ello, porque durante años los medios de comunicación limitaron sus publicaciones a afirmar que la tripulación era responsable del percance sin dar cabida a sus declaraciones sobre las causas de este.

El escenario se presentó diferente, pero con el mismo resultado de silencio, con Juan Juárez Alvarado, aún activo como inspector de la Subdirección de Ferrocarril de la Secretaría de Comunicaciones y Transportes y que solo admitió un breve encuentro en el pasillo de la oficina donde labora en el Palacio Federal de Guadalupe, Nuevo León.

Ahí, Juárez Alvarado dijo que podría dar declaraciones con documentos que conserva desde el incidente ferroviario, pero que sería un fin de semana, cuando llega de descanso a Saltillo. El ferrocarrilero cerró la breve plática al percibir que sería captado en una fotografía.

Números de la tragedia

- Ocurrió el 5 de octubre de 1972, a siete kilómetros al sur de Saltillo.
- 22 vagones con una antigüedad mayor a treinta años cada uno, y con capacidad de hasta 88 pasajeros cada uno.
- 1,936 personas habrían estado a bordo del tren ese día.
- 213 víctimas reconocidas de manera oficial.
- 1,112 víctimas que en forma extraoficial registró el Sindicato de Trabajadores de Ferrocarrileros.

(Reportaje publicado en el periódico *Palabra* el 5 de octubre de 2002, escrito por la reportera Patricia Ramos).

57. EL SUICIDA EN LA CATEDRAL

Francisco Tobías Hernández



En esta ocasión te platico de un hecho que conmocionó a todos los habitantes y visitantes de esta hermosa ciudad de Saltillo en el no tan lejano año de 1975.

El 3 de abril de 1975 la ciudad estaba tranquila, el bullicio era poco, en el centro histórico los paseantes aprovechaban para hacer compras en el Mercado Juárez, era común que los visitantes recorrieran el Teatro García Carrillo, la Plaza de Armas, con su palacio y por supuesto nuestra hermosa Catedral de Santiago del Saltillo. Se podía ver a varios niños corriendo por supuesto persiguiendo palomas.

Un grupo de personas entraron a la Catedral por la puerta de la calle de Juárez, pero de ese grupo uno, un hombre, se separó para subir la torre sur por unas escaleras de caracol, todo esto lo vio un oficial de tránsito, quien no prestó más atención, hasta que se dio cuenta de que esa misma persona ya se encontraba arriba de la torre, en la cornisa. *El Heraldo de Saltillo* publicó que dos agentes de tránsito se acercaron para convencerlo de no saltar al vacío, otros medios dijeron que fue un elemento de la po-

licía judicial, lo que, si señalaron igual, fue que el sujeto desconocido había sentenciado: “Acompáñame para que juntamente conmigo sientas lo que es morir”.

Mientras todo esto sucedía, la gente empezó a acercarse, unos para ayudar, otros por morbo y algunos para dar aviso, como un niño que corrió a la fonda “Las Playas”, ubicada atrás de Palacio de Gobierno, entrando y gritando lo que sucedía. Entre los comensales estaba el chihuahuense, Adolfo González, Saltillense por adopción, de oficio fotógrafo, quien rápidamente tomó cámara, chasqueando de molestia, pues no tenía rollo, y aprovechando que su acompañante Efrén Lara se había levantado al baño, tomó el equipo fotográfico de este y salió corriendo rumbo al atrio de la catedral. Así, Adolfo logró una secuencia magistral, de tres fotografías, en las cuales se puede observar cómo el suicida, hasta ese momento desconocido, está en la cornisa de la torre, cómo va cayendo al vacío y después, ya sin vida, el cuerpo yace en el piso.

El caso del suicida desconocido se turnó al M P, específicamente con la Lic. Armandina Rodríguez Gil. El nombre del desconocido era Crecencio Gómez Hernández, oriundo de León, Guanajuato. Traía consigo además de unos cuantos pesos, treinta dólares y un trozo de papel con el nombre de Mary Silving y una dirección de Orange, Texas.

Esta es la historia de un fuereño que llegó a esta hermosa ciudad y decidió quitarse la vida, lanzando al vacío desde la torre de nuestra Catedral. El motivo nunca se supo, pero lo que sí sabemos es que Adolfo González, el fotógrafo, ganó el Premio Nacional de Periodismo otorgado por el Club de Periodistas de México, y si se pregunta por el cuerpo, ese, ese nunca fue reclamado.

58. ADRIÁN RODRÍGUEZ GARCÍA: LA MAGIA DE LUCHAR POR LO IMPOSIBLE

Jaime Martínez Veloz



De Saltillo no se puede platicar ni explicar sin mencionar a Adrián Rodríguez García, y mi vida, menos. Si Adrián no hubiera nacido, Miguel de Cervantes Saavedra lo hubiera inventado. El alma del original del Quijote deambula por las calles y avenidas saltillenses.

Adrián fue un activo y apasionado militante de la Raza Cósmica. Cuando Vasconcelos se exilió, Adrián, como muchos otros, solo esperaba su llamado de guerra. El joven heredero de una pequeña fortuna no aceptó su silencio y en un discurso en la plaza de armas ocupó la presidencia vitalicia de la República, dictando el decreto “Alimentos directos gratis para todos”. El mitin en el principio no había sido tan concurrido, pero Adrián, como otras docenas de jóvenes vasconcelistas, tenía su cartel, que creció luego de que recibieron en su campaña al abanderado de la revolución cultural mexicana, que fue frustrada, en un país donde el civilismo era apenas un embrión en un vientre militarizado.

Pero el público aumentó cuando Adrián mandó traer a todas las fritangueras de los alrededores. Frente al hotel Rodríguez ordenó: “¡Que todo el que pase coma lo que quiera, hasta hartarse! ¡Yo pago!” Adrián recorrió la calle entre aplausos, felicitaciones y agradecimientos. Doña Dolores García de Rodríguez, aunque al principio se quejó, con su amor de madre escuchó la voz apasionada de su hijo: “Ocupar la presidencia vitalicia de la República bien vale cualquier gasto. Además, tú, como buena cristiana, estás obligada a dar a comer al hambriento. ¿Qué no?”.

No faltaron quienes lo criticaron, lo previnieron de su segura bancarrota. Para ellos acuñó la frase que lo haría célebre: Los pendejos no opinan. Desde los días de su toma de posesión, Adrián anduvo vestido con frac y una banda tricolor cruzada al pecho. Hizo pintas promoviendo el Partido Adrianista y dio a conocer el Frente Único de Ciudadanos no Votantes. Y así fueron surgiendo sus creaciones: La Columna Universal de la Paz y, sobre todo, su querida Universidad Universo.

Yo lo conocí una noche de 1971 en que salí a platicar con los amigos que llegaban a la esquina de Victoria y Obregón. Se acercó un tipo con un viejo saco deslavado, un sombrero arrugado, un ramo de flores en una mano y con las bolsas del saco llenas de papeles. ¿Quién de todos ustedes sabe dibujar?, preguntó, y su voz grave e impositiva hizo que todos volteáramos a verlo, pero nadie le hizo caso. Ante nuestra indiferencia, Adrián ordenó: ¡Cuá-drense, que ya llegó el ciudadano economista non, rector de la Universidad Universo! Y me señaló: Tú sabes dibujar. ¡Saca un papel, que tenemos que hacer un manifiesto!

Yo conteste divertido: Los papeles los tengo en mi casa. ¿Y qué esperas? Muévete, tarugo, me dijo.

Como ninguno teníamos nada que hacer en ese momento, decidí seguirle el juego y fui a mi casa y saqué un block y un bolígrafo. Me pidió que escribiera con letra grande y buena: “Ciudadano presidente de los Estados Unidos. Por este conducto ordeno alimentos directos gratis. Niños sol. Máxima autoridad. ONU. Los emplazo, concediéndoles setenta y dos horas a los que se crean contrarios. Rúbrica”.

Cuando terminé de escribir le acerqué el papel. Lo leyó, pidió la pluma y lo firmó lentamente con letra manuscrita. Luego lo enrolló y se despidió diciéndome: Está bien. Voy a enviarlo por hilo directo para ordenarle al pendejo de Echeverría que deje la Presidencia que está usurpando, porque es de mi propiedad. Yo soy el único presidente de México reconocido por la ONU ¿O qué?, espetó. Le contesté: Lo que tú digas. Entonces se rio y me dijo con bonhomía: Desde hoy somos aliados. Pero recuerda: acata mis órdenes

El fin del año del 83, sin uvas, ni vino, ni regalos, ni nada, comiendo frijoles con yogur y té de canela, nos la pasamos él y yo solos, en mi departamento de la calle General Cepeda. Adrián se bañó, como siempre lo hacía, la ropa que traía había que tirarla, y le presté ropa limpia para que se vistiera, aunque no era de su talla, pero más o menos le quedaba. Recuerdo que se puso una camisa de cuadros verdes, un pantalón de mezclilla, y se durmió en un sofá-cama que tenía en la sala. Antes de dormirse me giró instrucciones, para estar alerta ante un eventual ataque sorpresa de la pirata Margaret Thatcher, gobernante de

Inglaterra e invasora de las islas Malvinas. En la mañana del día primero de enero, tomó un poco de café y con un frío que calaba hasta los huesos, salió de mi casa, con el propósito de desagruar al Cristo Rey de la Catedral, ya que enfrente, o sea en el palacio de gobierno, despachaba “el diablo”, el gobernador José de las Fuentes Rodríguez.

Adrián murió como mueren los guerreros, es decir, en el centro del combate. La plaza de armas fue desde siempre el centro de sus arengas políticas. Ahí estaban sus molinos de viento. Tenía, según él, varios años en huelga de hambre en ese lugar, por lo tanto, era injusto que muriera en otro lugar. Falleció en la plaza de armas el 14 de enero de 1984, víctima de un paro cardiorrespiratorio.

Cuando murió, yo estaba en Torreón porque días antes había nacido mi segunda hija. Cuando supe de su muerte viajé a Saltillo, pero no alcancé ni a velarlo ni a nada, lo sepultaron en un fosa común. Fui a preguntar al DIF por el cuerpo y me entregaron la camisa verde de cuadros y el pantalón de mezclilla que días antes se había puesto en mi casa, junto con los papeles, axiomas, panfletos, cartas, telegramas y algunas monedas; los abracé con un sentimiento que no me cabía en el alma, me fui a la colonia Pancho Villa atrás del Cerro del Pueblo y me dormí casi de madrugada en la casa de Julián Espinosa Tapia, viejo amigo mío al que le faltaba un brazo, pero le sobraba corazón. Me prestó una cobija y me enrede en ella junto con la inmensa soledad que me acompañaba.

El día que el murió, murió algo dentro de mí, pero como herencia me dejó lo mejor de su vida. La magia del sueño de luchar por lo imposible.

Nota: este artículo fue publicado por Jaime Martínez Veloz el día 5 de agosto de 2018 en su cuenta de Facebook. Adrián Rodríguez fue un personaje ampliamente conocido en Saltillo en los años 60 y 70 del siglo XX. Algunos decían que estaba loco, pero muchos otros, como Martínez Veloz, lo consideraban más cuerdo que la mayoría. En la Plaza de Armas de Saltillo, desde donde le gustaba enfren-
tar al gobernador en turno, hay una placa en su memoria.

59. LA SOCIEDAD MANUEL ACUÑA

Juan José Casas García



Hace algunos años un grupo de amigos me invitaron a asistir a un evento cultural que tendría lugar en la Sociedad Manuel Acuña, no la conocía, pero pronto descubriría su hermoso patio y su bello gimnasio. Años más tarde, al cursar la carrera universitaria, mis colegas y yo asistíamos a los emblemáticos bailes organizados por la Escuela de Artes Plásticas de la ciudad en el mismo edificio. Es decir, el espacio de la Sociedad Manuel Acuña había marcado nuestra generación, estaba presente en las actividades deportivas, culturales y recreativas, y no solo eso, ya que el mítico inmueble había estado presente en la vida de Saltillo durante casi un siglo.

La Sociedad Manuel Acuña iluminó varias generaciones de nuestra ciudad. Fue fundada el 4 de marzo de 1906 por el periodista Francisco Fuentes Fregoso en una reunión de varios saltillenses notables (de entre ellos Leopoldo Huerta, Bernardino Gómez, Vicente Aldape, Silvestre Cobos y Emilio Sáenz) celebrada en el que antaño sería el Hotel Tomasichi en la calle Victoria, lo que sería posteriormente el Hotel Arizpe Sainz. La sociedad nació bajo

el nombre de “Círculo Proteccionista y Recreativo de Empleados de Comercio Manuel Acuña”, con el tiempo su nombre cambió a “Sociedad Mutualista y Recreativa Manuel Acuña”. Desde sus inicios, el “Acuña” se caracterizaría por sus principios y valores mutualistas, tales como la solidaridad, la neutralidad institucional, y la educación y capacitación mutua, todos ellos dirigidos principalmente a la clase obrera de la ciudad.

De entre sus principios de mutualismo y servicio a la comunidad saltillense, destaca —como lo señala la directora del Centro Cultural Vito Alessio Robles, Esperanza Dávila Sota— el sostenimiento de una primaria nocturna dedicada a niños de escasos recursos que muchas de las veces tenían que trabajar por las mañanas. Este servicio era realizado con los propios recursos de la Sociedad. De la misma manera, mantuvo un teatro público entre los años 1917 y 1920, y una revista mensual de interés general que pudiese llegar al público de la ciudad. Del mismo modo, la Sociedad Manuel Acuña contaba para 1931 con una biblioteca compuesta por varios miles de volúmenes que habían llegado a su espacio por medio de los diversos integrantes que conformaban la asociación.

Ahora bien, el inmueble que albergaba a la Sociedad Manuel Acuña, en la calle de Morelos en pleno corazón del centro histórico, fue inaugurado en el año de 1922. Sus instalaciones contaban, entre otras, con mesas de billar, baños de vapor, un fabuloso gimnasio y hasta con un bar, pero, sin duda alguna, el magnífico patio español era el que le otorgaba su más bello distintivo. Fue en este edificio donde a lo largo de los años se celebraron tanto eventos deportivos como culturales, a la par de los famosos

bailes que amenizaron a la sociedad de Saltillo durante casi cien años.

En sus instalaciones se desarrollaron torneos deportivos al interior de su gimnasio como las estrategias mentales que se vislumbraban en el ajedrez. De la misma manera, su cancha de basquetbol, de voleibol y de tenis vieron los enfrentamientos de las diversas instituciones educativas de la ciudad, que generaron acérrimas rivalidades. Por el lado cultural, se organizaron diversas exposiciones como las desarrolladas en el llamado Otakufest, festividades escolares o las fiestas durante el mes patrio de septiembre. Sin embargo, tal vez lo más recordado eran los grandes bailes que tomaban lugar en su ya famoso patio español.

Es precisamente en el mítico patio español, adornado con sus bellos faroles, donde año con año se realizaban los diversos bailes organizados en la Sociedad. Uno de los más populares era el llamado “baile ranchero”. Los rebozos, las faldas, los sombreros y los trajes desfilaban por el patio coloreando el lugar cada 31 de diciembre, sobre todo durante la década de los 50 del siglo XX. En estos espectáculos los motivos rancheros sobresalían. La decoración del sitio se efectuaba con elementos campiranos, mientras que la gente se vestía con atuendos charros o campesinos. La postal visual se adueñaba del patio español mientras se bailaba con las grandes orquestas de la época.

Por esta razón, la Sociedad Manuel Acuña fue conocida como “El lugar de los grandes acontecimientos” entre los años 40 y 60, ya que en su recinto se presentaban las mejores agrupaciones musicales del momento como la orquesta de Dámaso Pérez Prado o la Sonora Santane-

ra. No obstante, la más reconocida y admirada por la sociedad saltillense era la orquesta local que alternaba con los demás artistas y que finalmente amenizaba los eventos del “Acuña”: la orquesta de Lorenzo Hernández, una de las más prestigiosas del norte de nuestro país. Vestido con traje o de ranchero, pero siempre con sus lentes oscuros, el maestro Lorenzo Hernández amenizaba las noches saltillenses. El maestro Hernández, su orquesta y los bailarines de la Sociedad Manuel Acuña marcaron, sin duda, una época en la historia de nuestra ciudad.

Menos conocido, pero igual de importante es el bar que se encontraba en su interior. Cerca de los famosos baños de vapor, en el sótano, se encuentra este espacio idílico donde confluían escritores o periodistas. Uno de los escritores más prominentes de la ciudad, Julián Herbert, aseguraba que había que ser saltillense o estar enamorado del centro histórico de la ciudad para conocer este espacio. Para Herbert, el bar es el lugar donde se celebra un nacimiento o se recuerda a alguien que partió: “Este bar es la casa simbólica de Manuel Acuña. Este es el único recinto de Saltillo donde Manuel Acuña está vivo todavía”, el único lugar donde se puede brindar y conversar con su fantasma.

“Sus brazos me estrecharon y después a los pálidos reflejos del sol que en crepúsculo se hundía, solo vi una ciudad que se perdía con mi cuna y mis padres a lo lejos”, así describía Manuel Acuña a la ciudad de Saltillo antes de partir a su viaje a la Ciudad de México.

La Sociedad Manuel Acuña cerró sus puertas en el año 2020 y su edificio fue demolido en enero de 2021, producto de los malos manejos y un presunto fraude de quienes

entonces encabezaban su mesa directiva, los cuales entregaron el inmueble a un tercero, en pago de un supuesto adeudo cuyo dinero jamás se supo en que se utilizó.

60. EL CAFÉ VIENA: TRADICIÓN DE SALTILLO

José Torres Anguiano



Estoy cenando frente a un toro de lidia que parece mirarme fijamente; el platillo son unas clásicas “palomitas” de ternera. Varias mesas se van llenando, mientras se escucha el murmullo de las diferentes conversaciones. Algunos comensales vienen en grupos y ocupan alguna mesa redonda. Yo estoy al lado de la mesa de los toreros, quienes disfrutan de hablar de todo lo relacionado con la fiesta taurina.

Es el Café Viena, en la calle presidente Cárdenas, atendido personalmente por sus dueños, los hermanos René y Rolando Molina. El primero de ellos es el anfitrión y pasa mesa por mesa para saludar a sus clientes y preguntar “cómo la están pasando”. Así es todos los días, conocen muy bien a sus clientes habituales, algunos llegan y no requieren solicitar la carta, pues los meseros ya saben lo que pedirán.

En 1959 don René Molina de la Cruz inició el Café Viena en la calle Abbott; después se mudaron a la de Acuña, y finalmente, en su actual ubicación, en Presidente Cárdenas.

Don René Molina fue contratado —antes de iniciar su negocio— por el empresario Jesús Martínez, para que fuera el gerente de varios de sus negocios, entre ellos el emblemático Restaurante Saltillo. Don René, quien era egresado de la Academia Victoriano Cepeda, en donde estudió Contabilidad, aceptó gustoso el colaborar en el giro de los alimentos.

Ya antes don René había trabajado en la Tesorería del Estado y en la Presidencia Municipal, cuando fue alcalde don Eulalio Gutiérrez Treviño.

Cuando trabajaba en los negocios de Jesús Martínez, el restaurante Élite, el Gema, el Saltillo y otro en la carretera a Zacatecas, tuvo la idea de crear su propio negocio, al ver el éxito de los que tenía a su cargo.

Don Manuel J. García fue quien le rentó a don René el primer local que utilizó para instalar su cafetería, en la calle Abbott, donde se encontraba la relojería Arreola.

En 1976, don Manuel decidió vender aquel local al Banco Coahuila, ofreciéndole a don René un nuevo espacio en la calle Acuña, pero con una mayor extensión, por lo que Café Viena tuvo que ampliarse de doce mesas a treinta, y sí, todas se llenaban.

Me gusta mucho hablar del Viena

René Molina hijo, o el ingeniero, como le saludan los clientes, dice con mucho orgullo que a él le gusta mucho hablar del Viena, pues asegura que creció en este lugar aprendiendo todo lo que su padre le enseñaba. Inclusive, al pedirle una foto, se coloca al lado derecho de la fotografía de don René, y dice “siempre me dijo que era su mano derecha”.

Cuenta que se sentía muy bien el saber que su padre tenía un negocio de comida, pero también representó toda una responsabilidad.

“A medida que fui creciendo me fueron aumentando las obligaciones, en un momento dado yo tenía que ir al Mercado Juárez, a traer plátano, aguacate, papaya y cigarros; o a traer pan a la Chontalpa o la Reina”, asegura. “Mi papá optó porque estuviéramos en la escuela en el turno vespertino, y toda la mañana tenía que pasarla con él... abría el Viena a las siete de la mañana, y antes de las siete pasaba un taxi por mi papá... tenía que estar con él, tuviera sueño o no. Mi vida fue transcurriendo alrededor de esto”, agrega.

A la muerte de don René Molina de la Cruz, fueron sus hijos René y Rolando, además de su esposa Guadalupe Aguirre, quienes tomaron las riendas del Café Viena.

El preferido de los gobernadores

El Café Viena ha sido sede de múltiples reuniones de diferentes personalidades en todos los ámbitos, desde deportistas hasta políticos. René Molina destaca sobre todo la visita de diferentes gobernadores del estado.

“Desde don Braulio Fernández, que se cortaba su cabello al otro lado de nuestro negocio, en la peluquería San Luis; don Eulalio Gutiérrez; don Óscar Flores Tapia le encantaba que le mandáramos sus palomi-

tas; también Enrique Martínez, y Rubén Moreira, que sigue viniendo”, señala.

Además, asegura que el Café Viena es un recinto en el que se encuentran las diferentes ideologías políticas, pues por igual van a comer los del PAN o los del PRI, e inclusive en ocasiones lo hacen al mismo tiempo, pero “cada quien con su asunto en su mesa”, sin generar discusiones.

Pero los políticos no son los únicos que son asiduos visitantes de este lugar, también los deportistas, y de muchas disciplinas, como toreros, luchadores, boxeadores y beisbolistas.

“Han venido boxeadores como Kid Azteca, el torero Alejandro Silveti, beisbolistas como Marcelo Juárez”, asegura René. Y recuerda también las visitas de actores de la talla de Eric del Castillo y Julio Alemán.

Se conocieron en el Viena y se casaron

René dice que una de las cosas que ve con mucho gusto son los momentos de enamoramiento en el Viena, pues asegura que hay muchas parejas que vivieron su época de noviazgo en ese lugar, y ahora, después de décadas de matrimonio regresan.

“En el Viena se fraguaron muchos matrimonios en aquellos años, cuando la juventud era muy correcta, había romanticismo y amor, muchos que están en matrimonio en el Viena iniciaron su noviazgo”, señala.

“Hay niños que de chiquitos los llevaban al Viena y siguen yendo, pero ya como papás, entonces eso nos llena de satisfacción y gusto”, agrega.

Las tradicionales palomitas

Eran las preferidas de don Óscar Flores Tapia, y son las que piden la mayoría de los clientes, son las famosas palomitas de ternera, con un sabor delicioso.

René se atreve a decir que son contados los restaurantes de Saltillo que sirven ternera, y sobre todo que la preparan como debe ser, un proceso laborioso, que al final produce un gran platillo.

Si usted quiere disfrutar de este y otros platillos en el Café Viena, este se encuentra abierto de 8:00 de la mañana hasta la medianoche, en la calle presidente Cárdenas, bajando Allende.

(Este artículo se publicó en *El Heraldo de Saltillo* en el año 2015).

61. JUAN ANTONIO DE LA FUENTE

Francisco Tobías Hernández



En esta ocasión te platico sobre un mexicano que vio la luz por primera vez el 7 de febrero de 1816 —fecha en la cual Saltillo era llamado Villa de Santiago de Saltillo— y cuyos padres fueron don José Antonio de la Fuente y doña Victoriana de Cárdenas, me refiero a don Juan Antonio de la Fuente.

El joven Juan Antonio empezó a estudiar la carrera de medicina, pero, la suspendió por problemas económicos, y decidió por ello ponerse a trabajar e iniciar la carrera de la abogacía, logrando en 1837 obtener su título de Licenciado en Derecho.

En 1840 fue electo diputado federal, demostrando grandes dotes de oratoria, su vestimenta siempre más que sencilla, hecho que causó risas en su primera visita al Congreso, pero cuando empezó a hablar, el resto de los diputados solo tenían atención para escuchar su voz. El respeto se lo había ganado.

Don Juan Antonio de la Fuente, siendo ministro plenipotenciario, defendió a nuestra patria ante el Gobierno Francés de Napoleón III, condenando en el Palacio de la

Tullerías la invasión de esa potencia a nuestro país y advirtiéndole a Francia entera: “No luchéis contra mi patria, mi patria es invencible”.

Hoy en Saltillo existe una Secundaria Pública de gran prestigio que lleva su nombre, existen muchas escuelas en México que honrar a este héroe nacional oriundo de Saltillo, pero quien más nos recuerda su nombre es la escuela de bachilleres, El “Ateneo” Fuente, llamado así en honor a este gran Saltillense, en la explanada de esta institución podemos ver su esfinge y en el Ateneo su legado.

62. ISIDRO LÓPEZ ZERTUCHE, IMPULSOR DEL CRECIMIENTO INDUSTRIAL DE SALTILLO

Primogénito de una familia de ocho hijos, nació con la llegada al mundo de la luz eléctrica a Saltillo. A sus dieciocho años —en tiempos de la Revolución— una enfermedad mortal le quitó prematuramente la vida a su padre, lo obligó a mantener a su madre doña María Zertuche y a sus siete hermanos.

Al terminar su carrera de Tenedor de Libros, en octubre del 1910, se inicia en el mundo de trabajo en la casa comercial Dámaso Rodríguez e Hijos.

Cuando el Contador General de esa empresa se retiró, su eficaz desempeño dio lugar a que le ofrecieran ese puesto, sin embargo, la llegada de los revolucionarios habría de cambiar todo. A pesar de estas circunstancias, en donde otros vieron tragedia, Isidro detectó oportunidades. Así decide tramitar un préstamo y exprimir sus ahorros para adquirir una ferretería en traspaso que le generó el dinero suficiente para pagar el préstamo y comprar su casa.

Con el apoyo de sus hermanos se asoció con otro ferretero, Vicente Aldape y al retornar la calma a Saltillo, se convirtió en agente exclusivo para venta en mayoreo de la neoyorquina Federal Export Corporation.

En 1924 se casa con Ana María del Bosque y se lanza a la aventura de fabricar los artículos de la ferretería que él y sus hermanos vendían en el negocio. A crédito compró una prensa troqueladora con la que inicia una modesta fábrica.

Su espíritu emprendedor causó en la época de los veinte, gran sensación en Saltillo, cuando se lanza con su maquinaria disponible, usando cuadros de lámina, a fabricar cacerolas. De esta perseverancia surgió la Compañía Industrial del Norte (CINSA), punta de lanza de lo que es Grupo Industrial Saltillo.

Tres valores morales redondearon su obra: humanismo, religiosidad y familia. Gustaba de compartir los alimentos con sus trabajadores, se preocupaba por sus familias y compartía sus tribulaciones. Fundó para la educación de los hijos de sus obreros el Colegio México.

En el mensaje que dirigió sus doce hijos durante festejo de sus bodas de plata con Anita, quedó reflejado el espíritu de don Isidro: “Siempre que hagan algo, háganlo intensamente, no se anden con cosas a medias, si son amigos de alguien séanlo intensamente, vivan a dios intensamente, trabajen intensamente [...]”.

Una historia de éxito

Cuando Isidro López Zertuche empezó a hacer pruebas para fabricar cacerolas utilizando hojas de lámina, sus amigos y familiares pensaron que se había vuelto loco, en el sentido literal de la palabra. Les resultaba difícil aceptar que quien hasta entonces había destacado por ser un talentoso empresario, de pronto hubiera perdido la cordu-

ra dedicando tiempo y dinero a un proyecto sin sentido. Eran los últimos años de la década de los años 20 del siglo pasado, y en ese entonces nadie se imaginaba que la perseverancia del “Chato” López derivaría en la fundación de la Compañía Industrial del Norte (CINSA), semilla de lo que hoy es el Grupo Industrial Saltillo.

Quienes lo conocieron lo recuerdan como un hombre inquieto que definitivamente no encajaba en la tranquilidad provinciana de aquellos años, cuando la mayoría de los empresarios se preocupaba solamente por solventar sus necesidades del diario vivir; no tenían la visión de crecimiento y diversificación, que era el rasgo característico del fundador de un consorcio que hoy tiene presencia en el mercado internacional. Cuando una idea lo empezaba a inquietar, no había quien lo pudiera detener: ni siquiera su esposa Ana María del Bosque, quien compartió su vida y sus desvelos durante treinta y cinco años.

Primogénito de una familia de ocho hijos, López Zertuche se convirtió en el sostén de su familia en 1910, justo cuando había cumplido dieciocho años y el país se convulsionaba por los primeros brotes de la Revolución. Desde entonces su vida estuvo dedicada al trabajo, a su familia, a obras asistenciales y hacer realidad lo que para otros eran simples fantasías. Javier, uno de sus hijos, recordaba muy bien la filosofía que les inculcó: “Hay que estar preparados humana y materialmente para realizar lo que soñamos, porque si no, todo queda en nada”.

La primera aventura

Isidro López Zertuche hizo sus primeros trabajos en la Casa Comercial Dámaso Rodríguez e Hijos, donde conoció a quienes serían sus amigos de toda la vida: Nazario Ortiz Garza y Segundo Rodríguez Narro. Los tres se encargaron de llevar la contabilidad del negocio hasta 1914, cuando los revolucionarios confiscaron la tienda. Nuevamente, sin trabajo, lo único que tenía a su favor era su experiencia, un pequeño capital que había guardado y el firme propósito de iniciar un negocio propio cuando apenas tenía veintidós años. Su primera aventura fue una ferretería y tlapalería que compró con sus ahorros y un préstamo de ochocientos pesos. De inmediato incorporó a sus hermanos Carlos y Ricardo en el negocio que desde entonces se llamó “Isidro López y Hermanos”.

Adelantándose a su tiempo, López Zertuche estaba convencido de las ventajas que ofrecían los negocios en sociedad y fue así como estableció relaciones mercantiles con Vicente Aldape y José García Narro para crecer dentro del ramo ferretero.

El “Chato” López, como le decían sus amigos, estaba satisfecho de sus logros como comerciante, pero al mismo tiempo tenía la inquietud de empezar a fabricar algunos de los artículos que vendía en el negocio, cuya razón social ya había cambiado a Ferretera del Norte. Junto con Cipriano Martínez, uno de sus empleados más cercanos, fabricó un troquel para moldear tubos y codos de fierro, y después se le ocurrió producir utensilios domésticos de aluminio, como cacerolas, tinas, baños para lavadero, planchas. Viajó a Michigan para comprar una prensa de la Bliss Com-

pany, que era lo más avanzado del momento, pero las ventas eran de riguroso contado. Después de veinte días de insistencia, logró que el director general de la Bliss Company autorizara la primera venta a crédito. Hoy la prensa no está en uso, pero se conserva en una de las empresas de GIS como mudo testigo de la perseverancia de un hombre y del nacimiento de una industria que causó revuelo en Saltillo.

Al lado de su inseparable Cipriano Martínez trabajó días y noches durante siete meses hasta obtener una olla lisa y perfectamente acabada. A partir de entonces el negocio empezó a crecer: en una antigua y deteriorada construcción arrancó CINSA, compañía que después incurrió en la fabricación de molinos de granos, planchas de hierro, portaviandas y hasta estufas de gas natural.

La Segunda Guerra Mundial trajo consigo la escasez de aluminio; sin embargo, nuevamente el “Chato” López supo salir adelante haciendo utensilios de peltre que incluso fueron exportados a Estados Unidos para ser utilizados por el ejército. Después vinieron otros negocios, como Brochas y Cepillos Éxito (1942), el Banco Mercantil de Coahuila (1944), Molinos El Fénix (1947), Compañía Fundidora del Norte (1955) y Moto Islo (1956), que lanzó al mercado la primera motocicleta producida en el país por trabajadores mexicanos.

Gracias al éxito de sus empresas, López Zertuche disfrutaba de una vida desahogada. Catalogado como uno de los hombres ricos de Saltillo, tenía ideas muy particulares sobre el destino que se debe dar al dinero y así se lo dijo a su hijo Isidro:

“Uno como empresario debe vivir bien, procurar a la familia un bienestar, a los hijos un crecimiento sano en un ambiente en el que nada falte para su formación, pero lo demás son lujos y diversiones sin sentido, y eso acaba con los dineros de cualquiera”.

Las condiciones del “Chato”

La experiencia más difícil que enfrentó fue la huelga que iniciaron los trabajadores de CINSA el 5 de noviembre de 1946. El mismo gobernador de Coahuila, Ignacio Cepeda Dávila, le aconsejaba ceder a las presiones de los líderes del sindicato, pero esa idea ni siquiera estaba a discusión. Sus hijos Javier e Isidro recordaban que jamás habían visto a su padre con tanta pesadumbre y tristeza. Estaba convencido de que las órdenes de crear problemas “venían de arriba” y tal parece que de allá mismo llegó la determinación de levantar las banderas rojinegras el 22 de diciembre del mismo año.

Lo único que López Zertuche pedía a sus empleados era trabajo, puntualidad y honradez. Siempre estaba cerca de su personal y así lo recordaba Sixto Mendoza Charles, quien entró a trabajar a CINSA en 1940:

“Cuando hicieron el comedor para empleados, unos siete años después de que yo entré, don Isidro comía con nosotros ahí. Comía lo mismo que nos daban a los trabajadores y, cuando terminaba, se fumaba su cigarro y platicaba con nosotros”.

Felipe Bueno González, quien era el encargado de la fábrica de cepillos, recibió una importante lección de rectitud cuando consultó con López Zertuche lo que debía hacer con una factura que no había sido cobrada por un proveedor y que estaba casi en el olvido. La respuesta no dejó lugar a dudas: “Lo que no es de nosotros, no es de nosotros, Felipe. Llámeles a esas gentes y dígalas que pueden pasar a recoger su cheque”.

Hombre estricto

Cuando era necesario, López Zertuche aplicaba medidas muy rígidas y nadie mejor que su hijo Javier para contarlo. Cuando estaba a punto de graduarse en el Tecnológico de Monterrey, decidió que no quería continuar y así se lo dijo a su padre, quien le habló sin rodeos: “Las consecuencias de lo que cada uno hacemos, bien o mal, las tiene uno que sobrellevar por sí mismo, nomás que aquí en la casa yo no quiero holgazanes. Si tú no quieres seguir estudiando, tendrás que ponerte a trabajar”. El joven inmediatamente pensó en CINSA, pero nuevamente surgieron palabras poco estimulantes, pues su padre no movería un dedo para favorecerlo y tendría que solicitar empleo, como cualquier otro, en el departamento de personal.

Isidro y Javier recordaban que uno de los valores más importantes de su padre era la unión en la familia y el respeto a la amistad. “Unos cuantos pesos de más o de menos no importan si ese es el precio de la unidad. Los pesos van y vienen —les decía—, pero la unidad, cuando se pierde, se pierde para siempre”. También cuidaba la igualdad entre los hermanos y el respeto al hogar como si fuera algo

sagrado, pues no toleraba las mentiras ni la arbitrariedad en los horarios de comida. Su hija Ana María decía que el carácter estricto de su padre “era la parte amarga, pero necesaria, de la convivencia familiar”.

Desde niño, López Zertuche fue fiel creyente de la Virgen de Guadalupe y fue precisamente su fervor católico lo que lo llevó a comprometerse con obras asistenciales, como la fundación del Colegio México, inaugurado en 1953 para asegurar la educación de los hijos de los obreros, muchos de los cuales eran becados por el propio empresario. También encabezó el patronato del Asilo Maas para niños huérfanos y abandonados.

En mayo de 1959, tan solo unos días antes de morir a causa de un padecimiento cardiaco, López Zertuche recibió una de las noticias más gratas de su vida como empresario: Estados Unidos solicitó a CINSA dos vagones completos de estufas de gas natural. Si bien exportar no era novedad para él (lo hacía a Centro y Sudamérica), le relató a un reportero en la última entrevista que concedió: “Me parece estar viviendo una historia fantástica de Julio Verne, porque es motivo de orgullo para México ver que nuestros productos se abren paso en Estados Unidos”.

(Artículo publicado en la revista Expansión en septiembre de 2011 <https://expansion.mx/expansion/2011/09/14/isidro-lpez-zertuche-br1892-1959-brgrupo-industrial-saltillo>).

63. LA ANTIGUA FERRETERÍA SIEBER, EL NEGOCIO NÚMERO 1 DE SALTILLO

José Torres Anguiano



Ni siquiera dos incendios detuvieron el crecimiento del negocio, el más antiguo de nuestra ciudad, que iniciaran en 1857 Brainard & Langstroth, continuaran Porth & Sieber, luego los Suess y actualmente los Villarreal.

La Antigua Ferretería Sieber de Saltillo es uno de los negocios más antiguos de Saltillo, enclavada en el mero Centro Histórico de la ciudad, en donde empieza la calle Zaragoza, a unos pasos de la Plaza de Armas. Su edificio, cuya fachada fue rescatada hace unos años impone y se distingue de entre los demás.

Fue en el año de 1857 cuando los señores Daniel Brainard y Santiago Langstroth, el primero estadounidense y el segundo alemán, decidieron en 1857 establecer un negocio dedicado a la ferretería, bajo una sociedad denominada Brainard y Compañía, naciendo a la par dos establecimientos, uno en Monterrey —la Casa Langstroth que cerró sus puertas hace una década— y el otro aquí en Saltillo.

Al poco tiempo de iniciadas las operaciones, don Daniel, un empresario dinámico y entusiasta, recibe la oportunidad de desarrollarse en su país natal y sin pensarlo dos veces se regresa a la Unión Americana, quedando el señor Langstroth como único propietario.

Quince años después don Santiago murió, y su viuda, doña Francisca Leichardt decidió quedarse solamente con el negocio de Nuevo León y vender el de Saltillo.

Un empresario estadounidense de nombre Matías Porth fue quien adquirió el negocio, al verle un buen futuro, invitando como socio al señor Clemente Sieber, siendo así que ya para el año 1873 se conocía como la Ferretería de Porth & Sieber.

El tiempo siguió pasando por este negocio, y nuevamente un socio tuvo que partir, el señor Porth decidió retirarse de la ciudad, quedando en 1885 como único propietario Clemente Sieber, cambiando el nombre del negocio a Ferretería C. Sieber y Cía., motivo por el cual el logotipo gigante que se encuentra afuera del local tiene el año de 1885, aunque su fundación ocurriera veintiocho años atrás.

Clemente invitó entonces a su cuñado Pablo Suess como socios del negocio. Cuando el destino alcanzó a don Clemente Sieber, don Pablo y sus hijos de apellido Suess Moore quedaron como propietarios de la ferretera, que ya no cambió su nombre y se mantuvo como Sieber.

Los Suess renovaron y reinaugararon en 1910 un “majestuoso” edificio —muy parecido al actual— en pleno corazón de Saltillo, sin embargo, el gusto duró solamente cuatro años, pues en 1914 un fuerte incendio en esta zona destruyó por completo las instalaciones, y la mercancía de

la ferretería Sieber. El suceso fue de magnitudes enormes y rebasó por mucho la capacidad de los cuerpos de auxilio de la época en Saltillo, que inclusive alcanzó al Banco Purcell, en donde murieron cuatro personas intentando apagar las llamas.

Afortunadamente, en la ferretería nadie perdió la vida, pues las llamas iniciaron cuando los trabajadores cerraban para irse a comer.

Los señores Suess eran precavidos y habían contratado un seguro en oro nacional para protegerse de eventos de este tipo; sin embargo, como justo se vivía la época revolucionaria, el banco solo pudo pagarles en bilimbiques (una especie de billetes emitidos durante la Revolución Mexicana, que emitiera por primera vez en Coahuila Venustiano Carranza), sin embargo, su valor no era para nada cercano al del oro, y la institución financiera no respetó el contrato.

Pero eso no desanimó a la familia Suess, empresarios decididos a seguir adelante con su ferretería, y un año después ya se habían levantado, y fueron creciendo el edificio, motivo por el cual en la actualidad se encuentra en diferentes etapas.

El hecho de ser un negocio con un buen historial crediticio y con respaldo de sus proveedores, abonó para que con algún préstamo bancario renaciera la Sieber.

Como las fechas han sido muchas y los nombres y propietarios han cambiado con el tiempo, el actual director general de Ferretería Sieber, Alejandro Villarreal Maury, señaló en entrevista con *El Heraldo de Saltillo*, que decidieron fijar 1857 como el año de inicio de operaciones.

“Todo esto resulta porque hay una foto de 1900 y nadie se había puesto a investigar, en esa foto dice ‘la Antigua Ferretería de Clemente Sieber y Compañía’ y a mí me llamaba la atención que dijera antigua, si decían que había nacido en el 85, y al meternos en libros, en archivos aquí y en Monterrey, salió esa información de que nació en 1857”, señala Villarreal Maury.

Alejandro llegó aquí por su padre, don Gustavo Villarreal, actual propietario, quien fue contratado por Eduardo Suess Moore, y fue escalando hasta recibir de él mismo sus primeras acciones y después volverse propietario.

“Es el negocio más antiguo de Saltillo, es un gran orgullo, una responsabilidad, seguir manteniendo esto y tratar de seguir creciendo con la dinámica de la ciudad”, dice Alejandro Villarreal y lo que asevera lo comprueba su registro ante la Cámara de Comercio de Saltillo, pues el número asignado es el 001.

Ni el incendio de 1914, ni otro más, de menores magnitudes y consecuencias en 1935, pudieron detener la historia de la Ferretería Sieber, que siempre se ha mantenido en pie en el mismo sitio desde 1857, en la calle Zaragoza, conocida antes como la calle del Comercio.

El niño travieso que se volvió gobernador

Dice Alejandro que su papá Gustavo le contó alguna vez una anécdota que ocurrió en la Ferretería Sieber, cuando algunas familias vivían muy cerca de los negocios del centro.

Resulta que en muchas ocasiones un niño muy travieso hacía de las suyas adentro del negocio, hasta que la paciencia de don Gustavo, quien entonces estaba encargado de la ferretera, llegó a su límite, y decidió sacar a escobazos a aquel chiquillo.

Todas las familias en el centro se conocían a la perfección, y el niño travieso era ni más ni menos que el mismísimo Enrique Martínez y Martínez, que vivía muy cerca de la ferretera, y quien a la postre se convertiría en gobernador de la entidad.

64. PARA SANTOS, CASA IGLESIAS

José Torres Anguiano



Don Teodoro Iglesias y doña María Elena Castillo fundaron en 1936 un negocio que se volvió tradicional en Saltillo, en donde venden imágenes de santos y crucifijos, así como artículos para fiestas religiosas.

Como si fuera una pequeña capilla en la calle Manuel Acuña, entre Victoria y Aldama, todos los días, desde muy temprano, decenas de personas se detienen a persignarse y hacer oración frente a las imágenes que están detrás de un aparador.

Una Virgen de Guadalupe de gran tamaño, decenas de crucifijos, San Judas, Niños Dios y un sinfín de imágenes de santos se pueden observar al simple paso por la acera de esta calle.

No es una capilla, pero sí podría ser la “catedral” de los negocios dedicados a la venta de imágenes religiosas en Saltillo. Es Casa Iglesias, la cual de acuerdo con don Teodoro Iglesias Castillo (hijo de los fundadores) fue el primer negocio dedicado a la venta de este tipo de imágenes en la capital de Coahuila.

Fue en 1936 cuando don Teodoro Iglesias y María Elena Castillo se decidieron a abrir un local en la calle Aldama, pues se percataron de que en toda la ciudad nadie se dedicaba a la venta de este tipo de artículos, pero añadieron también la venta de biblias, de lazos para bodas, rosarios y accesorios para XV Años, Bodas y Bautizos.

Luego se mudaron a la calle Acuña, donde actualmente se ubican.

Después de la muerte de don Teodoro Iglesias (padre), su esposa doña María Elena Castillo se quedó al frente del negocio, hasta hace algunos años, cuando se retiró a descansar en un asilo, por su propia decisión. Murió en marzo de 2017, a sus ciento un años, pero hasta el último día de vida, cada que la visitaban su hijo o sus nietos preguntaba por el negocio.

“Nos preguntaba que quién se quedó cuidando el negocio, que cómo van las ventas, que, si no ha venido tal persona por sus pedidos”, señala su hijo don Teodoro Iglesias Castillo.

Teodoro Iglesias Castillo de viva voz compartió con *El Heraldo De Saltillo* la historia de Casa Iglesias, que ya se ha convertido en toda una tradición.

Cómo si se tratase de una regla que novias y quinceañeras deben cumplir, llevar ese día tan importante en sus vidas al menos un artículo comprado en Casa Iglesias es algo que se volvió tradicional, y sobre todo de buen augurio.

“Muchas novias o muchachas que van a cumplir sus quince años piden que su Biblia o su rosario se los compren aquí, les piden a los padrinos que no sea de otro lu-

gar más que de Casa Iglesias, también en los bautizos”, aseguró el hijo de los fundadores.

Lo que vuelve aún más interesante a los artículos que se venden en este negocio es que los personalizan de uno por uno, por ejemplo, en las Biblias hacen una especie de repujado sobre una superficie metálica, en donde graban algunas imágenes y el nombre de quien la llevará.

Además, ampliaron su oferta, pues también fabrican ellos mismos los estandartes para grupos de matachines de la ciudad.

Quizá fue el destino que ya les tenía preparado el conocer a un sinfín de santos y poner un negocio de este giro, aunque don Teodoro asegura que es mera coincidencia su apellido “Iglesias” y las imágenes.

Es obvio que la familia es católica, y por eso mismo don Teodoro se siente muy satisfecho de poder ayudar a que la fe de las personas crezca, por eso le da gusto ver, desde una mecedora que está al fondo de la tienda, en donde se sienta en momentos, cómo mucha gente que pasa por ese sitio se detiene a persignarse frente a la Virgen de Guadalupe, frente a San Judas, a San Martín, a los crucifijos que están en la entrada.

La Casa Iglesias creció a la par de otros negocios tradicionales del centro de Saltillo. Don Teodoro recuerda a la Zapatería Flores y al Cine Palacio, que fue vendido para instalar una zapatería. Y sí, a los Iglesias también intentaron comprarles el local, pero ellos jamás han aceptado.

Don Teodoro recordaba haber visto una evolución en este giro, el de vender santos. “Hace algunos años llegaban las imágenes directamente de Europa, por barco hasta México, y luego hasta su negocio”, recordó.

Aún venden algunas que son importadas desde Italia, como muchos crucifijos.

Entre sus anécdotas, los Iglesias cuentan que alguna vez vendieron a un templo de Nuevo León un crucifijo de casi cinco metros.

“Un día llegaron estos señores de allá de Nuevo León y nos encargaron un crucifijo con esas medidas, y pues lo mandamos traer”, dijo don Teodoro.

El crucifijo fue metido, como se pudo, al negocio, y ahí permaneció por algunos días, hasta que vinieron por él.

Luego ellos mismos encargaron una imagen de la Sagrada Familia de tres metros, que también tuvieron que resguardar en el local. Y así ha habido muchísimas capillas y templos que llegan hasta el negocio —inclusive de otros Estados— a encargar sus imágenes.

También recuerdan que cada diciembre la gente entra al local a preguntar por los Niños Dios, una figura que tiene mucha demanda, pues piden desde el más chico, hasta el más grande, o el niño morenito. Inclusive han llegado señoras que tienen en su casa hasta veinte imágenes de Jesús recién nacido y ¡siguen yendo a comprar más!

Lo que hace que mucha gente elija comprar en Casa Iglesias es su atención, dijo don Teodoro, pues siempre se les da un buen trato a sus clientes, además que el hecho de encargar una imagen no obliga a comprarla, pues si no es del gusto de quien hizo el pedido, cuando esta llega, puede simplemente decir no, y la imagen se regresa, hasta que convence al comprador.

Las imágenes que más piden los saltillenses son la Virgen de Guadalupe o San Judas; aunque últimamente hay mucha demanda por santos “de moda”, como san Charbel.

Don Teodoro tiene seis hijos: Teodoro Alberto, Enrique, María Elena, Nilda Margarita, Lourdes Gabriela y María Guadalupe, herederos de este negocio que por tantos años ha permanecido en la preferencia de los saltillenses.

65. VITO ALESSIO ROBLES

Juan José Casas García



Don Vito Alessio Robles fue uno de los personajes más importantes en la historia de Saltillo. Fue el primogénito de seis hijos del matrimonio de Cristina Robles Rivas y del italiano Domenico Alessio. Su padre viajó a América y llegó a Saltillo en 1873 y se casó con Cristina en 1878. Don Vito nacería al año siguiente en esta ciudad. Este personaje tan relevante, no solo para Coahuila, sino para todo el norte de nuestro país, tuvo varias facetas: fue miembro del ejército federal, periodista, diputado e historiador.

Para realizar sus estudios, Alessio Robles ingresó en el Colegio Militar en 1896 y se graduó como teniente del Cuerpo de Ingenieros Constructores en 1903. Trabajaría como subdirector de obras de construcción de la Secretaría de Guerra y Marina en 1904 y como profesor del Colegio Civil en la ciudad de Monterrey. Se trasladaría después a Sonora donde trabajó en las obras del río Yaqui, lugar donde conocería a su futura esposa. Al estallar la Revolución Mexicana, y al ser miembro del ejército de Porfirio Díaz, combatiría a los revolucionarios en Chihuahua. Se cambió de bando después de la derrota de Díaz (cosa que hicieron muchos hombres en la época) y Madero lo haría jefe de la Policía de la Ciudad de México (otra prueba más

de que Madero eliminaría a Porfirio, pero no al porfiriato). Poco después, Madero lo enviaría a Roma como Agregado Militar y es en la patria de su padre donde comenzó a escribir sus Memorias y su Diario. Fue en el extranjero donde se enteró de la Decena Trágica, es decir, del asesinato del presidente Madero y del vicepresidente Pino Suárez por parte del general Victoriano Huerta.

Es de admirar que Vito Alessio Robles regresara al país y no para ponerse bajo el mando de Huerta, sino para solicitar su renuncia del ejército, hecho que Huerta tomaría como traición para posteriormente encarcelarlo en la ciudad de México y en san Juan de Ulúa, Veracruz. Al salir de la cárcel, se une a los revolucionarios para combatir al usurpador, cuando se enteró de que uno de sus maestros del Colegio Militar estaba peleando al lado de Pancho Villa, el estratega de la División del Norte Felipe Ángeles. Es así como don Vito Alessio se une a las filas de Doroteo Arango (nombre real de Francisco Villa), estando presente incluso en la Convención de Aguascalientes de 1914 en calidad de secretario —convención por cierto que desconocía el gobierno de Venustiano Carranza— donde participarían otros coahuilenses que incluso serían nombrados presidentes de la República, Eulalio Gutiérrez primero y Roque González Garza posteriormente. Estaría con la División del Norte hasta su derrocamiento por Carranza en 1915, fecha en que don Vito dejaría el ejército.

Es en este periodo cuando se dedicaría por completo al periodismo. Trabajaría como editor de la página militar del diario *El Universal* de la Ciudad de México y posteriormente como director de *El Herald* de México y *El Demócrata*. Es hasta 1920 que dejaría el periodismo para unirse

a la política siendo diputado federal de 1920 a 1922 y senador por Coahuila de 1922 a 1925. En ese mismo año es enviado extraordinario de México en Suecia, aunque parece más bien que sería por pugnas políticas con los miembros del poder, Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles.

Parece ser que Vito Alessio abrazó la bandera de Madero del *Sufragio efectivo, no reelección*, ya que a su regreso de Suecia sería nombrado presidente del Partido Nacional Antirreeleccionista (PNA) —encabezado por José Vasconcelos— por estar en contra de la tentativa de reelección de Álvaro Obregón. Fue igualmente candidato a gobernador del estado de Coahuila con su partido, es decir, estaba en contra del grupo de poder representado por el Partido Nacional Revolucionario (PNR, antecedente directo del PRI), pero perdería contra el candidato del PNR Nazario Ortiz Garza. Su crítica al poder marcaría su declive político y daría vida a uno de sus libros más polémicos *Andanzas con nuestro Ulises*.

En esta coyuntura, e imposibilitado en seguir en la política por obvias razones, es exiliado a Austin, Texas, donde se dedicaría al oficio que le daría su prestigio nacional: la historia. Consultó el Archivo de Austin para escribir su gran libro biográfico sobre Francisco de Urdiñola, tal vez el primer trabajo serio y metódico del norte del país. Tiempo después vendría una serie de crisis económicas fuertes del año 1930 a 1937 que no dudaría en anotar en su diario, pero poco a poco vivió una estabilidad notable al ser profesor de la UNAM y al escribir entre 1946 y 1947 sus libros sobre Coahuila y Texas durante la Independencia y durante la guerra contra los Estados Unidos. Escribió más de veinte libros y algunos cientos de artículos diversos,

convirtiéndolo en un gran referente para todo el norte de México. Se trata, sin lugar a duda, del más grande historiador del norte de México de la primera mitad del siglo XX.

Don Vito dejó de escribir su apasionante Diario en 1953 por causa de enfermedad y moriría el 11 de junio de 1957. Estos escritos están publicados bajo el nombre de *Memorias y Diario* en tres tomos cuidadosamente editados por Javier Villareal Lozano, quien fuera director del centro cultural que lleva su nombre. Su biblioteca personal se encuentra ahora en el Centro Cultural Vito Alessio Robles (CECUVAR), ubicado en el centro histórico de Saltillo. Su hermosa biblioteca estaba fuera de Saltillo, lo que llevó varias negociaciones para traerlas a la capital de Coahuila. Es además él mismo quien diseñó los escudos de nuestra ciudad y de nuestro estado. Ahora bien, el CECUVAR no solo es una biblioteca, sino también un Archivo precioso, es decir, tiene documentos antiguos de la época colonial. Aunque debemos ser sinceros ¿qué hacían esos documentos antiguos en la biblioteca personal de don Vito? Lo que es real es que nuestra ciudad cuenta con un maravilloso archivo que puede ser consultado por cualquier interesado en la historia del norte de nuestro país.

66. DON BRAULIO CÁRDENAS CANTÚ: EL HOMBRE QUE CONQUISTÓ EL PALADAR DE SALTILLO

José Torres Anguiano



Es Monterrey de hace algunos ayerés. En una de las cantinas de la calzada Madero, a donde solían acudir los grandes luchadores mexicanos luego de disputar reñidas peleas en la arena de la ciudad, entró un niño de unos doce años.

De oficio bolero, el joven, o niño aún, Braulio Cárdenas Cantú, no tenía de otra más que cargar su cajoncito con sus aditamentos para bolear zapatos y sacar algo de dinero. Bien sabía que en aquella cantina solían juntarse los luchadores, y estaban ahí grandes figuras de la lucha libre, entre ellos el famoso “Cavernario” Galindo, aquel mítico compañero de “El Santo”. Luego de “dar bola” a algunos parroquianos, el niño de doce años se acercó a donde el luchador, se puso frente a él, y le dijo: “¿Una boleada Cavernario?”.

—¡No estés chingando, cabrón! —gritó el Cavernario Galindo, al mismo tiempo que de una patada mandaba volar el cajón, la tinta y los cepillos de Braulio.

El pequeño se tomó un tiempo y sin decir nada comenzó a recoger del suelo todos sus instrumentos, y mientras aquellos hombres continuaban bebiendo, tomó sus cosas y se dirigió a la salida.

Ya en la puerta, Braulio se asomó a la calle y verificó que hubiera vía libre, volteó su vista a donde el grosero luchador se encontraba, agarró aire en el pecho y gritó fuerte:

—¡Cavernario! —el luchador levanta la mirada y ve al niño.

—¡Chinga a tu madre, cabrón! —le grita Braulio, para entonces salir hecho la mocha por la calle hasta perderse y ponerse a salvo...

Fue el destino el que orilló a Braulio Cárdenas Cantú a salir a las calles desde pequeño para llevar a casa el sustento diario; quiso Dios que le tocara un padre que tuvo algunos “problemitas” con el alcohol, y aunque no era el hermano mayor, si fue el más entrón y buscó qué actividades hacer para que su familia tuviera qué comer. Eran diez bocas, contando la suya, las que había que alimentar.

Empezó de bolero, por las calles y cantinas del centro de Monterrey. Luego le dio por vender periódicos, invertía en comprar algunos veinte o treinta, luego iba y los vendía, y algunos centavos se ganaba en aquel tiempo.

Podría decirse que desde entonces comenzó su carrera gastronómica, pues se puso a vender frituras y con lo ganado en las ventas del periódico se compró una bicicleta y un equipo para hacer fritos. Su madre los hacía y él los vendía por las calles de Monterrey.

Así, entre distintos trabajos, pasó su adolescencia haciéndose cargo de su familia, pero aprendiendo desde entonces de sus múltiples responsabilidades.

Dicen sus hijos que Braulio y su familia eran tan pobres entonces, que iba descalzo a la escuela cuando estaba en quinto de primaria; tanto que luego de vender periódicos iba a la panadería con los centavos que ganaba a comprar migajas de pan, que las echaba en un “cucurucho” de papel, que luego llevaba a su mamá y ella preparaba atole, y eso era su cena.

O inclusive comieron alguna vez tortolitas que el mismo Braulio cazaba, pues tenía buena puntería con una huera que utilizaba para lanzar piedras.

Lilia, su gran amor

Nació en el año de 1932, en Ciénega de Flores, Nuevo León. Al cumplir sus veinte años se fue a buscar el sueño americano, a trabajar en una constructora.

En esas idas y venidas, de Estados Unidos a Nuevo León, allá por los años 50 del siglo XX, Braulio conoció a Lilia Cantú y se hicieron novios un 25 de diciembre, en plena Navidad.

“Me lo trajo Santa Claus un 25 de diciembre, fuimos novios un año y medio”, platica doña Lilia Cantú.

Pero pasado ese tiempo, Braulio le comunicó que se había accidentado y no podría bailar con ella, pero le dio permiso de bailar con quien ella quisiera.

“Yo tenía dieciséis años, y mi mamá también me decía eso (que bailara con alguien más), y pues bueno, me cortó,

porque baile con uno nomás, y su prima le mandó decir y me cortó”, dice entre risas.

Pero luego regresaron, total que Braulio aseguraba que duraron seis años de novios. “Cada que venía me iba a visitar, y pues era tan alegre y tan poeta, siempre me mandaba versos, yo era para él su fuente donde su alma saciaba la sed, me mandaba poesías que él componía, pues yo caí redondita. Una muchacha de dieciséis años, que te hablen tan bonito, que te digan que tú eres lo máximo”, cuenta.

Se casaron el primer día de enero de 1962 en Monterrey, y su luna de miel fue en Saltillo. El día 4 de enero partieron para Chicago, donde vivía Braulio.

“Nos fuimos en un carro que no era nuestro, era de un señor que nos cobraba el pasaje, nos tocó una nevada tremenda, nunca había visto tanta nieve. Llegué a un lugar con dos cuartos, uno pintado otro sin pintar, pelones los cuartos, sin nada, y dije ¡ah caray!, y pensé en lo que me cantaban en la familia “ya se casó, ya se...”, y cuando vi todo eso dije, pues ni modo, hay que echarle ganas”, añade doña Lili mientras platica de los inicios de su matrimonio

Dice además que pese a estar en Estados Unidos, no era una época muy buena, y le tuvieron que “batallar”. Además del trabajo que Braulio tenía, con sus ahorros pusieron una frutería, y aunque ella no sabía hablar inglés, le ayudaba cuando él trabajaba; además hacían tacos que vendían en una fábrica; ella hacía las tortillas de harina y él los guisos.

Doña Lili Cantú procreó con Braulio seis hijos, primero les tocó bendición doble, pues nacieron Braulio y Lilia; luego nació Miriam. Y con ellos llegaron en 1967 a Saltillo,

para empezar con una historia que nadie pararía. Aquí nacieron Juan Ramón, Elsa Patricia y Eduardo.

Todos apoyaron siempre al naciente empresario gastronómico de Saltillo, aquel que comenzara en la calle de Allende con un restaurante ícono de la ciudad, El Principal. Después vinieron otras sucursales: El Mesón, Don Artemio y Villa Ferré.

Padre protector y maestro

Sus hijos recuerdan de múltiples maneras a su padre. Lo describen como un hombre duro, pero con un corazón enorme. Una persona que a pesar de las múltiples ocupaciones que tenía, se dio tiempo, junto con doña Lilia, para estar con su familia.

“Nos dio muchas enseñanzas que ahora usamos en nuestro diario vivir, nos fue educando a través del ejemplo [...] fue un hombre de acción, de hacer las cosas, de trabajo”, señala Braulio hijo, el primero en subirse al barco gastronómico que creó su padre.

“Un hombre que de la nada, de unas circunstancias muy hostiles, se hizo a sí mismo, creció, formó una familia y la llevó a lo máximo, yo creo que me siento muy orgullosa por ser hija de un hombre tan capaz, tan hábil para de nada lograr tanto. Un ejemplo a seguir, un orgullo para mí”, dice Lilia, que junto con Braulio son los primeros hijos del matrimonio.

Juan Ramón, uno de los chefs más reconocidos de México, lo recuerda como un maestro.

“Mi padre me enseñó a ser comerciante, los secretos del comercio, los secretos del cabrito, como comprarlo, como verlo, prepararlo, sacrificarlo, y mi modelo a seguir, porque era una persona muy recia, dura, porque así lo hizo la vida, pero con un corazón muy noble, era una persona disciplinada”, dice.

Asegura recordar que don Braulio no tenía día de descanso, trabajaba los siete días de la semana.

“Nuestro líder, el que nos guiaba y nos decía para dónde íbamos como familia, mi mamá también, compartían el liderazgo mucho, pero ese era para mí mi papá, era un líder natural, y era todo un personaje, el único papá que regañaba a mis amigos, no le importaba quien era fulanito, él regañaba parejo. Era un tipazo, en pocas palabras”, indica Eduardo.

Miriam Cárdenas, quien fue presidente del Poder Judicial de Coahuila, asegura que su padre fue parte importante para su ingreso al servicio público, pues la mayoría de sus consejos le han servido en el puesto que ocupa.

“Para mí ha sido el hombre que más me ha querido, que más me ha enseñado, con el que más he discutido, su amor me hizo sentir que siempre fue incondicional, disentíamos en muchas ocasiones, y luego de discutir alguna postura o no, terminaba siempre respaldándome”, señala.

“Decía, si vas a estar ahí lo vas a hacer bien, y si vas a trabajar ahí vas a cumplir con los principios y no caigas en tentación”.

“Mi papá fue mi primer amor, y yo fui la consentida, porque era la más pequeña, pero papi siempre fue muy complaciente conmigo. Fue papi un defensor, y siempre mi fue mi respaldo”, recuerda Elsa Patricia.

Las nueras de don Braulio, Beatriz Garza y María Abedrop, coinciden en que su suegro era un ejemplo a seguir, y que junto a doña Lilia siempre fueron previsores y protectores de su familia.

Hombre duro de gran corazón

La vida y los retos que tuvo que vencer, hicieron a don Braulio Cárdenas un hombre de carácter duro, eso lo reconocen sus hijos y su esposa, pero también era una persona que tenía un gran corazón, lo que quedó demostrado con su compromiso social por ayudar a los demás.

En una ocasión, cuenta Braulio y doña Lilia, al restaurante que tenían en la calle Allende llegó una familia estadounidense. Por mala fortuna habían tenido un accidente, y se dirigían a Guadalajara, donde uno de los hijos se especializaba en medicina. Perdieron el dinero con el que venían, y solo les quedaban unas cuantas monedas para el camino.

El padre de familia extranjero se acercó a la caja del restaurante y le dio a don Braulio aquellas monedas, preguntándole sobre qué le podía servir con esa cantidad, y contándole la odisea que vivieron.

“Mi papá tomó las monedas y se las regresa, y le dice, siéntate con tu familia, y les sirvió de comer”, dice Braulio hijo.

Doña Lilia cuenta que su esposo le preguntó si tenía unos diez dólares en la caja, y ella respondió que había veinte, se los pidió y se los entregó a aquel hombre, quien agradecido prometió pagarlos.

“Braulio lo invito a la casa a presentarle a los hijos, y él regresó a los dos años. Venía con la cajuela del carro llena de regalos, de juguetes, de comida, de cosas para Braulio y para mí, y entonces escribió en una revista de Estados Unidos, que cuando viajaran y tuvieran la oportunidad de llegar a ese restaurante, serían muy bien atendidos”, dice doña Lilia.

Además, don Braulio gustaba mucho de cantar, de tomar fotografías y escribir poemas; su hijo Juan Ramón asegura que tenía una ortografía perfecta.

Cuando viajaban a Monterrey a visitar a los abuelos, se iban todos en una pickup, y en el camino don Braulio cantaba algunas melodías e invitaba a sus hijos a cantar y declamar, presentándolos como si de un espectáculo se tratara.

Además, se detenían en el camino a tomar fotografías de flores o paisajes bellos, y sus hijas eran las modelos.

Don Braulio intentó siempre dejar en claro que, a pesar de las adversidades que pudieran presentarse, siempre había que sonreír y cantar, porque la vida tenía que continuar.

Además, el padre de los Cárdenas Cantú dejó en claro que la generosidad era un don que tenían que practicar.

“Mi papá tenía ese don de generosidad, que era parte de su ser, y cuando empieza a conocer el servicio a la comunidad, en la CANACO, la CANIRAC, participa en los Rotarios, y en el Patronato de Bomberos”, señala Juan Ramón.

“Nos hizo sentir partícipes de ese servicio a la comunidad, nos sentimos bomberos y rotarios, y siempre hemos estado cerca de todo lo que se hacía”, agrega.

“Nos deja un gran reto, porque mucho de este reconocimiento se da por esa vida que tuvo, integra y honorable, siempre con la verdad, nunca engañó a nadie, siempre fueron justos y honrados, honro el trato que hizo, nos deja eso de tener que seguir ese camino recto y ese camino de trabajo, ese camino de transformación para buscar una mejor sociedad”, dice.

Así era don Braulio, un buen comerciante, un hombre de gran corazón. Bueno para los juegos de azar, para el dominó, el póker y los dados, hasta para las canicas, dice doña Lilia. Hombre enamorado, de su esposa y de su familia, pues hasta los últimos días tenía la costumbre de ver televisión tomado de la mano de doña Lilia, tal y como cuando iban al cine en las calles del Centro de Saltillo.

Y algo que sus hijos recuerdan mucho era el amplio conocimiento de dichos que tenía y utilizaba para darles consejos: “Estaré preparado para cuando la oportunidad se presente”, decía recordando a Abraham Lincoln; “Lo cortés no quita lo valiente”, para que sus hijos aprendieran a ser serviciales.

“El negocio está en la compra”. “Llevar las cosas de donde las hay, a donde no las hay”. “Hay veces que nada el pato, y otras en las que ni agua bebe”, se cuentan entre sus

clases de negocios, o como le dijera a Braulio hijo cuando compraba un boleto de lotería: “La suerte está en tus manos, úsalas”.

Eso sí, dejaba muy claro uno de sus dichos: “Yo no necesito guajes pa nadar”.

Así fue don Braulio, abuelo de Paco, Carolina, Fernanda, Braulio, Mariana, José Pablo, Miriam Ángela, María Elisa, Beatriz, Ana Sofía, Rodrigo, María Gabriela, Andrés Marcelo, Manuel, Emilio, Arturo, Eduardo, Isabela y José María, y bisabuelo de Nicolás.

El día que a don Braulio le dieron “el último adiós”, la capilla en donde estaba se atiborró de gente, miles desfilaron frente a él y abrazaron a su familia. Desde la gente que trabajó en los diferentes restaurantes y sus ranchos. Desde su cliente más frecuente hasta aquella señora que hace muchos años compraba ‘cuajo’ para hacer quesos.

Desde compañeros rotarios, bomberos y empresarios, hasta el mismo gobernador.

Tantos fueron que se juntaron más de ciento cincuenta arreglos florales, y decenas de esquelas.

Pero algo es cierto, don Braulio seguirá vivo, porque sus enseñanzas, sazón y corazón sobreviven en cada platillo que sus restaurantes sirven, en cada cabrito que se disfruta en Saltillo. En cada rotario y en cada bombero. En sus hijos y en sus nietos.

Don Braulio Cárdenas Cantú es de esos hombres que hacen historia y se convierten en íconos de un lugar.

67. LOS TOROS EN SALTILLO

Juan José Casas García



A inicios del siglo XX, el poeta saltillense Otilio González escribía su poema “Los toros en celo” como una interpretación de la violencia del México posrevolucionario.

La relación del toro con el hombre no es nueva, sino que data de tiempos muy remotos. Ya en Francia y en España observamos pinturas rupestres en Altamira o en Lascaux que retrataban a los toros en su ambiente natural hace aproximadamente trece mil años.

Ahora bien, en América no existían los toros, solo los bisontes, que fueron descritos como “vacas peludas” por los conquistadores y exploradores españoles. Al llegar los europeos, trajeron consigo los toros y sus corridas. La primera corrida de toros celebrada en México se dio el día 24 de junio de 1526. Para la ciudad de Saltillo, el primer registro de una corrida de toros sería en 1712. Tiempo después, en 1796, se publicaría el primer tratado de tauromaquia en su versión impresa, escrito por el sevillano José Delgado Guerra Hillo, poco a poco la corrida de toros se iba estructurando tanto en España como en México. En Saltillo, los toros tomaron relevancia debido a las ferias anuales. Al tener la feria comercial más importante del noreste de la Nueva España, Saltillo contaba con eventos de tauroma-

quia que se celebraban muy cerca de lo que es actualmente la Plaza de Armas. Para 1807, los festejos taurinos pasaron al pueblo de San Esteban de la Nueva Tlaxcala que se encontraba junto a la villa.

Sin embargo, las corridas de toros seguían siendo itinerantes, lo que cambiaría para 1841 cuando las autoridades determinaron la construcción de una plaza de toros de forma permanente para la ciudad de Saltillo, que estaría ubicada en el antiguo pueblo tlaxcalteca. En el año de 1849 se construiría la Plaza de Toros Tlaxcala (ubicada en lo que hoy sería el Mercado Juárez) y que funcionaría hasta finales del siglo XIX.

Al crecer la popularidad de las corridas de toros en Saltillo, el Ayuntamiento elaboraría en 1883 un reglamento para que las fiestas taurinas fuesen verificadas. En 1891, el gobierno del estado aprobaría dicho reglamento, al cual se debían sujetar las corridas en la ciudad. No obstante, tres años más tarde, el Congreso del Estado prohibiría las corridas de toros, aunque por un corto periodo de seis meses. Otra plaza de toros importante en la ciudad fue la Plaza de Guadalupe, inaugurada en 1898, en la antigua plazuela de Guadalupe, que actualmente serían las calles de Álvarez y Acuña, y demolida en 1953.

La cultura taurina cambiaría en nuestra ciudad con el nacimiento del *Maestro de Saltillo*, Fermín Espinosa Saucedo "Armillita". De familia torera (su padre y hermanos se dedicaban a la tauromaquia), se encaminaría a muy temprana edad a los toros, y a la edad de trece años ya lidiaba con becerros. De actuar en varios estados de la república, realizaría su última novillada en 1927, para embarcarse a España en 1928, 1933 y 1934 para tomar y renovar su alter-

nativa, acto que se ejecuta en la tauromaquia para que un novillero sea considerado como matador. Incluso, en 1934, se le entregarían los máximos trofeos en Barcelona con el toro *Clavelito*, distinción que no ha sido superada. Armillita realizaría varias temporadas en México, retirándose en 1949, aunque retomaría su carrera en 1953. En el mismo año de 1949, al norte de la ciudad, se inauguraría otra plaza de toros en el lugar conocido como la Villa Olímpica, la Plaza de Toros Armillita, inaugurada por el mismo torero. Fermín Espinosa fallecería el 5 de septiembre de 1978, siendo considerado como el torero más grande de México. Sus *Recuerdos y vivencias* serían publicadas por Mariano Alberto Rodríguez y hoy en día una calle en Saltillo lleva su nombre.

Inmortalizado por Agustín Lara e interpretado por distintos artistas, como Javier Solís, Armillita cuenta con uno de los pasodobles más famosos, *Fermín*: “En un pase de Fermín se ha enredado una chiquilla / esa chiquilla es Sevilla, Armilla, Armilla / pinturero del mandil, torerazo maravilla / que domina con postín, eres amo y señor de la fiesta cañí: ¡olé!”. Y es que la tauromaquia ha inspirado a diversos artistas y literatos: pintores como Manet, Doré o Picasso retrataron el temple de los dos seres vivos que estaban a punto de enfrentarse, al igual que la fotografía con Gustavo Casasola o con “El Saltillense” Armando Rosales, que detenían el tiempo con su lente. Cantautores como Agustín Lara o Joaquín Sabina, expresaron la historia de la tauromaquia y su entorno social. Del mismo modo, la literatura captó elementos de la cultura hacia los toros. Los poetas y escritores como el saltillense Otilio González, Manuel Machado, Rafael Alberti, Jorge

Luis Borges o Federico García Lorca, o ganadores del premio Nobel de literatura como Camilo José Cela o Ernest Hemingway.

Ahora bien, de Saltillo y de nuestro estado, destacan otros acontecimientos, como la prohibición de la tauromaquia por el presidente coahuilense Venustiano Carranza en 1917, toreros como Rodolfo Rodarte de Monclova, Héctor Saucedo Galindo de Saltillo o Ricardo Castro de Torreón. También se cuenta con plazas de toros en Monclova, Torreón, Piedras Negras, Sabinas y San Buenaventura, al igual que grandes casas ganaderas. Un dato curioso, el origen de la mayoría de las ganaderías mexicanas se llama encaste Saltillo (que se relaciona con el Marqués de Saltillo en España). De hecho, el toro que dio muerte a uno de los toreros más grandes de la historia, Manolete, era de este encaste, el toro *Islero*: “y, la tarde del manso de Saltillo”, diría Joaquín Sabina. Por lo que el nombre de Saltillo es reconocido por sus toreros y sus toros.

Con el sol en su cenit, “a las cinco de la tarde”, escribiría García Lorca, se enfrentan en un duelo dos seres vivos con nombre y apellido; al final, diría Hemingway, “la tragedia se reduce enteramente al toro y al hombre”.

68. LA CAMPANA CASTIGADA

Francisco Tobías Hernández



En esta ocasión te platico la historia de un objeto que forma parte de la historia de Saltillo, me refiero a la campana castigada ubicada en la Catedral de Santiago.

Hay muchas historias emblemáticas en Saltillo, pero pocas tan enigmáticas como la de la campana castigada, historia que de manera fabulosa narra mi amigo Don Carlos Gaytán, y de cuyos textos pude conocer esta historia para compartirla con ustedes.

La Catedral de Santiago, cuya construcción inició en el lejano año de 1745, y cuyas torres se terminaron de levantar hasta el 26 de febrero de 1897, cuenta con treinta y nueve campanas, pero una, una es especial, la castigada.

En el siglo pasado, el campanero responsable de hacer sonar las campanas era don Polo, quien ya para el año de 1940 contaba con sesenta años a cuestas. A esa edad, su agilidad y movilidad no era la misma y el tocar todas las campanas a las doce horas del mediodía le era complicado, por lo que tenía varios ayudantes, entre ellos un joven de apenas dieciocho años.

Un día, cuando el sol se encontraba en lo más alto, cuando el astro rey provocaba el calor más avasallador del día, el jovenzuelo ayudante del campanero principal, al

girar una campana para tocarla, no pudo salir a tiempo, siendo golpeado con el contrapeso de la campana en su cabeza, encontronazo que ocasionó de manera inmediata su muerte.

Durante el duelo por la muerte del joven campanero, los canónigos de la Catedral decidieron castigar a la campana, quitándole el badajo, la pieza de metal que se encuentra en el interior de la campana y cuyo golpeteo provoca el sonido de las campanadas. Pues bien, volviendo a la historia, además de quitarle el badajo, le pintaron un cruz en señal de la muerte que había ocasionado. Hoy, esta campana, que tal vez fue fundida en el año de 1897 o poco antes, elaborada con bronce y estaño y que pesa casi dos toneladas, descansa, castigada, en el atrio de la hermosa Catedral de Santiago.

Esta es la historia de una campana que ocasionó la muerte de un joven e inexperto campanero, si en alguna ocasión visitas el centro histórico de Saltillo, y decides ver la campana castigada, no lo dudes, se encuentra casi enjaulada y para que puedas identificarla es la que esta fracturada.

69. LOS FRANCESES EN LA HISTORIA DE SALTILLO

Juan José Casas García



La historia de la presencia francesa en Saltillo data de la época colonial y se alarga hasta nuestros días con relaciones que van desde el odio hasta la amistad.

El primer contacto que se tuvo con los franceses fue en Texas en el siglo XVII. Las noticias de asentamientos franceses viajaron desde el puerto de Veracruz hasta la Ciudad de México, por lo que se tomó la iniciativa de encontrar dichos establecimientos y descifrar sus intereses en la región. Así, el capitán Alonso de León, quien sería gobernador de la provincia de Coahuila (Saltillo por ese entonces pertenecía a la Nueva Vizcaya), se encargó, junto a sus hombres, de realizar una expedición para encontrar dichos asentamientos. Los encontraron. Por tanto, De León propuso el establecimiento de presidios —que eran algo así como puestos militares— y de misiones para formar una especie de malla defensiva y evitar que los franceses se introdujeran aún más en el territorio de la Nueva España. Sin embargo, los presidios y las misiones se crearon un siglo más tarde.

El rey Carlos II murió sin descendencia y sin candidato al trono y fue así como se fraguó una guerra entre España y Francia para obtener la corona del imperio. Finalmente, la familia Borbón, francesa, tomó las riendas de España — incluso hoy día el rey de España pertenece a esta familia — en el siglo XVIII, cambiando las relaciones diplomáticas.

Es en este contexto que los primeros franceses pudieron ingresar en la Nueva España y ocupar puestos políticos de primer orden. Así llegaría a Saltillo el vizconde Pierre Marie François de Pagés en 1768 en un viaje de exploración. Él reconoció que los tlaxcaltecas eran muy trabajadores y no así los españoles a quienes nombró orgullosos y perezosos. Por otro lado, el caso de Teodoro de Croix es totalmente ilustrativo. De Croix era sobrino del virrey Carlos Francisco de Croix y fue nombrado primer comandante de las Provincias Internas durante el siglo XVIII, puesto político-militar de gran importancia, ya que debía administrar todo el norte de la Nueva España. En su viaje por el norte, que por cierto lo realizó con el franciscano Juan Agustín de Morfi, de quien sus escritos se consideran una fuente fundamental para la historia, recorrería la ciudad de Saltillo en 1777. Los rumores de la llegada del comandante se expandieron por toda la ciudad, ya que venía acompañado de cien dragones, es decir, soldados. El imaginario de la población ligó la palabra dragón con los monstruos medievales y el pánico se apoderó de la sociedad, tanto que tuvieron que recurrir al cura para que los defendiera de tan terrible horror. Aunque el caso no pasó a mayores.

De nueva cuenta, se tuvo hacia los franceses una especie de rechazo a finales del siglo XVIII. Recordemos

que los franceses, debido al proceso de Ilustración, tuvieron una Revolución que incluso llegó a decapitar al rey y a la reina. Esto repercutió ampliamente en el mundo occidental, puesto que los gobernantes temían a las nuevas ideas y a la nueva forma de gobierno que pretendía liberarlos de las injusticias cometidas por los reyes, la república. Es de este modo que el Supremo Consejo de Indias decidió prohibir, en 1793, el arma más poderosa del ser humano: los libros. Y no solo eso, algunos franceses fueron detenidos y enviados a prisión en todo el virreinato. De esta manera, el único francés de la ciudad de Saltillo, el doctor Esteban Guillambaud, sería detenido y llevado preso a la capital por ser hijo de Francia y poseer libros de medicina.

No se sabe mucho de los franceses en Saltillo en el tránsito del siglo XVIII a los inicios del XIX; sin embargo, lo ocurrido a mediados del XIX es ya tema de mucho interés y de discusión, puesto que se tuvo una invasión francesa en el país. Ahora bien, el ejército francés no solo llegó a Puebla y a la Ciudad de México. Al controlar la nación en guerra, los franceses llegaron incluso hasta Saltillo en 1866, administrando la política y la economía.

Adoptaron el vocabulario administrativo de su país y lo adaptaron al nuestro. Así, por ejemplo, Coahuila dejaría de ser estado para convertirse en “departamento” y el título de gobernador pasaría a ser “prefecto”. Realmente nunca hubo una gran batalla entre los ejércitos francés y mexicano en Saltillo durante la intervención y cuando Francia dejó de apoyar al emperador Maximiliano, las tropas abandonarían el país y la ciudad.

A finales del siglo XIX e inicios del XX, las relaciones entre Francia y México cambiarían nuevamente a un tono

más amistoso. La entrega de recursos nacionales que concedió Porfirio Díaz a los extranjeros creó un flujo constante de migración al país y los franceses constituyeron el grupo más numerosos. A Saltillo llegaron médicos y comerciantes que rápidamente se encargarían de crear negocios, especialmente en la rama del vestido (fueron los franceses establecidos en la Ciudad de México, por ejemplo, los fundadores de las tiendas departamentales más conocidas en nuestro país: Liverpool y El Palacio de Hierro, que empezaron siendo tiendas de ropa). Los Groves, los Signoret y los Palafoux se encargaron de abrir comercios de vestuario en la ciudad y Eduardo Rougier Laroche, por ejemplo, incursionaría en la minería y la fabricación de jabones. Vemos incluso a un francés del lado de la revolución villista, Gaspar Trousselle, que sería capturado y llevado a prisión por los carrancistas de Saltillo en 1915.

Finalmente, es hasta el año 1965 que la Alianza Francesa es fundada en la ciudad de Saltillo, atrayendo un flujo constante de profesores y profesoras, historiadores, músicos, ingenieros, médicos que se dedicarían no solamente a la enseñanza del idioma francés, sino a la creación de todo un conjunto de cooperación cultural que beneficiaría a la capital de Coahuila en todos los aspectos.

70. PANADERÍA “LOS ÁLAMOS”

Francisco Tobías Hernández



En esta ocasión te platico de un negocio de Saltillo fundado en 1890, y que desde entonces se ha dedicado a mantener viva una tradición muy Saltillese, me refiero a la panadería de pulque “Los Álamos”, ubicada frente al Hospital Universitario.

En el año de 1890, la Sra. María Dolores Guzmán y su esposo Joaquín Suárez dieron vida a un negocio que aún perdura hasta nuestros días, el “Merendero Los Álamos”, su primera ubicación fue sobre la salida de Saltillo rumbo a San Pedro de las Colonias, en lo que hoy es la calle de Lerdo, donde ofrecían tamales, enchiladas y pan de pulque recién horneado a los viajeros. Para la década de los 50 del siglo XX, se mudaron sobre la calzada que hoy conocemos como Francisco I. Madero.

La segunda generación del negocio estuvo encabezada por la hija, María de Jesús Suárez Guzmán y su esposo, Teófilo Mena, y si le suena el apellido es justo aclarar que la panadería “Mena de México” debe su nombre a don Teófilo. Era muy común visitar el negocio y preguntar por la Sra. Mena, quien se encargaba personalmente desde la cocina hasta el atender a los clientes y comensales. Entre hornos, platos, mesas, clientes, platillos, harina, pulque y

azúcar creció Lilia Mena Suárez, junto a sus hermanos Jesús Carlos y Joaquín Ernesto, mientras la abuela de ellos, la Sra. Mena, Mamá Chita para la familia, seguía haciéndose cargo del negocio.

Cuando Mamá Chita partió al paraíso para elaborar un delicioso pan de pulque al Creador y a los Ángeles, Lilia se involucró de lleno al negocio, pues la tradición familiar tenía que continuar. Se tomaron varias decisiones al interior de la familia; Jesús Carlos se quedaría con el local e iniciaría con el negocio “Pan Mena de México”. Por su parte, Lilia se encargaría del legado de la panadería “Los Álamos”, dejando a un lado la cocina del merendero y mudándose a su ubicación actual, casi frente a la entrada principal del Hospital Universitario.

Lilia se casó con Miguel Vázquez, con quien procreó y educó a siete hijos: Margarita, Gloria, Alma Cristina, Mario Eugenio, Adolfo, Javier y Lilia. Cuando se mudaron, doña Lilia contó con el apoyo de su hija Alma Cristina, quien se involucró de lleno a la elaboración del pan de pulque.

Para el año de 1999, Mamá Chita no se daba abasto con la elaboración del pan de pulque en el cielo. Dios, al verla tan ocupada, decidió llevarle ayuda, siendo esta Lilia Mena. Durante los siguientes quince años Alma Cristina —junto a su hermana menor, Lilia— estuvo al frente del negocio, hasta el 2014, cuando su hermana Gloria junto a su hijo Jorge, continuarían con esta deliciosa tradición Saltillense.

Esta es la historia de un negocio que ha prevalecido durante cinco generaciones, de las cuales en cuatro las mujeres han estado al frente, viviendo realmente, en toda

extensión de la palabra, un matriarcado. Esta es una historia de una familia que día a día por más de ciento treinta años se han dedicado a mantener con vida una tradición deliciosa de nuestra hermosa ciudad de Saltillo, el pan de pulque.

71. LOS DULCES SALAZAR, MÁS DE UN SIGLO ENDULZANDO A SALTILLO

José Torres Anguiano



Cuando hace algunos años los saltillenses que probaban los dulces que vendían en una canasta, luego de asistir a misa en Catedral o caminar por la Plaza de Armas, preguntaron sobre su procedencia —ante lo delicioso de aquel dulce manjar—, el vendedor solo atinaba a decir que eran de la de Salazar.

Así, los ahora famosos Dulces Salazar adoptaron el nombre de la calle en la cual se instalaron, y en la que permanecen hasta la fecha. Aunque más de uno han pensado que el nombre se debía al apellido de la familia.

Pero la historia comienza muchos años atrás, cuando allá por 1890 el señor Julián Clemente Lozano empezó con la elaboración de dulces tradicionales o dulces de leche en Saltillo. Él había llegado a la ciudad proveniente de San Luis Potosí.

Don Celemeinte dio pie para la creación de dos negocios del mismo giro “Dulces Lozano” y “Dulces Salazar”.

Dulces Salazar, ubicados en la calle del mismo nombre, en el número 455, comenzó a tomar fama cuando

doña María de la Luz Lozano estuvo al frente del negocio. La hija de don Julián Clemente aprendió bien las recetas de su padre e incluso las perfeccionó, ganándose de inmediato el gusto de los clientes, quienes ya no esperaban a que el vendedor llegara con su canasta, sino que comenzaron a visitarla en su pequeña fábrica de dulces.

La estafeta la tomó después la nieta de don Julián e hija de María de la Luz, María Bertha Rodríguez Lozano, y en el año 2018, cuando se publicó este artículo en *El Heraldo de Saltillo*, ya era la cuarta generación la que se encargaba de mantener vigente la tradición dulcera, a cargo de José Ángel de la Cruz Rodríguez.

Todos los días, a eso de las ocho de la mañana llega Jaime hasta la fábrica de Dulces Salazar, al sur de la ciudad, cargando varias decenas de litros de leche bronca que ordeña en su establo. Jaime ha sido el lechero oficial de Dulces Salazar desde que doña María de la Luz vivía.

Luego vierten la leche en unos cazos de cobre grandes, mientras menean con un cucharón de madera y cuelan. El calor adentro de la fábrica es tremendo.

Diariamente, hierven alrededor de setenta y cinco litros de leche, pero en época navideña suelen ser hasta cuatrocientos litros diarios.

Tras un largo procedimiento, en el que se cuida cada paso, se obtienen los dulces que después se ofrecen en la calle Salazar: obleas con cajeta; glorias; jamoncillo; rollo de nuez por afuera; rollo de nuez por dentro y rollo especial, con nuez adentro y afuera. También los famosos conos de cajeta y el queso de nuez.

Y cómo olvidar al famoso “abuelo”, un dulce en forma de pirámide cilíndrica, que fue creado por el mismí-

simo don Clemente. El nombre se le quedó por casualidad, pues cuando los nietos preguntaban por el abuelo, les contestaban que estaba haciendo su dulce, por eso lo bautizaron de esa forma.

Este dulce llegó después a Parras de la Fuente, en donde se convirtió en uno de los más vendidos, gracias a que una trabajadora de Dulces Salazar exportó el nombre y la receta.

Pero también, y no menos importantes, están las cocadas, los dulces de tamarindo, los de higo con nuez y los ates de membrillo. Todos preparados diariamente por unos verdaderos artesanos del sabor.

“Cada dulce, un recuerdo”, reza el slogan de Dulces Salazar a la entrada del establecimiento, por eso, personajes de talla nacional e internacional han querido llevar un recuerdo de Saltillo en un dulce de los de Salazar.

De este lugar han salido pedidos que después fueron entregados a tres papas: Juan Pablo II, Benedicto XVI y Francisco. También, el mismísimo Luis Miguel mandaba a comprar una buena dotación de dulces a Saltillo, pero que fueran de los Salazar.

Dice José Ángel de la Cruz que en una ocasión una persona llegó a querer comprar cuarenta jamoncillos, y como en ese momento no los tenía en existencia, le pidió prórroga hasta el otro día a las nueve de la mañana para entregárselos. Cuando los tuvo en sus manos, aquella persona le dijo que eran para un grupo de senadores que se reunirían en la Ciudad de México.

Al pequeño local de la calle Salazar #455 han llegado desde los integrantes del grupo Camila, hasta Alejandro Camacho y Tere “La secretaria”. Y también llegaron

los dulces hasta el estudio del mítico Raúl Velasco, quien dio a conocer los dulces típicos de Saltillo en su programa *Siempre en Domingo*.

Dulces Salazar se ha mantenido por más de ciento veinte años en el gusto de los saltillenses y, aunque ha habido momentos difíciles, como cuando a la muerte de doña María de la Luz se posesionaron del primer local e intentaron quedarse con el nombre, los herederos originales de la tradición y receta dulcera han sabido mantenerse.

Los Dulces Salazar pueden ser adquiridos en su tradicional local, ubicado en la calle Salazar, número #455, unas cuadras al sur de la Alameda, o en su sucursal en la colonia Los Pinos en el bulevar Moctezuma.

72. LA FERIA DE SALTILLO

Juan José Casas García



La escritura de la historia suele ser complicada y eso se debe a que ella toma su lenguaje de la sociedad misma, es ahí donde radica su problema. El vocabulario de los documentos es un testimonio y por tanto es imperfecto, debe ser, por consiguiente, sujeto a crítica.

Así pues, las palabras que hoy utilizamos no significaban lo mismo hace años, es decir, un evento que pasó hace siglos, aunque tenga la misma palabra, no es exactamente idéntico al de hoy día. Eso pasa con nuestra feria, lo que hoy concebimos como una fiesta con música de grandes artistas nacionales y regionales, con pabellones agropecuarios y juegos mecánicos, no es la misma feria de la época colonial.

En la actualidad, uno podría encontrar cualquier producto en los supermercados o en las páginas en internet que permiten comprar en línea. En la época colonial no era así. Las ferias comerciales nacen con la necesidad de comprar y vender productos que no se pudieran encontrar en la región. Saltillo era la villa más importante en el noreste de la Nueva España, lo que la dotó de un punto geográfico importante para este tipo de eventos, que eran a su vez fiestas tanto seculares como religiosas.

Las ferias conformaban una red de circulación de mercancías que recorrían todo el norte del México colonial. El investigador Arnoldo Hernández asegura que el periodo más importante de la feria de Saltillo en la época colonial fue durante los años 1777 a 1815, según los montos de los impuestos recogidos en tales años. Ahora bien, el *Informe del gobernador de la Mitra*, documento de 1791, relata que la feria de la villa del Saltillo se realizaba cada año, los últimos días del mes de septiembre y que venían gentes no solamente de Saltillo, sino también del Nuevo Reino de León, de Texas, del Nuevo Santander (hoy Tamaulipas) y de Coahuila (se refiere a Monclova y sus alrededores).

El informe también detalla una lista de los distintos productos que se vendían en la feria, tales como lanas, sal, cuero, mulas, ropa, jabón y monturas, además de varios productos comestibles como azúcar, arroz y garbanzo procedentes de la Nueva Galicia (actual estado de Jalisco) y de Michoacán. No obstante, entrado el siglo XIX, los productos que más se comerciaban aumentan, integrando también al algodón, piloncillo, aguardiente, vino, harina, trigo, frijol, cerdo, res, carne seca, manteca, chile, calzado y loza. Esto nos lleva a pensar que, en efecto, se trataba de un circuito que articulaba la circulación de productos comerciales de toda la Nueva España y que llegaban al septentrión.

Para 1790 había alrededor de sesenta comerciantes en la ciudad que se dedicaban al negocio de la feria y según los documentos no realizaban solo un giro, sino que podían vender tanto ropa y comida en un mismo puesto, incluso hasta libros. Los lazos fuertemente tejidos por los comerciantes en las distintas ferias de la Nueva España

permitían entonces que se encontraran en Saltillo tanto productos locales como de otras partes de la Nueva España y provenientes de algunas otras partes del mundo.

Hemos dicho que la feria de Saltillo se celebraba en los últimos días de septiembre y que su auge se dio a finales del siglo XVIII e inicios del XIX, es decir, que las noticias del movimiento de Independencia de 1810 llegaron a Saltillo por vías de la feria. El movimiento insurgente provoca una seria de crisis para la Corona que obligan a aumentar los impuestos a las ferias comerciales, es así como la feria de Saltillo sufre una caída tanto que desaparece en el período de 1815 a 1825 y pasaría a la ciudad de Monterrey. Se renueva en el año de 1826 a 1889, aunque no con su importancia regional como se vivió en el periodo colonial. El mismo año de 1889 se realizó la Feria Mundial de París (feria por cierto en que fue presentada la Torre Eiffel) donde los saltillenses participaron con el monumento al poeta Manuel Acuña. Este nuevo tipo de ferias integrarían una nueva forma de organización, incluyendo exposiciones y diversión dándole una reestructuración, una idea incipiente de lo que vemos hoy día.

73. LEMUEL BURCIAGA, RECORDADO TRAS SU HEROICA MUERTE

José Torres Anguiano


En 1977, el legendario Capitán, fue abatido en un enfrentamiento mientras cumplía con su deber: proteger a los habitantes de Saltillo

Era el mediodía del 26 de mayo de 1977, cuando el entonces director de Policía y Tránsito de Coahuila, el capitán Raúl Lemuel Burciaga Rodríguez —un militar de larga y reconocida trayectoria— se encontraba en la oficina del secretario general de Gobierno, don Roberto Orozco Melo.

Justo estaban don Roberto y Lemuel en una reunión a puerta cerrada, cuando la secretaria del primero, Antonia Bandala, pidió pasar alegando que era urgente, señalando que buscaban al capitán Burciaga por teléfono.

El director de Policía y Tránsito tomó el teléfono y escuchó a su interlocutor, reflejando en su rostro una mueca de sorpresa y preocupación; hizo una pausa y comunicó al secretario Orozco Melo la mala noticia: cuatro reos habían escapado del penal de Saltillo, se llevaron como re-

henes a dos funcionarios, uno de ellos Daniel Camacho, director de aquel sitio y además habían desarmado a los custodios y escapado en un automóvil oficial.

Como verdadero líder, Lemuel Burciaga dio algunas instrucciones a su gente para enfrentar la situación, siendo la más importante que fueran por él a la oficina de don Roberto, para que él mismo, por su deber como ciudadano, militar y amigo de Daniel Camacho, dirigir y participar en el operativo de persecución.

El chofer del capitán Burciaga cumplió la primera de las órdenes, y fue a la casa de su superior, en donde estaba su hija Patricia Burciaga, que en ese entonces era alumna del Ateneo y estaba por presentar exámenes finales, por lo que estaba dedicada al estudio en su hogar.

El hombre enviado por Burciaga llegó a la casa “muy apresurado y angustiado” —relata la misma Patricia Burciaga— diciéndole que iba por orden de su papá a recoger unas armas, y aunque la joven ateneísta cuestionó el actuar del subalterno de su padre, este se limitó a decirle que no podía darle explicaciones.

La duda y la preocupación invadieron a Paty, pues estaba sola en su casa. Su mamá, la señora Lattife Neme, acababa de tomar un vuelo desde Tabasco, e imaginó que algo podría haberle pasado.

“Sentí una opresión, como una premonición de que algo fuera a suceder”, relata Paty Burciaga.

Los prófugos de la justicia escapaban por el periférico Luis Echeverría Álvarez, llevando consigo a Daniel Camacho y una secretaria. Pese a que algunos los perseguían, nadie disparaba en su contra porque llevaba a los rehenes.

Tras un tramo recorrido, liberaron a la secretaria, dejando como único secuestrado al director del penal.

Las versiones policiacas indican que todo se originó después de un motín que organizaron los reos al interior del penal, lo que permitió que tres de los delincuentes, sentenciados por asaltar a mano armada un banco de Nueva Rosita, lograran darse a la fuga armados. Justo a punto de salir, invitaron a un prisionero más a unírseles en su odisea, de nombre Juan Licón Vásquez, un multi homicida sentenciado a veinte años de prisión.

Ya con el Capitán Lemuel unido a la persecución, lograron darle alcance a los prófugos al sur de la ciudad, en el cruce del periférico Luís Echeverría con Antonio Cárdenas, pero el temor de que asesinaran a Daniel Camacho hizo que el director de la Policía de Coahuila no disparara en su contra; sin embargo, con los medios existentes en ese tiempo, se contactó con la 6ª Zona Militar y la Policía Federal, para continuar persiguiendo a los delincuentes, que ya habían tomado la carreta 54 rumbo a Concepción del Oro, Zacatecas.

No faltó quien, quizá en un lapsus premonitorio, le dijera al capitán Lemuel que él no fuera, que coordinara todo desde Saltillo, pero fiel a su profesión y a su carácter, Burciaga salió encabezando aquel operativo.

El mismo secretario de Gobierno, Roberto Orozco Melo, señalaba años después en una columna periodística que cuando Burciaga salió apresurado de su oficina, le gritó que tuviera cuidado, que no tomara riesgos innecesarios. Todavía, a punto de salir alcanzó a decirle: “¡No le hagas al héroe, Burciaga!”.

Y entonces salieron a toda máquina rumbo a Concha del Oro, persiguiendo a la patrulla 112 que habían robado los prófugos.

Casi cien kilómetros después, los delincuentes se quedaron sin combustible, y en la comunidad de Puerto de Rocamontes —en la mera línea divisoria con Zacatecas— ya esperaba a los fugados un equipo de policías federales y unos cuantos elementos municipales de la vecina población zacatecana.

Como los delincuentes sabían que les sería imposible escapar en la patrulla, obligaron a bajar al último reo que se les unió, el de apellido Juan Licón, el homicida, quien corrió con los agentes federales y les dijo que no dispararan, ni intentaran detener a quienes viajaban en el vehículo oficial, pues de lo contrario terminarían con la vida de Daniel Camacho.

Los policías federales no tuvieron más opción que acceder y no detenerlos, bajando entonces los delincuentes y atrincherándose, junto con su rehén, en una caseta fiscal que se encontraba en Rocamontes. Minutos después llegó el convoy comandado por Lemuel Burciaga, acompañado de elementos del Ejército, más federales, policías municipales de Saltillo y estatales, así como un helicóptero de la Policía Federal que vigilaba atento los movimientos de los prófugos.

Pese a ser más en número, y poder en cualquier momento acabar con los delincuentes, el capitán Burciaga, fiel a sus enseñanzas de dejar como último recurso las balas, hizo uso de su inteligencia, y subió a un bulldozer, que avanzó entre las laderas de la carretera hasta acercarse a la caseta.

Bajo y pidió a los prófugos entablar un diálogo y llegar a una negociación. Parecía entonces que aceptaban, pero en un acto de total cobardía, cuando el capitán Lemuel se acercaba aún más, uno de ellos accionó su arma y le disparo en varias ocasiones a Burciaga, dejándolo herido, y matando enseguida a Daniel Camacho, ante la impotencia de verse perdidos, comenzando entonces una dura refriega, intercambiando disparos con el Ejército y los agentes policiacos.

Cuando el piloto del helicóptero se percató de que el capitán Burciaga había caído herido, bajó la aeronave para servir como ambulancia aérea, pero como los balazos no cesaban, nadie podía rescatar a Lemuel, y no fue hasta que otro saltillense, que por casualidad transitaba por el sitio y había quedado atrapado en la carretera, habiéndose acercado a observar la batalla campal, vio tirado en pleno asfalto al militar herido y corrió a salvarlo.

Se trataba de Francisco Cepeda Izaguirre, a quien no le importó el peligro que corría al pasar entre las balas. Y logró cargar en brazos a Burciaga para llevarlo hasta el helicóptero.

Momentos después de que el helicóptero despegó de Rocamontes con rumbo a Saltillo, los prófugos fueron abatidos por la fuerza pública.

La aeronave, que ahora funcionaba como ambulancia, logró aterrizar en un terreno baldío en el cruce de Presidente Cárdenas y Emilio Carranza. Desde ahí trasladaron en ambulancia al capitán Lemuel hasta el antiguo hospital del ISSSTE, ubicado por la calle Murguía, donde lo atendieron de inmediato.

Pasadas las cinco de la tarde, los médicos dieron a conocer que Lemuel había sido operado con éxito, y minutos después al hospital arribó el gobernador Óscar Flores Tapia, quien había suspendido una gira por el norte del estado para visitar a Burciaga.

Un día después, el estado de salud del director de Policía y Tránsito era reportado como satisfactorio. Al mismo tiempo eran sepultados los reos en el Panteón San Esteban, y el cuerpo del director del penal, Daniel Camacho, fue trasladado a Michoacán, donde residía su familia.

La familia del capitán no se había despegado del hospital desde que supieron la noticia; los amigos de la familia tuvieron que contarles a los hijos de Lemuel lo sucedido; su esposa había llegado de Tabasco y su hija Latiffe de Veracruz, junto con su esposo. Patricia Burciaga recuerda que un día después de la operación, visitaron a su padre, y ella le preguntó cómo estaba, pues observó que sus manos aún estaban manchadas de sangre, a lo que el capitán respondió:

“Muy bien, hija, listo para la otra”.

Sin embargo, el destino estaba escrito, y esta sería la última batalla del ahora legendario capitán Lemuel Burciaga, pues días después una infección provocó que el “soldado”, como él se definía siempre, decayera de nuevo. Pese a los esfuerzos de los médicos, las esperanzas no aumentaban, la infección, provocada por las heridas de las balas, trajo consigo más complicaciones. Finalmente, el 9 de junio de 1977 el capitán Raúl Lemuel Burciaga Rodríguez falleció a las ocho y cuarto de la mañana. El luto invadió a Saltillo y a todo Coahuila. Había muerto un gran hombre.

El estado había perdido a uno de los mejores funcionarios, el Ejército, según palabras del general Gaspar Mota Elizarraráz, comandante de la 6ª Zona Militar, “perdió uno de sus mejores soldados”.

El gobernador de Coahuila, Óscar Flores Tapia, ordenó enseguida suspender todas las actividades públicas del Gobierno Estatal y declaró luto oficial en el estado.

Sus hijos recuerdan aquel triste día, cuando debieron despedir a su padre en la última morada. La marcha dragona era entonada por la banda del Ejército, mientras el panteón estaba atiborrado de gente, personas que habían viajado de todas partes del estado e inclusive de la República, pues el capitán Lemuel había estado en distintos lugares a lo largo de su paso por el Ejército.

Frente a su tumba, Gustavo Espinoza Mireles y Rodríguez, escritor y representante del gobernador Flores Tapia, ofreció palabras de aliento a la familia Burciaga Neme.

“La vida y ahora muerte del capitán merecen ser oficialmente elogiadas y enaltecidas, hoy despedimos con dolor al capitán, lo heroico de su conducta merece la calificación más alta, la mención más respetuosa y admirada que pueda otorgársele, al mismo tiempo, al soldado, el funcionario y el ciudadano”, señaló.

“Fue un ejemplar soldado, disciplinado y respetuoso, sus superiores supieron valorarlos y estimarlo, con sus subalternos fue siempre justo. Como funcionario modesto siempre y consciente de sus deberes, como amigo supo dar afectos”, agregó.

Fue una pérdida irreparable para su familia. Su esposa Lattife Neme, a quien sus hermanas apodaban “la Adelita”, porque se había ido con el soldado Burciaga, duró más de veinte años de luto; diariamente iba al panteón a visitar la tumba de su amado.

Sus hijos, aún muy jóvenes, debieron aprender a vivir con la ausencia de su padre, aquel que en alguna ocasión les dijo que quería morir “como soldado”, y aunque entonces no lo entendieron, después comprendieron que era morir en la raya, en cumplimiento de su deber.

El eterno capitán, por qué, aunque después de su muerte fue elevado de grado a Mayor, como dictan los protocolos del Ejército cuando uno de sus elementos muere en acción, sus hijos prefieren referirse a él como capitán, el grado que lo hacía sentirse orgulloso, y que inclusive utilizaba cada que llegaba a casa.

“¡Ya llegó el capitán!”, gritaba, y sus hijos corrían a ordenar todo para recibirlo enseguida.

El capitán Raúl Lemuel Burciaga Rodríguez era originario de Zaragoza, Coahuila. Se casó con Lattife Neme Zaletas, originaria de Veracruz. Padre de Lattife, Aída, Lemuel, Patricia, Francisco, Jorge, Salvador, Alberto y Leonel.

Enlistado en el Ejército desde los trece años, siempre ansioso por aprender cosas nuevas, por eso cursó la Escuela Militar de Transmisiones, la de Especialistas en Armamento y se licenció como piloto aviador privado. Practicaba la equitación, amante de la lectura y poeta nato, incluso, miembro de una asociación de periodistas. Dueño de una biblioteca personal de casi cinco mil ejemplares.

En el Ejército ocupó diferentes cargos en el país, era un estratega ejemplar, comandante de Escuadras, Pe-

lotones, Secciones y Escuadres; de Retenes, Partidas y Destacamentos.

Hasta el día de su muerte, fue miembro activo del Estado Mayor Presidencial, del que fue representante en Saltillo, teniendo a su cargo la seguridad de las visitas de Adolfo López Mateos, Gustavo Díaz Ordaz, Luis Echeverría Álvarez y José López Portillo.

Fue colaborador cercano del gobernador Teófilo Borunda, en Chihuahua.

En Coahuila, su primera incursión política fue como segundo comandante de la Policía Municipal en Torreón, designado por el gobernador Raúl Madero González. Fue también comandante de la Policía Municipal de Saltillo, invitado por el alcalde Roberto Orozco Melo.

El gobernador Braulio Fernández Aguirre lo nombró por primera ocasión director de Policía y Tránsito del Estado, cargo en el que lo ratificó Eulalio Gutiérrez Treviño, y años más tarde, luego de haber regresado a Chihuahua, fue requerido por Óscar Flores Tapia para de nuevo convertirse en director de la Policía y Tránsito hasta el día de su muerte.

En una entrevista, meses antes de su muerte, el capitán Lemuel Burciaga definía las características de un buen policía: “Respetuosos, pero enérgicos, severos y pacientes hasta cierto límite, y tomar muy en cuenta los atributos legales y jurídicos, es decir, no abusar de su autoridad”.

Aquel día, el 9 de junio de 1977, cuando el capitán Lemuel Burciaga murió y se convirtió en legendario, quedó grabado por siempre en la historia de Coahuila.

“Un clarín tocó al silencio, un cuerpo están sepultando, amigos y policías último adiós le están dando”, dice

una parte del corrido que le compusiera Alfredo Breceda Pérez al capitán Lemuel.

74. DON ROBERTO OROZCO MELO, FUNDADOR DE EL HERALDO DE SALTILLO

Don Roberto Orozco Melo nació en Parras de la Fuente, Coahuila, un 2 de julio de 1931. Transcurridos sus primeros años de formación educativa, llegó a Saltillo en 1949 para estudiar el bachillerato en el Ateneo Fuente, comenzando al mismo tiempo a laborar primero como corrector de pruebas, enseguida como corresponsal y posteriormente llegar a ser director del desaparecido periódico *El Heraldo del Norte*.

Durante una temporada se trasladó a la ciudad de México en donde también realizó diversas tareas periodísticas. Alternando la función pública con su trabajo informativo, sería en abril de 1963 cuando fundó y fue el primer director de *El Heraldo de Saltillo*. Posteriormente, colaboró a través de diversas columnas editoriales en los periódicos: *Claridades*, del Distrito Federal; *La Opinión* y *El Siglo de Torreón*, en la Laguna; *El Porvenir*, de Monterrey; *El Tiempo*, de Monclova; *Zócalo* y el propio *Heraldo de Saltillo*. Fue, además, cofundador de *El Diario de Coahuila* y hasta su fallecimiento vicepresidente editorial del mismo.

Culminó su preparación profesional graduándose como licenciado en derecho por la Universidad Autónoma de Coahuila y fue miembro de la corresponsalía del Seminario de Cultura Mexicana, miembro del Colegio

Coahuilense de Investigaciones Históricas y presidente fundador de la Asociación de escritores y periodistas de Saltillo. Cabe destacar que su título como abogado lo obtuvo después de haber concluido su gestión como presidente Municipal de Saltillo, lo que demuestra la absoluta naturalidad y sencillez que siempre le caracterizaron, puesto que, una vez culminado su período como alcalde, procedió a inscribirse como un alumno más de la Facultad de Jurisprudencia.

Recibió el premio estatal de periodismo en 1992 y en el año 2006, el reconocimiento “Decano de la Prensa Nacional” por el Club Primera Plana de la ciudad de México, así como la Presea IMARC 2005, entre muchos otros reconocimientos y premios cosechados a lo largo de toda una vida entregada al periodismo.

En el campo de la administración pública, fue responsable también de numerosas encomiendas: Ocupó la oficialía mayor de la secretaría particular del Ejecutivo en 1953 y con el gobernador Raúl Madero fue titular de la oficina de prensa; luego diputado local por el distrito de Parras y secretario general de la CNOP estatal. Resultó electo presidente municipal de Saltillo para el periodo 1963 a 1966, siendo uno de los alcaldes más jóvenes de nuestra ciudad. Delegado de la Secretaría de Comunicaciones y Transportes en Torreón, y de ahí fue llamado a una dirección en la propia SCT en la ciudad de México. Retornó a Coahuila en 1975 como secretario general de gobierno con Oscar Flores Tapia. Posteriormente, sería secretario particular del ejecutivo en el período del gobernador Eliseo Mendoza Berrueto, siendo su último cargo público la jefatura del archivo municipal de Saltillo, labor

que disfrutó plenamente por encontrarse relacionada con su amor por el periodismo y la historia.

Escribió varios libros sobre temas diversos, siempre le apasionó el tema de la soberanía estatal de Coahuila y entre sus obras se encuentran: *Bajo la angustia de la muerte* (narrativa) de 1957; *Moisés y Yo* (poesía) de 1959; *De carne y huesos* de 1999 (anecdótico); coautor de *Madero, iniciador de la Revolución* de 2004; *Uno es lo suyo* de 2008; su autobiografía para la colección *Nuestra Gente* en 2010 y *Oscar Flores Tapia, de cerca y de lejos* en 2014.

En esa larga, diversa y meritoria trayectoria, don Roberto entregó gran parte de su vida a Saltillo y a Coahuila. Cumplió con extraordinaria responsabilidad, honorabilidad y una actitud siempre abierta y amable con todas las encomiendas que durante mucho tiempo y en diversas circunstancias tuvo a su cargo. Un gran legado de ejemplo de vida, dedicación y esfuerzo se hizo siempre presente con cada persona que le conoció, y por supuesto con su amada familia: Su esposa doña María Elena Aguirre de Orozco, sus hijos Roberto, Jorge, Rodrigo, María Elena, Cristina, María Eugenia, y con la gran cantidad de amigos que don Roberto logró hacer a lo largo su fructífera vida.

Frases

- “En el mes de abril de 1963 había iniciado, en compañía de algunos jóvenes reporteros y tipógrafos, la publicación de un esfuerzo editorial por tener en Saltillo un periódico serio, libre y comprometido con los intereses de Coahuila: *El Herald de Saltillo*”.

- “El hecho de escribir en un periódico me dio la oportunidad de conocer a los políticos, muchos de los cuales carecían de facilidad para escribir sus ideas. No eran precisamente cultivados; eran gente sencilla y buena, amable correcta, trabajadora y bien intencionada, pero sí les encargaban pronunciar un discurso sentían morirse; entonces me hablaban. Así entré al mundillo de la política: maquilando discursos, escribiendo cartas, ayudando a la gente a expresarse, gracias a la relativa facilidad que tenía”.
- “La amistad es una religión y me gusta officiar en sus altares”.
- “He sido feliz en el periodismo y en mis otras actividades. Deseo morir como periodista, y me gustaría ser actor y testigo de mi propio y último tránsito; pero esto lo decidirá Dios, quien no cumple caprichos ni endereza jorobados”.

75. DON FRANCISCO DE JESÚS DE LA PEÑA DÁVILA, PERIODISTA EJEMPLAR

Francisco de Jesús de la Peña Dávila, uno de los periodistas fundadores de *El Heraldo de Saltillo* y su director durante más de cincuenta años, nació en Saltillo el 4 de junio de 1937 y murió el 11 de octubre de 2017, poco después de cumplir ochenta años.

De su padre, don Francisco De La Peña Dávila, heredaría Paco su entrega al trabajo, el sentido de responsabilidad y el afán de ser auténtico; de su madre, doña María de Los Ángeles Dávila Flores, su afición por la lectura, su empeño por informarse de todo y de ahí su inclinación por el periodismo.

Del Colegio Zaragoza, donde cursó la primaria y la secundaria, guardaba don Paco entrañables memorias.

Tenía la intención de entrar a la escuela de Leyes al terminar el bachillerato, que cursó en la Preparatoria Nocturna, pero eso implicaba quedarse siete meses sin estudiar, porque en Leyes se regían por el calendario tipo A: las clases eran de febrero a noviembre; mientras que en el resto de las escuelas de Saltillo imperaba el tipo B: de septiembre a junio. Para mantenerse ocupado en el intervalo, Paco se dedicó a buscar empleo. Un día iba caminando por la calle de Venustiano Carranza, que ahora se llama Pérez Treviño, con un compañero del Zaragoza, Humber-

to López Torres, quien andaba también en busca de trabajo. Iban platicando tranquilamente cuando se encontraron con el profesor Guillermo Meléndez Mata. Él había sido su maestro en la preparatoria y laboraba en el periódico *El Sol del Norte*. Después de los saludos de rigor, le comentaron que estaban buscando trabajo, y para su sorpresa el profesor Meléndez les dijo que ya lo habían encontrado, y que empezaban a trabajar ese mismo día en *El Sol*. Eso cambió la vida de Paco: muy pronto iba a descubrir su verdadera vocación.

Humberto y Paco no tenían experiencia como reporteros, y nunca había pasado por su mente la idea de trabajar en un periódico, pero tuvieron la fortuna de que dos de los reporteros de *El Sol*, Alfredo Aguirre y Elías Cárdenas, necesitaban ausentarse del periódico por algunas semanas: Alfredo para cubrir la campaña del general Raúl Madero como candidato al Gobierno del Estado, y Elías para prepararse a fin de presentar sus exámenes en la Escuela de Leyes. La condición que pusieron los directivos de *El Sol* para otorgar los permisos respectivos fue que enseñaran los secretos del oficio a los noveles reporteros; así, Humberto se dedicó a las fuentes policíacas con la ayuda de Alfredo, y Paco a cubrir las dependencias federales y gubernamentales, con la tutoría de Elías.

De esa manera fortuita comenzaría la carrera en el periodismo de Francisco de la Peña, una carrera duró más de cincuenta años.

Siete meses duró trabajando en *El Sol*: de julio de mil novecientos cincuenta y siete a febrero de mil novecientos cincuenta y ocho; en marzo de ese año lo invitó el general Raúl Madero, que ya era el gobernador del Estado, a cola-

borar con él en la Oficina de Prensa. Sucedió que Roberto Orozco Melo, que era el jefe de esa dependencia, fue postulado por el PRI como candidato a diputado por el distrito de Parras, y Paco fue llamado a sustituirlo.

Fue durante el sexenio del General Madero, el 24 de octubre de 1960, que los presidentes de México, Lic. Adolfo López Mateos y de Estados Unidos, Dwight D. Eisenhower, se entrevistaron en Ciudad Acuña y acordaron la construcción de la Presa “La Amistad” sobre el Río Bravo; tocó a Paco de la Peña en su carácter de Jefe de Prensa del Gobierno de Coahuila, que fue anfitrión de esa histórica entrevista, coordinar los aspectos informativos de la misma, en colaboración con el Jefe de Prensa de la Presidencia de la República y del vocero del presidente de los Estados Unidos, para lo cual se responsabilizó de todos los detalles inherentes.

En 1963, Roberto Orozco Melo lo invitó a colaborar en *El Herald de Saltillo*, que recién había fundado con la colaboración de otros periodistas. A los tres o cuatro meses postularon a Orozco Melo como candidato a la presidencia municipal de Saltillo y el puesto de director de *El Herald* lo ocupó durante algunos meses Pepe González. Luego entro al relevo Javier Villarreal Lozano, quien al año siguiente fundó en Monclova el periódico *El Tiempo*, en compañía del profesor Meléndez, de modo que Paco se quedó como director de *El Herald de Saltillo*, y lo siguió siendo hasta el último día de su vida.

Los primeros años al frente del periódico fueron muy duros; había pocos ingresos, pero poco a poco se hizo Paco de algunas corresponsalías que le ayudaron a mejorar sus percepciones económicas: *Excélsior*, *El Siglo de Torreón*,

La Voz del Norte, de Piedras Negras, *El Día*, de Monclova, y una agencia de noticias que se llamaba *Prensa Independiente Mexicana*.

Cuando don Braulio Fernández Aguirre gobernó en Coahuila, acostumbrara a ofrecer conferencias de prensa de lunes a viernes a la una de la tarde, a menos que estuviera fuera de la ciudad. Esa fue una época en la que Paco de la Peña desempeñó con mayor intensidad su actividad periodística: además de la fuente de gobierno de estado, cubría las cámaras: la de diputados, la de comerciantes y otras más; la Universidad, otras instituciones educativas, los sindicatos... dedicaba toda la mañana y media tarde a reportear y el resto de la tarde y la noche a escribir y mandar las corresponsalías.

En ese tiempo la forma de imprimir un periódico era utilizando placas de metal que se acomodaban al revés, para que al entrar en la prensa quedaran al derecho. Los que trabajan en la elaboración de los periódicos adquirían mucha práctica para leer al revés; eran capaces de hacerlo casi con la misma velocidad que leían al derecho.

Don Braulio recibía a los reporteros de pie, a un lado de su escritorio; y en esa posición les comentaba los asuntos y contestaba sus preguntas. En una ocasión Paco, que estaba muy cerca del escritorio del gobernador, se percató de que encima del mueble estaba un documento que a él le pareció importante; y efectivamente lo era, porque se trataba del informe de un auditor de la Tesorería General de Estado. Paco leyó rápidamente a la manera en que lo hacía en el periódico, es decir, al revés, y se enteró de que ese informe revelaba que se habían encontrado algunas irregularidades en la tesorería de cierto municipio del

estado. El gobernador no comentó nada de ese tema, así que Paco lo cuestionó sobre la decisión que se iba a tomar en el caso de las irregularidades encontradas en ese municipio. don Braulio se desconcertó ante la pregunta, pues se trataba de un asunto que se había manejado con total reserva, y trató de negar que existiera tal problema, pero Paco insistió y le dijo que él estaba enterado que se le había enviado al gobernador un informe detallado de la situación. Entonces no le quedó a don Braulio otro remedio que dar la información a todos los medios que estaban presentes. Eso originó un gran escándalo en la prensa; se le dio la cobertura por varias semanas y casi ocasiona la renuncia del alcalde y del tesorero en cuestión. No quiso quedarse don Braulio con la duda acerca de la forma en que se había enterado Paco de aquel asunto, y cuando terminó la conferencia de prensa le pidió que se quedara para preguntárselo; no siendo nada que tuviera que ver con una fuente, De La Peña se lo dijo, y como el gobernador pusiera cara de incredulidad, le hizo una demostración práctica de cómo leía al revés y le explicó que así leía todos los días en el periódico. “¡Qué descuidado soy!” fue el único comentario del mandatario y guardó el documento en un cajón de su escritorio.

En su carrera de periodista, y específicamente como reportero, le tocó a Paco de la Peña presenciar sucesos verdaderamente impactantes. Dos de ellos recuerda todavía como si los tuviera frente a él: la caída de los Voladores de Papantla, en la Feria de Saltillo y el descarrilamiento del tren de peregrinos de Real de Catorce, en Puente Moreno.

Los Voladores de Papantla acostumbraban a presentar su espectáculo ritual en las ferias de todo el país y nunca

habían sufrido un accidente, hasta que sucedió el hecho fatal en la Feria de Saltillo. Ese día los voladores iniciaron su ritual como de costumbre, subieron al poste de uno en uno, cuatro danzantes y un sacerdote; los danzantes se atoraron a las cuerdas por los tobillos, y mientras el sacerdote saludaba a los cuatro puntos cardinales y bailaba al son de su flauta y su tambor en la pequeña plataforma colocada en lo alto del mástil de treinta metros de altura, los cuatro voladores iniciaron su vuelo cabeza abajo y con los brazos en cruz. Trece vueltas tenían que dar en torno del poste hasta posarse de pie en el suelo; pero la fatalidad se interpuso: habían transcurrido apenas algunos segundos cuando repentinamente los voladores cayeron a plomo hasta el suelo, en medio de la multitud estupefacta. Fallecieron todos, menos el sacerdote que se había quedado arriba.

Paco mandó la nota al periódico *El Dictamen de Veracruz*, que, según sus referencias, es el más antiguo del país, porque era un hecho de interés para los veracruzanos; y efectivamente, hubo tanto interés de parte de los jarochos que le dieron seguimiento a la noticia a lo largo de varias semanas. También envió la noticia al *Excelsior* que la publicó a ocho columnas, por tratarse de un suceso inusitado.

El otro acontecimiento que recuerda vívidamente es el que la gente llamó “el trenazo de Puente Moreno”, que tuvo lugar el cinco de octubre de 1972. La noche anterior Paco salió del periódico a la una y media de la mañana, como ocurría casi todos los días, y como a las cuatro de la madrugada lo llamaron para avisarle que se había descarrilado en Puente Moreno un tren cargado de peregrinos

que volvían del Real de Catorce y había muchos muertos. A esas horas se comunicó con Luis Horacio Salinas, que era en ese entonces el Presidente Municipal electo de Saltillo, y se fueron juntos al sitio del accidente. Ahí se encontraban ya el gobernador, que era el Ingeniero Eulalio Gutiérrez y el alcalde en funciones: Arturo Berrueto. De inmediato se incorporaron a las actividades de ayuda y estuvieron en ellas todo el día, atentos a lo que se convirtió en una gran tragedia.

Paco cubrió la nota para *El Herald* y mandó material informativo a las corresponsalías; casi todos los diarios le dieron la de ocho.

Otro de los sucesos importantes que le tocó vivir, y por supuesto, reportear, fue un atentado que sufrió en nuestra ciudad el presidente Adolfo López Mateos. Resulta que en 1958 se había iniciado un movimiento ferrocarrilero. Para 1959 Demetrio Vallejo, que encabezaba el movimiento, tenía paralizado el sistema ferroviario, con todos los problemas que eso acarrearaba. Se decía que Vallejo era comunista y tenía intenciones de desquiciar al país. El caso es que había un enfrentamiento serio con el gobierno federal, dejemos que Paco de la Peña nos relate los hechos:

“El Lic. López Mateos, que era el presidente de la República, vino a Coahuila para presidir la ceremonia del 26 de marzo; ese día salió del Hotel Arizpe, donde se había hospedado, para dirigirse a la ceremonia del Plan de Guadalupe a bordo del autobús presidencial. Lo acompañaba el Gral. Raúl Madero y otros miembros de su comitiva. Seguía al autobús presidencial otro vehículo que transportaba a los periodistas locales y nacionales. Al cruzar las vías

férreas que estaban en el cruce de presidente Cárdenas y Emilio Carranza, salió intempestivamente una locomotora a gran velocidad que estuvo a punto de embestir al autobús presidencial. Se dijo que había la intención de atacar contra la vida del presidente. No se logró consumar el atentado: el autobús alcanzó a pasar unos segundos antes que la máquina. El chofer del segundo autobús, en el que íbamos los reporteros, se percató de que se acercaba la máquina y frenó a tiempo. Afortunadamente, no sucedió ninguna desgracia y continuamos sin novedad el viaje hasta la Ex Hacienda de Guadalupe. Allí nos enteramos de que en forma inmediata se giraron indicaciones de desactivar el movimiento de Demetrio Vallejo, quien se encontraba ese día en Ciudad Frontera. Se libraron órdenes de aprehensión en su contra; lo detuvieron ese día y duró varios años en la cárcel como preso político. El proceso se desarrolló en sus inicios en el juzgado de Monclova, y luego se radicó en la ciudad de México. Ese fue un acontecimiento que estuvo a punto de convertirse en tragedia.”

Los reporteros llegan a desarrollar una especie de sexto sentido que les permite intuir los hechos que están por ocurrir; hay quien llama a esta habilidad “olfato periodístico” Paco demostró poseer esa especial intuición cuando se preparaba el proceso para elegir al sucesor de don Braulio Fernández Aguirre.

Como suele ocurrir en esos casos, varias personas que quería ser candidatos a la gubernatura y entre ellos se mencionaba al ingeniero Eulalio Gutiérrez. *El Heraldo de Saltillo* publicó el currículum vitae de todos ellos, menos el de don Eulalio, porque él se negaba a entregar esa información al periódico. El equipo de reporteros de *El Heral-*

do se dio a la tarea de reunir cuantos datos hubiera a la mano de la vida y la obra del Ingeniero Gutiérrez, y se le pidió más información para publicar una semblanza, a lo que él contestó con otra negativa.

A Paco se le hacía un poco sospechosa aquella actitud, quizá por eso se agudizaron sus habilidades intuitivas, y estaba a la caza de cualquier indicio, cualquier detalle que le permitiera descubrir la causa. Muy pronto se le iba a presentar la oportunidad de conocerla. Sucedió que, por esos días, la acostumbrada conferencia de prensa con don Braulio, que era extremadamente puntual para recibir a los reporteros: siempre a la una en punto de la tarde, se estaba demorando demasiado, cosa que nunca había ocurrido. Serían las dos y media cuando los reporteros, que estaban en la antesala, vieron salir del despacho del gobernador a don Eulalio y lo abordaron para entrevistarlo. El ingeniero les comentó que estaba platicando con don Braulio acerca del agua de Saltillo. Paco intuyó; sin embargo, que había algo más importante en el fondo de aquella larga entrevista entre los dos personajes y que no podía ser otra cosa que el asunto de la candidatura.

No tardó mucho en confirmar su sospecha: por la tarde se presentó en *El Herald* uno de los hijos de don Eulalio, Jaime, con un currículum muy completo de su padre. Para Paco, esa era la evidencia indudable de que Eulalio Gutiérrez sería el candidato oficial del PRI para contender por la gubernatura de la entidad. De inmediato dispuso que se publicara el currículum del ingeniero a ocho columnas y en primera plana, siendo que en el caso de los demás aspirantes lo habían hecho solamente a dos columnas.

Al día siguiente, la primera plana de *El Heraldo* ostentaba solo dos palabras que ocupaban las ocho columnas: EULALIO GUTIÉRREZ. Y abajo del encabezado publicaron el currículum entero.

La noticia fue interpretada en el mundo político como un destape anticipado a favor del ingeniero y los altos mandos del PRI reconviniéron al gobernador por adelantarse a los tiempos políticos. Don Eulalio mandó a Luis Horacio Salinas, que era diputado federal en esos momentos, como mediador para que convenciera a Paco de la Peña a fin de que *El Heraldo* moderara su posición en el tema, y publicara una nota aclarando que no había nada resuelto en torno a la candidatura para el gobierno de la entidad, y que todos los candidatos tenían las mismas posibilidades. Paco se negó rotundamente argumentando que había publicado que iba a ser Eulalio porque tenía la convicción de que así era, y que no podía desdecirse, a menos de que el propio partido, es decir, el PRI, la desmintiera de manera oficial.

Quince días después se presentó formalmente la candidatura de Eulalio Gutiérrez, pero *El Heraldo*, gracias a la intuición de Paco, había ganado la nota a los demás medios informativos.

Paco de la Peña contaba que fue agricultor desde que nació. Es una actividad que llevaba en la sangre. Cuando la urbanización fue rodeando las tierras del rancho Las Tejillas y quedaba poco terreno dónde sembrar, Paco le compró a su suegra una huerta de manzanos que ella tenía en Los Lirios, comunidad ubicada en la Sierra de Arteaga. Así se convirtió en pequeño propietario, y al poco tiempo comenzó a participar activamente en la organización

que se había formado para proteger sus intereses; y llegó a ocupar cargos de dirigencia de esta organización, primero en Saltillo y luego en el estado, cuando fue electo presidente de la Federación Estatal de la Pequeña Propiedad de Coahuila, organismo que estaba adherido a la CNOP porque compartían objetivos comunes: tierra, producción, créditos, agua, etc.

En ese tiempo retomó su participación en las filas del PRI, que había iniciado durante el gobierno del General Madero, como presidente del sector juvenil del partido.

Le interesaban profundamente los problemas del campo, porque los había sufrido desde niño y recorría sin descanso los 38 municipios que componen la geografía del estado para estar en contacto con todos los pequeños propietarios y con los ganaderos; procuraba atender sus inquietudes y logró construir un organismo fuerte y con respuestas oportunas.

Paco De La Peña realizó una labor muy intensa frente de la pequeña propiedad durante tres fructíferos años. Su trabajo en ese ámbito le dejó muchas satisfacciones y buenos amigos.

Trabajó mucho en defensa de la tierra, especialmente en la definición de lo que era la pequeña propiedad frente al ejido; participó en los programas oficiales que beneficiaban a sus compañeros y buscó impulsar los acuerdos con empresas particulares para que se otorgaran mejores créditos a los pequeños propietarios y a los campesinos en general.

La primera incursión de Paco De La Peña en la política fue como presidente del sector juvenil del PRI, actividad que desempeñó durante cuatro o cinco años, entre 1959

y 1963. Luego fue diputado en la 48 Legislatura por el Segundo Distrito, que abarcaba Parras, General Cepeda, Ramos Arizpe y Arteaga. En ese cargo Paco procuró mantener el contacto con sus electores, estaba con ellos siempre que podía para escuchar sus demandas y hacer las gestiones necesarias para satisfacerlas.

Como buen agricultor, Paco De La Peña siempre se interesó por el agua; de ahí que la actividad del servicio público que desempeñó con mayor agrado fue la dirección del Sistema de Alcantarillado y Agua Potable de Coahuila: SAPAC.

Llegó a esta dependencia invitado por el gobernador Eliseo Mendoza Berrueto, con quien tuvo plena identificación y total apoyo en su encomienda, y se propuso emplear su tiempo y los recursos de que disponía para ayudar a solucionar el problema de la escasez de agua, que en esos años era bastante serio. Dependían del sistema veinte o veintidós servicios municipales, que Paco procuraba atender diligentemente. Su afán era servir a la gente que necesitaba atención y soluciones.

Como parte de su trabajo en esa dependencia participaba en la mayoría de las giras del gobernador por el estado, y como no existía la dirección de Protección Civil le tocó atender las actividades correspondientes a esas áreas: igual se encargaba de coordinar las brigadas para apagar un incendio forestal en la Sierra de Arteaga, que organizar la atención en caso de inundaciones en La Laguna, o lo referente a la red de gas natural en Saltillo.

Desde que era muy pequeño, Paco siempre se dedicó a la agricultura. Primero en Las Tetillas, ayudando a su padre en la tareas de la siembra; luego en las huertas de

manzana en Los Lirios y en San Antonio de las Alazanas; y más tarde incursionó como nogalero, en Las Tetillas y en General Cepeda. En toda su vida, plantó más de cincuenta mil árboles en estos lugares.

“No me siento con autoridad para dar consejos, pero en mi opinión un reportero debe estar siempre muy identificado con la comunidad, con las personas que la integran, con los hechos que le ocurren, con los incidentes de dentro y fuera que influyen en el desarrollo de esa comunidad. Yo he tratado siempre de ser muy respetuoso del desempeño, de la actividad, de las ideas, de las propuestas de cada quien. Todos los días nos encontramos con cosas diametralmente opuestas; hay que respetarlas todas. Y ser muy objetivo, no buscar ser el protagonista, más que de tu propia vida. Ser consciente de que hay que transmitir los hechos con veracidad. Quisiera seguir siendo así y que todos honráramos esta actividad del periodismo”, señaló en alguna ocasión, mientras lo entrevistaban para la realización de su biografía, dentro de la serie *Nuestra Gente*, que editó el Gobierno del Estado.

50 Años en el periodismo

El 7 de junio de 2007, Francisco De La Peña Dávila recibió un reconocimiento de manos del entonces gobernador Humberto Moreira, al completar cincuenta años de

ejercicio periodístico. Este fue el texto que se publicó en aquella ocasión:

Con apenas veinte años, un lápiz, una libreta y, sobre todo, su reconocida memoria, Francisco J. De La Peña Dávila incursionó en el periodismo en el año de 1957, convirtiéndose en reportero del desaparecido periódico *El Sol del Norte*.

En ese año don Román Cepeda Flores terminaba su gestión como Gobernador, mientras que el general Raúl Madero hacía su campaña para sustituirlo. Por su parte, Manuel Valdez Dávila encabeza el Ayuntamiento de Saltillo y Eulalio Gutiérrez Treviño hacía campaña para sucederlo.

Adolfo Ruiz Cortines gobernaba México y Dwight Eisenhower hacía lo propio en los Estados Unidos, enfrascado en ese entonces en la Guerra Fría con la Unión Soviética.

Seis años después, un 7 de abril de 1963, junto con otros destacados periodistas de la época encabezados por don Roberto Orozco Melo, Francisco De La Peña funda *El Heraldito de Saltillo*, a la fecha el periódico decano de nuestra ciudad, y el que más años ha circulado en su larga historia.

Desde entonces y hasta la fecha ha fungido como nuestro director general, desempeñando una brillante carrera como periodista en Saltillo, por la cual el 7 de junio recibió de manos del gobernador Humberto Moreira un merecido reconocimiento a los cincuenta años de su trayectoria periodística.

Los protagonistas de muchos de los acontecimientos importantes que ha vivido Saltillo en este medio siglo, como la huelga Cinsa-Cifunsa en 1974; diversos mo-

vimientos estudiantiles; la instalación de las primeras empresas automotrices a inicios de los ochenta; el movimiento reivindicador del magisterio en 1988 y 1989; la competida elección municipal en 1984; la primer victoria del PAN a nivel local en 1990; las primeras movilizaciones en defensa de los derechos humanos a inicios de los 90; el posicionamiento local de los perredistas en 1996, y desde luego los fundadores y miembros de clubes, asociaciones, y organismos no gubernamentales, han reconocido la apertura y pluralidad del periódico que durante más de cuarenta años ha estado bajo la dirección de Francisco De La Peña, siempre identificado con las mejores causas de la comunidad.

Respecto al desempeño profesional de nuestro Director, también en su momento destacó al llevar a las que estaban planeadas como meras charlas de cortesía de los entonces candidatos Miguel de la Madrid, Carlos Salinas y Ernesto Zedillo con los propietarios y directivos de medios, las inquietudes de la sociedad coahuilense, poniendo énfasis especial en el descuido que se estaba teniendo hacia el sector agropecuario, advirtiendo que podría ocurrir lo que finalmente estamos viviendo, un campo pobre e improductivo, incapaz ahora de enfrentar la competencia internacional.

En el periodismo la historia se escribe día con día, retomar las vivencias de quien lo ha ejercido durante cincuenta años llenaría páginas enteras, y como una convicción de nuestro director es que el periodista no es protagonista, sino únicamente medio que transmite a la sociedad los hechos, no nos extenderemos más en la trayectoria y logros de Francisco J. De La Peña, basta decir que más que por

sus años en el oficio, ha tenido siempre el reconocimiento de los saltillenses por su rectitud y profesionalismo, por su ejercicio del periodismo en apego a la ética, responsabilidad y veracidad, principios que hacemos nuestros todos los que en esta casa editora laboramos.

Datos biográficos

- Nace el 4 de junio de 1937, en el rancho Las Tetillas, en Saltillo, Coahuila.
- Estudia su primaria y secundaria en el Colegio Ignacio Zaragoza, y la preparatoria en el Ateneo Fuente.
- En 1937 incursiona en el periodismo, como reportero en el *Sol del Norte*, de julio de mil novecientos cincuenta y siete a febrero de mil novecientos cincuenta y ocho
- Fue jefe de prensa de Gobierno del Estado en la administración de don Raúl Madero, a partir de marzo de 1958.
- Fue fundador de *El Heraldo de Saltillo* junto con don Roberto Orozco Melo, Javier Villarreal Lozano, y otros periodistas, en abril de 1963.
- Fue corresponsal de *Excélsior*, *El Siglo de Torreón*, *La Voz del Norte*, de *Piedras Negras*, *El Día*, de *Monclova*, y una agencia de noticias que se llamaba Prensa Independiente Mexicana.
- Fue presidente del sector juvenil del PRI, actividad que desempeñó durante cuatro o cinco años, entre 1959 y 1963.
- Fue presidente de la Federación Estatal de la Pequeña Propiedad de Coahuila.

- Fue diputado en la 48 Legislatura por el Segundo Distrito, que abarcaba Parras, General Cepeda, Ramos Arizpe y Arteaga. Destaca el hecho de que fue el único diputado en esa legislatura que se negó a aceptar la renuncia del entonces gobernador Oscar Flores Tapia.
- Durante el gobierno de Eliseo Mendoza Berrueto, fue Sistema de Alcantarillado y Agua Potable de Coahuila.

Reconocimientos

- En junio de 2007, por cincuenta años de labor periodística recibió la presea Benjamín Cabrera.
- En el 2013 fue merecedor a la Presea IMARC y a la Presea Saltillo.

76. EL ÚLTIMO FUSILAMIENTO MILITAR EN MÉXICO, OCURRIÓ EN SALTILLO

Francisco Tobías Hernández



En esta ocasión te comento sobre un acontecimiento del cual Saltillo fue testigo, ya que aquí se realizó el último fusilamiento militar en México.

El inculpado, José Isaías Constante Laureano, fue recluido en la cárcel militar —instalada donde hoy se albergan las oficinas de la Secretaría de Finanzas, en el cruce de las calles de Castelar y General Cepeda—, esperando sentencia.

El juicio militar de José Isaías se realizó en lo que hoy es el Museo de las Aves, ahí se le encontró culpable por el asesinato de Cristóbal Granados Jasso y del subteniente de infantería Juan Pablo MaDobecker. También fue condenado por insubordinación. Se sabe que los asesinó con su carabina al estar bajo los efectos del alcohol, en la ciudad de San Luis Potosí.

Eran cuatro horas con treinta minutos del 9 de agosto de 1961, cuando se escuchó la voz de coronel Aburto Valencia ordenar con firmeza: “Preparen, apunten, fuego”. En ese momento, el accionar de los gatillos iniciaron el re-

corrido de la pólvora, ocho fusiles, ocho balas impulsadas por los fogonazos, terminaron con la vida de José Isaías, quien tenía veintiocho años. Testigo de ello fue el director de la penitenciaría militar, Gregorio Ruiz Martínez.

Dicen que su último deseo, fue morir sin que los ojos le fueran vendados, él quería morir mirando el alba, y mirando la salida del sol murió.

El tiro de gracia lo ejecutó otro militar, un personaje conocido en la Normal Superior, quien durante años fue el instructor de escoltas de la benemérita.

Saltillo fue testigo de dicho suceso. Cuentan que los saltillenses estuvieron a la expectativa, de esta práctica permitida hasta entonces por las leyes militares que no era común en el país y menos en el pequeño Saltillo del 1961.

77. EL HOTEL HIDALGO, PARA GENTE 'DE A PIE'

José Torres Anguiano



Pedro Infante, Fernando Soler y María Félix estuvieron aquí.

Allá por el año 1809, justo un año antes de que estallara la Guerra de Independencia, la familia Cabello fundó el que es ahora el hotel más antiguo de Saltillo, el Hotel Hidalgo, que se encuentra en lo que hoy son las calles de Padre Flores y Abbott, en el Centro de la ciudad.

El hotel, que lleva el nombre de Hidalgo en referencia a los hombres nobles y generosos, como el diccionario define esta palabra, ha sido testigo de innumerables anécdotas a lo largo de sus más de doscientos años de existencia.

Este recinto estuvo a punto de desaparecer, pues en el año 1999 cerró sus puertas al público, ante lo deterioradas de sus instalaciones y su poca rentabilidad. Pero diez años después, en el 2009, el empresario saltillense Leopoldo Canales, decidió comprarlo.

Pese a que muchos de los saltillenses imaginaron que este hotel desaparecería para convertirse en algún nuevo negocio del Centro Histórico de Saltillo, don Polo Cana-

les siguió fiel a la tradición del lugar que había adquirido, e invirtió en una remodelación casi completa, respetando lo más que pudo la esencia del lugar para que no perdiera su originalidad.

Fue de esta manera que el Hotel Hidalgo reabrió sus puertas para volver a ofrecer habitaciones cómodas a precios módicos a sus clientes.

Don Oscar Esquivel, administrador del hotel, asegura que el estar ubicados en pleno Centro Histórico de Saltillo ha sido de gran apoyo para que sigan llegando los visitantes.

“Nos favoreció el que hubiera quedado entre tanto negocio, es un hotel económico, para gente de a pie, gente que viene de fuera a trabajar, aquí contratados por empresas”, señala don Oscar.

“Es una zona muy segura, aquí normalmente no hay problemas, aquí encuentran en el Centro de todo, farmacias, restaurantes, comida económica y variada, eso ha favorecido al hotel en vez de perjudicarlo”, agrega.

El nacimiento de un artista

Oscar Esquivel recuerda muchas de las historias que se cuentan de este lugar, las que han sucedido a lo largo de sus dos centenarios.

Don Oscar asegura que en este lugar nació el artista saltillense Fernando Soler, el 24 de mayo de 1895, versión que apoya el diputado e historiador Francisco Tobías en sus Cápsulas Saraperas.

Oscar cuenta que por aquellos días, la familia de Fernando Soler, actores venidos de España, se encontraban

de gira por Saltillo, en las carpas que se ponían cerca del Hotel Hidalgo, en el sitio que hoy ocupa la Plaza Acuña, y que fue en ese tiempo cuando la señora Soler comenzó con el trabajo de parto, por lo que fue llevada al Hotel Hidalgo, al ser el más cercano a donde se encontraban, y fue ahí en donde dio a luz al actor Fernando Soler, quien a la postre se convertiría en un aclamado director, productor, guionista y actor de cine, teatro y televisión. El teatro de Saltillo lleva su nombre.

El escape de Pedro Infante

Allá por la década de los 50 del siglo XX, un gran concierto se daría en Saltillo, se trataba del ídolo del pueblo, el gran Pedro Infante, ícono de la época de oro del Cine Mexicano, protagonista de más de sesenta películas y gran intérprete de la música ranchera.

Su presentación se realizó en el entonces campo de béisbol Saltillo, en el terreno que actualmente ocupa la Escuela Secundaria Federico Berrueto Ramón, frente a la Alameda Zaragoza.

El estadio Saltillo tuvo un lleno total, la gente aclamaba a Pedro Infante y pese a que su intervención había terminado, sus seguidores pedían más canciones, y el ídolo del pueblo los complacía, tanto así que decidió organizar una pequeña callejoneada, desde aquel lugar en donde ofreció el concierto hasta el Hotel Arizpe, en la calle Victoria, en donde ya tenía su habitación reservada.

Pedro Infante y los ambientados saltillenses se fueron caminando al ritmo de *Amorcito Corazón*, *El Gavilán Po-*

llero y *Nohecitas Mexicanas*, acompañando en el canto al gran actor mexicano.

Al llegar al Hotel Arizpe, Pedro Infante ingresó a su habitación y salió al balcón que da a la calle Victoria para cantar la última canción a sus seguidores, después se dispuso a descansar, pero le fue imposible, el tumulto seguía pidiendo que saliera y cantara más. Los gritos y el alboroto no dejaron que Infante conciliara el sueño, por lo que, apoyado por algún saltillense, salió por la parte de atrás de aquel lugar y fue a dar al terreno que ahora ocupa el estacionamiento San Esteban, y de ahí observó el Hotel Hidalgo, por lo que decidió rentar una habitación para poder pernoctar, y para sorpresa del vigilante del lugar, era el mismísimo Pedro Infante quien entraba y le solicitaba discreción para evitar aquel tumulto.

El soldado fusilado

Entre las tantas leyendas e historias que ha albergado el Hotel Hidalgo en sus más de doscientos años, don Oscar Esquivel cuenta que, durante la época de la Revolución Mexicana, un soldado fue fusilado en la parte trasera del Hotel, además de que hay quien dice que el espíritu de este hombre aún ronda por las instalaciones del recinto.

A decir de Oscar, en este lugar dormían los altos mandos del ejército que combatía durante la etapa revolucionaria, mientras que los soldados acampaban detrás del Hotel Hidalgo, en una zona llena de huizaches.

Además de esta, más apariciones se asegura que suceden en el hotel, pues hay quien afirma que el espíritu de

una niña que sufriera un accidente en este lugar aún ronda por los pasillos y las habitaciones.

De igual forma cuentan de una mujer vestida de blanco, de quien no se tiene dato alguno sobre el porqué visita este lugar.

Toreros y políticos también estuvieron aquí

Pero ahí no termina la historia, pues Oscar Esquivel afirma que tanto toreros como sus acompañantes, y algunos políticos pernoctaron en alguna ocasión en este sitio.

La razón es lógica, pues en el sitio que ahora ocupa el Mercado Juárez de Saltillo, anteriormente existió la primera plaza de toros de la ciudad, por lo que era común que el saltillense Fermín Espinosa “Armillita” invitara frecuentemente a sus compañeros a presentarse aquí.

Además, se cree que también durmieron en este lugar los acompañantes del presidente Benito Juárez, cuando este estuvo durante varias semanas en Saltillo, así como otros políticos a lo largo del tiempo.

Otra de las visitantes recordadas es “La doña” María Félix, quien visitaba asiduamente a un pedicurista que se instaló en un consultorio que se encontraba en el Hotel Hidalgo.

Don Polo Canales, el niño que visitaba el hotel

Hace algunos ayeres, un niño estudiante del Colegio Zaragoza —de donde salían puro “muy acá”, dice Oscar Esquivel— visitaba cada tarde las instalaciones del Hotel Hi-

dalgo, no entraba, pero se quedaba atónito al admirarlo mientras vendía los quesos que su abuelo fabricaba.

Desde ese entonces Polo Canales quedó maravillado con el Hotel Hidalgo, por lo que apenas tuvo la oportunidad de adquirirlo lo hizo manteniendo su esencia.

Oscar Esquivel describe a Polo Canales como “gente de pueblo”, una persona muy sencilla y carismática, que siempre tiene algo que contar, “luchón y trabajador”.

Además, asegura que, pese a que la competencia hotelera cada vez es más grande en Saltillo, jamás ha hablado de cerrar el hotel que ha hecho crecer en el Centro Histórico de Saltillo.

“Nosotros hemos estado trabajando constantemente para mantener en buenas condiciones el lugar y que siga hacia delante, don Leopoldo quiere seguir y conservar este lugar, él es una persona muy inteligente, muy activa”, finaliza don Oscar.

En el 2022 falleció don Polo Canales, pero el Hotel Hidalgo continúa funcionando.

78. LA TIENDA DE DON SIMÓN: EL OXXO Y EL SEVEN LE HACEN LOS MANDADOS

José Torres Anguiano



La tienda, ubicada en Abasolo y De la Fuente, ha permanecido abierta por más de setenta y cinco años, atendida primero por don Simón García y después por su hija Lupita.

La tienda de don Simón es un ícono de la calle Abasolo, del Centro Histórico y de Saltillo. Es de las pocas tiendas de antaño que aún existen en la ciudad, de esas que reciben con un gran mostrador de madera tosca, y altos estantes llenos de abarrotes.

El negocio fue fundado por don Simón García Dávila, el 7 de junio de 1943, y desde entonces, hasta la fecha, no ha cerrado nunca sus puertas, pese a que cerca de ahí han sido abiertos diferentes tiendas de conveniencia. Abrieron cuatro tiendas Oxxo, una en Abasolo y Zarco, otra en Abasolo y Castelar, una más, la más nueva, en De la Fuente y Matamoros, y una justo enfrente de don Simón, en contra esquina, pero ni estar flanqueado por tantas tiendas de esta gran cadena hizo que la tradicional tienda ce-

rrara, es más, la de don Simón provocó que el Oxxo que se instaló enfrente no tuviera las ventas esperadas, y a los pocos años terminara por cerrar. Sí, como la historia de David contra Goliat.

Los clientes de don Simón no se fueron al Oxxo, ni se han ido a los que están a solo unas cuadas de la tienda, porque aseguran, de viva voz, que aquellas tiendas son caras y, sobre todo, no reciben la misma atención que en esta tienda de la esquina.

La historia comenzó cuando Simón le dijo a su padre que tenía pensado casarse, a lo que este le contestó que entonces era momento de formar su patrimonio, y que debería tener algo que ofrecerle a su esposa, y entonces le regalo una casona en la calle Abasolo esquina con De la Fuente.

Como su papá ya tenía una tienda en Zarco y Leona Vicario, Simón decidió emprender un negocio del mismo giro en este nuevo punto, que entonces estaba casi en las orillas de Saltillo.

Después contrajo nupcias con María de la Luz Gil Cortés, en 1945, con quien procreó ocho hijos: José Luis, Luis María, Carlos Javier, Guadalupe del Rosario, Teresa del Carmen, Hilda Cristina, María de los Dolores y Ana Laura.

Fue Guadalupe del Rosario “Lupita”, quien contó a *El Heraldo de Saltillo* la historia de esta emblemática tienda.

“Mi papá empezó como todos, poco a poquito, y luego creció bastante, tenía clientes en los ranchos, surtía sus despensas a muchas personas, incluso a tienditas de los ranchos, como Agua Nueva, Santa Teresa de los Mucha-

chos, Jamé, Escobedo, Los Lirios y Las Boquillas, Nuevo León”.

“Con varios de sus clientes hizo una amistad tan estrecha que se hicieron compadres, y papá les bautizó a sus muchachitos. Esa época fue muy buena, de mucho trabajo, nosotros estábamos chiquillos y le entrábamos”.

Lupita García recordó aquella vez que un Oxxo se puso enfrente de la tienda, donde ahora se encuentra una tienda de instrumentos musicales, y que en aquella ocasión no faltó quien le dijera a don Simón que ya le había llegado la hora a su tienda y tenía que cerrar, por la competencia que una cadena de ese tipo le representaba.

“A papá no le preocupó, decía que trabajando honestamente para todos sale el sol... el Oxxo duró poco, unos cuatro o cinco años, de repente se llevaron las cosas”, dice.

“Tenemos Oxxos por los cuatro lados, pero no nos han bajado a la clientela. Nosotros tenemos mejores precios que ellos, aunque me molesto con los proveedores porque tienen cierta preferencia con ellos”, dijo al referirse a productos que venden exclusivamente en esta cadena.

Pero el mantener a su clientela va más allá de los buenos precios, pues más que una tienda, este negocio pareciera ser un lugar para relajarse. Los clientes llegan y doña Lupita los atiende a cada uno por su nombre, es más, hasta sabe lo que van a comprar. Con casi todos los que llegan, Lupita mantiene una plática, algunas breves, pero otras tendidas. Les pregunta por su salud, o por algunos familiares, eso sí, a todos los escucha, pero a ninguno le cuenta cosas de otro. La mayoría tiene su cuenta particular, les fía, anota en una libretita con puño y letra cada cosa

que compran y cuando van a pagarle echa matemáticas y saca el total.

En la tienda hay casi de todo, no ha perdido esa esencia que distinguía a las tiendas de barrio. Pero un dato muy curioso es que cuando don Simón aún vivía y estaba al frente de la tienda, no vendía nada de comida chatarra. Pese a que los niños de la escuela Centenario llegaban a buscar las papas fritas, él se mantenía en que no vendería eso.

Su hija Lupita dice que, aunque la tienda se llame don Simón, es imposible hablar de la historia sin mencionar a su mamá, doña María de la Luz, quien por años atendió junto a su esposo la tienda. Ambos fueron quienes mantuvieron y sacaron adelante el negocio.

Cuando ellos atendían, la tienda abría a las 5:30 de la mañana, cerraba a la 1:00 de la tarde para ir a comer, y regresaba a las 3:00 de la tarde, para luego cerrar a las 8:00 de la noche. Aunque un día le tomaron la medida a don Simón, pues los amantes de lo ajeno se dieron cuenta de que abría temprano, y en dos ocasiones lo asaltaron a primera hora.

Ahora la tienda abre de 6:30 de la mañana a 9:00 de la noche, y cierra de 2:00 a 4:00 de la tarde para comer, de lunes a sábado, porque los domingos no se abre. Eso les enseñó don Simón, que ese día había que dedicárselo a Dios, para darle gracias por las bendiciones recibidas por la semana, por la familia y por la prosperidad del negocio.

Don Simón se retiró en contra de su voluntad. Luego de una época próspera, su esposa se enfermó y fue decaendo, hasta que falleció; la tienda se vino abajo al faltarle uno de sus pilares, pero él la mantuvo, tenía poquitas co-

sas, pero las suficientes para no perder a sus clientes. En septiembre del 2000 se cayó y se fracturó la cadera, le pusieron una prótesis que le impidió caminar.

“En una ocasión que me tocó quedarme con él yo lo veía muy triste, le dije: ¿te sientes mal?, pero él me dijo que no, que él lo que quería era que atendieran su tienda, era su preocupación, porque en esos días que él estuvo en el hospital la tienda estuvo cerrada, y yo le dije que nombrara a un responsable, y que me nombra a mí. Me comprometió”, asegura su hija Lupita, por lo que cuando don Simón falleció, ella se quedó al frente del negocio.

Lupita acepta que ha habido momentos en los que ha pensado en cerrar, pero la tradición, la amistad con sus clientes y el amor por este negocio la han hecho seguir.

“Sí he pensado en pasarla, pero lo pienso mucho porque mi papá dejó un legado y una reputación de gente trabajadora, trabajamos para vivir, no para hacernos ricos; entonces pues si quiero que la persona que se la quede, llegado el momento, pues siga con el mismo negocio y el buen trato a los clientes”.

A la tienda la visitaron inclusive algunos gobernadores, como Oscar Flores Tapia, quien llegaba a comprar salvado y alimento para los animales que tenía en un rancho; también en alguna ocasión llegó don Eliseo Mendoza y don Eulalio Gutiérrez.

Don Simón fue amable con todos, inclusive con su competencia. Dice Lupita que había una tienda cercana a esta, atendida por don Jesús, y con quien su papá intercambiaba productos cuando le faltaba a uno o al otro.

También recuerda aquellos tiempos en que todo costaba centavos como el pan, que costaba quince centavos y era envuelto en papel estraza; o las galletas que se vendían sin envolturas, y las ponían en un ‘cucurucho’ del mismo papel.

Ahora todo ha cambiado, pero la tienda de don Simón sigue en pie.

“Mi papá era una persona muy honesta, muy trabajadora, dedicada al cien a su familia, a sus hijos y a su negocio; era muy servicial, lo que él podía hacer por ti lo hacía. Tenía muchos amigos”, asegura Lupita García al finalizar la entrevista.

79. ELENA HUERTA, LA GRAN PINTORA SALTILLENSE

Juan José Casas García



“**H**ace días me sorprendió un amigo al que le contaba algo que sucedió hace quince años, qué buena memoria tienes, me dijo, pero resulta que mis recuerdos datan de hace mucho más tiempo, con frecuencia recuerdo pasajes de mis tres o cuatro años”. Así comienzan las memorias de la pintora saltillense Elena Enriqueta Huerta Múzquiz. Sus recuerdos se remontan hacia los primeros años de vida. Borges, por otro lado, diría en alguna de sus obras que solo una persona tuvo el derecho de pronunciar ese verbo sagrado, Ireneo Funes. Sea como fuere —y arrebatando el verbo recordar a Funes el memorioso— la verdad es que las memorias de Huerta cumplen una doble función y es ahí donde radica su riqueza: es a la vez un viaje por su vida personal, pero también un testimonio de las formas de convivencia social en México es lo que se llama historia de la vida cotidiana. En ese sentido, la vida de Elena, y sobre todo sus narraciones, podrían ser descritas como una verdadera fuente de la historia.

Elena Huerta nació en Saltillo el 15 de julio de 1908. De sus primeros recuerdos se desprenden dos hechos intere-

santes: el primero es una memoria de un hombre al cual apodaban “pata coja” por haber perdido la pierna y utilizar una de palo, el segundo sobre la Revolución. En el primero, “pata coja” trabajaba y al regresar a casa su pata de palo resonaba entre las calles. Lo que es interesante destacar es el cuento de la madre, “un día te llevará”, le dijo a Elenita. Es destacable cómo los padres inventan historias para disciplinar a los hijos con personajes de la vida diaria de una ciudad, pintándolos como antagonistas de la vida personal (a mí me dijeron que me llevaría el ropavejero).

No son nuevas entonces este tipo de historias ni este tipo de personajes, normalmente rechazados por la sociedad, que deambulan por las calles angostas de piedra bola como las describió Huerta en una ciudad limpia y bella: “en el ambiente limpio, lavadito y transparente después de la lluvia, me parecía preciosa mi ciudad”, una ciudad con agua que bajaba por esas calles de tierra rojiza con un color chocolate. Se podría describir una ciudad pequeña al norte de México, sin automóviles ni pavimento. Sin embargo, el recuerdo más notable de la niñez de Elena sobre la ciudad de Saltillo es sobre los eventos que giran en torno a la Revolución Mexicana. Su padre andaba “en la bola”, es decir, con los revolucionarios, de modo que escaseaba la comida, pero tenían una servidora del hogar que era tlaxcalteca. Así que para inicios del siglo XX aún había indios tlaxcaltecas en la ciudad, aunque Huerta no comenta si hablaba náhuatl. No había mucho alimento, su padre estaba contra los federales porfiristas. De ello se destacan dos situaciones, Elena cuenta que el alimento llegaba desde el campo de batalla directamente a su casa, en otras palabras, algunos revolucionarios podían recolectar comida

y enviarla en sacos hasta las ciudades donde se encontraba su familia. Eran enviados por ayudantes acompañados de cartas que contaban la situación de la guerra. Lo segundo es que la familia Huerta, además de contar con un líder revolucionario en las filas de Carranza, eran también adeptos al movimiento, como seguramente lo fueron varias familias de la ciudad.

Relata Elena que eran tiempos de guerra y que ella jugaba con palos junto a sus compañeros a simular las batallas. Los palos eran rifles y caballos. En alguna ocasión oficiales del ejército federal catearon su casa en busca de armas, Elenita les dijo dónde estaban, su madre se asustó y la pequeña niña los llevó junto a los palos, el asunto no pasó a mayores. No obstante, Huerta señala que en realidad sí tenían rifles para los revolucionarios que guardaban en la casa de su abuela, de ahí que su madre se asustara. El último recuerdo de Elenita es el desfile de hombres barbudos, sucios y a caballo que entraron a Saltillo, “es la revolución triunfante”, le dijo su padre que se encontraba entre los hombres ecuestres.

Al ser Venustiano Carranza presidente de México, el padre de Elena, Adolfo Huerta, fue ascendido al grado de general y jefe de armas de la ciudad de Saltillo. Tenían buena relación y Elenita recordó que, en algún momento de la presidencia, Carranza fue a cenar a su casa que se encontraba frente a la Alameda. Estudio en la Escuela Anexa a la Normal, al lado de su casa.

De la ciudad de Saltillo también destaca el desfile que se organizaba para conmemorar la Independencia con los alumnos de las primarias y del Ateneo, vestidos como alemanes o porfiristas según la visión de Elena. El ambien-

te de México era de guerra, la guerra que es el pasatiempo favorito del ser humano. La presidencia de Carranza fue contemporánea de la Primera Guerra mundial, Elenita hace ver que los juguetes de su hermano eran, precisamente, los ejércitos de la llamada Gran Guerra.

Elena y su familia abandonarían Saltillo cuando Villa tomó la ciudad de Torreón, ya que en aquella ciudad Villa vejó a las familias carrancistas. Huyeron a la ciudad de Laredo. Al regresar después de un tiempo, su padre debía entregar las tropas a Obregón, pero en Piedras Negras cayó enfermo y murió. Elena recuerda que ni ella ni ninguno de sus hermanos vieron a su padre enfermo en cama, su madre les dijo que murió porque vio al general Obregón. Estos recuerdos de la joven Elena nos llevan a observar la atmósfera política en la ciudad de Saltillo, las tensiones locales y el miedo al ser invadidos por un ejército.

Algunas de las actividades sociales y de entretenimiento en Saltillo de aquella época, además de asistir al casino a los bailes (para la gente que se lo podía costear) era pasear por la Alameda y por la Plaza de Armas, pues la Banda del Municipio tocaba todos los jueves y domingos con una puntualidad religiosa. Tiempo después estas veladas se trasladarían a la plaza san Francisco. Estas actividades eran nocturnas y ya existía la luz eléctrica en la ciudad, pero se cortaba a la media noche con lo cual cada casa contaba aún con velas.

Cuando Elena Huerta crece, después de contar algunas otras anécdotas no de igual importancia, pero sí interesantes, llega el período de formación artística. Elena estudió en la primera academia de pintura del estado de Coahuila, que había sido fundada nada más que por

Rubén Herrera (la escuela de Artes Plásticas de la Universidad Autónoma de Coahuila y el museo de arte de la ciudad llevan ahora su nombre). Su familia, excepto su madre, nunca la apoyó. “Decían que, si iba a tener que trabajar, la carrera menos indicada era esa”. Pintaba incluso con pinceles y pintura prestados por sus compañeras de clase. Al graduarse de su carrera tomó clases extra de figura humana vestida con el maestro Rubén Herrera en 1926, no obstante Herrera le comentó “Nenita —como me decían todos en la academia por ser la más pequeña— si va a México y piensa seguir la carrera, vaya a San Carlos, la academia de pintura y estudie el desnudo, pues es fundamental conocer la figura humana”. El año siguiente Elena Huerta viajaría a la ciudad de México con diecinueve años, viajando en el tren Águila Azteca, el más rápido de su tiempo. Tardó veinticuatro horas en llegar.

Al igual que en Saltillo, las memorias de Elena Huerta sobre la Ciudad de México son de una importancia histórica. A la par que relata su vida, se vislumbra el México político y social posrevolucionario. Sus primeros trabajos fueron de telefonista (aunque tiempo después también trabajaría como maestra de dibujo en la SEP), Elena debía trabajar para costearse la vida en la capital y fue en ese momento, alejada de Saltillo, cuando conoció la realidad de su país: “en aquel tiempo era muy raro y muy mal visto que las mujeres de clase media trabajasen, incluso un primo, a raíz de mi ingreso a Teléfonos, impidió que sus hermanas me siguieran invitando”.

Más adelante en sus memorias Elena describe otra forma más de machismo, algunas de las mujeres de la compañía debían ser “consecuentes” con sus jefes, de lo contra-

rio eran despedidas. El sindicato, por su parte, no ayudaba a las mujeres. Elena no solo vivió la violencia del machismo en México, sino también el nulo apoyo del sindicato que suponía debía protegerla a ella y a sus compañeras y compañeros, además de la persecución política. Es por esta razón que Elena Huerta abrazó el socialismo como movimiento de emancipación del trabajador y vio con buenos ojos, “como un vuelo”, el gobierno del general Lázaro Cárdenas.

Ingresó a la Academia de San Carlos para seguir estudiando pintura en 1928. Este hecho, además de su postura ideológica socialista, la llevaron a conocer a las grandes figuras del arte y de la literatura de América Latina. Conoció a Diego Rivera, Tina Modotti, David Alfaro Siqueiros, Rodolfo Usigli, José Revueltas y Pablo Neruda. Además de pintora, Huerta también se incursionó en la literatura escribiendo algunos cuentos y obras de teatro guiñol con contenido social. Cofundó así la Compañía de Teatro Infantil, la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios y formó parte del Taller de Gráfica Popular.

Vivió y visitó el extranjero. Estuvo en Estados Unidos, la URSS, China y Cuba, lugares que le acercaron más al socialismo. Regresó finalmente a México a finales de los 40. Es en esta época que su obra como pintora es realmente conocida. Ella fue muralista, pero en su época (que no se aleja de la nuestra) el machismo no la dejó trabajar, puesto que las obras para murales más importantes se la llevaban los hombres. En su ciudad natal fue por fin contratada para decorar la Universidad Antonio Narro y el Tecnológico de Saltillo. Fue además profesora en Saltillo y Monterrey —existe incluso una escuela primaria con

su nombre en esta ciudad, pero no una calle o avenida importante en su ciudad natal—. Fue contratada en 1972 por el presidente municipal de Saltillo, Luis Horacio Salinas, para que pintase la Presidencia Municipal (hoy Centro Cultural Vito Alessio Robles). La obra se terminó en 1975 para conmemorar los cuatrocientos años de la ciudad. Se trata del mural más grande pintado por una mujer en México, que plasma un periplo por más de 400 años de historia de Saltillo en más de cuatrocientos metros cuadrados.

Alberto Híjar Serrano, quien presenta sus memorias, argumenta que “Elena Huerta no es una artista en el sentido habitual del término, porque es mucho más: escribe, pinta, graba, agita, organiza, es más bien una trabajadora de la cultura socialista que se distingue por su sencillez y su eficacia”. Sus memorias publicadas por el Gobierno del estado de Coahuila en 1999 y editadas, entre otros por Híjar Serrano y Julian Herbert, tituladas *El círculo que se cierra*, son un testimonio de su vida y del devenir histórico de Saltillo y de México.

Los recuerdos de Elena Huerta terminan en 1997, año de su muerte. Elena recordó y recordó bien, del verbo en latín *recordis*, que quiere decir volver a pasar por el corazón.

80. UNA VOCACIÓN DE SERVICIO: JESÚS MARÍA ECHEVERRÍA Y AGUIRRE

Tamara Nazareth Medrano Flores



“Nadie que haya aliviado el peso de sus semejantes habrá fracasado en este mundo” es una frase de Charles Dickens, la cual nos recuerda que son pocas las personas que han dado su ayuda al prójimo y por lo tanto no debemos olvidar su memoria.

Fue el 6 de julio de 1858 en San Pedro de Bacubirito, Sinaloa que nace Jesús María Echeverría y Aguirre, hijo de don Ignacio Echeverría Yáñez y doña María del Refugio Aguirre Rochin. Siendo el mayor de doce hijos se distinguió por su capacidad para escuchar y por su gran empatía con el pueblo. Sus padres apoyaron el camino que decidió seguir, por lo cual ingreso al seminario de Culiacán, Sinaloa, destacando por su entrega al estudio.

El seminarista Jesús María recibió su ordenación sacerdotal de manos del excelentísimo Sr. don Jesús María Uriarte Pérez, el día 28 de octubre de 1886 en la catedral de Culiacán, Sinaloa. El viernes 16 de septiembre de 1904, el romano pontífice Pío X nombra al presbítero Jesús María Echeverría y Aguirre, tercer obispo de la Diócesis de

Saltillo, tomando posesión de ella el 27 de marzo de 1905. “La vida para el trabajo, el descanso para la eternidad” son palabras que escribió y describen la personalidad de Jesús María Echeverría, pues dedicó gran parte de su vida al servicio.

Durante su vida pasó por dos momentos muy importantes en la historia mexicana, uno fue la Revolución y el segundo la Guerra Cristera, períodos donde su labor pastoral se vio interrumpida al ser exiliado. Fue un obispo revolucionario, su principal enemigo fue el gobierno, ya que Jesús María Echeverría fue más allá de cumplir con lo establecido por la religión. Se preocupó por los más desfavorecidos, al grado de buscar empresas para que migrantes y gente sin empleo pudiera trabajar; siendo CINS A una de las fábricas que más apoyo brindó.

Para ayudar con refugio compró un terreno en Lomas de Lourdes y creó veinticinco casas que fueron dadas a familias sin hogar. Cada ocho días después de celebrar misa iba a la cárcel, donde daba catequesis y repartía comunión. Jesús María mostró una gran preocupación por sus fieles sin importar edad o clase social.

En 1920 funda una escuela convertida hoy en el Colegio Nicolás Bravo de Saltillo y 1923 el Instituto de Hermanas Catequistas Guadalupanas. El Siervo de Dios falleció el 5 de abril de 1954 a las 15:22 horas. Sus restos descansan en la cripta de la Catedral de Saltillo, Coahuila.

Canonización y presuntos milagro

Jesús María Echeverría representa para los Saltillenses un gran modelo de cristiandad, devoción y entrega, por lo

cual una gran cantidad de personas se han encomendado a él. Las hermanas catequistas guadalupanas se han encargado de impulsar su proceso de beatificación, dando a conocer los favores y presuntos milagros en lo que ha intercedido Jesús María Echeverría.

Uno de los casos que ha sido estudiado por el Vaticano, es el del doctor Alberto Mario de la Peña Rebonato el cual padecía gangrena gaseosa. Los médicos le dijeron que esta enfermedad era incurable y estuvo veintidós días en el Hospital Muguerza. Al afirmar que no se podía hacer nada, lo dieron de alta. Familiares y amigos encomendaron su salud a Jesús María Echavarría y días después su estado mejoró a tal grado de llegar a estar totalmente sano.

El 5 agosto de 2016, Benita Treviño Guevara se sometió a una cirugía de histerectomía abdominal, en la cual por error y descuido le lastimaron la vejiga provocando gran dolor. Fue necesario poner una sonda, comprobando con rayos x y ultrasonido que la única solución era operar. Acompañada de familiares empezó a hacer oración al obispo Jesús María Echeverría, pidiendo por su pronta recuperación. El 6 de septiembre del 2016 le hicieron un estudio riguroso que se llama cistografía retrógrada para determinar el daño. Los resultados mostraban que no había ningún problema, lo cual desconcertó a los médicos al no encontrar explicación médica.

Son grandes e importantes los logros que se han tenido dentro del procedimiento de canonización de Jesús María Echeverría. El catolicismo no da el título de Santo a diestra y siniestra como se podría creer, para esto se tiene que llevar un estudio minucioso. Dentro de este proceso Jesús María Echeverría ha ganado el OP título de Siervo

de Dios y a partir del 7 de febrero de 2014 la Santa Sede le otorgó el grado de venerable. Este decreto se leyó el 28 de octubre de 2015. Los fieles están en espera para que pronto sea llamado Beato y posteriormente Santo. Jesús María Echeverría fue una persona con una vida y vocación extraordinaria que ha dejado huella en la historia a través de sus obras.

81. UN GRAN OBISPO, DON FRANCISCO VILLALOBOS PADILLA

Diócesis de Saltillo



Días después de cumplir ciento un años, monseñor Francisco Villalobos Padilla falleció víctima de COVID-19 el 3 de febrero de 2022. Nacido en Guadalajara el 1 de febrero de 1921, el obispo emérito de Saltillo tuvo una provechosa y productiva vida que lo convirtió en uno de los personajes más emblemáticos de la ciudad.

Fue parte de una familia de trece hermanos. A sus papás los recordaba siempre como auténticos cristianos, sinceros, respetuosos de la dignidad cristiana del matrimonio, quienes fueron un ejemplo en sus compromisos sociales, políticos, económicos y en su participación en la vida religiosa. A los hijos los impulsaron a vivir la fraternidad familiar y los valores religiosos. La mayor de todos los hermanos entró a la vida religiosa en la Congregación de las Hermanas Reparadoras; y el mayor de los varones fue sacerdote jesuita y fundó una importante universidad que los jesuitas tienen en Guadalajara, el ITESO. Otro de sus hermanos fue Religioso Marista. Los demás hermanos que permanecieron en el mundo fueron auténti-

cos cristianos, prácticos. Solamente vive, además del señor obispo, su hermana más chica que es soltera.

En el seminario de Guadalajara inició su formación sacerdotal. Un sacerdote que influyó mucho en su vida fue el padre José Salazar López. Lo fue guiando toda su vida hasta que se vino a Saltillo. Al entrar al seminario menor lo tuvo como prefecto de disciplina, luego, como prefecto de estudios y como rector de todo el seminario. Mons. Villalobos lo recuerda como un hombre muy recto en sus criterios, con la debida exigencia a las normas fundamentales de la formación sacerdotal. Fue quien impulsó al padre Villalobos a que aceptara su designación como obispo de Saltillo.

Después de sus estudios en el Seminario de Guadalajara, su formación sacerdotal la continuó en Roma en el Colegio Pío Latinoamericano; hizo una especialidad en Historia de la Iglesia, sobre la que después dio cátedra en el Seminario de Guadalajara. Fue ordenado sacerdote en la misma ciudad eterna el 2 de abril de 1949.

Al regresar a Guadalajara el arzobispo de entonces, don José Garibi Rivera, quien después sería el primer cardenal mexicano, lo nombró prefecto del seminario menor. Posteriormente, pasó a ser responsable del Instituto de Vocaciones Adultas, es decir, un seminario para los jóvenes que ingresaban ya mayores. Después fue prefecto de teólogos, o sea, de los seminaristas que estaban en sus últimos años de formación, ya próximo al sacerdocio. Por fin fue rector del seminario. Al mismo tiempo era maestro de Historia de la Iglesia. Le tocó acompañar en su formación a muchos jóvenes, primero cuando iniciaban su formación y después a los mismos ya cercanos al sacerdo-

cio. Algunos de ellos actualmente son obispos en diversas diócesis de México; así que fue formador de obispos.

En esos años también fue a hacer una especialización en liturgia a Colombia al Instituto fundado por los obispos para América Latina.

Estuvo más de setenta años en el ministerio sacerdotal y cincuenta de obispo. Los primeros veintidós años estuvo en su diócesis de origen, Guadalajara. El resto en Saltillo, la mayor parte de su sacerdocio: cuatro como obispo auxiliar, veinticinco y medio al frente de la diócesis, y más de veinte desde la aceptación de su renuncia, que fue poco antes de llegar a los 80 de edad. Mons. Francisco Villalobos siempre se sintió de Saltillo.

Siendo rector del seminario le sorprendió su nombramiento como obispo auxiliar de Saltillo. No se animaba a aceptar, pero el mismo sacerdote que lo había acompañado en sus años de formación y después en su trabajo en el seminario, era ya su obispo, el cardenal José Salazar, y lo motivó a aceptar. Decía Mons. Villalobos que entonces recordó lo que dice el profeta Isaías:

“Mis planes no son sus planes, sus caminos no son mis caminos” (Is 55,8), “Yo estaré contigo en todo lo que emprendas” (2Sam 7, 9), “No temas, que yo estoy contigo; no te angusties que yo soy tu Dios: te fortalezco y te auxilio y te sostengo con mi diestra victoriosa [...] Yo, el Señor, tu Dios, te agarro de la diestra, y te digo: No temas, yo mismo te auxilio” (Is 41, 10).

El mismo Mons. Villalobos platicaba que, en 1970, un año antes de su nombramiento como obispo, fue a Linares a una misión con los seminaristas de Guadalajara. De regreso pasaron por Saltillo y uno de los seminaristas le insinuó que se detuvieran a conocer. Él le respondió: “No hay nada en Saltillo que me interese”. Hay también otro detalle. Cuando iba a ser el nombramiento del nuevo obispo auxiliar algunos sacerdotes y laicos platicaron con el secretario de la Delegación Apostólica (ahora Nunciatura Apostólica) y en el perfil del nuevo obispo pedían un obispo con buena salud. Fue para ellos una gran desilusión su nombramiento, porque sabían que el padre Villalobos siempre había sido de mala salud.

Mons. Villalobos siempre fue muy respetuoso de las personas, especialmente cuando como superior, le tocaba tratar con sujetos problemáticos.

Todos los obispos tienen un escudo y un lema. El de Mons. Villalobos fue “*in vineam Domini*”, que significa, “enviado a la viña del Señor” (Is 5, 1-7; Mt 20, 1; 21,28ss). Fue un obispo que se ha acercado a la viña, a todas las personas. O como dijera el papa Francisco: pastor con olor a oveja, estar adelante, atrás y en medio de todo el pueblo de Dios.

Cuando era obispo auxiliar, el obispo don **Luis Guízar Barragán** le dio amplia libertad para actuar. Ellos dos tenían una relación franca, cordial. Tenían un amplio diálogo. “Reconozco, dice Mons. Villalobos, en Mons. Guízar, a mi maestro en el papel de ser obispo”.

Desde el principio empezó a **visitar todas las parroquias**; fue a muchos barrios, a posadas de barrio, a barrios donde rezaban los cuarenta y seis rosarios. Cada seis me-

ses visitaba durante **una quincena** cada una de las **vica-rías o regiones de la diócesis**, fronteriza, carbonífera, siderúrgica, visitando, conociendo a todos, animando, dando orientaciones. Se hospedaba en el lugar que cada párroco le asignaba, en la misma parroquia, en casa particular o de religiosas. Y siempre tenía una reunión con los sacerdotes de la región, además de la plática particular con cada uno. Iba a comer al sitio que le asignaba el párroco.

Se empeñó en lograr la corresponsabilidad de todos los presbíteros, laicos y religiosos. Cuando él llegó hacía seis años que había terminado el **Concilio** y se esforzó en que se conociera, se realizó una difusión en gran escala.

Tuvo muchos encuentros y diálogos con los grupos de laicos algunos de la propia parroquia, o de algún movimiento, como Acción Católica, Cursillos de Cristiandad, Movimiento Familiar Cristiano, Jornadas de Vida Cristiana, Caballeros de Colón, Equipos de Acción Social, Encuentro Matrimonial, Renovación en el Espíritu Santo, Regnum Christi, etc. A todos los movimientos los impulsó al apostolado, pero les insistió siempre que los movimientos no son en sí mismos la Iglesia, que lo central era sentirse Pueblo de Dios e integrarse con todos. Que antes de la camiseta del movimiento y por encima de él estaba el “ser Iglesia”.

En su tiempo se amplió la preparación al matrimonio, que antes consistía solamente en cinco charlas. Estableció un curso de cuatro domingos, obligatorio para todos los aspirantes al matrimonio, que ha sido de mucho provecho y, además, muy gustado por los novios. Quienes llegan a fuerza, el cuarto domingo ya no se querían ir.

Todos los días solía irse a caminar desde su casa a la Alameda. Muchísimas personas se le acercaron para alguna consulta, algún asunto personal o simplemente para saludarlo. Fue una ocasión para ayudar a muchísimas personas.

Fue muy cercano a los sacerdotes, la puerta de su oficina siempre estaba abierta y todos llegaban con confianza. Estableció que cada año hubiera cuatro reuniones de todo el presbiterio. Se realizaban sucesivamente en cada una de las vicarías o regiones de la diócesis, y los padres convivían y eran atendidos con mucho gusto por los laicos en cuyas casas también se hospedaban. Además de estas cuatro reuniones, una vez al año se reunían durante una semana para un retiro espiritual o Ejercicios Espirituales en la ciudad de Saltillo.

Durante el episcopado de Mons. Villalobos creció significativamente el número de sacerdotes. En 1998 fueron ordenados dieciocho nuevos sacerdotes. En total ordenó ciento tres para la diócesis y unos pocos religiosos.

Como todo obispo puso especial empeño en el Seminario. En el Seminario menor, gracias a su empeño, se construyó un auditorio.

Después, por indicaciones de Roma se inició el Seminario mayor. Mons. Villalobos encargó al padre Humberto González que formara un patronato para obtener los fondos necesarios y poder construir un edificio apropiado. El padre invitó a un selecto grupo de laicos, quedó al frente como presidente, don Isidro López del Bosque. Además, se promocionó una campaña, a nivel diocesano, para crear conciencia entre todos los fieles de lo que se estaba haciendo; que comprendieran que era asunto de toda la

diócesis y, por lo tanto, que los recursos, los donativos, vieran de todo el Pueblo de Dios; y así el seminario fuera obra de todo el pueblo de Dios. La construcción se terminó en cuatro años. En 1996 se colocó la primera piedra, en 1998 Mons. Villalobos bendijo los edificios de la facultad de filosofía y en el año 2000 los edificios para la facultad de teología, la capilla y el auditorio, que fueron bendecidos por el mismo.

Durante su obispado se crearon Caritas y el Banco de alimentos de Saltillo. También tuvo gran interés y apoyo a los migrantes. En su tiempo se crearon las primeras casas de migrantes en Ciudad Acuña y Piedras Negras.

El crecimiento de la población hizo necesaria la creación de más parroquias. Cuando tomó la diócesis a su cargo, en Saltillo había solamente cuatro parroquias, para 1999, cuando se le aceptó su renuncia, eran veintisiete. Durante todo su mandato se crearon treinta y seis nuevas parroquias.

Se empeñó mucho en su relación con medios de comunicación, prensa, radio, televisión. Cada semana se tenía en el obispado una rueda de prensa, que a veces presidía el sacerdote responsable y él mismo en otras ocasiones.

Los obispos mexicanos lo eligieron para participar en 1979 en la Tercera Conferencia del Episcopado Latinoamericano en Puebla cuando vino por primera vez el papa Juan Pablo II, recién elegido. En 1984 también por elección, asistió en Roma al Sínodo de los obispos sobre la Reconciliación y la Penitencia. De los noventa obispos mexicanos que había entonces, solamente asistieron cuatro.

El 27 de octubre de 1991 celebró los cien años de la erección de la diócesis con una misa en el estadio de béis-

bol que estuvo totalmente lleno. Vinieron los sacerdotes y fieles de toda la diócesis.

Las distancias y el aumento de la población hacían necesaria la creación de una nueva diócesis en el norte del estado. En preparación a eso instituyó un Seminario menor auxiliar. Hizo todos los estudios y los trámites para esta nueva diócesis, todo estaba listo cuando le aceptaron su renuncia, ya no le tocó que se realizara en su tiempo.

Con motivo de la Navidad, cada año preparaba un nacimiento con distintos motivos bíblicos. Acudía mucha gente a su casa para verlo, él mismo se lo explicaba y esto era una catequesis, y también una ocasión muy propicia para estar en contacto con su pueblo.

Mons. Villalobos comentaba:

“En todo lo que realicé la idea central y el propósito siempre fue crear la Iglesia, pueblo de Dios. Una, santa, católica, apostólica. La iglesia que se realiza y se hace presente en una iglesia particular alrededor del obispo. Ese fue el fondo de mi homilía en mi toma de posesión como obispo de Saltillo”.

“La Iglesia diocesana, como Iglesia particular, en fraterna comunión con las demás Iglesias locales, en especial con la que en Roma preside la catolicidad y garantiza la fidelidad a Cristo y a su Evangelio, debe hacer presente el misterio de salvación en carne propia [...] Comunidad diocesana, que fermenta nuestra sociedad civil y sus estructuras temporales, en las ciudades, en los poblados y en los campos, pues el dinamismo de la fe debe transformarnos en coautores de una historia de salvación”.

Siempre insistía: “somos familia de Dios... esta familia se hace presente en una Iglesia particular”. Lo repetía en mis homilías, con los grupos parroquiales que visitaba, con los religiosos y religiosas, con los movimientos, en mis encuentros con nuestros sacerdotes, en las reuniones de presbiterio, en nuestros ejercicios espirituales. Por lo mismo, traté de crear la comunidad sacerdotal.

Cuando el papa le aceptó la renuncia dejó de seguir celebrando en Catedral su misa diaria porque es la iglesia del obispo diocesano, lo hacía en la Capilla del Santo Cristo.

Además de los cien años de la diócesis, le tocó celebrar varios eventos a nivel mundial o continental. En 1992 fueron los quinientos años del inicio de la evangelización en América, que se preparó con el novenario de años.

También le tocó celebrar el Año santo en 1975 y el Año Santo de la Redención en 1983. Para este Año Santo el mismo señor obispo hizo una oración que se rezaba todos los días en toda la diócesis. Además, se escribió en un pergamino. En ese año fue a la visita reglamentaria a Roma y en su encuentro con el papa Juan Pablo se la mostró; el papa espontáneamente la firmó, cosa que el Señor obispo no se esperaba. Actualmente, se conserva en la sacristía de catedral. Posteriormente, le tocó la celebración, evento también mundial, del Año Mariano.

Con especial empeño preparó el Gran Jubileo del año 2000; esto se hizo durante tres años, 1997, 1998 y 1999, dedicados a la Santísima Trinidad: 1997 a Cristo, 1998 al Espíritu Santo y 1999 a Dios Padre. Pero ya no le tocó durante ese año estar al frente de la diócesis de Saltillo.

El 24 de diciembre de 1999, con la participación de todos los sacerdotes y fieles de toda la diócesis se inauguró

solemnemente en la Catedral, este Gran Jubileo del año 2000. De repente, seis días después, el 30 de diciembre, mientras visitaba una parroquia en Ciudad Acuña, recibió una llamada del Nuncio, anunciándole que al día siguiente se publicaría la aceptación de su renuncia y el nombramiento del sucesor. Fue una sorpresa, porque el Nuncio le había dicho que primero se haría la erección de la diócesis de Piedras Negras, para la que ya estaba todo listo, y después la sucesión.

El 20 de marzo del año 2000 entregó la diócesis a Mons. Raúl Vera.

Mons. Villalobos reconoció que todo lo que realizado ha sido obra de Dios, como dice el evangelio: “Sin mí no pueden hacer nada” (Jn 15,5). “Hubo muchos que nos precedieron, yo no vine a plantar la fe en Coahuila”. Recordaba también que en su homilía de Toma de posesión dijo: “nos estimula a continuar la obra de nuestros padres en la fe, que sembraron hace siglos el Evangelio en estas tierras, la fecundaron con sus anhelos pastorales e hicieron deseable y oportuna la erección de la diócesis de Saltillo”. Repetía muchas veces la frase de un obispo del siglo XII, Bernardo de Chartres: “Somos enanos en hombros de gigantes”.

Al cumplir noventa años se le impuso su nombre a la calle por donde se localiza el Seminario mayor, obra realizada por él. (DIÓCESIS DE SALTILLO).

82. CALLEJONES DE SALTILLO

Tamara Medrano Flores



Nuestra ciudad guarda muchos recuerdos, algunos de los cuales quedaron escritos en papeles importantes, pero otros están resguardados en el imaginario colectivo de sus habitantes. Al recorrer el centro de Saltillo encontramos la Catedral que impacta nuestros ojos con su imponente arquitectura y que decir del famoso Mercado Juárez o la Alameda que son otros de los lugares icónicos que nos rodean. Los callejones que tenemos, aunque son pequeños, tienen y cuentan historias las cuales han pasado de generación en generación. Por esta ocasión hablaremos de dos callejones, “El callejón del truco” y “El callejón de la pulmonía”, relatos que se han resguardado por el testimonio de algunos moradores de nuestra localidad.

El callejón de la pulmonía

Seguramente has pasado por el callejón que está ubicado a un costado de la catedral, a este callejón en el Saltillo del ayer se le conocía como “El callejón de la pulmonía” o “El callejón de las ánimas”. Se nombró así, pues se decía que este lugar propiciaba unas corrientes de aire tan helado, que congelaba hasta los mismos huesos. Algunos habitan-

tes procuraban no pasar por ahí, otros pasaban completamente abrigados y con bufanda, pero también hubo uno que otro desafortunado que se cruzó con la muerte en dicho callejón cuando el impetuoso aire hacía su efecto.

Una de las historias más escuchadas fue la de don Gregorio Flores García ágil esgrimista, capaz de hacer temblar hasta el más duro contrincante. Don Gregorio tuvo el gran infortunio de pasar por ahí y sentir el congelante soplo que circulaba por esta vereda, horas después de su desafortunado encuentro con aquella ventisca sufrió una pulmonía tan radical y tajante que a pocos días falleció!

La gente empezó a tener cuidado y entre la misma sociedad se rumoraba aquel dicho que decía “Donde entre el aire y el sol, no entra el doctor”, pues sin importar la hora, fuera de día o de noche el acechante viento hacía de las suyas. Recuerden queridos lectores “Si una pulmonía no quieren agarrar, el callejón de la pulmonía deben evitar.”

El callejón del truco

Ubicado sobre Ildefonso Vásquez, entre Hidalgo y Bravo, paralelo al callejón de la pulmonía se ubica “El callejón del truco”. Se cuenta que un pastelero de origen francés vendía su mercancía en este lugar. A las doce de la noche y aprovechando a aquellos transeúntes nocturnos, ofrecía sus pasteles y su gran especialidad a la cual llamaba “truco”, su sabor inigualable hizo de estos pasteles un gran éxito, por lo que en corto tiempo se hicieron famosos. Los trucos consistían en una especie de tubos de harina, que

al ponerse al fuego se rellenaban por si solos con una pasta sabor a frutas que gustaba mucho.

Bajo la frase “Pasen marchantes; aquí hay ricos trucos, le damos cinco por un real”, este pastelero invitaba a propios y extraños a comprar su mercancía. Alguna vez un curioso le pregunto al panadero el por qué le llamaba truco a su creación, a lo que el panadero respondió “Le parece poco el truco, de que meta yo un pedazo de harina dentro de la tinaja y resulte lo que usted saborea”.

A raíz de esta respuesta el callejón fue llamado así, pues era una delicia probar “el truco” de un pastelero francés que más que conocido por su acento, era distinguido por endulzar el camino de aquellos amantes nocturnos, despechados o simplemente curiosos.

Se cuenta que el pastelero de los trucos se fue a la Ciudad de México, prometiendo volver algún día, pero en su estadía se dice que fue uno de los ciudadanos franceses, cuyas pérdidas originaron en 1838, la llamada “guerra de los pasteles”.

Caminar por las calles de nuestro centro histórico es una lección de historia que aún nos permite contemplar y conocer cada rincón de nuestra enigmática ciudad.

83. EL TORO VS EL LEÓN

Francisco Tobías Hernández



En esta ocasión te comento sobre un acontecimiento que causó la expectativa de los Saltillenses, cuando ocurrió algo insólito ahí donde está la Alameda, una lucha salvaje, un toro de lidia y un león se enfrentarían cual espectáculo del coliseo romano.

El 13 de marzo de 1898 el Sr. Roberto C. Pate solicitó permiso al Ayuntamiento de Saltillo para realizar una batalla de vida o muerte. Don Roberto expuso que las dos fieras se enfrentaran en su estado salvaje, que lucharán limpiamente y que no serían privados de sus armas naturales.

El empresario expuso que este no era un espectáculo brutal, pues lucharían bajo sus instintos naturales hasta la derrota, es decir la muerte de cualquiera de los combatientes.

El 21 de marzo del mismo año la presidencia municipal de Saltillo otorgó el permiso para realizar dicho evento.

Cuando se llevó a cabo el encuentro, el toro embistió al león, pero este de un salto esquivó la filosa cornamenta. El león miró fijamente al toro, se lanzó al cuello, pero solo alcanzó a dar un acertado zarpazo sobre el rostro del toro. Este bufaba, miraba fijamente al león y dejó ir todo

su ser encima del felino, el cual hábilmente, aprovechando su agilidad y velocidad, esquivo nuevamente al toro que, al tratar de dar la vuelta, es sorprendido por otro zarpa-zo y los filosos colmillos del león se incrustan en su cuello musculoso, asfixiándolo en poco tiempo. Esta es la narración que de generación en generación se transmitió en Saltillo, una lucha por sobrevivir entre dos fieras, un espectáculo del cual solo los saltillenses pueden contar.

84. LA ALAMEDA ZARAGOZA

Francisco Tobías Hernández



En esta ocasión te platico sobre un lugar que indiscutiblemente alberga recuerdos para todos los Saltillenses, me refiero a la Alameda, cuya construcción inicio en 1856, aunque es justo decir que existen registros de que, en 1835, Antonio López de Santa Anna, en su estancia en Saltillo, camino al Álamo, decretó su construcción.

Un lugar lleno de fresnos, nogales, sauces, entre otras especies que, si bien le llamamos Alameda, no hay un solo álamo plantado en ella.

El encargado de realizar los primeros trazos de la Alameda y de plantar aquellos jardines recién nacidos fue don Braulio Flores, mejor conocido como “El Rey Dormido”.

Muchos acontecimientos históricos se han festejado en la Alameda, como lo fue cuando Antonio García Carrillo, Juan Antonio de la Fuente y Andrés S. Viesca celebraron la desocupación de las fuerzas francesas, quienes se aventuraron a profanar con sus plantas nuestro suelo mexicano.

Si bien, como lo mencioné, la construcción de la Alameda inició en 1856, la formalización de esta se dio cuando los Saltillenses recibimos la parte sur en donación la cual fue realizada por doña Adelaida Zepeda de Gonza-

les en 1879, y la parte norte en 1895 fue adquirida a doña Ignacia Farias de Berrenechea y Pedro Berrenechea, quienes la vendieron por tres mil pesos, transacción reconocida por el registro público de la propiedad.

En aquellas fechas, la Alameda estaba dividida en dos secciones, la norte llamada Parque Zaragoza y la sur Porfirio Díaz, cuya segmentación se encontraba marcada por un camino de tranvías de mulas, hasta el 5 de mayo de 1897, fecha en la cual llegó la efigie del general Ignacio Zaragoza en su corcel, llamado “Telégrafo”, monumento del escultor Jesús Contreras, para inmortalizar la victoria de la República sobre el imperio.

El gobernador Gustavo Espinoza Míreles construyó el lago de la República, en el cual estuvo durante un tiempo el monumento a nuestro Poeta Manuel Acuña.

Entre los árboles de la Alameda Zaragoza se encuentra, el Padre de la Patria Miguel Hidalgo cuya estatua llegó en 1953. Para 1957 hace su arribo la representación en bronce del Padre de la Constitución, don Venustiano Carranza y el obelisco a los Niños Héroes. En la alameda, sor Juana Inés de la Cruz declama sus poemas a los saltillenses.

85. DON ARTEMIO DE VALLE ARIZPE

Francisco Tobías Hernández



En esta ocasión te platico de un Saltillense que fue capaz de poner en alto el nombre de Saltillo, me refiero a don Artemio de Valle Arizpe.

Don Artemio vio la luz por primera vez en el lejano año de 1884, hijo de Jesús de Valle y la Sra. María del Refugio Arizpe Rodríguez, sus estudios básicos los cursó en el Colegio de San Juan Nepomuceno con los Jesuitas, para después continuar en el Ateneo Fuente. Posteriormente, estudió Derecho en la ciudad de México.

Fue diplomático de México a partir del año de 1919 en Holanda, Bélgica y España, siendo este último país donde tendría acercamiento con el Archivo de las Indias, quedando enamorado de ese gran tesoro, siendo este archivo fuente de innumerables escritos, libros y novelas escritas por el Saltillense Artemio de Valle Arizpe, pero déjeme comentarle estimada y estimado Saltillense que el Archivo General de las Indias es el resguardo de todos los documentos de la corona española de sus territorios fuera de ese país, incluyendo por supuesto la Nueva España, es un archivo enorme con más de ochenta millones de páginas.

Pues bien, el conocer de cerca este archivo, le permitió a don Artemio de Valle Arizpe adentrarse a la historia del México colonial, logrando en muchas ocasiones mezclar la historia con la realidad y la ficción, por eso no es de sorprendernos que el Instituto Nacional de Antropología e Historia le atribuya la autoría de la leyenda de la Llorona.

Su conocimiento sobre la historia de la ciudad de los palacios y temblores fue motivo por el cual en 1937 fuera nombrado Cronista de la Ciudad de México.

El escritor taurino Guillermo Ernesto Padilla lo describió como “Muy original, muy alto él (sic), con un sombrero redondo, tirando a hongo, a bombín, sus grandes lentes de aros oscuros, su bigote a la Kaiser, cuyas puntas estaban lanzadas hacia arriba”. Hombre de refinadas costumbres, que extrañaba y añoraba tiempos no vividos, quien prefería realizar sus tareas a la vieja usanza, como lo era el evitar, en aquellos años, la moderna máquina de escribir para mejor utilizar su pluma de ave que remojaba de tinta en el tintero.

Hombre culto en las letras, incluso fue integrante de la Academia Mexicana de la Lengua desde 1924. Autor de novelas románticas como *El Ejemplo*, libros de tradiciones como “La muy noble y muy leal Ciudad de México”, textos sobre leyendas como “Historias de vivos y muertos”.

Nuestra hermosa ciudad de Saltillo le rinde reconocimiento con el Instituto de Valle Arizpe, así como con el Restaurante don Artemio, propiedad de Juan Ramón Cárdenas Cantú, y considerado como uno de los mejores en todo México.

Don Artemio de Valle Arizpe fue un Saltillense como muchos que tenemos, y que vale la pena presumir, quien

logró triunfar fuera de nuestra ciudad, colocando el nombre de Saltillo muy en alto, siempre orgulloso de su terruño, pues, cuando le preguntaban de donde era, suspiraba, llenaba sus pulmones de aire para hinchar su pecho y decir: “No es por presumir, pero yo soy de Saltillo”.

86. MUSEO DE LAS AVES: EL SUEÑO DE UN NIÑO QUE SE CONVIRTIÓ EN REALIDAD

Omar Soto



Cuando tenía cinco años, don Aldegundo Garza de León observó en pleno vuelo a un ave conocida como mosquero rojo (*Pyrocephalus rubinus*), por su vivo plumaje de ese color. Sin poder explicarlo a ciencia cierta, en ese momento surgió, como él mismo lo señala, su sueño de convertirse en coleccionista y conocedor de más especies de alados.

Un año después de ese revelador instante, fue su propio padre quien le regaló un pequeño rifle para poder capturar aves, bajo la promesa de que solo dispararía a aquellas que fuera a utilizar para disecar, proceso que perfeccionó años más tarde al ser instruido por el taxidermista Pedro C. Fuentes. Así fue como don Aldegundo inició su colección de aves.

“(A ese niño) le diría que qué bueno, que qué suerte fue de haber visto ese pajarito, porque si no ha sido por ese pajarito a lo mejor no existiría el museo. A mí me han preguntado ‘¿Cómo nació en ti eso? (coleccionar aves)’, no nació en ningún momento, es algo que yo traía adentro

por información genética, porque a lo mejor tuve algún antepasado que era un enamorado de la naturaleza, de las flores o de las aves. De ahí despertó en mi la pasión por las aves”, cuenta don Aldegundo.

Primera exhibición

Ya siendo adulto, cerca de sus treinta años, el ornitólogo decidió abrir las puertas de su hogar para que el público en general conociera las más de mil quinientas aves disecadas que colocó en vitrinas para evitar que el polvo y la luz afectaran su estado. El ambientalista bautizó este espacio de su hogar como “El Salón de las Aves”.

“Yo nunca me he sentido dueño de las aves, ni dueño del museo, porque yo no he construido ni siquiera la pluma de un chilero, eso lo hizo el Creador. Yo las he juntado para que la gente las conozca, para que las vea, para que nos ayuden a cuidarlas, a conservarlas, pero de ninguna manera para que yo piense que yo soy el dueño. ¿Cómo voy a ser el dueño de la naturaleza? Yo simplemente soy un enamorado, alguien que cree mucho en la conservación, que cree que las aves nos pueden enseñar muchísimas cosas en la conducta nuestra”, platicó.

Nuevo León quería su colección para museo

Garza de León recuerda que periódicamente realizaba cápsulas informativas sobre aves para el programa “Reportajes de Alvarado” que se transmite por televisión abierta en Nuevo León. Fue así como, a mediados de 1991, empresarios de aquel estado, propietarios y socios de marcas

como Coca Cola y Grupo Vitro, conocieron y se interesaron por su acervo al grado de que un día llegaron a su casa con la intención de que les cediera su colección para abrir un museo en Monterrey, Nuevo León dedicado a las aves.

Sin embargo, pese a la insistencia de los inversionistas, la intención de don Aldegundo no era en aquel momento fundar un museo y, en caso de hacerlo, aceptaría hacerlo exclusivamente en Saltillo.

“El intento sí lo hicieron, inclusive a través de empresarios de Saltillo, pero el Museo de Saltillo ¡no se va a ir!”, contó.

Nace El Museo de las Aves

El ornitólogo recuerda que, tras la visita de los inversionistas de la entidad vecina, el entonces gobernador de Coahuila, don Eliseo Mendoza Berrueto, se reunió con él para pedirle que aceptara y coordinara la realización de un recinto museístico para mostrar sus aves a la ciudadanía y visitantes.

Tras esta charla, Garza de León comenzó a buscar un predio adecuado para este espacio en la capital coahuilense, hasta que llegó a un inmueble ubicado en la calle Hidalgo 151 de la Zona Centro de Saltillo, mismo que conocía bien, ya que quedaba cerca de donde estudió su primaria.

Luego de que el mandatario estatal hiciera las gestiones para recuperar el inmueble que data del siglo IX y que inicialmente funcionó como el antiguo Colegio de San Juan, ya que antes de arrancar el proyecto estaba bajo la jurisdicción de la federación al fungir como instalaciones

de la Secretaría de la Reforma Agraria, comenzó a materializarse el proyecto del museo.

Las puertas del Museo de las Aves (MUSAVE) se abrieron por primera vez hace casi treinta años, el 15 de noviembre de 1993 y, gracias a donativos, pasó de contar con mil 548 aves disecadas a poco más de tres mil ejemplares, lo que representa el setenta y tres por ciento del total de las especies que habitan en México.

“Para ahorita son poco más de tres mil aves. Ahora ya el museo recibe donaciones muy interesantes, muy bonitas. Un día llegó una señora con un perico amarillo, de los que hablan mucho, y venía a dejarlo aquí porque no lo iba a tirar a la basura. Se llamaba Pancho y dice ‘quiero que aquí se quede en el museo si me lo recibe’. Se disecó y se puso en las vitrinas, la señora venía, traía a sus hijos a que vieran al tal Pancho”.

“Otra vez nos llama una señora que si íbamos a recoger un ave que había caído en su casa. Ella le echó una toalla y lo recogió, pero se había muerto después de que lo tenía en su casa. Fuimos inmediatamente y nos la trajimos, y resultó que era una pequeña garcita del tular, una especie nueva que nunca la había visto yo en el campo. Así han llegado aves muy valiosas al museo”.

Remodelación y niños guía

En noviembre de 2013 el Museo de las Aves cerró temporalmente para remodelar sus instalaciones por completo. Bajo una inversión conjunta entre gobiernos federal, estatal y municipal de dieciséis millones de pesos, se moderni-

zaron sus cinco salas de exhibición para su reapertura el 8 de junio del 2016.

Entre sus adecuaciones, destacan el reacomodo de las aves en vitrinas panorámicas, equipo de sonido de alta calidad, luces que se encienden únicamente al detectar movimiento y pantallas táctiles que incluyen la explicación de cada una de sus áreas. Cabe precisar que durante su recorrido se muestra desde los diversos cantos de las protagonistas del espacio hasta las principales amenazas por las que atraviesan para su extinción.

Sin restarle importancia a los servicios tecnológicos del MUSAVE, para su fundador los pilares de este espacio siempre han sido sus Niños Guía, proyecto que inició poco después de que abrió el museo para que infantes de la localidad pudieran liderar los recorridos por sus rincones.

“Empezamos a enseñar a los niños a hacer los recorridos guiados, eso nació aquí en el museo y fue copiado ahora por muchos museos, no solo de Saltillo sino de muchos lugares que vienen de repente y ven a los niños haciendo el recorrido. Me pasó una experiencia que vino gente de Estados Unidos y los atiende un niño mío, la persona que venía encabezando el grupo, en el libro de visitantes escribió ‘nos fascinó el museo, es una obra maravillosa que nunca pensamos que pudiera existir en un país como México’, estoy hablando de hace veintitantos años, ‘pero lo que más nos gustó fueron los niños guía’. Ya tenemos nosotros Niños Guía que ahora son biólogos. Hay biólogos, hay sacerdotes, hay abogados, hay personas que están casadas”.

Conocer para valorar y conservar

Bajo el lema de “Conocer para Valorar y Conservar”, el Patronato del MUSAVE cuenta con dos reservas naturales en predios que adquirió para la conservación del Gorrión de Worthen (*Spizella Wortheni*) y de la Cotorra Serrana Oriental (*Rhynchopsitta Terrisi*).

La primera reserva es conocida como “La India” y se ubica a cuarenta kilómetros al sureste del municipio de Saltillo, con una extensión de setecientas hectáreas donde además de proteger al Gorrión se llevan a cabo labores de vigilancia y monitoreo de especies de pastizal y migratorias. En este predio se protege también a especies amenazadas como el Águila Real.

La segunda reserva es “El Taray”, sitio que ubica en la Sierra de Arteaga y que se administra por el MUSAVE en conjunto con la Comisión Nacional para el Conocimiento y uso de la Biodiversidad (CONABIO). Su extensión es de alrededor de 373 hectáreas y tiene como objetivo proteger el sitio de reproducción más importante de la Cotorra Serrana Oriental, que utiliza riscos para anidar y pinos para alimentarse.

“Desapareciendo una especie no hay manera de volverla a traer, se pierde para siempre [...] Si permitimos que se extinga una especie, no la podemos devolver. La misión del museo fue y seguirá siendo Conocer para Valorar y Conservar, esa es la satisfacción más grande. El museo ha contribuido a que las aves sean más cuidadas, más valoradas, mejor conservadas, esa ha sido nuestra misión”, comentó.

“Yo sigo estando aquí, al pie del cañón en el museo, voy a estar aquí hasta que me muera porque esto para mí es más importante que muchas otras cosas en mi vida. Siento que estamos cumpliendo con la responsabilidad, con la confianza que se nos ha dado”, dijo don Aldegundo Garza.

87. IGNACIO CEPEDA, EL GOBERNADOR QUE SE SUICIDÓ EN SALTILLO

Roberto Orozco Melo



El 24 de noviembre de 1904 nació Ignacio Cepeda Dávila en la villa de Arteaga, Coahuila. Fue hijo del general revolucionario Abraham Cepeda de la Fuente y de doña Refugio Dávila de Cepeda. Nacho, apelativo que le acompañó durante toda su vida, estudio la educación básica en la escuela Anexa a la Normal de Coahuila y tenía apenas once años cuando su familia fue avisada de que su padre había sido acribillado por fuerzas zapatistas en un paraje cercano a Xochimilco, Distrito Federal.

Ignacio Cepeda Dávila arribó a la gubernatura de Coahuila el primero de diciembre de 1945, un año antes de que concluyera el gobierno de Manuel Ávila Camacho. El primer día de diciembre de 1946, rendiría protesta el licenciado Miguel Alemán Valdez como presidente de la República.

La asincronía en la sucesión política —hijo del que se va, hijastro del que llega— ha significado un gran obstáculo para los gobernadores coahuilenses y en Ignacio Cepeda Dávila fue una auténtica tragedia. La decisión que fa-

voreció a Cepeda Dávila como candidato a gobernador, en la sucesión del general Benecio López Padilla, la dio el presidente Ávila Camacho a petición del coahuilense. Era un acuerdo inapelable, aunque entonces el secretario de Gobernación, Miguel Alemán, hubiera deseado ayudar a su amigo coahuilense Raúl López Sánchez. En el PRI fueron seleccionados los aspirantes a integrar el Congreso de la Unión. Por Coahuila, Miguel López Güitrón y Raúl López Sánchez al Senado. Para diputados, se postularon el profesor Federico Berrueto Ramón, León V. Paredes, José de Jesús Urquizo y Federico Meza Zúñiga.

En la serie de artículos publicados durante 1959 en la revista *Provincia*, bajo el título “Sacrificio Heroico”, el propio León V. Paredes escribió:

“Sostenían prolongadas conferencias en privado. Nunca supimos lo que con tanto interés discutían porque, hombre en extremo reservado, Cepeda Dávila no revelaba lo que trataban en ellas. Sin embargo, con frecuencia le veíamos preocupado, pensativo y en ocasiones molesto. Tal parecía que sobre su ánimo pasara alguna presión política para hacerle variar en la conducta que asumía frente a ciertas exigencias del gobierno federal [...] Particularmente se opuso a la idea de federalizar los impuestos sobre la cerveza [...]”.

Cuando interrogué en 1958 a León V. Paredes sobre ese tema, me confesó que López Sánchez trataba de convencer a Nacho de aceptar el nombramiento federal cerca de Alemán. Por su parte, el licenciado Francisco López

Serrano me comentó que López Sánchez había ofrecido a Cepeda Dávila la dirección general del Banco de Crédito Agrícola y Ganadero o la Secretaría de Agricultura. Cepeda Dávila respondió siempre con una negativa. ¿Quién se lo dijo?” Le pregunté a López Serrano y me respondió: “El capitán Luis de la Rosa, ayudante y hombre de confianza del gobernador”.

“Coahuila es un estado libre y soberano”, exclamaría con disgusto el gobernador Cepeda Dávila, poco después, frente al propio Paredes, secretario general de Gobierno, cuando este le presentó la solicitud de la Secretaría de Gobernación de iniciar ante el Congreso del Estado la aprobación de adición al artículo 73 de la Carta Magna, que calificaba el impuesto a la producción y venta de cerveza como privativo de la Federación. Nada se contestó oficialmente, pero la tardanza preocupó al gobierno federal, por lo cual aumentaron las presiones para conseguir el visto bueno de Coahuila al despojo de esa fuente fiscal. Con Cepeda Dávila se realizaron algunas entrevistas, solicitadas por el gobernador de Veracruz y los gerentes de las cervecerías. En febrero de 1947, el presidente Alemán desairó la inauguración de la planta armadora de los tractores Internacional Harvester, avisando su ausencia hasta el último minuto. Las calles atiborradas de gente, los arcos triunfales, las grandes mantas con leyendas de bienvenidas y todo el boato usual en aquellos tiempos se vio frustrado. Días después sobrevino ante el gobernador Cepeda una imperativa intervención telefónica del líder senatorial, Carlos I. Serrano, para conseguir el decreto de la Legislatura. Desde la secretaria particular de la Presidencia de la República se produjo también una indicación direc-

ta, en tono de ultimátum, por Rogelio de la Selva. Fueron interceptadas las conferencias telefónicas del gobernador y sus colaboradores. Gobernación estableció vigilancias continuas en la casa del gobernador, del exgobernador López Padilla y de los principales funcionarios y políticos coahuilenses. Periféricamente, se efectuó una inquisición entre la ciudadanía en el ánimo de encontrar culpas atribuibles al gobernador.

En un momento pensó el gobernador coahuilense que, al promulgar el decreto del Congreso local, aprobando la reforma al artículo 73, fracción 5, sobre producción y consumo de cerveza, toda aquella pesadilla iba a acabar y algo se salvaría en el naufragio.

El 9 de julio de 1947, agobiado de aquella inútil y desigual batalla en defensa de la fuente fiscal estatal, Cepeda Dávila decidió rendirse y aceptar la federalización del impuesto.

—Firma tú primero esta iniquidad —dijo a León V. Paredes—, así por lo menos el remordimiento de mi conciencia será menor.

Pero aquello parecía ligado a otros objetivos políticos, las presiones formaban parte de un proceso lento, pero constante, para inducir al gobernador Cepeda la necesidad de abandonar su cargo. No era el primer caso en el país y Cepeda se sentía acorralado, mortificado, nervioso, aunque lo reanimaba el apremio de cumplir con su responsabilidad de gobernante.

Confiado en que la firma del decreto lo ayudaría, con mucha inocencia se preparó para realizar un largo viaje a la capital. El propósito central era de entrevistarse con el presidente y sacar adelante sus proyectos. En grandes carta-

pacios llevaba sus estudios sobre la utilización del carbón mineral para la generación de energía eléctrica, los planos de las carreteras que se necesitaban en Coahuila, la creación de la universidad del estado y demás obras; unas en proyecto, otras en marcha.

El 11 de julio de ese mismo año salieron a la Ciudad de México el gobernador de Coahuila, Ignacio Cepeda Dávila; su secretario de Gobierno, León V. Paredes, y el ayudante del ejecutivo, capitán Luis de la Rosa. El alcalde de Torreón, Armín Valdez Galindo, invitado por el gobernador, viajó directamente a la capital.

Pero el presidente Alemán no recibió al gobernador de Coahuila, sino hasta el miércoles 16 de julio, de pie y solo por tres minutos. Una audiencia en la congeladora. Según una versión fidedigna, distinta a la de Paredes, el presidente le había tendido fríamente la mano y, sin invitarlo a tomar asiento, dijo con voz seca y cortante:

“Trate sus asuntos políticos con la Secretaría de Gobernación y los de carácter oficial con mi secretario particular. En cuanto a obras públicas, crédito y demás, no habrá necesidad, pues si Coahuila es un estado libre y soberano, como usted ha dicho varias veces, de seguro también será autosuficiente”.

Al salir del despacho presidencial, relató Paredes en *Provincia*, Nacho se notaba:

“[...] visiblemente contrariado. Se dirigió luego al despacho del secretario particular de la Presidencia, pero en la puerta se regresó. Fuera de los Pinos tomamos otro coche de sitio y le pregunté el camino que debíamos seguir. En forma inadvertida el señor

gobernador me dijo: ‘Vamos a emborracharnos’ [...] Pero no, corrigió al instante: ‘mejor vamos a visitar a don Antonio Ruiz Galindo’. Armín Valdez, el alcalde de Torreón, le preguntó que le había dicho el presidente y obtuvo esta lacónica contestación: ‘Dice que nos va a ayudar’. Ya en camino a la Secretaría de Economía, agregó: ‘Quiere el presidente que trate mis asuntos con su secretario particular’. Es como si yo mandara a los coahuilenses a que trataran con Carlos Valdez Villarreal, mi secretario”.

Más tarde visitó nacho Cepeda, con Antonio Ruiz Galindo, la fábrica de muebles de oficina “D. M. Nacional” Luego dedicó los dos días siguientes a buscar diversas entrevistas, las cuales describió Paredes como muy positivas, aunque todos los documentos que contenían sus proyectos y propuestas habían quedado olvidados en el despacho del presidente Alemán, sobre una mesa.

El día 18 de julio llegó Cepeda Dávila a la Secretaría de Gobernación, casi al tiempo que arribaba el licenciado Fernando Casas Alemán, quien había sido invitado para acompañar al secretario Héctor Pérez Martínez a la ceremonia conmemorativa de la muerte de Benito Juárez en el Hemiciclo de la Alameda Central.

León V. Paredes describió así el encuentro del gobernador con estos funcionarios:

“El doctor Pérez Martínez y licenciado Alemán bromeaban con Cepeda Dávila comentando los proyectos que habían presentado al presidente de la República, apenas cuarenta y ocho horas antes.

—Este gobernador es todo un potentado —decía Alemán

—Tiene en Coahuila grandes mantos carboníferos y pronto electrificará todo el país [...] Que nos acompañe este rico minero a la ceremonia en homenaje a Juárez —decía Pérez Martínez—, en el Hemiciclo nos reuniremos con el presidente...

Ambos lo tomaron por los brazos para salir a la calle, pero Cepeda Dávila se desprendió bruscamente de ellos y se negó a caminar en medio de los dos funcionarios”.

“Se querían burlar de mí” dijo más tarde...

Estas son algunas cabezas que Nacho leyó aquel día en el Universal Gráfico, La Prensa, y las dos ediciones de Excelsior: “El gobernador de Coahuila prohíbe la cría de gallinas en Saltillo para favorecer su planta avícola”, “El gobernador de Coahuila rematará el Estadio de Saltillo para sus allegados”, “Ignacio Cepeda Dávila ordenó la tala de árboles de la Alameda para venderlos como leña”.

El 19 de julio Cepeda Dávila y sus acompañantes viajaron a Cuernavaca para pasar el domingo fuera de la capital. Pasaron por Xochimilco, pues el gobernador quería conocer el lugar donde había muerto su padre, el general Abraham Cepeda, en una emboscada zapatista. En Cuernavaca estuvieron comiendo y bebiendo güisqui el sábado 19 y el domingo 20. El lunes 21 de julio, al regresar a México, Paredes recibió órdenes de reservar espacios para viajar a Saltillo en tren o por avión. Cepeda Dávila salió apresuradamente a entrevistarse con Héctor Pérez Martínez, el secretario de Gobernación, quien lo había citado para

una reunión, que el gobernador imaginaba conciliatoria. Por el contrario, la entrevista resultó muy áspera. Cepeda Dávila reclamó al secretario la inspiración de las noticias de prensa. Este lo negó y se supone que le sugirió la conveniencia de renunciar al cargo. Dicen algunas versiones que el gobernador no se contuvo y dio un manotazo en el rostro del ministro... Antes de salir gritó: “Me regreso a Coahuila y allá voy a probarle que tengo los tamaños necesarios para resolver esta cuestión”.

El gobernador regresó muy exaltado de su entrevista con Pérez Martínez, recordaría León V. Paredes. Más tarde, él y su comitiva salieron a Buenavista para abordar el ferrocarril a las 20 horas el día 21 de julio. Ocuparon un gabinete, despacharon un refrigerio, conversaron un momento y se retiraron a descansar. Finalizaba el décimo día de un periodo de gestiones en la capital, caracterizado como tenso, amargo y de graves pronósticos. Cepeda Dávila, Paredes y Valdez Galindo cayeron exhaustos sobre las pequeñas camas de sus gabinetes. Dice Paredes que el gobernador estuvo leyendo toda la noche algunos tomos de la *Historia Gráfica de la Revolución Mexicana*, sin poder conciliar el sueño.

Por la mañana, Valdez Galindo y Paredes salieron al comedor para ocupar una mesa y esperar a que el gobernador se aseara y vistiera. Escribe Paredes que pasó un largo rato sin que Cepeda Dávila se uniera a ellos, así que regresaron a buscarlo. Lo encontraron en pijama, hurgando por algo en la maleta de viaje. Cepeda se sobresaltó al verlos y explicó, apresuradamente, que buscaba el rastro y la crema de afeitarse, lo cual sorprendió a Paredes, pues lo encontró perfectamente rasurado. Siguió buscando en

su maletín hasta que encontró, sacó y vio detenidamente su pistola bulldog calibre 32. Su comentario fue: “Bueno, pues se acabó”. Paredes y Armín Valdés se alarmaron. Este último preguntó “¿Se acabó qué?” Como en otras ocasiones, repuso cortante: “Pregúntaselo a León”.

León V. Paredes fue una presencia inmanente en la vida política de Ignacio Cepeda Dávila. La vivió cerca de él, desde sus inicios hasta el último momento. Por eso su versión de los hechos parece la más autorizada. El juicio crítico de los contemporáneos sobre este protagonismo inmediato y constante es, por el contrario, contradictorio y discrepante, pero la versión escrita de Paredes es la única disponible, con valor de testimonio cercano, tanto en el breve periodo de gobierno como durante la final decena trágica de su existencia.

Paredes consigna:

“Luego, ya sereno, de forma reposada nos puso al tanto de lo que sucedía. Debíamos entregar el Gobierno del Estado a la persona que el presidente Alemán indicara, posiblemente fuera el licenciado Raúl López Sánchez, pero en todo caso la persona no interesaba, lo importante era acatar el acuerdo presidencial. Le preocupaba que la noticia se divulgara en Saltillo antes de nuestra llegada y que los diputados locales fueran a cometer algún desatino. Valdez Galindo quiso saber qué había pasado, pero Cepeda Dávila le cortó:

—Tú no investigues, ya sabes lo que es la política. Por lo demás, estos hombres lo inflan a uno y lo desinflan cuando quieren...

Después del almuerzo nos quedamos en el carro comedor. Cepeda Dávila y yo nos enfrascamos en una larga conversación, comentando la situación política tan seria e inesperada. Por ella supe que desde antes de que el licenciado Alemán se hiciera cargo de la Presidencia de la República ya se urdía la forma de obligar a Ignacio Cepeda Dávila a abandonar el gobierno en un momento dado.

—¡Nos estaban haciendo un trabajo de filigrana!
—exclamó [...]

En la estación de los ferrocarriles en Saltillo esperaban al gobernador varios funcionarios. No quiso hablar con nadie, dijo estar enfermo y se fue a su casa, a donde llegó su amigo, el doctor Gonzalo Valdés, para auscultarlo. Solo le recomendó reposo. Antes de retirarse a descansar, Nacho habló con su cuñado Humberto Flores Garza, con el doctor Valdés, el licenciado Jesús Flores García y con Carlos Valdés Villarreal, su secretario particular. Los enteró de la situación, citándolos para el día siguiente.

De los pasos que dio en la intimidad de su hogar, nadie podría asegurar cuales fueron exactamente. Se dice que recomendó a una de sus hermanas el cuidado de doña Cuca, su madre. A su esposa, Estela Flores Garza, le pidió que diera alguna cucharada al pequeño hijo que tosía. Solicitó que llevaran un té a su habitación y cerró la puerta.

Por algunos minutos se creó el silencio en la residencia oficial del gobernador, siempre ajetreada. Fue como un suspenso trágico. Minutos después sonó un disparo de pistola, seco y ominoso. Su esposa, Estelita, que bajaba las

escaleras, corrió al cuarto de su marido y lo encontró inmóvil y sangrante sobre su cama.

En el sepelio estuvo una multitud procedente del estado. Fría y gris fue la representación del gobierno nacional. Discretamente, destacaba la personalidad del licenciado Raúl López Sánchez; Silencioso, cabizbajo, pensativo. A las 19:30 horas del 23 de julio de 1947, en un sepulcro del panteón de Santiago, quedó el cuerpo inerte de Ignacio Cepeda Dávila, junto a los restos de su padre, el general Abraham Cepeda, que esa misma mañana habían sido trasladados desde el cementerio de Arteaga.

Nota: El 18 de julio de 2019, la histórica casona donde Ignacio Cepeda Dávila se quitó la vida setenta y dos años antes, ubicada justo frente a la Alameda, quedó reducida a cenizas luego de un incendio.

88. FERMÍN ESPINOZA ARMILLITA: EL TORERO MÁS GRANDE DE LA HISTORIA

Alberto Boardman



En este artículo vamos a dar una vuelta al ruedo para repasar la historia, la gran faena de su vida y las anécdotas de una figura orgullosamente saltillense que lograría trascender en el mundo por ser considerado el más grande matador de toros nacido en nuestro país, el torero mexicano más joven y que más corridas toreó fuera de México, nos referimos obviamente a Fermín Espinoza Saucedo, conocido también como Fermín Espinoza Armillita, Armillita Chico “El Niño Sabio del Toreo”, “El Profesor” en España y “El Maestro” en México.

El libro *Armillita el Maestro* de Mariano Alberto Rodríguez, impreso por ahí de 1984, es en el cual nos basamos para el contenido de este relato, y es que fíjese usted que, en dicho ejemplar, obra ni más ni menos que un manuscrito autobiográfico, redactado de puño y letra por el propio Fermín. Entonces, qué mejor que la voz de él mismo para narrar lo acontecido por su vida y carrera, por supuesto, con todo el lujo de detalles que solamente pueden saberse por quien los vivió.

Fermín Espinoza Saucedo nació en Saltillo un 3 de mayo de 1911, en la calle de Guerrero número 10, continuación hacia el norte del popular barrio del Águila de Oro. En aquella casa, el padre de Fermín tenía montado un modesto taller de zapatería. Don Fermín era nativo de Guadalupe, Zacatecas y a la edad de quince años, junto a su hermano Pedro, se trasladaron a vivir a Saltillo, casándose entonces don Fermín con la joven María Saucedo Flores, por ahí de finales de 1800.

Desde muy joven, don Fermín inició sus andanzas en los ruedos como banderillero, siendo que, por ahí de 1905, toreando de visita en la Plaza de Toros de Chihuahua, el matador de origen cubano, José Marrero, le aconsejó que dejara el apodo de “Campanero” que usaba y que adoptara el de “Armillita”, porque su manera de torear, y sobre todo de poner las banderillas, se parecía mucho al de un torero español que usaba aquel apodo.

Desde aquel año, don Fermín sería conocido en las plazas de toros como “Armillita” y sería el fundador de una larga dinastía, por lo que era obvio, que su hijo Fermín, de quien nos ocupamos en el presente relato, se le conociera como “Armillita Chico”, siendo que posteriormente, dicho apodo sería también utilizado por varios miembros de la familia.

De aquellos años Fermín recuerda: “Por lo que contaban mis padres, fui un niño sano y mi principal alimento fueron los frijoles, que me gustaban con locura, ya que a todas horas los comía, antes de cualquier otro alimento”.

Don Fermín emigró con su familia de Saltillo a San Luis Potosí por ahí de 1920, ya que en dicha plaza se celebraban más corridas que en Saltillo. Y él buscaba, entre

otras cosas, un ambiente más propicio para el desarrollo de sus hijos que querían ser toreros.

Ya estando en San Luis, don Fermín se encargaba de adquirir y marcar ganado bravo, para la empresa de la plaza de toros. Su hijo Enaido, por su parte, ya estaba de lleno en las filas de subalternos y Juan ya hacía sus pininos como novillero.

Esta época en San Luis recuerda Fermín que prefería no ir a la escuela y, por el contrario, gustaba irse de pinta, organizando corridas de toros a media calle, para lo que empujaban una carretilla sobre las ruedas de una bicicleta haciéndola de toro junto a algunos compañeros de andanzas que se ponían los nombres de los toreros de la época. Unos decían que eran Gaona, otros Belmonte o Mejías.

“Pero a mí —decía Fermín— nadie me quitaba de que yo era Juan Silveti, y es que era mi ídolo, yo no olvidaba el detalle que había tenido para conmigo apenas unos años atrás cuando, al ir a torear a Saltillo, por ahí de 1917, y ser invitado después a comer a nuestra casa, me regaló una moneda de cinco pesos de oro, al verme torear una perra amaestrada con la que jugábamos al toro”. “Armillita” consideraba que el primer dinero que había recibido en su vida por los toros había sido aquel regalo.

Zenaido fue el primero que emigró a la ciudad de México, donde intentó probar suerte como banderillero. Al principio, mientras buscaba ocasión, tuvo que trabajar primero de zapatero, hasta que por fin en una corrida de toros le dieron la oportunidad con un alternante de Gaona. No hizo mal papel y logró meter la cabeza en esa temporada dos o tres veces más, pero comprendió que, en la capital, había más porvenir para los toreros que en San Luis,

por lo que animó a don Fermín, para que, con toda la familia, se trasladaran a la ciudad de México.

Así llegarían a la capital en marzo de 1922 y se fueron a vivir a una casa de la calle San Miguel que pertenecía a Frascuelillo, un conocidísimo viejo español que alquilaba trajes de torear. Él les dejó una habitación de dicha casa, y ahí vivió toda la familia durante un tiempo, amontonados, pero, desde luego, Fermín feliz porque estaba en su elemento, cerca de las cosas de los toros, trajes de luces, capotes y torerillos que acudían a casa de Frascuelillo a alquilarle ropa de torear.

Después de estar mucho tiempo a “duro y dale” pidiendo don Fermín una oportunidad para su hijo Juan con los empresarios de la Plaza Chapultepec, por fin un día le dieron un lugar para alternar con Sidney Franklin, un torero norteamericano que también debutaba esa mañana. Juan logró un triunfo grande, sobre todo en las banderillas, y eso le valió para abrirse paso en lo sucesivo; por lo que, en la medida en la que Juan se fue metiendo más de manera profesional al mundo del toreo, “Armillita Chico” hizo lo mismo, acompañando siempre a su hermano, llevándole los capotes para todos lados.

Así pasó una temporada, Juan se había colocado ya como novillero de moda en los carteles de todos los domingos y seguimos escuchando la voz de Fermín que nos cuenta:

“Un buen día, estando jugando yo a las canicas en mi casa, mandaron por mí, pues en Tacuba tenían organizada una encerrona y habían destinado para mí, para yo torearlo, un becerro. Era castaño, no se me

olvida, llegue a la placita de Tacuba, justo en el momento en el que ya echaban al becerro en el ruedo, y decirme —ese es para ti— y meterme en el ruedo, no se me olvida. Lo toree como si hubiera estado toreando un muchacho; no se me dificultaron ninguna de las suertes que intente, todo salió muy bien y se sintieron comentarios muy halagadores”.

Por aquel entonces, Fermín acudía casi diariamente al rastro, donde generalmente se mataban las reses para su producción en carne, pero antes del momento final, los dueños le daban a Fermín la oportunidad de torearlas hasta hartarse. Ya si no, imagínese usted, habría de hacer muy buena escuela.

Un buen día, don Fermín llevó a “Armillita Chico” a la casa de Frascuelillo, le probaron una ropa corta, porque iba a torear al día siguiente, pero Fermín no le dio importancia. Sin embargo, el domingo 3 de agosto de 1924, como de costumbre, Fermín de apenas, trece años, se levantó sin ninguna preocupación, almorzó tranquilamente y a las once acompañó a su padre a la plaza. De pronto, don Fermín le dijo “vístete, que ya es la hora”. Sacó el traje corto que debía ponerse, dice Fermín. “Fue entonces cuando sentí una sensación muy rara en mí, entre gusto y miedo”.

“A medida que iban pasando los minutos, los miedos eran los que me traían inquieto, al grado que, cuando llegue a la puerta de las cuadrillas, vi a los demás toreros y me entró un temblor en las piernas que no tuve más remedio que sentarme en una piedra grande que estaba en el patio, aquella novillada

en la que toree por primera vez fue en beneficio de las cuadrillas y actuaron los banderilleros José López y Crescencio Torres como matadores. Fueron cuatro novillos de Santa Rosa y a mí me tocó un becerro de San Mateo.

Pero recuerdo que, al escuchar sonar los clarines, me entró una reacción muy diferente, ya no sentí nada de miedo, de repente sentí un ánimo y unos deseos de torear como cuando jugaba al toro con los chiquillos en la calle. Hice el paseo feliz y contento y una vez que librarón los cuatro primeros novillos, votaron el mío. Recuerdo que era un novillo grandulón, pero flaco y con unos pitones bastante desarrollados. A mí todo aquello no me importó, el becerro no fue malo y yo lo toree como quise, con el capote lo banderillee y con la muleta creo que le hice muy buena faena; el caso es que me dieron oreja y rabo, y le di varias vueltas al ruedo. Entre una lluvia de dinero que me arrojaba el público, acerqué a mi papá y como es natural, él me ayudó con la bola de pesos que me tiraron. Al final de la novillada el público se tiró al ruedo, me sacaron en hombros y de esa forma me llevaron por esas calles hasta el centro, a un semanario que había hasta entonces y que se llamaba el Universal Taurino. Sin soltarme la gente en hombros, me tomaron varias fotografías y después siguieron conmigo hasta las calles de Madero a un club taurino que había ahí. Me soltaron y después de tomarme un refresco que me supo riquísimo, me llevaron a mi casa.

Llegué, pero mi mamá y mi hermana no estaban, ya que se habían ido al cine porque no sabían que yo toreaba ese día. Estuve un rato solo, pero feliz por lo que había sucedido esa tarde de domingo 3 de agosto de 1924. Inolvidable para mí. Al llegar mi madre y verme acostado en la cama donde yo descansaba, le extrañó y me preguntó si estaba enfermo. Le dije que no, que lo que pasaba es que estaba descansando de la corrida que me había toreado en la tarde. Se echó a reír y no lo creyó, me dijo que eran mentiras, mucho menos que me habían tirado dinero, y dónde estaba entonces. Le dije que cuando llegara mi padre lo vería, pues él lo tenía.

Al poco tiempo llegó mi padre y todo se aclaró, todos contentos. Mi hermano Juan que era el novillero de moda en esos días y Zenaido que siempre fue banderillero, torearon ese día fuera, creo que fue en Saltillo y según decían, tampoco se lo creyeron al leerlo de la prensa; pensaban que era algún otro muchacho que se había puesto el apodo de Armillita y no su hermano por parecerles demasiado joven”.

Así continuaría toreando “Armillita Chico” muchas otras becerradas, algunas al lado de su hermano Juan, siempre con éxito completo y creciendo como los grandes en el ruedo.

Y sigue platicando Fermín en su autobiografía:

“Después de unas cuantas becerradas toreando vestido de corto a la edad, más o menos de catorce años, me puse por primera vez un traje de luces, el traje

que fue de mi hermano Juan. El 18 de julio de 1926, hice mi debut como novillero en la Plaza del Toreo, alternando con Edmundo Maldonado “El Tato” y Julián Pastor. El salto de becerro a novillo me impresionó, pero no me asusté, seguí los mismos procedimientos que usaba con el becerro. Si noté que el novillo, siendo de casta, era más fácil torearlo bien, cuando le veía las puntas de los cuernos, sentía que eran muchos más fuertes, que podían dañarme, pero gracias a Dios nunca nada pasó. Seguí toreando esa temporada varias novilladas más, por lo general con mucho éxito, eso sí, me llevé varias volteretas y un puntazo sin gran importancia.

Llegó la temporada de novilladas de 1927 al año siguiente. Me tocó torear dos de las primeras, pero sin mucha suerte, sin hacer nada sobresaliente. El resultado fue que me dejaron sentado muchos domingos. Entonces se regresó mi hermano Zenaido de España, que lo más importante que me contó que se me grabó, fue que venía impresionado de ver como toreaban Carancho y Gitanillo de Triana, quienes en esos días tenían armada toda una revolución por su nueva modalidad de hacer toreo con el capote.

Inmediatamente, y bajo las indicaciones de Zenaido, empecé a torear de salón con dicha modalidad. Consistía en echar las manos muy por abajo, arrastrando el capote. Cuando ya tenía muy hecho en la práctica ese nuevo estilo, tuve la suerte de que me contrataran para torear después de una larga ausencia en la Plaza del Toreo.

Salí en una novillada vestido como en los tiempos de Goya, alternando con Balderas, Muñoz y Carol la Fuente. Aquella tarde era decisiva en mi carrera, porque si no hubiera tenido suerte, creo que ahí hubiera terminado todo y ninguna empresa se hubiera interesado en mí, pero quiso Dios que ese día mi segundo novillo de Sotoluca saliera muy bueno y alegre, claro, para que me permitiera hacer el toreo a la Verónica, tal y como lo había practicado, y en aquellos momentos sintiéndome un Carancho o un Gitanillo de Triana, logré dar siete lances con los que armé un alboroto de los grandes. Aquella forma de torear aún no había sido vista en México, inmediatamente después logré redondear una muy buena faena del mismo novillo cortando orejas y rabo, de esa tarde en adelante, ya no me caí de los carteles hasta tomar la alternativa.

Mi nuevo apoderado me decía lo que tenía que afrontar, esto si era una cosa muy seria y algo a lo que no estaba acostumbrado. Todavía en esas fechas me gustaba jugar con mis amigos, puros chiquillos con los que jugaba al toro y a las canicas porque seguían siendo mis entretenimientos predilectos. Entonces apenas tenía dieciséis años.

Muy joven tomé la alternativa de matador y con la responsabilidad ante el toro que tanto exige y ante el público que exige más que el toro. No tuve tiempo de cortejar a una muchacha, de llevar amistad duradera con la palomilla de amigos y asistir a fiestas o bailes.

A los dieciséis años, cinco meses y veinte días me hice matador de toros.

Por fin llegó el domingo de aquel 23 de octubre de 1927, día en que estaba anunciada mi alternativa con Antonio Posada, quien fue mi padrino. Qué feliz y emocionado estaba cuando íbamos rumbo a la plaza, era tanta mi emoción, disfrutaba tanto de aquello que me parecía un sueño todo lo que me estaba pasando aquel día. Una cosa me tranquilizaba: durante el trayecto de mi casa rumbo a la plaza, me había dado su bendición mi mamacita y también un beso mi padre.

Aquella tarde, todo lo que me ocurrió cuando estaba en el patio y después en la puerta de cuadrillas no lo recuerdo muy bien porque estaba como soñámbulo, así permanecí hasta que sonaron los clarines y salieran las cuadrillas.

El toro de la alternativa se lo brindé a mi padrino y el otro a Rodolfo Gaona, ya que quise tener esa atención por la admiración que siempre le tuve. Él me correspondió con un recuerdo, una pitillera de plata que conservé durante mucho tiempo.

Al último toro le corté las orejas y el rabo, y el público me llevó en hombros hasta el Universal Taurino, de ahí Joaquín Guerra y otros amigos me arrebataron de los aficionados y me llevaron a la casa. Recuerdo que, al día siguiente, por ahí del mediodía, llegaron unos periodistas a hacerme una entrevista y me encontraron muy entretenido jugando a las canicas, aquello les hizo mucha gracia.

Toree mi primer año en la temporada once corridas, la mayoría con éxito, y durante la corrida del 19 de febrero de 1928, gane la oreja de oro en mi primer año de alternativa.

En esos días ya teníamos noticias de mi hermano Juan, diciendo que el apoderado Víctor Argomanis ya me tenía firmada la alternativa en Barcelona, que Juan me la daría.

Y hasta aquí dejamos los apuntes del maestro Fermín que desgraciadamente quedaron inacabados, ya que su enfermedad y luego fallecimiento, impidieron su biografía taurina, pero qué lujo nos ha dado con la oportunidad de escuchar de su viva voz su arranque e inicios en la Fiesta Brava”.

Fermín tuvo un triunfo muy meritorio en su presentación en España, el crítico de toros José Romero del periódico *Informaciones de Madrid* publicaba al día siguiente del suceso su crónica, que entre otras cosas refería:

“Es para tanto y para un poco más, no he querido que me lo contasen, tanto y bien se ha hablado de “Armillita Chico”, también se le ha juzgado con tanto elogio que quise ver como toreaba en la tarde de ayer. Era su debut en España y era de vital importancia para nuestra temporada. “Armillita Chico” no es un indocumentado.

Matador de toros a los dieciséis años, llega a España después de haber hecho temporada en México donde ha toreado mano a mano con todos los tore-

ros españoles. A los que más presumen figuras, les quitó el tipo y a todos les ganó la pelea.

“Armillita Chico” no es una esperanza, es una realidad; no es un niño precoz, es un torero hecho al que no le queda nada por aprender. En cambio, muchas de nuestras figuras podrían aprender de él, mucho de lo que sabe y puede.

Es desde ayer en España y desde hace tiempo en México, una figura del toreo; es torero que viene a ocupar por derecho propio, un puesto preferentísimo en el escalafón taurino y a dar más de cuatro disgustos a varios presumidos”.

Así, para 1932 “Armillita Chico” ganaba su segunda oreja de oro en su carrera de matador, y luego en 1937 ganaría la tercera, pero sin duda un hecho anecdótico de mucho peso en su vida que todavía más haría crecer su fama en España fue una corrida memorable del 29 de julio de 1934 en Barcelona, aquello fue para Fermín la culminación de sus sueños. “¡Cómo toreó Fermín a aquel Clavelito! —dicen las crónicas—, especialmente con la izquierda a base de naturales” Y recuerda, a propósito, Fermín:

“La tarde más espectacular de mi vida tuvo lugar en Barcelona una vez que alterne con Belmonte y Lalandá. Belmonte cortó una oreja, Lalandá dos, un rabo y una pata. Yo, por primera vez en la historia del toreo, corte cuatro patas, dos orejas y el rabo de Clavelito, toro de la ganadería de Justo Puente”.

“Armillita” continuaría cultivando triunfos y un dato anecdótico es que, durante aquellos años, el público gozaba de esas corridas como no se ha vuelto a ver igual. Había trompadas, ingenio y fanatismo, tanto que los Armillistas y los Garcistas (admiradores de Lorenzo Garza) llevaron la pasión desbordada a los tendidos. Hubo polémicas y crónicas ensalzando, cada uno, a su gallo. Así lo apunta al respecto don Mariano Rodríguez cuando en 1935 se inició la competencia con Lorenzo Garza: “Bien recuerdo algunas mantas que sacaban los asoleados de Saltillo a los de Monterrey, que venían a ver a su gallo. En algunas de ellas se leía ‘se recalientan lonches a los de Monterrey’ y en otra ‘para Garza tenemos Armilla, para la Virgen del Roble tenemos al Santo Cristo de la Capilla’.”

Luego vendría lo que se denominó “El Boicot del Miedo”, que ocurrió en marzo de 1936, cuando Marcial Lallanda tomó la iniciativa de echar de España a los toreros mexicanos, y esto debido a las continuas apaleadas que le daban frente a su propio público. Pero aquella agresión llevaba especial dedicatoria a Fermín que no paraba de ganar trofeos dejando muy por debajo a sus iguales españoles.

Sin embargo, de manera curiosa, precisamente en ese año de 1936 se desató la cruenta Guerra Civil Española, por lo que, de no haberse roto las relaciones taurinas, seguramente los españoles hubieran podido seguir haciendo campaña en México, porque no sería hasta 1944, ocho años después, que se reanudarían las relaciones, siendo Carlos Arruza el primero en torear en Madrid, al confirmar su alternativa.

Así, durante los años 40, Fermín seguiría toreando hasta el día 3 de abril de 1949, cuando decidió cortarse la

coleta en la Plaza México. Fermín se abatió sobre su cabeza descubierta mientras llovía una tempestad de serpentinas, confeti y claveles; el cielo se llenó de palomas que en ese momento fueron soltadas y se confundieron en una danza triste con los pañuelos blancos.

El pasodoble que la banda interpretaba era “Fermín” de Agustín Lara, el himno de batalla del Armillismo desde 1932. El momento era verdaderamente emocionante y la afición lo presenciaba de pie con humedad en los ojos y tristeza en todos los corazones.

Finalmente, Fermín en una tarde espectacular, con un lleno a reventar, se despedía de la Plaza México el 28 de diciembre de 1954, una tarde desenfadada que alternaba con el español Julio Aparicio con toros de La Laguna.

Pero la última vez que “Armillita” se presentó ante el ruedo sería obviamente en la Plaza de Saltillo, alternando con Lorenzo Garza y Silverio Pérez, en un festival organizado para recabar fondos y construir escuelas municipales. Posteriormente, durante su retiro, se asoció para construir la cuarta plaza de toros que existió en Saltillo y también fue el creador del lance con el capote conocido como La Saltillera.

Finalmente, el día 6 de septiembre de 1978 el mundo de los toros se vestía de luto, pues en el hospital Santa Fe de la Ciudad de México, una peritonitis aguda terminaría con la vida del gran maestro *Armillita*, una historia única en la tradición de la Fiesta Brava.

Una de las grandes cosas de Fermín fue que nunca perdió su sencillez a pesar de haber llegado a donde llegó, de haber hecho lo que ningún otro. Nunca se dio esa importancia a sí mismo:

“Quisiera compadre, que, si salgo bien en mi carrera y en los toros, los aficionados y críticos en años por venir dijeran de mí que fui un torero que dejó muy pocas cosas a la suerte. Que fui un torero de escuela y que muchos de mis éxitos se basaron en la experiencia en años de verle la cara a los toros de aquí y de allá”.

Y vaya que lo lograría, nada más que 888 corridas, 338 de las cuales fueron toreadas en España, imagínese usted. Y concluye Fermín:

“Qué años aquellos de finales de los 30, qué pasión en los tendidos, qué brillo, qué peleas en el ruedo. El público salió ganando. No hubo para mí, en aquellos años, ningún momento en que me hubiera cambiado ni por el rey de Inglaterra”.

Por su temple, su valor y por su arte verdadero ¡Viva “Armillita”! Gran maestro del mundo entero.

89. MUSEO DE LOS PRESIDENTES COAHUILENSES: UN RECINTO PARA HONRAR SU LEGADO

Omar Soto


Inaugurado el 28 de octubre del 2010, el Museo de los Presidentes Coahuilenses narra, desde el recorrido por sus cinco salas de exhibición, la vida y obra de Melchor Múzquiz de Arrieta, Francisco Ignacio Madero González, Eulalio Gutiérrez Ortiz, Roque González Garza y Venustiano Carranza Garza, hombres ilustres originarios de la entidad que lograron el máximo honor en México.

“En el marco de la conmemoración del Bicentenario de la Independencia y el Centenario de la Revolución, el entonces gobernador Humberto Moreira quiso honrar a los cinco presidentes que ha aportado Coahuila a la nación que son Melchor Múzquiz, de Múzquiz, Coahuila; Francisco I, Madero, de Parras de la Fuente; Eulalio Gutiérrez, de Ramos Arizpe; Roque González Garza, de Saltillo y don Venustiano Carranza, de Cuatro Ciénegas”, compartió en

entrevista con *El Herald* de Saltillo, Raúl López Gutiérrez, presidente del Patronato del Museo de los Presidentes Coahuilenses.

Estos cinco presidentes crecieron en estas tierras, en el desierto coahuilense. El Museo de los Presidentes Coahuilenses es único en el país, honra a cinco grandes coahuilenses que ocuparon el cargo en circunstancias importantes para la nación y está lleno de historia. No hay otro museo que contenga tantas cosas personales de presidentes, que honre tanto y con tanto respeto a los presidentes de la República como es nuestro caso”, agregó.

Entre sus particularidades destaca que el diseño de su sede es obra del prestigioso arquitecto Pedro Ramírez Vázquez, creador también del Museo Nacional de Antropología y el Estadio Azteca. En sus vitrinas se pueden observar cientos de piezas históricas, como billetes, monedas, fotografías, prendas de vestir y mapas, que aluden a la época de los mandatarios coahuilenses en el Ejecutivo Federal o que incluso les pertenecieron.

“Aquí lo que hicimos fue que las familias que le sobrevivimos a los presidentes coahuilenses aportamos artículos personales y el toque personal de cada familia hacia su familiar. Es el único museo de su naturaleza en toda la República Mexicana, aquí nos sentimos muy orgullosos de nuestros cinco presidentes coahuilenses, aquí les hicimos un museo”, mencionó el también nieto de Eulalio Gutiérrez.

Otros de los objetos que resguarda el Museo y que corresponden a la legado histórico nacional son la primera banda presidencial que portó Guadalupe Victoria en su gestión presidencial, una réplica de una silla de la época del también expresidente de México, Benito Juárez y una copia exacta de la Constitución de 1917 que fue donada por el ahora expresidente Enrique Peña Nieto, por citar algunos.

“Este espacio es un sitio para honrar el legado de los cinco presidentes. Tenemos visitantes de todas partes del mundo y gente local de Saltillo nos visita con mucha frecuencia, sobre todo las escuelas. Al final lo que queremos es que este ejemplo que nos dejaron los presidentes coahuilenses se lo lleven los niños, ellos van a gobernar el país desde sus distintas áreas porque todos somos parte de un mosaico en el cual aportamos para México”, platicó.

Espacio moderno e interactivo

Fusionado con la modernidad, el Museo de los Presidentes cuenta con códigos QR que, luego de escanearse, dan la oportunidad de emplear filtros para Instagram, con los cuales, al tomarse fotografías, sus visitantes podrán usar una banda presidencial virtual o incluso ver cómo lucirían con la barba de Carranza y el bigote de Madero.

“En cada una de las salas hay una figura de QR con la cual tú te transformas en un presidente, son maneras de

estar innovando, de salir de estas cuatro paredes y trascender”, indicó el entrevistado.

Asimismo, las pantallas y sistema de audio instalados en su inmueble para proporcionar información adicional a la que dan sus guías permiten que quienes lo recorren vivan una experiencia mucho más interactiva.

El Museo de los Presidentes Coahuilenses, en cuyas redes sociales identificadas con su nombre se comparten diariamente efemérides locales y de todo el país, se ubica en Nicolás Bravo 264, Centro Histórico de Saltillo y abre sus puertas para visitas de martes a domingo, en horario de diez de la mañana a seis de la tarde.

“Desde el 2013, todos los días en nuestras redes sociales publicamos efemérides de Coahuila, tenemos arriba alrededor de nueve mil efemérides; publicamos diariamente alrededor de treinta efemérides relacionadas con Coahuila o con los presidentes de México, hechos trascendentales que hayan llevado a cabo o que hayan incidido en la vida de la nación”, dijo Raúl López.

90. EL ATENTADO A LÓPEZ MATEOS EN SALTILLO

Francisco de la Peña Dávila



En sus memorias publicadas en la serie de libros biográficos *Nuestra Gente*, el periodista Francisco De La Peña Dávila cuenta que uno de los sucesos importantes que le tocó vivir, y, por supuesto, reportear, fue un atentado que sufrió en Saltillo el presidente Adolfo López Mateos. Resulta que en 1958 se había iniciado en el país un movimiento ferrocarrilero. Para 1959, Demetrio Vallejo, que encabezaba dicho movimiento, tenía paralizado el sistema ferroviario en todo México, con todos los problemas que eso acarreaba. Se decía que Vallejo era comunista y tenía intenciones de desquiciar al país. El caso es que había un enfrentamiento serio con el gobierno federal. Dejemos que Paco de la Peña nos relate los hechos:

“El Lic. López Mateos, que era el presidente de la República, vino a Coahuila para presidir la ceremonia del 26 de marzo —aniversario de la promulgación del Plan de Guadalupe—; ese día salió del Hotel Arizpe, donde se había hospedado, para dirigirse a la ceremonia el Plan de Guadalupe, a bordo de au-

tobús presidencial. Lo acompañaba el gral. Raúl Madero —gobernador del estado— y otros miembros de su comitiva. Seguía al autobús presidencial otro vehículo que transportaba a los periodistas locales y nacionales.

Al cruzar las vías férreas que estaban en el cruce de presidente Cárdenas y Emilio Carranza, salió intempestivamente una locomotora a gran velocidad que estuvo a punto de embestir al autobús presidencial. Se dijo que había la intención de atentar contra la vida del presidente. No se logró consumar el atentado: el autobús alcanzó a pasar unos segundos antes que la máquina. El chofer del segundo autobús, en el que íbamos los reporteros, se percató de que se acercaba la máquina y frenó a tiempo. Afortunadamente, no sucedió ninguna desgracia y continuamos sin novedad el viaje hasta la ex Hacienda de Guadalupe. Allá nos enteramos de que en forma inmediata se giraron indicaciones de desactivar el movimiento de Demetrio Vallejo, quien se encontraba ese día en Ciudad Frontera. Se libraron órdenes de aprehensión en su contra; lo detuvieron ese día y duró varios años en la cárcel como preso político. El proceso se desarrolló en sus inicios en un juzgado de Monclova, y luego se radicó en la ciudad de México. Ese fue un acontecimiento que estuvo a punto de convertirse en tragedia”.

91. ÍCONO SALTILLENSE: EL MUSEO DEL DESIERTO

Ángel Aguilar

A finales de los años 80 del siglo XX, un grupo de Coahuilenses visionarios se dio a la tarea de crear el Museo del Desierto (MUDE) como un proyecto que cumpliera con dos objetivos fundamentales: albergar y exhibir la riqueza paleontológica que, por esos años, se manifestó en el hallazgo de importantes yacimientos fósiles en Coahuila, y aprovechar también ese patrimonio para complementar la formación educativa de niños y adolescentes. Hoy, dicho espacio se ha consolidado como el museo de historia natural más importante de México y como la principal oferta turística de Coahuila que recibe al año más de trescientos cincuenta mil visitantes

Desde 1999, el Museo del Desierto ha cumplido su misión didáctica y de resguardo del patrimonio paleontológico que le fue encomendada, pero además ha sumado entre sus objetivos la protección de especies vivas como el lobo mexicano, el bisonte, el borrego cimarrón y el perrito de la pradera, consideradas hoy como especies en peligro por la reducción de sus poblaciones y la destrucción de su

hábitat, además de ayudar en la preservación de numerosas especies de cactáceas.

Aunque de acuerdo con el director del MUDE, Arturo González, se trata ciertamente de una institución que nació con buena estrella, el directivo reconoce que durante el desarrollo del proyecto hubo algunos museógrafos que señalaron que no tenía sentido desarrollar un museo en el que se abordara la temática del desierto.

Mencionó que; sin embargo, gracias al empeño y al talento de Magdalena Cárdenas, titular del entonces Instituto Coahuilense de Cultura, durante la administración del ex gobernador de Coahuila, Rogelio Montemayor — quien desde su inicio apoyó decididamente el proyecto— la propuesta tuvo éxito y el proyecto del Museo del Desierto fue tomando forma hasta consolidarse como la institución más importante en su tipo a nivel nacional.

“Había otras propuestas sobre otros temas, sin embargo, el gobernador Rogelio Montemayor aprobó la propuesta del Museo del Desierto en una reunión de gabinete, y a partir de ahí iniciamos con el desarrollo del proyecto, aquí fue también fundamental el apoyo de la investigadora y museógrafa Beatriz Flores, quien contribuyó para la obtención de recursos económicos y en especie”, recuerda Magdalena Cárdenas en una serie de videos sobre los orígenes del museo difundidos a través de YouTube.

En esa misma serie, la maestra en Ciencias María del Rosario Gómez, quien tuvo una participación decisiva en la conformación de la Comisión de Paleontología de la Se-

cretaría de Educación de Coahuila, señala que a raíz del éxito que tuvo el museo de sitio inaugurado en Rincón Colorado para exhibir los descubrimientos fósiles realizados en esa localidad, se tuvo la idea de que el Museo del Desierto contara con un espacio mucho más grande, y una imagen acorde con el magnífico tesoro paleontológico que ahí estaría disponible para ser conocido y valorado por los visitantes.

Señala que dicho concepto sobre las dimensiones que debía tener el Museo del Desierto fue reforzado tras una visita al Museo de Historia Natural de Denver, Colorado, de donde se tomaron varios conceptos para ser aplicados en el nuevo recinto.

Por su parte, Óscar Pimentel González, quien fuera también secretario de Educación en la administración de Rogelio Montemayor, consideró que la aprobación del proyecto del Museo del Desierto fue uno de los mayores aciertos de ese sexenio, y aseguró que el entonces mandatario estatal no escatimó en esfuerzos para conseguir los recursos necesarios para la construcción del museo, por la importancia que representaba para difundir la riqueza paleontológica de Coahuila y por su inestimable vocación educativa.

Por la misión que ha desempeñado desde su creación, en los que ha recibido a más de veinte millones de visitantes, y las aportaciones que ha realizado a favor de la ciencia y de la conservación de los tesoros fósiles de la entidad, en 2022 el Museo del Desierto se hizo acreedor en la categoría institucional, a la Presea Saltillo, máximo reconocimiento que otorga el gobierno municipal de Saltillo.

En ese sentido, el director, Arturo González, se dijo satisfecho por la designación del Museo del Desierto para recibir este galardón, con el que aseguró se realiza un justo homenaje a todos los personajes que han contribuido a la consolidación del recinto, desde quienes apoyaron para darle forma al proyecto, junto con los grandes donadores que con su esfuerzo hicieron posible su construcción y también aquellas personas que han colaborado facilitando sus colecciones privadas para deleite de los visitantes.

“Nos da un gran gusto el que nos consideraran para este que es el reconocimiento más grande que la ciudad hace a sus habitantes y a sus instituciones, nos llena de orgullo, nos llena de compromiso, nos da mucha alegría, y estamos comprometidos y contentos de seguir con esta aventura de crear un espacio que genere identidad, que genere conciencia, que genere pertenencia y que realmente haga cosas buenas por su comunidad”, señaló el directivo.

Arturo González destacó que lo más importante en el proyecto del Museo del Desierto fue el desarrollo de ese espacio a partir de algo que no se había creado prácticamente, junto con el buen trabajo de análisis realizado por el equipo de especialistas y museógrafos encargados de darle forma a este lugar emblemático.

“Al principio, los museógrafos nos dijeron que construir un museo del desierto tenía un contrasentido que no tenía lógica hacer un museo sobre el desierto. Vimos otros ejemplos a nivel internacional, vimos

cómo sí se podía lograr aquí generar un espacio que nos platicara sobre nuestro entorno, sobre el desierto, pero nos topamos con que hay muy pocos especialistas que conocen bien sobre el desierto, había que aparejar la creación de este lugar con la construcción de todas esas historias que nutrieran al museo y a sus exhibiciones.

Afortunadamente, el doctor Rogelio Montemayor lo entendió muy bien, lo supo asimilar, y junto con Magolo Cárdenas, la primera directora y la encargada del Instituto de Cultura en la gestión de don Rogelio, pudieron amalgamar esos requerimientos y necesidades para que poco a poco se fuera dando un proyecto de este tamaño y de la fuerza que tiene hoy el Museo del Desierto”, puntualizó el entrevistado.

Indicó que cada vez más personas que tienen objetos con valor científico o histórico permiten que a través del museo, bajo un esquema de comodato, estos objetos se pongan a la vista del público e indicó que el que hecho de que se hayan facilitado esas colecciones tan atesorables patrimonialmente, dan la oportunidad a los visitantes, especialmente a los niños y jóvenes, de acceder a elementos que no podrían ver en ninguna otra parte.

Mencionó que además de todo el invaluable acervo con que cuenta el museo, un factor clave que ha contribuido al éxito de la institución es la actitud amable del personal, el saber sonreírle al público y hacerlo sentir a gusto, algo que se ha logrado gracias a la administración “estilo Disney” que resulta de la aplicación de esas estrategias

que esa compañía usa en sus parques y que aquí han dado gran resultado.

“Yo creo que el museo ha venido creciendo y madurando a lo largo de todos estos años, no ha perdido la visión de que nuestro universo es el desierto, nuestro desierto es el lugar en el que queremos aprender a vivir y conocer a las especies de estos lugares para saber cómo cuidarlas y para saber cómo usarlas si quisiéramos hacerlo. Yo creo que eso ha sido muy importante”, expuso Arturo González.

“Las taxidermias son muy importantes, pero en los últimos años nos hemos dedicado también a cuidar de aquellas especies que hemos ido reduciendo o extinguiendo, como los bisontes, como el lobo mexicano o el perrito de las praderas, es donde más atención hemos puesto y en donde más orgullo tenemos de decir que junto con SEMARNAT, PROFEPA, SEMA, Bomberos y Protección Civil ha sido posible salvar a estos animales y darles otra oportunidad”, manifestó.

El director aseguró que el gran equipo del museo conformado por botánicos, paleontólogos, los herpetólogos y quienes estudian o se encargan del cuidado de los mamíferos, así como también los que se desempeñan en todas las áreas administrativas son personas muy comprometidas y especializadas en sus temas, quienes han hecho posible que el Museo del Desierto esté posicionado como el museo más importante de historia natural de México y probablemente de Latinoamérica.

“La labor que ha hecho el museo ha sido fundamental para que aprendamos a cuidar mejor nuestro entorno. Creo que ha sido muy ventajoso y positivo el haber creado en Saltillo una institución como el Museo del Desierto, que nació con muy buena estrella y con grandes pensadores y estadistas que lograron hacer que esto se fundara desde bases muy sólidas y firmes.

También ha habido muchísimas personas que han creído en este proyecto, que se han sumado o con donativos o con apoyos en especie, con una gran cantidad de elementos que han sido fundamentales para sortear por ejemplo la pandemia o para lograr superar muchas de las épocas difíciles que se han tenido aquí en el museo, además de que hemos estado apostándole a escuchar al visitante y con ello consolidar la oferta de turismo más grande de Coahuila que nos trae trescientas cincuenta mil personas al año con un ochenta por ciento de personas que no son de Saltillo, sino de otras partes y de las cuales el sesenta por ciento no son de Coahuila”, declaró el director del MUDE.

92. UN SANTO CAMINÓ POR LAS CALLES DE SALTILLO

José Torres Anguiano



No era coahuilense de nacimiento, pero dedicó la parte más importante de su vida a este estado. Nació en Sinaloa, en un lugar llamado Bacubirito, el 6 de julio de 1858. José María Francisco Rómulo de Jesús Echavarría Aguirre fue el nombre que sus padres, don Ignacio y doña María del Refugio, eligieron para aquel pequeño que bautizaron a doce días de haber nacido, y que quizá nadie, en aquel momento, imaginó, que casi a ciento cincuenta y siete años de aquel acontecimiento, estaría a solo dos pasos de ser llamado Santo.

Un 16 de diciembre de 1904, el entonces papa Pío X nombró a un nuevo obispo para la diócesis de Saltillo, el tercero. Se trataba del sacerdote Jesús María Echavarría, quien recibió la consagración episcopal en Aguascalientes el 12 de febrero de 1905.

Según platicó la religiosa Gloria Gonzáles a *El Heraldillo de Saltillo*, el obispo Echavarría recibió la diócesis de Saltillo —que en aquel entonces abarcaba las tres diócesis que existen actualmente en el estado— con un sinnúmero de carencias y demasiadas limitaciones, tanto materia-

les como espirituales, y, sobre todo, con escasez de sacerdotes, pues únicamente había once por toda la diócesis.

Fue esto lo que incendió la chispa de iniciativa en el nuevo obispo de Saltillo, pues con una diócesis tan grande, era necesario contar con un buen ejército de sacerdotes para cumplir cabalmente todas las tareas, por lo que de inmediato pensó en formar un seminario.

No tardó mucho en ver fraguada su primera obra, quizá la más importancia y de mayor trascendencia, pues el 30 de octubre de 1905 fundó el seminario “Diocesano del Sagrado Corazón en Saltillo”.

Su gran obra, el seminario de Saltillo

Con apenas cuatro sacerdotes y catorce alumnos inició clases el seminario de Saltillo, siendo apoyado por la diócesis de Guadalajara con el rector y tres sacerdotes más.

El lugar ocupado por el primer seminario fue una casa ubicada atrás de la Escuela Normal de Saltillo, por la calle Pérez Treviño, que fue prestada por una familia saltillense.

En 1906 se mudaron a otra casa en la calle General Cepeda, entre Juárez y Castelar, aunque el obispo Echavarría deseaba para sus futuros sacerdotes un lugar más apropiado. Por lo que tiempo más tarde, el señor Enrique Mass le donó una casa más amplia en la calle de Aldama, entre Bravo e Hidalgo, lo que hoy es el Centro Cultural Vito Alessio Robles.

Pese a que todo parecía marchar bien, durante la revolución mexicana, iniciada en 1910, la diócesis y el seminario sufrieron en gran medida, tanto que el obispo fue desterrado a Estados Unidos, varios sacerdotes fusilados y

encarcelados, y los templos fueron tomados como caballerizas. El seminario fue clausurado por unos años, aunque, inteligentemente, desde su destierro, el obispo Echavarría envió a los seminaristas a un seminario en Castroville, Texas, para que no abandonaran sus estudios.

Al regresar de su destierro en 1918, Echavarría Aguirre nuevamente abrió el seminario en Saltillo, impartiendo clases en Catedral y en algunas casas que le prestaban, asegura la religiosa Gloria Gonzales, encargada de la causa de canonización del obispo.

En 1926, durante la persecución religiosa, una vez más el obispo es desterrado y el Seminario cerrado, por lo que los seminaristas son enviados a otros lugares a estudiar, pero la insistencia de Echavarría hace que una vez más, al regresar del segundo destierro, en 1930, abra nuevamente el seminario en Saltillo, con un mayor número de alumnos, en el edificio que hoy ocupa el jardín de niños Apolonio M. Avilés.

Sin embargo, una vez más pareciera como si la magna obra del obispo Jesús María Echavarría no se concretaría, pues en 1932 la policía visitó el seminario y levantaron un acta con supuestos artículos constitucionales que infringían, por lo que algunos sacerdotes fueron arrestados, y el lugar confiscado y destinado a ser escuela pública.

Los seminaristas pasaron varios años migrando y estudiando en diferentes estados, aunque Echavarría no les perdía la pista ni olvidaba el sueño de ver formado el seminario de Saltillo.

Y fue así como en la década de los 1940, el obispo Echavarría, junto con el sacerdote Luis Guízar, que a la postre sería nombrado obispo coadjutor de Saltillo, echan a an-

dar el plan de formar la casa de estudios en Saltillo, y por fin, en 1957, el 7 de febrero, Jesús María Echavarría ve su gran obra en toda su extensión, en el lugar que hasta hace poco ocupara el seminario menor de Saltillo, al sur de la ciudad.

“El señor obispo recibía una mesada por parte de sus hermanos, lo cual fue reuniendo siempre en algún lugar, y cuando se construía el seminario en el lugar que finalmente ocupó (el de 1957), entregó a quienes coordinaban la construcción quince mil pesos de los de antes, que el mismo había juntado para el seminario” asegura la religiosa Gloria Gonzáles.

La congregación de las Hermanas Guadalupanas

En el año 1920, el obispo Echavarría realizaba una visita pastoral en Torreón, cuando conoció a unas jóvenes de un grupo religioso, quienes le dan a conocer su aspiración a consagrarse a Dios en vida religiosa. Fue entonces cuando el obispo de Saltillo piensa en que ellas podrían ser un gran apoyo para la evangelización ante la falta de sacerdotes, por lo que de inmediato empieza con su preparación y organización, formando la Congregación de las Hermanas Catequistas Guadalupanas, con sede en Saltillo, aunque esta obra se extendió después en varios estados de México y en Estados Unidos.

En 1921, cuando las religiosas llegaron a Saltillo, abrieron la primera escuela y los primeros catecismos en la ciudad.

“No se olviden de las catequistas, que su vocación es aspirar a su propia santificación; es sacar a muchas almas

de la ignorancia, por medio del catecismo”, reza el primer párrafo de una carta que enviara el obispo Echavarría a las entonces cinco integrantes de la congregación, que en 1923 recibió la aprobación de la santa sede.

Las escuelas hogar: catacumbas de la educación

En 1935 Lázaro Cárdenas, entonces presidente de México decretó la imposición de la enseñanza del socialismo en el país, solicitando que el clero no interviniera en la educación popular, como ya lo hacían las Hermanas Guadalupanas tiempo atrás. A los profesores se les exigió una declaración de ateísmo.

El Vaticano giró entonces una exhortación a sus iglesias, donde señalaba que ningún católico debería ser instruido por la educación socialista.

Todo esto hizo que los padres de familia católicos no enviaran a sus hijos a las escuelas, pero los niños se quedaban sin educación, algo que resonó en la mente del obispo Echavarría.

“Un católico sin educación terminará siendo esclavo del poder” señalaba el obispo, según declara la religiosa Gloria González.

El obispo entonces ve la necesidad de reunir a todos los niños que estaban sin escuela, integrándolos en grupos para impartirles una educación integral, pero esto no podía ser en un edificio como escuela, por lo que tiene la idea de formar “Escuelas Hogar”, que era la impartición de clases en casas prestadas por saltillenses y en donde se podía ocultar fácilmente a los alumnos de la persecución religiosa.

“Cuando llegaban los militares a una casa que pensaban que había clases, los niños eran sacados por los techos y enviados a otra casa, por lo que cuando entraban, no encontraban ningún alumno... Las escuelas no tenían pupitres, se sentaban en el piso, por eso no se imaginaban que ahí había una escuelita”, asegura la religiosa Gloria González.

Las primeras escuelas se fundaron en Torreón, Saltillo y San Pedro de las Colonias, luego siguieron en Monclova, Frontera, Parras de la Fuente, General Cepeda y Viesca.

En estas escuelas catalogadas en la biografía del obispo como “catacumbas de la educación”, estudiaron gratuitamente un total de 5 mil 288 niños.

Las Hermanas Guadalupanas jugaron un papel importante en la constitución de las Escuelas Hogar, así como en la del colegio Guadalupano, que a la postre se convertiría en el Colegio Nicolás Bravo de Saltillo, que hasta la fecha sigue funcionando bajo la rectoría de religiosas.

El futuro del primer santo de Saltillo

En marzo de 1984, la religiosa Margarita Vázquez Pérez solicitó al entonces obispo de Saltillo, Francisco Villalobos Padilla, su autorización para iniciar el proceso de canonización del obispo Echavarría, iniciando en abril del mismo año en la Catedral de Saltillo, dándole entonces el título de Siervo de Dios.

Para esto, se estableció el Tribunal Diocesano nombrado por Villalobos Padilla, para investigar por once años la vida del obispo Echavarría.

En 1996, la Congregación Romana de los Santos extiende el Decreto de Validez de la documentación del Proceso Diocesano, y nombra un relator para revisión de esta.

Fue en 1999 cuando el Vaticano entrega al doctor Ennio Ensoli, secretario de la Consulta Médica, la documentación relativa al presunto milagro realizado en Saltillo por intercesión del obispo Jesús María Echavarría, en el doctor Alberto Mario de la Peña Rebonato, quien a su familia invocó por medio de una cadena de oración, luego de que le fuera diagnosticada una “gangrena gaseosa” que lo cavaba interiormente, y en la que los médicos ya no tenían posibilidades de hacer nada.

Milagrosamente, luego de que sus familiares y amigos realizaron por varios días, oración a Dios por intersección del Siervo de Dios, Jesús María Echavarría, el doctor empezó a sanar, ante la mirada atónita de los médicos que lo atendían, y siguió sanando con el paso del tiempo.

Este milagro ha sido la causa de canonización más importante, pues luego de ser entregada con evidencias, en febrero de 2001 a Roma, fue validado en el año 2002 para seguir con el proceso.

Fue en febrero de 2014, cuando el papa Francisco dio el título de “venerable” al obispo Jesús María Echavarría, lo cual lo puso a solo dos pasos más de su canonización. El siguiente paso es la beatificación, por lo que en cualquier momento podría darse la noticia.

En julio de 2021, cuestionado sobre los avances del proceso de canonización de quien fuera el tercer obispo de Saltillo, Monseñor Jesús María Echavarría y Aguirre, el actual obispo Hilario González dijo que continúan los avances en la investigación sobre las cualidades del reli-

gioso, a fin de documentarse un milagro o evento de naturaleza sobrenatural que pueda impulsar esta causa y se reconozca finalmente la santidad de Monseñor Echavarría.

El obispo Jesús María Echavarría permanece en calidad de “venerable”, grado que le fue otorgado por el papa Francisco en febrero de 2014; de acuerdo con el proceso, el siguiente paso es la beatificación y posteriormente la canonización.

“Tuvimos una junta con las hermanas que son postuladoras, me informaron sobre la situación, y por lo que sabemos aún están en espera de un milagro para que esta causa vaya avanzando conforme a los protocolos que establece un proceso de canonización. En ese sentido, tiene que seguir la recopilación de testimonios y hace falta un prodigio milagroso, por lo que aún se está investigando para documentarlo”.

93. XEKS: LA VOZ DEL TIEMPO EN SALTILLO

José Torres Anguiano



Fue el 23 de septiembre de 1938 cuando don Efraín López Cázares encendiera uno de aquellos pesados micrófonos de metal marca RCA y transmitiera al aire las primeras palabras de un locutor en la XEKS.

Su sueño se había vuelto realidad, luego de algún tiempo de haberlo concebido en su mente. De ser un vendedor de aparatos receptores de señal radiodifundida, se convirtió en el primero en tener una estación de radio —en forma y regla— en Saltillo.

Era la época de finales de los 30 y principios de los 40, por las calles del entonces pequeño Saltillo se escuchaban las novedosas radios encendidas, escuchando en la XEKS melodías del blues, el jazz y el swing. A artistas internacionales como Frank Sinatra o mexicanos como Jorge Negrete, Pedro Infante y Los Panchos.

Don Efraín López Cázares y don Enrique de los Santos no pudieron haber tenido mejor idea que instalar una radiodifusora en Saltillo, pues, aunque había habido intentos previos de hacer radio desde la capital sarapera, no fue hasta en 1938 que los ya mencionados lo lograran, tenien-

do los permisos correspondientes de la entonces denominada Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas.

Ahora, varias décadas después, es Jesús Manuel López Castro, hijo de don Efraín, quien está al frente de la radiodifusora desde la muerte de su padre en 1965, y quien ha logrado mantener presente a uno de los medios de comunicación más antiguos de Coahuila.

“Papá siempre tuvo la idea de comunicar a la gente información, de por sí él ya era muy sociable, pero le interesaba mucho la posibilidad de ofrecer algo diferente”, relata Jesús López Castro, legendario conductor del programa *Sábado internacional* de esta misma radiodifusora.

La estación ha mantenido su esencia, ha permanecido en el mero centro de Saltillo (en la calle de Pérez Treviño #839), y pareciera que ahí el tiempo se detiene. Es al mismo tiempo una radiodifusora y un museo auditivo, pero también han logrado sortear los avances tecnológicos, apropiándose de ellos.

Ahora no lleva ya las siglas XEKS, pues dejó, como muchas otras estaciones, la Amplitud Modulada, en donde transmitía en los 960 Mega Hertz, para transmitir ahora en el 104.9 de Frecuencia Modulada bajo las siglas XHKS, conocida mejor como la “KS”.

En aquel tiempo conseguir el permiso para la radio saltillese fue más fácil de lo que sería ahora, pues —relata Jesús López Castro— al gobierno federal le interesaba mucho promover la instalación de medios de comunicación en provincia.

Aunque iniciaron juntos, al poco tiempo don Efraín López y Enrique de los Santos se independizaron, y quedó don Efraín como concesionario único.

“Vio su sueño cumplido, comenzó a desarrollarlo primero de una forma rústica, porque no había detrás de él un gran capital”, cuenta Jesús López.

También es de reconocer el trabajo técnico que en la estación hiciera don Salvador García Contreras, quien estuvo al pendiente de la radiodifusora hasta su muerte en 1979.

Pero la XEKS no era simplemente un micrófono y un transmisor, don Efraín cuidó cada detalle para trascender, para lograr impulsar el espíritu cultural y artístico de aquel Saltillo en crecimiento.

La KS tenía su propio teatro, un sitio en donde se presentaban grandes artistas de la época, y desde donde transmitían programas con presencia de público.

Así desfilaron por Saltillo y por la XEKS desde José Alfredo Jiménez, Luis Alcaraz y su orquesta; Los Babys, Los Hermanos Zaizar y el saltillense Pipo Linares.

Al entrar a las instalaciones de la estación una muestra fotográfica es vocera fiel de los famosos que llegaban a este lugar.

La XEKS también ha sido a lo largo de ocho décadas escuela formadora de grandes locutores, quienes dijeron sus primeras palabras al aire frente a los micrófonos de esta estación.

En 1963 llegó a Saltillo *El Heraldito de Saltillo*, medio con el cual —recuerda Jesús López— la estación tuvo una excelente relación, pues don Efraín López y don Francisco de la Peña, directores ambos de su respectivo medio, llegaron a un acuerdo para que las noticias que esta casa editora publicaba fueran leídas y transmitidas a través del 960 AM.

La sangre de Jesús López Corre en amplitud modulada

No lo niega y sonríe cuando se le menciona, pero en verdad pareciera que por las venas de Jesús López Castro corre sangre en Amplitud Modulada, o quizá —con la renovación— en FM.

Jesús López Castro es el inicio de una época distinta en la XEKS, influenciado por la cultura de la Ciudad de México y enamorado desde joven del rock. Regresó a Saltillo tras haber salido a estudiar, para hacerse cargo de la herencia natural que tendría: la estación radiodifusora.

En 1960 Jesús López escuchó por primera vez en una estación de la Ciudad de México a los Beatles. Era la época de la efervescencia social a nivel mundial, y la voz de los jóvenes encontró en el rock un espacio de expresión.

Cuando Jesús López regresa a Saltillo, lo hace con la idea de transmitir algo nuevo, claro, siempre y cuando don Efraín aceptara. Así inició la época del rock en la XEKS, género que ha estado intrínsecamente ligado con la estación, pues el mismo Jesús López Castro prácticamente podría haber roto ya un récord con el programa de radio más antiguo conducido por la misma persona desde su creación hace más de cincuenta años. Se trata de *Sábado Internacional*, un maratónico espacio sabatino en la KS, con una excelsa selección de lo mejor del rock a nivel mundial.

De la mano de *Sábado Internacional* y obviamente de Jesús López Castro, prácticamente llegó el rock a Saltillo. La estación tenía ya una buena colección de discos de grandes artistas norteamericanos que don Efraín fue guardando como tesoro para su hijo.

Así como Sábado Internacional, hay programas que han logrado permanecer en el gusto de los radioescuchas de la KS, como “La opinión de la mujer de hoy”, quizá el primer espacio de libre expresión para las mujeres, creado en 1973 y vigente a la fecha.

“Nos adelantamos a la demagogia política, ahí comenzó el llamado empoderamiento de las mujeres. La identidad de las mujeres con ese programa ha sido muy realista”, comenta el director de la KS.

Para Jesús López, tener un micrófono enfrente es algo que lo renueva todos los días:

“Mi pasión por la radio ha sido tener un micrófono enfrente y estar frente a un auditorio en un programa en vivo, son dos formas diferentes, pero las dos confluyen en el gusto por la radio”, indica.

94. EL CAMINO REAL DE TIERRA ADENTRO

José Antonio Álvarez Castillo



“Un camino, una ruta, un sendero, una vía, un recorrido, un trayecto no solo comunican y transportan, además sirven y representan unión, acercamiento, encuentro, renovación, esperanza, emoción, aventura, descubrimiento, intercambio, dirección, guía, comercio. Por otro lado, y como parte de la vida, alegrías y claro tristezas que nos templan en la existencia, además el sendero acorta y aleja, es destierro, desilusión, cada paso nos conduce a un cambio, una adversidad, un reto, un esfuerzo, un éxito que modificará nuestra diaria realidad, caminamos y ya no seremos los mismos y en cada recorrido la vida tampoco será la misma”.

En este trabajo se describe la importancia del Camino Real de Tierra Adentro, incluyendo y destacando la porción en el noreste novohispano, analizando sus características durante la Guerra de independencia, tanto en el

inicio (1810-1811), durante la lucha (1811-1820) y en la consumación de esta (1821).

Durante el virreinato se establecieron y desarrollaron varios caminos muy conocidos en la Nueva España denominados como “Caminos Reales”, entre estos el Camino Real de Coahuila y Tejas, denominado también como Camino de Tierra Adentro.

Al hablar de caminos reales, hablamos de caminos de terracería o empedrados para aquel momento, nombrados así por transportar sobre todo los minerales (oro y plata) explotados para la corona durante el virreinato, pero desde otra acepción todo camino en Nueva España es un Camino Real, puesto que está dentro del reino, patrocinado por el rey y para su servicio.

Estos caminos se encuentran coincidiendo por un sinnúmero de localidades, misiones, ciudades, pueblos, villas, presidios, minas, campos agropecuarios, haciendas, ranchos, fincas, etc. Por ahí transitaron exploradores, conquistadores, comerciantes, misioneros, clérigos, obispos, traficantes y contrabandistas, criminales, ladrones, forajidos, constructores, autoridades y burócratas de la corona, servicios como el correo, cobro de impuestos, autoridades eclesiásticas, informantes de medios de comunicación, rebeldes, insurgentes, presidentes de la república, etc.

El camino de Coahuila y Tejas o simplemente de los Tejas iniciaba aproximadamente en la hacienda de Encarnación de Guzmán, poco antes de llegar a Saltillo viniendo de Concepción del Oro, Zacatecas. Llegaba a la villa del Santiago del Saltillo, cruzaba el valle de Monclova, se adentraba en territorio indio (hoy Sabinas), atravesaba el río Bravo y llegaba a las misiones de San Antonio Béjar,

prosiguiendo su trayecto al norte hasta llegar a poblaciones de territorio de Luisiana. En su recorrido este sendero, que se empezó a usar en 1585, cruzaba varias haciendas: la mencionada Encarnación de Guzmán; inmediaciones de la Hacienda de Buenavista, cabeza del marquesado de Aguayo y del latifundio de los Sánchez Navarro; la hacienda de la Capellanía, en el actual municipio de Ramos Arizpe; la cuesta del Cabrito, hoy la zona de la Muralla en el valle de la Monclova; llegaba al rancho de Santa Cecilia del Castaño, la Estancia de Sánchez, el rancho de las Adjuntas, el rancho de las Hermanas, todos ellos en las cercanías de la actual Monclova. Seguía hacia el Sauz, el rancho de los Álamos, el Aguaje de la Lomería situados en la actual región Carbonífera; seguía a la villa de Gigedo, al presidio de Río Grande en la zona de Piedras Negras; cruzaba el río Bravo o Grande por el paso de Francia, hoy Eagle Pass. Seguía por el río Nueces, por el río Frío, el río Medina, la misión de la Espada, y llegaba a San Antonio de Béjar, todos ellos en la región de influencia de hoy San Antonio Texas. Seguía hacia el río Sabine, en la frontera de Texas con Luisiana, llegaba al presidio de nuestra señora del Pilar de los Adaes, y terminaba en la misión de San Miguel, de Cuellar de los Adaes, hoy Nueva Orleans.

En 1591 es el sendero por donde se trasladan las migraciones tlaxcaltecas a varias poblaciones del noreste, incluyendo el pueblo de San Esteban de la Nueva Tlaxcala. En 1608, por esta ruta llegó el Santo Cristo de la Capilla.

Algunos personajes que transitaron por este camino fueron; Fray Juan De Larios en 1674, Teodoro de Croix en 1770, fray Agustín De Morfi OFM en 1777, el padre fray José De Arlegui, Miguel Hidalgo, Ignacio Allende, los her-

manos Juan e Ignacio Aldama, Mariano Jiménez y demás Insurgentes, ya que arribaron a Saltillo en marzo de 1811. En ese mismo mes, algunos días después, al salir los rebeldes insurgentes, retoman el Camino de los Tejas con rumbo al norte para llegar a Estados Unidos, pero fueron capturados kilómetros al norte de la villa del Santiago del Saltillo (en Acatita de Bajan; hoy municipio de Ramos Arizpe).

Otro líder insurgente toma el Camino Real en sentido contrario a los insurgentes antes mencionados: Ignacio López Rayón, con otra misión, en su retorno al centro de la todavía Nueva España, con la consabida leyenda del ocultamiento de cañones y dinero, posiblemente en el Puerto Piñones, al sur de Saltillo, llevándose a cabo la batalla del Puerto Piñones, uno de los combates entre insurgentes y realistas en el noreste del virreinato.

Años más tarde, en 1836, Antonio López de Santa Ana para combatir la independencia del territorio de Texas, transitó por esta vía hacia el Álamo, y en 1847 para librar la famosa batalla de la Angostura al sur de Saltillo. También el presidente Benito Juárez, en el viaje que llegaría hasta el Paso del Norte; y el gobernador de Coahuila, Venustiano Carranza, en 1914, posterior a la firma del plan de Guadalupe, recorrió esta ruta para dirigir al ejército constitucionalista.

Los fundadores de Sabinas, Coahuila, que salieron de la hacienda de Santo Domingo, hoy perteneciente al municipio de Ramos Arizpe, así como multitud de frailes y obispos de la provincia de la Nueva Galicia y de otros lugares.

Por este espacio llegaban y salían un gran cumulo de noticias, ya fueran oficiales o no, pero llegaba a moverse una gran cantidad de información, específicamente las noticias de los enfrentamientos entre insurgentes y realistas, además de las ordenanzas de la corona española. Durante los siglos XVII al XIX, la feria de Saltillo uso el sendero para que llegaran y salieran los productos, comerciantes y visitantes de la misma.

En 1817 la imprenta que trajo Fray Servando Teresa De Mier en su viaje con Francisco Javier Mina bordeó y llegó al camino de Santa Fe. Su destino era la ciudad de Monterrey en el Nuevo Reino de León, hoy estado de Nuevo León.

95. EL DÍA QUE LLORÓ EL GOBERNADOR DE COAHUILA

Alfredo Dávila Domínguez



El día había transcurrido dentro de la normalidad y hasta tranquilo ese miércoles 23 de marzo de aquel ahora lejano año de 1994. El trabajo periodístico, es decir la rutina diaria, prácticamente había concluido ya al terminar la transmisión del programa radiofónico *Detrás de la Noticia* que conducía de dos a tres y media de la tarde en la XEKS. El contenido del noticiario había sido, la verdad, más bien pobre, de esos que dejan con cierto aire de insatisfacción a un reportero que se precie de serlo.

Nada extraordinario parecía alterar la monotonía de Coahuila, gobernada por Rogelio Montemayor Seguy, ni la de la capital del estado, cuyo alcalde era Miguel Arizpe Jiménez. Nada, salvo la reciente visita del entonces presidente Carlos Salinas, quien en un improvisado discurso en Saltillo había despertado grandes expectativas entre la clase política regional, al asegurar que: “A Coahuila y a su gobernador les esperan grandes cosas con el próximo presidente de México [...] yo les recuerdo que quien me presentó a Luis Donald Colosio, fue nada menos que su gobernador Rogelio Montemayor”.

Aquellas palabras de Salinas tuvieron un efecto inmediato en el equipo político del gobernador coahuilense, en sus colaboradores y en general en los miembros de la corte que suele rodear a los gobernantes. Se empezó a mencionar como integrante del siguiente gabinete federal y consecuentemente como presidenciable al doctor Montemayor. Sus más allegados, y los no tanto, comenzaron a soñar con las posiciones que obtendrían en un futuro cercano. Todo era felicidad y buenos augurios para el grupo en el que figuraban nombres como Juaristi Septién, Marcos Issa, Beatriz Flores, Claudio Bress y un larguísimo etcétera.

Salimos, decía, del edificio de la legendaria radiodifusora XEKS, en la calle de Manuel Pérez Treviño, el grupo de trabajo de “Detrás de la Noticia” que encabezaba quien esto escribe. Permítame aquí el lector hacer una pausa para recordar a ese puñado de jóvenes reporteros que procurábamos hacer periodismo en serio, sin adjetivos, con la natural animadversión de funcionarios y políticos que, en su ignorancia y falta de oficio, interpretaban como “ataques” los señalamientos y denuncias que día a día —con la comprensión y el apoyo de Chuy López Castro, el propietario de la empresa—, hacíamos lo mismo contra dependencias federales, estatales o municipales, del PRI o del PAN. Que en esos menesteres de la ignorancia y la corrupción oficiales no hay partido que detente la exclusividad, ni época que quede libre de ellas.

De ahí encaminamos nuestros pasos a otra institución legendaria en Saltillo, como lo es la Sociedad Manuel Acuña, cuyo bar era lugar de reunión de periodistas, locutores, burócratas y una clientela de lo más diversa y variopinta,

unida por su afición a la bohemia y a la buena conversación. Después de beber un par de cervezas con los colegas y saludar algunos amigos, me despedí de ellos y bajé a los baños con la intención de disfrutar del sauna y el vapor, para luego tomar una ducha fría.

Al salir de la regadera temblando de frío, con rumbo al vestidor, al tiempo que me echaba sobre los hombros una toalla, el servicial Nicolás, encargado de los baños de vapor en la “Acuña”, me dijo con aire de enterado “¿Ya supo licenciado, que acaban de balacear a Colosio allá en Tijuana?”. Me frené en seco y solo alcancé a preguntar “¿Me estás hablando en serio?... ¿Cómo supiste?” El otro me respondió algo de lo que solo recuerdo que lo acababa de oír en la SJ (se refería, claro, a la estación de radio XESJ). Sin alcanzar a secarme del todo, y ya presa de la excitación que solo reconoce un reportero ante la presencia de un hecho extraordinario, me vestí y salí corriendo del edificio de la “Acuña”. Eran las seis de la tarde con veinte minutos.

Sin pensarlo mucho, ni poco, me dirigí al cercano palacio de gobierno. Antes de ingresar a Palacio, divisé que en la Plaza de Armas ya se encontraban reunidos en corrillo siete u ocho de los reporteros que, para diferentes medios, cubrían las actividades del gobernador del estado. Me uní a ellos que ya comentaban la nota y mientras algunos aportaban algunos datos más precisos sobre el atentado al candidato presidencial priista, otros, los de mayor experiencia, formulaban una serie de conjeturas sobre los motivos y las consecuencias que tendría para el país y para Coahuila la noticia que corría por todo México.

Ingresamos todos juntos a la sede del poder gubernamental del estado y nos dirigimos a la oficina de Co-

municación Social, donde solicitamos que nos recibiera el titular, para acordar una entrevista con el gobernador Montemayor, en la cual esperábamos que nos diera sus primeras impresiones sobre el atentado al candidato presidencial de su partido, pero por sobre todo, su amigo. También queríamos obtener información confiable sobre las condiciones de Luis Donald Colosio, ya que las versiones al respecto eran en ese momento muy diferentes entre sí y hasta contradictorias.

Por supuesto, y como es costumbre no escrita entre la burocracia, nadie nos pudo dar razón del director de comunicación social, y, mucho menos, del paradero del gobernador del estado. Reunidos en la sala de prensa, ubicada en la planta baja de Palacio, y después de múltiples e infructuosas llamadas telefónicas para obtener reacciones de políticos y personajes notables de la sociedad, solo nos quedaba el recurso más ingrato: la espera. El reloj de la sala de prensa marcaba las siete y pocos minutos.

En eso, uno de los compañeros reporteros recordó que, en el fraccionamiento del Magisterio, casi sobre la carretera 57 al oriente de Saltillo, presuntamente vivía la madre de la esposa de Luis Donald Colosio, Diana Laura Riojas —originaria de Nueva Rosita, Coahuila—, e invitó a acompañarlo al lugar. Era un tiro a ciegas, las posibilidades de encontrar a la señora y lograr que en esos momentos nos diera alguna declaración era, la verdad, muy remota, pero todo era mejor a quedarse esperando y decidí seguir los pasos de mi colega.

Llegamos al lugar, cerca de las siete y media de la tarde. Ya se encontraban ahí otros reporteros, quienes nos dijeron que ya habían tocado y nadie había respondido. En

efecto, el sitio lucía desierto, las primeras sombras de la noche empezaban a presentarse y no se veía en la vivienda ni una sola luz. Ante ese panorama, la mayoría decidimos retirarnos y solo unos pocos se quedaron en el sitio.

De ahí regresé a Palacio, ya en compañía de José (Pepe) Mena Soto, de mis primeros amigos en este oficio y reportero de la agencia SIP, y de la corresponsal del periódico “El Norte” en Saltillo Luli Fuentes. Eran entre las siete y cuarenta y cinco y las ocho de la noche y tanto en el exterior como en el interior, el inmueble lucía particularmente solitario, un tanto sombrío. En lugar de ir a sala de prensa, resolvimos subir las escaleras hasta el primer piso donde se encuentra el despacho del gobernador, pero al llegar a la entrada un par de guardias nos impidieron el acceso. Ni siquiera llegamos al escritorio de la recepcionista.

Impotentes y sin meditarlo mucho, subimos entonces al segundo piso del palacio. Ahí el ambiente era más sombrío aún, pues el despacho de la Secretaría General de Gobierno se encontraba en remodelación. Desde la puerta y en una casi completa oscuridad, solo se distinguían los escombros de algunas paredes recién derribadas. En este punto, Luli Fuentes decidió regresar a la planta baja y Pepe Mena se ofreció acompañarla.

La verdad aún ahora no sé qué me impulsó a seguir adelante. Avancé despacio, pero decidido hasta el fondo del despacho y ahí me encontré con la escalera interior (ahora en su lugar existe un moderno elevador) que comunicaba desde el sótano hasta ese segundo piso. Entonces bajé cuidándome de no hacer demasiado ruido. Bajé y al abrir una puerta me encontré en las oficinas del gobernador de Coahuila. Había mucha gente yendo y viniendo

y las secretarías en sus puestos lucían un semblante inusualmente tenso, de tristeza. Avancé unos metros más y distinguí a un grupo casi a la entrada del despacho del doctor Montemayor, del que solo recuerdo haber reconocido al Capitán Rubén Victoria, un defecio treintón ex policía federal de caminos, hombre de toda la confianza del gobernador.

En ese momento giré la cara hacia mi derecha y vi que la puerta del despacho del gobernador se hallaba entreabierta. Contuve la respiración y al oprimir, de manera casi automática, la tecla “record” de mi inseparable Panasonic, mi instinto de reportero curtido ya en muchas acciones llevó mi otra mano, la izquierda, a empujar con cuidado la puerta y asomé mi cabeza y mi torso al interior del despacho. Lo que observé me dejó inmóvil, perplejo.

Con la camisa remangada y los codos sobre su escritorio el doctor Montemayor se mesaba los cabellos, mientras con el rostro hacia abajo su cuerpo se convulsionaba por el llanto. Sí, el hombre fuerte de Coahuila, el gobernador con mayor futuro en el país lloraba a solas en su oficina. Por su amigo, por su compañero de partido, por el hombre que lo habría llevado a escalar, quizá, las mayores —¿la mayor?— posiciones en la política de México.

Entonces retrocedí y en ese momento alguien del grupo afuera de la oficina notó mi presencia y fui sacado sin miramientos —y sin oponer ninguna resistencia— de las oficinas del gobernador. No recuerdo, pero no tiene importancia, si me insultaron al botarme. Bajé saltando de dos en dos los peldaños de las escaleras, hasta la planta baja, atravesé corriendo el patio central y salí por la puerta del lado norte del palacio a la Plaza de Armas. Aspiré el

aire fresco de la noche saltillense y al voltear a ver el reloj de la catedral, me percaté que mi dedo pulgar aún oprimía con fuerza la tecla de mi grabadora. Eran las ocho y media de la noche que vi llorar al gobernador de Coahuila.

96. LAS SIETE VIDAS DE ENRIQUE MARTÍNEZ

Francisco J. De La Peña De León



Exalcalde de Saltillo, ex gobernador de Coahuila, ex secretario de Agricultura del gobierno federal y embajador de México en Cuba. Nadie podrá dudar que Enrique Martínez y Martínez, es un hombre con suerte. En dos ocasiones, ha estado a punto de subir a vehículos cuyos ocupantes fallecieron de forma violenta, y en ambas ocasiones, por azares del destino, el también destacado empresario saltillense no alcanzó a llegar a tiempo, salvando con ello su vida.

La primera ocasión fue en Ciudad Victoria, Tamaulipas, el 28 de junio de 2010, cuando Enrique planeaba acompañar al candidato del PRI a la gubernatura de ese estado, Rodolfo Torre Cantú, a una gira en Matamoros y Valle Hermoso; sin embargo, el coahuilense, quien por ese entonces había concluido ya su gestión como gobernador, no llegó a tiempo a la cita, por lo que Torre Cantú se fue sin él rumbo al aeropuerto del cual partiría, pero en el trayecto fue interceptado por un comando armado que lo asesinó a él y a cuatro de sus acompañantes.

La segunda ocasión ocurrió en julio de 2012. Enrique Martínez asistió a una comida en Atlacomulco, junto con Enrique Peña Nieto y un grupo de personas cercanas al presidente de la República. Su plan era regresar a la Ciudad de México en el helicóptero propiedad del empresario Luís Armando Hinojosa, pero una vez más, por circunstancias del destino, no alcanzó a abordar la aeronave, la cual minutos después, cerca de las diez de la noche de ese sábado, se estrellaría sobre la sierra de Temoaya, justo en el paraje Cerro Alpino, ubicado a unos cuarenta kilómetros al nororiente de Toluca. Hinojosa falleció de manera instantánea, al igual que los dos miembros de la tripulación.

En la primera ocasión hay al menos dos versiones del porqué no llegó a tiempo a la cita con el candidato asesinado. Una dice que la noche anterior se desveló hasta muy tarde, y que por la mañana se quedó dormido. La otra versión asegura que cuando ya iba en camino, se dio cuenta de que había olvidado su computadora en el hotel, y que decidió regresar por esta. Luego intentó darle alcance a Torre Cantú en el trayecto rumbo al aeropuerto de Ciudad Victoria, pero cuando estaba cerca del convoy donde viajaba el candidato, fue cuando ocurrió el ataque que lo privó de la vida; al percatarse Enrique y su acompañante de lo que estaba ocurriendo, optaron por retornar a Ciudad Victoria, según narró posteriormente uno de estos acompañantes.

En cuanto al accidente de Luís Armando Hinojosa, la versión que cuentan personajes cercanos a Enrique Martínez es que momentos antes de abordar el helicóptero le avisaron que tenía que atender una llamada urgente, por lo cual optó por permanecer en Atlacomulco. Esa llamada,

al igual que el olvido de la computadora en Tamaulipas, le habrían salvado la vida.

97. EL ‘PROFESOR JIRAFALES’, UN PERSONAJE QUE NACIÓ EN SALTILLO

José Badillo Mendoza



Antes de convertirse en el famoso “profesor Jirafales” en la vecindad del *Chavo del Ocho*, Rubén Aguirre no imaginó la popularidad que llegaría a tener cuando estudiaba ingeniería en la Escuela Superior de Agricultura Hermanos Escobar, en la ciudad de Chihuahua, carrera que terminó en la década de los 60.

Rubén Aguirre Fuentes nació en Saltillo el 15 de junio de 1934, en alguna de las calles del barrio Santa Anita. Cursó la preparatoria en el Ateneo Fuente, y después trabajó como locutor en la radiodifusora XESJ, decidiendo trasladarse a la ciudad de Monterrey, NL., dando inicio ahí a su carrera actoral en televisión con programas del canal 6 en los programas *8 y media con Kippy* y *Vámonos P’al Rancho*.

En la capital neoleonesa, lo descubre el productor Sergio Peña, invitándolo a trabajar en la Ciudad de México, en dónde inicia como conductor del programa infantil de concursos *El Club de los Millonarios* en el año 1970.

Ese mismo año participa en un programa llamado *El Club de Shory* en el canal 8, junto con Carlos Villagrán y María Antonieta de las Nieves, personajes que lo acompañaron a lo largo de su carrera artística.

En sus incipientes éxitos, logra entrar en contacto con el actor, productor y director Roberto Gómez Bolaños, quien le da un papel en importante proyecto que iniciaba en la televisión *El Ciudadano Gómez*. Con el mismo “Chespirito” trabaja en el programa *Chespirotadas*, y de ahí pasa a otro proyecto de importancia llamado *Los Súper Genios de la Mesa Cuadrada*, que es aquí donde empiezan a llamarlo Rubén Aguirre “Jirafales”, para pasar después a “profesor Jirafales” debido a sus dos metros de estatura.

Trabajando junto a Roberto Gómez Bolaños, “Chespirito” lo llevó a una exitosa carrera en la televisión mexicana, participando en los famosos programas *El Chapulín Colorado* y *El Chavo del Ocho*, en este último en el papel del “profesor Jirafales”, eternamente enamorado de la señora de tubos en el pelo que nunca se quitaba “doña Florinda”; el “señor Barriga”, que mucho batallaba para que le pagaran las rentas; “don Ramón” siempre peleando con toda la vecindad defendiendo a su hija “la chilindrina”; “Quico”, llorando por todos los rincones de la vecindad; y por supuesto “El chavo del ocho”, viviendo en un tonel de doscientos litros por ser un pobre niño sin hogar y sin fortuna.

En su vida actoral, participó en más de veinticinco películas y cerca de setenta programas de televisión, siendo *El Chavo del Ocho* el famoso programa que hizo época manteniendo a los niños riendo a carcajadas y a los papás apre-

miándolos con la tarea escolar para llevar al día siguiente. Esos niños —hoy adultos— después de muchos años aún siguen recordando con alegría la genialidad y berrinches del “profesor Jirafales” con su clásico “ta ta taaaa”.

Rubén Aguirre Fuentes murió de neumonía en su casa de Puerto Vallarta el 17 de junio de 2016, a la edad de ochenta y dos, dos días después de su cumpleaños.

Camino a su última morada, lo acompañó un mariachi tocando el tema musical que daba inicio al programa *El Chavo del Ocho*.

En la cúspide de la fama, nunca olvido su tierra natal, Saltillo.

En opinión muy personal puedo asegurar que los dos actores más conocidos en México nacidos en Saltillo son Fernando Soler y Rubén Aguirre, con la diferencia de que el nacimiento de don Fernando fue mera casualidad, nunca regresó a su tierra ni dejó parientes; en cambio, Rubén cada vez que tenía tiempo visitaba a su gran familia con mucho arraigo en Saltillo.

98. EL OBISPO QUE PROTEGÍA A LOS DELINCUENTES

Francisco J. De La Peña De León



En septiembre de 2009, un hondureño que estaba de paso por Saltillo con la intención de llegar a los Estados Unidos asesinó con brutal saña a una joven mujer en su propia casa, ubicada en el centro de la ciudad, en donde el homicida realizaba labores de pintura y albañilería. En los mismos hechos, apuñaló hasta casi causarle la muerte a la sirvienta de la víctima.

Fue capturado por la policía municipal, y con base en el testimonio de la sirvienta y otros elementos probatorios que constan en expediente judicial, el hondureño fue sentenciado a cumplir una larga condena tras las rejas.

El homicidio causó un gran impacto en la tradicionalmente conservadora sociedad saltillense; pero, además, la intervención del obispo de la diócesis de Saltillo y su principal asistente como defensores no de las víctimas, sino del asesino, le dieron a esta historia un vuelco inesperado que llegó incluso a cimbrar los cimientos de la Iglesia Católica en la ciudad.

Testimonio

“[...] Aprovechando que me estaba dando la espalda, pues ella estaba lavando los trastes en el fregadero y una vez que me puse detrás de ella, con mi mano izquierdo le tape la boca y la punta del cuchillo se la puse en la espalda del lado derecho y le dije no grites, esto es solamente un asalto, pero no me hizo caso y empezó a forcejear conmigo e intento quitarme el cuchillo y queriendo gritar y yo le decía que solo era un asalto, que no gritara, y me acuerdo que le metí cuatro cuchillazos en su espalda y en el estómago y por el forcejeo tumbó al piso los trastes que había lavado, en eso se paró y pude observar que iba sangrando de su estómago porque traía su ropa manchada e iba escurriendo sangre al piso, y yo me fui detrás de ella y la alcancé en el patio en donde seguimos forcejeando y le clavé en varias ocasiones el cuchillo en la espalda y en el estómago, y otros más en el pecho sin poder recordar cuantas veces [...]”.

El lugar de los hechos

Saltillo es una ciudad donde nunca ocurre nada memorable. Si acaso, en sus casi cuatrocientos cincuenta años de existencia, la ciudad registra tres o cuatro acontecimientos que valen la pena recordar: el primero de ellos, por ahí de 1608, la llegada del milagroso Santo Cristo de la Capilla a lomos de una mula, conducida desde Veracruz por un hombre llamado Santos Rojo, imagen que a la larga se convertiría en la más querida y venerada por los saltillenses.

Luego, muchos años después, en 1847 la batalla de la Angostura, en la cual el traidor Antonio López de Santa Ana se rindió cobardemente a las fuerzas del general estadounidense Zachary Taylor, dando pie con esta derrota a la mutilación de más de la mitad del territorio de México. Más tarde, la ocasión en la que, según cuenta la leyenda, el mítico Pancho Villa, en plena Revolución Mexicana, por ahí de 1914 o 1915, se comió a un león justo en la casa que le perteneciera a Santos Rojo.

El trenazo de Puente Moreno, un accidente ferroviario en el que murieron más personas que en el naufragio del Titanic —más de mil quinientos peregrinos provenientes de Real de Catorce, a donde habían acudido a venerar una imagen de San Francisco de Asís—.

Y, por supuesto, la famosa fiesta en la cual el desalmado Hipólito mató a la bella Rosita Álvarez, cuando esta se negó a bailar con él, sin imaginar que esa sería la última cosa a la cual se negaría en toda su vida.

Por eso, cuando un migrante hondureño asesinó con brutal saña a una joven mujer que le había ofrecido trabajo para que ganara algo de dinero, y pudiera así cumplir su sueño de llegar a los Estados Unidos, la conservadora sociedad saltillense se estremeció hasta sus cimientos, quedando este hecho registrado como uno de los acontecimientos más significativos en la historia de la ciudad, y más aún cuando el Obispo de Saltillo salió en defensa del asesino, dejando desamparadas a las víctimas.

La casa del migrante

Ubicada al norte de México, Saltillo se localiza tan solo a trescientos kilómetros de la frontera con los Estados Unidos, y es el cruce de dos importantes líneas ferroviarias que conectan el sur y el centro del país con los estados fronterizos del norte. Por esa razón, año con año miles de hondureños, salvadoreños y guatemaltecos cruzan por la ciudad a lomos del ferrocarril, provenientes de sus países de origen y con destino final al anhelado y mal llamado sueño americano. Sin embargo, hace algunos años, la inmensa mayoría ni siquiera se detenía en la ciudad. Acaso unos cuantos, que, aprovechando que el tren hacía alguna parada para descargar o cargar mercancía, se bajaban del ferrocarril para conseguir algo de dinero, agua o comida, pero en seguida volvían a abordar para continuar su camino.

Pero alrededor del año 2000 llegó a Saltillo un nuevo obispo católico, proveniente de la selva chiapaneca, el cual pensó que sería una buena idea fundar en la ciudad un albergue para recibir a los migrantes y ofrecerles un lugar donde reposar por unos cuantos días de su largo viaje, antes de proseguir rumbo a su incierto destino. Así fue como nació la Casa del Migrante de Saltillo, y fue así también como se comenzó a gestar la tragedia que, años después, sacudiría a toda la ciudad y pondría en entredicho la autoridad moral de ese obispo y de la propia iglesia católica.

En el año 2002, el obispo Raúl Vera López, partidario de la teología de la liberación, funda la Casa del Migrante y pone al frente de la misma al sacerdote Pedro Pantoja, un buen hombre que compartía muchas de sus ideas

e ideales. A partir de ese año, el albergue comienza a recibir cada día a un mayor número de migrantes que viajaban con rumbo a los Estados Unidos, para brindarles a su paso un lugar donde reposar de la larga travesía que habían emprendido desde Centroamérica y recuperar fuerzas para continuar su camino.

La mayoría de ellos, al cabo de unos días así lo hacían, pero unos cuantos, descubrieron que Saltillo es una tierra prometida tan apetitosa como los Estados Unidos, e incluso con la ventaja de que aquí se habla el mismo idioma que el suyo, por lo que, en lugar de continuar la travesía, decidieron probar suerte en la ciudad. Muchos de ellos, gente buena y trabajadora que lo único que buscaban era encontrar mejores condiciones de vida para ellos y para sus familias. Los menos —pero no pocos—, malhechores que venían huyendo de su país de origen, y que aquí fueron reclutados por los grupos de la delincuencia organizada para ejercer actividades relacionadas con el tráfico de drogas y otras similares.

Los testigos

En su declaración ministerial, Martín García relató que, el 30 de septiembre de 2009, cerca de medio día, se encontraba laborando en la Procuraduría de Atención Ciudadana, una dependencia gubernamental ubicada en la calle Victoria del centro de Saltillo, cuando de pronto escuchó gritos muy fuertes de una mujer, por lo que decidió salir a la calle para ver que ocurría, y fue cuando se percató que los gritos provenían de la casa vecina.

En eso, vio que por la calle venía un policía montado en su bicicleta, al cual le informó lo que sucedía. Sin embargo, la puerta de la casa se encontraba cerrada con un candado, por lo que no pudieron entrar, de tal forma que Martín se regresó al edificio donde laboraba y se brincó por una ventana al techo del estacionamiento, desde donde pudo observar que, en el techo de la casa vecina, se encontraba tirada una mujer, cubierta de sangre. Decidió entonces regresar a donde estaba el policía, y cuando lo hizo, se percató que este ya había abierto el candado y que afuera de la casa se encontraba un hombre sentado, el cual sangraba de las manos.

Esta declaración fue confirmada por Juan Francisco Leza García, quien también laboraba en la misma dependencia gubernamental que Martín, y quien al igual que su compañero había salido a la calle al escuchar los gritos de la mujer, percatándose de lo que había ocurrido.

Mientras tanto, la pequeña Carolina Jocelyn Palomo Gámez y su mamá, Dora Lidia Gámez Díaz, quienes trabajaban en un negocio de venta de elotes situado justo al lado de la casa donde ocurrió la tragedia, también habían escuchado los gritos de la mujer, acudiendo a su vez para saber que era lo que ocurría. Jocelyn y Dora Lidia narraron que, afuera de la casa vecina, se comenzó a juntar mucha gente, y que unas personas decían que en el techo de la casa estaban golpeando a una muchacha. El policía municipal estaba parado afuera de esa casa y de pronto un hombre que venía de adentro —con las manos cubiertas de sangre— se acercó y le dijo que habían matado a su patrona, que dos personas se habían metido a robar a la casa y que él había intentado defenderla junto con una em-

pleada, y que los atacantes habían lesionado en sus manos con un cuchillo.

Esta historia la repitió dos o tres ocasiones desde adentro de la reja, pero luego, ingresó de nuevo a la casa para buscar las llaves de la puerta, las cuales le entregó al policía, con las que este abrió el candado. El hombre, un joven de piel morena de alrededor de 24 años —de acuerdo con el testimonio de Jocelyn y de su madre—, se sentó en las escaleras de acceso a la casa mientras seguía diciendo que habían matado a su patrona, que los asaltantes traían playeras blancas, dijo primero; que eran grises, diría después. El hombre sangraba mucho de sus manos, por lo que la mamá de Jocelyn le dio un pedazo de papel para que se limpiara, hasta que un rato después llegó una ambulancia de la Cruz Roja y se lo llevó para ser atendido.

El esposo

La calle Victoria, bautizada así en honor al primer presidente de México, Guadalupe Victoria, es una de las más hermosas de Saltillo. Nace en la plaza de la Nueva Tlaxcala, justo a espaldas de Palacio de Gobierno, y recorre apenas unas cuantas cuadras hasta terminar en la Alameda Zaragoza.

Por sus aceras, solían pasear muchos de los gobernadores del estado, a los que les gustaba salir de Palacio de Gobierno para caminar unos minutos con rumbo a la Alameda, y quizá disfrutar un cono de nieve, ver alguna película en el cine Palacio, o cenar en la Terraza Romana, uno de los mejores restaurantes de comida italiana en la ciudad. También fue paseo habitual de muchos de los hom-

bres más ricos de la ciudad, que habían construido sus residencias en los alrededores de la Alameda. En esa misma calle, el 30 de septiembre de 2009 cerca del mediodía, fue visto caminando, con la mirada perdida y los ojos llorosos, el comerciante Emilio Charvel. Minutos antes, advertido por su cuñado, había llegado a su casa ubicada en el número 612 de la calle Victoria, para encontrarse con el cuerpo sin vida de su esposa Perla Yudith.

En su comparecencia ante las autoridades, Emilio manifestó que ese día, aproximadamente a las once horas con cuarenta y cinco minutos de la mañana, se encontraba con un amigo en una tienda de abarrotes que está ubicada en la vecina ciudad de Ramos Arizpe entregándole unos productos, cuando recibió una llamada de parte de su cuñado, quien le informó que había un problema en su domicilio, ya que habían lesionado con un arma blanca a la empleada doméstica que trabajaba en su domicilio. Minutos después, su cuñado le volvió a marcar para informarle que su esposa había fallecido, víctima también de lesiones producidas con un cuchillo.

Perla y Emilio se habían casado apenas un año y cinco meses antes, en el Registro Civil de San Pedro Garza García, Nuevo León —cien kilómetros al noreste de Saltillo—, y se habían trasladado a vivir a Saltillo, de donde Emilio era originario, integrante de una respetada y querida familia de comerciantes de la ciudad.

El migrante

Veintiséis años antes, en la ciudad de San Pedro Sula, en Honduras, a dos mil quinientos kilómetros de distancia de

Saltillo había nacido en la más absoluta pobreza un niño que fue bautizado como Reyes Gustavo. Poco se sabe de su infancia, pero es fácil suponer lo difícil que ha de haber resultado en una familia sumida en la pobreza y en un país caracterizado por la violencia y la falta de oportunidades.

Por eso, al igual que cientos de miles de sus compatriotas, en 2005 Reyes Gustavo comenzó su peregrinaje con rumbo a la tierra del sueño americano, los Estados Unidos, en donde, de acuerdo con la leyenda, lo esperaba una vida de riqueza y abundancia.

De San Pedro Sula hizo el primer tramo a pie, atravesando Guatemala en compañía de otros migrantes que viajaban con el mismo destino, y una vez que cruzó la frontera con México, en el estado de Chiapas, se subió a “la Bestia”, el ferrocarril de carga de mercancía que atraviesa la columna vertebral de México comunicando la frontera sur con el anhelado norte. En el camino, escuchó a algunos de sus compañeros que ya habían efectuado antes la travesía decir que en Saltillo había un albergue para los migrantes, en donde podrían descansar unos días para reponer fuerzas.

Por eso, cuando llegó a la ciudad por el lado sur, en el rumbo de la colonia Landín, se bajó del tren y se dirigió junto con otros compañeros a la Casa del Migrante. Ahí los recibió un hombre bueno, el Padre Pantoja, quien además de alimentarlos y proveerlos de ropa limpia, les permitió darse un baño, rasurarse, y lo más importante, dormir en una cama de verdad después de muchas semanas durmiendo como podían colgados de los vagones del ferrocarril.

El único requisito que Pantoja les puso fue que acudieran a misa todos los días que permanecieron en el albergue, y que escucharan con atención su homilía, la cual siempre basaba en los principios de la teología de la liberación. Un poco de adoctrinamiento no le venía mal a nadie, pensaba Pantoja, mientras les hablaba de las injusticias del mundo, de la desigualdad existente, y del porqué ellos tenían los mismos derechos a ser libres y felices, tal como el resto de los seres humanos.

Con ese pensamiento en mente, y sin un centavo en los bolsillos, Reyes Gustavo decidió postergar su viaje a los Estados Unidos y se quedó un tiempo a vivir en Saltillo. Con la ayuda de los encargados de la Casa del Migrante, consiguió trabajo en la zapatería propiedad de un joven comerciante de nombre Anuar Charvel, y con el dinero que ganaba, pudo pagar la renta de un cuarto, comprar comida y hasta le sobraba un poco para mandarle a su familia en Honduras.

Pero esto no fue suficiente, por lo que decidió continuar su camino rumbo al norte, con tan mala suerte que, apenas cruzó el río Bravo y puso un pie en los Estados Unidos, una patrulla de la policía fronteriza lo capturó, deportándolo días después en un autobús que lo regreso directo hasta la frontera de Guatemala con Honduras. Los gringos lo golpearon, lo humillaron y se deshicieron de él como si fuera el papel en que se envuelve una hamburguesa del McDonald's.

Regresó derrotado a San Pedro Sula, otra vez sin un peso en los bolsillos, pero con la firme determinación de volver a intentarlo. Se tardó más de tres años en juntar de nuevo el dinero necesario para pagar a los polleros, como

se conoce a los traficantes de personas en México y Centroamérica. Una vez que lo consiguió, volvió a emprender el camino, pero esta vez su objetivo era otro.

En agosto de 2009, luego de semanas de trayecto, llegó a Saltillo y lo primero que hizo fue una escala de tres días en la Casa del Migrante. Inspirado una vez más por las palabras del padre Pantoja, se dirigió entonces a buscar a su antiguo patrón, Anuar, con la idea esta vez de recuperar su trabajo y quedarse para siempre en la ciudad.

Buscó a Anuar en la zapatería, pero no lo encontró. Sin embargo, ahí platicó con el hermano de este, Emilio, quien le dijo que él podía ofrecerle trabajo en su casa, en un área que estaba remodelando para establecer una cafetería. Durante un lapso de dos semanas, Reyes Gustavo estuvo trabajando en la casa de Emilio, puliendo los pisos, lavando ventanas y pintando paredes. En todo ese tiempo, poco a poco se fue ganando la confianza de su patrón, de la esposa de este, Perla Judith, y de Lesly, la empleada doméstica.

El obispo

José Raúl Vera López nació en 1945 en Acámbaro, Guanajuato, y aunque se graduó de Ingeniero Químico en 1968 en la Universidad Nacional Autónoma de México, ese mismo año decidió enfocar su vida a la religión, por lo que ingresó al seminario en la ciudad de León, en su estado natal, vistiendo el hábito de los dominicos.

Fue tan destacada su trayectoria como sacerdote católico, que en el año de 1995 el papa Juan Pablo II lo nombró obispo Coadjutor de San Cristóbal de Las Casas, en el

sureño y selvático estado de Chiapas, en donde se convirtió en el brazo derecho y principal discípulo del controvertido obispo Samuel Ruiz, principal impulsor de la teología de la liberación en México, y protector incansable de las comunidades indígenas que habitan en el sureste del país.

Recién entonces, había estallado el movimiento guerrillero del Ejército Zapatista de Liberación nacional, encabezado por el subcomandante Marcos, y en el cual tanto Samuel Ruiz como Raúl Vera tuvieron una participación más que protagónica. A raíz de lo anterior, ambos fueron catalogados como “obispos rojos” por el gobierno encabezado por el entonces presidente Ernesto Zedillo.

Por eso, cuando unos cuantos años después Samuel Ruiz cumplió los setenta y cinco de edad, y tuvo que presentar su renuncia al papa Juan Pablo II, tal como lo marcan las leyes de la Iglesia Católica, el secretario de Gobernación del gobierno de México Diódoro Carrasco le pidió al Nuncio Apostólico en este país, Justo Mullor, que el Papa no designara a Vera López para ocupar su lugar. Lo que menos quería el gobierno mexicano, es que hubiera un agitador al frente de la conflictiva diócesis de San Cristóbal.

“No se preocupe”, le dijo el nuncio al secretario. A Vera lo vamos a mandar a un lugar donde no haga daño. Y fue así como, ese mismo año, en diciembre de 1999, el papa lo designó como obispo de la diócesis de Saltillo en lugar de don Francisco Villalobos Padilla, quien, al igual que Samuel Ruiz, había alcanzado también la edad de jubilación.

La decisión del papa parecía sensata. En Saltillo no había grupos guerrilleros ni alzamientos armados. Habitada

por una sociedad conservadora, la industriosa ciudad parecía el lugar indicado para mandar a Vera López sin que tuviera la tentación —como sí la tenía en Chiapas— de generar problemas, pero tanto el papa como el nuncio estaban equivocados. Ninguno de los dos se imaginó que el nuevo obispo tenía una asombrosa capacidad para crear conflictos de la nada, y para mantenerse permanentemente en el ojo del huracán. Las consecuencias de esta decisión la habrían de pagar pronto los habitantes de Saltillo, tanto por los hechos narrados en esta crónica, como por muchos otros que algún día serán tema para otro libro.

Pero, además, Vera López no llegó solo. A su arribo a Saltillo, el nuevo obispo llegó acompañado por una misteriosa mujer de nombre Jaqueline Campbell, una mujer que pronto se convirtió en la auténtica dirigente de la diócesis, y que se encargó de enfrentar al obispo con todos los grupos de poder establecidos en la ciudad y en el estado. Veinte años después, cuando Vera López se convirtió en obispo emérito, la señora Campbell seguía a su lado, como el último refugio que le quedó al fraile dominico para pasar sus últimos años de la vejez.

La sirvienta

“[...] Entonces pasó un rato que me pidió agua la última vez. Se acerca por detrás con el cuchillo en la mano y me dice: no hagas ruido, no hables, guarda silencio. En eso me dio un piquete aquí, —señalando la testigo el abdomen—, y cuando sentí el piquete fue cuando se me vino a la mente mi hijo y en eso fue cuando intente quitarle el cuchillo, es decir, se lo

tironeé y en ese momento no recuerdo cuando fue el momento cuando pude salir, porque yo estaba cerca de la puerta, y yo salgo al patio de la casa y ahí cerca de la puerta de la casa del mismo patio estaban cerca las escaleras para subir a la planta de arriba de la misma casa, y yo iba pidiendo auxilio pensando que Yudith se iba a encontrar ahí, yo iba gritando auxilio, pensando que me ayudaría ella. Y si ella estaba y salió, y no sé si lo iba a golpear con un pedazo de madera que está ahí dentro, y en eso como estaba pidiendo ayuda y él empezó a forcejear con ella tratando de quitarle el palo que traía, y ya no vi, ya que salí corriendo, ya que en ese momento lo que quería que nos ayudaran a las dos, y nada más recuerdo que yo seguía corriendo hacia la orilla del techo, pero poco antes de llegar a la orilla fue cuando él me alcanzó, me agarró por detrás y me hizo todas estas heridas que traigo en el cuello [...]”.

Como madre soltera de condición humilde, Lesly Flores Treviño trabajaba desde hacía unos años como empleada doméstica en la casa de Emilio y Perla Yudith. Todos los días subía a un autobús que pasaba cerca de su casa, en una de las colonias proletarias ubicadas al oriente de Saltillo, para llegar a tiempo a su trabajo en el centro de la ciudad, mientras dejaba a su pequeño hijo al cuidado de su mamá. Conoció a Reyes Gustavo en casa de su patrona, cuando este llegó a trabajar ahí hacía algunas semanas, y de inmediato establecieron una buena relación. Siempre se comportó amable y respetuoso tanto con ella como con

Perla, y era un hombre trabajador que en verdad parecía tener ganas de sacar adelante a su familia.

Ese día, a media mañana, Reyes Gustavo se tomó un descanso de las labores de mantenimiento que estaba realizando en la parte de la casa donde Emilio pronto abriría una cafetería. Se dirigió a la cocina, donde Lesly se encontraba lavando trastes, y le pidió a esta que le obsequiara un vaso con agua. Lesly se lo entregó, y se retiró al baño de la casa ubicado en el patio lateral de la vivienda, momento en el cual Reyes Gustavo aprovechó para tomar un filoso cuchillo con una hoja de veinte centímetros. Cuando Lesly regresó y continuó lavando los trastes, Reyes se paró detrás de ella, con la mano izquierda le tapó la boca mientras que, con la derecha, le puso la punta del cuchillo en la espalda.

—No grites, esto es un asalto —le dijo el hondureño.

Pero Lesly se asustó y comenzó a gritar. El hondureño, enardecido, le clavó dos veces el cuchillo en la espalda. Ella se volvió de frente, y recibió otra puñalada en el estómago. Como pudo, escapó corriendo hacia el patio, mientras el hondureño la seguía asestándole puñaladas a diestra y siniestra.

Mientras tanto, Perla Yudith, quien se encontraba en su oficina ubicada en la planta baja de la vivienda, alcanzó a escuchar los gritos de Lesly, por lo que salió a ver lo que ocurría. Al verla, Reyes la encaró. Perla Yudith se defendió tirándole un par de patadas a Reyes, pero este logró esquivarla y en respuesta le clavó a ella dos veces el cuchillo en el estómago.

Aprovechando ese momento, Lesly subió corriendo una escalera que da a la parte alta de la casa, con la inten-

ción de pedir ayuda. Reyes empujó a Perla al suelo y corrió detrás de Lesly, pero esta brincó desde el segundo piso hacia el techo de un negocio ubicado justo al lado de la casa, cayendo boca arriba. Dado que Lesly no se movía, Reyes pensó que se había matado al caer. Ese error le costaría muy caro.

Perla Judith

De veintiséis años, 1.75 metros de estatura, tez blanca, complexión delgada, cabello rubio teñido con raíz en color negro, frente regular, cejas depiladas, pestañas cortas, ojos color café, nariz afilada y boca regular. Así se describe a Perla Yudith en el expediente judicial, quien ese día vestía una playera de tirantes color rojo y un pantalón de mezclilla color azul.

Reyes pensó que Lesly estaba muerta, y regresó a la planta baja con la intención de evitar que Perla Yudith pudiera pedir ayuda. La encontró en el patio, a un costado de la cocina, y nuevamente la atacó con el cuchillo causándole diversas heridas en el pecho. Ella intentó defenderse con otro cuchillo que había tomado de la cocina, pero, al no lograrlo, corrió hacia la habitación que Reyes había estado pintando, aquella que estaba destinada a convertirse en una cafetería.

Reyes la siguió y una vez que la alcanzó la empujó violentamente, cayendo Perla Yudith al suelo, por lo que este aprovechó para seguirla agrediendo con el cuchillo. La lesionó el cuello, en la nuca y en la espalda, con tanta saña, que en algún momento el cuchillo topó contra el piso, doblándose y ocasionándole a él heridas cortantes en su

mano derecha. Cuando notó que Perla Yudith ya no oponía resistencia, subió de nuevo a la planta alta para asegurarse que Lesly estuviera muerta, y al ver que no se movía y que estaba tirada sobre un charco de sangre, pensó que así era.

En total, Perla Yudith recibió veinticinco heridas cortantes: en la axila, en el cuello, en el mentón y en el maxilar izquierdo, en las orejas, en la frente, en los brazos, en la espalda, en el pecho y en las manos. Le fracturó las costillas y le perforó los pulmones. El ataque fue brutal. Las heridas le causaron a Perla un paro cardiorrespiratorio y un shock hipovolémico, tanto por el sangrado como por el colapso pulmonar.

Reyes volvió al patio y tiró el cuchillo que traía en la mano. Tomó una manguera que estaba en el jardín y se lavó sus heridas y los zapatos manchados de sangre. Luego, se dirigió al baño, donde se cambió de pantalón y — como si nada hubiera ocurrido— caminó a la puerta principal de la casa para intentar huir. Sin embargo, el portón estaba cerrado con candado, y afuera estaban dos policías municipales que habían acudido al lugar, advertidos por los vecinos de los gritos que se escuchaban dentro de la vivienda. Fue entonces cuando Reyes les dijo que alguien se había metido a la casa y que habían matado a su patrona.

Volvió a entrar a la casa a buscar las llaves, y al encontrarlas en la oficina de Perla Yudith, se devolvió a la entrada para entregarlas a los policías y que estos pudieran entrar. Una vez adentro, Reyes siguió fingiendo que él era una víctima, y no un asesino. Los policías le pidieron que se sentara afuera del baño, y ahí permaneció varios minu-

tos, mientras ellos inspeccionaban la escena del crimen y en tanto llegaban los elementos de la policía investigadora.

Los policías

Al lugar acudieron los elementos de la Policía Investigadora del Estado de Coahuila, Erick de la Rosa, Luis Miguel Rentería, Ernesto Aboytes y Juan Camacho, quienes encontraron a Reyes sentado sobre el piso de la entrada del baño, en el mismo lugar donde lo habían dejado los de la policía municipal. En su informe, reportaron que el sujeto en cuestión presentaba heridas cortantes en ambas manos y manchas de sangre en su ropa.

Ellos fueron los primeros en interrogarlo, y pese a que en un principio sostuvo su primera versión, de que alguien se había metido a la casa y había matado a Perla Yudith, al caer en contradicciones y presionado por sus interrogadores Reyes terminó por confesar que había sido él quien mató a su patrona e hirió hasta creerla muerta a la empleada doméstica, la cual para esas horas ya había sido encontrada por los policías y había sido trasladada en una ambulancia de la Cruz Roja al Hospital Universitario de Saltillo.

—Yo la maté —dijo sin remordimientos—, señalando que una persona le había pagado quince mil pesos por aventarse el “jale”.

Los policías procedieron a detenerlo, pero dado que presentaba diversas heridas, también él fue trasladado por la Cruz Roja al mismo hospital donde habían llevado a su víctima. Para evitar que intentara escapar, dos de los elementos de la Policía Investigadora —Ernesto y Juan Camacho— se fueron con él en la ambulancia.

En el hospital, Reyes fue atendido de sus heridas en el área de urgencias. Mientras los paramédicos lo curaban, cambió por tercera ocasión su versión de los hechos.

—La verdad es que nadie me pagó por aventarme el “jale”. Yo quería robarme la computadora de mi patrona y el dinero que tenía en la oficina, pero la criada opuso resistencia y se puso a gritar, mi patrona me atacó con un cuchillo, y yo las tuve que matar, dijo a los policías que lo custodiaban.

Al mismo tiempo y en el mismo hospital, la Agente de la Policía Investigadora, Flora Ortiz Zamarripa, interrogaba a Lesly para que diera su versión de los hechos:

—Reyes mató a mi patrona y me trató de matar —fue su contundente declaración.

Esta declaración, y la confesión de Reyes, bastaron para que los policías —una vez que concluyó la curación de sus heridas en el hospital— lo pusieran a disposición del Agente del Ministerio Público en calidad de presunto autor de un homicidio y un homicidio en grado de tentativa. En el expediente judicial consta que el agente del Ministerio Público ejerció acción penal en contra de Reyes Gustavo Ardon Alfaro por estimarlo responsable en la comisión del delito de homicidio calificado por haberse cometido con motivo de un robo, con ventaja, traición, crueldad y ensañamiento previsto y sancionado por los artículos 329 en relación con el 350 fracciones IV y VII, supuestos segundo y cuarto 351 del Código Penal vigente en el Estado de Coahuila, cometido en perjuicio de quien en vida llevara el nombre de Perla Judith Quintero Caballero.

En defensa de un asesino

La noticia de inmediato ocupó las primeras planas de los periódicos locales. Todas las televisoras y radiodifusoras dieron cuenta de los hechos: “Hondureño asesina a la esposa de un comerciante en Saltillo”. El obispo Raúl Vera López, defensor de migrantes centroamericanos y eterno aspirante al premio Nobel de la Paz por su trabajo a favor de los grupos vulnerables de la sociedad, vio una oportunidad para colgarse una medalla más en el pecho.

Emilio, el viudo de Perla Yudith, y toda la familia de este, habían profesado siempre la religión católica, apoyando a la Iglesia en diversas actividades e incluso él y sus hermanos fueron educados en colegios particulares administrados por congregaciones religiosas. Por eso, cuando se enteraron de que el Obispo, en lugar de haber acudido con ellos a brindarles consuelo ante tan terrible tragedia, había preferido presentarse en el reclusorio donde estaba internado Reyes, con el fin de ponerse al frente de su defensa, se mostraron profundamente indignados.

En su calidad de obispo, Vera López tenía acceso directo en el reclusorio para entrevistarse con cualquier detenido. Por eso, no tuvo problema alguno en ser el primero en hablar con el acusado una vez que fue internado. Y por supuesto, no acudió solo a la entrevista, lo hizo acompañado por la señora Campbell, la mujer que para ese entonces ya era conocida en todo Saltillo como la que en realidad mandaba en la diócesis.

Un par de días después, los titulares de los periódicos consignaron: “El hondureño no la mató, lo torturaron para que confesara, afirma el obispo”. A partir de ese momen-

to, ese fue el argumento que utilizaría el homicida, asesorado por el obispo y la señora Campbell, para intentar recuperar su libertad.

La diócesis de Saltillo destinaba desde hace años una importante parte de su presupuesto para apoyar con comida y cobijo a los migrantes que llegaban a la ciudad a lomos del ferrocarril. Con ese dinero, el obispo decidió contratar a un reconocido abogado penalista, el Licenciado Luis Fernando García —quien recién había dejado el cargo de presidente de la Comisión Estatal de Derechos Humanos de Coahuila—, para que asumiera la defensa del imputado.

Las posibilidades de éxito eran muchas. Si lograban convencer al juez que Reyes había sido torturado para que confesara el crimen de Perla Yudith, conseguirían que este fuera liberado, pero había un problema: el testimonio de Lesly. Si Lesly negaba su declaración inicial, la que dio el día en que ocurrió la tragedia en la cama del hospital, Reyes recuperaría su libertad y el obispo sumaría un logro más, para acumularlo a su pretendida candidatura al Nobel de la Paz.

Fue así como el obispo, acompañado de la señora Campbell, acudió a la humilde vivienda donde Lesly convalecía de sus heridas —una vez que esta fue dada de alta del hospital—. Ahí sostuvieron una conversación, la cual, aunque se desconocen sus pormenores, con base en lo que se filtró a la prensa en esos días transcurrió más o menos así:

Asombrada por la visita, la mamá de Lesly los recibió y los invitó a pasar a la recámara en la que descansaba su hija.

—Buenos días, hija, ¿cómo te sientes? —le preguntó el obispo.

—Buenos días, señor obispo— dijo ella, sorprendida también por la visita de tan importante figura—. Estoy mejor, aún muy adolorida, pero agradecida con Dios que me permitió seguir viviendo para cuidar a mi hijo.

—Me da mucho gusto que así sea. Y entiendo que, en tu dolor, hayas culpado a Reyes de haber sido quien te atacó, pero tú bien sabes que él no tuvo nada que ver. Que, por el contrario, él intentó salvarlas a ti y a tu patrona de las personas que las asaltaron. Es muy importante que le digas eso al juez, porque si no, a Reyes lo van a sentenciar injustamente por tu culpa y tendrá que pasar muchos años tras las rejas— dijo el obispo.

Sorprendida e incrédula ante lo que estaba escuchando, Lesly le respondió molesta:

—Eso no es verdad señor obispo, Reyes fue el que me atacó a mí, y el que mató a mi patrona. Le juro por Dios que así fue.

—No jures en nombre de Dios en vano— le gritó encolerizada la señora Campbell. El obispo es el representante de Dios en Saltillo, y tú eres una mentirosa. Si no te retractas de tu testimonio, yo si te juro por Dios que te vas a ir al infierno, y que ahí vas a arder a fuego lento por el resto de la eternidad.

Lesly comenzó a llorar amargamente, y su madre, quien había permanecido en silencio, le pidió al obispo y a la señora Campbell que se retiraran cuanto antes.

—Yo voy a hablar con ella, no se preocupen, pero por ahora es mejor que la dejemos descansar un poco. Toda-

vía está aturdida por lo que le pasó —les dijo apurándolos para que se fueran.

Fuego con fuego

Ese mismo día Lesly le contó a Emilio lo que había ocurrido. Su patrón se mantuvo al pendiente de ella, le llevaba medicamentos y dinero, para ayudarla en tanto se recuperaba de sus heridas. Por la tarde, cuando fue a visitarla, Lesly y su mamá lo pusieron al tanto de la visita del obispo y su acompañante, y le contaron las amenazas que le hicieron para obligarla a retractarse de su testimonio.

Furioso, Emilio pidió consejo a su hermano Anuar, quien por ese entonces trabajaba en la Secretaría de Gobierno de Coahuila, cuyo titular era Armando Luna Canales. Anuar le comentó a Armando la situación, y este le recomendó que buscara la ayuda de los medios de comunicación, para que toda la ciudadanía se enterara de la aberración que estaba cometiendo el Obispo. Fue así como Emilio comenzó a tocar puertas, y todas se le abrieron de par en par. *el Heraldo de Saltillo*, *El Diario de Coahuila*, *Zócalo* y *Vanguardia*. Todos los periódicos publicaron la historia. También la difundieron en las televisoras RCG y TV Azteca, y en las radiodifusoras de *Multimedios*, *La Reina* y muchas más. En unos cuantos días, se generó un gran escándalo mediático: “El obispo amenaza con ir al infierno a testigo de asesinato, si no se retracta”; “El obispo Raúl Vera protege a un asesino, y deja solas a las víctimas”. Estos, y otros titulares inundaron las primeras planas de los periódicos.

Pero Lesly no se dobló. Cuando el Licenciado Adrián González Hernández, Juez Segundo de Primera Instancia en Materia Penal del Distrito Judicial de Saltillo la llamó a testificar, ella ratificó en todas sus partes su declaración inicial: “Reyes Gustavo Ardon Alfaro es la persona que me atacó, y fue él mismo quien asesinó a mi patrona Perla Yudith”. El obispo Raúl Vera López la había amenazado con el infierno si no retiraba su testimonio, pero no hay peor infierno que el que ella y su patrona habían vivido aquel día en la casa de la Calle de Victoria.

El primero de octubre de 2009, cuando se llevaron a cabo la reconstrucción de los hechos en el mismo domicilio donde ocurrió la tragedia, ante el Agente Investigador del Ministerio Público y ante la abogada defensora de oficio del inculpado, la Licenciada Laura Elena Santillán Jacobo, Reyes Gustavo Ardon Alfaro confesó su crimen, y al ser cuestionado del porqué lo hizo, sin mostrar el menor signo de arrepentimiento dijo: “Para robarme las computadoras y el dinero que había en la oficina”.

La sentencia

Esta confesión —la cual después el abogado contratado por el obispo trató de desvirtuar, asegurando que fue pronunciada bajo tortura, algo que jamás se demostró— y el testimonio de Lesly, más el resto de los testimonios y las pruebas periciales aportadas —entre ellas los cuchillos encontrados en la escena del crimen— bastaron y sobraron para que el Juez Adrián González Hernández dictara sentencia condenatoria en contra del inculpado.

“Toda vez que el inculpado confesó los hechos ante la autoridad investigadora, se considera justo y equitativo imponer una pena privativa de libertad de cuarenta y cuatro años y tres meses de prisión ordinaria. Así mismo, con fundamento en lo dispuesto por los artículos 99 y 100 del Código Penal vigente en el Estado y sobre todo que no hay necesidad de que la cual se debe de guardar equivalencia con la pena de prisión que se imponga y tomando en consideración las características personales del inculpado y su situación económica, es de aplicar una multa de cincuenta días de salario mínimo vigente en el lugar donde se cometieron los hechos y que a razón de \$51.95 nos da la cantidad de \$2,597.50 (dos mil quinientos noventa y siete pesos 50/100), lo anterior por estimarlo penalmente responsable en la comisión de los delitos de homicidio calificado por haberse cometido con motivo de un robo, con ventaja, traición, crueldad y ensañamiento y homicidio calificado por haberse cometido con motivo de un robo, con ventaja, alevosía, traición, crueldad y ensañamiento en grado de tentativa.

Esa fue la sentencia que el Juez dictó en contra del homicida, pero la que la sociedad de Saltillo dictó en contra del obispo Raúl Vera López, fue igual o incluso más dura. A partir de ese momento, la Iglesia Católica en la ciudad sufrió un enorme desprestigio a causa de la defensa que el obispo había hecho de un homicida confeso, y la reputación del propio obispo, que antes se consideraba como un candidato idóneo al premio Nobel de la Paz, término por los suelos. Los siguientes diez años habría de padecer el repudio de la sociedad, y el abandono de miles de personas a la religión católica.

Epílogo

Luego de una apelación, la sentencia de Reyes fue reducida a treinta y cinco años en prisión, mismos que está purgando en el Centro de Readaptación Social de Saltillo. En Honduras, se quedaron su esposa, un hijo y una hija. Esta última acababa de nacer cuando cometió el homicidio de Perla Yudith. En una entrevista que concedió en noviembre de 2014 al periódico *Zócalo*, declaró que, pese a estar en prisión, él se sentía libre en su corazón, y sostuvo una vez más su supuesta inocencia. “Me siento libre de toda acusación, treinta y cinco años para mí no son nada, he entendido eso porque hay una libertad interior en mi corazón, lo puedo expresar, lo puedo sentir en mi mente, mi espíritu y mi cuerpo. Fueron muchos factores los que me incriminaron, pero me los voy a reservar porque respeto la integridad de las personas que me acusaron [...] fui gravemente torturado, pero no voy a especificar cosas que he entendido que no tienen sentido [...]”.

El obispo Raúl Vera y su asistente fracasaron en su intento de liberarlo, y fracasaron también en su intención de sumarlo a su causa, ya que Reyes, antes que el catolicismo, prefirió seguir la doctrina de unos pastores cristianos que conoció en la cárcel, y que incluso lo convencieron de estudiar una Licenciatura en Teología avalada por una Universidad de Estados Unidos.

En noviembre de 2020, el Vaticano designó a un nuevo obispo para la diócesis de Saltillo, Hilario González, al haber completado Vera López los setenta y cinco años, edad en la que tuvo que presentar su renuncia al Papa tal como lo indica el Derecho Canónico. Unos días después, en di-

ciembre de ese mismo año, murió el padre Pedro Pantoja, fundador de la Casa del Migrante. Ya como obispo emérito, Vera López decidió permanecer en Saltillo junto con su inseparable asistente y continuar con su labor de apoyo y defensa hacia los migrantes y otros grupos vulnerables; sin embargo, la sociedad jamás le perdonó el haber defendido a un homicida, así como el haber encubierto a un grupo de curas pederastas, en otro caso que también cimbró los cimientos de la Iglesia en Saltillo.

Emilio se quedó a vivir en la misma casa en la que su esposa fue asesinada. Siguió adelante con su vida, mantuvo sus negocios y dedicó una parte de su tiempo a impartir cursos de italiano en una dependencia del gobierno municipal de Saltillo. Reyes destruyó a su familia, destruyó a la familia de Perla Yudith y destruyó a su propia familia por un par de computadoras y un puñado de dinero, pero no destruyó su dignidad, ni sus ganas de seguir adelante.

Desde que ocurrieron los hechos narrados en esta crónica, tuve la intención de escribirlos y publicarlos en un libro para dejar una constancia perecedera de estos sucesos, y que no se perdieran en la memoria siempre frágil de las hemerotecas de los periódicos. Como director editorial de *El Heraldito de Saltillo* y colaborador en ese entonces de algunos programas de radio y televisión, me tocó ser el primero en entrevistar a Emilio Charvel Romo y el primero en publicar su estremecedor testimonio sobre la intentona del obispo Raúl Vera para liberar al homicida.

Hasta ese momento, yo llevaba una buena relación con el obispo y con su asistente, Jaqueline Campbell, pero al enterarme de la aberración que estaban cometiendo, no dudé ni un momento en publicar la historia en las páginas

de *El Herald*o, aunque sabía que me iba a enfrentar a una fuerza formidable, la de la Iglesia Católica, como en efecto ocurrió. Menos mal que no estamos ya en tiempos de la inquisición, porque de lo contrario, el obispo y su asistente me hubieran quemado en la hoguera.

99. EL BOLERO QUE FUE GOBERNADOR

Francisco J. De La Peña De León



Cuenta la leyenda que un día una serpiente estaba persiguiendo a una luciérnaga, intentando devorarla. Cansada del asedio, la luciérnaga le pide una tregua a la serpiente, solicitándole hacerle tan solo tres preguntas, antes de sucumbir a sus colmillos.

—¿Te he hecho acaso algún daño? —fue la primera pregunta de la luciérnaga.

—No, nunca —respondió la serpiente.

—¿Formo parte, acaso, de tu cadena alimenticia? —le preguntó en seguida.

—No, las serpientes no comemos luciérnagas.

—Entonces, ¿por qué me quieres comer?

—Porque no soporto verte brillar.

El 5 de febrero de 1913 nació en Saltillo Oscar Flores Tapia. Nacido en la pobreza, solo pudo estudiar hasta segundo grado de primaria y para ayudar a la economía familiar, se desempeñó como bolero, aseador de tumbas, lava carros y otros oficios similares, pero fue tanta su perseverancia, que llegó a ser senador de la República y en diciembre de 1975 asumió la gubernatura de Coahuila.

Pero al igual que la luciérnaga asediada por la serpiente, Flores Tapia sucumbió ante la envidia que le tenía el entonces presidente José López Portillo, quien simplemente no soportó verlo brillar, por lo que, mediante una campaña plagada de mentiras, orquestada a través de la Procuraduría de Justicia de su gobierno y de un medio de comunicación de Saltillo, lo forzó a renunciar el día 11 de agosto de 1981, meses antes de que concluyera su mandato y lo siguió persiguiendo durante varios meses más hasta despojarlo de gran parte de su patrimonio.

En el libro *Uno es lo suyo*, quien fungiera en ese momento como su secretario de Gobierno, Roberto Orozco Melo, cuenta cómo se vivieron esos días.

“Hace varios años el gobernador Oscar Flores Tapia fue víctima de un linchamiento moral, implacable y sañudo. Su pecado fue ser distinto, falta imperdonable entre los corruptos, los pusilánimes y los cretinos. Coahuila ha tenido algunos gobernantes muy buenos para administrar, pero Flores Tapia quiso ser, además, bueno para gobernar. Esto fue escandaloso en un medio en el que las buenas maneras cuentan más que los hechos.

En el carácter abrupto, exuberante, violento de Flores Tapia imperaba la urgencia de hacer lo que su abundante imaginación le sugería en beneficio de los coahuilenses. Nunca se detuvo en la prolijidad de sus planes, ni perdió tiempo en los laberintos de los proyectos técnicos. Decidida una obra, la emprendía simplemente. Y después entraba en convenios y coordinaciones, santo y muy bueno, pero la Tesore-

ría siempre tuvo un fondo dispuesto para financiarlas. Su inteligencia vívida, brillante, parecía carecer de lógica, pero acertaba en el análisis. Su acción era improvisada y arrebatadora, más siempre abundante en disposición y servicio.

No toleraba las imposiciones ajenas, hacía respetar las suyas. No recuerdo que haya tomado una sola irreflexivamente, como podía sugerir su carácter impetuoso. Eso sí, decidido un asunto no cejaba jamás. Prefería la censura pública y la oposición transitoria a perder un ápice de autoridad.

Nunca lo vi más sereno que el día que decidió presentar su renuncia al cargo de gobernador. Estábamos en su casa de Parras analizando las circunstancias que nos habían conducido a aquel momento crucial. Como solía hacer cuando reflexionaba en algo importante, jugaba a ensartar el casquillo de su pluma sobre el mango, equilibrado en la superficie de su mesa de trabajo. Falló dos veces, pero acertó en la tercera. Entonces se guardó la pluma y me dijo, sencillamente: ‘Redacta mi renuncia y tenla lista para el lunes’. Era el viernes 7 de agosto de 1981. El lunes, cuando volvió de México después de haber notificado al presidente López Portillo su decisión, reunió a sus colaboradores para informarles, y uno de ellos, con lágrimas en los ojos, pretendió iniciar una protesta verbal. No lo dejó Flores Tapia. ‘Mira —le dijo— vete a chillar a otra parte. Tú quieres que el muerto se levante a consolarte’.

Un día después, Oscar dejó de ser gobernador de Coahuila, pero sus enemigos nunca previe-

ron que en ese instante empezaría a ser parte de la historia y la leyenda de los coahuilenses. La conjura de los poderosos en la política en el dinero y en la prensa fracasó ante la memoria y el juicio del pueblo. Apuntalados en la intriga y válidos de la trivialidad irresponsable de López Portillo, que después se hiciera patente en actos más perversos contra la Nación, consiguieron retirarlo de la gubernatura, pero su obra ya estaba concluida y no lograron borrar un prestigio ya ganado.

Como lo hizo durante su vida, desde que nació, Oscar Flores Tapia continuó viviendo en Saltillo, caminando por sus calles con la cabeza muy alta, recibiendo la cordialidad y el reconocimiento de los coahuilenses. Sus detractores nunca podrán hacer lo mismo”.

La carta de renuncia

Después, en su libro “Oscar Flores Tapia, de cerca y de lejos”, el mismo Orozco Melo abunda en los detalles:

“El 11 de agosto de 1981 me presenté en el Congreso del Estado. Era un hermoso día con cielo despejado y clima atemperado que culminaba muchas jornadas intensas de preocupaciones, trabajos e insomnios. En una simple carpeta color crema guardaba y protegía un documento de tres hojas tamaño carta, que contenía la renuncia escrita de Oscar Flores Tapia, dirigida al Congreso del Estado de Coahuila. Pude llegar al salón de sesiones resguardado por funcio-

narios del gobierno, amigos, ciudadanos, reporteros y fotógrafos.

Estaba en la oficina de presidente del Congreso de Coahuila, donde esperaba a que el secretario de la mesa directiva y otros diputados me condujeran a la sala de juntas destinada a las reuniones de las comisiones. Fue inevitable que tras de mi entraran los periodistas que me acosaban con sus preguntas, por lo que significó aquel momento, recuerdo especialmente una:

—¿Es usted amigo de Oscar Flores Tapia?

La interrogación precedía del reportero del periódico *El Norte de Monterrey*, un muchacho mal educado y agresivo, quien con insolente tono verbal me cuestionaba, repitiendo:

—¿Usted es amigo de Oscar Flores Tapia?

—Sí— repuse— fui, soy y seguiré siendo amigo de Oscar Flores Tapia, a mucha honra.

No dije una mentira. Fui y seguí siendo amigo del todavía gobernador del estado. Su amistad me honro siempre y solo quienes desconocían la personalidad del gobernador coahuilense se arriesgaban a retractarlo o aquellos otros que —interesados en demeritar la obra de buen gobierno ejecutada en Coahuila o enfermos de odios antiguos o recientes resquemores— intentaban borrar su prestigio.

Flores Tapia había realizado en Coahuila lo que varios predecesores no habían hecho. Su obra pública recuperó y enriqueció las de anteriores gobernadores, quienes fueron buenos administradores.

Él, en cambio, dejaba una impronta política, social y económica difícil de igualar.

El reportero regiomontano enmudeció. Su inoportuna pregunta también había puesto en clara evidencia sus verdaderos objetivos: buscaba entraparme, pensando que ante las circunstancias en que se hallaba Oscar, yo podría titubear y negar mi amistad con él. Fue tan vulgar y grosera su actitud y cuestionamiento, que sus compañeros periodistas lo recriminaron y expulsaron de la oficina. Luego entraron los diputados y nos dirigimos al salón de sesiones.

En nombre del gobernador presenté ese día el documento con su renuncia ante el presidente del Congreso de Coahuila, quien me pidió leerlo en voz alta. Nunca antes sentí mayor orgullo al hacer algo en representación de alguien. No sentí bochorno alguno. Por el contrario, reforcé mi sólida convicción al cumplir un deber de amistad: aquello era legal y correcto, así que debía leerlo con gallardía. La renuncia no fue una salida afrentosa ni una escapada subrepticia, constituía más bien un reto para que los acusadores probaran sus falsedades. Era, además, una respuesta a quienes trataban de conducirlo hasta el gran jurado de la Cámara de Diputados con el villano propósito de escarnecerlo públicamente.

La decisión de renunciar había sido tomada por Oscar cuatro días antes, el viernes 7 de agosto de 1981, durante una prolongada reunión en la biblioteca de su casa en la ciudad de Parras de la Fuente. El jueves 6 se había dado a conocer que la sección ins-

tructora del gran jurado de la Cámara de Diputados del Congreso de la Unión decidió ‘que había lugar’ a la integración de dicho tribunal, para que conociera la denuncia en contra del ciudadano gobernador del estado de Coahuila. ¿Con qué elementos jurídicos se había alcanzado tal decisión? La “denuncia presentada” solo era una lista, muy mal escrita de presuntas propiedades a nombre de Flores Tapia, todas artificiosas y exageradamente valuadas, interpuestas ante la Procuraduría General de Justicia de la República con el ánimo de condenarlo.

No se incluyeron evidencias favorables al presunto indiciado, tales como los varios y previos dictámenes de las secretarías federales de Hacienda y de Programación y Presupuesto, que negaron expresamente la existencia de actas de responsabilidad económica en contra del gobierno y del gobernador de Coahuila, ante un posible mal manejo de fondos fiscales federales. Igualmente, no fueron tomados en cuenta los informes correspondientes a los primeros cinco años de la cuenta pública del estado de Coahuila, aprobados por el Congreso Local. Mucho menos se había dado lectura a la bien fundada respuesta del director general de Asuntos Jurídicos de la Procuraduría General de Justicia de la República dirigida al denunciante, en la que estableció claramente que esa dependencia del Poder Ejecutivo Federal carecía de competencia jurisdiccional para investigar y conocer tal denuncia.

Mientras que en la Ciudad de México se anunciaba el ya pérfido acuerdo jurisdiccional, en el mu-

nicipio de Gómez Palacio, Durango, el presidente de la República, José López Portillo, asistía a un acto masivo con los campesinos duranguenses acompañado por el gobernador de Coahuila.

El propósito de publicar la referida sentencia judicial era evidente: se trataba de hacer comparecer a Flores Tapia ante la sección instructora del gran jurado del Congreso, y después dar a conocer, en el pleno del Congreso de la Unión, las acciones jurídicas a emprender en los primeros días del mes de septiembre, precisamente al inicio del periodo ordinario de la Cámara de Diputados. Todo ello debería ocurrir después del “destape” del candidato a la Presidencia de la República, vale decir, el flamante gran Tlatoani. Este pseudo juicio era en realidad una cortina de humo para desvanecer rumores y presiones con la sucesión presidencial a la vista. Así, el PRI iba a ejecutar el consabido ritual de las candidaturas sin enfrentar conflictos. ¡Y cómo iba a vestir en sus estertores al gobierno de José López Portillo este espectacular ‘ataque a la corrupción’! Que oportuno tema para que el nuevo candidato presidencial abundara en consideraciones presuntamente éticas destinadas al consumo popular y a la conquista de votos.

Estas reflexiones las hicimos Oscar Flores Tapia y yo aquella mañana en Parras de la Fuente. Si él aceptaba comparecer para defenderse ante el Gran Jurado, se iba a convertir en el protagonista de un escandaloso ‘show político’. Imaginábamos a los enardecidos diputados panistas y a sus comparsas de los partidos de la izquierda desbocarse al cues-

tionarlo con falsedades, planteando estulticias que, dada su personalidad y lo explosivo de su ánimo de Oscar, lo harían caer en contradicciones frente a los políticos y periodistas implicados en la confabulación, sumando un total negativo con que apuntalar el anhelado desafuero. Si a obtener la escandalosa salida de Flores Tapia del gobierno coahuilense se dirigía aquella maniobra, ¿Qué caso tendría promover el degradante espectáculo del gran jurado?

Aquella noche decidimos que Oscar se trasladaría a Saltillo al siguiente día, y desde ahí se comunicaría con el secretario de Gobernación, el profesor Enrique Olivares Santana, para concretar una audiencia presidencial y exponer alegatos a su favor. Aunque podía solicitar directamente la entrevista con el presidente, ya que un día antes, en la ciudad de Torreón, López Portillo había despedido amistosamente al gobernador Flores Tapia y había encarecido a Olivares Santana: ‘vea usted bien, Enrique, como podemos ayudar a nuestro querido amigo Oscar’, tenía la certeza de que aquella hipócrita encomienda estaba destinada al fracaso.

Yo me quedé en Parras. Después de tantos desvelos, logré dormir un poco más de lo acostumbrado, pero solo podía pensar en el texto de la renuncia.

—No quiero lloriqueos— me había insistido Oscar—. Escribe un texto claro, objetivo y prudente, que nadie te pueda acusar de mentiroso.

Esa noche, él y doña Isabel (su esposa) asistieron a una ceremonia pública celebrada en Parras: la coronación de la reina de la Uva y el Vino. Previamente,

invitados para acompañarlos, mi esposa María Elena y yo lo hicimos como siempre, con gusto. Al anunciar el conductor del programa de la fiesta, Luis Ignacio Santibáñez, la presencia de Oscar y doña Isabel, el público se puso de pie para vitorearlos.

En Parras, estas ceremonias anuales se hacen al aire libre y concurre una gran parte de la población, así que los aplausos y vítores tenían una entrañable y cordial gratitud para el gobernador y para su esposa por sus buenas obras a favor de la población. Concluida la fiesta, José Milmo Garza, director general de Casa Madero, nos invitó a cenar en la Casa grande de las Bodegas de San Lorenzo. Ahí estuvimos en el comité organizador de los eventos. Nos retiramos a la una de mañana del sábado 8 para descansar un poco.

El sábado 9 me levante temprano con el fin de revisar el texto de renuncia, pero no fue sino hasta el domingo cuando logre terminar un primer borrador. Ya en Saltillo pude escribir un proyecto completo. Todavía esperaba con ingenuidad que sucediera algo mágico que cambiara el rumbo de los acontecimientos. Por desgracia, la sentencia contra el gobernador del estado de Coahuila había sido dictada por el mismo presidente López Portillo desde varias semanas atrás.

Después de la visita del presidente a Gómez Palacio, el secretario de Gobernación recibió nuevas instrucciones de la presidencia, que incluían citar al ejecutivo coahuilense y a su secretario de Gobierno para que se reunieran con los tres principales fun-

cionarios de la calle Bucareli: Olivares Santana, titular del ramo, y los subsecretarios Rodolfo González Guevara y José Rivera Campos, quien tenía a su cargo el área jurídica de la dependencia.

Un día antes Flores Tapia me dijo:

—¿No crees Roberto, que es una grosería que te corran de una casa sin decirte la razón? —Hacía una comparación entre las visitas sociales y políticas.

—Pero así es esto, cuando estás en el poder todo se vuelve elogios y felicitaciones, pero en cuanto empiezan a intuir la caída del gobernante, los funcionarios públicos, los periodistas y los amigos enfrían relaciones. Hay que ser firmes. Quiero hacerlo porque tengo necesidad de salir con la frente en alto, pues no merece menos el pueblo de Coahuila. No quiero ver caras tristes en la entrevista.

Y así fue. Era evidente que el profesor Olivares Santana y los subsecretarios González Guevara y Rivera habían trazado un plan para el encuentro.

Salimos en el automóvil rumbo a la Secretaría de Gobernación. Él conducía y yo iba en el asiento del copiloto. Fue un viaje corto. Oscar insistía en que debíamos mantener una actitud altiva y orgullosa, sin tristezas ni disgustos.

—Como te conozco, te lo advierto: hay que mantenerse vertical.

Nos recibió el secretario de Gobernación y nos invitó a sentarnos en la mesa de juntas. Un poco marginados, estaban presentes otros políticos coahuilenses, que al iniciar las pláticas hicieron *mutis* sigilosamente, con excepción de José de las Fuen-

tes Rodríguez, quien ya había ganado las elecciones para la gubernatura de Coahuila.

En la reunión no se trató nada en concreto. Tanto los funcionarios de Gobernación como los del estado de Coahuila sabíamos a qué íbamos y solo se discutió, someramente, el nombre del gobernador interino”.

Historia de una infamia

En su libro *López Portillo y yo*, Flores Tapia narra su propia versión de la historia.

“El martes 4 de agosto de 1981, cuando la Cámara nombró una comisión investigadora, ya no me cupo duda; por ello del día 5, en que López Portillo asistió a un acto agrario en Gómez Palacio, protocolariamente le esperé en el aeropuerto de Torreón y aproveché la ocasión para comentar:

—El acuerdo de la Cámara de nombrar una comisión investigadora me preocupa por el daño que eso ocasiona al partido, en vísperas del destape presidencial. Por ello te estoy pidiendo me autorices presentar mi renuncia al cargo de gobernador; faltan solamente tres meses para que constitucionalmente abandone el poder; los programas trazados al hacerme cargo del gobierno de Coahuila han sido realizados, y aun superados; estoy limpio y no temo a investigación alguna, pero jamás me perdonaría que llevaran a un gobernador de Coahuila a escuchar inyectivas, insultos, acusaciones de corrupción, que

es el concepto que se ha venido manejando por una prensa indiscutiblemente manipulada.

—Bueno, pues habla con Enrique Olivares Santana y pónganse de acuerdo— terminó diciendo.

El viernes 7 de agosto me llamó Olivares; me dijo que ya había hablado con el Presidente y que me esperaba a desayunar el lunes 10 en Gobernación. Llamé a Orozco Melo, le informé como estaban las cosas y juntos determinamos la estrategia a seguir; analizamos nombres, capacidades y posibles sustitutos, me fui a la Capital.

El lunes a las ocho horas, como habíamos convenido, acudí al restaurante privado que frente al edificio de la secretaria tiene Gobernación. Aún no llegaba Olivares, pero ahí estaba el licenciado Rodolfo González Guevara y el licenciado José de las Fuentes Rodríguez; poco después llegó Olivares, tomamos jugos y cuando nos sirvieron las viandas no pude menos que exclamar: ‘¿Otra vez, migas?’ —así las llamamos acá en el norte; en el sur y desde luego en la capital, les dicen chilaquiles ‘¡Cómo deben gustarle al maestro Olivares!’.

Tomó la palabra el secretario de Gobernación:

—El señor presidente te envía sus saludos y te agradece tu comprensión; así mismo, envía esta terna de candidatos para que, entre ellos, se escoja a quien te sustituya: ‘José Ramírez Mijares, Eufrasio Sandoval y Miguel Valdez Dávila’.

Tomé la hoja, saque el bolígrafo y con una gigantesca cruz tache los nombres; en seguida afirme: ‘Ninguno de estos’”

—¿Entonces, a quien propones?

—¡A Pancho Madero! —dije enfático.

El nombre del sobrino del apóstol e hijo de don Raúl ni siquiera les había pasado por la cabeza. Presentaron objeciones, pero me sostuve en mi propuesta. ¡Con que le hubiera salido a Roberto Orozco Melo!

Olivares, con su innegable elegancia y su actitud conciliadora, me dijo:

—Bueno, lo consultaré con el señor presidente y hoy por la tarde te daré a conocer su opinión.

Aunque le tengo confianza a Olivares, me dije: no. Sabía o imaginaba de donde salieron los nombres para la propuesta; conocía a sus padrinos y sus intereses. Sobre todo, no se trataba de que la opinión del presidente era la ya expresada, por lo que le rogué se comunicara con López Portillo y le diera a conocer mi inconformidad. Así lo hizo; quince minutos después el licenciado De las Fuentes y yo llegamos a los Pinos.

—Me dice Olivares que no quieres a ninguna persona que figuran en la terna que te propuso, que quieres a Pancho Madero; eso no puede ser, le quitas con ello cualquier oportunidad futura, me objetó el presidente.

—No lo creo. Si alguna oportunidad tiene Pancho, es esta. Te ruego que lo autorices, le respondí.

Continuó la discusión; el presidente decía que no y yo que sí. Le di mis razones: el PAN tenía un Madero —Pablo Emilio—, que explotaría el apellido durante la campaña presidencial. Políticamente, era

conveniente tener el nuestro; por lo demás, en tres meses Pancho recorrería el estado no en gira de trabajo —el trabajo del sexenio estaba hecho— sino de propaganda. Tendríamos en Pancho un buen candidato a senador y un Madero en el juego priista.

No creo que haya convencido a López Portillo, pero ante mi terca insistencia aprobó a Pancho Madero.

Mientras buscaban a Olivares para impartirle las instrucciones correspondientes, volvimos al tema principal: la denuncia en mi contra.

—¿Cómo es posible que tus asesores —le dije— no vean la realidad de la conjura? No es en mi contra, sino en contra tuya, del partido, del país. La opinión general ya inmiscuye el nombre de Luis Echeverría, y eso no lo permito: Quiero que sepas que a ti te respeto como presidente; a Luis lo quiero como si fuera un hermano.

El presidente tenía un semblante tan abatido, que tuve que pedirle serenidad: —Tranquilo —le dije—, no esperes que el muerto se levante a consolar al doliente.

Pepe de las Fuentes no habló una sola palabra. Nos despedimos con la promesa del presidente de enviarme como observador a la FAO.

El día 11 de agosto presente mi renuncia al cargo al que llegué porque así me lo propusieron Echeverría y el pueblo de Coahuila. Los diputados estaban furiosos; manifestaron que, como protesta, votarían en contra de la renuncia, y ‘viniera lo que viniera’. Tuve que convencerlos de que no se trataba de mi

persona sino del estado y les recomendé serenidad y les pedí que propusieran y votaran por Pancho Madero. Así llegó Pancho a la gubernatura; al dejarle el puesto, le deje también harta lana. Durante los primeros días ‘gobernó’ con mis antiguos funcionarios (Orozco Melo, en la Secretaría General; Miguel Ángel, en la Tesorería; Berrueto, en la Oficialía Mayor); solo Orozco Melo, días más tarde, se negó a continuar, porque aquello era un desmadre”.

Tras la renuncia de Flores Tapia, la persecución política en su contra continuó durante varios meses más, y como consecuencia de esta, fue acusado de enriquecimiento inexplicable, y fue obligado a entregar catorce bienes inmuebles de su propiedad, de su esposa y de sus hijos, para resarcir el supuesto daño que había causado. El juez Fernando A. Yates firmó la sentencia: “Se declara que Oscar Flores Tapia, ex gobernador del estado de Coahuila, no justificó la legítima procedencia de los catorce bienes cuestionados que adquirió durante el desempeño de su encargo como gobernador, por lo que los mismos pasan al dominio de la Secretaria de Asentamientos Humanos y Obras Públicas”. Nunca se supo el destino que tuvieron esas propiedades, ni quién finalmente se quedó con las mismas. ¿Acaso alguno de los que orquestaron su persecución?

Un diputado se opuso a la renuncia

En su libro *La Renuncia de Oscar Flores Tapia ¡Veinte años después!*, el periodista Conrado Charles Medina,

cuenta la historia según se vivió desde la redacción del medio de comunicación empleado por López Portillo para emprender la campaña de desprestigio en contra del entonces gobernador....

“A la residencia del gobernador habían acudido a la cita con el destino los principales funcionarios de su gabinete. En el amplio despacho del área que tenía acceso a la calle Zaragoza vieron entrar la erguida figura del mandatario que ni en tan cruciales circunstancias evidenciaba el menor quebranto. Una profunda mirada se desprendió de sus retinas y recorrió mentalmente a cada uno de los presentes.

Estaban Roberto Orozco Melo, Jesús Alfonso Arreola Pérez, Luis Horacio Salinas Aguilera, Fernando Rodríguez de Hoyos, Mario Guerra Flores, Fernando Hernández de la Peña, Francisco Flores, Arturo Berrueto González, Edmundo Rodríguez Ortiz, Miguel Ángel Morales, Virgilio Buitrón Vázquez; el alcalde de Saltillo, Enrique Martínez y Martínez; los diputados locales Rodolfo Rábago Rábago, Elías Cárdenas Márquez, Francisco de la Peña Dávila; Jorge Dueñes Zurita, Homero del Bosque, de Torreón, y otros.

Del semblante y actitudes del mandatario habían desaparecido las ásperas expresiones, estaba ahí en el centro de la atención un hombre sobrio, casi pétreo, que había reunido por última vez a los principales colaboradores de su gobierno, el que prematuramente había concluido:

—He tomado una decisión... dejaré el cargo...

Sus palabras no admitían reproches ni consideraciones, hasta que una firme expresión acaparó la atención:

—¡No señor... no le aceptaremos la renuncia! Usted sabe que el pueblo le ha volteado la espalda... estamos con usted y lo defenderemos con todo... pero usted no deja el cargo.

Un coro de voces respaldó tan leal y viril actitud expresada emotiva y espontáneamente por el diputado local Francisco de la Peña Dávila, que conmovió al grupo y especialmente a Oscar Flores Tapia que hasta ese momento quedó atrapado por la ya incontrolable sensación del sentimiento reprimido; dejó escapar un par de lágrimas que resbalaron hasta la barbilla y ya no pudo ocultar la aflicción que como torrente lo invadió.

—No, Paco (de la Peña). No vas a oponerte a la sesión... no, muchachos... todo está decidido... *Consummatum Est*, fueron las lacónicas últimas palabras de Oscar Flores Tapia.

Unos instantes después, Roberto Orozco Melo, con los estragos del desconsuelo aun reflejados en el rostro, salió a la puerta de la residencia para confirmar la dimisión de Flores Tapia y soportó una lluvia de preguntas, las que contestó con solvencia:

—La renuncia obedece exclusivamente al deseo del gobernador del estado de que la campaña de difamación y calumnia que se ha aderezado en su contra por sectores interesados tanto de la prensa como de la política no perjudique la estabilidad del Estado y cause más daño a nuestros conciudadanos; es un

acto de responsabilidad del gobernador, en cuanto a sus acusaciones cuando tenga oportunidad las responderá satisfactoriamente”.

Lo veían como presidenciable

Conrado Charles sigue narrando:

“La vertiginosa escalada de Flores Tapia a los primeros niveles de la popularidad política en ausencia de quien lo había impulsado, intensificó el desasosiego natural en el floreciente grupo lopezportillista. El rompimiento del presidente José López Portillo con el echeverrismo iba en serio y si había sido fácil sacar de la jugada a los adeptos del exmandatario federal, sobrevivían algunos que brillaban con luz propia y uno de ellos era Oscar Flores Tapia, que, además, presumía de su amistad y cercanía con Luis Echeverría Álvarez.

Los primeros síntomas de la persecución se evidenciaron durante el cuarto año de gobierno de Flores Tapia. Comprensible es que los gobernadores empleen toda su fuerza para acomodar en las cámaras a quienes le cubrirán las espaldas en su salida, como tan natural es que se desaten las inquietudes políticas de los grupos por alcanzar las curules en disputa constitucional.

Con el ánimo ya en contra del gobierno federal, Flores Tapia no pudo imponer a sus incondicionales en las Cámaras de Diputados y de Senadores, salvo contadas excepciones. Por vía ajena al gobernador

coahuilense llegaron dos panistas Alejandro Gurza Obregón y Jesús Gonzales Schmall que mucho tuvieron que ver en la campaña de desprestigio a su gobierno que emprendieron algunos medios de prensa.

Una inquietud política predominaba en el escenario político del país. Se aventuraba que un gobernador podía ser candidato a la Presidencia de la República, quitando el derecho de exclusividad que solo correspondía a los integrantes del gabinete del Ejecutivo Federal. Y como las coincidencias se ajustan solas a las circunstancias, en febrero de 1981, durante su último año de gobierno y en medio de la tormenta política que comenzaba a intensificarse en la prensa, Oscar Flores Tapia, aprovechando la ocasión de su onomástico y con la intención de fortalecer su gobierno, organizó un magno evento político en la Hacienda “Los Morales” a la que asistieron algunos gobernadores, empresarios, políticos de todos los niveles, sobresaliendo la presencia del expresidente de la República Miguel Alemán Valdés.

La reunión que tuvo impacto en la prensa nacional sacudió al grupo lopezportillista que sintieron su predominio amenazado y el posible resurgimiento del echeverrismo. La cúpula del poder ya había emprendido acciones para controlar al político ‘descarriado’ desatando una campaña de descrédito, utilizando como punto de partida doméstico al periódico saltillense *Vanguardia*, que por personales intereses ya había enfocado su artillería informativa contra el ejecutivo estatal.

El principio del fin, porque el gobernador de Coahuila ya había librado ante la Secretaría de Hacienda y Crédito Público el escándalo del contrabando de tintas, se avecinaban nuevas acusaciones, cuyo centro incendiario se encontraba en el seno del Congreso de la Unión. El objetivo era debilitar al arrogante mandatario, sometiéndolo a una persecución etiquetada bajo el rubro de ‘enriquecimiento inexplicable’ con la clara intención de encontrar suficientes motivos para desaforarlo.

La ruta estaba trazada y solo era cuestión de tiempo. En marzo de ese año, ya no vino López Portillo a la celebración de la firma del Plan de Guadalupe y había enviado en su representación al procurador de Justicia de la Nación, Oscar Flores Sánchez, en claro mensaje de que era el camino por donde conduciría en el último tramo de su gobierno al ejecutivo coahuilense. Y como los códigos tienen perenne vigencia, el presidente José López Portillo vino a despedir a Oscar Flores Tapia en el mes de mayo de desgracia: 1981.

La acusación del periodista Armando Castilla Sánchez, propietario de *Vanguardia*, presentada el 7 de mayo y ratificada el 10 de junio de 1981 contra Flores Tapia por ‘enriquecimiento inexplicable’ ante el Congreso de la Unión y la Procuraduría General de Justicia de la Nación; las denuncias del diputado federal Jesús Gonzales Schmall; la abierta persecución del gobierno federal y la presión de la prensa nacional para sentenciarlo, ocasionó la reacción del procurador Oscar Flores Sánchez, que no hallaba por

donde agarrarlo: ‘Solo aportan datos, no pruebas, nosotros no atacamos ni protegemos al gobernador de Coahuila, Solo realizamos una investigación imparcial de los hechos y no hemos encontrado nada’. Pero solo era cuestión de días porque el fallo estaba decidido y esto lo sabía Flores Tapia, que escogió la única salida que le habían dejado. En Torreón le comunicó al presidente José López Portillo la determinación de pedir licencia para dejar la gubernatura”.

Con la cabeza en alto

“Cómo lo hizo durante su vida, desde que nació, Oscar Flores Tapia continuó viviendo en Saltillo, caminando por sus calles con la cabeza muy alta, recibiendo la cordialidad y el reconocimiento de los coahuilenses. Sus detractores nunca podrán hacer los mismo”. Roberto Orozco Melo, *Uno es los suyo*.

Flores Tapia murió el 11 de julio de 1998, a los ochenta y cinco años. Sus restos descansan en la Rotonda de los Coahuilenses Ilustres, y cada año se le rinde un homenaje. Sus detractores quedaron en el olvido.

100. EL HERALDO DE SALTILLO

Francisco J. De La Peña De León



“**A**menaza a Saltillo la peor escasez de agua”. Con ese titular en su portada, tan vigente entonces como ahora, salió a la luz el primer ejemplar de *El Heraldito de Saltillo* un día 7 de abril de 1963.

Su fundador, don Roberto Orozco Melo (+), escribió en 2013 un artículo con motivo del cincuenta aniversario del periódico, en el que narró el proceso de gestación de este medio de comunicación, que, a la larga, se ha convertido no solo en el periódico más antiguo de Saltillo, sino el que más años ha circulado en toda la historia de la ciudad:

“Marcado por mi experiencia en un periódico ajeno, *El Heraldito del Norte*, un día intenté revivir su nombre en otro consuetudinario, pero antes consulté en la Administración Local de Correos sobre los trámites para el registro de la nueva publicación. Intenté que me autorizaran la cabeza *Nuevo Heraldito del Norte*, pero fui rechazado: había, me dijeron, varios periódicos en el norte de México que tenían registrado ese cabezal, pero podría usar la designación de *El Heraldito de Saltillo* lo cual no me pareció mal, dadas las circunstancias.

No me quise arriesgar; tenía tiempo para pensarlo y convoqué a varios antiguos trabajadores del extinto *Heraldo del Norte* y a dos o tres reporteros amigos para invitarlos a emprender junto conmigo la aventura de crear un nuevo órgano que saliera por los fueros del desaparecido *Heraldo del Norte*. Había comprado, en abonos, un viejo linotipo cinco incluido en un lote de equipo para las artes gráficas, que coincidentemente había rematado la imprenta 'El Modelo' de Monterrey. Había ahí mismo una anacrónica prensa plana marca Stonemetz para dos páginas tamaño cuádruple, más tres chibaletes y varias cajas de tipografía movable para el cabeceo de las noticias.

Echar a andar aquellas reminiscencias mecánicas que parecían evocar los artilugios usados por don Juan Gutenberg en el límite del siglo XV y XVI, del Renacimiento, iba a resultar toda una hazaña que demandaría casi dos meses de trabajos previos. Pero el entusiasmo y las ilusiones de quienes posteriormente serían sus operadores vencieron todas las dificultades y lograron adecuarlas al linotipo cinco y la prensa plana Stonemetz. Desde luego, no se consiguieron las refacciones originales; y así devino necesario maquinar réplicas de engranes, volantes, gra-seras, planchas, y muchos tornillos, guasas y pernos contruidos ad hoc para aquella circunstancia. Don Félix Galindo, de Piedras Negras, consiguió varias aproximaciones de lo que nos faltaba, hechas en un taller de San Antonio, Texas y nos vendió tres abani-

cos (depósitos) para el linotipo, sendas fuentes de tipografía y un crisol eléctrico en desuso.

El primer número de *El Heraldo de Saltillo* salió a la calle el día 7 de abril de 1963. El personal mostraba justificada ufanía al imprimir número tras número en desigual competencia contra *El Sol del Norte* de la Cadena García Valseca; sin embargo, los empresarios y la sociedad saltillenses apenas daban apoyos parciales y mínimos en publicidad para aquel esfuerzo.

Estábamos en esa lucha tres meses después cuando el Partido Revolucionario Institucional me invitó a registrarme como candidato a la presidencia municipal de Saltillo. Tenía algunos antecedentes en la política de Coahuila: secretario general de la Federación de Organizaciones Populares del Estado (CNOP) y diputado por el V Distrito Electoral, más un mínimo conocimiento de la operatividad del Ayuntamiento, pues había sido secretario de este algunos meses antes. Mis amigos periodistas, incluidos los de *El Sol del Norte*, firmaron la solicitud de registro, me acompañaron a presentarla ante el PRI y celebraron la aceptación de la candidatura.

Días después los tipógrafos, editores y reporteros de *El Heraldo* escucharían sorprendidos que iba a dejar la dirección del periódico para intentar dirigir al municipio de Saltillo.

Francisco de la Peña Dávila, quien había sido reportero en *El Sol del Norte* trabajaba con nosotros; también se mostraron entusiastas e interesados Javier Villarreal Lozano, Pepe González, que sa-

bía todo de los deportes, mientras Panchito Salazar trataba de administrar a la naciente empresa... y así algunos más.

Otros de mis amigos me animaban a seguir en la política. En ese momento me sentí como un ranche-ro que siembra una huerta y se desanima después de haber plantado el primer árbol. Entonces don Braulio Fernández Aguirre, quien pronto sería gobernador electo, me animó a seguir con la candidatura a alcalde, lo hice y resulté electo.

En cuanto a *El Heraldo de Saltillo*, hubo un valiente que quiso asumir los exiguos activos y los muchos pasivos de aquella naciente empresa y le transmití mis derechos sobre ella: Francisco de la Peña Dávila.

Buen reportero y con el sentido práctico que le daba la agricultura, Paco tomó la huerta El Heraldo, cuidó los árboles y los ha visto crecer y desarrollarse.

Javier Villarreal Lozano, por su parte, había sido previamente convocado para dirigir *El Tiempo de Monclova*, aceptó el reto y el gobernalle e hizo un buen periódico”.

Hasta aquí la narración de don Roberto, quien fundaría *El Heraldo de Saltillo* acompañado por Francisco De La Peña Dávila, Javier Villarreal Lozano, Francisco R. Salazar, Salvador Sánchez, José González, Francisco Martínez Solís, Carlos Gaytán, Rodolfo Amaro Díaz, Juan Vázquez Ruíz, Fermín Hernández Elías, Jesús Valdéz, Antonio Méndez, Guillermo López, Juan Manuel Torres, entre otros.

Trabajaban con las uñas

En su libro *Así sucedió*, el periodista Carlos Gaytán Dávila narra otros episodios de la fundación de *El Herald*, incluyendo un testimonio que le compartió Orozco Melo:

“Trabajamos con las uñas —recuerda Orozco Melo—, y teníamos que empezar la formación a las diez de la mañana, para terminar con la impresión al día siguiente a las cuatro de la mañana; eran cuatro páginas tamaño normal y dependían de un linotipo cinco de los más antiguos. Para el armado de las matrices donde se fundían los textos, se utilizaban clips, es decir la composición o el formato como le dicen ahora con tanta pompa. Los empleados, al igual que los accionistas sufrieron privaciones y tuvieron que enfrentarse a los pocos ingresos que el matutino originaba, pues competía con toda la Cadena García Valseca, a través de su periódico local *El Sol del Norte*”.

Gaytán recuerda que, por algunos años, estuvo operando *El Herald de Saltillo* en las calles de Bravo y Pérez Treviño, una vieja casona que aparentemente cedió en préstamo don Enrique Martínez, padre; ahí se desempeñaban como reporteros Humberto López Torres, Carlos Gaytán Villanueva, Víctor Manuel Garza Ayala, Mauro de la Rosa “El Cachorro” y Pepe González, “La Bolita” entre otros.

“Ahí debutó como reportero de la página policiaca Armando Tapia y González. Tapia se alió profunda-

mente con Baco y entonces tuvieron que concursar Lalo Aguirre “El Pitarreo” y Carlos Gaytán Dávila, para ganar el puesto de reportero de la página policiaca de *El Herald*. Gaytán Dávila tenía alguna experiencia, pues había laborado en el Zócalo de Piedras Negras de los Juaristi; ahí Paco y Carlos, le dieron sus primeras lecciones de redacción —recuerda Gaytán.

Fueron fundadores de *El Herald* entre otros trabajadores Juan Manuel Torres Acosta, “El Mexicano”, Salvador “Chava” Sánchez, Juan Vázquez; en los linotipos, (bueno era uno solo) laboraban Isidro Aguirre “La Polla”; Antonio Méndez, “El Pisquin” y Juan Acosta.

Chelito García se encargó poco después de la página de sociales. Chelito ya tenía experiencia pues había laborado para el antiguo *Diario*, cuyo director era Benjamín Cabrera. En el departamento de fotografía un inigualable amigo, Ramón Hernández.

Carlos y Juan Castillo Borja, llegaron casi unos niños a *El Herald de Saltillo*; el primero como conserje y el segundo como ayudante de los linotipistas.

Fermín Hernández colaboraba en la página deportiva, con José González, “Pepe Bola”.

Cuando a Roberto Orozco Melo lo llamaron como candidato único a la presidencia municipal, se quedó Javier Villarreal Lozano como director de *El Herald de Saltillo*.

Villarreal Lozano cedió los “trastos” a Pepe González, finalmente, Paco de la Peña se haría cargo de la dirección y los gastos del periódico.

Fermín afirma que se imprimían paginas local, nacional, social, deportiva y policiaca, y recordó a Chuy Valdez, uno de los formadores y al reportero Everardo Sandoval Garay.

“Era un periódico de mucha hambre, más que con fuerte inversión se hizo con mucho entusiasmo”, recordaba Juan Vázquez Ruiz, uno de los formadores de *El Heraldito de Saltillo*. Fue providencial la llegada de Paco de la Peña a la dirección del diario, pues aparte de ordenar las cosas, dar las disposiciones exactas, pudo remediar el daño económico y así resolver una cuestión que amenazaba con cerrar definitivamente el periódico, de lo cual hubo muchos intentos.

Los principales accionistas se vieron amenazados por los trabajadores de suspender sus labores y cerrar definitivamente el periódico, adeudaban a los trabajadores cuatro o cinco semanas.

“Una noche —recordaba Juan Vázquez—, Toño Castilla llegó a cada uno de los domicilios de los trabajadores llevando cabritos ya cocinados y otras comidas, que iba entregando en la casa de los colaboradores de *El Heraldito*, así como algo de dinero, bajo la súplica de que no abandonaran su trabajo; en verdad fueron días difíciles para los empleados y los socios del periódico.

A la salida de Orozco Melo, el primer director del matutino, para ir ‘sin tocar baranda’ a cumplir la encomienda como alcalde de Saltillo, el periódico vino a menos, lleno de deudas y pocos recursos para pagar los salarios.

Gracias a la providencia, por decisión de los accionistas se hizo cargo de la dirección y la administración Paco De La Peña, quien comenzó a regularizar todo: pago puntual de sueldos, energía eléctrica, papel, tinta, servicios administrativos, etc.

Pasó el tiempo y De La Peña había gastado un buen dinero en el sostenimiento del periódico y no hubo otra alternativa que ceder de forma legal todos los derechos al nuevo director, quien, hasta su fallecimiento, ocurrido en el año 2017, siguió dirigiendo y administrando con muy buen tino el periódico, auxiliado muy de cerca por dos de sus inteligentes retoños, Eduardo y Alicia De La Peña De León, que al frente del periódico lo han hecho muy bien.

Muchos de los fundadores de *El Heraldito* viven para contarlo.

Tras la compra de la totalidad de las acciones, De La Peña, decidió que el diario se trasladaría a sus actuales instalaciones en las calles de Abasolo entre Humboldt y Maclovio Herrera”.

Credibilidad ante todo

Entrevistado por la Doctora Julieta Carabaza y el Doctor Carlos Recio para el libro *Voces, textos e imágenes*, Francisco De La Peña Dávila, quien dirigió *El Heraldito* durante más de cincuenta y cinco años, resumió los valores que han permitido que este periódico prevalezca, dónde tantos otros han fracasado:

“Nunca, desde el 7 de abril de 1963 hasta la fecha, se va a encontrar ni una foto de un cadáver mutilado que llame la atención o hasta repugne, ni tampoco ningún desnudo que llame por eso mismo la atención o el morbo, aquí no explotamos el morbo en ningún sentido.

La identidad y la credibilidad nos han permitido sobrevivir. Eso no nos lo va a quitar nadie porque tenemos perfectamente claro cuál es nuestro objetivo, cual es nuestra meta, cual es el camino que nosotros debemos recorrer, cual es el criterio que nosotros tenemos que seguir y cuál es la conducta que tenemos que mantener. Yo creo que si nosotros nos mantene-
mos con ética nadie nos va a quitar”.

Y así ha sido en efecto. *El Heraldo de Saltillo* ha logrado sobrevivir durante seis décadas, algo que ningún otro periódico ha conseguido en esta ciudad en más de cuatrocientos años de historia.

Incluso *El Sol del Norte*, aquel que representaba su principal competencia cuando *El Heraldo* nació, cerró sus puertas algunos años después. Luego vinieron otros periódicos que tuvieron una corta vida. *El Independiente*, del aguerrido periodista Antonio Estrada Salazar. *Palabra*, perteneciente a los mismos dueños de *El Norte de Monterrey* y *Reforma*. *El Coahuilense*, cuya propiedad se atribuía al entonces gobernador Oscar Flores Tapia. *10 Minutos*, de la familia de Armando Fuentes Aguirre, “Catón”. E incluso uno que impuso un récord mundial, porque solamente circuló un día, que llevaba por nombre *Acento*, y

que cerró sus puertas al día siguiente de publicar su primer número.

Grandes acontecimientos

A lo largo de sus seis décadas de vida, *El Heraldito de Saltillo* ha cubierto innumerables acontecimientos. En este tiempo, por ejemplo, la Iglesia Católica ha tenido seis papas, comenzando con Juan XXIII que murió unos meses después de la fundación del periódico, e incluyendo por supuesto el breve papado de Juan Pablo I, el larguísimo de Juan Pablo II, y la histórica renuncia de Benedicto XVI, así como el primer papa de origen latino, Francisco.

El Heraldito ha cubierto también las andanzas de once presidentes de México, incluyendo la primera alternancia con Vicente Fox y la llegada de la izquierda al poder de la mano de López Obrador.

De la misma forma, ha informado sobre la gestión de trece gobernadores, comenzando por los últimos meses de la gestión del general Raúl Madero e incluyendo a administraciones como la de Oscar Flores Tapia, que se vio obligado a renunciar por presiones del entonces presidente López Portillo; el interinato de Jorge Torres López, quien después pasaría un tiempo en la cárcel; y hasta el actual gobernante, el priista Miguel Riquelme.

Entre otros muchos acontecimientos relevantes, *El Heraldito de Saltillo* informó sobre el asesinato de John F. Kennedy, la llegada del hombre a la Luna, los Juegos Olímpicos celebrados en México, el movimiento estudiantil del 68, dos copas mundiales de fútbol organizadas por nuestro país, la autonomía de la Universidad de Coahuila, los

accidentes mineros en Barroterán, en la década de los 60, y en *Pasta de Conchos*, ya entrado este siglo; y más recientemente el de la mina *El Pinabete*, en Sabinas.

Además, el levantamiento zapatista de 1994, el asesinato de Luís Donald Colosio ese mismo año, las fugas y recapturas de “El Chapo” Guzmán, la caída del muro de Berlín en 1989, el fin de la Unión Soviética y en 2001 la caída de las torres gemelas en Nueva York. También la elección de Barack Obama, el primer presidente negro en la historia de Estados Unidos, las muertes de figuras como el piloto de Fórmula 1, Ayrton Senna, o la de la Princesa Diana, ocurrida en París, y tantos otros que faltaría espacio para incluirlos a todos.

Pero, ante todo, *El Heraldo de Saltillo* se ha ocupado de manera preponderante de los temas locales. Así lo dijo Francisco De La Peña Dávila, en el libro *Voces, textos e imágenes*:

“Un periódico de las dimensiones nuestras, frente a todos los demás medios, debería de ocuparse básicamente de los acontecimientos locales, ya sea de carácter general, luego de información social, deportiva, policiaca, con muy poco énfasis en la policiaca, y, sobre todo, con mucho cuidado de no ser sensacionalistas, en no ser amarillistas, en simplemente, con objetividad, dar a conocer los hechos que se dan y, por supuesto, la información política”.

De esta forma, *El Heraldo de Saltillo* ha cubierto eventos de relevancia local, como el “Trenazo” de Puente Moreno; la caída y muerte de los “Voladores de Papantla”, en

la feria de Saltillo; la renuncia del gobernador Flores Tapia; el asesinato del Capitán Lemuel Burciaga; los campeonatos de los Saraperos de Saltillo; la huelga de la Cinsa; y muchos otros más de la vida diaria de nuestra ciudad.

Colaboradores relevantes

A lo largo de seis décadas, *El Heraldo de Saltillo* ha contado entre sus filas con muchos colaboradores que han dejado huella. Ahí está por ejemplo Gabriel Berúmen, uno de los fotógrafos más reconocidos en la historia de Saltillo, quien durante más de cincuenta años retrató el devenir diario de la ciudad y cuyo trabajo ha sido objeto de reconocimientos, exposiciones y hasta de un libro.

También Eduardo Jaime De La Peña quien, a los nueve años, se convertiría en uno de los más jóvenes cronistas de la Fiesta Brava en nuestro país, cuyos artículos no solo se publicaron en *El Heraldo de Saltillo*, sino también en otros medios de la Ciudad de México como *El Heraldo de México*.

En el año 2012, José Eduardo Iga, como colaborador de *El Heraldo de Saltillo*, se convirtió en el primer periodista invidente en el país en cubrir los partidos en vivo del equipo Tigres de la UANL, en la primera división del fútbol mexicano. Esto le valió ser protagonista de extensos reportajes en ESPN, Récord, Fox Sports y muchos otros medios nacionales e internacionales.

En septiembre de 2010, la reportera de *El Heraldo de Saltillo*, Yesenia Ramírez, viajó hasta Noruega para cubrir el evento en el que el obispo de la diócesis de Saltillo, Raúl Vera López, recibió el premio Rafto, el galardón más im-

portante que se entrega a los defensores de los derechos humanos. Yesenia fue la única periodista de Saltillo que cubrió este evento.

Por la redacción de *El Herald* han desfilado figuras como Juan Vázquez, Chelito García, Juan De León, Marco “el osito” Montes y los actuales reporteros Ángel Aguilar, Mariana Falcón, Eduardo Serna y Omar Soto.

También Miguel Ángel Kaiseros, Gregorio Sánchez García, Carlos Castillo Borja, Juan Castillo Borja, Martín Salazar, Carlos Valdes Udave, Evaristo Cisneros, Jorge Sosa del Bosque, Polo Ramos, Roberto Legaspi, Refugio Hernández Ríos, Oliverio del Ángel y Miguel Padilla.

Destacaron en su momento Juan Rodríguez Guzmán, Sigifredo López Herrera, Mariano Farías, Daniel Valdés, Heriberto Jasso, Javier Hernández González, Arturo Rodríguez y Javier Hernández Pargas.

En los inicios de *El Herald* tuvo también su inicio en el periodismo Abraham Nuncio, reconocido periodista y académico. Y a lo largo de los años colaboraron en la sección editorial analistas como Mario Dávila Flores, Juan José Esparza y Raziel García Arroyo, quien también fuera subdirector por alguna temporada.

Pero su trabajo no sería posible sin contar con el apoyo de los que, desde las oficinas o desde los talleres de impresión, diseñadores y repartidores, forman parte del equipo de trabajo.

Importante destacar a la directora administrativa por más de treinta años, Alicia De La Peña De León; así como a Pancho Vázquez, Antón Lule, Lulú Martínez, Blanca Dávila, Beti De La Peña, Cinthia Gutiérrez, Graciela Gutiérrez, Tere Peña, Joel Hernández, Jorge Reyes, Carlos Loren-

zo Regalado entre otros muchos, sin olvidar por supuesto que, en la década de los 60, también participó en el área administrativa la señor Irma Alicia de León Cepeda.

Y, por supuesto, al actual jefe de información, el ganador de múltiples premios estatales y nacionales de periodismo, José Torres Anguiano.

Grandes editorialistas y columnistas

Las páginas de El Heraldillo de Saltillo han publicado artículos, columnas y editoriales de algunas de las plumas más reconocidas en la ciudad. Comenzando con la de don Roberto Orozco Melo y la de don Francisco De La Peña Dávila. También las de Armando Fuentes Aguirre “Catón”, en los años 70 del siglo pasado, y Francisco Treviño Granados, desde hace casi cincuenta años. Alberto Boardman, ganador de múltiples premios y reconocimientos. Francisco Tobías Hernández, uno de los más importantes historiadores de Saltillo. Rubén Olvera, Leonor Rangel, Jéssica Rosales, Héctor Reyes Soto, Julián Parra Ibarra, Héctor Gil Muller, Eduardo J. De La Peña, Juan De León Estrada, Fernando Núñez de la Garza, Marcelo Lara —en temas financiero—, José Almanza —en relación con la “fiesta brava”—, Juan Jaime Ramos, desde la Región Carbonífera, Francisco Treviño Aguirre, Fernando De Las Fuentes Hernández, David Boone, y tantos otros que sería difícil mencionarlos a todos.

Discurso del Secretario de Educación en el 50 Aniversario

Al cumplir *El Herald* cincuenta años de vida, el secretario de Educación del Gobierno del Estado, José María Fraustro Siller, pronunció el siguiente discurso:

“Lic. Jericó Abramo Masso, residente Municipal de Saltillo.

Lic. Francisco de la Peña de León, director del periódico *El Herald de Saltillo*.

Periodistas fundadores: don Roberto Orozco Melo y don Francisco de la Peña Dávila.

Reporteros, fotógrafos, periodistas, editorialistas, prensistas, colaboradores y todo el personal administrativo y manual del periódico reciban mis más sinceras felicitaciones, así como el reconocimiento del Gobierno del Estado y de todos los habitantes de Saltillo

Profesionales de la información.

Amigas y amigos.

Me llena de orgullo poder celebrar junto con todos ustedes el cincuentenario de *El Herald de Saltillo*, un medio periodístico con el que me unen muchos y grandes lazos.

Desde entonces hasta hoy compartimos nuestro amor por Saltillo, la lucha por la verdad, la pasión por la escritura, la misión de servir a los coahuilenses, pero, sobre todo, compartimos y aprendemos de grandes y entrañables amigos, como sus propios fundadores y directores: don Roberto Orozco Melo,

quien le otorgó el nombre al medio y fue su primer director, y don Francisco de la Peña Dávila; ambos grandes forjadores de decenas de periodistas en nuestra ciudad.

Don Roberto Orozco y don Francisco de la Peña: Muchas felicidades tienen todo mi reconocimiento y admiración.

Durante medio siglo, *El Herald* ha sido un fiel observador de los acontecimientos de México y del mundo, pero de manera especial de los sucesos diarios de esta ciudad.

Es un periódico que nació en Saltillo para servir a los saltillenses y a los coahuilenses.

En estos primeros cincuenta años en las páginas de *El Herald* se han publicado un sinnúmero de noticias que han marcado la historia del mundo y de Coahuila.

En las portadas de *El Herald*, aparecieron en su momento las crónicas de sucesos como:

La explotación de la Mina de Barroterán en 1965.

La tragedia del descarrilamiento del tren que llegaba a Saltillo desde Real de Catorce en el año 1972.

La muerte de uno de los voladores de Papantla en la Feria.

Las crónicas del ascenso de los papas desde Pablo VI hasta el actual Francisco.

La noticia diaria, se ha complementado con la reflexión aguda de grandes editorialistas, así como el análisis objetivo y sistemático de los problemas sociales.

Reconocido como el decano de los medios impresos en la localidad, *El Herald* ha forjado una escuela periodística marcada por el profesionalismo, la ética y la solidaridad.

Por su redacción han pasado y se han formado muchísimos profesionales de la información; algunos de ellos se nos han adelantado en el camino y otros tantos hoy se desarrollan con éxito en tareas ligadas a la comunicación.

Entre ellos, podemos citar a Juan Vázquez, a Javier Hernández Pargas, al maestro Javier Villarreal Lozano, a los hermanos Carlos y Juan Castillo Borja; a Gabriel Berúmen, toda una institución en el medio; a Consuelo García y a Gregorio Sánchez, entre otros que en este momento escapan a la memoria.

De las nuevas generaciones están Eduardo De la Peña De León, hoy director de Infonor y quien fuera coordinador de comunicación del Gobierno del Estado; Leopoldo Ramos, corresponsal del periódico *La Jornada* y reportero de Infonor; Arturo Rodríguez García, asignado en la actualidad a la fuente de la presidencia de la República para el semanario *Proceso*; a Juan de León Estrada; Martín Salazar, vocero del ayuntamiento de Ramos Arizpe; Marco Antonio Montes y Daniel Valdés, quienes hoy hacen lo propio en la SIP y en el Diario de Coahuila.

En fin, muchas mujeres y hombres que le han otorgado sentido social y solidario al ejercicio del periodismo local.

Amigas y amigos.

Hace cincuenta años, nació *El Heraldo* con máquinas de la era de Gutenberg como diría el propio don Roberto Orozco, hoy ya se puede leer en todo el mundo por internet, en teléfonos celulares y en las modernas tabletas electrónicas.

El Heraldo se ha modernizado en la forma, pero mantiene el mismo espíritu que marcó su nacimiento: integrar un equipo leal y profesional para servir todos los días, con pasión, entrega y compromiso a los habitantes de Saltillo y de Coahuila.

Hoy ratifico mi total disposición de trabajar con ustedes y de hacer las cosas bien por una prensa libre, plural e independiente como componente fundamental de una sociedad moderna, incluyente, justa y democrática.

Tengan la certeza de que como con el resto de los medios de comunicación, siempre sostendremos un canal abierto y permanente de información del Gobierno del Estado para servir, con orden y transparencia, a todas y todos los coahuilenses.

Felicidades. Enhorabuena. Continúen con sus éxitos.”

Algunas anécdotas

Muchas anécdotas han ocurrido a lo largo de estos sesenta años, entre las cuales, rescatamos algunas publicadas por Carlos Gaytán:

“Cuando Roberto Orozco Melo, era director de *El Heraldo de Saltillo*, el Partido Revolucionario Insti-

tucional lo eligió su candidato a la presidencia municipal de la capital de Coahuila.

Sus compañeros, entre otros Paco de la Peña, Javier Villarreal, Humberto López, le jugaron una broma.

Imprimieron un solo periódico con la cabeza o titular principal, bajo el siguiente enunciado: ‘otro de Parras para la Presidencia Municipal de Saltillo’.

Muy de mañana le llevaron el periódico a Orozco Melo a su domicilio y no tardó mucho rato en regresar hecho la chispa y reclamó airadamente a sus compañeros el porqué de la noticia en el periódico que era de su propiedad.

Tras la explicación de que todo había sido una broma y que solo ese ejemplar se imprimió con ese titular, Orozco Melo sonrió y la aceptó de buen grado.

Hasta un avión le pidieron”.

El mismo Carlos Gaytán narra otra serie de anécdotas en su libro *Croniquillas de Saltillo*:

“Nos llevaría muchas páginas —un libro completo— reseñar cada uno de los eventos que el matutino más antiguo de la ciudad ha confrontado en aras de la defensa de la colectividad, sin el protagonismo y amarillismo que ahora caracteriza a la mayoría de los órganos informativos del mundo.

Quienes nos forjamos en el periodismo a la sombra de Roberto Orozco Melo, de Paco de la Peña o de Carlos Gaytán Villanueva en el tradicional matutino, no podemos olvidar algunos sucesos a los que con valentía y dignidad se enfrentó Paco de la

Peña, como cariñosamente decimos al director del periódico.

El periódico fue inaugurado el 7 de abril de 1963. Entre la gente que colaboraba con Roberto Orozco, el primer director, recordamos con cariño a Pepe González, cronista deportivo, al jefe de redacción Carlos Gaytán Villanueva, al jefe de talleres Juan Manuel Torres, a Juan Vázquez Ruiz, a los linotipistas Antonio Méndez e Isidro Aguirre Fuentes, eso era en el taller.

En la redacción había grandes periodistas como Javier Villarreal Lozano, así como Pepe González, quien fue el segundo director del periódico instalado inicialmente en las calles de Bravo y Pérez Treviño, cuando don Roberto fue postulado por el PRI como candidato a presidente municipal de Saltillo. Antonio Castilla fue el tercer director, y el cuarto y definitivo fue Paco de la Peña, al inicio de 1964 y desde entonces se mantiene en el cargo.

Su primera noticia hace más de cuatro décadas se refería a la escasez de agua potable, que desde hacía tiempo venía padeciendo la antigua 'Atenas' de México. En su oficina de la calle de Abasolo, el señor De la Peña conserva en una placa metálica el primero número de *El Herald*o, donde claramente se destaca el problema. En aquel entonces la ciudad tenía un déficit de treinta y cinco litros de agua potable por segundo que, para los menos de cien mil habitantes, que entonces éramos significaba un grave problema.

Paco de la Peña recuerda que al principio del matutino tuvo que enfrentar la agresión física y verbal de un ríspido director o delegado federal de la Secretaría de Educación Pública Federal, el hidalguense Manuel Gómez Camargo, que fue denunciado públicamente en el periódico, pues vendía las plazas a los nuevos profesores, cuando estas no deben ser negociables.

El Herald de Saltillo hizo eco de las quejas de algunos maestros que denunciaron el hecho. Prepotente y arbitrario como era Gómez Camargo acudió a la dirección del periódico para reclamar al joven director en forma airada.

Primero lo hizo verbalmente y luego intentó golpear al periodista, pero Paco contestó la agresión, pues acá entre nos, 'los tiene muy bien puestos'. Gómez Camargo iba acompañado del entonces secretario general del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación, Hermiro Jiménez, que con su presencia avalaba la conducta del abusivo sujeto, en lugar de representar y defender dignamente los derechos de los maestros afectados.

El periódico contestó la agresión de Gómez Camargo, pues en toda la ciudad y el Estado había constancia que vendía las plazas magisteriales. Era un secreto a voces, y encontró Paco apoyo inmediato, pues el valiente gobernador del Estado, don Braulio Fernández Aguirre, solicitó a la Secretaría de Educación Pública el cambio del aguerrido y abusivo funcionario federal "vende plazas", quien fue con sus "tiliches y mañas" a Jalapa, Veracruz, donde también hizo de

las suyas, en un momento en que la corrupción en México era como un ejemplo a seguir.

De La Peña Dávila enfrentó otro incidente más serio que el anterior, con un abusivo individuo, el entonces Coronel Ricardo Aburto Valencia, quien era oficial de la Comandancia de la Sexta Zona Militar, concretamente jefe del Estado Mayor.

El Comandante era un apacible general de nombre Antonio Romero. Aburto Valencia se caracterizaba por ser un arbitrario, amparado por su cargo y uniforme, sumamente grosero con los saltillenses, de conducta reprobable, pues hubo muchas ocasiones en que con violencia y autoritarismo desalojaba del Salón de Bellas, a dónde acudía con frecuencia a que la arreglaran las uñas y le hicieran manicure, como cualquier beldad, a las damas que ahí se encontraban en el momento en que llegaba ‘el señor Coronel’ a quien la raza apodaba ‘La coronela’.

Desde la vidriera del lugar la gente sonreía al ver al militar en un lugar exclusivo para mujeres, donde le arreglaban el pelo, el bigote y las uñas de pies y manos, pues necesitaba lucir pulcramente melindre, ante sus superiores y subalternos. El hombre cuidaba delicadamente su apariencia personal, aunque no había antecedes de que tuviera desviaciones homosexuales. Claro que no lo era, pues en la ciudad había testimonio de su alta hombría y altanería.

Ante la queja de la sociedad, incluyendo a algunos militares, funcionarios públicos y el grueso de la población, *El Heraldó de Saltillo* hizo pública dicha inconformidad, lo que enardeció al coronel Abur-

to Valencia. En una ocasión en que se celebraba un acto político en el ya desaparecido Cine Royal, de la calle de Juárez, con la presencia del presidente nacional del PRI, Lauro Ortega, el militar reclamó airadamente y con golpes a Paco de la Peña, que sin inmutarse contestó la agresión y de un golpe en la cara del furioso individuo, hizo volar por los aires del “quepí” o gorra militar que incluso fue pisoteada con toda mala intención por algunos de los presentes en el mitin, en repudio al jefe del Estado Mayor de la Sexta Zona Militar.

Paco De La Peña tuvo que afrontar la pavorosa 45 reglamentaria del lugarteniente, que siempre acompañaba a Aburto. Quienes intervinieron con mucho valor y con mucha prudencia a favor de Paco De La Peña, fueron el director de Tránsito y de la Policía Municipal, respectivamente, Enrique Pérez Espinosa y Luis de la Rosa Sánchez.

El acto político se suspendió momentáneamente y el coronel Aburto y su ayudante fueron invitados a salir del recinto en forma respetuosa, por el propio general Ortega, líder nacional del PRI.

Volvió a intervenir el valiente gobernador Fernández Aguirre, quien le preguntó a Paco que, si quería poner una denuncia y este le contestó que no, que para eso tenía las páginas de *El Heraldo* para denunciarlo, defenderse y exhibirlo. De todas formas, don Braulio solicitó a la Secretaría de la Defensa Nacional la salida de Coahuila de Aburto Valencia, quien años después fue ascendido a General y logró ser comandante de una plaza en el interior del país.

Hubo otros incidentes menores, pues la ciudad era más tranquila que ahora. Los vicios y narcos estaban plenamente identificados y no representaban peligro o riesgo para los comunicadores de la época. Sin que nos conste, había un rumor muy fuerte en el sentido de que el Gobierno Federal tenía ‘encapsulado’ el problema. Vaya usted a saber si era cierto.

Aun así, había un par de hermanos, que la gente identificaba como ‘Los Pelucos’, eran adictos a la marihuana. Uno de los dos hermanos fue asesinado en uno de los separos de la cárcel municipal que se localizaba hasta los años ochenta en la esquina de Bravo y Aldama. Esos eran los incidentes ‘mayores’ en la década de los sesenta. Cabe mencionar que *El Heraldo* le dio un trato especial a la nota policiaca, sin caer en el amarillismo o el exhibicionismo”.

La anécdota

Una explosión en una mina de carbón de Barroterán, municipio de Múzquiz, Coahuila, en el año de 1969, dejó como saldo más de un centenar de muertos.

En esa época el periódico era sumamente modesto, recuerda Paco De La Peña. El señor Gabriel Alarcón, uno de los magnates de las salas cinematográficas más lujosas del país y estrenado como dueño del periódico *El Heraldo de México*, llamó telefónicamente desde la capital del país a Paco De La Peña, para pedirle que El Heraldo de Saltillo le prestara su avioneta para que algunos de sus reporteros viajaran a Barroterán a fin de hacer el reportaje correspondiente.

Paco le siguió la corriente y le dijo que lamentablemente el avión de *El Heraldito de Saltillo* había llevado a su señora esposa a los Estados Unidos, concretamente a Nueva York, para hacer algunas compras y no se lo podía facilitar. Y es verdad, así le contestó de la Peña, que es buenísimo para las bromas, pero lo dijo con tal seriedad que el señor Alarcón se la creyó. Ah, y le aclaró que era el avión grande, el de ocho plazas, el que se encontraba en Estados Unidos, porque la avioneta se encontraba en el lugar de la tragedia a donde había trasladado a los reporteros y fotógrafos del matutino saltillense.

Sesenta años de presencia en los medios de comunicación significan miles de historias, no solo de los fundadores y colaboradores de *El Heraldito de Saltillo*, sino de empresarios y familias saltillenses, quienes han descubierto en las páginas impresas, y hoy, en la web y en las redes sociales de *El Heraldito de Saltillo*, innumerables anécdotas que los han acompañado en su diario vivir.

Anécdotas que buscan siempre ir guiadas por el ideario plasmado por sus fundadores un 7 de abril y que a continuación presentamos.

● NUESTRO IDEARIO ●

El primer número de *El Heraldo de Saltillo*, publicado el 7 de abril de 1963, incluyó la publicación de un ideario:

El Heraldo diario de Saltillo, luchará:

- Por la observancia de la Constitución General del país y la del Estado.
- Por la preservación de los ideales y prácticas democráticas y liberales de México.
- Por el constante progreso de nuestra ciudad y nuestro Estado.
- Por la eficiente prestación de los servicios públicos a cargo del poder municipal, estatal o federal.
- Por la industrialización de Saltillo.
- Por la reanudación de la Feria de Saltillo.
- Por la resolución integral del problema de abastecimiento de agua para la ciudad.
- Por el cambio y modernización de la estación de ferrocarriles y la desaparición de las vías ferroviarias del perímetro urbano.
- Por la conservación de las buenas costumbres y contra todo relajamiento de la moral pública, así como contra cualquier atentado en perjuicio del espíritu tradicional de Saltillo.

- Porque las autoridades desempeñen con eficiencia y honestidad su función de servidores del pueblo.
- Porque en todo momento se supedite el interés de la ciudad a cualquier otro interés, personal o de grupo, en beneficio de Saltillo.
- Por un periodismo que critique con espíritu constructivo y no destruya con aparente espíritu crítico.

El 7 de abril de 2013, El Heraldo de Saltillo cumple 60 años de vida. Para conmemorar esa fecha, editamos este libro en el cual se narra la historia de este medio de comunicación a lo largo de sus seis décadas de vida, pero, sobre todo, se narran las historias más importantes acontecidas en los más de 435 años de la ciudad que nos vio nacer y a la cual, día con día, hemos dedicado nuestras páginas. En este libro se



plasma la historia de sus personajes más relevantes como Manuel Acuña, Fermín Espinoza “Armillita”, Julio Torri y Elena Huerta; de sus lugares más emblemáticos: la Catedral, el Ateneo Fuente, la Alameda Zaragoza, el Museo del Desierto y el Museo de las Aves; de sus comercios y negocios insignes: la ferretera Sieber, el café Oso, empackadora Alanís; sin olvidar, por supuesto, al milagroso Santo Cristo de la Capilla, a Rosita Álvarez y al mundialmente famoso Sarape de Saltillo; o episodios pintorescos como la ocasión en que Pancho Villa se comió a un león en Saltillo o aquella vez en que Pedro Infante se escapó de un hotel de la ciudad porque sus admiradoras no lo dejaban dormir. En Saltillo se suicidó un gobernador, se descarriló un tren, ocurrió el último fusilamiento en la historia del país, un santo caminó por sus calles y un presidente de la República estuvo a punto de ser asesinado. Todas esas historias están plasmadas en este libro.

barkerandjules.com



ISBN 9798886918755



9 798886 918755